

JAVIER CALVO
Mundo maravilloso



Lectulandia

El año es 1978. El lugar es Camber Sands, Inglaterra. Lorenzo Giraut es un hombre que no se acerca a las ventanas. Que sabe muy bien que no debe acercarse a las ventanas. Pero ¿de qué sirven las precauciones cuando la vida de uno es un recuerdo sacado de los sueños de su hijo? Hay relámpagos en la noche. Sirenas de policía. Poco después estalla una bomba en una casa que se llama como un célebre disco de la banda Pink Floyd. Los culpables nunca serán encontrados.

El año es 2006. El lugar son las oficinas barcelonesas de Lorenzo Giraut, S.L. En el despacho paterno, sin ventanas, Lucas Giraut recibe al señor Bocanegra. Propietario de la sala de fiestas «El Lado Oscuro de la Luna». Propietario de abrigo inquietantemente femeninos. Y todo empieza otra vez.

La historia de Camber Sands. Una historia de tres hermanos —el Club «No Nos Gusta el Sol»— que no eran hermanos. Una historia de hijos sin padres. De madres facialmente reconstruidas para no mostrar ninguna emoción. De niñas sin amigos que son las Principales Expertas Europeas en la Obra de Stephen King. Y, por supuesto, de traiciones y robos a medianoche.

Lectulandia

Javier Calvo

Mundo maravilloso

ePub r1.0

Titivillus 22.02.2019

Título original: *Mundo maravilloso*
Javier Calvo, 2007

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

*Wear sensible shoes and always say thank you
Especially for the things you never had.*

JHONN BALANCE

PRÓLOGO

CAMBER SANDS

El cielo de Camber Sands se parece a esos cerebros que viven en un tanque rodeado de máquinas. En el laboratorio de un científico loco. Esos cerebros que chisporrotean y burbujan y cuya superficie irregular está cubierta de pequeñas descargas eléctricas. A Lorenzo Giraut no le gustan las ventanas. No le gusta estar cerca de las ventanas. En el centro de la sala de estar de su suite del Hotel In The Sands de Camber Sands, Lorenzo Giraut ha construido una especie de pequeño refugio usando varios muebles y el colchón de su cama. Sentado en el suelo del refugio que se ha fabricado, ahora se dedica a mirar el cielo del otro lado de la ventana con un espejito que ha cogido del lavabo de su suite.

El año es 1978. El lugar es Camber Sands. No el mismo Camber Sands que aparecerá casi treinta años después en el Sueño Filial de Camber Sands. En el aquí y el ahora, en 1978, la Vieja Tienda de Mapas ya ha dejado de existir o bien todavía no existe o tal vez no haya existido nunca. Lo mismo pasa con la Galería de Trofeos de Pesca. Los sueños son así. Llenos de lugares que están en otra parte o en otro momento o que simplemente no están.

Sentado con las piernas cruzadas en el suelo de la sala de estar del Hotel In The Sands, debajo del colchón de su cama, Lorenzo Giraut mueve el espejito que tiene en las manos hasta tener una buena perspectiva del cielo de Camber Sands. El color del cielo no es particularmente diurno ni tampoco particularmente nocturno. Es de ese color de los cielos de tormenta vespertina que crean un estadio intermedio entre el día y la noche. Las nubes llenas de circunvoluciones y de remolinos son como un cerebro. Como la superficie de un cerebro. Aquí y allá estallan chispazos eléctricos de color azul intenso. El cielo de Camber Sands en esta noche de septiembre de 1978 es uno de esos cielos de las escenas dramáticamente cruciales. De los momentos dramáticamente cruciales que cambian por completo la vida de uno. De esos momentos que uno asocia con el Destino. Y es natural que así sea. Porque esta noche de 1978, esta noche tormentosa de Camber Sands, es La Noche En Que Termina La Vida De Lorenzo Giraut Tal Como Lorenzo Giraut La Había Concebido.

Alguien carraspea en el otro extremo de la sala. El Enlace Americano. El supuesto comprador. Giraut mueve su espejo hasta tener una buena perspectiva del Enlace Americano sentado en una de las sillas de brazos de la sala de estar de la suite. La palabra exacta es «repantingado». Hay algo particularmente americano en la forma en que el Enlace Americano está repantingado. Con las piernas completamente extendidas y la espalda baja en el respaldo y las manos unidas sobre la barriga con los dedos entrelazados.

—Una vez estuve en una tormenta en alta mar. —El Enlace Americano tamborilea con sus dedos enormes sobre su barriga también enorme y asiente para sí mismo—. Eso sí era una tormenta. De las que te hielan la sangre. Las olas zarandeaban la barca como si fuera un maldito juguete. —Mira a Giraut y frunce el ceño. Con expresión vagamente divertida—. ¿Es estrictamente necesario que haga usted eso?

A pocos metros de donde está Giraut, más o menos delante de la silla de brazos donde el Enlace Americano está repantingado, el televisor sin volumen muestra imágenes de gente llorando desconsolada y abrazándose en la Ciudad del Vaticano. Un cable telefónico sale de la toma de teléfono de la suite del Hotel In The Sands y serpentea por el suelo hasta desaparecer en el interior del refugio de muebles donde está Lorenzo Giraut. El Hotel In The Sands en realidad no es un hotel. Es un complejo de apartamentos que se alquilan por quincenas a los turistas. Junto al refugio de Giraut también hay una mesilla con ruedas. Cargada de botellas y botellines de refrescos y de una cubitera.

—No me gustan las ventanas —dice Giraut. Su mano sobresale por entre dos de los muebles que constituyen las paredes de su refugio, agarra una botella de Macallan y desaparece otra vez en el interior del refugio—. Y no me gusta la medicación que me dan para que me gusten las ventanas. Me siento más seguro aquí dentro.

Un trueno mucho más potente que ninguno de los truenos que han sonado desde que la tormenta se materializó sobre la playa y los hoteles de Camber Sands hace que todo se ponga a temblar. Las botellas y la cubitera de la mesilla con ruedas tintinean. La imagen del televisor parpadea y las caras de la gente que está llorando en la Ciudad del Vaticano se distorsionan durante un instante y adquieren una cualidad vagamente extraterrestre. En la parte inferior de la pantalla, una inscripción sobreimpresa asegura que las imágenes vaticanas están siendo retransmitidas en directo.

—No me gustan las ventanas —dice Giraut. La pausa que hace después de decir esto sugiere que podría estar dando un sorbo de Macallan—. No me gustan los barcos. No me gustan los espacios abiertos. —Hay una pausa más breve que sugiere que Lorenzo Giraut podría haberse encogido de hombros—. No me gustan las cosas que no me gustan. Y no hay más que hablar. Al cuerno con los médicos y sus explicaciones. A nadie lo mandan al médico por las cosas que le gustan. Que yo sepa.

Un trueno hace temblar nuevamente todas las cosas de la sala de estar de la suite. Una especie de polvillo de yeso cae del techo encima del refugio de Lorenzo Giraut. El Enlace Americano está encendiendo un puro de esa forma experta que consiste en sostener el encendedor junto a la punta mientras uno hace girar el puro. Al otro lado de las ventanas, bajo el cielo que parece un cerebro metido en un tanque de cristal, el viento de la tormenta hace volar la arena de un lado a otro, provocando una reconfiguración constante del paisaje de dunas de la playa de Camber Sands. Hay turistas corriendo por la playa para ponerse a cubierto. Vistos desde la ventana de la

suite del Hotel In The Sands, sus expresiones y sus gestos podrían transmitir tanto *joie de vivre* desenfadada como pánico ante la furia de los elementos. Hay media docena de coches de la policía acercándose en medio de un estruendo de sirenas al Hotel In The Sands por la carretera que viene de Lydd-on-Sea. Hay toldos de las casetas volando por encima de las dunas. El cuidador de los burros de la playa está conduciendo a sus burros en fila india hacia un lugar donde pueda resguardarlos de la furia de los elementos. Lorenzo Giraut no entiende muy bien por qué en las playas inglesas hay burros que dan paseos en burro.

El Enlace Americano vuelve a carraspear. Hace exactamente tres horas y media que los socios de Lorenzo Giraut tendrían que haberse presentado para formalizar la venta. De la que el Enlace Americano es el comprador. Hace tres horas que los dos hombres que esperan en la suite del Hotel In The Sands se quedaron sin temas de conversación. Hace cuarenta y cinco minutos que Lorenzo Giraut construyó su refugio en medio de la sala de estar y se encerró en el mismo con el teléfono y el carro de las bebidas a mano.

—Es posible que sus vuelos se hayan cancelado por culpa de la tormenta —dice Giraut en tono pensativo. Mirando su vaso medio lleno de Macallan. Luego asoma la cabeza por entre la pared de muebles de su refugio. Mira al Enlace Americano. La cara de Lorenzo Giraut tiene una cualidad vagamente estólida. Probablemente favorecida por sus mejillas caídas y sus cejas pálidas y muy finas—. Es posible que haya caído un rayo en el aeropuerto o algo parecido.

La gente que la televisión muestra llorando en el Vaticano y abrazándose y negando con la cabeza con expresión incrédula está llorando por la muerte del papa Juan Pablo I. Ya hace muchos meses que la televisión no enseña más que eventos francamente negativos. Unos terroristas han puesto bombas en el Palacio de Versalles. En América, Ted Bundy anda suelto dejando detrás de sí lo que se conoce técnicamente como un rastro de sangre. Martina Navratilova es la tenista número uno del mundo. Los Sex Pistols están de gira pese a la oposición de Toda la Buena Gente de Gran Bretaña. En el Hotel In The Sands de Camber Sands, Lorenzo Giraut está teniendo su primera intuición de que esta noche de septiembre puede ser La Noche En Que Termina La Vida De Lorenzo Giraut Tal Como Lorenzo Giraut La Había Concebido cuando oye un ruido brusco y estridente procedente del lugar donde está sentado el Enlace Americano. Como el ruido de alguien que acabara de ponerse de pie bruscamente provocando la caída de la silla de brazos donde estaba sentado. Giraut se termina de un trago el Macallan de su vaso y vuelve a asomar la cabeza por entre el parapeto de sillas y cómodas que componen la pared de su refugio. El Enlace Americano está de pie con su puro humeando en la mano junto a la silla de brazos volcada en el suelo. En actitud de estar escuchando. Con la cabeza muy quieta y ligeramente ladeada como la gente que está intentando oír algo. Algo que no es el ruido de los truenos ni tampoco los gritos tal vez despavoridos y tal vez desenfadados

de los turistas que corren por la playa. La cara del Enlace Americano parece mucho más pálida que hace un momento.

Lorenzo Giraut frunce el ceño y escucha con atención. Definitivamente hay un ruido acercándose que no es el ruido de los truenos ni los gritos de los turistas bajo los primeros goterones de lluvia tormentosa. Giraut todavía no se ha dado cuenta de que el nuevo ruido es el ruido de las sirenas de los coches de policía. Algo en la naturaleza de la escena empieza a adquirir visos de escena dramáticamente crucial. De momento definatorio del que va a ser su destino. Sale a gatas del refugio y se sirve un segundo vaso de Macallan con tres cubitos de hielo.

—Esto no puede estar pasando —dice, mientras se sirve el hielo con una mano temblorosa—. Mis socios no me dejarían nunca en la estacada. Mis socios son como mis hermanos. Siempre hemos estado juntos. Somos el Club No Nos Gusta el Sol. Es el nombre que nos pusimos a nosotros mismos. Para que se haga una idea —dice.

Da un sorbo al vaso. Mira al Enlace Americano. El Enlace Americano ha abierto una de las ventanas de guillotina de la sala de estar de la suite y está trepando al exterior. A la escalera de incendios del edificio. Lorenzo Giraut se estremece.

La Noche En Que Termina La Vida De Lorenzo Giraut Tal Como Lorenzo Giraut La Había Concebido es sin duda una de esas noches que las condiciones escénicas definen como una noche dramáticamente crucial. La cara del Enlace Americano mientras intenta salir por la ventana, a la luz de los relámpagos de Camber Sands, parece haberse transformado en una mueca de pánico y de furia. La escena no tiene mucho que ver con el laboratorio de un científico loco en una noche de creaciones que desafían la voluntad divina. Y sin embargo, hay algo en el polvillo de yeso que cae del techo y en la escena iluminada por los relámpagos que recuerda poderosamente al laboratorio de un científico loco. Las sirenas de los coches de policía ya se oyen perfectamente desde la suite del Hotel In The Sands. Lorenzo Giraut, de sesenta y cinco años, el mismo Lorenzo Giraut que fundó LORENZO GIRAUT, S. L. hace diez años a partir de un capital de origen oscuro, no puede acercarse a la ventana. Es algo que le pasa a menudo con las ventanas. El mismo Lorenzo Giraut que se convirtió con la ayuda de sus dos socios y en una sola década en el traficante de antigüedades más importante de España. El mismo Giraut que retomará su empresa después de salir de la cárcel pero ya nada será lo mismo. Porque nada nunca es lo mismo después de noches como esta noche en Camber Sands. Lorenzo Giraut lo sabe. Lo entiende todo perfectamente en cuanto oye las sirenas y ve la luz de los focos barriendo el interior de la suite del hotel. Cuando oye los gritos de la policía ordenándole al Enlace Americano que se quede quieto donde está.

El Hotel In The Sands cerrará definitivamente sus puertas en 1982 y será demolido seis años más tarde. En el centro comercial que se levantará en el mismo sitio habrá fotografías en blanco y negro del Hotel In The Sands.

Lorenzo Giraut siempre sospechará, aunque nunca querrá admitir, lo que realmente pasó en La Noche En Que Termina La Vida De Lorenzo Giraut Tal Como

Lorenzo Giraut La Había Concebido.

—Ya sé qué es lo que parece —dice para sí mismo en la sala de estar de la suite. Donde ahora el viento entra y agita salvajemente las cortinas y arrastra la lluvia al interior. Mojando la cara de Giraut—. Pero no puede ser lo que parece.

Se oyen más gritos de los policías ordenando al hombre que está bajando por la escalera de incendios que se detenga. Alguien dispara al aire. La media docena de coches de policía están detenidos frente al Hotel In The Sands en posición policial semicircular. Con las luces parpadeando y los focos barriendo la fachada del hotel. Que no es exactamente un hotel. Giraut se huele primero una axila y después otra y se encoge de hombros. Se peina con una mano el pelo lacio y largo. Se arregla el nudo de la corbata. Cuando lo encuentren, quiere tener el aspecto que siempre quiso tener si lo encontraban en las circunstancias en que lo van a encontrar esta noche. Circunspecto. Digno. Aparentemente despreocupado. Un foco policial le barre la cara. Por un momento, un momento demasiado breve para concederle importancia, Giraut tiene una extraña impresión. La impresión de que hay algo más al otro lado de la ventana. Algo que no es la policía ni la tormenta. Algo que flota en el aire. Como una serie de figuras que flotan en el aire. Buscando algo. La palabra «Captores» le viene a la cabeza por alguna razón que no puede entender.

Y un momento más tarde, ya no está ahí.

PRIMERA PARTE

Y HE AQUÍ QUE HUBO UN GRAN TERREMOTO

EL ATAQUE DE LOS AVIONES RASANTES

—Faltan veintitrés días para el lanzamiento mundial de la nueva novela de Stephen King —dice Valentina Parini, de doce años, tumbada en su hamaca del jardín interior del antiguo palacio ducal del Casco Antiguo de Barcelona que las guías turísticas denominan el Palacio de la Mar Fosca. Con una manta de cuadros sobre las piernas. Sostiene en alto el folleto promocional de la nueva novela de Stephen King para que lo vea Lucas Giraut—. O para ser más exactos, faltan veintitrés días y seis horas.

Los rayos del sol vespertino caen entre los balcones del Barrio gótico como los restos de un transbordador espacial desintegrado en la estratosfera. Valentina Parini, alumna conflictiva de séptimo curso del Liceo Italiano de Barcelona y autodenominada Principal Experta Europea en la Obra de Stephen King, se balancea en su hamaca con expresión pensativa. Ya hace un par de semanas que uno de sus ojos parece desviarse ligeramente en dirección al exterior de su campo visual cada vez que mira algo, Giraut coge el folleto promocional de la nueva novela de Stephen King sin levantarse de su silla de jardín de plástico blanco. *Il skyline* visible desde el extremo del jardín más alejado de la casa consiste en una torre cubierta de andamios de la catedral y una bandada de gaviotas que planea en círculos voraces alrededor de alguna presa invisible.

Valentina Parini vive con su madre en el apartamento de la primera planta del antiguo palacio ducal conocido como el Palacio de la Mar Fosca. Lucas Giraut vive en el apartamento de la segunda planta. El jardín interior, junto con la escalinata de mármol y el aparcamiento de la planta baja, son de uso común para todos los habitantes del antiguo palacio ducal.

—Mi psicóloga escolar me ha prohibido que lea la nueva novela de Stephen King —continúa Valentina Parini. Su cuerpo prepubescente, flaco y de brazos y piernas exageradamente alargados contrasta con una cara redonda y de facciones diminutas que hace pensar en monos tropicales arborícolas. Su nariz es tan pequeña que a Giraut le parece un auténtico prodigio gravitatorio que sea capaz de sostener las gafas infantiles de pasta verde—. Que leerla puede ser muy negativo para mí. Le ha enviado una nota a mi tutora y otra a mi madre. —Su boca de labios diminutos se frunce en una mueca de asco—. Hasta ha avisado a la entrenadora de baloncesto. La muy puta.

Sentado en su silla de jardín, Lucas Girault, de treinta y tres años, saca un cigarrillo de la pitillera de plata con el anagrama LG repujado que lleva siempre en el bolsillo interior del traje. Su traje de hoy es un traje de Lino Rossi de color gris marengo con raya diplomática roja. Enciende el cigarrillo con un fruncimiento de los ojos vagamente estólidus y de las cejas finas y pálidas. La psicóloga escolar de

Valentina Parini es uno de los temas de conversación más frecuentes de las reuniones vespertinas que Valentina y Giraut celebran en el jardín del palacio ducal. La relación clínica de Valentina con su psicóloga escolar se remonta a la época del episodio de su vida conocido académicamente como el Percance de la Clase de Español.

—Se titula *Mundo maravilloso* —dice Valentina. Señalando con la cabeza el folleto promocional de la nueva novela de Stephen King que Giraut tiene en las manos—. Es la historia de un hombre que se levanta un día y descubre que a su alrededor todo se ha vuelto perfecto. Los vecinos que antes lo odiaban ahora le regalan entradas para el béisbol. Sus compañeros del trabajo se han vuelto amables con él. Su ex mujer también. Todo se ha vuelto perfecto. El mundo empieza a funcionar sin problemas. Las guerras se terminan. Los políticos se vuelven inteligentes. Lo cual quiere decir que hay algo escondido. —No hay ningún elemento enigmático en su tono de voz. No hay elementos explícitos de excitación prepubescente. No hay más que el tono seguro y natural de quien se sabe la Principal Experta Europea en la Obra de Stephen King—. Algo alienígena. Algo que está controlando mentalmente a la gente.

—Cuando yo tenía tu edad, también escribí una novela. —Lucas Giraut contempla el folleto promocional bajo la luz vespertina del jardín interior del palacio ducal. En la portada del folleto pone «*Mundo maravilloso*, de Stephen King» y «lanzamiento mundial el 22 de diciembre». Giraut da una calada pensativa a su cigarrillo—. No era una novela como la tuya, ni como las de Stephen King. En realidad, no era exactamente una novela. Era sobre el Apartamento 13. No sé por qué se llama así. En mi familia siempre lo han llamado así. Es una especie de cuarto que hay en el piso de arriba del sitio donde trabajo. Mi padre iba allí para esconderse de mi madre, creo. El caso es que yo estaba obsesionado con el Apartamento 13. Soñaba con ese sitio durante noches seguidas. En mis sueños era mucho más grande de lo que es en realidad. Tenía lámparas antiguas y salones llenos de antigüedades. Y pasillos que no se terminaban nunca. —Levanta la vista hacia el palacio ducal conocido en las guías como Palacio de la Mar Fosca. Que comparte con Valentina Parini y su madre—. Todavía tengo esa novela archivada. Me acuerdo de que ocupaba muchos cuadernos. A eso me dedicaba yo todo el tiempo cuando era chaval. A llenar cuadernos. Con dibujos y cosas que escribía. Y en los cuadernos tengo toda clase de dibujos del Apartamento 13. O sea, tal como yo lo imaginaba por entonces. Nada que ver con lo que es en realidad. No conseguí entrar hasta después de que muriera mi padre. Y resultó que no es más que un cuarto pequeño y sin ventanas. Por lo de la enfermedad de mi padre, ya sabes. La enfermedad que tenía con las ventanas.

La voz de Marcia Parini llega ligeramente ocluida por el extractor de humos procedente de la ventana de la cocina del piso inferior de la casa.

¿Lucas? ¿Te está molestando la niña? —dice la voz en tono distraído. Sobre el colchón acústico doble que forman el extractor de humo y el chisporroteo de las crepes sobre la plancha—. ¿Te apetece una crepe?

Valentina Parini pone los ojos en blanco detrás de sus gafas infantiles de pasta verde. Se puede decir que Lucas Giraut es el único amigo que ha tenido alguna vez Valentina Parini. En sus doce años de vida. Giraut dobla el folleto promocional de la nueva novela de Stephen King y se lo devuelve. La hamaca en la que Valentina está tumbada es la misma hamaca que su padre, el señor Franco Parini, instaló tal vez a modo de broma macabra el día antes de abandonar para siempre a su esposa Marcia y a la hija de ambos. La relación entre el señor Franco Parini y Lucas Giraut era cordial en líneas generales. Una vez el señor Parini llamó a Giraut «mariconcillo de club náutico» y «puto inútil niño de mamá» después de que Giraut se asomara a su terraza mientras estaba teniendo lugar en el jardín interior una disputa conyugal entre los Parini que incluía el lanzamiento de diversos objetos del mobiliario doméstico-familiar.

—Ya no lo puedo soportar. —Valentina deja caer las manos con gesto exasperado sobre la manta a cuadros que le cubre el regazo—. Lo de las crepes. Tengo doce años. No quiero tener que explicar otra vez que las cosas que me gustaban cuando era una niña pequeña no son las cosas que me gustan ahora. Todo esto es muy desagradable para mí. Mi madre se ha hecho amiga de mi tutora en la escuela. La misma que dice que tengo problemas psicosociales. —Hace una mueca asqueada que le arruga la nariz diminuta de mono arborícola—. Y el oculista dice que me tienen que poner un parche. Yo no quiero llevar un parche. Solamente los niños pequeños y estúpidos se dejan poner un parche.

—Yo nunca llevé ningún parche —dice Lucas Giraut en tono decidido.

La forma en que está repantingado en su silla de jardín de plástico blanco es ligeramente distinta de la forma en que la gente suele estar repantingada. Su espalda, por ejemplo, permanece recta. Los hombros perfectamente rectos. Los brazos unidos en el regazo con los dedos entrelazados o apoyados cautelosamente en los brazos del asiento. Lo único que en realidad permite discernir que se ha repantingado es cierta relajación apenas discernible de la musculatura facial. O en casos extremos, el entrecruzamiento de las piernas a la altura del muslo.

—Tu padre era un hombre listo —dice Valentina—. Lo digo por lo de las ventanas. Alejarse de las ventanas es inteligente. Lo sabe cualquiera que sepa algo de defenderse. —Echa un vistazo cauteloso en dirección a la ventana de la cocina del apartamento de la primera planta del antiguo palacio ducal. Luego mira a Giraut. Adopta un tono vagamente confidencial—. He estado perfeccionando un nuevo ataque mental. Lo llamo el Ataque de los Aviones Rasantes. Es mejor que el Ataque con Ametralladora y mucho mejor que el Ataque con Granada de Mano. Es el mejor ataque que he inventado hasta ahora. Me va muy bien en la escuela, en clase o cuando mi tutora me obliga a hacer cosas estúpidas como ir a su despacho o al despacho de la psicóloga escolar a rellenar tests estúpidos. Lo que hay que hacer es imaginar que eres un piloto de un avión de guerra. De esos antiguos que llevaban a un hombre encima con gafas de aviador que manejaba una ametralladora. Luego

imaginas a la gente a la que quieres liquidar. Los ves desde arriba, como si fueras el hombre del avión que maneja la ametralladora. Y te lanzas en picado. —Valentina coloca las manos frente al torso como si estuviera accionando los mandos de una ametralladora invisible—. Ves cómo corren en todas direcciones, pero claro, no pueden escaparse de un avión de guerra. Y tú te acercas y los ametrallas y luego le haces una señal al piloto para que suba y luego vuelva a bajar en picado para liquidar a los supervivientes. Si es que ha quedado alguno. Es un ataque que funciona mejor al aire libre, claro. Es perfecto cuando hay un partido de baloncesto. Cuando todas las estúpidas de mis compañeras se ponen uniformes de baloncesto y están felices y yo tengo que decir que estoy enferma para que me dejen sentarme en el banquillo.

Lucas Giraut se sube las solapas de su traje gris marengo con raya diplomática de Lino Rossi. Para protegerse del frío vespertino de la tarde de diciembre en el jardín del antiguo palacio ducal. Lucas Giraut no es solamente un entusiasta de los trajes de Lino Rossi. También ha desarrollado el hábito de analizar cuestiones relacionadas con la psique de un hombre y la forma en que se percibe a sí mismo en el mundo a partir de los trajes que lleva.

El nombre que interiormente le ha asignado a esa disciplina es Trajeología. El margen de error de sus análisis trajeológicos, de acuerdo con sus propios cálculos, es mínimo tirando a nulo.

—Mi padre estaba lleno de cosas extrañas —dice—. Como lo de su enfermedad con las ventanas. Me decía cosas extrañas todo el tiempo, y siempre que yo le preguntaba algo me contestaba en ese tono misterioso suyo, y entonces yo me obsesionaba. Llegaba a casa y me metía en la cama y no podía quitarme aquellas cosas de la cabeza. —Frunce el ceño, como si algún elemento del proceso de evocación que está llevando a cabo le resultara dificultoso—. Una vez me dijo que en nuestra manzana había un hombre que entrenaba buitres en su azotea. Tenía diez buitres en un palomar y los había entrenado para atacar a la gente. Y de vez en cuando el tipo esperaba a que se hiciera de noche y mandaba a alguno de sus buitres adiestrados para matar a alguien. Me pasé semanas obsesionado con aquello. Cada vez que salía de casa para ir a la escuela, caminaba con la espalda pegada a los edificios y mirando el cielo.

—Me he apuntado al concurso de talentos de la escuela. —Valentina Parini se recoloca las gafas de pasta verde con el dedo índice sobre su nariz minúscula y mira con sus rasgos arborícolas a Lucas Giraut, anticuario, vástago de anticuario y supuesto niño de mamá de acuerdo con los rumores que imperan en su círculo extendido de parientes y amistades—. Es una cosa que hacen todos los años para Navidad. Mi psicóloga escolar todavía no lo sabe. Y pienso leer mi novela. Sangre en la pista de baloncesto. Pienso leerla delante de todo el mundo. En el auditorio de la escuela. Con mi entrenadora de baloncesto delante. Con mi psicóloga escolar delante y mi tutora y la directora y todas las niñas estúpidas de mi clase. —Las palabras de Valentina Parini tienen lo que se suele conocer técnicamente como Una Oscura

Cualidad Amenazadora. De alguna forma, esa cualidad parece acentuar la desviación de su ojo—. Tal vez avise a mi madre también. No puedo leerla toda, claro. Solamente algunas partes. La decapitación de la entrenadora de baloncesto. La bomba de los vestuarios. La Matanza del Día de la Graduación.

Giraut entrelaza los dedos de las manos y apoya la barbilla lampiña sobre el puño doble resultante del entrelazamiento.

A pocos metros de donde Lucas Giraut y Valentina Parini están conversando, al otro lado del cristal esmerilado de la cocina de la casa de dos plantas que los tres comparten, la silueta de Marcia Parini está volteando una crepe en el aire. El rasgo físico más llamativo de Lucas Giraut, de treinta y tres años, nacido en Barcelona, es una cara redonda y en su mayor parte lampiña que no parece pertenecer a la misma persona que su cuerpo alto y delgado y de miembros largos. Los ojos castaños bajo unas cejas pálidas siempre parecen vagamente soñolientos y le dan a la configuración general de su cara un aire estólido.

—He alargado el último capítulo. —La voz de Valentina Parini adopta un matiz de algo parecido al discernimiento especializado del profesional literario—. He añadido más descripciones. De niñas muertas en el patio. Con las camisetas del uniforme de baloncesto agujereadas por las balas. Otras quemadas. —Tira hacia arriba de la manta de cuadros con que se está cubriendo las piernas y el regazo para protegerse del frío vespertino de la tarde de diciembre—. Algunas con la cabeza reventada.

Del otro lado del jardín llegan los ruidos de la calle. Los villancicos emitidos municipalmente por sistemas de megafonía baratos. Las instrucciones de los guías de grupos de turistas que recorren los alrededores de la catedral. Los gritos de alarma cuando alguno de esos turistas descubre que el bolso que lleva debajo del brazo el carterista que se aleja corriendo atléticamente es el suyo.

Me muero de ganas de ver sus caras —dice Valentina—. En el concurso de talentos.

ERIC & IRIS

Eric Yanel y su prometida Iris Gonzalvo están tumbados en sendas hamacas contiguas en la enorme terraza del Hotel-Balneario Palladium de Ibiza. Bajo el sol razonablemente cálido de la temporada baja ibicenca. En la arena de la playa privada de sal atemperada con alto contenido en yodo del hotel, un grupo de bañistas contempla el partido de volley-playa mixto que está teniendo lugar a pocos metros por debajo de la terraza. Con caras invariablemente sonrientes. Las hamacas donde están tumbados Eric Yanel e Iris Gonzalvo no están exactamente dispuestas en paralelo, sino más bien en ángulos ligeramente centrífugos. Exactamente simétricas a ambos lados de la mesilla de aluminio donde están sus copas. Un Finlandia con zumo de arándano para ella y un Macallan de diez años con hielo para él. Con el cubito semifundido flotando en la superficie dorada, como alguien jugando a hacerse el muerto bajo el sol.

Iris Gonzalvo se incorpora a medias para quitarse el protector ocular y se queda mirando a su prometido mientras manosea ociosamente el aro dorado que une las cazoletas de la parte superior de su bikini azul marino de Dior. Eric Yanel tiene un cigarrillo colgando de la comisura de los labios y está mirando con el ceño fruncido una revista abierta que tiene en las manos. La sombra de la sombrilla con el emblema corporativo del Hotel-Balneario Palladium que Eric e Iris tienen detrás de sus espaldas solamente alcanza a cubrir la parte de sus cuerpos que queda por encima del pecho.

—Pero ¿qué es esto? —Eric Yanel da un par de golpes con el dorso de la mano en la página satinada de la revista abierta. Se trata de una de esas revistas satinadas para hombres. Con reportajes fotográficos sobre los pechos y las nalgas de mujeres esculturales y retocadas digitalmente—. ¿Quién *coño* es Penny DeMink? ¿Y por qué hay una foto tuya aquí?

La expresión de Iris resulta inescrutable detrás de sus gafas de sol con las monturas en forma de corazón. Unas gafas que se compró después de verlas en una película antigua que estaba siendo proyectada en la pared de una discoteca. Una amalgama sónica de cuerpos zambulléndose, chillidos infantiles y silbatos de animadores turísticos asciende hasta la terraza desde la playa privada que se extiende más abajo. También desde el complejo de piscinas interiores del hotel. Además de la playa privada de sal atemperada, el Hotel-Balneario Palladium de Ibiza tiene piscinas interiores en todas sus plantas, piscinas exteriores de agua de mar, baño especial de aloe vera, saunas, baño romano de vapor, bañeras especiales de talasoterapia y un cuarto de fangoterapia.

—Te juro que no tengo ni idea de por qué sigo perdiendo el tiempo contigo — dice Iris Gonzalvo. Su voz es suave y al mismo tiempo está llena de aristas, como la voz de alguien que debido a la falta de potencia pulmonar ha aprendido a llenar su tono de rebordes afilados—. Ni siquiera me estabas escuchando. Yo soy Penny DeMink. Es un nombre de esos. Como se llamen. Y lo importante es lo que pone de mí. Por si todavía no lo has entendido.

El cuerpo de Iris Gonzalvo es delgado. Con el vientre muy plano y los hombros anchos. Su piel es muy blanca pese al sol y está cubierta de una capa suave de pecas que solamente puede distinguirse cuando uno mira muy de cerca. Ninguno de los dos va estrictamente en bañador. Eric Yanel lleva unos *shorts* vaqueros y una camiseta con cuello de polo de Armani Sport. Iris Gonzalvo lleva la parte superior de un bikini azul marino de Dior y un pareo con estampado de fantasía de Cacharel. El calor a mediodía es ese calor razonablemente cálido y parecido a una caricia de los mediodías de temporada baja en Ibiza.

Eric Yanel se saca del bolsillo de los *shorts* un frasquito de cocaína con uno de esos tapones de rosca que llevan incorporada una cucharilla. Lo abre, llena la cucharilla con cuidado y se la lleva primero a un orificio nasal y luego a otro mientras inspira con expresión distraída. Lee el texto de la revista satinada para hombres y se guarda el frasquito en el bolsillo.

—Un seudónimo —dice—. Pero ¿qué es esto? ¿Has hecho una película guarra? —Niega con la cabeza. Su forma de pronunciarla palabra «guarra» delata vagamente su origen francés—. Joder. Por lo menos yo nunca he hecho una película guarra.

—No es una película guarra. —Iris Gonzalvo le quita la revista del regazo y la pone sobre la mesilla—. Es una película para adultos. Y claro que nunca has hecho una. Nunca has hecho ninguna película. Tu especialidad son los anuncios de coches donde no se te ve porque vas dentro del coche.

El pelo rubio y largo y perfectamente peinado de Eric Yanel, incluyendo una ondulación un poco exagerada sobre la frente, también delata vagamente su origen francés. Su hábito de llevar mocasines de traje sin calcetines no es un rasgo particularmente francés, pero unido a su afición por las camisetas con cuello de polo y a su pelo largo y rubio y onduladamente repeinado ayuda a distinguirlo como miembro o por lo menos descendiente de la clase alta rural francesa.

—Claro que sabes por qué estás conmigo. —Yanel coge el protector ocular de la mesilla y se lo pone sobre los ojos mientras abate la parte superior abatible de la hamaca y se reclina con las manos sobre el pecho. Su gesto recuerda a la posición en que se coloca a los cadáveres dentro de los féretros—. Estás conmigo porque si no estuvieras conmigo no podrías estar en un sitio como este bebiendo y tomando el sol en vez de estar tirándote a hombres de negocios alemanes en hoteles de convenciones.

—Ahora mismo me gustaría tirarme a un hombre de negocios —dice Iris Gonzalvo en tono tranquilo—. Alemán o de donde fuera. Tengo veinticuatro años.

Estoy buenísima. Y estoy en Ibiza. Debería estar follando hasta no poder caminar.

Eric Yanel gira la cabeza hacia su prometida y se la queda mirando como si pudiera verla a través del protector ocular de plástico. Cada una de las mitades del protector ocular tiene forma de concha de molusco. Más allá de la hamaca de su prometida, en un punto que sería perfectamente visible para Yanel si no estuviera llevando el protector ocular, un Manager de Planta del Hotel-Balneario Palladium está hablando con el Director de Atención al Cliente. Frente a las puertas de la terraza. Los dos hablan guardando esa distancia interpersonal escasa que caracteriza las conversaciones que requieren cierto grado de confidencialidad.

—Las mujeres no lo entendéis —Yanel vuelve a sacarse el frasquito de cocaína del bolsillo. Desenrosca el tapón y se lleva la cucharilla primero a un orificio nasal y luego al otro antes de volver a ponerse el protector ocular en forma de pareja de moluscos—. La predisposición masculina al sexo es algo mucho más sutil de lo que se cree. Desde la liberación sexual, las mujeres han empezado a ver a los hombres como simples objetos. Que se pueden usar en cualquier momento. Se valora la erección permanente. Pero la verdad —hace un gesto con las manos que sugiere resignación— es que no somos máquinas. Está demostrado que la forma en que el hombre puede obtener una gratificación sexual más plena es la masturbación. Científicamente demostrado.

En el campo de volley-playa de la playa privada de debajo de la terraza del hotel, los dos equipos mixtos saltan y gritan y sueltan carcajadas a intervalos irregulares. Una jugadora femenina cae al suelo, se levanta rebozada de arena blanca y se dedica a sacudirse la arena de los pechos y de las caderas. En medio de un coro de risitas traviesas y silbidos vagamente sexuales.

—Si yo me masturbo una vez más, se me va a caer el clítoris dice Iris Gonzalvo. Contemplando la playa con sus gafas cardiotonics mientras reacomoda su cuerpo delgado y pecoso en la hamaca.

El pelo de Iris Gonzalvo es largo y rizado de una forma incongruente con la década que corre. El pelo de Iris es largo y rizado como era el pelo de algunas modelos y actrices de la década de los ochenta.

La pareja compuesta por el Manager de Planta del Hotel-Balneario Palladium y el Director de Atención al Cliente empieza a cruzar la extensión lisa y soleada de la terraza en dirección a las dos hamacas ocupadas por Eric Yanel y su prometida. En el campo de volley-playa está teniendo lugar algún episodio de sexualidad más concreta. Un par de jugadores masculinos persiguen por el campo entre risas a una jugadora femenina que lleva la pelota abrazada por debajo de sus pechos bamboleantes. La escena recuerda poderosamente ciertos motivos pictóricos clásicos relacionados con cacerías de mujeres semidesnudas.

—Solamente he salido en un anuncio de coches donde no se me veía. —Eric Yanel contempla el sol ibicenco de temporada baja con sus ojos cubiertos por el

protector ocular—. Y lo hice como un favor. Es algo que los actores hacemos. A veces nuestros agentes nos piden favores para amigos suyos.

La pareja compuesta por el Manager de Planta del Hotel-Balneario Palladium y el Director de Atención al Cliente se detiene frente a las hamacas ocupadas por los dos prometidos. El Director de Atención al Cliente se adelanta un paso al Manager de Planta, tal como dicta el protocolo en las situaciones en que un empleado superior en la jerarquía tiene que hablar con los clientes en nombre de la empresa. El Director de Atención al Cliente está muy bronceado y tiene el pelo teñido de rubio. El único distintivo corporativo que lleva en la indumentaria de sport es su placa identificativa de plástico sujeta a la pechera de la camiseta.

—Señor Yanel —el Director de Atención al Cliente se dirige a la cara parcialmente cubierta por el protector ocular—, no tenemos por qué hacer esto aquí fuera. Podemos trasladarnos a un lugar más privado.

Eric Yanel se quita el protector ocular con tranquilidad y le dedica al Director de Atención al Cliente una sonrisa de proporciones perfectamente regulares. Una sonrisa que podría ser una perfecta sonrisa publicitaria salvo por cierto tono amarillento. Se incorpora a medias y le ofrece una mano al Director de Atención al Cliente. El Director de Atención al Cliente le mira la mano con cara de estar experimentando ciertas reservas antes de estrecharla con expresión neutra.

—Señor Yanel. Tengo que pedirle que abone la cuenta que tiene pendiente —dice el Director de Atención al Cliente—. Ha sido usted avisado una docena de veces.

—La situación está perfectamente controlada. —Yanel apenas altera su sonrisa—. Ya he hablado esta mañana con ese hombre que... —Se detiene al ver al Manager de Planta de su planta—. Ah, hola. ¿Cómo está usted? —Le ofrece la mano al Manager de Planta. El Manager de Planta se queda mirando la mano de Yanel como si fuera una cucaracha del tamaño de una mano—. Ya hemos hablado esta mañana.

—Señor Yanel —dice el Director de Atención al Cliente—. Esto es muy penoso para mí. Tiene usted que abonar su cuenta.

Eric Yanel se palmea teatralmente los bolsillos.

—No suelo bajar mis tarjetas para que tomen el sol. —Hace una de esas pausas que se hacen justo después de hacer una broma. Dejando espacio para las risas y las reacciones generales de tipo positivo. Después su cara adopta una mueca grave. Sin ninguna clase de transición facial—. Todo esto puede volverse en contra de ustedes, ¿saben? —Frunce el ceño—. Me refiero a humillar a un cliente delante de su prometida y todo eso. Quién sabe. Mi abogado tal vez podría encontrar algo criminal en todo esto.

—Señor. —El Director de Atención al Cliente mira a su alrededor con gesto furtivo—. Tengo que pedirle que vacíe su habitación inmediatamente y abone su cuenta en recepción.

Iris Gonzalvo levanta la mirada cardioforme desde la hamaca donde acaba de dar un sorbo a su Finlandia con zumo de arándanos, con el vaso todavía en la mano, y

sonríe al Director de Atención al Cliente con una sonrisa teatral que se parece un poco a una mueca displicente.

—No puede pagar la cuenta —dice—. Porque no tiene dinero.

Un niño gordo con un bañador estampado con dibujos de una serie infantil japonesa toma carrerilla y echa a correr por la superficie embaldosada y salpicada de agua de la terraza. Creando una especie de seísmo generalizado de grasa bamboleante que tiembla y se desparrama en todas direcciones. Al llegar al borde de la piscina da un salto grasiento y bamboleante y mientras está suspendido en el aire se abraza las rodillas para caer sobre el agua en la postura tradicionalmente conocida como «la bomba». Iris Gonzalvo contempla con cara inexpresiva el sistema de olas centrífugas que queda donde el niño gordo se ha hundido en la piscina. El Manager de Planta del Hotel-Balneario Palladium de Ibiza permanece un paso por detrás del empleado de categoría superior a la suya. Además de la placa identificativa de plástico sujeta a la pechera, lleva un uniforme completo de Manager de Planta compuesto por chaquetilla azul de hilo con raya diplomática blanca, pantalones a juego, camisa blanca de manga corta y corbata corporativa con el emblema del establecimiento.

—Por supuesto —el Director de Atención al Cliente se lleva una mano a la punta de la nariz con gesto nervioso al decir esto—, nuestro establecimiento está capacitado para tomar toda clase de medidas legales.

Eric Yanel suspira. Se coloca el protector ocular sobre los ojos y se vuelve a reclinar en la hamaca. Con el cuerpo totalmente desplegado en sentido horizontal y los pies cruzados a la altura del tobillo.

—Esto es típico —dice. Su mano busca a tientas el Macallan de diez años sobre la mesilla de aluminio. Por fin lo encuentra y se lo lleva a los labios—. Es la típica visión que la gente tiene de los actores. Como si nos saliera el dinero por el culo. Como si nunca tuviéramos problemas de liquidez. Pues no es así. Es un trabajo lleno de sacrificios. Un trabajo que requiere paciencia. —Señala a los dos empleados del hotel en un gesto vagamente acusatorio con su vaso de Macallan—. ¿Saben?, a veces creo que hay que ser muy valiente para ser actor en este país.

Hay un momento de silencio. El niño gordo que se ha sumergido hace un momento en la piscina sale por fin a la superficie en medio de un estallido de agua. Con los brazos en alto. En esa postura radiante y con los brazos en alto con que salen a la superficie de las piscinas las practicantes de natación sincronizada después de concluir un número con éxito.

EL SALÓN DE LOS TROFEOS DE PESCA

El Salón de los Trofeos de Pesca de la casa familiar de los Giraut en el Ampurdán es una galería enorme situada en la segunda planta de la casa. Con ventanales que dan al Mediterráneo y un bar medio escondido en una especie de recodo junto a la puerta. Con las paredes cubiertas de trofeos relacionados con la carrera de Estefanía «Fanny» Giraut en el ámbito de la pesca deportiva. Piezas de pesca disecadas y montadas sobre plafones de madera con inscripciones conmemorativas. Peces emperador de dos metros con sus espadas nasales apuntando a otros trofeos de pesca. Fotografías de Fanny Giraut en alta mar, con su chaleco de bolsillos y su gorra de comandante. Lucas Giraut no tiene una idea precisa de por qué la reunión ejecutiva a la que está asistiendo, como la mayoría de reuniones ejecutivas de los herederos de la compañía de su padre, está teniendo lugar en el Salón de los Trofeos de Pesca de la casa del Ampurdán. En su fuero interno, sospecha que puede tratarse de una táctica materna para incomodarlo. En algún lugar de su mente está convencido de que su madre es más fuerte y más poderosa dentro de este salón.

Además de Lucas y su madre, en la reunión está presente el hombre al que todos conocen simplemente como Fonseca. El abogado y hombre de confianza de Fanny Giraut. Conocido en el mundo de la abogacía de Barcelona por su fidelidad sicofántica a su dieta. Conocido en Barcelona con términos como «lugarteniente», «mano derecha» o incluso «sicario» por aquellos que no sienten una especial simpatía por el proyecto empresarial de Fanny Giraut. Fonseca está sentado en uno de los sotas de cuero, con un vaso de Finlandia con tónica en la mano.

—Este es el propósito principal de esta reunión ejecutiva. —Fonseca mira con el ceño fruncido a Lucas Giraut, que está de pie frente a uno de los ventanales—. Presentarte los planes de actividades para el año que viene. Sobre todo los planes de nuestra División Internacional. Que, como sabes, empieza a ser plenamente funcional. Y es por eso que te hemos convocado aquí. Podríamos haberte enviado los planes sin más, ya sabes. Pero esa no es la manera en que queremos trabajar contigo. No es la manera en que tu madre quiere tratar esta situación delicada. —Hace tintinear los cubitos del vaso de Finlandia con tónica que tiene en la mano. Mirando en dirección al lugar donde Lucas Giraut está dando la espalda a la reunión—. Me refiero, claro, a la situación en que nos ha dejado la muerte de tu padre.

La casa familiar de los Giraut en el Ampurdán es una mansión estilo *art nouveau* de tres plantas con balcones de hierro forjado construida frente a una escollera a pocos kilómetros de un pueblecito pesquero del Ampurdán. El nombre técnico catastral de la casa es Villa Estefanía. El nombre con que se la conoce en la nomenclatura interna de la familia Giraut es La Torre. El hombre conocido

simplemente como Fonseca lleva un chaleco de bolsillos encima de un jersey de cuello alto de lana y unas botas de goma hasta los muslos. En las sienes de su cara huesuda se dibujan espesos entramados de venas que se reconfiguran, se hinchan y se deshinchán al compás de su ritmo emocional. Lucas Giraut lleva jersey de cuello alto y botas de goma hasta los muslos, pero en vez de chaleco de bolsillos lleva una especie de cinturón de herramientas adaptado a las funciones pesqueras. Fanny Giraut lleva abrigo de lana y bufanda y botas de goma que solamente le llegan a los tobillos. Los tres llevan gorros de lana.

—La División Internacional —continúa Fonseca—. Cincuenta hombres y mujeres de trece nacionalidades distintas. Con carreras prometedoras y áreas de conocimiento que cubren el mercado entero. —Un matiz elegíaco traiciona su discurso. Un matiz del que parece ser repentinamente consciente, puesto que frunce el ceño y da un sorbo a su copa con un temblor avergonzado de las venas de sus sienes. Después se encoge de hombros y continúa—. Ya conoces a Carlos Chicote, el Director de nuestra División Internacional. Y ya conoces nuestro proyecto de restauración de la catedral de Espira. Ese proyecto, hijo, es lo único que nos separa ahora mismo de la posición de dominio. De ser la primera empresa europea del ramo en capital y recursos y cartera de clientes. —Mira la espalda de Lucas Giraut con el ceño fruncido—. Es por eso por lo que hemos mandado a Chicote a Alemania con una cuenta de crédito ilimitada y con instrucciones precisas para que cene con todo el mundo con que tiene que cenar.

—Queremos que Chicote cene más. —Fanny Giraut contempla con cara inexpresiva el vaso de Finlandia con hielo que tiene en la mano. Sentada en su sillón de cuero favorito. Incluso cuando no expresa ninguna emoción particular, su cara es una máscara horrible con los labios amoratados por las inyecciones de silicona y la piel tensada más allá de cualquier movilidad por las operaciones de *lifting*. No es una cara que dé la impresión de que uno puede construir ninguna clase de vínculo psicoemocional con ella. Sus facciones no son facciones en el sentido en que se entiende comúnmente la palabra—. Que entre al baño a vomitar si hace falta después de cada cena. Queremos que cene tres veces al día.

Lucas Giraut es el único de los tres ocupantes del Salón de los Trofeos de Pesca que no está sentado. Está de pie frente a uno de los ventanales que dominan la escollera. Que dominan la ventana desde la cual solía mirar a su padre con prismáticos cuando él era niño y su padre se ponía frente al mismo ventanal para beber un vaso de Macallan y fumar un cigarrillo. Durante las fiestas de Fanny Giraut. La ventana donde Lucas solía apostarse para acechar con sus prismáticos está situada en la parte de la casa que en la nomenclatura interna de la familia se conoce como el Ala Norte o el Ala Del Niño.

—Pero las grandes victorias exigen sacrificios —dice Fonseca con el ceño un poco fruncido. El esfuerzo de calibrar sus palabras o tal vez de arrojar un argumento potencialmente adverso en la corriente de argumentos elegíacamente positivos hace

que el entramado de venas de sus sienes se reconfigure complejamente y experimente varias hinchazones localizadas—. No necesariamente grandes sacrificios. A veces basta con sacrificios pequeños. Pequeños detalles que pueden generar beneficios espectaculares. Si queremos ser los primeros en el ramo de las contratas, hay que desviar capitales. Mover activos. Tal vez eliminar algún departamento. —Vuelve a agitar su vaso provocando un tintineo de cubitos—. Necesitamos apoyar a Chicote. Demostrarle que desde aquí se le cubren las espaldas. Montar unas oficinas más grandes en Mainz y ponerle una de esas peceras que ocupan toda una pared en su despacho. A los alemanes les gusta ver esas cosas.

—Estamos trabajando estrechamente con Chicote. —Estefanía Giraut levanta las cejas hasta la mitad de la frente horriblemente tensada en un gesto autocomplaciente que se cuenta entre los más temibles de su gama de cuasi expresiones faciales—. Le hemos congelado el sueldo indefinidamente. Hemos filtrado el rumor de que estamos muy descontentos con su rendimiento. Hemos regalado participaciones en yates de lujo a todos los ejecutivos de primera de la compañía menos a él. Hemos hecho correr el rumor de que no nos parece que esté cenando todo lo que puede cenar. Es mi forma de echarle una mano. —La forma en que da un sorbo de su Finlandia con hielo no se parece a ninguna forma humana de dar un sorbo. Introduciendo sus labios amoratados en el borde del vaso y llevando a cabo una especie de succión voraz con sus mejillas espantosamente tensadas. De forma parecida a como algunos mamíferos selváticos sorben nidos de hormigas—. Lo llamo motivación negativa. Mucho mejor que la motivación positiva, en mi opinión. Nunca me ha fallado.

Lucas Giraut no da ninguna muestra de formar parte de la conversación, ni siquiera de estar asistiendo a la misma como mero espectador impasible. El Salón de los Trofeos de Pesca de la casa del Ampurdán era el lugar del mundo que más temía y odiaba Lucas Giraut cuando era niño. Con sus monstruos marinos de dos metros en las paredes. Con sus fotografías siniestras de gente sosteniendo cadáveres de criaturas marinas. Con su olor apenas perceptible a cajas de pesca sin lavar y a algo más que Lucas nunca pudo precisar. Algo vagamente químico que nunca olía fuera de aquel salón. En sus inicios, el Salón de los Trofeos de Pesca parecía cumplir la función principal de propiciar el escarnio público de Lorenzo Giraut. Era allí donde Fanny Giraut celebraba todos sus cócteles y eventos sociales ampurdaneses. Distribuyendo a sus invitados por los distintos sofás de cuero y amenizando las veladas con anécdotas relacionadas con la torpeza de su marido en el arte de la pesca y las situaciones ridículas en que dicha torpeza lo ponía. Lorenzo Giraut asistía siempre a dichas veladas quedándose de pie frente al ventanal con su vaso de Macallan y su cigarrillo y bebiendo en silencio. Mientras su hijo lo espiaba desde su ventana del Ala Norte. Mientras los invitados se reían a su espalda. Desde el parapeto de su ventana, Lucas podía ver la figura de su padre allí de pie sin dar señales de formar parte de la conversación. Nunca llegó a saber si su padre era o no consciente de que él lo estaba espiando.

—La División Internacional es nuestro futuro —dice Fonseca—. En términos de competitividad. Y la catedral de Espira es nuestra bandera. Una vez tengamos la contrata, vendrán docenas más. Dentro de un año, nuestros beneficios se habrán multiplicado por treinta. Por supuesto, necesitamos tu firma para la remodelación. — Se produce una nueva reconfiguración e hinchamiento preocupado del entramado de venas de sus sienes. Creando una especie de membranas abultadas que latan brevemente a ambos lados de su frente—. Puesto que técnicamente todavía eres el accionista mayoritario y presidente de la compañía. Y técnicamente estás por encima de nosotros. Por supuesto, seguiríamos contando contigo. En condiciones muy ventajosas para ti. Solamente tendrías que ir a unas cuantas reuniones al año. Confiamos en que firmes esos papeles, hijo.

—Por supuesto que firmará. —Fanny Giraut sonríe. Por razones asociadas a la inyección neumática de silicona y al grado de tensión de la piel quirúrgicamente alisada, las sonrisas de Fanny Giraut son más bien un retraimiento de los labios que deja al descubierto una encías espantosamente lívidas. Mira fijamente a Fonseca—. La catedral de Espira es nuestra. Siempre ha sido nuestra. Encárgate de que todo el mundo hable de ello todo el tiempo. Invéntate reuniones. Amenaza a gente. Compra a unos cuantos periodistas alemanes. La gente hace caso a los periodistas alemanes. Castiga a todo el mundo que no esté hablando del tema. Encárgate de que la gente hable de la catedral como el buque insignia de nuestra flota. Asegúrate de que usen esa misma expresión exacta. Amenaza a Chicote con despedirlo mañana mismo si no cena más. Queremos que cene más. Hasta que haya cenado con tanta gente alemana que tenga pesadillas con cerveza y salchichas y *sauerkraut*.

—Tu pastel de cumpleaños está listo —le dice Lucas Giraut a su madre. Sin girarse. Sin dejar de mirar la escollera a través del ventanal—. Con todos los ingredientes que pediste. De seis pisos. Con la inscripción que pediste. Sin ninguna mención a tu edad, por supuesto. El pastelero me ha asegurado que es el pastel más grande que ha hecho nunca. Lo ha puesto por escrito, tal como me pediste.

—Tendría que haber encargado la organización a un profesional. —Las mejillas quirúrgicamente tensadas de Fanny Giraut se repliegan hacia los lados. Sus encías blancas tienen una textura inexplicablemente cercana al esmalte. Sus labios amoratados se vuelven a hundir en el borde del vaso y emergen al cabo de un instante—. Nunca te he visto hacer nada bien. Y no creo que vayas a empezar a cambiar ahora.

—El material audiovisual para la fiesta está listo —continúa Lucas—. Las grabaciones antiguas de vídeo han sido transferidas al formato digital actual. Las fotografías han sido adaptadas al formato contemporáneo de proyección digital.

Los trofeos de pesca más importantes del Salón de los Trofeos de Pesca, aquellos Trofeos que Justifican una Vida Pesquera, están sobre la repisa de la chimenea. Entre ellos hay un pez globo disecado en actitud de ataque. Atacando con sus espinas a un enemigo invisible. Hay un atún rojo de dos metros y diez centímetros. El más grande

pescado nunca en aguas del Mediterráneo. Hay distintos trofeos dorados y plateados. Muchos de ellos representan figuras de pescadores y figuras de peces y otras figuras relacionadas con el mundo pesquero.

—Mi hijo nunca aprenderá a pescar. —Fanny Giraut hace un gesto vago con la mano en dirección al Salón de los Trofeos de Pesca—. Es todavía más torpe que su padre, y su padre era el peor pescador que vi con una caña en las manos. ¿Os acordáis de cuando salíamos con la barca a pescar atunes? Eran de las pocas veces que el idiota de Lorenzo me hacía reír. El pobre desgraciado tenía tanto miedo que cuando le estaban atando las correas de la silla ponía una cara como si lo estuvieran atando a una silla eléctrica. Mi marido era un hombre sin agallas. —Hace una pausa y sus rasgos asumen lo más parecido a una expresión evocadora que pueden asumir unos rasgos inyectados y alisados quirúrgicamente más allá de toda expresión—. Ni siquiera la cárcel le dio las agallas que le faltaban. Al contrario: todavía salló más ridículo y sin agallas. Viejo y ridículo y aferrado a su estúpida tienda y a sus amigos viejos y ridículos. Solamente le faltó caer muerto en ese sitio espantoso en medio de sus trastos y sus telarañas. —El local de tres plantas y su almacén anexo en la parte alta de Barcelona que alberga las actividades comerciales de Lorenzo Giraut, S. L. es conocido en la nomenclatura familiar de los Giraut simplemente como La Tienda. Las diversificaciones empresariales inmediatamente anteriores y posteriores a la muerte de Lorenzo Giraut carecen de nomenclaturas familiares internas—. Librarme de él fue lo mejor que hice en mi vida. Pero parece que librarse de un hijo no es tan fácil.

El principal descubrimiento que hizo Lucas Giraut en su infancia mientras espiaba a su padre de pie frente al ventanal desde su ventana del Ala Norte, y que documentó debidamente en uno de sus cuadernos infantiles, tenía que ver con la expresión facial de su padre. Que era, en esencia, una expresión de terror. Una expresión facial de terror en estado puro. Y de alguna manera ese terror parecía estar relacionado con el hecho de estar de pie frente al ventanal. De alguna manera el terror parecía derivar del mismo ventanal. De pie frente al ventanal con su vaso de Macallan en una mano y su cigarrillo en la otra, la cara de Lorenzo Giraut era una mueca de terror doloroso e intenso. El descubrimiento quedó anotado con detalle en los cuadernos infantiles de Lucas. Como uno de esos descubrimientos cruciales en el desarrollo interno de la mente filial.

—La banda de música ya ha sido contratada —dice Lucas Giraut—. Para tu fiesta de cumpleaños.

Y enarca las cejas como si lo que acaba de decir le produjera alguna clase de gratificación secreta.

EL PRINCIPIO PROPIAMENTE DICHO DE LA HISTORIA

Lucas Giraut apoya la barbilla sobre las manos con los dedos entrelazados y examina con los ojos ligeramente fruncidos la imagen del señor Bocanegra, Empresario del Espectáculo, en el monitor monocromo conectado a la cámara de vigilancia del vestíbulo de las dependencias de Lorenzo Giraut, S. L. En busca de elementos familiares en su apariencia. Elementos que puedan despertar el recuerdo infantil. Tal vez el abrigo. El señor Bocanegra lleva echado sobre los hombros un abrigo de zorro o de marta cibelina o tal vez de nutria china que por su corte y por su aspecto general resulta marcadamente femenino. Decididamente la imagen de un hombre con ese abrigo marcadamente femenino o con otro similar parece despertar alguna clase de recuerdo en los recovecos de su mente infantil. Las imágenes del monitor monocromo que vigila el vestíbulo de las dependencias de Lorenzo Giraut, S. L. son de un color que está a medio camino entre el azul eléctrico y la escala de grises. Lucas Giraut comprende que el hombre que espera en el vestíbulo con un abrigo marcadamente femenino sobre los hombros ha levantado la vista y ahora está mirando fijamente a la cámara. Con una mueca de impaciencia en su cara ancha y bigotuda.

—Hazlo subir —le dice a la becaria que ocupa el escalafón inferior de la pirámide jerárquica de Lorenzo Giraut, S. L.

La becaria baja las escaleras que comunican el *mezzanine* donde está situado el despacho corporativo de Lucas Giraut con la tienda de antigüedades propiamente dicha. Giraut vuelve a mirar el monitor. Repantingado en la silla de su despacho en el *mezzanine* de Lorenzo Giraut, S. L. de esa forma rígida que tiene él de repantingarse. Con la espalda perfectamente recta en el respaldo. Con los brazos apoyados en los brazos de la silla y las piernas cruzadas a la altura del muslo en lugar de cruzadas a la altura del tobillo, que es la forma correcta en que un hombre como es debido debe cruzar las piernas de acuerdo con las enseñanzas patriarcales de Lorenzo Giraut en materia de lenguaje corporal preadolescente.

El antiguo despacho patriarcal que ahora ocupa Lucas Giraut en las dependencias de Lorenzo Giraut, S. L. tiene el techo bajo y una barandilla que domina el salón de exposición y venta al público. El único elemento mobiliario y/o decorativo que ha aparecido con posterioridad a la muerte de Lorenzo Giraut es el *cartonnier* italiano estilo Luis XV que Lucas usa como mesa de trabajo. Un *cartonnier* de color crema con resaltes de color ébano y cuatro cajones de cuero sobre la superficie de escritura separados por una hornacina decorativa.

El estruendo de unos pasos de gigante en los peldaños de madera que suben al *mezzanine* y un ligero temblor de los tablones del suelo anuncian la llegada de

Bocanegra, Empresario del Espectáculo y Supuesto Mejor Amigo de Lorenzo Giraut de acuerdo con ciertos rumores que corren en el sector de las antigüedades de Barcelona. Al cabo de un momento, Bocanegra corona la escalera. Arrancando un crujido angustiado de los tablones del suelo. Metro ochenta y cinco de carne fofa con una calva imposiblemente reluciente rematando una cara ancha y bigotuda. Giraut mira a Bocanegra de arriba abajo y lleva a cabo un rápido análisis trajeológico de su traje beige de Prada, con los siguientes resultados: desafecto; suntuosidad que llega a la displicencia sin pasar en absoluto por el buen gusto; violencia contenida y respetabilidad basada en elementos estrictamente negativos de personalidad.

Bocanegra estrecha con vigor la mano básicamente flácida de su anfitrión. La sonrisa de su cara ancha y bigotuda resulta cruel por alguna razón difícil de discernir. Hay algo intrínsecamente cruel en los rasgos de Bocanegra. Algo que no parece depender de la configuración específica de dichos rasgos en un momento determinado.

—No puedo explicar lo mucho que esto significa para mí. —El señor Bocanegra se lleva una mano al pecho y arruga la cara grande y blanda en una expresión de dolor emocional mitigado por la alegría que le produce estar donde está. Después hace un gesto con sus manazas peludas en dirección al despacho entero—. El hecho de estar aquí. El que me hayas llamado. No hace falta decir que tu padre era más que un hermano para mí. Joder, a la mayoría de mis hermanos de verdad les metería los pies en una hormigonera y los tiraría al mar. Pero eso es otra historia. —Frunce el ceño—. Tu padre era la persona más significativa de mi vida. Ya sé que es raro que yo diga esto cuando lo más seguro es que ni siquiera te acuerdes de mí. ¿Cuántos años tenías la última vez que te vi? ¿Cuatro? ¿Cinco? Pero qué se le va a hacer. —Hace un gesto resignado—. A tu madre nunca le caí bien. Digamos que nunca quiso que yo pusiera un pie en su casa. Por eso no me has visto nunca, y por eso tu padre nunca te habló de mí. Joder, no quiero ni pensar qué habría pasado si ella hubiera sospechado que yo trabajaba tan cerca de tu padre.

Lucas le hace una señal a su invitado para que se siente en el sillón de brazos que hay al otro lado del *cartonnier* Luis XV. El señor Bocanegra se deja caer pesadamente en el sillón y se repantinga con los brazos extendidos sobre el amplio respaldo. Ciertamente hay algo familiar en él. No es su cara ancha y bigotuda y ligeramente sudorosa, ni tampoco su forma de hablar. Es más bien la forma en que sus facciones se ajustan y se reconfiguran a sus diferentes estados emocionales sin perder un matiz continuo de crueldad subyacente. Una especie de matiz de fondo. Un matiz que hace pensar en grandes depredadores de ecosistemas no dominados por el ser humano.

—Mi madre es una mujer difícil. —Giraut saca su pitillera de plata repujada con las iniciales paterno-filiales y le ofrece un cigarrillo a su visitante. Hay un momento de silencio mientras Bocanegra enciende su cigarrillo con el encendedor que Giraut sostiene frente a la punta del misino. Lego el anfitrión continúa:

—Las cosas tienden a complicarse cuando ella está en medio.

—Que Dios bendiga a tu madre. —Bocanegra da una calada a su cigarrillo. Su abrigo estilísticamente femenino de marta cibelina o de nutria china o tal vez de astracán consigue por alguna razón volver su figura más amenazante. Como una especie de provocación cósmica dirigida a nadie en particular—. La verdad es que no la culpo por odiarme. Y, a fin de cuentas, tu madre odia a toda la humanidad. Tendrías que ver la cara que puse cuando tu padre me dijo que se iba a casar con ella. ¿Por qué no te casas con una anguila eléctrica?, le dije.

Lucas Giraut asiente en silencio. Su expresión facial no parece transmitir contrariedad por las palabras de su visitante ni tampoco ninguna clase de conformidad.

—Señor Bocanegra —Giraut coloca las dos manos con las palmas abiertas sobre la superficie del *cartonnier* e inclina ligeramente el cuerpo hacia delante—, como ya sabe usted, no llegué a conocer mucho a mi padre. De hecho, cuanto más lo pienso más me da la impresión de que mi padre jamás hizo ningún esfuerzo por ayudarme a conocerlo. Ni por conocerme a mí, claro. —Se encoge de hombros—. Las circunstancias de su vida y de su muerte son un misterio para mí. Y mi madre se ha encargado de que lo sigan siendo. Y, sin embargo, conozco bastante bien su trayectoria profesional. Algunas de sus operaciones internacionales todavía son legendarias en el mundo del comercio de antigüedades. —Hace un gesto en dirección al montón de revistas profesionales sobre antigüedades que hay sobre el *cartonnier*—. Y por supuesto, debido al hecho de que al morir me dejó al frente de su empresa, tengo acceso a todos los documentos y registros de la compañía. Incluyendo aquellos documentos y registros que por su naturaleza no han sido revisados nunca por personas ajenas al círculo íntimo de mi padre. Y aquí es donde entra usted.

El señor Bocanegra parece repantingarse todavía más en su silla. La forma en que superpone su nuevo repantingamiento al primero y original es análoga a la gente que hace una segunda hipoteca sobre una primera hipoteca existente. Su nuevo repantingamiento parece sugerir amplitud en todos los sentidos y una laxitud cercana al desafío.

Lucas Giraut saca un expediente de un cajón. Lo deja sobre la superficie de escritura del *cartonnier* y lo abre por la primera página.

—Por poner un ejemplo. —Giraut examina la primera página del expediente. La expresión de indiferencia casi desafiante y de falta de curiosidad de Bocanegra hacia el expediente que hay sobre la mesa parece una de esas expresiones firmemente diseñadas para enmascarar cierto grado de interés y de curiosidad—. ¿Ha oído usted hablar de la Isla de Guernsey? Confieso que cuando me encontré con ese nombre me sentí un poco desorientado. —Pasa una página del expediente—. Pues resulta que la Isla de Guernsey es un protectorado británico situado en el Canal de La Mancha. Su superficie total es de ochenta kilómetros cuadrados y en ella viven sesenta mil

personas. Sus animales más representativos son el burro y una variedad local de vacas. Su color nacional es el verde.

Algo ha cambiado en la expresión facial del señor Bocanegra. Algo relacionado con el elemento de crueldad que descansa perpetuamente bajo sus facciones y con el hecho de que dicho elemento parece haber pasado a primer plano, sin que nada tangible cambie en su expresión facial. Salvo tal vez un elemento cuasifelino de alerta en sus rasgos hasta ahora desafiantemente indiferentes. Su cuerpo enorme que antes estaba repantingado en el sillón de una forma que sugería amplitud espacial desafiante también parece retraerse a un estado de agazapamiento alerta y cuasifelino. A pesar de no haber cambiado ningún elemento destacable de su postura.

—Estará usted de acuerdo —continúa Giraut— en que no parece un lugar a donde mi padre iría a hacer negocios. Y, sin embargo, la Isla de Guernsey es la sede de Arnold Layne Experts. Una empresa que no me he molestado en investigar por la sencilla razón de que no es asunto mío lo que haga la gente de Guernsey. Y el nombre no es lo único curioso que tiene esta empresa. Por ejemplo. Sigue leyendo del expediente que tiene abierto en la mesa—. Los apellidos de sus tres accionistas mayoritarios son Wright, Waters y Mason. Ahora bien, si uno teclea estos tres apellidos en cualquier buscador de Internet, descubre que se trata de los apellidos de los tres miembros fundadores de la banda británica de rock Fink Floyd. Mientras que *Arnold Layne* es el título del primer disco sencillo de la banda. Definido en las enciclopedias musicales como —lee—: «Una canción optimista y seminalmente psicodélica sobre un personaje aficionado a disfrazarse que termina en la cárcel». Ahora bien —levanta la vista y contempla la expresión facial del señor Bocanegra—, el caso es que yo no soy un gran aficionado a la música rock. Aunque ya sabe usted que mi padre sí lo era. Y, sin embargo, el nombre de Pink Floyd despierta en mi mente una serie de recuerdos. Ya se imagina usted qué clase de recuerdos. Ese fue el primer detalle que me hizo pensar. Y luego, por supuesto, está la fecha de constitución de Arnold Layne Experts. Verano de mil novecientos sesenta y ocho. Me costó un poco recordar por qué esa fecha me resultaba tan familiar, claro. Piense que yo solamente tenía cinco años. Así pues —cierra el expediente—, ¿algo de todo esto le resulta familiar? —Giraut levanta sus cejas finas y pálidas sobre sus ojos de aire estólido—. ¿Tal vez es usted aficionado a la música de Pink Floyd?

Bocanegra echa el cuerpo hacia atrás y continúa fumando. De la primera fase de su estado de agazapamiento, cuyos elementos centrales parecían ser la orientación de las orejas y el fruncimiento de los ojos, parece haber pasado a una segunda fase cuyos elementos centrales son el grado de flexión de las piernas y los movimientos nerviosos de los dedos sobre los brazos del sillón. Sus ojos experimentan un fruncimiento demasiado fugaz para ser registrado más que como una sensación indefinida. De la misma forma en que ciertos depredadores fruncen los ojos de forma demasiado fugaz para ser registrada mientras su cerebro capta la información sensorial necesaria para su siguiente acción depredadora.

—Señor Bocanegra —Lucas Giraut vuelve a guardar el expediente en el cajón—, no tengo ninguna intención de ponerme a hurgar en asuntos que ya están cerrados y que a la ley no le interesan. —Hace una pausa para entrelazar nuevamente los dedos de las manos frente a su cara, con los codos apoyados en la superficie de su mesa—. Sin embargo, tengo metas profesionales. Y algunas coinciden con las de mi padre. ¿Sabía usted, por ejemplo, que mientras estaba estudiando mi doctorado en Dublín visité las cuatro Tablas de San Kieran mientras estaban expuestas en el museo del Trinity Collage, y que tuve ocasión de estudiarlas en privado durante una semana? Y no sé si está usted al corriente de que a mi padre lo detuvieron en mil novecientos setenta y ocho precisamente cuando estaba haciendo gestiones para adquirir esas mismas cuatro tablas. Me refiero al mismo verano en que alguien que trabajaba estrechamente con él lo vendió a las autoridades. —Hace una pausa—. Y ahora esas tablas van a venir aquí. A Barcelona. Se van a exponer en esta ciudad. —Por alguna razón difícil de explicar, la posición de sus manos con los dedos entrelazados frente a su cara funciona como una especie de talismán gestual de autoridad—. No sé si me ha seguido hasta ahora, señor Bocanegra.

El señor Bocanegra sonrío, muy poco al principio. De una forma que cuesta reconocer como sonrisa. Apenas un asomo de dentadura sobre el trasfondo general de crueldad facial. A continuación ese asomo se ensancha, crece en todas direcciones y deja al descubierto las dos hileras de dientes grandes y voraces. Hasta convertirse primero en esa mueca con que los depredadores enseñan los dientes a modo de amenaza a su presa potencial y después en una auténtica sonrisa cruel. La Genuina Sonrisa Cruel del Señor Bocanegra. Por fin levanta las cejas con expresión divertida.

—¿Me estás diciendo que quieres esas tablas? —Escruta la cara redonda y lampiña de su anfitrión—. ¿Me has llamado para que te ayude a conseguirlas? ¿Para que diseñe un plan de acción y una estrategia de trabajo y utilice mi experiencia y mis contactos internacionales? —Da una última calada al cigarrillo y lo aplasta con rotundidad en el cenicero que hay junto a su sillón—. ¿Después de encontrar mi nombre en los registros secretos de tu padre o lo que sea? En otras palabras, ¿después de entender que yo soy la persona a la que tu padre habría acudido si quisiera hacer algo que se saliera de los cauces habituales de la conducta del anticuario y todo eso?

Lucas Giraut se queda mirando un segundo los restos de la colilla que el señor Bocanegra ha aplastado sobre el cenicero. La mayor parte de la misma parece haberse desintegrado o por lo menos ya no guarda ningún parecido con los restos convencionales de una colilla de cigarrillo.

—No puedo explicárselo —dice—. Pero esas tablas tienen un significado especial para mí. Un valor especial. No puedo decirle más.

Hay un momento de silencio. Las luces del despacho de Lucas Giraut en el *mezzanine* de las dependencias de Lorenzo Giraut, S. L. están dispuestas y graduadas de tal manera que en el despacho reine la penumbra todo el día. El *cartonnier* que Lucas Giraut ha colocado en el centro del despacho es lo que se conoce técnicamente

en el mundo de las antigüedades como un escritorio mágico. Lo que define técnicamente un escritorio mágico, por oposición al resto de escritorios de anticuario, es el hecho de que tiene uno o más compartimentos secretos que solamente pueden abrirse accionando resortes o combinaciones de resortes también secretos. De acuerdo con la mayoría de opiniones profesionales al respecto, Giraut es el coleccionista de escritorios mágicos más importante del país.

El señor Bocanegra se pone en pie de repente. La forma en que se pone de pie provoca un bamboleo rotundo de diversas partes sebáceas de su cara, cuello y torso. El abrigo que lleva echado sobre los hombros en lugar de puesto es uno de esos abrigos de pelo largo de zorro o de nutria china o de marta cibelina que uno asocia inconscientemente con mujeres rusas postsoviéticas de clase acomodada que esperan fumando un cigarrillo a que las pase a buscar su chófer frente a la puerta de algún restaurante de Saint-Tropez. Al cabo de un segundo, Giraut se pone de pie también. Con expresión de cautela.

—Nunca tuve hijos —dice el señor Bocanegra, recorriendo en solo dos zancadas el espacio interpersonal que lo separa de Lucas Giraut—. Soy esencialmente una persona sin hijos. Nadie entiende ese dolor. Esa especie de agujero interior. —La cara del señor Bocanegra, Empresario del Espectáculo, vuelve a adoptar esa expresión de dolor emocional que hace pensar en un actor de melodrama de cine mudo con problemas estomacales. Después extiende sus brazos enormes a ambos lados del cuerpo de Lucas Giraut y abre mucho sus manos peludas y llenas de anillos, y antes de que Giraut pueda reaccionar lo atrapa en un abrazo tan envolvente y tan fuerte que hace que las suelas de sus mocasines negros de Lino Rossi se despeguen del suelo. Bocanegra permanece un momento así, abrazándolo en silencio. Luego asiente emotivamente con la cabeza—. Tu padre estaría orgulloso de ti, muchacho. Y si tu padre lo estaría, puedes apostar a que yo también lo estoy. No te lo tomes a mal, hijo, pero para mí eres como una especie de hijo. Alguien increíblemente significativo en mi vida. Y tenemos muchos años que recuperar.

La cara de Lucas Giraut permanece apoyada y parcialmente constreñida sobre el hombro derecho del señor Bocanegra. Con la barbilla sepultada en el pelo largo de su abrigo marcadamente femenino. Desde el lugar donde su cara permanece constreñida como resultado del abrazo, su mirada se encuentra con la mirada vagamente interrogativa de la becaria que está observándolos desde el otro lado de la barandilla del *mezzanine*.

EL LADO OSCURO DE LA LUNA

En el corazón del imperio construido durante décadas por el señor Bocanegra, Empresario del Espectáculo, ocupando el centro del sistema irregular y siempre cambiante de coctelerías, salas de fiestas y restaurantes del Ampurdán que componen dicho imperio, se encuentra El Lado Oscuro de la Luna. Majestuoso en su esquina del Ensanche Norte. Flanqueado de edificios empresariales de cristal con sus porteros uniformados y dominando desde su piso superior acristalado el tráfico de la avenida Diagonal y la Vía Augusta. Feroz en su desafío a las ordenanzas municipales y los sucesivos equipos consistoriales. Nunca mencionado en los periódicos. Nunca objeto de esas quejas vecinales que se manifiestan en forma de pancartas en los balcones y recogidas de firmas lideradas por ciudadanos de la tercera edad. Nunca necesitado de publicidad y siempre lejos de la opinión pública. Como si El Lado Oscuro de la Luna y la opinión pública existieran en dimensiones cuánticas distintas. Como si discurrieran en paralelo y nunca coincidieran en el mismo lugar y en el mismo momento. Nada parece poder desplazar a El Lado Oscuro de la Luna de su posición de dominio en la galaxia de los locales de mala reputación del Ensanche Norte de Barcelona.

En el aparcamiento privado de El Lado Oscuro de la Luna, Juan de la Cruz Saudade abre la portezuela trasera de un coche de alquiler con los cristales tintados y asombrosamente parecido al resto de coches de alquiler con los cristales tintados que ya hay aparcados. Saudade nunca ha visto a nadie usar la puerta principal de El Lado Oscuro de la Luna. Los clientes siempre acceden al local por la entrada para vehículos que hay en el callejón de al lado. En el aparcamiento, el trabajo de Saudade consiste en coger las llaves que los ocupantes de los coches depositan en su mano con displicencia, indicarles la dirección del ascensor y aparcar sus vehículos intentando dejar en los mismos pequeños desperfectos que no resulten inmediatamente visibles en el interior o el exterior de los coches. Esos desperfectos que solamente se ven dos o tres días más tarde.

El ocupante del coche sale por la portezuela que Saudade está sosteniendo abierta. Frunce el ceño bajo la luz láctea y vagamente iridiscente que proyectan los tubos de neón del aparcamiento y luego contempla a Juan de la Cruz Saudade con una mueca de algo cercano al horror. No parece que a Saudade le sorprenda su reacción. Aunque técnicamente atractivos, su cara bien formada y su cuerpo alto y esbelto son también ventanas a un alma que es una especie de horno industrial de hostilidad. No hay nada remotamente benévolo ni amable en los rasgos de Saudade. La supernova reverberante de su hostilidad resplandece en torno a su cabeza igual que ciertos ancianos venerables de regiones recónditas de Asia tienen un aura casi tangible de

beatitud. El tipo que acaba de salir del coche da un paso atrás, intimidado, y su espalda topa con el costado del coche.

¿Me va a dar las llaves o no?

Saudade pone los brazos en jarras, en gesto impropio de su ubicación personal en la base misma de la pirámide jerárquica de empleados de El Lado Oscuro de la Luna. Su cara técnicamente atractiva está mal afeitada. Por debajo de su abrigo corporativo asoman las perneras de un chándal blanquiazul marca Umbro y unas zapatillas deportivas con las punteras desgastadas.

El cliente de El Lado Oscuro de la Luna deja las llaves en la palma de la mano que Saudade tiene extendida y se aleja apresuradamente en dirección al ascensor con paredes de terciopelo que lleva al nivel principal. Saudade se saca un botellín de whisky escocés barato del bolsillo del abrigo, desenrosca el tapón y da un trago mientras observa con cara pensativa al hombre que se aleja echando vistazos nerviosos por encima del hombro. Aunque es un practicante apasionado de todas las modalidades del odio, es el odio asociado con cuestiones de género, raza o estatus socioeconómico lo que Saudade ha convertido en un arte. Un arte tan venerable y rico en matices como, por ejemplo, el retrato pictórico flamenco del siglo XVII.

El latido de la música rítmica del nivel principal de El Lado Oscuro de la Luna viaja por las paredes y el suelo del aparcamiento privado. Transmitiéndoles a sus ocupantes cierta sensación de que se encuentran dentro de algo parecido a un cuerpo vivo. La luz es láctea y un poco iridiscente. Saudade se dispone a aparcar el coche recién llegado causándole algún tipo de desperfecto menor cuando por la rampa de entrada del aparcamiento privado llega otro coche de alquiler con cristales tintados. El segundo automóvil se detiene con un chirrido de neumáticos al lado del primero y sus portezuelas se abren de forma casi simultánea. Del interior salen tambaleándose cuatro individuos de aspecto ejecutivo. Sus trajes exhiben los elementos clásicos de la indumentaria de los ejecutivos cuando se reúnen con propósitos celebratorios. Sus corbatas están aflojadas y torcidas a un lado. Las pecheras de sus trajes presentan manchas en tonos cercanos al granate. Sus peinados ejecutivos se han descompuesto y varios mechones se han librado de la tiranía ejecutiva del fijador. Uno de ellos lleva en la mano una botella descorchada de Moët Chandon y se dedica a beber directamente del gollete.

—Eh, chico —le grita uno de los tipos de aspecto ejecutivo de un lado a otro del coche que Saudade estaba a punto de aparcar—. ¿Qué pasa? ¿Me vas a hacer caminar hasta ahí?

Los cuatro ejecutivos reunidos con finalidades celebratorias se echan a reír. Sus risas son esas risas extrañamente agudas o estridentes o poco masculinas que Saudade asocia automáticamente con las risas de los Pijos Mierdosos cuando se están burlando de aquellos que no pertenecen a su clase. Unas risas que no hacen pensar exactamente en hienas ni tampoco en pájaros tropicales de plumaje multicolor graznando en medio de un alboroto de plumas. Unas risas que parecen casi el resultado de alguien

fingiendo que se ríe. Uno de los ejecutivos se da palmadas en una rodilla. Todos se secan lágrimas de hilaridad de las mejillas. La mano tatuada y llena de gruesos anillos de Saudade se cierra con fuerza en torno al botellín de whisky que tiene en el bolsillo del abrigo. Sus dientes rechinan de forma casi audible en medio del espacio lleno de ecos del aparcamiento privado. En ese momento uno de los ejecutivos de corbata aflojada y peinado en descomposición se lo queda mirando con los ojos guiñados.

—¿Saudade? —le dice el ejecutivo—. ¿Eres tú?

Uno de los tubos de neón del techo del aparcamiento privado se pone a parpadear y a emitir un ligero zumbido mecánico. De esa forma en que los tubos de neón de los aparcamientos parpadean y zumban como preludio a una violación o un tiroteo o alguno de los actos violentos que se cometen habitualmente en los aparcamientos subterráneos.

—¿Conoces a ese tipo? —le pregunta otro de los ejecutivos.

—Joder —dice el primero—. Ya lo creo. Debe de hacer cinco o seis años. Hacía trabajos para nuestra compañía. Trabajos especiales.

Los cuatro ejecutivos guardan silencio. Un silencio que, por parte de los ejecutivos, parece saturado de nociones de respeto, temor reverencial, cautela y curiosidad paliada por el miedo a hacer preguntas indebidas. Alguien carraspea. El ejecutivo que lleva la botella descorchada de Moët Chandon en la mano da un trago de la botella.

—Caramba —dice el ejecutivo—. ¿Y cómo te va? ¿Ahora trabajas aquí? —dice en tono vacilante—. ¿Para Bocanegra?

Una especie de seísmo interior recorre los brazos tatuados y la espalda gimnásticamente musculada de Juan de la Cruz Saudade. El whisky tiembla dentro del botellín de su bolsillo. La mayoría de tatuajes de Saudade tienen dibujos o consignas de corte político o incluso paramilitar asociados con su club de fútbol favorito. La supernova de odio asociado a cuestiones socioeconómicas que rodea su rostro se encoge hasta convertirse en una enana blanca iridiscente y temblorosa. El ejecutivo que asegura haber conocido a Saudade en una época anterior empieza a disculparse con voz entrecortada. Un par de empleados de Bocanegra que montan guardia junto al ascensor observan ahora la escena con expresiones de curiosidad no disimulada. La cara de Saudade hace pensar en enanas blancas y en agujeros negros y en toda clase de cuerpos celestes que implosionan en silencio y causan cataclismos galácticos a su alrededor. El parpadeo del tubo de neón del techo provoca sombras intermitentes en el suelo de cemento. Uno de los ascensoristas de Bocanegra hace un comentario sarcástico. Saudade se acerca al grupo de ejecutivos, que permanecen paralizados junto a su coche de alquiler con los cristales tintados, y extiende una mano con la palma hacia arriba. Los ejecutivos depositan las llaves con el logotipo corporativo de la empresa de alquiler de coches en el llavero y desaparecen de las inmediaciones de Saudade. Al cabo de un momento se oye el ruido del ascensor.

Cinco minutos más tarde. Saudade se ha bebido lo que quedaba del botellín de whisky barato, ha colocado el letrero que dice «completo» frente a la entrada para coches a pesar de que quedan más de la mitad de plazas libres y ha abandonado el aparcamiento por una puerta pequeña de metal que da a una escalera trasera para uso exclusivo de los empleados. La escalera termina en otra puerta idéntica, un par de pisos por encima. Saudade se peina el pelo con la mano, expira una bocanada de aire en su mano ahuecada para olerse el aliento y por fin se encoge de hombros y empuja la puerta.

Al otro lado hay un pasillo transitado por mujeres en ropa interior y camareros con uniformes que incluyen chaquetillas blancas y pajaritas rojas. Saudade cierra la puerta detrás de sí. Dos chicas en ropa interior y zapatos de tacón de aguja que están compartiendo un cigarrillo se lo quedan mirando con cara de asco. Una le dice algo en voz baja a la otra y se alejan.

Saudade se pasea por la zona para empleados de El Lado Oscuro de la Luna. Coge un vaso de whisky de un carrito de bebidas empujado por un camarero con uniforme y se lo bebe con expresión distraída. El camarero frunce el ceño. Es evidente que quien sea que gobierna esa enorme sala de fiestas para adultos que es el universo no da muchas muestras de simpatía hacia la persona y el destino de Saudade. Lo cual, en su opinión, no quiere decir en absoluto que él no pueda asumir la iniciativa y vengarse personalmente de dicho gobernante, ya sea destruyendo su propiedad o dejando caer su ira sobre el resto de sus ocupantes. Algo a lo que Saudade ha dedicado gran parte de su energía física e intelectual desde su más tierna infancia. Por fin dobla un recodo, mira por encima del hombro para asegurarse de que nadie lo está viendo y abre la puerta de una de las habitaciones privadas para descanso de las empleadas.

En el interior de la habitación de descanso, una joven en ropa interior que está tumbada en un sofá mirando un televisor se lo queda mirando con expresión iracunda.

—Ni lo sueñes —dice—. Todavía me duele de la última vez. Y ya hace más de un mes.

Saudade cierra la puerta suavemente detrás de sí mientras se baja los pantalones del chándal marca Umbro. La forma en que es capaz de llevar a cabo estas dos operaciones de forma simultánea indica un grado de pericia no siempre concordante con las leyes de la física. Durante los cinco minutos siguientes, en el corazón del imperio construido durante décadas por el señor Bocanegra, en una esquina del Ensanche Norte flanqueada de edificios de cristal, una sinfonía de chillidos, golpes y ruidos de lencería al rasgarse llena una de las habitaciones para el descanso del personal femenino. Después se hace el silencio. Saudade sale de la habitación con cautela. Se está peinando con los dedos y arreglándose la ropa cuando sobre su hombro se apoya una mano mucho más grande y pesada que ninguna otra mano que Saudade haya conocido nunca. Una mano que desafía las ideas convencionales acerca

del tamaño que pueden alcanzar las manos humanas. Saudade observa la mano y luego su mirada recorre el brazo grueso como una pierna que hay unido a la misma y por fin llega al cuerpo y la cabeza de Aníbal Manta.

—¿Dónde te habías metido? —dice Aníbal Manta. Hay algo incongruente en su pelo cortado al cepillo y en su pendiente de aro. Algo que no acaba de encajar con su cuerpo gigantesco ni con su barriga parecida a un globo aerostático. Ni tampoco con su traje italiano a medida—, Bocanegra te quiere en su despacho ahora mismo. —Hace una señal con el pulgar en dirección a las escaleras. Luego hablaremos de eso de abandonar otra vez tu sitio de trabajo.

Saudade se encoge de hombros. Sigue a Aníbal Manta hasta un ascensor con las paredes de terciopelo y una lámpara de cuentas de cristal dentro del ascensor y después por un pasillo flanqueado de estatuas. Las estatuas, tal como sabe cualquiera que conozca a Bocanegra, son la principal afición y ocupación de Bocanegra durante el tiempo que no pasa trabajando. Aunque esto último requiere cierto esfuerzo especulativo, puesto que nadie ha visto nunca a Bocanegra no trabajando. Tampoco es una idea fácil de imaginar. Saudade se queda esperando con los brazos en los bolsillos del chándal frente a la puerta del despacho de Bocanegra mientras Aníbal Manta avisa a este de su llegada. Su mirada se posa en una estatua de mármol que representa a un tipo barbudo vestido con una sábana y sin brazos. Saudade niega con la cabeza. Puede entender que haya estatuas tan antiguas que se les hayan caído un par de trozos. Lo que le indigna es que hoy en día haya gente tan imbécil como para seguir haciendo estatuas nuevas a las que les falten los brazos.

La puerta del despacho del señor Bocanegra se abre. Aníbal Manta le hace una señal a Saudade para que entre. Saudade se queda mirando con una media sonrisa el tebeo de superhéroes enrollado que Manta lleva en el bolsillo de la americana durante el suficiente tiempo como para asegurarse de molestar a Manta y por fin entra en el despacho. Más estatuas. Más alfombras pijas. Más terciopelo en las paredes. El señor Bocanegra está sentado a su escritorio de caoba, reclinado hacia atrás mientras una de las empleadas de la sala de fiestas le lima las uñas de una mano.

Saudade se sienta en una butaca de piel con brazos.

—¿Te he dicho yo que puedes sentarte? —El señor Bocanegra levanta las cejas. Su gesto hace que se le formen arrugas temblorosas por toda la calva.

Saudade se levanta de la butaca de piel con brazos.

—Tengo que decirte que estoy impresionado. —El señor Bocanegra asiente en gesto apreciativo. Coloca los pies encima de la superficie de caoba de su escritorio—. En el tiempo que hace que te tengo aquí has demostrado ser con mucha diferencia el peor trabajador que ha habido nunca en El Lado Oscuro de la Luna. Y los hemos tenido malos, en el pasado. —Hace una pausa. Suspira—. Hasta Aníbal es capaz de hacer dos o tres cosas bien, si uno tiene cuidado de no darle tareas que superen su capacidad intelectual. Pero tú, Saudade —se queda mirando a Saudade, que está de

pie en medio del despacho sin dar ninguna muestra especial de estar prestándole atención—, tú has demostrado no servir para nada en absoluto. Y eso me impresiona.

Saudade mira con el rabillo del ojo hacia el rincón del despacho donde Aníbal Manta está de pie, muy quieto, como si estuviera intentando camuflarse entre las estatuas del despacho. La postura de Manta recuerda a esa postura en que los futbolistas se colocan formando una barrera cuando el equipo contrario se dispone a sacar una falta. En posición de firmes y con la barbilla alta y tapándose la entrepierna con las manos. Saudade no sabe por qué lo han convocado hoy al despacho de Bocanegra, pero sí sabe que no es por nada que haya hecho mal. Al fin y al cabo, no está atado a una silla mientras el idiota de Manta se dedica a romperle los dedos. En su opinión, lo han llamado para darle unas vacaciones. Para que se pueda dedicar a tiempo completo a algún trabajo de naturaleza especial y secreta y sumamente lucrativa.

—Te he llamado para darte unas vacaciones —dice Bocanegra. Inclinando la cabeza para tener una mejor perspectiva del escote de la chica que le está limando las uñas—. Estoy seguro de que todo el mundo se va a alegrar. Sobre todo las chicas. —Hace una pausa. La chica que le está arreglando las uñas pone los ojos en blanco—. Necesito que te dediques a tiempo completo a un trabajo que acaba de salir. Un trabajo sumamente lucrativo. Por supuesto, esta conversación no sale de este despacho. Me remito a las amenazas habituales en caso de que te vayas de la lengua.

Saudade carraspea. A la chica que le está limando las uñas a Bocanegra le sobresale la punta de la lengua de entre los labios en gesto de concentración.

—Trabajarás con Aníbal. —Bocanegra mueve la punta del zapato sobre la mesa de caoba y la examina con los ojos fruncidos en busca de rayaduras o defectos del lustre—. También haremos venir a Pavel y al idiota de Yanel. En otras palabras, el equipo completo.

Lo que resulta incongruente en la apariencia de Aníbal Manta, en su pelo cortado al cepillo y en su pendiente de aro y en el tebeo de superhéroes que le sobresale del bolsillo de la americana, es lo mismo que provoca en sus interlocutores la sensación de estar hablando con un chico de secundaria sometido a un proceso de crecimiento monstruoso mediante radiaciones atómicas e inyecciones de compuestos químicos experimentales.

Saudade mira a Bocanegra y enseña los dientes en una mueca espantosa que, en contra de lo que dicta el sentido común, parece ser su forma de sonreír.

PECES GORDOS

Una nube espesa y azul de hielo seco se infla y sisea en torno al coche deportivo con cuya portezuela está forcejeando Eric Yanel. En el techo y las portezuelas del coche hay estampados logotipos corporativos de una marca internacional de cigarrillos. Eric Yanel le da una patada al interior de la portezuela estampada. Una de esas patadas manifiestamente carentes de objetivo que da la gente cuando empieza a perder los nervios. La localización del rodaje del anuncio de cigarrillos es un prado de amplitud y llanura épicas, de esa forma estereotipada en que son épicos los prados de la publicidad televisiva. Tres modelos publicitarias con abrigo de invierno debajo de los cuales no parece que lleven nada esperan a pocos metros del coche deportivo a que llegue la orden del ayudante del realizador. Haciendo esos ruidos bucales que hace la gente para expresar su sensación de frío ambiental. De pie junto a la cámara, con un donut a medio comer en la mano, uno de los técnicos del rodaje mira con el ceño fruncido la nube siseante de hielo seco que se acerca a toda velocidad hacia la zona donde están el equipo de rodaje y los coches y la furgoneta del catering.

—Esa cosa nos va a gasear —dice. Limpiándose la boca de migas de donut con el dorso de la mano.

—¡Parad la máquina de humo! grita alguien con un megáfono.

La cámara montada sobre un complejo sistema de raíles y grúas sigue los movimientos de Yanel mientras este abre finalmente la portezuela y sale vestido con casco, botas y mono de piloto de carreras. Camina hasta el morro del automóvil y se sienta sobre el mismo con cierta rigidez. Tanto su mono de piloto de carreras como su casco y sus botas están cubiertos de estampados corporativos de la marca internacional de cigarrillos. A una orden del ayudante de realización, las modelos publicitarias de los abrigo dejan caer sus abrigo simultáneamente y entran en escena vestidas únicamente con bikinis diminutos y zapatos de tacón. Se colocan en sus marcas junto a Yanel, sonríen ampliamente y se ponen a acariciarle los hombros mirando a la cámara. Yanel se quita el casco, agita su melena rubia al viento matinal y saca un paquete de cigarrillos corporativos de uno de los bolsillos de su mono de corredor de carreras. Enciende un cigarrillo y suelta una bocanada de humo que el viento le proyecta traicioneramente sobre los ojos.

—¡Corten! —grita el ayudante de realización.

Iris Gonzalvo tamborilea con los dedos sobre la valla de contención que rodea la localización y hasta la cual está empezando a llegar ahora el humo azul y de olor dulzón de la máquina de hielo seco. Da una calada a su cigarrillo y contempla con el ceño fruncido cómo alguien corre por el prado de envergadura épica en dirección a las tres modelos publicitarias para ponerles sus abrigo por encima de los hombros.

Eric Yanel se ríe ahora con su dentadura perfecta y el trasero todavía sentado en el morro del automóvil y les ofrece cigarrillos corporativos a las tres modelos. Iris Gonzalvo lleva un abrigo a cuadros de Prada y unas gafas oscuras con la montura enorme y ostensiblemente rectangular. De esa forma en que las monturas de las gafas oscuras solamente eran ostensiblemente rectangulares antes del año 1976. También un pañuelo en la cabeza anudado debajo de la barbilla. Iris Gonzalvo levanta la barbilla y mueve la cabeza y contempla con expresión neutra el objeto todavía lejano que se acerca por la carretera que bordea el prado de envergadura publicitariamente épica. En dirección al lugar donde se está llevando a cabo el rodaje.

—Yo creía que estas cosas estaban prohibidas.

Iris Gonzalvo señala con su cigarrillo al grupo compuesto por Eric Yanel, que ahora lleva el casco corporativo despreocupadamente bajo el brazo, y las tres modelos publicitarias. Cuyas piernas desnudas son perfectamente visibles debajo de sus abrigos. Aunque se encuentra demasiado lejos, Iris cree poder ver los bultitos que el frío provoca en la piel de las tres modelos publicitarias.

—Están prohibidas —dice el tipo que está apoyado en la valla de contención al lado de Iris Gonzalvo. Un tipo de mediana edad con el pelo largo y plateado y una chaqueta de cuero—. Es un anuncio para el mercado asiático. Allí todavía no han prohibido los anuncios de tabaco. Ni creo que lo hagan. Fumar es lo que más les gusta a los asiáticos. —El tipo contempla las piernas desnudas de las mujeres. Tal como un científico atómico contemplaría la lectura de un acelerador de partículas—. Fumar y las mujeres rubias. Y esos pasatiempos raros con números.

Iris Gonzalvo se tapa la boca con un pañuelo y mira algo situado más allá de la localización del rodaje del anuncio de cigarrillos. Algo situado en la dirección general de la carretera que bordea el prado estereotipadamente épico. El objeto que se acercaba hace un momento se ha convertido en un Jaguar biplaza con la capota abatible y tapacubos personalizados.

—¿O sea que este anuncio no se verá en España? ¿Nunca? —pregunta con la voz ligeramente distorsionada por el pañuelo con el que se está tapando la nariz y la boca. La mayoría de la gente que hay a su lado de la valla de contención se está tapando ahora la nariz y la boca para protegerse del humo azul y carbónico que flota sobre la zona donde está la valla de contención. Otra gente agita una mano delante de sus vías respiratorias o simplemente tose con un puño delante de la boca—. ¿Ni en ninguna parte de Europa?

—Sería más fácil que emitieran anuncios de heroína. —El tipo frunce los ojos para ver a través de la nube de hielo seco—. Teniendo en cuenta las nuevas normativas europeas. A tu novio lo van a ver los chinos. Los coreanos. Esa clase de gente. —Mira de reojo a Iris Gonzalvo—. Porque es tu novio, ¿verdad?

El Jaguar descapotable aparca a unos cincuenta metros de la localización del rodaje del anuncio de cigarrillos y al cabo de un momento de sus dos portezuelas salen sendos individuos de aspecto vagamente humano. Como seres humanos que

hubieran sufrido algún tipo de hipertrofia generalizada de todo su cuerpo. Hasta sumar entre los dos unos trescientos kilos de sebo humano, músculo atrofiado, caras sudorosas y trajes italianos caros. Con sus mocasines italianos correspondientes. Uno de ellos lleva un abrigo de piel de pelo largo que es claramente un abrigo de mujer. El otro bloquea las portezuelas del Jaguar pulsando un botón de su llavero de infrarrojos y la melodía que emite el llavero de infrarrojos para señalar el bloqueo es el estribillo de «Another Brick in the Wall» de Pink Floyd.

—No te importará que te pregunte si tienes agente. —El tipo del pelo plateado que está al lado de Iris Gonzalvo le ofrece una tarjeta de visita—. Porque yo soy agente. No sé si haces publicidad o cine. Doy por sentado que eres actriz. Con esa cara... Y bueno, con todo lo demás. Estoy seguro de que te he visto en algún sitio. Ya sé que es la típica frase. —Sonríe por debajo de su pelo plateado. La diadema con que se mantiene el pelo largo y plateado apartado de la frente y de la cara no es una diadema. Son unas gafas de sol de un modelo clásico de la década de los años ochenta, recientemente reeditadas como parte del fervor estético por dicha década—. Como si quisiera irme a la cama contigo. ¿Haces publicidad o cine?

El señor Bocanegra, empresario del espectáculo y propietario del legendario local barcelonés El Lado Oscuro de la Luna, echa a andar por entre los miembros del equipo de rodaje con cara de estar buscando a alguien. Con las manos en los bolsillos de su abrigo decididamente femenino. Con un elemento de crueldad implícita en los ojos fruncidos con que escruta la localización del rodaje en busca de alguien. Su lugarteniente Aníbal Manta no lleva las manos en los bolsillos. No está claro que existan bolsillos lo bastante grandes en el mundo para dar cabida a las manos de Aníbal Manta. En el centro de la localización del rodaje, el realizador del anuncio de cigarrillos está mirando una pantallita monocroma, rodeado de un grupo de personas que comen donuts y miran en silencio. La indumentaria más común entre los miembros del equipo de rodaje parece consistir en calzado deportivo urbano, pantalones de combate de distintas tonalidades y anoraks. Muchos aprovechan las pausas de rodaje para echarse bocanadas de aliento humeante en las manos y hacer esa cosa con los pies que hace la gente que tiene que estar quieta en situaciones de frío ambiental. Un poco como vendimiadores de uvas invisibles.

El señor Bocanegra y su lugarteniente Aníbal Manta no llevan anoraks ni pantalones de combate ni ninguna clase de indumentaria urbana. Llevan trajes italianos y mocasines. Llevan bigote. Aníbal Manta lleva el pelo cortado a cepillo y un pendiente de aro completamente incongruentes con el resto de su apariencia. Cada uno de ellos pesa tanto como dos miembros del equipo de rodaje.

—Las dos cosas —dice Iris Gonzalvo—. Hago publicidad y cine.

A pocos metros, las tres modelos publicitarias de los abrigos ríen los comentarios de Eric Yanel mientras beben café de un termo que les ha traído una chica con anorak y pantalones de combate. La forma en que ríen sus bromas es: echando la cabeza para atrás. Poniendo sus manos manicuradas en la región del hombro y el brazo de Eric

Yanel. El tipo del pelo plateado se saca unas gafas graduadas del bolsillo de la chaqueta de cuero, se las pone con un parpadeo y se queda mirando al señor Bocanegra y a Aníbal Manta. Manta acaba de apartar una de las vallas de contención y ahora se hace a un lado para dejar pasar a Bocanegra, con un gesto que hace pensar en el portero de un hotel de lujo o bien en el chófer de un *gángster* que sostiene abierta la portezuela de su coche para su jefe.

—Por ahí no se puede pasar —dice el tipo del pelo plateado. Con el ceño repentinamente fruncido—. ¿Quiénes son esos tipos? Tienen pinta de peces gordos.

Iris Gonzalvo contempla cómo la expresión risueña de Eric Yanel se convierte en cara de pasmo primero y en una mueca de horror al cabo de un instante cuando ve cómo el señor Bocanegra y Aníbal Manta se le acercan con paso decidido. El primero con las manos en los bolsillos de su abrigo decididamente femenino. El segundo con una barra de hierro que se acaba de sacar de algún lugar de su traje italiano.

—He hecho un par de películas dice Iris. Con el nombre de Penny DeMink. Las dos se distribuyeron directamente en cable.

Algunos de los técnicos del equipo de rodaje agrupados en torno al director parecen reparar ahora en la presencia de los dos tipos con bigote que han roto el precinto de vallas de contención y ahora parecen estar hablando con Eric Yanel. Las bandejas de donuts del desayuno colocadas sobre mesas de camping ya están casi vacías, y solamente quedan en ellas los donuts de aquellos sabores menos populares entre el equipo de rodaje. Principalmente aquellos sabores relacionados con el coco. Alguien pregunta a alguien si alguien conoce a los dos tipos del bigote. Alguien responde que deben de ser peces gordos si han salido del Jaguar que hay aparcado ahí al fondo. Después de lo cual la atención general del equipo de rodaje se desplaza unánimemente al Jaguar aparcado más allá del grupo de coches menos indicativos de éxito socioeconómico. Sin tapacubos personalizados.

—¿DeMink? —El tipo del pelo plateado se acaricia la barbilla. Sin dejar de mirar a Bocanegra y Manta—. ¿Qué clase de nombre es ese?

Iris Gonzalvo mira con el ceño fruncido cómo Aníbal Manta agarra del brazo a una de las modelos publicitarias de piernas desnudas y la empuja sin miramientos sobre la hierba del prado publicitariamente épico. Después le da una palmada a otra de las modelos en el trasero y se queda mirando con una sonrisa burlona cómo se aleja aterrorizada. La tercera modelo publicitaria ya está corriendo campo a través. Iris se quita las gafas oscuras para ver mejor la escena que está teniendo lugar en el medio de la localización del rodaje del anuncio de cigarrillos. En medio de la nube ya medio dispersa de humo carbónico que flota en torno al coche deportivo. En torno a Eric Yanel con su mono de piloto de carreras y a los dos tipos con traje italiano y bigote que ahora parecen centrar su atención en Yanel. El tipo del pelo plateado observa la cara repentinamente despojada de gafas oscuras de Iris Gonzalvo y su expresión se transforma. Las mejillas se le ruborizan. El cuello se le ruboriza. Por último, la frente se le ruboriza.

—Joder —dice en voz baja—. Ya me acuerdo de dónde te he visto.

En medio de la nube de humo semidispersa por el viento, el casco de piloto de carreras de Eric Yanel rueda por la hierba del prado de características épicas. Aníbal Manta levanta su barra de hierro por encima de la cabeza en gesto amenazador. De rodillas sobre la hierba del prado, Yanel asiente enfáticamente y luego niega enfáticamente y junta las manos delante del pecho como si estuviera rezando. Con los rasgos descompuestos en una mueca de terror. Aníbal Manta se da golpecitos rítmicos amenazadores en la palma abierta de la mano con su barra de hierro. El señor Bocanegra agarra a Yanel de una oreja y empieza a retorcersela con una mueca que acentúa los elementos intrínsecamente crueles de su fisionomía.

El tipo de la melena plateada frunce los ojos para intentar distinguir al trío de figuras vagamente visibles a través de la nube difusa de humo carbónico.

El grito que sale de la cara roja y llorosa de Eric Yanel como respuesta al retorcimiento cruel de su oreja se oye con claridad desde la valla de contención. El tipo de la melena plateada mira a Iris Gonzalvo con cara alarmada.

—Voy a llamar a la policía —dice.

Y saca un teléfono móvil de su chaqueta de piel. Iris Gonzalvo se lo quita de la mano antes de que tenga tiempo de abrirlo y lo tira alto y a lo lejos, por encima de la valla de contención.

—Mi novio está hablando con esos tipos —dice Iris. Y señala con la cabeza el lugar donde Eric Yanel se está retorciendo ahora de dolor en el suelo. Mientras un mocasín italiano de Aníbal Manta le pisa con fuerza la cara y se la hunde en el suelo de hierba y tierra blanda del prado—. ¿Es que no lo ves?

Varias figuras con anoraks y ropa urbana se limpian las migas de donuts de la boca y echan a correr hacia la valla de contención.

CUMPLEAÑOS NO NUMERADO

El tema del corrido popular mexicano que está cantando un mariachi provisto de una especie de guitarra de tamaño mayor al convencional y provista de doce cuerdas en vez de seis parece ser la muerte de Emiliano Zapata. O, más concretamente, los elementos de injusticia y dolor emocional presentes en la muerte de Zapata. De pie a un lado del escenario, y provisto de un intercomunicador de diadema de los que se han distribuido entre el equipo de organización, Lucas Giraut se dedica a mover el pie distraídamente al ritmo de la música tex-mex que sale del impresionante sistema de altavoces. El lugar es la terraza con piscina del Gran Hotel La Florida de Barcelona. La ocasión es la fiesta de Cumpleaños No Numerado de Estefanía «Fanny» Giraut correspondiente al año 2006. Además del mariachi que toca la guitarra de doce cuerdas, la banda contratada para el evento está integrada por un cantante solista provisto de acordeón, un guitarrista/corista con una guitarra de tamaño convencional y con el número convencional de cuerdas y un tipo adecuadamente más pequeño que toca una especie de guitarra de tamaño inferior al convencional.

—Hijo —dice la voz del hombre conocido simplemente como Fonseca desde detrás de Lucas Giraut.

La terraza con piscina del Gran Hotel La Florida de Barcelona está ocupada con motivo del Cumpleaños No Numerado de Fanny Giraut por dos centenares de personalidades de la política, las instituciones y las finanzas. El aire de las colinas circundantes trae un ligerísimo olor a pinos que se mezcla con el olor a cigarrillos y al cloro de la piscina. Los invitados gravitan en un complejo sistema de grupos concéntricos y grupos meta-adyacentes en torno a la anfitriona facialmente neumática y quirúrgicamente tensada. Debido a la naturaleza no numerada de los cumpleaños de Fanny Giraut, su Jefe de Comunicación Corporativa instauró hace cinco años la tradición de distinguir los cumpleaños sucesivos acompañando la palabra «Cumpleaños» del numeral relativo al año en curso.

—Hijo —repite Fonseca en el preciso momento en que Lucas Giraut se gira para verlo aparecer a su lado, provisto de dos copas tintineantes.

Las venas de sus sienes están hinchadas y recompuestas de una forma que parece indicar un grado medio-alto de estrés emocional o de agitación nerviosa. Fonseca le pone en la mano a Giraut una copa tintineante y llena del cóctel especial conmemorativo de la velada. Todas las copas en que se sirve el cóctel de la fiesta llevan labrada la inscripción «Fanny Giraut: cumpleaños 2006». El traje que lleva Lucas Giraut es un traje gris perla de Lino Rossi. El diseño del cóctel conmemorativo y de las copas y del resto de elementos de imagen corporativa exclusivos de la fiesta corre a cargo del Gabinete Personal de Comunicación de Fanny Giraut.

—Hijo, ¿qué clase de broma es esta? —Fonseca señala con su copa a los cuatro músicos vestidos con trajes de gala tex-mex que están interpretando el corrido de temática Zapatista—. ¿Quién es el *imbécil* que ha contratado a estos tipos? Todavía no hace tres meses que enterramos a tu padre.

Lucas Giraut asiente mientras da un sorbo del cóctel conmemorativo con la vista clavada en el cuarteto de música tex-mex. Los músicos del cuarteto sonríen con unas expresiones de optimismo profesional y dentado que de alguna forma resultan esencialmente mexicanas. El solista del acordeón está aludiendo al hecho de que la muerte de Emiliano Zapata constituye un acontecimiento inolvidable por sus repercusiones negativas en la historia del campesinado mexicano.

—Hijo —dice el abogado y mano derecha de Fanny Giraut—. Todavía no has firmado las actas del plan de reestructuración. Tu madre empieza a estar preocupada. Se acaba de quedar viuda, por el amor de Dios. —Su cara asume una versión venosa de esa expresión de severidad viril de las estrellas masculinas severas de la Edad de Oro de Hollywood. Niega con la cabeza—. Ahora es cuando necesita más que nunca el apoyo de un hijo.

Lucas Giraut asiente de nuevo y estira el cuello para echar un vistazo a su madre, perfectamente afianzada en el centro del sistema de grupos concéntricos y meta-adyacentes y enfrascada en una animada conversación con dos altos funcionarios del Ministerio de Cultura de la Alta Franconia. La sonrisa de Fanny Giraut es esa sonrisa suya que por razones relacionadas con la inmovilidad músculo-facial quirúrgicamente provocada consiste principalmente en un retraimiento de los labios para dejar ver unas encías espantosamente blancas. Un poco más allá, al margen de los grupos meta-adyacentes más próximos al pastel de cumpleaños de seis niveles, el Director de la División Internacional de Lorenzo Giraut, S. L. Carlos Chicote está pasando subrepticamente la yema del dedo por la superficie del pastel. Lucas Giraut se lleva una mano al auricular de su intercomunicador de diadema y frunce el ceño con expresión de estar escuchando con atención.

—Problema de seguridad en el Acceso Norte —dice en tono de eficiencia profesional. Y le pone una mano en el hombro a Fonseca—. Tengo que dejarte.

Los miembros del conjunto musical están cantando acerca del hecho de que Emiliano Zapata era un hombre provisto de unas cualidades morales excepcionales. Un hombre que se comprometió de forma desinteresada con la causa de darles la libertad a los pobres. Razón por la cual los indios de todos los pueblos y denominaciones fueron a luchar a su lado. Lucas Giraut se abre paso hasta el sitio donde el Director de la División Internacional se está lamiendo disimuladamente la yema del dedo y le coloca una mano paternal sobre el hombro. Chicote se lo queda mirando con la yema del dedo todavía en la boca y una expresión de terror primario en los ojos. El análisis trajeológico que Giraut lleva a cabo de su traje negro de Armani con corbata de seda y gemelos de dieciséis quilates indica ausencia de autoconfianza corporativa. Ansiedad sicofántica-corporativa por construir una

imagen pública cuyos elementos centrales sean la agresividad y un éxito basado en la autoconfianza.

—No haga caso de lo que ha oído —le dice—. Sobre la congelación de su sueldo o su despido por bajo rendimiento. Yo soy el presidente de esta compañía. Mi madre y Fonseca trabajan para mí. Así es como lo puso mi padre en su testamento, aunque todo el mundo piense que se volvió loco.

Chicote intenta mitigar su expresión de terror con una sonrisa angustiada. Su alopecia sigue ese patrón irregular y pasmosamente asimétrico de la alopecia de tipo nervioso. A Lucas Giraut le da la impresión de que en su cara hay un trasfondo constante de angustia que ninguno de sus esfuerzos expresivos consigue hacer desaparecer.

—He decidido subirle el sueldo. —Giraut baja la voz hasta un tono apropiado a una situación de confidencias corporativas—. Tal vez podamos premiarlo con un paquete de acciones. Y quizá pueda usted también participar en un yate. —Frunce el ceño—. No me acuerdo exactamente. Mándeme un informe de actividades cuando pueda. A mi secretaria.

Chicote emprende una retahíla entrecortada de agradecimientos sicofánticos, juramentos de lealtad corporativa y manifestaciones de respeto a nivel personal. Giraut asiente con cara distraída mientras espera a que termine. Después se fija en algo situado en un punto de la fiesta diametralmente remoto a la posición actual de Chicote en las inmediaciones del pastel conmemorativo.

—Problema de seguridad en el Acceso Norte —dice. Apura el contenido de su copa y la deja sobre una mesilla—. Tengo que dejarle.

Lucas Giraut se abre paso entre los invitados a la fiesta. Diversas personalidades político-institucional-financieras departen amigablemente en grupos meta-adyacentes y beben de copas conmemorativas mientras se mueven rítmicamente al ritmo de la música. La ciudad entera se extiende con aire servil a los pies de la fastuosa terraza con piscina. El alcalde de Barcelona está llevando a cabo lo que parece ser una especie de baile brasileño festivo para regocijo de sus compañeros de grupo.

Lucas Giraut llega al sofá donde está sentada Valentina Parini con un vaso de Coca-Cola y se sienta a su lado.

—Tú no estabas en la lista de invitados —le dice—. Lo sé porque la lista la he hecho yo.

Valentina Parini da un sorbo de Coca-Cola y se encoge de hombros. Una de las lentes de sus gafas infantiles de pasta verde está cubierta con una especie de parche de un material parecido al esparadrapo.

—Es por mi nuevo castigo. —Valentina pone los ojos en blanco de forma que solamente se ve que uno de sus ojos está en blanco. Por culpa del parche de sus gafas—. Mi madre no me deja quedarme sola en casa. Hace dos días incendié la cocina. Fue sin querer —se apresura a añadir, muy seria—. No era una estrategia de ataque. Simplemente me olvidé de que estaba el fogón encendido. —Se encoge de hombros

—. Lo bueno es que no va a haber crepes durante una temporada. Cuando mi madre se enfada conmigo deja de hacerme crepes.

Lucas Giraut asiente y señala las gafas infantiles de pasta verde.

—Te queda bien —dice—. El parche.

—Parezco subnormal —dice la niña. Luego señala con la cabeza a la gente que está de pie en la fiesta—. Hay mucha gente y todo eso. Pero yo sé por qué han venido. Tienen miedo de tu madre.

En el escenario, accionando diferentes palancas y botones del acordeón con las manos, el cantante solista de la banda contratada por Lucas Giraut está pidiendo musicalmente a los gorrioncitos que digan con su canto que el general Zapata fue abatido de forma notablemente alevosa. Mientras sus tres músicos acompañantes lo acompañan con sonrisas de optimismo profesional.

—He estado probando el Ataque de los Aviones Rasantes —le dice Lucas Giraut a Valentina Parini, que sigue dando sorbos a su vaso de Coca-Cola mientras contempla con un solo ojo los grupos concéntricos y meta-adyacentes de asistentes a la fiesta—. Aquí, en la fiesta. Funciona bastante bien. Supongo que es porque estamos en lo alto de una colina. Eso le añade dramatismo.

Valentina Parini se lo queda mirando y en su cara aparece una expresión sombría.

—Todo va mal —dice, con un tono de voz que no transmite tanto irritación adolescente como el *ennui* fatigado de las personas adultas—. Peor que mal. Mi tutora ha vuelto a enviar un informe a la directora diciendo que mi actitud es antisocial y agresiva. Y la directora me ha vuelto a mandar a la psicóloga escolar. Y esta vez la psicóloga escolar ha dicho que tengo una personalidad límite. Lo he buscado en Internet. —Hace una mueca despectiva—. No se parece en nada a mi personalidad. El caso es que mi tutora ha vuelto a llamar a mi madre. —Levanta la vista de su Coca-Cola y mira a Lucas Giraut con su único ojo visible—. Es porque ahora son amigas, ya sabes. Creo que salen juntas por las noches a buscar maridos.

Lucas Giraut se quita el intercomunicador de diadema de la cabeza y se lo guarda en el bolsillo de la americana.

—Mi madre tiene una personalidad límite —dice, bajando un poco la voz—. Y tú no te pareces en nada a ella.

Parece que va a decir algo más cuando lo interrumpe una mano en su hombro. Se da la vuelta y se queda mirando la cara de Fonseca, que lo está mirando a su vez con expresión severa de estrella cinematográfica viril de la Edad de Oro. Los entramados de venas de sus sienes están hinchados de una forma que consigue resultar beligerante.

—Acabo de hablar con el gerente del hotel —dice Fonseca. Mirando fijamente a Giraut—. Me ha asegurado que no hay ningún problema de seguridad en el Acceso Norte. De hecho, no hay ningún acceso que se llame Acceso Norte. Y espero que esto no tenga nada que ver con esos documentos que tienes que firmar.

Valentina Parini se dedica a contemplar su vaso prácticamente vacío de Coca-Cola con expresión concentrada. Lucas Giraut saca su pitillera de plata con sus iniciales repujadas y le ofrece un cigarrillo a Fonseca.

UMMAGUMMA 2

La placa de la cancela de la casa con el perímetro electrificado de Pedralbes frente a la cual Pavel está hurgando en su mochila es dorada y está impecablemente bruñida de esa forma que sugiere la existencia de alguien cuya tarea específica consiste en mantener todas las superficies doradas de la casa impecablemente bruñidas. La placa dorada e impecablemente bruñida de la cancela dice «Ummagumma 2». Pavel saca de su mochila un martillo pequeño de aluminio y lo envuelve en un trapo y lo usa para dar un par de martillazos en la cámara de seguridad que hay justo encima de la placa. Varios trozos de la cámara de seguridad caen al suelo a sus pies. La cancela con la placa dorada que dice «ummagumma 2» está en medio de una tapia de ladrillos rematada con una verja electrificada que definitivamente no es una tapia que se pueda escalar o franquear de ninguna forma. Sobre la tapia de ladrillos, a la derecha del buzón de la casa y justo al lado de un letrero que dice «PROHIBIDO PEGAR CARTELES», alguien ha pegado un cartel promocional que dice «FALTAN DIECIOCHO DÍAS PARA EL LANZAMIENTO MUNDIAL DE LA NUEVA NOVELA DE STEPHEN KING».

La calle de Pedralbes donde ahora Pavel se agacha para volver a guardar el martillo en su mochila es una de esas calles diminutas de Pedralbes donde uno puede aparecer a cualquier hora de la noche y hacer algo como romper a martillazos una cámara de seguridad sin temor a que lo vea nadie. La noche es una noche inverosímilmente fría de mediados de diciembre. Pavel, sin embargo, no parece percibir el frío inverosímil. Algunos elementos relevantes de su apariencia, además de ir vestido con una camisa de franela abierta por encima de una camiseta promocional de Bob Marley and The Wailers pese al frío inverosímil, son el hecho de ser exageradamente alto y exageradamente pálido y las rastas que lleva en la cabeza. No esas rastas satisfactoriamente largas que caen en cascada. Las rastas de Pavel son esas rastas todavía en fase de crecimiento que desafían la gravedad y que alguien que las viera de lejos podría confundir con un afro.

Pavel guarda el martillo de aluminio en la mochila y saca un estuche negro de plástico lleno de herramientas y aparatos electrónicos. Una nube de vapor blanco se materializa delante de su cara cada vez que respira. Usa un destornillador del estuche para desatornillar la placa metálica de la puerta donde va incrustado el panel de números cuya combinación abre la cerradura y a continuación usa unas tenacillas para cortar el cable que une la cerradura numérica con la alarma de la casa. Por fin conecta un aparato electrónico al interior lleno de cables de la cerradura y pulsa un par de botones que desencadenan una serie de pitidos electrónicos parecidos al chirrido electrónico de un módem. La cerradura de la puerta de rejas se abre con un

clic metálico. El único signo de que Pavel está sintiendo los efectos del frío es el hecho de que a intervalos irregulares se frota las palmas de sus manos no enguantadas.

Un minuto más tarde, Pavel cruza el jardín de la casa de tres pisos con la espalda inclinada hacia delante y una pistola de dardos somníferos en la mano. Un perro grande con el pelo corto y las orejas enhiestas le sale al paso. Pavel se queda mirando al perro. El perro se queda mirando a Pavel. Con una expresión de curiosidad pacífica en sus ojos perrunos. Moviendo la cola amigablemente. Pavel le dispara un dardo somnífero de todos modos.

Hablando en términos estrictos, no se puede decir que a Pavel le guste su línea de trabajo. Ni tampoco la gente con la que tiene que trabajar. Ni mucho menos la gente a quien el destino les depara ser las víctimas de su línea de trabajo. Ni la ciudad de Barcelona. Aunque es cierto que tampoco le gustaba Moscú antes de emigrar a Barcelona. De hecho, no hay muchas cosas que le gusten realmente. Él mismo nunca ha entendido muy bien por qué. De niño, los únicos momentos en que recuerda haber experimentado algo parecido a una satisfacción germina eran los ratos en que llenaba hasta arriba la bañera enorme y vetusta de su piso postsoviético enorme y vetusto y se sumergía durante horas imaginando que era un tiburón. Hasta que su padre o algún otro adulto del vetusto piso colectivo abría a patadas la puerta y lo obligaba a salir de la bañera colectiva a golpes de percha. Hablando en el plano teórico, Pavel es un firme partidario de las enseñanzas de la filosofía rastafariana. De la idea de que el rastafari tiene que trabajar espiritualmente por la redención de la humanidad. Y sin embargo, casi nunca encuentra ocasiones prácticas en las que aplicar dichos conceptos teóricos.

Pavel da la vuelta a la casa de tres pisos con la mochila al hombro hasta encontrar lo que busca. Una cristalera que da a una especie de galería interior en la planta baja y con una puerta de cristal a un lado. Pavel corta el cristal de alrededor de la cerradura y empuja la puerta, que se abre dócilmente. Una oleada de calor seco y agradable del sistema de calefacción centralizada le da la bienvenida a la casa.

La forma en que Pavel es exageradamente alto es esa forma en que cierta gente es tan exageradamente alta y delgada que casi nunca consiguen estar del todo erguidos. Una forma esencialmente desgarbada de ser exageradamente altos. Cuando se encuentra bajo techo, Pavel es de esa gente que no suele tener problemas para tocar el techo con un brazo extendido hacia arriba. Ahora Pavel saca un pasamontañas negro de su mochila con sus brazos exageradamente largos y se lo pone en la cabeza. Mueve el cuello a un lado y a otro para ajustarse el pasamontañas de forma que las partes sensorialmente necesarias de su cara coincidan con la abertura del mismo. Después saca una pistola automática de la mochila. Le coloca el silenciador y comprueba la recámara antes de amartillarla. Deja la mochila en el suelo y sube las escaleras. Con el pasamontañas puesto y la pistola en alto.

La casa de tres plantas por la que ahora Pavel se mueve sigilosamente bajo la luz tenue y vagamente anaranjada que entra por las ventanas huele a limpio y a algo más que a Pavel le cuesta un momento identificar. Marihuana. Al olor herbal y ligeramente acre de la marihuana. En el rellano del segundo piso, Pavel se detiene de golpe. Con el corazón latiéndole de esa forma controladamente acelerada en que laten los corazones en medio de un trabajo cuando uno se dedica a la línea profesional de Pavel. Hay una línea de luz blanca debajo de una puerta situada en un extremo del rellano. A unos metros del lugar donde Pavel permanece inmóvil. Los latidos del corazón de Pavel se aceleran un poco más sin dejar de ser unos latidos controlados. No parece posible que lo hayan oído desde el otro lado de la puerta. Pavel cruza el rellano con sigilo y pone una mano sobre el pomo de la puerta y levanta la pistola con la otra mano y abre la puerta de golpe.

La habitación que hay al otro lado de la puerta resulta ser un cuarto de baño muy grande con moqueta y azulejos de color azul cielo. Pavel no está seguro de haber visto nunca antes una moqueta de color azul cielo. En una de las paredes del cuarto de baño hay un póster enmarcado con la inscripción: «Pink Floyd: I he final cut». Pavel mira a un lado. Sentada en un retrete, mirándolo con cara aturdida, hay una mujer joven. Por supuesto, el imbécil de Bocanegra no le había dicho nada de que fuera a haber una mujer en la casa. Ni siquiera había mencionado la posibilidad de que fuera a haber una mujer en la casa. La joven tiene una banda elástica atada en la parte superior del brazo y una jeringuilla hipodérmica clavada en la parte interior del codo y está sentada al lado de una piletta donde hay una cucharilla de café y un encendedor y un cuadrado de papel de aluminio con restos de heroína. La única ropa que lleva es una camiseta promocional del parque de atracciones Biosfera Park de la Costa Dorada y unas braguitas de encaje en los tobillos. La joven levanta los brazos despacio. Con cara aturdida. La jeringuilla se le cae al suelo. Pavel identifica inmediatamente a la joven como una joven del tipo dolorosamente atractivo. Una de esas jóvenes con un atractivo dolorosamente sexual. Pavel se pone un dedo delante de la parte del pasamontañas donde tiene los labios y hace el signo de «silencio» del lenguaje internacional de signos. Después la coge bruscamente de un brazo y la obliga a levantarse del retrete. El pubis de la joven está rasurado por completo a excepción de una zona diminuta no rasurada en forma de corazón.

Pavel baja de nuevo las escaleras precedido por la joven. Encañonándole la espalda. En la planta baja, le indica por señas que se tumbe en el sofá y abra las piernas. La joven obedece con una especie de resignación perezosa. Pavel se baja los pantalones. Se manipula los genitales hasta conseguir una erección satisfactoria y la penetra sobre el sofá. Después se inclina sobre ella. Y en ese momento ve algo. Algo familiar en la cara de la joven. Algo al mismo tiempo familiar y del todo inverosímil. Algo que le hace sacar de golpe su pene de la vagina de la joven y retroceder un par de pasos, espantado. Se quita el pasamontañas de un tirón.

—¿Anyá? —dice. En tono de incredulidad. Mirando con el ceño fruncido la cara de la joven bajo la luz tenue y anaranjada que entra por la cristalera de la galería de la planta baja—. ¿Eres tú?

La mujer joven lo mira ahora a él con la misma mueca de incredulidad. Con una versión amplificada de la misma mueca de incredulidad. Que se transforma rápidamente en una mueca de asco.

—¿Pavel? —dice la joven. Incorporándose de un salto.

Todo rastro de aturdimiento o de resignación perezosa parece haberse evaporado de su cara. Levanta un brazo tembloroso y le golpea la cara con un bofetón que resuena por toda la planta baja de la casa de tres pisos de Pedralbes bañada de luz anaranjada. Pavel se queda paralizado, con la pistola todavía en la mano. Se lleva una mano a la cara y se contempla las yemas de los dedos manchadas de sangre.

El momento, piensa Pavel, es uno de esos momentos que le hacen perder toda su fe en cualquier clase de enseñanzas de la filosofía rastafariana relacionadas con contribuir a difundir el mensaje rastafariano de redención espiritual. Uno de esos momentos que lo llenan de un desprecio paralizante hacia la sociedad civilizada occidental que lo rodea. Hacia la corrupción general de todo lo que es bueno y agradable en la vida. Uno de esos momentos que intensifican su desagrado hacia todo lo que rodea su vida y que le dan ganas de llenar bañeras hasta arriba del todo y de sumergirse en ellas. Hasta ser capaz de olvidarse satisfactoriamente del sitio donde está. Hasta que la bañera deja de ser una bañera.

—¡Pero mira que eres *cerdo*! —chilla ella en su ruso lleno de inflexiones moscovitas dolorosamente familiares—. ¿Qué *coño* haces aquí? —Hace una pausa. Los ojos le bizquean un poco—. ¿Y qué *coño* te ha pasado en el pelo?

—¿Que qué hago yo aquí? —Pavel esgrime su pistola—. ¿Qué haces tú aquí? Pero mira que eres puta. Siempre has sido un cacho de puta. —Señala en dirección a las escaleras con el cañón de su pistola—. ¿Tienes alguna idea de qué clase de tío te está follando?

—De *puta* nada, imbécil. —Levanta una mano con un anillo de diamantes en el dedo anular y se lo pone delante de la cara a Pavel. Un anillo de diamantes que parece demasiado grande para ser llevado en ninguna clase de dedo sin producirse lesiones musculares en ese dedo—. Estoy prometida. Y claro que sé qué clase de tío me está follando. Un hombre rico. Esa es la clase de tío que es.

Pavel se la queda mirando. Con expresión de intenso abatimiento y de intensa falta de fe en las enseñanzas de la filosofía rastafariana y de intenso desprecio por el mundo que lo rodea. Se sube los pantalones sin soltar la pistola que tiene en la mano y se abrocha el cinturón.

—Suelta la pistola —dice una voz en español detrás de la espalda de Pavel. Una voz masculina e imperiosa. Una de esas voces imperiosas de la gente que se siente completamente a gusto dando órdenes a otra gente—. Y ya podéis explicarme qué

está pasando aquí. Porque no tengo ganas de aprender ruso. Por ejemplo, puedes empezar explicándome por qué no llevas bragas.

Pavel se gira lentamente y echa un vistazo a la persona que acaba de hablar. Al principio ni siquiera consigue entender qué es lo que está viendo. Y no precisamente por culpa de la falta de luz. Se ve obligado a volver a mirar. Y lo que ve, en efecto, parece ser un hombre. Aunque a primera vista no esté del todo claro. Pavel guiña los ojos para ver mejor en la penumbra anaranjada. El hombre tiene una cabeza muy grande y una mata de pelo blanco y rizado y un parche que le tapa un ojo. Y algo que parece ser una placa de metal en el sitio donde alguna vez tuvo la sien derecha. Una parte sustancial del lado derecho de su cara ya no parece estar en el sitio donde estaba. El hombre, por cierto, está apuntando a Pavel con una escopeta de cañón doble. Pavel tira su pistola. Que ahora parece un objeto absurdo y risible y poco masculino en comparación con la escopeta de cañón doble del hombre.

—Tengo el sueño ligero —dice el hombre. En tono perfectamente tranquilo—. Por desgracia para ti. Y por suerte para mí. Es lo normal después de que a uno le explote una bomba en su casa mientras está durmiendo. —Se encoge de hombros—. Da igual que hayan pasado treinta años.

La joven dolorosamente atractiva y vestida únicamente con una camiseta promocional del parque de atracciones Biosfera Park se interpone entre los dos cañones de la escopeta y la figura exageradamente alta y desgarbada de Pavel.

—No lo mates —le dice en español al hombre al que parece faltarle una parte sustancial del lado derecho de la cara.

El hombre se la queda mirando con una mueca de paciencia.

—¿Y se puede saber por qué no tengo que matarlo? —dice.

Hay un momento de silencio. Por fin la joven suspira. Con cara contrariada.

—Porque es mi hermano —dice.

El hombre se queda mirando ahora a Pavel con cara de curiosidad.

—¿Tu hermano? —dice—. No sabía que tuvieras un hermano.

La cara de Pavel refleja ahora un abatimiento infinito y un desprecio infinito por el mundo en que le ha tocado vivir y por el lugar que le ha tocado vivir en ese mundo. Desde la pechera de su camiseta, Bob Marley levanta los ojos al cielo en una mueca de éxtasis musical.

UNA OBRA MAESTRA DE PLANIFICACIÓN

De pie frente al ventanal del Nivel Superior acristalado de El Lado Oscuro de la Luna, el señor Bocanegra contempla las hordas de compradores que cruzan la Diagonal con sus bolsas de grandes almacenes. Hay algo vagamente regio, o tal vez incluso shakespeariano, en el hecho de estar fumando un puro con expresión pensativa frente a un ventanal situado a varios pisos por encima de una avenida comercial llena de gente. O por lo menos esa es la impresión inconsciente que tiene el señor Bocanegra, amante confeso de sus sobrinos y del rock británico de los años setenta. Da una calada meditabunda a su puro y contempla con los ojos fruncidos el coche no policial que está aparcado en la acera de enfrente. En cuyo interior los dos sicarios del comisario Farina montan guardia como de costumbre con su equipamiento fotográfico de última generación.

—Somos trabajadores de la ilusión —dice. Y agita su puro con gesto distraído en dirección al coche policial—. Da igual que digan que somos criminales. Lo que pasa es que no somos como el resto de la gente. Tenemos ilusiones. Tenemos sueños. No hemos renunciado a esa parte de nuestras vidas. Es por eso que robamos. Y de vez en cuando partimos alguna cara y pegamos algún tiro en alguna rodilla. Siempre en rodillas que estaban pidiendo a gritos que les pegaran un tiro, claro. Porque somos gente que tiene energía positiva. Ambiciones. Esa cosa que uno pierde cuando se mete a trabajar en una oficina y se convierte en un tipo gris.

Mira con algo parecido a la conmiseración las hordas de gente que cruzan la Diagonal a intervalos pautados por el sistema de semáforos municipales—. Por eso me alegro de que volvamos a entrar en acción. Han sido unos meses muy bonitos de descanso y todo eso. Algunos de vosotros os habéis divertido y otros habéis aprovechado para meteros en líos. Lo cual está muy bien. —Suspira y contempla el reflejo impreciso en la parte interior del ventanal de los cuatro hombres que hay sentados a su espalda. Su público de esta noche. Los Depositarios de su Sabiduría. Los cristales del Nivel Superior acristalado de El Lado Oscuro de la Luna son reflectantes por fuera y semireflectantes por dentro. De tal manera que un individuo colocado como está ahora colocado Bocanegra en su interior no puede ser visto desde el exterior pero sí puede ver el exterior y también el reflejo de lo que está sucediendo a su espalda—. Ahora hay que trabajar otra vez. Se acabó la diversión. El señor Giraut os dará los detalles básicos de nuestro trabajo. Hasta se ha traído una máquina de diapositivas. El señor Giraut, por cierto, es mi nuevo socio. En otras palabras, vuestro nuevo jefe.

El señor Bocanegra se da la vuelta y contempla a los otros cuatro ocupantes de la sala. Con esa parsimonia regia de quien sabe que los integrantes de su público no

tienen más remedio que permanecer obedientemente sentados y esperar a que decida continuar hablando. Los tres hombres sentados a la mesa larga y llena de botellines de agua mineral de la sala de reuniones del Nivel Superior de El Lado Oscuro de la Luna lo miran con caras inexpresivas. Aníbal Manta está sentado con los brazos de gigante cruzados sobre el globo aerostático de su barriga. Con su pelo a cepillo y su pendiente de aro incongruente. Debido al tamaño de su barriga, los brazos cruzados casi le tocan la barbilla. Saudade está sentado un poco más allá, concentrado aparentemente en sacarse algo que tiene entre los dientes con un dedo doblado en forma de gancho. En el extremo de la mesa, Eric Yanel se dedica a fumar con expresión desesperada frente a un cenicero rebosante de colillas.

El señor Bocanegra le hace una señal a Lucas Giraut para que ponga en marcha su máquina de diapositivas. Giraut pulsa un botón que hay en una especie de perilla que tiene en la mano y que está conectada a la máquina de diapositivas. La máquina hace un clic parecido al ruido de alguien amartillando una pistola y los tres hombres que están sentados a la mesa levantan la vista, sobresaltados.

En una de las paredes blancas aparece la imagen de un local comercial.

—Esta es la galería de Hannah Linus —dice Giraut—. La galerista más importante del país en materia de arte del Renacimiento y Barroco. Yo mismo he perdido algunos clientes importantes por su culpa. —Vuelve a presionar la perilla de su mano provocando el mismo ruido vagamente balístico y en la pared aparece la imagen de una mujer joven y rubia que camina por una calle con el teléfono móvil pegado a la oreja—. La señorita Linus es una mujer con una carrera impresionante. Trabajó en Sotheby's hasta que hubo gente que se molestó por lo deprisa que estaba ascendiendo y entonces se marchó para establecerse por su cuenta. Llevándose la representación de uno de los consorcios de coleccionistas más importantes del mundo.

Los tres hombres sentados a la mesa contemplan la imagen de la mujer con desinterés fingido. Aunque cuesta de ver por culpa de la nube de humo de cigarrillos que rodea su cabeza, parece que Eric Yanel podría tener un hematoma oscuro y alargado a un lado de la cara. Justo por debajo de la ondulación un poco exagerada e idiosincrásicamente francesa de su pelo rubio. De pie frente al ventanal en actitud ligeramente shakespeariana, Bocanegra observa cómo una de las ventanillas del coche no policial baja y una mano tira una colilla a la acera.

—Dentro de dos semanas —continúa Giraut—, la señorita Linus va a exponer en su galería de Barcelona un lote de objetos procedentes de monasterios irlandeses de tradición celta. Nada de gran valor, salvo cuatro pinturas sobre madera procedentes de la iglesia de San Kieran en el condado de Limerick. Los expertos las conocen como las Tablas de San Kieran, y son valiosas por su tema poco frecuente y por su historia. Se trata de representaciones del Sol Negro. Un tema asociado con el libro del Apocalipsis. Se suelen atribuir a fray Samhael Finnegan, apodado el Monje Loco de Limerick.

Varios clics vagamente balísticos puntúan el silencio de la sala. Por la pared desfilan imágenes pictóricas que los presentes contemplan con expresiones que van desde el escepticismo hasta la incertidumbre. Las diversas imágenes pictóricas son muy oscuras y parecen representar en su mayoría escenas asociadas con catástrofes naturales. Algunas son tan oscuras que resulta difícil ver qué es lo que está pasando en ellas. En general parece haber incendios y hordas de demonios que invaden la Tierra. El cielo es invariablemente negro. Las figuras humanas de las pinturas aparecen siempre huyendo con los brazos en alto y las caras desencajadas de miedo. Al cabo de un minuto, Giraut detiene el pase de diapositivas en una imagen ligeramente distinta a las demás. También se trata de una escena oscura y llena de gente despavorida, pero de alguna forma resulta al mismo tiempo más simple y más rotunda. Su simplicidad resulta por alguna razón más descorazonadora. Y al mismo tiempo más atractiva. Un paisaje montañoso hundiéndose por un centenar de grietas y abismos de los que no se ve el fondo. Como si el mundo entero estuviera experimentando un terremoto de dimensiones apocalípticas.

—Esta es la primera de las Tablas de San Kieran —dice Giraut—. La única que he podido encontrar en forma de diapositiva. El título con que se la conoce tradicionalmente es una frase en latín que quiere decir: «Y he aquí que hubo un gran terremoto». Que es un versículo del Libro del Apocalipsis. La expresividad de los personajes es notable —añade, señalando con la cabeza las figuras humanas del cuadro, que están en su mayoría cayendo por las grietas del suelo y despeñándose de las rocas y las colinas. Detenidos por la magia del arte en plena caída libre hacia el centro de la Tierra.

Hay un momento de silencio mientras todos miran el cuadro. Saudade gira la cabeza de esa forma en que la gente gira la cabeza mucho hacia un lado para ver una imagen del revés. Aníbal Manta levanta una mano.

—¿Qué significa? —dice. Manoseándose el pendiente de aro con gesto distraído—. No entiendo mucho de arte. Aunque me gustan los tebeos.

Lucas Giraut se gira a medias para mirar la diapositiva del cuadro. Con cara sorprendida. Con cara de no haber pensado nunca en la cuestión.

—No lo sé exactamente —dice por fin—. Pero supongo que significa que todo va mal.

—Es como la película esa —dice Saudade. Se pone a chasquear los dedos de una mano—. No me acuerdo de cómo se llama.

Bocanegra da una calada pensativa mientras observa cómo un empleado de la empresa de alquiler de vallas publicitarias provisto de un arnés y equipo de escalada deportiva permanece suspendido sobre una de las vallas publicitarias gigantes de la avenida Diagonal. Cambiando el mensaje publicitario de la valla. El nuevo mensaje que el empleado con arnés se dedica a pegar sobre la valla publicitaria de la avenida Diagonal, sector por sector, dice lo siguiente: «FALTAN DIECISIETE DÍAS PARA EL LANZAMIENTO MUNDIAL DE LA NUEVA NOVELA DE STEPHEN KING».

—Nuestro plan es otra obra maestra de planificación, claro.

Bocanegra pone los brazos en jarras y agarra el puro con los dientes en una mueca dentada que intensifica momentáneamente los elementos de crueldad de su expresión facial ya de por sí cruel—. Como de costumbre. Como suele pasar cuando soy yo el que está al mando. Tenemos una ventana de operaciones de tres semanas. Ese es el tiempo que las pinturas van a estar en la galería. Habrá un comité de expertos que las inspeccionarán cuando lleguen, para tranquilizar a los compradores y todo eso. Pero no habrá nadie que las examine cuando terminen las tres semanas de exposición. Y ahí es donde entramos nosotros. —Hace un gesto amplio en dirección a la Sala de Reuniones. Que igual que el resto del Nivel Superior de El Lado Oscuro de la Luna está decorado con alfombras persas y maderas nobles y tiene nichos especiales en las paredes para las estatuas—. Porque el pardillo que se lleve las pinturas a su casa y las cuelgue en el salón estará colgando las copias que habremos preparado nosotros para sustituir a los cuadros de verdad. Oh, lo descubrirán, claro. En cuanto el pardillo haga venir a un tasador o lo que sea. Pero para entonces nosotros ya habremos sacado los cuadros auténticos del país y los habremos vendido y tendremos el dinero bien guardado debajo de nuestros colchones respectivos.

Un ruido brusco resuena en el extremo de la mesa larga y cubierta de botellines de agua. Parecido al ruido que haría alguien al dar un puñetazo en la mesa seguido de los sonidos húmedos y mocosos de alguien rompiendo en un llanto desconsolado. Bocanegra se gira en dirección al ruido. Varias caras observan ahora el origen del ruido. El cenicero rebosante de colillas aplastadas de Eric Yanel está en la moqueta. Eric Yanel está sollozando con la cara sepultada entre los brazos. En medio de su propia nube de humo de cigarrillos.

—Por supuesto —continúa Bocanegra con el ceño fruncido—, el plan no sería una obra maestra de planificación sin alguien capaz de hacer unas copias lo bastante perfectas como para estar colgadas en la galería durante el tiempo que haga falta sin despertar las sospechas de nadie. Y en ese sentido tengo que decir que no tenemos nada de que preocuparnos. Porque contamos con el mejor especialista del sector. Más que el mejor. Tenemos al maestro. Al tipo que se lo ha enseñado todo a la generación actual. Al tipo que ha engañado a la mitad de los expertos de Sotheby's y Christie's. Tan bueno en lo que hace y tan absolutamente legendario que está en la lista de los cien hombres más buscados por Interpol. Bueno. —Se encoge de hombros. Su gesto introduce un elemento de incertidumbre que no consigue superponerse por completo al fondo de crueldad—. No lo tenemos exactamente. No es una persona cuyos servicios se anuncien en las páginas amarillas. Sabemos que vive bajo varias identidades falsas y que se mueve continuamente entre varias capitales europeas. Donde tiene gente que lo esconde. Y no puedo decir que haya aceptado exactamente trabajar con nosotros. Pero sí puedo decir —su sonrisa parece hacer que su bigote cobre vida— que sabemos dónde va a estar dentro de unos días. Gracias a ciertos contactos que me han suministrado una dirección y un par de fechas del calendario. A

cambio de ciertos favores pasados. Se llama Raymond Panakian. O por lo menos así es como lo suele llamar la gente que a veces necesita sus servicios. Y vosotros. — Señala con la punta incandescente del puro en dirección a los tres hombres que están sentados a la mesa de trabajo. Uno de los cuales continúa llorando con la cabeza hundida entre los brazos y volutas irregulares de humo elevándose a su alrededor—. Vosotros vais a tener que convencerlo de que venga a ayudarnos. De que vale la pena que venga y trabaje con nosotros porque somos una gente estupenda con la que vale la pena trabajar.

Lucas Giraut sigue teniendo en la mano la perilla del proyector de diapositivas pero ahora parece que el centro de su atención se ha desplazado. Ahora parece estar observando algo situado al otro lado de los ventanales. Muchos metros por debajo de la Sala de Reuniones donde está teniendo lugar la reunión informativa patrocinada por el señor Bocanegra. Con el ceño ligeramente fruncido.

—A mí se me da bien convencer a la gente —dice Saudade en un tono de voz completamente carente de ironía. Mientras examina con el ceño fruncido los residuos que tiene debajo de la uña del dedo. Todos sus dedos parecen tener la misma cantidad uniforme de materia residual oscura debajo de las uñas—. Siempre los acabo convenciendo del todo.

—Ahí delante hay un coche que parece que está vigilando. —Lucas Giraut señala con la cabeza el coche de los sicarios del comisario Farina que está aparcado en la acera de delante—. Tienen cámaras fotográficas. Y parece que nos están vigilando a nosotros.

—Es el coche de los sicarios del comisario Farina —dice el señor Bocanegra. Sin mirar en dirección al lugar que Lucas Giraut está señalando—. El tipo que metió a tu padre en la cárcel. Y que va detrás de mi culo desde finales de los setenta. Un auténtico psicópata. Uno de esos polis, ya sabes. Le gustan las carreras de coches. Pero no tienes nada de qué preocuparte. —Su tono no resulta tranquilizador de ninguna forma benévola o cuasipaternal. Se trata de un tono que mezcla elementos de consejo cuasipaternal con elementos de amenaza soterrada—. Esto es todo lo que necesitáis saber por ahora. En los días siguientes se os entregarán instrucciones y planos. Pautas de actuación. Los detalles de mi plan. La tarifa es la habitual en esta clase de trabajos. En otras palabras, un montón de dinero. Para que podáis divertir os un poco más y meteros en líos. Salvo el señor Yanel, que ha tenido la amabilidad de renunciar a su parte a cambio de que yo contemple con buen humor ciertos asuntos que él y yo tenemos pendientes. —Expulsa una calada de humo espeso y oloroso de su puro y contempla las imágenes distorsionadas y serpenteantes de las caras de los cuatro integrantes de su público de esta noche a través del humo del puro—. Ahora es el momento de que hagáis todas las preguntas que tenéis que hacer. Y espero que sean preguntas acertadas e inteligentes y que ninguna de ellas sea demasiado larga o complicada, porque resulta que esta noche ceno con mis sobrinos y sobrinas. Que son la gente que más quiero en el mundo. Y no quiero llegar tarde a mi

cena con ellos. Así que adelante. —Hace un gesto ligeramente parecido al gesto con que alguien metido en una trifulca a puñetazos indica a su contrincante que se acerque para darle un buen puñetazo—. Hacedme vuestras preguntas acertadas e inteligentes.

Hay un momento de silencio. Lucas Giraut nunca ha oído hablar de nadie llamado comisario Farina. Ni en relación con su padre ni con la detención de su padre. El silencio que se ha hecho en la Sala de Reuniones permite percibir a lo lejos la amalgama de risas femeninas y música de baile procedente del Nivel Principal de El Lado Oscuro de la Luna.

—¿Dónde está Bob Marley? —dice por fin Aníbal Manta, con los brazos enormes cruzados sobre la pechera de su traje y guiñando un poco los ojos. De esa forma en que Aníbal Manta guiña los ojos y frunce un poco las facciones cuando está tratando asuntos que plantean cierta dificultad intelectual o desafían su capacidad de obtener una perspectiva global de lo que está sucediendo a su alrededor—. ¿Es verdad que lo han trincado?

El señor Bocanegra se queda mirando a Aníbal Manta con una cara que parece sugerir que está intentando decidir interiormente si se trata de una pregunta que efectivamente cumple con los requisitos de acierto e inteligencia que acaba de plantear.

—Parece ser —dice— que Bob Marley ha tenido una pequeña racha de mala suerte. Y es posible que tenga otra racha de mala suerte cuando yo lo encuentre. Después es posible que se una a nuestra misión. Si queda algo de él que se nos pueda unir, claro. ¿Más preguntas?

Saudade levanta la mano. La cara de Bocanegra refleja cierto grado de sorpresa.

—No me importa trabajar con rusos —dice Saudade con el ceño fruncido y cruzando los brazos de una forma que tal vez imita de forma inconsciente o tal vez no el cruzamiento de brazos de Aníbal Manta, sentado detrás de él y ciertamente fuera de su campo visual—. O con toda clase de gente rara. Pero no me gusta trabajar con Fijos Mierdosos que no se saben atar los zapatos. Lo digo por el Señor Don Pijo. —Hace un gesto con las cejas levantadas en dirección a Lucas Giraut—. O sea, no sé quién es usted, Señor Don Pijo, pero la verdad, me da la impresión de que es un pijo papanatas que no tiene ni *puta* idea de cómo hace las cosas la gente como nosotros. Y que se va a cagar en los pantaloncitos cuando la cosa se ponga seria —mira a Aníbal Manta. Aníbal Manta aparta la mirada—. Ya me entendéis.

Hay un momento largo de silencio. La mueca facial de Bocanegra parece indicar que la pregunta de Saudade definitivamente no cumple con los requisitos previamente establecidos de acierto e inteligencia.

C.B. LICEO ITALIANO

—Mi madre me da vergüenza —dice Valentina Parini, sentada al estilo genuinamente prepubescente en el banco de los suplentes de la pista de baloncesto del Liceo Italiano de Barcelona. No sentada con la espalda erguida y la actitud pudorosa y elegante de las chicas postpubescentes. Sino con las piernas colgando y el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante y agarrando el borde del banco de los suplentes con las manos—. Me refiero a cuando está buscando un novio que quiera casarse con ella. La gente no se da cuenta, pero yo sí. Yo siempre me doy cuenta. —Se gira para mirar a Lucas Giraut, que está de pie con las manos en los bolsillos a un par de pasos por detrás del banco de los suplentes de la pista de baloncesto. Vestido con un traje de punto de espiguilla color burdeos de Lino Rossi. Además de Valentina Parini, hay tres niñas sentadas en el banco. Prestando atención alternativamente al partido que está teniendo lugar en la pista de baloncesto y a la conversación que Valentina está teniendo con Lucas—. Como la otra noche. A veces me da tanta vergüenza que me dan ganas de pegarle un puñetazo.

Lucas Giraut asiente. La actitud de Marcia Parini durante la última parte de la fiesta de cumpleaños no numerado de Fanny Giraut vino a ser su actitud de siempre durante la última parte de todas las fiestas de la familia Giraut a las que es invitada. Una actitud consistente principalmente en frotar partes protuberantes de su anatomía contra la anatomía de diversos invitados masculinos, colgarse con ambos brazos del cuello de dichos invitados y hablarles en el oído mientras les daba besos en las mejillas.

Giraut observa cómo la pivot del equipo local, una chica alta y corpulenta, lanza vigorosamente la pelota contra el tablero de la canasta enemiga. La pelota rebota en el tablero y obliga a varias jugadoras de ambos equipos a agacharse instintivamente y cubrirse la cabeza con las manos. El árbitro del partido de baloncesto hace sonar su silbato de forma enfática y gesticula con los brazos. El equipo visitante es un equipo del centro de la ciudad compuesto por chicas racialmente diversas e irregularmente vestidas. Algunas chicas prepubescentes y postpubescentes del equipo del centro de la ciudad mascan chicle con expresiones de crueldad en la cara. Muchas tienen costras en las rodillas y llevan camisetas desteñidas de bandas musicales para chicas adolescentes. Una de las chicas del equipo del centro de la ciudad lleva una camiseta negra desteñida de un grupo de música metal. Las chicas del equipo local, incluyendo a Valentina Parini, van impecablemente uniformadas con camisetas verdes en cuya pechera pone «c. b. liceo italiano de Barcelona», pantalones blancos y calcetines rojos hasta las rodillas no magulladas.

La entrenadora del equipo local grita algo desde la banda de la pista de baloncesto poniéndose las manos a ambos lados de la boca y le hace señales a una de las jugadoras de la defensa local para que se siente en el banquillo.

—Parini —dice la entrenadora local, que lleva el pelo corto y parece tener algo bajo la nariz ligeramente parecido a un bigote—. Tú sales en lugar de Adelfi. —Mira a Lucas Giraut con un desagrado evidente que no parece basarse en la presencia de Giraut detrás del banquillo de las jugadoras suplentes, ni tampoco en su aspecto ni en ningún elemento concreto de su actitud, sino más bien en el mero hecho de que exista gente como Lucas Giraut en el mismo cosmos en el que existen ella y sus jugadoras—. Si a tu padre no le importa, claro.

Hay un segundo de silencio. Algunas de las jugadoras del equipo del centro de la ciudad contemplan la escena con los brazos en jarras y escupen al suelo de la pista de baloncesto.

—No es su padre —dice una de las jugadoras que hay sentadas en el banquillo local.

—No tiene padre —dice otra de las jugadoras locales—. Su padre se marchó.

La jugadora llamada Adelfi llega cojeando a la banda de la pista de baloncesto escolar. Coge la toalla que le tiende una de sus compañeras y la usa para secarse la frente y las axilas. Alguien le rocía una rodilla con un spray medicinal.

—No soy su padre —explica Giraut a las caras mayoritariamente hostiles que lo miran desde el banquillo, el terreno de juego y la gradería portátil situada a su espalda—. Soy un amigo de la familia. Vivo en el piso de arriba —dice, y las caras se limitan a mirarlo con expresiones neutras.

—No es mi padre. —Valentina Parini mira a la entrenadora con el ceño fruncido detrás de sus gafas infantiles de pasta verde—. Y no quiero salir. Soy la peor jugadora del equipo. Soy la peor jugadora de cualquier equipo. Cada vez que salgo todo el mundo se ríe de mí. Adelfi puede jugar mejor que yo aunque le corten la pierna. —Se encoge de hombros—. ¿Por qué no me expulsa del equipo?

Las jugadoras que esperan en la pista de baloncesto se cruzan de brazos o bien ponen los brazos en jarras y escupen al suelo o hacen botar la pelota mientras ponen los ojos en blanco y se miran entre ellas con muecas de aburrimiento. Las jugadoras de baloncesto de la sección femenina del Club de Baloncesto del Liceo Italiano de Barcelona se dividen tácitamente en dos categorías en relación al hecho de tener o no tener pechos. Las jugadoras dotadas de pechos se mueven con una elegancia y un pudor discretos pero firmes y todavía desconocidos para sus compañeras de equipo sin pechos. Los pechos de las jugadoras de baloncesto con pechos se mueven en direcciones relacionadas con el movimiento de la pelota y de la jugada en curso. Se bambolean verticalmente en paralelo a los botes de la pelota en el suelo. Salen proyectados hacia delante cuando la jugadora con pechos lanza la pelota hacia delante y se retrotraen hacia el interior de la caja torácica cada vez que la jugadora

recibe un pase. Cuando la jugadora con pechos salta para remachar la pelota dentro de la canasta, sus pechos salen gloriosamente proyectados hacia el cielo.

—Me encantaría expulsarte del equipo —dice la entrenadora con bigote—. Sueño con ello. Pero tu psicóloga escolar dice que estás tan chiflada que si te expulsamos se te acabarán de cruzar los cables. —Le hace una señal con la mano al árbitro, que se está examinando las cutículas de una mano sin quitarse el silbato de la boca—. Así que mueve el culo y ponte en tu sitio.

El partido se reanuda con Valentina Parini en la posición de alero izquierdo del equipo local. A pocos pasos de donde Lucas Giraut está presenciando el partido con las manos en los bolsillos. Casi ninguna de las jugadoras del equipo del centro de la ciudad tiene pechos. Las jugadoras del equipo del centro son de envergadura más pequeña y algunas son negras y varias tienen rasgos latinoamericanos o asiáticos. La jugadora que hace de pivot del equipo del centro de la ciudad es una chica china alta con los dientes mellados. Ninguna de las jugadoras del equipo visitante tiene problemas para rebasar la banda donde Valentina Parini juega de alero y hacer llegar las pelotas a la jugadora china de los dientes mellados. La jugadora china remacha las pelotas en la canasta del equipo local y sonríe con una mueca de crueldad genuinamente asiática en su sonrisa mellada. Al cabo de cinco minutos una jugadora visitante golpea con el hombro a Valentina de tal forma que Valentina y las gafas de Valentina salen disparadas por el suelo en direcciones opuestas. Alguien grita que alguien debería pisarle esas gafas de mongólica. Valentina Parini camina con parsimonia de vuelta al banquillo.

—Todos creen que eres el novio de mi madre. —Valentina se sienta en el extremo del banquillo más cercano a Lucas Giraut. La jugadora llamada Adelfi sale de nuevo en medio de una pequeña ovación de los espectadores que llenan la gradería portátil. En su mayoría padres y madres de las jugadoras—. Y mi madre está enamorada de ti. Me he estado fijando. Analizando las cosas que hace ella. Me da igual que digan que soy demasiado joven para entender esas cosas. Y puedo ver cosas que la gente no ve. Como en los libros que leo, por ejemplo. —Se quita las gafas y examina los desperfectos sufridos por las mismas con una mueca concentrada que le arruga la nariz diminuta y le confiere todavía más aspecto de mono arborícola—. ¿Tú quieres casarte con mi madre? Te lo pregunto en serio.

Lucas Giraut levanta las cejas y se acaricia con dos dedos su barbilla lampiña. En otra persona, el gesto podría pasar por reflexivo o incluso calculador, pero en su cara únicamente parece transmitir cierta perplejidad distraída. El resto de jugadoras suplentes que hay sentadas en el banquillo han dejado de prestar atención a lo que está pasando en la pista y ahora miran sin disimulo a Valentina Parini y Lucas Giraut.

—Ella quiere casarse contigo —dice Valentina—. Hace mucho tiempo que lo sé. ¿Te acuerdas de la otra noche? ¿Al final de la fiesta? ¿Cuándo la cogimos entre los dos y aquel camarero y la sacamos a la calle para que vomitara y luego la metimos en el taxi?

Giraut explora su recuerdo de los momentos más relevantes del regreso a casa después de la última fiesta de Cumpleaños No Numerado de su madre. El momento en el taxi en el que Marcia Parini empezó a dar golpes frenéticos en el cristal de la ventanilla trasera con la palma de la mano. El hecho de que ni Valentina ni él mismo supieron identificar dichas palmadas como la señal universal que efectúa todo borracho a bordo de un taxi de que necesita salir para vomitar una vez más. El enfado del taxista mientras Valentina sacaba a su madre por la portezuela trasera todavía babeando vómito y la rapidez con que el taxista pareció desenfadarse cuando Lucas Giraut abrió su billetera y le puso en la mano todos los billetes que llevaba dentro. Y finalmente el paseo a casa por las callejuelas oscuras y con olor a orina del Barrio Gótico, con Valentina y él mismo llevando cogida de las axilas a Marcia, y Valentina llevando en la mano libre el bolso y los zapatos de tacón de su madre. Los tres configurando una escena que cualquier transeúnte que la viera tomaría naturalmente por una escena familiar. Y que lo más probable es que tuviera a fin de cuentas algún elemento genuinamente familiar.

—Las señales están claras. —La niña se vuelve a poner las gafas infantiles de pasta verde y se sacude el polvo que la caída le ha dejado en la camiseta verde de tirantes de su uniforme deportivo escolar—. Ella no te besa. No hace eso de cogerte del cuello y morderte la parte de abajo de la oreja. No se porta contigo como con los demás. Y cuando estamos las dos en casa habla de ti. No todo el tiempo, pero muchas veces. —Se encoge de hombros—. Esas son las señales. Así que depende de ti que decidas si quieres casarte con ella.

Una jugadora con la camiseta verde del Club de Baloncesto del Liceo Italiano se está retorciendo en el suelo debajo de la canasta del equipo visitante con las manos en la entrepierna. A su lado, una jugadora negra del equipo visitante tiene las manos en alto en la señal universal de inocencia del lenguaje de signos deportivo. Alguien dice algo insultante sobre el estilo defensivo del equipo multirracial del centro de la ciudad y al cabo de un momento la jugadora visitante que ha recibido el insulto tiene a una de las jugadoras locales firmemente atenazada en una presa de cuello. La jugadora local suelta un mugido con la cara amoratada y los ojos muy abiertos. El resto de jugadoras impecablemente tricolores observa la escena con temor reverencial. El árbitro hace sonar su silbato enfáticamente y gesticula mucho con los brazos.

—Faltan dieciséis días para el lanzamiento mundial de la nueva novela de Stephen King. —Valentina aprovecha el hecho de que el resto de jugadoras ha desviado su atención hacia el forcejeo multirracial que está teniendo lugar debajo de la canasta visitante—. Y quiero que mi madre me deje ir a la fiesta del lanzamiento. En esa librería tan grande del centro. A las doce de la noche dejan la librería abierta y los fans pueden ir y comprar una edición especial. La primera edición. Pero para que me deje ir tengo que portarme bien y hacer como que soy idiota delante de las profesoras y presentarme a los partidos de baloncesto y todo eso. No sé cómo lo voy

a aguantar. —Hace un gesto de impotencia—. Esto es una tortura. Todo el mundo se ríe de mí. Los profesores más que nadie. Podría matar a todas estas estúpidas, así. —Chasquea los dedos—. Por lo menos esas chicas de la escuela pública saben pelear.

Giraut se queda mirando con cara inexpresiva a una niña con problemas de sobrepeso que parece haber estado escuchando su conversación desde el banquillo. La niña con problemas de sobrepeso aparta la vista a toda prisa. Con un mohín ligeramente ofendido. La actitud de las compañeras de clase de Valentina Parini hacia Valentina ha sido una actitud principalmente de recelo y de burla y de falta general de respeto desde que Valentina leyó en público durante una clase de español la redacción titulada «La oración de la gente que no tiene padre y no tiene madre». Es decir, desde el que se conoce como su Percance de la Clase de Español. Desde entonces, ha aumentado la frecuencia de las puyas y de los motes. De las torturas joviales de patio escolar. De las comparaciones con personajes físicamente grotescos o locos del cine y la televisión. Valentina Parini le ha recitado en varias ocasiones La Oración de la Gente Que No Tiene Padre y No Tiene Madre a Lucas Giraut. Durante sus reuniones vespertinas en el jardín del antiguo palacio ducal del Barrio Gótico.

—Tal vez deberías replantearte tu idea —dice Giraut con cara pensativa—. Me refiero a lo de leer tu novela en el concurso de talentos. Puede ser peligroso. Creo que a estas alturas te deben de estar vigilando de cerca. Y no le digas nada a tu psicóloga escolar de que la estás escribiendo. O tal vez dile que estás escribiendo otra novela. Una donde no matas a todas tus compañeras del equipo de baloncesto. Una donde no haya sangre ni masacre final ni cabezas que revientan ni nada de eso. —Se encoge de hombros—. Cuando los psicólogos oyen ese tipo de cosas, ya estás listo.

La niña con sobrepeso los está mirando fijamente con su cara rolliza. Negando con la cabeza y frunciendo los rasgos en una mueca de intenso desagrado. Algunas caras próximas se giran para prestar atención a la conversación que está teniendo lugar en las inmediaciones del banquillo.

—Eres horrible —le dice a Valentina Parini, señalándola con un dedo acusador—. Y este hombre también. Y se lo voy a contar todo a la directora.

Valentina Parini se recoloca las gafas infantiles de pasta verde sobre su nariz diminuta con el dedo índice y le dedica a la chica con problemas de sobrepeso un gesto obsceno de naturaleza abiertamente sexual. Un gesto que cualquier espectador que lo presenciara consideraría absolutamente impropio de alguien de su edad.

CUADROS DE CIERVOS

La cúpula de la basílica de San Pedro y los tejados vagamente extraterrestres del Vaticano se perfilan sobre el fondo gris del cielo matinal del otro lado de la ventana de la pensión de Piazza Navona donde Aníbal Manta y Juan de la Cruz Saudade se encuentran alojados con nombres falsos. Aníbal Manta deja que su mirada deambule por la habitación de la pensión: empezando por los cuadros de ciervos que decoran las paredes, pasando por las colchas deshilachadas de las dos camas individuales y terminando en las figuras de Saudade y de la *puta* italiana arrodillada en el suelo que le está practicando una felación acompañada de movimientos expertos de la mano sobre su pene y testículos. Los pantalones del chándal blanquiazul marca Umbra de Saudade están arrugados en torno a sus tobillos. Saudade, reflexiona Manta, nunca ha sido un buen interlocutor en conversaciones que involucren cualquier clase de comunicación emocional. Es una de las razones, tal vez la principal, por la que Saudade nunca le ha caído bien. En los dos años que hace que le conoce, cada vez que tienen que hacer algún trabajo juntos —y su línea profesional suele acarrear intervalos largos de convivencia forzosa—. Manta nunca ha podido establecer esa clase de comunicación sin que Saudade empiece a mirar ociosamente a su alrededor. A ocuparse de sus cutículas o a asentir de forma puramente mecánica mientras contempla partes selectas de anatomías femeninas cercanas. Manta cierra los ojos y trata de concentrarse en la felación que la segunda *puta* italiana le está practicando a él, arrodillada en el suelo frente a sus piernas con los pantalones en los tobillos.

—Hay gente que va por ahí diciendo que es una tontería comer helados en invierno. —Saudade tiene los dedos enredados en el pelo teñido de la prostituta que le está practicando la felación y la forma en que la cabeza de la prostituta se mece de atrás hacia delante sugiere que Saudade podría estar empujando rítmicamente la cabeza hacia su entrepierna—. A toda esa gente solamente tengo una cosa que decirles —hace una pausa teatral—: *a tomar por el culo*. Ahora mismo, diría yo, es invierno. —Señala con la barbilla la ventana a través de la cual se ven los tejados vagamente extraterrestres—. Y mira todas las tiendas de helados que hay por aquí. ¿Por qué está toda esa gente sentada zampándose sus helados? ¿Es que son todos tontos de remate? No, señor. —Niega con la cabeza con cara de sabiduría—. Es una cuestión de sabor. El sabor es la clave. En esta ciudad hacen los mejores helados que he probado en mi *puta* vida y el sabor es el mismo en verano que en invierno. Que yo sepa. En todo caso, se podría decir que los helados se conservan mejor en invierno y no empiezan a derretirse antes de que tengas tiempo de terminártelos. Ja. —Saudade echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos de esa forma estereotipada en que echan la cabeza hacia atrás los actores porno cuando tienen a una mujer arrodillada delante

practicándoles una felación. A Manta le incomoda un poco el hecho de que el pene de Saudade, incluso oculto en gran parte por la cara y por el pelo teñido de la prostituta, es ostensiblemente enorme en todas las dimensiones que suelen usarse para calibrar el tamaño de un pene. Ciertamente mucho más grande que el pene del propio Manta. El pene de Manta, aunque no puede considerarse pequeño en relación con las medidas estándar de un pene adulto medio, sí parece proporcionalmente pequeño en relación con la envergadura del cuerpo de Manta y con la esfera blanca y blanda de su barriga—. No estoy diciendo que prefiera estar aquí sentado todo el día comiendo helado en vez de estar en casa con mi chaval —continúa Saudade, con los dedos enredados en el pelo de la prostituta—. Pero *joder*. Este es el mejor helado que he comido en mi vida. Es una cosa que tienen en este país. En esta cultura. Estos hijos de *puta* hacen unos helados tan buenos que solamente por los helados podría quedarme a pasar unos días por aquí.

Los cuadros de ciervos que cuelgan de las paredes representan escenas bucólicas en escenarios idílicamente forestales y protagonizadas por manadas de ciervos. Hay algo desagradable en esos cuadros, piensa Manta. En todos ellos el cielo es de un color rojo oscuro que pretende ser crepuscular pero que resulta abrumadoramente inverosímil y se parece al cielo de alguna clase de tragedia nuclear. Los ciervos están desproporcionados y algunos parecen más bien perros y otras especies animales con cuernos de ciervos. La situación en que Aníbal Manta se encuentra ahora mismo, incluyendo el hecho de estar con los pantalones en los tobillos en una habitación donde una prostituta le está practicando una felación al pene enorme y vigoroso de Saudade, le provoca a Aníbal Manta una sensación familiar de estrés emocional. Tradicionalmente, nunca ha tenido problemas en admitir que el estigma de su aspecto, junto con su afición a los tebeos de superhéroes de la editorial americana Marvel, conforman la base histórica de dicha sensación. Una afición ciertamente infantilizante a los ojos del mundo.

—Los helados siempre me la ponen dura —dice Saudade, que ha empezado a mover las caderas hacia delante y hacia atrás al compás de los movimientos de la cabeza de la prostituta del pelo teñido—. Cuando yo era poli, íbamos a las casas de putas que había por la calle Balmes —dice—. Yo y mi compañero. Les enseñábamos la placa y nos hacíamos un poco los duros, ya sabes. Tampoco íbamos amenazando ni nada. —Se encoge de hombros—. Solamente queríamos que se cagaran un poco. Nos tomábamos unas copas y elegíamos a las putas que estaban más buenas. Había una puta, no me acuerdo de cómo se llamaba. Una de esas rusas, supongo. Pero no de las flacas. Con tetas grandes. —Se lleva las manos al pecho y hace el gesto de agarrarse unas tetas invisibles—. Tú te sentabas en un sofá de *puta* madre y te traían a la *puta* abierta de piernas en un carrito con ruedas de esos que usan para llevar la comida en los hoteles. Con un helado enorme en cada teta. De esos de varios sabores que llevan una guinda. Y más helado y crema de chocolate por el *coño* y el culo. —Suspira con expresión vagamente nostálgica mientras los movimientos de la cabeza de la

prostituta, liberada de las manos que le agarraban el pelo, se vuelven más rápidos y precisos—. Desde entonces no me puedo controlar. Cada vez que veo un helado, es verlo y ¡zas! —Se da un puñetazo en la palma de la mano que provoca un sobresalto en la *puta* que le está practicando una felación de rodillas—. Dura como la piedra.

Manta contempla el sobre marrón con el logotipo corporativo de Arnold Layne Experts y las fotografías esparcidas encima de la colcha deshilachada de una de las camas de la habitación. Desde que lo conoce, Saudade se ha mostrado completamente incapaz de desarrollar conversaciones que impliquen cualquier clase de comunicación emocional. Conversaciones como las que tienen lugar en la mayor parte de relaciones de camaradería masculina y amistad profesional. Las fotografías que hay esparcidas sobre la colcha muestran a un individuo muy moreno con gafas de pasta y jersey de cuello de cisne. Sus rasgos angulosos y la expresión furtiva con que aparece en las fotos, saliendo de un edificio antiguo, mirando a su alrededor con preocupación y metiéndose en un coche negro con las ventanas tintadas, le dan cierto aspecto de pianista refugiado político. O tal vez de ajedrecista huraño del Bloque del Este. El sobre marrón corporativo del que proceden las fotografías tiene escrito un nombre con las letras mayúsculas inconfundiblemente vigorosas del señor Bocanegra: «Raymond Panakian». Manta cierra los ojos de nuevo y trata de concentrarse: pese a los minutos de felación experta, su pene parece haber perdido el grado deseable de erección.

—Mi psicólogo me dice que te diga que tengo la sensación de que nunca me escuchas —dice Aníbal Manta, mirando de reojo a la figura de Saudade, unida por la cintura a la figura bamboleante de la prostituta—. Dice que tengo que hablar contigo directamente y ser completamente sincero. Que solamente así puedo solucionar mis problemas contigo. Dice que tengo que explicarte que tengo la sensación de que nunca me prestas atención y que eso me hace sentirme mal. Que ya me siento bastante mal porque soy grande y gordo y me gustan los tebeos. Tú eres mi compañero de trabajo y mi psicólogo me ha dicho muy claramente que tengo que coger el toro por los cuernos y ser valiente y decirte todas las cosas que haces que me hacen sentirme mal.

Manta se detiene al constatar que Saudade no lo está escuchando. A estas alturas, a Manta no solamente le parece un hecho probado que la imposibilidad de Saudade para concentrarse delata un caso clásico de desorden de déficit de atención. También le parece cada vez más claro que su compulsión sexual es un mecanismo inconsciente para evitar afrontar el aquí y el ahora. Especialmente cuando ese aquí y ese ahora implican una conversación con rasgos de intercambio emocional serio. Ahora Saudade aparta la cabeza de la prostituta de su pene y le indica por señas que se dé la vuelta y se incline. La prostituta se da la vuelta con expresión neutra. Se limpia los labios con el dorso de la mano y se inclina dando la espalda a Saudade. Manta siente una punzada de estrés emocional cuando el pene enorme y vigoroso de Saudade

ensarta por detrás a la prostituta del pelo teñido. Con una facilidad pasmosa, le parece a Manta.

—Mi chaval tiene un cacharro de esos que hacen helados —dice Saudade, embistiendo furiosamente con las caderas el trasero de la prostituta del pelo teñido. El trasero de la prostituta es blando y pálido y está lleno de pecas—. No de esos cutres donde echas unos polvos y los mezclas con agua y luego los congelas con un palito dentro. —Hace una pausa y se seca el sudor de la frente con el dorso de la mano antes de reanudar las embestidas. La prostituta emite ruidos profesionales de satisfacción sexual—. Es un cacharro de esos que hacen helados de los de verdad. De los cremosos. También les puedes echar virutas de chocolate o lo que te dé la gana. Se lo regalé hace un par de años para su cumpleaños, me parece. Al chaval le gusta el helado. —Asiente, satisfecho—. Como a su padre.

El pene de Aníbal Manta sigue sin conseguir una erección satisfactoria, y la prostituta que tiene arrodillada delante se ve obligada a hacer pausas en su felación para agarrárselo con la mano y darle sacudidas vigorosas. Los cuadros de ciervos se infiltran obstinadamente en el campo visual de Manta. Con sus cielos de color incorrecto y sus ciervos desproporcionados que lo miran desde las paredes con aspecto de perros y de otros animales disfrazados. El tránsito entre los momentos de estrés emocional agudo de Aníbal Manta y la aparición de sus ataques de ira, así como los mecanismos de control que ha debido desarrollar para reprimir dicha aparición, se ha ido convirtiendo con el paso del tiempo en el eje principal de las sesiones de terapia a las que asiste Manta una vez por semana. Los mismos ataques de ira que empezó a experimentar en el patio de la escuela cuando era un niño de dimensiones elefantinas al que los demás niños llamaban «La Cosa». La Cosa, de acuerdo con las explicaciones de su terapeuta, es un superhéroe de aspecto grotesco pero dotado de sólidos valores emocionales y de una fuerza colosal y absolutamente indispensable para los Cuatro Fantásticos. Para el funcionamiento de los Cuatro Fantásticos como supergrupo equilibrado en materia de superpoderes. Son estos elementos de la identidad de La Cosa los que hacen que su terapeuta lo considere un superhéroe que encarna la dificultad y el patetismo y la nobleza de la situación vital del propio Aníbal Manta. Ahora Manta cierra los ojos y trata de concentrarse en estas ideas de nobleza y de dificultad pese al hecho de que los ruidos profesionales de satisfacción sexual de la prostituta de Saudade se han convertido en chillidos de placer no estrictamente profesional. Según todos los indicios terapéuticos, es crucial que Manta evite a toda costa aquellas situaciones que pueden infundirle la sensación de que no está humanamente a la altura de sus contemporáneos. La prostituta que tiene su pene en la mano levanta la cabeza y le pregunta algo en italiano.

—No te preocupes, cielo —le dice Manta, agachándose para recoger los pantalones que tiene en los tobillos y subiéndoselos. La idea de que La Cosa no tiene pene debajo de los calzoncillos azules de su uniforme de los Cuatro Fantásticos revolotea por su mente como un animalillo malicioso—. Ve con esos dos si quieres.

Las embestidas de Saudade contra el trasero de la prostituta del pelo teñido, que ahora tiene las manos apoyadas en la pared, hacen que tiemblen todos los muebles y los cuadros de ciervos de la habitación de la pensión. Aníbal Manta enciende un cigarrillo.

IRIS SIN ERIC

El decorado del rodaje de la segunda producción de bajo presupuesto con participación de Penny DeMink está lleno de esos elementos diseñados para denotar opulencia y sofisticación que uno encuentra en los decorados de producciones de bajo presupuesto donde nadie, desde el diseñador de producción hasta el espectador en su habitación de hotel, parece haber tenido nunca ningún contacto ni aunque sea remoto con la opulencia o con la sofisticación. Producciones audiovisuales para adultos que jamás verán la luz en salas comerciales ni serán publicadas nunca en formato DVD. Cintas con títulos genéricos destinadas a engrosar los bucles de madrugada de los últimos canales de televisión de los hoteles de aeropuertos para ejecutivos. Películas carentes del glamour y de la excitación genuina de la verdadera industria pornográfica. Sin los actos sexuales reales entre diosas del sexo y sementales olímpicos. Donde la cámara lenta sirve para dilatar el metraje y los planos cortos para disimular la ausencia de presupuesto para decorados.

—Acércate más a ella —dice el realizador en tono aburrido. En ese mismo tono aburrido que uno usa para hablar con su madre o con su hermana mientras está prestando atención a lo que pasa en el televisor—. Y ponle la mano en el culo, joder. Sin miedo. Que su culo no muere.

La pared del fondo del decorado está cubierta con un telón apolillado que alguien se llevó de un teatro en quiebra. Se trata de un detalle del decorado que nadie parece haberse molestado en justificar argumentalmente. Como suele suceder con esta clase de decorados. Hay una lámpara de cuentas de cristal. Hay estatuas de aspecto vagamente clásico que representan a mujeres desnudas en posturas cercanas al éxtasis sexual. Hay una estatua de un querubín que emite un chorrito parabólico de agua desde su pene diminuto. Hay una cama con dosel y en las cortinas vaporosas que cuelgan del dosel alguien ha engarzado algo que parecen lentejuelas. Tampoco parece haber ninguna justificación argumental para las lentejuelas. Los elementos de opulencia encantadoramente ramplones de la baja cultura. De las alcantarillas más oscuras de la industria audiovisual. Y en medio de todo, de pie junto a la cama con dosel y lentejuelas, Iris Gonzalvo se acaricia el cuello esbelto con cara melancólica. Su carne blanca resplandece bajo los focos. Como un cuerpo celeste que ilumina su propia corona de detritos giratorios. Convirtiéndolo todo en simples reflejos y sombras de su resplandor. Con su peluca empolvada estilo rococó y sus botas altas de cordones y su corsé que constriñe y eleva sus pechos en los que alguien ha pintado un lunar con lápiz de ojos. Magnífica pese a la infinita torpeza de su caracterización o, más crucialmente, magnífica debido precisamente a esa torpeza infinita.

—¿Estás sorda? —le dice el realizador a Iris Gonzalvo. Con las cejas levantadas en expresión de incredulidad. Después se gira hacia su ayudante—. ¿Está sorda? ¿Crees que no hablo lo bastante fuerte? ¿De dónde hemos sacado a esa chica?

La ayudante del realizador se encoge de hombros y se palmea los bolsillos de su chaleco de bolsillos como si la respuesta a alguna de las preguntas del realizador pudiera aparecer en uno de ellos. Además de llevar chaleco de bolsillos, la ayudante del realizador lleva pantalones de combate y un cronómetro colgando de una cadenilla en torno al cuello y un protector de bolsillos lleno de bolígrafos y una de esas gorras de visera con mensajes de broma. El individuo que sostiene la cámara sobre el hombro no lleva chaleco de bolsillos ni bolígrafos ni cronómetro, pero sí que lleva una gorra de visera con mensaje de broma.

—Me parece que es una de las chicas que nos ha enchufado el jefe. —La ayudante del realizador se encoge de hombros. Con los labios ligeramente fruncidos—. No estoy segura. Todas me acaban pareciendo iguales.

Iris Gonzalvo está de pie junto a la cama con dosel. Delante de una joven morena aproximadamente de la misma edad y estatura que ella. Las dos llevan pelucas empolvadas y maquillaje de época en la cara y van vestidas con corsés muy ajustados y botas de cordones hasta los muslos. Las dos llevan braguitas estilo tanga que dejan al descubierto sus depilados brasileños. La única diferencia entre la caracterización infinitamente torpe de ambas parece ser de naturaleza cromática.

—Vamos a intentarlo otra vez —dice el realizador. Con esa mueca de paciencia puesta a prueba que consiste en masajearse los párpados con los dedos índice y pulgar mientras se niega ligeramente con la cabeza. Sentado en su silla con respaldo de tela—. Vamos a ver. ¿Cómo te llamabas?

—Penny —dice ella, con esa voz suya que resulta al mismo tiempo suave y llena de aristas. Llena de rebordes afilados que compensan la falta de potencia pulmonar.

—Muy bien, Penny. Vamos a no perder más tiempo. El guión dice: «Chica uno coge sensualmente a chica dos y la besa y la lleva a la cama y las dos se sientan en la cama. Corte». Tú eres la chica uno. Así que ya puedes coger sensualmente a la chica dos y besarla y todo lo demás. ¿Lo has entendido?

Iris Gonzalvo asiente con la cabeza. Sus ojos experimentan un fruncimiento apenas visible. Demasiado fugaz para ser registrado. Su piel es tan blanca que resulta casi iridiscente. Demasiado brillante y magnética para resultar real.

El realizador hace una señal al encargado de la claqueta. La ayudante del realizador da la orden de acción. El encargado de la claqueta hace sonar la claqueta y todo parece detenerse. El realizador, junto con su ayudante y el cámara y los técnicos de luz y de sonido y los encargados de operar los focos y de sostener los micrófonos en su ubicación exacta, todos forman una especie de retablo completamente inmóvil y vagamente barroco en su composición. En cuyo interior se activa el segundo retablo, el que componen las dos jóvenes torpemente caracterizadas como damas de principio del siglo XVIII con tangas y depilados brasileños a punto de enzarzarse en un

interludio de sexo lésbico. El tránsito entre el retablo exterior y el retablo interior se parece a esos juegos visuales de *trompe-l'oeil* que aparecen en las revistas de pasatiempos.

Iris Gonzalvo da un paso hacia su compañera de rodaje. Le rodea la cintura con un brazo y acerca su boca a la boca de ella. Le coloca la otra mano en la nuca y le acaricia el vello suave y desordenado que asoma por debajo de su peluca empolvada. Se dispone a besarla cuando un grito procedente del realizador interrumpe su acercamiento.

—¿Pero qué *cojones* te pasa? —El realizador da una palmada exasperada en su copia del guión—. ¿No te he dicho que le pongas la mano en el culo? ¡En el culo! ¿Y eso es un beso sensual? A mí no me parece sensual. A mí me parece deprimente. Mira, estoy deprimido. —Hace una mueca difícil de descifrar—. ¿Y qué te pasa en la cara? ¿Te encuentras mal? Porque a mí esa cara me sale cuando tengo ardor de estómago.

Iris Gonzalvo se gira a medias para mirar al realizador con cara de desafío. No es un tipo de desafío donde puedan percibirse matices de dolor emocional. Es un desafío donde predomina el desprecio. Una conciencia de superioridad tan evidente que durante un momento el realizador y el resto de miembros del equipo de rodaje de la producción de bajo presupuesto se la quedan mirando amedrentados. Alguien llega al punto de dar un paso amedrentado hacia atrás.

—Estoy interpretando —le dice al realizador—. Intentando vivir la situación como si fuera real. Estoy segura de que hay otras formas en que ella y yo podemos comunicarnos que no son ponerle la mano en el culo.

El realizador se la queda mirando un momento con cara perpleja. Después frunce el ceño. Después se pone de pie. Sus subordinados parecen apartarse ligeramente de donde él está de esa forma increíblemente sutil en que los subordinados dan la impresión de que se apartan de sus superiores furiosos sin realmente moverse del sitio donde están. La cara del realizador está literalmente roja de furia. Especialmente en la parte alta de las mejillas.

—¿Comunicarte? —dice—. ¿Y cómo *cojones* piensas comunicarte? Si la tía solamente habla polaco. Si hemos tenido que indicarle por señas que no hacía falta que se hiciera una lavativa antes de rodar. —Se vuelve hacia su ayudante, que parece haber retrocedido un par de pasos más o tal vez haber encogido de tamaño, y que ahora está abrazando una copia del plan de rodaje de una forma que cualquier aficionado a la psicología elemental podría ver que se trata de un gesto claramente defensivo—. Me da igual que sea una enchufada del jefe. Consígueme otra chica con la misma talla. Y quítame a esta de delante. Mándala arriba con el jefe. —Pone los ojos en blanco—. No me puedo creer que alguien sea incapaz de actuar en una película donde lo único que hay que hacer es enseñar el culo.

Cinco minutos más tarde Iris Gonzalvo está vestida con un albornoz y sentada en el despacho del dueño de la productora de la película de bajo presupuesto de la que

acaba de ser despedida. Acariciándose con gesto ausente el pelo recién lavado y todavía mojado. Con la cara limpia. Dando caladas pensativas a un cigarrillo.

El dueño de la productora esnifa dos líneas de cocaína que tiene hechas sobre el interior de cristal reflectante de una especie de cigarrera de cristal reflectante. Levanta la cara de la superficie de la mesa y se sorbe las narices. Es un tipo musculoso con una camisa que le viene pequeña y la cejas depiladas. La forma en que tiene las cejas depiladas es esa forma que se asociaba con la homosexualidad en los tiempos previos a la generalización de los tratamientos cosméticos masculinos. El dueño de la productora se masajea una aleta de la nariz con la yema del dedo.

—No sé si puedo seguir dándote trabajo —dice. Con esa cara de consternación característica de la gente que ostenta el poder absoluto en una situación. Con esa mezcla característica de consternación y poder absoluto—. La gente dice que causas problemas. Y sinceramente, a mí también me lo parece. ¿Qué esperas? ¿Que algún productor de Hollywood vea una de tus películas y descubra tu enorme talento y te contrate? Con mucha suerte te puedo conseguir una audición para hacer un porno, pero, sinceramente —le echa un vistazo de arriba abajo. Un matiz claro de escepticismo parece haberse añadido a la mezcla de consternación y poder absoluto—, no me parece que estés tan buena.

Iris Gonzalvo levanta la vista, escandalizada.

—Pues claro que estoy buena —dice—. Estoy buenísima.

—No lo bastante. Y eres mayor. Debes de tener veinticinco años.

—Tengo diecinueve.

Hay un momento de silencio tenso. El despacho corporativo del jefe de la productora de películas de bajo presupuesto para canales de madrugada de hoteles para ejecutivos es uno de esos despachos corporativos donde absolutamente todo está orientado a transmitir la idea de provisionalidad. Los únicos muebles son una mesa y dos sillas. El ordenador que hay sobre la mesa es un ordenador portátil. No hay decoración de ninguna clase. La luz procede de bombillas sin lámparas o bien de lámparas articuladas y plegables procedentes de grandes almacenes escandinavos dedicados a la venta de mobiliario a precios bajos. Las paredes no han sido enyesadas desde la marcha del último ocupante, de forma que se ven los agujeros y las marcas allí donde la pared fue taladrada para sujetar el mobiliario que ya no está. El término preciso en el argot del mercado especializado para denominar el tipo de películas que se planifican y se ruedan en el espacio industrial donde Iris está sentada en albornoz y fumando no es «películas de bajo presupuesto». El término preciso es «películas de presupuesto ultrabajo». De las que idealmente se ruedan dos o tres al día. Para reducir el gasto por alquiler de material.

—Escucha —dice el jefe de la productora. Hace un gesto de fatiga destinado a mostrar que está dispuesto a efectuar un acto de paciencia y de buena voluntad que excede las obligaciones de su cargo—. Está bien tener ambiciones, y si tú te sientes joven, perfecto. Eso quiere decir que lo eres por dentro. Pero tienes que ser realista.

Los dos sabemos por qué estás aquí. Estás aquí porque tu novio me pasa la droga y hace algún trabajillo para mí. Aunque no sea bonito decirlo. —Se encoge de hombros en gesto autoexculpatorio—. Ahora bien. Si yo viera por tu parte algún cambio de actitud, no veo por qué no tendríamos que hablar. A pesar del hecho de que tu novio no ha contestado mis llamadas esta semana y me debe pasta. Pero tú y yo somos otra historia. Lo único que pido es un gesto pequeñito. —Separa un poco los dedos índice y pulgar para hacer el signo universal de las cosas de pequeño tamaño. Después se mira el reloj de pulsera—. Creo que tenemos uno de los platos de abajo libres.

Hay un momento de silencio.

—Total, nadie lo va a saber nunca —añade el jefe de la productora—. O sea que es como si nunca hubiera pasado.

Iris Gonzalvo se pone de pie con gesto deliberado. Se inclina un poco hacia delante, por encima de la mesa de bajo presupuesto consistente en dos caballetes y un tablero sin barnizar, y antes de que su interlocutor tenga tiempo decir nada le apaga su cigarrillo en la mejilla. Con un gesto hábil de la muñeca que es enérgico y al mismo tiempo vagamente circular.

El grito del jefe de la productora resuena por todo el edificio industrial.

EL APARTAMENTO 13

El mismo día en que Aníbal Manta y Saudade llegan a Roma, Lucas Giraut espera a que llegue la hora de cerrar las dependencias de Lorenzo Giraut, S. L. y a que todos los trabajadores abandonen el edificio. Después se quita la americana de su traje color azul cobalto de Lino Rossi y se afloja la corbata y se dedica a desenroscar una por una todas las bombillas de su despacho en el *mezzanine*. La única lámpara que deja encendida es la que hay justo encima del *cartonnier* italiano estilo Luis XV que usa como escritorio. Guarda las bombillas en una caja de cartón e introduce la caja en uno de los cajones no secretos del *cartonnier*. Todos los empleados se han marchado y las persianas de seguridad parecidas a las rejas de un castillo medieval le han dado al edificio el aspecto ferozmente fortificado que tiene fuera de horas de trabajo. Las alarmas están conectadas. Las luces están apagadas salvo las luces piloto conectadas a un generador independiente y la única bombilla que ha dejado Lucas Giraut en su despacho. Las circunstancias, decide Lucas Giraut mientras se mete una linterna en el bolsillo de los pantalones, son propicias para iniciar su Operación de Investigación Filial en el Apartamento 13.

Lucas Giraut sube las escaleras que van del *mezzanine* a la planta superior de las dependencias de Lorenzo Giraut, S. L. En el bolsillo donde lleva la linterna se le ve un bulto en forma de linterna. Durante los últimos veinte años apenas ha habido cambios en esta parte del edificio. Las puertas han sido repintadas varias docenas de veces. Las paredes han sido remozadas y han cambiado de color. Los avances tecnológicos en materia de alarmas se han ido haciendo visibles en forma de modelos de cajas de alarmas de aspecto cada vez más armamentístico. De aspecto cada vez más balístico. Cada vez más alarmante. Los candados de las puertas metálicas han sido reemplazados por lectores de códigos numéricos con diminutas bombillitas rojas y verdes para señalar respectivamente la introducción de códigos erróneos y de códigos exactos.

Giraut llega a lo alto de las escaleras y el pasillo se ilumina automáticamente en respuesta a un sensor de movimientos. Levanta la vista y hace un gesto distraído con la mano en dirección a la cámara que está filmando sus movimientos desde el techo. El pasillo del piso superior es uno de esos pasillos que hay en las naves de los almacenes industriales. Con las paredes y el suelo de hormigón. Con puertas metálicas numeradas a ambos lados y con bombillas desnudas colgando del techo. La última puerta del pasillo de hormigón, a la vuelta del último recodo, es la puerta del Apartamento 13. A Giraut le vienen a la mente vislumbres difusos de pasillos interminables y de salones atravesados por siluetas fugaces. De cuadernos infantiles llenos de gráficos explicativos y de descripciones de paneles móviles que dan a

pasadizos secretos entre las paredes. Por fin se detiene delante de la puerta marcada con el número doce. Introduce el código numérico y espera a que se encienda la bombillita verde del panel que responde a la introducción del código numérico preciso.

La Operación de Investigación Filial está en marcha.

Lucas Giraut enciende la linterna y recorre con el haz de luz el interior del Apartamento 13. El polvo cubre todos los muebles y el suelo. Cierra la puerta a su espalda. El apartamento consiste en un cuarto con una cama doble pegada a la pared, un televisor, un armario empotrado y un par de cajoneras. Una puerta al fondo del cuarto lleva a un lavabo diminuto con una ducha en la que apenas hay sitio para una persona. No hay ventanas. Ninguno de los lugares secretos de su padre ha tenido nunca ventanas. Debido a la cuestión patológica no diagnosticada que en el seno de la familia se denominaba su problema con las ventanas. La única ventilación del cuarto procede de una serie de rejillas de ventilación junto al techo distintas al resto de rejillas de ventilación del edificio y vagamente parecidas a bocas entreabiertas.

Lucas Giraut se sienta en la cama y pasa una mano por la colcha polvorienta. La sensación de estar sentado en este espacio sin luz natural ni ventanas le resulta reconfortante. En cierta forma, siempre ha creído entender lo que le pasaba a su padre. La mecánica especial interior y secreta de su dificultad con las ventanas y la luz del día. Lo que se escondía detrás de su llamado «problema con las ventanas». La sensación de calma. La sensación de poder que uno experimenta al encerrar al mundo fuera de algo cerrado y sin ninguna clase de aberturas.

Sentado en la cama polvorienta, Lucas Giraut mueve ociosamente el haz de luz por las paredes y el mobiliario del cuarto. Es extraño que se pasara la infancia entera llenando cuadernos de dibujos y anotaciones sobre el Apartamento 13. Registrando sus sueños recurrentes ambientados en aquel apartamento. Unos sueños perfectamente detallados y complementados con toda clase de explicaciones y esquemas. Una primera fase de dibujos, correspondiente a los años previos a la pubertad, representaba el Apartamento 13 como un complejo sistema de salones y pasillos de disposición variable. De acuerdo con las anotaciones, el apartamento no tenía ventanas y las paredes estaban cubiertas de cortinas de terciopelo rojo. Las anotaciones indicaban que la mayoría de salones tenían lámparas de cuentas de cristal en el techo. También sillones de orejas con extensiones abatibles para apoyar los pies y ceniceros de pie dorados junto a los brazos. La gran mayoría de colillas que había en dichos ceniceros eran colillas de cigarros puros. También parecía haber por todas partes percheros ocupados por una gran cantidad de chaquetas y abrigos. Cientos de abrigos, tanto masculinos como femeninos. Abrigos acompañados de sombreros y de bastones y de otras prendas anticuadas que el Lucas Giraut infantil no podía identificar. Tampoco podía entender por qué había una cantidad tan exagerada de abrigos y de chaquetas.

Al cabo de media hora de registro, todo el contenido de los cajones y del armario del Apartamento 13 de las dependencias de LORENZO GIRAUT, S. L. está cuidadosamente colocado sobre la colcha polvorienta de la cama. A un lado, Lucas Giraut ha separado y clasificado en tres grupos los resultados que juzga más relevantes de su registro:

1. Una docena de cintas de casete correspondientes a copias de viejos discos de rock británico de los años setenta. *In Search of Space* y *Space Ritual* de Hawk wind. *Tales from Topographic Oceans* de Yes. *Dark Side of the Moon* de Pink Floyd y *Islands* de King Crimson.
2. Una postal que muestra el Marine Palace and Pier de Brighton con las extrañas cúpulas y torres de su parque de atracciones y que tiene escrito en el reverso: «ACTOS DE CONMEMORACIÓN DEL PRIMER CONGRESO INTERNACIONAL DEL CLUB NO NOS GUSTA EL SOL. INGLATERRA (CREEMOS), 1970». Y otra postal, que muestra un cerdo aerostático de color rosa flotando sobre un cielo industrial, donde pone: «EL CLUB NO NOS GUSTA EL SOL PROMETE SALIR DE JUERGA CADA NOCHE Y DORMIR SIEMPRE DE DÍA DURANTE EL RESTO DE SUS VIDAS. ABAJO EL SOL. FIRMADO: EL CLUB NO NOS GUSTA EL SOL». Las dos postales están escritas con una caligrafía muy grande y redonda y rodeada de dibujos de flores, planetas y lunas.
3. Una fotografía en blanco y negro y obviamente antigua que representa a tres jóvenes de unos veinte años con el pelo largo, diversas modalidades de vello facial e indumentarias donde predomina la tela vaquera, el ante y el cuero. Los tres jóvenes están pasándose los brazos mutuamente por los hombros en gesto de camaradería masculina.

Sentado sobre la colcha polvorienta, Lucas Giraut saca un cigarrillo de su pitillera de oro con sus iniciales repujadas y lo enciende con expresión pensativa. El joven que hay en el lado izquierdo de la fotografía es su padre. Una versión apenas postadolescente de su padre, con una versión extrañamente flaca y alargada de la cara de su padre y con sendas manchas en las mejillas que parecen brotes de acné. El joven del centro de la fotografía lleva un abrigo de piel con estampado de leopardo que resulta llamativamente femenino al lado de las chaquetas de cuero y de tela vaquera de sus compañeros de fotografía. En su cara todavía no hay signos de alopecia ni de bigote, pero sí la misma disposición facial inefable de crueldad que Lucas Giraut asocia decididamente con el señor Bocanegra. El joven de la derecha de la fotografía debe de tener la misma edad que los otros dos y lleva el pelo largo igual que ellos. Su pelo, sin embargo, es rizado por oposición al pelo exageradamente liso del Lorenzo Giraut de la fotografía y el pelo ondulado del señor Bocanegra todavía no alopecico de la fotografía. Su cara es una de esas caras que resultan extrañamente

atractivas no por la armonía de sus rasgos sino por la forma idiosincrásica en que rompen dicha armonía. Lucas Giraut le da la vuelta a la fotografía para examinar el dorso. No hay ninguna inscripción en el dorso.

En la primera fase de los dibujos infantiles que Lucas Giraut hizo del Apartamento 13 a partir de sus sueños aparecían señalados los diversos puntos de la geografía interna variable del Apartamento 13 donde se habían llevado a cabo avistamientos fugaces de figuras móviles que podrían o no ser personas. Los avistamientos nunca eran lo bastante claros como para asegurar que no se trataba de simples impresiones engañosas. Los lugares más propicios para aquella clase de avistamientos eran los espejos y los dinteles de las puertas.

Con el extremo no lumínico de la linterna cogido entre los dientes, Lucas Giraut se guarda la fotografía en el bolsillo. Hay algo en el decurso de la Operación de Investigación Filial que le provoca una sensación indescriptible de irresolución. Una sensación de invitación mezclada con cierto elemento de desafío. Como la sensación de estar sentado delante de un escritorio mágico por primera vez. Contemplando los pomos aparentemente normales de sus cajones y sus superficies aparentemente normales y calibrando mentalmente las medidas en busca de espacios fantasmales. Levanta la vista y examina las paredes. La pintura que camufla el yeso que camufla el hormigón. Las rejillas de ventilación que son distintas a las rejillas de ventilación del resto del edificio. Más parecidas a bocas desafiantes que el resto de rejillas. Giraut se pone de pie sobre la cama y manipula la rejilla de ventilación que hay justo encima de la cabecera de la cama hasta desencajarla. La deja con cuidado sobre la cama e introduce el brazo por el hueco de la ventilación. Palpando. Con la mirada perdida en el infinito. De esa forma en que mira hacia el infinito la gente que está palpando a ciegas algo cuyo interior no puede ver. Por fin saca algo del hueco. Una especie de libro. Lo saca en medio de una pequeña nube de polvo y se lo queda mirando. En ese preciso momento el teléfono móvil le suena en el bolsillo.

—¿Lucas? —dice la voz de su madre cuando él pulsa el botón de recibir la llamada. El tono de voz de su madre es el tono característico de sus Momentos de Mal Humor. Un tono que suena parecido al crujido de un tejado sólido partiéndose bajo el peso de un árbol centenario—. ¿Qué demonios crees que estás haciendo? —Detrás de su pausa retórica, Lucas Giraut puede sentir su furia crepitante en forma de hormigueo eléctrico que le eriza el vello de la nuca—. Eres mi hijo. ¿Qué se supone que tengo que hacer contigo?

En la segunda fase de los dibujos infantiles que Lucas Giraut hizo del Apartamento 13, la geografía interna del lugar se hacía todavía más compleja. El Apartamento crecía en tamaño y por primera vez las anotaciones sugerían que podrían existir diversos niveles del mismo, o por lo menos un nivel adicional, situado entre el techo del apartamento y el tejado del edificio. Aquel espacio hipotético, inducido a partir de la existencia de ciertas desavenencias entre las mediciones que

Lucas había llevado en el interior y en el exterior del edificio, recibía en los dibujos el nombre de Nivel Sumamente Secreto.

—¿Mamá? —Lucas Giraut sopla sobre el libro que tiene en las manos para quitarle el polvo y examina sus cubiertas negras. Lo abre por las primeras páginas y reconoce la caligrafía de su padre. El libro consiste en una sucesión de entradas de contabilidad, con sus fechas e importes correspondientes. Las primeras fechas corresponden a finales de los años sesenta—. Yo soy el presidente de la compañía de mi padre. Yo soy el accionista mayoritario. Y eso quiere decir que yo decido cuáles son las estrategias de la División Internacional. —Parpadea sin dejar de pasarlas páginas del libro de contabilidad. O de cualquier otra división, claro.

—Déjate de tonterías. —El tono de voz de los Momentos de Mal Humor de Estefanía Giraut recuerda poderosamente al ruido de un árbol centenario partiendo por la mitad un tejado sólido y después partiendo el suelo de la planta superior de una casa y provocando un colapso generalizado de toda la estructura del piso superior sobre los pisos inferiores—. El martes te vas a reunir con Fonseca en tu despacho. Y ninguno de los dos va a salir de ese puñetero despacho hasta que hayas firmado los documentos del plan de remodelación.

—¿Y la cena de Navidad? —Lucas Giraut pasa páginas cada vez más deprisa—. Deberías dejarme planear la cena de Navidad, mamá. Creo que puedo traer a cincuenta invitados. Creo que no es una idea demasiado arriesgada.

Algunas de las transacciones registradas en el libro de contabilidad que tiene en las manos tienen escritas al lado las iniciales. K. C. Las iniciales se repiten varias veces en cada página y aparecen en todas las páginas. Algunas de las cantidades que aparecen junto a las iniciales K. C. son tan elevadas que Lucas Giraut siente un poco de ese vértigo que acompaña al gesto de asomarse al borde de un pozo muy profundo y ver cómo caen trocitos de escombros al fondo.

—Sé perfectamente lo que estás haciendo —dice Estefanía Giraut. En un tono de voz que hace pensar en trozos de fuselaje de aviones accidentados partiendo limpiamente tejados sólidos de casas—. No puedes ocultarme nada. Y te advierto de que las cosas siempre salen como yo quiero. Nunca han salido de otra manera. Así que no te esfuerces —dice en tono concluyente, y el estrépito que sale de su teléfono móvil en el momento inmediatamente anterior a que se interrumpa la comunicación permite a Lucas visualizar con nitidez a su madre colgando con un golpe violento el teléfono de su despacho.

Durante el decurso de la segunda fase de los dibujos infantiles del Apartamento 13, el mapa de la geografía interna variable del Apartamento 13 empezó a incluir señales de hallazgos de una naturaleza distinta. Para entonces el mapa ya ocupaba muchas páginas de cuadernos infantiles. De acuerdo con las explicaciones que acompañaban a los gráficos, diversos paneles móviles de las paredes cubiertas por cortinas y diversos elementos del mobiliario ocultaban puertas secretas que daban a un sistema secundario de túneles situados en el interior de las paredes. Los túneles

secundarios, de acuerdo con las conclusiones escritas durante el final de esa segunda fase, eran el verdadero medio de transporte entre los diversos niveles y entre los diversos salones del Apartamento 13. Un segundo mapa que se superponía al primero. En ninguno de los sueños del Lucas Giraut prepubescente, según las anotaciones, se producía ningún avistamiento de Lorenzo Giraut en el interior del Apartamento 13. Las señales de su presencia, sin embargo, eran extensamente catalogadas en los dibujos, básicamente en forma de colillas de cigarros puros y abrigos en los percheros.

En la tercera y última fase de los dibujos, mucho más compleja y apenas inteligible, se sugería que los túneles del Apartamento 13 podrían llegar mucho más allá de los límites físicos del edificio corporativo de Lorenzo Giraut, S. L.

RAYMOND PANAKIAN

—Eres un gordo de mierda y un mongolito —dice Juan de la Cruz Saudade desde la puerta del quiosco del centro de Roma donde Aníbal Manta está hojeando tebeos de superhéroes de la editorial Marvel traducidos al italiano. Examinando de cerca las viñetas y tratando de descifrar los diálogos que las acompañan—. ¿Qué clase de hombre de cuarenta años lee esos tebeos para niños? ¿Qué piensa tu mujer de que te pases el día leyendo tebeos? —Saudade hace una pausa y come una cucharada de la tarrina de helado de vainilla y fresa que tiene en las manos, apoyado en el quicio de la puerta del quiosco y bloqueando la entrada con la espalda—. ¿Y de esa barriga que no te deja verte la polla? ¿No se queja cuando no te la puedes encontrar? Aunque supongo que da igual. Supongo que está ocupada cepillándose a los vecinos mientras tú lees tebeos. ¿Todavía se cepilla a los vecinos? —Hace una mueca de burla blandiendo la cucharilla del helado en lo alto—. ¿Qué clase de hombre eres?

Aníbal Manta sigue pasando páginas a toda velocidad. La razón que lo ha llevado a entrar en el quiosco y tratar de leer a toda velocidad los últimos números de todas las colecciones de tebeos de superhéroes Marvel responde a su descubrimiento casual de que las colecciones Marvel italianas llevan varios meses de adelanto con respecto a las colecciones Marvel españolas. Spiderman, los X-Men, los Cuatro Fantásticos. En Italia están haciendo todas las cosas que harán en España dentro de varios meses. La idea es casi demasiado enorme. La vista de Aníbal Manta intenta captar toda la información que puede en el menor lapso de tiempo posible. ¿Cómo ha llegado Peter Parker a tener un nuevo empleo en una cadena de televisión? ¿Y cómo es posible que el Increíble Hulk haya conseguido neutralizar la radiación que le hace volverse verde en los momentos de estrés emocional? Por mucho que se esfuerza, Aníbal Manta no consigue entender ni una línea de los diálogos en italiano. La propietaria del quiosco, una mujer china diminuta y malcarada, observa a Aníbal Manta y a Saudade con la misma cara con que miraría a un par de ratas gigantes que se hubieran metido en su quiosco y se estuvieran zampando las revistas.

—Supongo que yo haría lo mismo —Saudade se termina su tarrina de helado de vainilla y fresa y tira al suelo la tarrina vacía y la cucharilla con expresión distraída— si mi marido fuera un gordo mongolito que no se la encuentra y se dedica a leer tebeos para niños.

Manta todavía está intentando encontrar indicios de cómo lobezno ha terminado en una prisión gubernamental de alta seguridad cuando Saudade le quita el tebeo de las manos. Manta levanta la vista, sorprendido. Saudade se dedica a coger los últimos números de todas las colecciones de la estantería de los tebeos de la editorial Marvel y los deja todos sobre el mostrador del quiosco junto con un billete de cincuenta

euros. La mujer china coge el billete con cara de asco. Saudade recoge el cambio y los tebeos y sale del quiosco.

—¿Qué *coño* haces? —Manta nota que le sube por la cara el rubor que siempre le sube por la cara en los momentos previos a que se materialice en su mente el deseo de romperle la nariz a alguien—. Pensaba que ya habíamos hablado de que respetaras mis cosas. Y mis sentimientos por mis cosas.

Saudade se aleja por la calle del centro de Roma atestada de turistas bajo el sol invernal de media mañana. Manta lo sigue con dificultades. Buscando con la vista los colores blanco y azul del chándal marca Umbro de Saudade. Chocando ocasionalmente con grupos de turistas provistos de sofisticada maquinaria de grabación audiovisual y provocando reacciones irritadas en varios idiomas. En su mente empieza a materializarse el deseo irrefrenable de romperle la nariz a alguien. Aníbal Manta sabe perfectamente, ya que se trata de una de las ideas centrales de su terapia, que la violencia contra los demás que ejerce durante sus ataques de ira es en realidad violencia contra sí mismo nacida de la ira que siente hacia sí mismo. Se trata de la misma idea de uno-mismo-como-peor-enemigo-de-uno-mismo que caracteriza también a muchos de los atormentados superhéroes de los tebeos Marvel, solo que su caso personal parece carecer de toda connotación épica o admirable.

Veinte minutos más tarde, los dos se paran delante del edificio donde está el apartamento de Raymond Panakian de acuerdo con las instrucciones escritas dentro del sobre marrón que les ha dado Bocanegra. Saudade examina la fachada de mármol con artesonados delicadamente restaurados que representan a ninfas en camisa de dormir y angelitos con sobrepeso.

—Pero si es un ricachón de mierda —dice, y se hurga con el dedo un resto de helado que le ha quedado entre los dientes—. Me encanta dar por el culo a los ricachones de mierda.

Saudade y Manta suben las escaleras de mármol que llevan al apartamento de Raymond Panakian y se detienen delante de su puerta. Saudade desabrocha el cierre de la cartuchera que lleva escondida debajo de su chándal blanquiazul marca Umbro. Cierra la mano en torno a la culata de su pistola y llama al timbre. El chándal marca Umbro que lleva Saudade es el chándal oficial de su club de fútbol favorito. Pasa un minuto. Saudade y Manta se miran. Alguien está tocando una melodía clásica en un piano en alguno de los apartamentos vecinos. Manta saca un juego de ganzúas del bolsillo y prueba varias en la cerradura antes de conseguir que se abra. La melodía del piano avanza jovialmente hacia un *allegro* cargado de arpegios. Los dos entran y cierran la puerta con cuidado a su espalda.

—¿Ricachón de mierda? —pregunta Saudade, dirigiéndose al apartamento vacío—. ¿Dónde está usted, señor Ricachón de mierda?

—Ya te he dicho lo que me dijo mi terapeuta —dice Manta—. Sobre cómo me hacen sentir las cosas que me dices. Y cuidado con hacer ruido.

Los dos se sientan en sillones enfrentados en la sala de estar. Saudade abre un tebeo de Spiderman y se pone a hojearlo con expresión distraída. Un reloj de pared más alto que el propio Aníbal Manta llena la sala con su ruido rítmico y vagamente adormecedor. Manta se frota las sienes con los dedos y trata de recordarse a sí mismo la idea de la violencia hacia los demás como máscara encubridora de la violencia hacia sí mismo, nacida de la consideración de sí mismo como alguien incapaz de estar humanamente a la altura de sus contemporáneos. Trata de recordarse a sí mismo la idea de romper la cadena que va del estrés emocional a los ataques de ira y la convicción expresada a menudo por su terapeuta de que él tiene el poder y las herramientas para romper dicha cadena.

—¿Qué son todos esos pósters? —Saudade señala con la cabeza en dirección a la pared que Manta tiene detrás.

Manta se gira y observa los pósters enmarcados, y vagamente familiares a pesar de estar en italiano, que cubren las paredes. Uno de los pósters parece una lista de doce máximas encabezadas por los números del uno al doce.

—Son pósters de Alcohólicos Anónimos —dice Manta al cabo de un momento—. El tipo este se bebía hasta el agua de los floreros hasta que alguien lo metió en un hospital de esos y le giraron la cabeza.

Saudade asiente con expresión neutra y regresa a su lectura. Pasa media hora. Manta reflexiona sobre el hecho de que su terapeuta a menudo le invita a imaginar su poder para romper dicha cadena como un equivalente simbólico a los superpoderes de los superhéroes de los tebeos Marvel que él admira. La verdad es que a Manta no le hace ninguna gracia que su terapeuta mencione su afición a los tebeos de superhéroes durante sus sesiones de terapia. La verdad es que no consigue evitar percibir cierto tono condescendiente y ligeramente burlón en las alusiones de su terapeuta a los tebeos de superhéroes Marvel y en sus intentos supuestamente terapéuticos y bienintencionados de integrarlas personalidades y las funciones simbólicas de ciertos personajes de Marvel en la terapia. Ahora Manta coge un tebeo del montón de tebeos de superhéroes que hay sobre la mesilla y trata de concentrarse en la lectura. Saudade se ha puesto a hablar sobre los inconvenientes en materia de vergüenza y asco que conlleva trabajar con un gordo de mierda que lee tebeos para niños.

—Si no te gusta el fútbol puedes probar con el tenis —está diciendo Saudade, mientras hojea un tebeo del Increíble Hulk. Manta no puede evitar notar que al pasar las páginas Saudade las está arrugando y doblando la cubierta de una forma ciertamente indeseable para el posterior almacenamiento y revisión del tebeo—. Conozco un sitio donde iba a jugar mi jefe cuando yo estaba en la poli. Seguro que te va bien correr un poco. Lo que está claro es que tienes que hacer algo. No puedes ir por ahí con esa pinta. A las tías no les gusta. —Cierra el tebeo y lo enrolla para señalar a Manta de una forma en que ningún amante de los tebeos enrollaría nada remotamente parecido a un tebeo—. ¿Te crees que a una tía le gusta tener un gordo

sudándole encima del culo? ¿O esperar media hora a que el gordo se la encuentre debajo de la barriga? Si yo fuera tú me apuntaría a un gimnasio ya mismo. Puedes venir a mi gimnasio si quieres, pero no le digas a nadie que me conoces. No quiero que la gente crea que tengo amigos sebosos como tú. Ya verás cómo tu mujer deja de cepillarse a los vecinos cuando hayas perdido veinte kilos. No tiene nada malo ser grande. A las tías les gustan los tíos grandes, pero no los gordos. —Se encoge de hombros y tira descuidadamente el tebeo con los demás tebeos que hay amontonados en la mesilla—. Yo voy cada semana a que me den masajes. En el mismo sitio adonde va mi mujer. La tía está loca por mí. La de los masajes, no mi mujer.

La razón por la que Aníbal Manta no se ha apuntado nunca a ningún gimnasio, a pesar de haber acariciado la idea en diversas ocasiones cuando era más joven y de haber llegado incluso a la puerta de alguno, es el temor a ser el objeto de las burlas y del ridículo del resto de clientes indudablemente esbeltos y atractivos del gimnasio. En términos de su avance/retroceso terapéutico, las burlas y el desprecio a diario parecen pesar bastante más que la reducción de su barriga. Que tal vez nunca se produzca de forma eficaz. El piano que suena en algún apartamento cercano está tocando una melodía que recuerda poderosamente a la música que suena en esas escenas de las películas de terror en las que está a punto de suceder algo terrible para la integridad física de sus protagonistas. Manta se seca el sudor de la frente con un pañuelo. Le gustaría encontrar alguna forma decididamente no violenta y por tanto no negativa en términos terapéuticos de decirle a Saudade que cierre la *puta* boca de una *puta* vez.

—Es como este tío —está diciendo Saudade, señalando a un personaje de una viñeta de un ejemplar en italiano de los Cuatro Fantásticos—. ¿Por qué *coño* es azul este tío? Menúda chorrada. ¿Alguna vez has visto a un tío azul por la calle? Y este otro.

Suelta un soplando de burla, señala a otro personaje de otra viñeta—. Este tío está todo hecho de ladrillos. Y lleva calzoncillos. Eh —examina la viñeta con atención y suelta una risita—, este tío hecho de ladrillos se parece a ti. ¿Has visto?

Tal como sabe muy bien Aníbal Manta, o cualquiera que trabaje en la misma línea profesional que Aníbal Manta, las únicas formas realmente eficaces de ataque personal son aquellas que no van precedidas de ninguna clase de aviso ni maniobra previa que pueda dar ninguna pista sobre las intenciones del atacante. Es por eso por lo que la secuencia de acontecimientos que tiene lugar a continuación en la sala de estar llena de pósters de Alcohólicos Anónimos del apartamento de Raymond Panakian en el centro de Roma es como sigue:

1. Aníbal Manta se levanta de su sillón y se inclina sobre la mesilla llena de tebeos;
2. Aníbal Manta le rompe la nariz de un puñetazo a Saudade;

3. Saudade se queda mirando a Manta con esa cara de perplejidad con que mira la gente a quien le acaban de romper la nariz tan deprisa que no ha tenido tiempo de hacer nada, y
4. un chorro de sangre sale de la nariz rota de Saudade.

Los dos están todavía así, de pie el uno frente al otro, Manta acariciándose los nudillos y Saudade mirándose el chándal blanquiazul empapado de sangre, cuando se abre la puerta del apartamento y en el umbral aparece Raymond Panakian. Con sus gafas de pasta y su jersey de cuello de cisne. Con su cara angulosa y su aspecto de ajedrecista del Bloque del Este que acaba de fugarse de su país para refugiarse en el mundo capitalista.

Panakian se queda mirando a los dos desconocidos que están respectivamente sangrando y acariciándose la mano en su sala de estar. Los dos desconocidos se lo quedan mirando a él. A Panakian se le caen al suelo las dos bolsas de la compra que lleva en las manos. Se oye un ruido de huevos rotos. Manta y Saudade sacan sus pistolas exactamente al mismo tiempo y lo encañonan. Panakian levanta las manos.

VENUS CON ESPEJO

La galería comercial de Hannah Linus está situada en una manzana anónima de la parte alta de la ciudad, encajada entre bloques de oficinas, sedes bancarias y edificios corporativos. A Hannah Linus le trae sin cuidado el papel contemporáneo de los artistas y las galerías como colonizadores y regeneradores de barrios degradados. Igual que le traen sin cuidado el resto de modas y tendencias del mundo del arte. De hecho, está absolutamente orgullosa de los beneficios económicos que le ha reportado el no prestar atención nunca a ninguna tendencia. Tal como ella lo ve, se trata de uno más de esos actos de liberación que le han permitido asumir el control total de su vida y acercarse gradualmente a ser la persona que tiene claro que quiere ser. Como cuando abandonó a su primer y único novio en la época del instituto. O como cuando a los diez años de edad decidió apostatar de la religión de sus padres y le escribió una carta de seis folios al obispo de Upsala detallando las razones de su decisión. Ofreciendo argumentos en contra de la existencia de Dios y manifestándose decepcionada por todas las horas que había perdido hasta entonces en su parroquia.

Además de su rechazo a esos elementos superfluos que perjudican la eficiencia de una empresaria del mundo del arte, Hannah Linus considera que otro de sus talentos es la meticulosidad. En una mañana de trabajo normal, dedica cinco horas a sus obligaciones al frente de la galería con una pausa de una hora para hacer su tabla de ejercicios. Su despacho acristalado del piso superior de la galería ha sido diseñado para optimizar la productividad. La cantidad de luz es la apropiada. La temperatura permanece constante. No hay fuentes de distracción. Todas las llamadas son escrupulosamente filtradas, incluso las de índole personal. O lo serían si Hannah Linus recibiera llamadas personales. Pero lo esencial, aquel elemento de su procedimiento que Hannah Linus destacaría si tuviera que destacar algún rasgo esencial, es el hecho de que nadie la interrumpa. Toda la mecánica de trabajo de la Galería Hannah Linus está orientada a que los empleados no la molesten salvo en casos inevitables.

Es por eso por lo que esta mañana, cuando oye que alguien está llamando a la puerta de cristal de su despacho acristalado y levanta la vista de su ordenador, solamente le hace falta ver la cara preocupada de Raquel para comprender que algo va a interrumpir el buen funcionamiento de las cosas. Que algo va a violar su precepto sagrado de no ser molestada por sus propios subordinados.

Hannah Linus hace una señal a Raquel para que entre. Raquel es su ayudante administrativa. A la que tiene en tan poca estima profesional como al resto del personal local. Hannah Linus considera que los trabajadores locales son poco fiables,

carentes de iniciativa y propensos a distraerse. Si no fuera por las dificultades técnicas del proceso, no le importaría traerse a todos sus empleados de Suecia.

Raquel entra en el despacho y mira a Hannah Linus, amedrentada. Infundir en ellos respeto a través del miedo parece ser una de las pocas tácticas que dan resultado con el personal local de la galería.

—¿Y bien?

Hannah Linus se dedica a dar golpecitos rítmicos con su bolígrafo sobre la superficie de la mesa. La forma en que mira a su ayudante administrativa no solamente transmite irritación por el hecho de haber sido molestada, sino también la convicción serena y absoluta de que, sea cual sea el motivo de la interrupción, no es un motivo válido. Decide también examinarla de arriba a abajo con una ligera mueca de desaprobación. Esa es otra de las formas que tiene Hannah Linus de mantener el control sobre sus empleadas femeninas. Elegir empleadas menos atractivas sexualmente que ella. Hannah Linus es alta y esbelta y rubia, mientras que Raquel es poco atractiva de esa forma en que a Hannah Linus le parecen poco atractivas las mujeres españolas: como si las hubiera hecho alguien poco hábil que intentara imitar un modelo de belleza correcto. Como bocetos fallidos de mujeres moderadamente guapas. Y encima con ropa barata.

—Perdone que la moleste. —Mientras habla, Raquel se dedica a enrollarse un rizo de pelo castaño en torno al dedo índice—. Pero hay un hombre abajo. En la galería, quiero decir. No es que esté haciendo nada malo, pero a mí no me parece normal. Ni tampoco al guardia de seguridad. Es un poco raro, la verdad.

Hannah Linus se la queda mirando fijamente.

—No estoy segura de entenderlo —dice.

Raquel continúa enrollándose el rizo de pelo en torno al dedo. Podría ser un gesto de naturaleza nerviosa. En cualquier caso, Hannah Linus siente un deseo urgente de darle una bofetada y decirle que deje de hacerlo.

—Bueno —dice la ayudante—. ¿Se acuerda del mes pasado cuando se nos coló aquel tipo que se sentó en medio de la galería y dijo que era un artista y que el hecho de sentarse era una acción artística y no sé qué más y al final tuvimos que llamar a la policía? —Se encoge de hombros—. No estamos seguros de qué le pasa a este. A lo mejor no le pasa nada. Pero es un poco sospechoso.

Hannah Linus suspira. Se mira el reloj de pulsera. Faltan seis minutos para su pausa. Supone que puede parar ahora, solucionar la situación, hacer sus ejercicios y recuperar los seis minutos después de la hora del cierre. Echa un último vistazo intencionadamente desaprobatorio al cuerpo y la indumentaria de Raquel y se pone de pie.

Juan de la Cruz Saudade está en la galería, plantado de pie delante de un óleo de la escuela de Bellini. Sosteniéndose la barbilla con una mano y el codo con la mano contraria. Con el ceño fruncido. Como una de esas representaciones estereotipadas de los visitantes de las galerías de arte que uno encuentra en las tiras cómicas de los

suplementos dominicales. Hasta lleva unas gafas sujetas a una cadenilla que le rodea el cuello.

Hannah Linus se reúne al pie de las escaleras con Raquel y con el guardia de seguridad de la galería. Mira primero a su ayudante, después al guardia y por fin a Saudade.

—¿Y bien? —Cruza los brazos en gesto irascible—. ¿Qué pasa? Yo no veo nada extraño. No está haciendo nada.

—Ese es el problema —dice el guardia—. Lleva así casi treinta y cinco minutos. Delante del mismo cuadro. En la misma posición. Le juro que no ha movido ni un músculo. —El guardia niega con la cabeza—. Yo creo que es otro tarado como el del mes pasado. Está esperando a que llamemos a la policía para poder salir en el periódico.

Hannah Linus nunca ha sido una mujer que tenga reparos o miedo de ninguna clase a la hora de asumir el control de las situaciones. Ni siquiera de las situaciones potencialmente extrañas o incómodas. Ya en sus años de estudiante en Suecia podía ver esa y otras peculiaridades de su carácter reflejadas en las caras de los demás. Expresiones faciales donde el miedo se mezclaba con el respeto y la incertidumbre. Y la forma vagamente entrecortada en que la gente se dirigía a ella. Aquellas reacciones a su persona nunca la incomodaron. Aunque significaran que estaba condenada a quedar excluida de los círculos de amistad y camaradería que veía a su alrededor. Pero era el precio a pagar por ser quien era, se decía a sí misma. Por obtener las mejores notas. Por ser la hija ideal o la trabajadora del mes de todos los meses. Y era en las situaciones complicadas cuando los demás se echaban atrás y ella podía dar un paso orgulloso adelante y refulgir en toda su magnificencia. Hannah Linus de Upsala. La reina absoluta del Mundo de Hannah Linus.

Ahora descruza los brazos y atraviesa la galería. Observada por los óleos que integran la exposición de óleos del siglo XVI. Algunos de los personajes cortesanos o campesinos o figuras mitológicas que pueblan los óleos parecen mirarla con expresiones amedrentadas mientras ella cruza su propia galería con el ceño fruncido.

—Buenos días —le dice a Juan de la Cruz Saudade cuando llega a su lado—. ¿Ha consultado ya nuestro catálogo de precios?

Saudade se la queda mirando con cara de sorpresa divertida. Durante un momento se quedan los dos así, mirándose entre ellos, él mirando ligeramente hacia abajo y ella mirando ligeramente hacia arriba debido a su diferencia de estaturas. Saudade lleva traje negro por encima de una camisa salmón de Prada For Men y el pelo engominado a lo largo de su cráneo perfecto. Hannah Linus siente una especie de hormigueo muy suave en el vientre.

—Una preciosidad —dice Saudade. Después se quita las gafas sujetas con una cadenilla y se introduce una patilla de las mismas entre los labios en gesto coquetamente reflexivo. Sus labios son grandes y carnosos y están flaqueados por sendos surcos perfectamente simétricos que constituyen el elemento facial más

sexualmente atractivo de Saudade a decir de una mayoría significativa de sus amantes pasadas—. Me refiero a ella, claro. —Señala el cuadro con la patilla de las gafas. Sonríe—. Algo incomparable. Ejem, fascinante —dice después de una pequeña vacilación.

Hannah Linus mira el cuadro. Es una Venus frente al espejo de la escuela de Bellini. Una pieza francamente menor hasta en una exposición de poca monta como esta. Seleccionada para hacer bulto y debidamente colocada al lado de la puerta para dar la impresión de que las paredes están llenas sin llamar demasiado la atención. La Venus se está mirando en el espejo con cara de aburrimiento, junto a una ventana abierta que muestra un paisaje rural tal como dictaban las convenciones de la época. Su cuerpo pálido y celulítico está desnudo salvo por la sábana vaporosa y antinaturalmente retorcida que cubre sus partes sexuales.

—¿Cómo explicarlo? —Saudade frunce los ojos—. La tía está en bolas y está claro que está buena. —Se encoge de hombros—. O debía de estarlo en su época. Y sin embargo, eso no es lo importante. No es como cuando ves a una tía en bolas en una peli porno. No sé si me entiende. Esto es un rollo más... —hace una brevísima pausa para dar énfasis a la palabra— artístico.

Hannah Linus se queda mirando a Saudade. Durante un segundo parece que va a decir algo. Luego su mirada se desvía hacia el extremo opuesto de la sala donde Raquel y el guardia de seguridad la están mirando con expresión interrogativa. Después vuelve a mirar a Saudade.

—¿Es suya la galería? —dice Saudade. Mirando otra vez el cuadro. Con la misma media sonrisa—. Eso está muy bien. A mí me gusta mucho el arte. Podría pasarme horas mirando los cuadros y todo eso.

Hannah Linus parece confundida. El hombre no parece en absoluto amedrentado por la presencia de ella, ni tampoco por el tono de voz con que lo ha interpelado. Un tono que ella ha ido perfeccionando a lo largo de los años y que en su estadio actual solamente puede definirse con precisión mediante analogías relativas a ciertos metales pesados. En la cara del hombre no se refleja ninguno de los rasgos de su personalidad que ella suele ver reflejados en las caras ajenas. El hombre se dedica a contemplar el cuadro y cuando la mira a ella lo hace con una especie de conciencia de superioridad infinita. De autoconfianza divertida. Con una expresión tan abiertamente insultante que Hannah Linus no puede evitar sentirse intrigada. Y luego está la cara del hombre, y su cuerpo. El hombre es tan alto y esbelto y sexualmente atractivo que resulta muy difícil no mirarlo. Aun con su traje y sus gafas y su revestimiento impecable de civilización, el hombre suscita en la mente de ella imágenes extraordinariamente nítidas de brutalidad y ausencia de civilización y sexo violento y genitales grandes y poderosos. Hannah Linus se seca una gota de sudor de la frente. Vuelve a mirar en dirección a su ayudante administrativa y después mira a Saudade.

—¿Está usted interesado en comprar esta Venus? —le dice.

Saudade se la queda mirando con cara de no entender.

—Me refiero al cuadro —dice ella.

Saudade frunce un poco el ceño. Hannah Linus puede ver la punta de su lengua jugueteando con la punta de la patilla de sus gafas. La mente de Hannah Linus se llena de imágenes extrañas.

—No lo sé —dice por fin Saudade—. Estos cuadros están bien, pero en general me gustan más los cuadros que están en sitios más tranquilos. En sitios discretos donde no los puede ver nadie.

Hannah Linus asiente.

—Creo que tengo lo que usted quiere.

Veinte minutos más tarde, Hannah Linus está gateando por el suelo del almacén de la galería, recogiendo una por una las prendas de su indumentaria de trabajo. Toda la luz del almacén viene de unos tubos de neón de bajo consumo que le dan al espacio un aspecto triste y vagamente peligroso. Como de película ambientada en una nave espacial donde un intruso no humano se dedica a diezmar lentamente a la tripulación. Después de buscar por toda la sala, encuentra lo que queda de sus bragas detrás de un radiador de la calefacción. Las sostiene en alto y se las queda mirando con cara vagamente melancólica. El pedazo más grande todavía podría ser identificado con unas bragas por alguien con una buena capacidad indagatoria. Después arruga la nariz como alguien que acaba de notar un olor que no debería estar donde está.

—No se puede fumar aquí dentro —le dice a Saudade, que está acostado con aire complacido encima de un montón de cartones y láminas de embalado con burbujas de plástico—. El humo estropea los cuadros. Y vas a hacer que salten las alarmas.

Saudade deja caer la ceniza de su cigarrillo en la palma ahuecada de su mano y da otra calada larga con esa media sonrisa poderosamente insultante que parece ser su expresión por defecto. La configuración natural de sus rasgos. En la postura en que está acostado encima de los cartones, Hannah Linus tiene la extraña sensación de que su pene la está observando. El pene de Saudade, tal como ella puede verlo ahora, es como un animal vagamente enroscado sobre sí mismo que descansa después del acto sexual sin dejar de vigilarla. A Hannah Linus le producen a menudo esa misma sensación los penes de los hombres con los que acaba de tener relaciones sexuales. No se puede decir que sea una sensación que le guste particularmente. El pene de Saudade no es exactamente del mismo color que el resto de su cuerpo. La piel de Saudade es de un color tostado que recuerda al pan negro y a pescadores bajo el sol, mientras que su pene es de un color enfermo que hace pensar en animales sin piel que salen reptando de su cascarón.

Hannah Linus empieza a vestirse. Dando la espalda a Saudade. Su cuerpo desnudo es la perfecta contrapartida a su cuerpo vestido. Sin un gramo de grasa. Musculoso sin perder el grado deseable de feminidad. Con las piernas fuertes y la cintura fina y unos pechos beligerantemente proyectados hacia arriba. Es la naturaleza esencialmente puntiaguda de sus pechos y su orientación ascendente lo

que les confiere un aire balístico y rotundamente agresivo. Una pieza atávica de armamento.

—Esto ha sido una estupidez —dice, poniéndose la falda de su traje chaqueta corporativo—. Un episodio muy desafortunado. Te agradecería que te marcharas por la salida de incendios y que no volvieras a la galería. No quiero que mis trabajadores me pierdan el respeto. Si quieres comprar algún cuadro, cómpralo por teléfono. — Estira los brazos para cerrarse el broche del sujetador por detrás de su propia espalda. Después se encoge de hombros—. Aunque sinceramente, tal vez deberías dedicar tu dinero a otra cosa.

El silencio de su interlocutor le hace girar la cabeza hacia el lugar donde el hombre está acostado sobre su cama de cartones. Hay algo extraño en la cama de cartones. Algo no tan ridículo ni grotesco como genuinamente inquietante. Algo que hace pensar en santos desnudos y en imágenes martirológicas. El pene de Saudade se despereza con un estiramiento remolón y se yergue para mirarla cara a cara. Hannah Linus se detiene en medio del gesto de ponerse la blusa. En alguna parte del almacén se oye el chasquido de un dispositivo automático. Hannah Linus se sorprende dando un par de pasos vacilantes hacia Saudade. El pene la mira, divertido. Ella se agacha lentamente. Sobre su cabeza cae la lluvia fina de los aspersores del sistema antiincendios.

Mundo maravilloso de Stephen King Capítulo 17

Chuck Kimball abrió la puerta de la cocina, asomó la cabeza con cautela y por fin salió al jardín trasero. Cerró la puerta tras de sí y cruzó el jardín hacia el cobertizo intentando aparentar naturalidad.

Debajo de la gorra de los Red Sox llevaba una capa doble de amianto. Había doblado las capas de amianto de las persianas y del techo falso y ahora, mientras caminaba por el jardín intentando que los nervios no le traicionaran, una parte del revestimiento interior de la gorra le asomaba por la parte de detrás de la cabeza. Tenía suerte de que Ellos no tuvieran muy buena vista. El amianto, sin embargo, no podía protegerlo eternamente.

Llegó a la puerta del cobertizo. Intentó no mirar por encima del hombro mientras introducía la llave en el candado y descorría el cerrojo. Abrió la puerta mosquitera revestida de amianto y después retiró la barra de hierro que bloqueaba la cerradura interior. Los cabrones olían el miedo, se dijo. Y nada más recordárselo se arrepintió de haberlo pensado, ya que un escalofrío le recorrió la espalda desde el cuello hasta la rabadilla.

Una vez dentro del cobertizo, echó un vistazo a su alrededor. Todo estaba tal como lo había dejado unas horas antes, se dijo para tranquilizarse. El ordenador estaba cuidadosamente desenchufado y tapado con láminas de amianto, igual que la

estación de radio. Después del episodio de la semana anterior, era perfectamente consciente de que Ellos podían meterse de alguna manera dentro de los ordenadores y hacerlos funcionar a pesar de que no estuvieran conectados a Internet o incluso cuando no estaban enchufados a la corriente. Probablemente ya tenían controlada toda la red, igual que las cadenas de televisión y todo lo demás.

Caminó hasta el calendario y arrancó la página correspondiente al 10 de enero. Hacía exactamente seis días y diez horas desde su última y aterradora conversación por teléfono con su hijo. ¿Cuánto tiempo le quedaba? La camioneta estaba prácticamente preparada para emprender el viaje hacia el sur. La capota entera había sido revestida de una capa de amianto y después tapizada. El doble fondo estaba casi terminado debajo de los asientos e incluía compartimento para víveres, depósito de agua potable y un escondrijo para armas y municiones. El sistema de posicionamiento por satélite, aunque probablemente útil dadas las circunstancias, había sido desinstalado por los peligros que entrañaba.

Consultó su reloj. Faltaban dos horas para el anochecer. Cuando oscureciera sería el mejor momento para partir. Unos cuantos retoques y todo estaría listo. Por fuera, el coche tenía el aspecto de una camioneta familiar normal y corriente. Con la mascota de los Red Sox colgada encima de la guantera y balanceando su bate en las manos. La parte de atrás seguía ligeramente despintada allí donde la camioneta había topado con el coche de Clarissa.

Tenía planeado hacer el viaje sin ninguna clase de escalas. Aquello podía ser un problema, ya que había pasado otra noche en blanco trabajando en preparar el coche y aquella mañana apenas había podido conciliar el sueño abrazado a su escopeta entre las sábanas revueltas de la cama. Le quedaban varias tabletas de Adderall y una caja entera de Ritalin de su incursión en la farmacia, pero al ritmo que llevaba las existencias de dexedrina no le durarían más que un par de días. No dejaba de resultar gracioso que el hecho de haber protagonizado aquella recaída gradual a los peores hábitos de su Año Negro fuera ahora el menor de sus problemas.

Abrió la portezuela de la camioneta y se sentó en el asiento del conductor. Encendió un cigarrillo y mientras expulsaba una nube de humo con los ojos entrecerrados sacó el equipo de estéreo de la guantera. Cortó los cables con unas tenacillas y después se dedicó a sacar con un cuchillo de monte la parte que iba incrustada en la guantera. Aunque no tuviera intención de encenderla en todo el viaje, la radio era un riesgo demasiado grande.

No había pensado qué explicación podía dar si lo paraba la policía en la carretera. Aquel era uno más de los peligros del viaje. El mero hecho de hablar con la policía constituía una idea aterradora, ya que Chuck no estaba del todo seguro de si Ellos podían leer la mente. La forma en que actuaban sugería que todas sus mentes estaban conectadas entre sí, pero no había forma de saber si también tenían acceso a los pensamientos de alguien aparentemente inmune como él.

Tiró los restos del equipo de estéreo del coche dentro de la lata y los roció con gasolina. Estaba a punto de tirar la colilla de su cigarrillo a la lata cuando un ruido lo hizo detenerse en seco. Al principio no lo pudo identificar. Era como un zumbido entrecortado e insistente. Difícil de precisar por culpa del revestimiento de amianto del cobertizo que actuaba como insonorización. De repente se quedó paralizado. ¿Qué podía ser aquello más que el timbre? ¡El timbre de su casa! Durante un momento que pareció extenderse una eternidad, permaneció inmóvil frente a la lata con la colilla en la mano. No podía moverse en absoluto. Entretanto, el timbre seguía sonando con insistencia aterradora. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba sonando cuando por fin se acercó a la ventana del cobertizo con las piernas temblorosas.

Apartó la cortina solamente un par de centímetros y miró con el ceño fruncido la figura menuda y gordezuela iluminada por la lámpara del porche de su casa. Era la señora Kopinski. Tenía un plato en una mano cubierto con una especie de paño y con la otra mano pulsaba una y otra vez el timbre.

Su cara era lo más aterrador de todo.

Una cara completamente vacía de expresión. Que simplemente miraba al frente sin pestañear. Como todas las caras de Ellos cuando no eran conscientes de que alguien los estaba mirando. Unas caras que hacían pensar en máquinas desconectadas.

Chuck levantó una de las ventanas traseras del cobertizo con mucho cuidado de no hacer ruido. Dio gracias a Dios por haber engrasado todas las ventanas hacía menos de tres meses, cuando volvió a su casa vacía después de ser dado de alta de la clínica y decidió usar aquella clase de tareas domésticas como ejercicio de disciplina. Salió por la ventana y saltó la cerca del jardín de los Carrington. Menos de dos semanas atrás, antes de la desaparición de todos los animales del vecindario, habría sido incapaz de hacer aquello sin que se le tiraran encima los dos retrievers de sus vecinos.

Gateó junto a la cerca con cuidado de no ser visto desde el porche, aunque sabía que la lámpara quedaba ahora justo entre la señora Kopinski —o lo que fuera que ahora ocupaba el cuerpo de la señora Kopinski— y el sitio donde él estaba. Después echó a correr entre los árboles y un minuto más tarde apareció caminando por la acera. Tenía la cara cubierta de sudor y dos manchas oscuras y redondas debajo de los brazos, además de que el corazón le latía desbocado por la tensión y las dextrinas, pero confiaba en que la capa de amianto de la gorra lo protegiera en la medida de lo posible.

—¡Señora Kopinski! —dijo en el tono más jovial que pudo cuando sus pasos fueron audibles desde el porche y la señora Kopinski se giró para mirar con una mueca alerta en la cara—. ¿Qué la trae por aquí a estas horas?

Incluso él mismo se avergonzó de lo artificial que había sonado aquello. La señora Kopinski, sin embargo, se limitó a esbozar una de aquellas sonrisas. Aquellas

sonrisas imposiblemente entusiastas y joviales que ahora lo rodeaban cada vez que salía a la calle. Sin embargo, fuera lo que fuera que estaba sucediendo, aquello era distinto. Intentó calcular cuánto tiempo había tardado en salir del cobertizo, dar la vuelta a la propiedad de los Carrington y aparecer por la esquina de la calle. La señora Kopinski —aquella cosa que se parecía demoníacamente a la señora Kopinski—, llevaba por lo menos quince minutos con el dedo en el timbre de su puerta. Aquella no era una de las visitas de rutina que Ellos llevaban a cabo.

Algo estaba pasando. Tal vez algo en su conducta los había alertado. Chuck no consiguió reprimir un escalofrío.

—Te he traído un buen pedazo del pastel de carne de la señora Kopinski, Charles —dijo aquella cosa que había frente a su puerta, con la misma sonrisa imposiblemente jovial—. Eso es lo que he venido a hacer. El señor Kopinski no se ha terminado su parte y yo tengo que cuidar mi peso. —Soltó una risita siniestramente cacareante—. Y he pensado en ti, hijo. Últimamente se te ve algo flaco. Y no queremos gente flaca en el vecindario. —Su expresión cambió de repente. Sin dejar de sonreír, algo en su mirada se volvió amenazante—. No queremos tener gente desastrada en el vecindario.

En algún lugar del fondo de su mente, Chuck no pudo dejar de percibir la ironía de aquello. Antes de que las cosas empezaran a cambiar y todo el mundo a su alrededor empezara a actuar como los personajes de una película de Frank Capra, la señora Kopinski siempre se había esforzado en dejar bien clara su antipatía hacia él en concreto y hacia el resto de su familia. Ya fuera reprendiendo a Ollie con sus graznidos cada vez que este salía al jardín a jugar a baloncesto, o bien mascullando en voz baja y negando con la cabeza malhumoradamente cuando se cruzaba con él o con Teri en el centro comercial, aquella vieja arpía parecía decidida a dejar bien claros sus sentimientos hacia la familia entera. Y no hacía falta decir que se habría dejado cortar los dos brazos antes que traerle un trozo de pastel de carne sobrante de la cena.

Chuck subió los escalones del porche, se secó el sudor de la frente con la manga y cogió el plato con el pedazo de pastel que le tendía la mujer.

—No tendría que haberse molestado —dijo Chuck en tono nada convincente, cada vez más alarmado por aquella presencia en su porche. Con el rabillo del ojo le pareció ver al señor Kopinsky saludando con la mano desde una de las ventanas de la casa de enfrente—. Pero se lo agradezco, claro.

Hubo un momento de silencio tenso, muchísimo más tenso si uno se paraba a pensar en lo que podía estar pasando. Chuck carraspeó y abrió la puerta mosquitera.

—Bien, supongo que es tarde —dijo.

La señora Kopinski no se movió. Chuck intentó decidir qué podía hacer. No llevaba encima ninguna arma porque sabía que Ellos tenían formas de darse cuenta de aquellas cosas. Por si fuera poco, la forma en que aquella anciana sonriente lo estaba

mirando ahora daba la impresión de que sabía perfectamente todo lo que le pasaba por la cabeza.

—¿Quiere pasar a tomar una taza de té? —dijo, consciente de que su tono sonaba desesperado. Tenía la vaga sensación de estar siendo observado desde detrás de todas las cortinas de la calle.

La señora Kopinski recibió la invitación ensanchando todavía más su sonrisa.

Las luces del interior de la casa estaban apagadas, lo cual no impidió que la anciana se detuviera un momento delante de la puerta de la sala para echar un buen vistazo en la penumbra antes de entrar en la cocina. Chuck sintió que el pánico lo atenazaba. Sabía muy bien lo que la mujer estaba mirando. Casi todos los muebles de la sala de estar habían sido retirados al sótano para dejar sitio a la mesa enorme donde estaban todas sus maquetas de edificios famosos. El trabajo de una semana entera de esconder sus pensamientos. Algo empezó a cambiar en la expresión de la señora Kopinski. Sus facciones parecieron endurecerse. ¿Era posible que alguno de Ellos hubiera dado ya la alarma al descubrir el robo en la tienda de maquetas? Chuck recordó lo que le había dicho la mujer del sótano acerca de mantener la mente vacía cuando Ellos estaban cerca. Mientras llenaba el hervidor y lo ponía en el fuego, se dedicó a repasar mentalmente las tablas de multiplicar.

El hervidor pareció tardar una eternidad en empezar a silbar. Chuck ya estaba terminando la tabla del nueve y se disponía a volver a empezar cuando retiró el hervidor del fuego y reparó en el reflejo de la señora Kopinski en la ventana de la cocina. Estaba de pie frente al cubo de basura, de nuevo con aquella expresión vacía. ¿Qué estaba mirando? Chuck se dio la vuelta. Y entonces lo vio. La señora Kopinski estaba mirando las cajas vacías de los modelos de las maquetas amontonadas en el cubo de la basura de la cocina. Y entonces lo comprendió. Era demasiado tarde para continuar con la farsa. Lo habían descubierto.

Sin dejar que la idea consciente de lo que estaba a punto de hacer le ocupara la mente, Chuck golpeó a la señora Kopinski en la cabeza con el hervidor. La mujer se tambaleó. Volvió a golpearla una, dos veces más, hasta que la mujer retrocedió un par de pasos bamboleantes y por fin se desplomó sobre la encimera con la cara llena de sangre y una especie de abolladura horrible en la frente.

Un dolor intenso en las sienes lo dejó instantáneamente aturdido. Ellos lo estaban viendo. Lo estaban escuchando. La mente colectiva estaba sintonizada en aquel preciso momento con la cocina de la casa de Chuck. Y él la notaba dentro de su cabeza. Como un grito de furia.

No había tiempo que perder. Salió corriendo de la casa y entró en el cobertizo por la ventana todavía abierta. Por el rabillo del ojo pudo ver a la gente saliendo de sus casas. Entró en la camioneta y le dio la vuelta a la llave del contacto. Pisó el acelerador a fondo y embistió el portón de madera, que estalló con un crujido tremendo. La camioneta salió a la calle en medio de una lluvia de trozos de madera.

Mientras conducía calle abajo, tuvo tiempo de ver algo. Algo que volaba sobre los tejados del vecindario. Algo demasiado bajo y demasiado lento para ser una avioneta. Pisó el acelerador a fondo y giró por Main en dirección a las afueras del pueblo.

SEGUNDA PARTE

«Y EL SOL SE PUSO NEGRO COMO UNA TELA DE SACO»

UN PASO DE MÁS

Pavel se mira en el espejo demasiado bajo y demasiado pequeño que hay encima del lavabo de su celda penitenciaria diseñada para cuatro presos y ocupada en la actualidad por ocho. La textura de sus rastas es ciertamente satisfactoria, pero la longitud no. Sus rastas ahora tienen la longitud de las rastas de Bob Marley en 1973, cuando grabó su tema «I Shot the Sheriff» y salió fumando un canuto gigante en la portada de *Catch a Fire*. Es decir, unas rastas que todavía desafían la gravedad y se extienden leoninamente en todas direcciones, de esa forma que si alguien las ve de lejos y sin prestar mucha atención puede llevarse la impresión de que sus rastas en realidad son un afro. El tipo de rastas que Pavel quiere conseguir son esas rastas que caen en cascada por la espalda y parcialmente contenidas por un gorro de lana que Marley empezó a llevar hacia finales de los setenta, en la época de *Exodus*. A Pavel le exaspera lo despacio que le crecen las rastas. Tiene una idea muy precisa de cuál quiere que sea su imagen personal en términos de estética rastafariana y no tiene ganas de que su estúpido cuero cabelludo le estropee esa imagen.

—Este espejo es para enanos —dice en ruso, arrugando la cara y mirando su cara en el espejo—. Y para gente que tiene la cabeza demasiado pequeña. Y está roto.

Además de Pavel, en su celda viven seis ecuatorianos con bandanas en la cabeza y un tipo de Minsk que está encerrado por incendiar el retrete del propietario de un restaurante con el propietario del restaurante dentro. La forma de encajar a ocho presos en una celda originalmente diseñada para cuatro responde a un ingenioso sistema institucional consistente en colocar camas plegables por todas aquellas áreas de la celda que no son indispensables para el tránsito. El tipo de Minsk asoma la cabeza desde su litera, donde está leyendo una novela pornográfica en ruso procedente del contingente de novelas pornográficas en ruso que circulan en la biblioteca de la penitenciaría, y echa un vistazo a Pavel.

—No me extraña que te hayan dejado tirado aquí para que te pudras —le dice a Pavel el tipo de Minsk. Con su acento bielorruso que a Pavel siempre le hace pensar en granjeros con la cara tostada por el sol—. Eres el coñazo más grande que he visto en mi vida. Esto es la *puta cárcel*, no un hotel de cinco estrellas. Me gustaría ser como estos y no entender el ruso. —Señala con su novela pornográfica al grupo de ecuatorianos con bandanas en la cabeza, que están sentados a una mesa plegable al otro lado de la celda y apostando billetes enrollados a las cartas—. Se nota que nunca has estado en la cárcel en Rusia. Voy a pedir que me envíen a mí a aislamiento.

Pavel contempla en el espejo el resto de su aspecto, la camiseta promocional de The Wailers y los pantalones de chándal negros, y lo juzga satisfactorio. Lo que más le gustaría a Pavel ahora mismo es darle dos ostias al tipo de Minsk. A Pavel le

resulta difícil conciliar las enseñanzas de la filosofía rastafariana con gente como el tipo de Minsk. Sabe que un verdadero rastafari vive por la gente y con la gente en un amor universal. Sabe que el rastafari tiene que trabajar bíblicamente, universalmente y espiritualmente por la redención de la humanidad. Y sin embargo, cada vez que se encuentra con un representante de la humanidad, todos los conceptos universales se derrumban. Alguien golpea la puerta de la celda desde fuera y los elementos principales del interior se recolocan a toda prisa. Los ecuatorianos de las bandanas guardan sus billetes enrollados y sus cartas en diversos tipos de bolsillos, cajones y escondites de la celda. El tipo de Minsk mete su novela pornográfica en ruso debajo del colchón de su litera y se pone las manos detrás de la cabeza en esa especie de signo corporal universal que representa el acto de «descansar» de toda actividad. Pavel se da la vuelta y mira cómo se abre la puerta.

Hay dos guardias en la puerta. El que acaba de abrir la puerta mira primero a un lado en dirección al grupo de ecuatorianos con bandanas. Ahora que no hay cartas ni billetes enrollados a la vista, los ecuatorianos se limitan a estar sentados a la mesa con las manos encima de la mesa. O bien a estar de pie con las manos en los bolsillos. Mirando a ninguna parte. Mostrando abundantes signos corporales de inactividad. Tal como han quedado desplegados por la celda, los ecuatorianos dan la impresión de estar posando para una de esas fotografías colectivas de celebridades de Hollywood. O una de esas fotografías de grupo que se hacen las bandas de música pop. El guardia mira al otro lado, en dirección al lado rusófono de la celda.

—Felicidades, Bob Marley —le dice a Pavel—. Ha venido a verte tu novio el de la pasma. —Hace girar el manajo de llaves que tiene en la mano con expresión distraída—. Hay que ver cómo te quieren los de la pasma.

—A mí no me parece tan guapo. —El otro guardia examina a Pavel con expresión calculadora—. No sé por qué los polis le quieren tanto.

Al oír esto, los gestos corporales de inactividad de los ecuatorianos de las bandanas se transforman en gestos corporales de desprecio penitenciario. Uno de los ecuatorianos escupe en el suelo de la celda. Pavel se deja esposar, sale al corredor escoltado por los guardias y echa un último vistazo a su litera con expresión casi nostálgica.

—No vuelvas —le dice el tipo de Minsk mientras vuelve a sacar su novela pornográfica en ruso de debajo del colchón—. Por favor.

El grupo compuesto por Pavel y los dos guardias recorre una sucesión indistinta de pasillos, escaleras y galerías. Pavel no consigue discernir en las caras de los guardias ningún indicio de crueldad penitenciaria ni de alegría sádica ni de ninguna otra actitud tradicionalmente penitenciaria o policial que a él le resulte familiar. En la sala de visitas, el comisario Farina está sentado a una mesa ocupada por un termo de café, una pila de vasos de plástico colocados unos dentro de otros, media docena de cruasanes y varias servilletas de plástico. Junto a las servilletas hay un grupo de carpetas de las que se usan para transportar expedientes policiales. El comisario

Farina se dedica a hojear una revista de temática automovilística mientras Pavel se sienta al otro lado de la mesa y espera a que un guardia le quite las esposas.

Pavel echa un vistazo a su alrededor. Varios internos del centro lo miran con caras de desprecio penitenciario desde las demás mesas de la sala de visitas. Pavel suspira. El comisario Farina levanta la vista de su revista automovilística como si acabara de darse cuenta de que tiene delante a Pavel y asiente con gesto de admiración.

—Te han crecido mucho los pelos esos —dice, cerrando la revista y dejándola sobre la mesa. El comisario Farina tiene una de esas caras mofletudas y ese cabello muy negro y tupido que son comunes entre los hombres adultos barceloneses—. La última vez que te vi los llevabas tan cortos que te parecías al muñeco ese de la tele. —Frunce el ceño y se gira para mirar al sicario policial que está de pie detrás de su silla—. ¿Cómo se llamaba el muñeco ese?

—¿El muñeco? —El sicario policial frunce el ceño—. Me parece que ya sé cuál quiere decir.

—Da igual. —El comisario enrolla la revista y se dedica a dar golpecitos rítmicos con la revista enrollada en el borde de la mesa, como si estuviera tocando una versión simplificada de una batería—. Lo que importa aquí es que nos alegramos mucho de verte. Hacía meses que no te veíamos. Pásate de vez en cuando por la comisaría. Nos tienes abandonados. —Hace una especie de mohín triste—. Nos alegramos tanto de verte que te hemos querido traer un regalo. Unos cedés de Bob Marley o algo así. —Vuelve a girarse hacia el sicario policial sin dejar de tocar su batería simplificada—. ¿Le hemos traído sus cedés de Bob Marley?

El sicario parece estar mirando fijamente las piernas de la mujer de uno de los internos del centro penitenciario que miran con cara de desprecio a Pavel.

—¿Los cedés? —dice el sicario sin dejar de mirar—. Me parece que se nos han olvidado.

—Se nos han olvidado. —El comisario Farina niega con la cabeza tal como niega la gente con la cabeza cuando quieren recalcar el hecho de que lo que está sucediendo es una verdadera lástima, sí, pero a fin de cuentas la vida es así—. Pero vamos a ver. Algo habrá que regalarte. ¿Qué tenemos por aquí que podamos regalarte?

Se agacha y recoge algo de debajo de la mesa. Lo coloca encima de la mesa. Se trata de una cubeta de plástico con la ropa de calle de Pavel, además de su reloj de pulsera, su cartera, sus llaves y su paquete de tabaco.

Hay un momento de silencio. El comisario Farina y su sicario policial contemplan con satisfacción la cara de terror de Pavel.

—No —dice al final Pavel. Después de mirar durante un momento largo la cubeta de plástico con sus pertenencias. Su terror parece casi de naturaleza moral. Como si en la cubeta hubiera un cheque por un millón de dólares a cambio de dejar que Farina se follase a su hermana.

—¿No qué? —pregunta el comisario Farina. Inclinandose un poco por encima de la mesa como si le costara oír lo que dice Pavel.

—No —repite Pavel—. Ni hablar. No quiero salir.

—¿Que no quieres salir? —El comisario Farina señala con la cabeza a su alrededor, en dirección a la sala de visitas—. Esto es la cárcel, hijo. Todo el mundo quiere salir.

El comisario Farina le parece a Pavel un ejemplo perfecto de representante de la humanidad que hace que se derrumben la gran mayoría de sus conceptos universales rastafarianos. Un ejemplo perfecto de las cosas que no le gustan de la llamada sociedad occidental civilizada. Cuando ve señales de decadencia occidental de la talla del comisario Farina, a Pavel le entran un abatimiento y una fatiga y un mal humor que parecen atornillararlo a la silla en la que está sentado en medio de la sala de visitas. Que parecen multiplicar el efecto de la fuerza de gravedad.

—Nosotros queremos que salgas de la cárcel. —El comisario Farina abre el termo y llena un par de vasitos de plástico de café humeante—. Aquí te estás desperdiciando. Siempre he creído que tienes muchas posibilidades. —El comisario espera a que su sicario responda con una risita sicofántica—. Un chico como tú. Tan elegante. Tan alto.

El comisario Farina coge media docena de vasitos de plástico del montón de vasitos de plástico y los despliega en un lado de la superficie de la mesa. Luego coge los cruasanes y los despliega al otro lado de la mesa. Coge el termo y lo coloca en un punto equidistante del grupo de vasitos y el grupo de cruasanes.

—Imaginemos que todas estas cosas que hay en la mesa son amigos tuyos. — Señala el grupo de vasitos de plástico—. Estos son la banda de Leon. Rusos como tú. Amigos de toda la vida. Y tienen a ese pequeñito que está operado de las cuerdas vocales. ¿Cómo se llama?

—El Pato Algo —le apunta el sicario policial.

—Estos de aquí son la banda de Bocanegra. —El comisario Farina señala ahora el grupo de cruasanes que hay en el otro lado—. Amigos más recientes, pero también buenos. Uno tiene viejos amigos y también tiene amigos nuevos. Es la vida. ¿Y qué más tenemos? —Señala el termo—. Resulta que también tienes una hermana. Bailarina, dice el expediente. Se nota que hay una vena artística en tu familia.

—Yo fui un día al bar donde trabaja —dice el sicario policial. Mirando de reojo las piernas de la mujer que ahora se pone de pie para finalizar su visita—. A mí me gustan esas chavalas rusas.

El comisario Farina niega con la cabeza.

—Está bromeando —dice—. Nosotros no haríamos algo tan asqueroso como tirarnos a tu hermana. Pero digamos que tu hermana ha pagado tu fianza. En realidad tu hermana no ha pagado tu fianza. Dudo que la pobre sepa cómo pagar una fianza. En caso de que tuviera el dinero, claro. Y en caso de que se acordara de que existes. Pero entre nosotros. —Se inclina sobre la mesa para decir algo en tono confidencial—. Te perdonamos. *A rivederci*. —Hace un gesto como si se despidiera con la mano

—. Y no te olvides de visitarnos de vez en cuando. —Sonríe con su cara mofletuda—. Y de no cambiar de número de móvil.

En opinión de Pavel, el mundo occidental civilizado es un gigantesco océano de mierda donde todo el mundo termina ahogándose tarde o temprano. Pavel no sabe realmente si el resto del mundo es o no es un océano enorme de mierda. Lo único de lo que no le cabe ninguna duda ahora, sentado a esta mesa llena de cruasanes y vasitos para el café, es de la composición básicamente mierdística del mundo occidental civilizado en el que se encuentra. Sin islotes a la vista a los que agarrarse. De eso, y del hecho de que ahora mismo parece encontrarse en el punto geográfico de Occidente donde se da la mayor concentración de mierda que él haya visto en su vida.

—Esto es no posible. —Pavel se frota las sienes—. No bueno para ti, no bueno para mí. ¿Cómo tú quieres que me peguen un tiro aquí? —Se señala la nuca—. Tú no ganas nada. Me pones ahí, bueno, ya sabes quién espera por mí. He dado un paso de más. Me he equivocado, bueno. —Se da sendas palmadas simultáneas en las rodillas en gesto exasperado—. Déjame aquí dentro. Lo confieso todo. Me paso veinte años aquí. La comida es mala, pero da igual. ¿Qué quieres que yo confieso? Soy un criminal peligroso. Robos en carretera. Joyerías. Lo que tú quieras. Lo he hecho todo yo.

El comisario Farina se lo queda mirando un momento. Luego le dedica una sonrisa mofletuda.

—Eso ha tenido gracia, ¿no? —dice—. Eres un tío gracioso.

—Es un tío gracioso el Bob Marley —corroborra el sicario—. Y luego dicen que los rusos no tienen sentido del humor.

Diez minutos más tarde, vestido con su ropa de calle y con una mueca de desesperación absoluta en la cara, Pavel sale por la puerta metálica decepcionantemente pequeña y trasera por la que los internos del centro salen después de cumplir sus condenas penitenciarias. El tráfico de coches por la carretera es ligero pero continuo. Pavel camina a toda prisa bajo el sol de justicia de mediodía sintiéndose moleestamente llamativo con su ropa negra en dirección a una cabina telefónica que acaba de ver justo delante de la gasolinera anexa al complejo penitenciario. Cuando entra en la cabina, se queda mirando los números del panel con cara de perplejidad. Bien pensado, cualquier número de teléfono que marque supone un riesgo de dimensiones inimaginables para su integridad física. Durante un par de minutos se dedica a golpear con furia nada rastafariana el auricular contra la caja. Hasta que el auricular no es más que un trozo de plástico partido y retorcido en su mano. Después se seca las manos en los pantalones y decide que probablemente sea el momento más indicado para recuperar viejos planes vitales relacionados con billetes solamente de ida para islas legendarias del Caribe.

FONSECA

El despacho de Lucas Giraut en el *mezzanine* de las dependencias de Lorenzo Giraut, S. L. está a oscuras salvo por el círculo de luz de color vainilla que la única lámpara proyecta sobre la superficie de palisandro del *cartonnier* Luis XV. La oscuridad no permite ver si se han producido cambios mobiliarios recientes en las zonas no iluminadas por la lámpara. Aunque hay algo inefable en la atmósfera del despacho que produce la sensación de que sí se han producido cambios. Las circunstancias lumínicas, en todo caso, son manifiestamente inapropiadas para la reunión ejecutiva que está teniendo lugar en el despacho entre Lucas Giraut y el abogado de su madre. Manifiestamente inapropiadas para cualquier tipo de reunión. La butaca rígida y de aspecto duro en que está sentado Fonseca también parece manifiestamente inapropiada. Sobre todo para una persona de la edad de Fonseca.

Lucas Giraut está sentado a su mesa. Haciendo alguna clase de dibujo con su pluma estilográfica bajo la luz insuficiente de la lámpara. Uno de esos dibujos distraídos que se hacen mientras uno participa en una conversación. Fonseca se inclina sobre el *cartonnier* y hace un gesto vagamente amenazante con una mano extraordinariamente liviana y firme y parecida a las extremidades de algunas aves.

—Necesitas firmar esos documentos tanto como nosotros —dice—. Probablemente más. Eso es lo que estoy intentando hacerte ver. Y tienes que creerme. Sin el plan de remodelación estás solo. Y en una posición delicada. ¿Cómo piensas dirigir esta empresa? No tienes experiencia. No sabes nada de negocios. No puedes hacer nada con lo que tienes, hijo. Tienes la mayoría de las acciones, pero tu madre tiene todo lo demás. El dinero. Las casas. Los barcos. Y ni siquiera puedes hacer nada con esas acciones. Pon los pies en el suelo, hijo. Estamos haciendo esto porque te apreciamos. Hazte a un lado y deja que los mayores se ocupen de los asuntos de los mayores. —Vuelve a echar el cuerpo hacia atrás y a reclinarlo en el respaldo de su butaca rígida y de aspecto generalmente duro. Como para hacer notar que el meollo del mensaje de su discurso ya ha sido emitido. Luego suaviza el tono. Introduce elementos de comprensión y benevolencia en su expresión—. Escucha. Tu madre quiere transmitirte el mensaje de que aprecia tus esfuerzos por enfrentarte a ella. En contra de lo que creas, tu madre sabe apreciar este tipo de cosas que a otra clase de persona podrían resultarle irritantes. Tu madre es una persona que aprecia la insolencia. Como tus intentos de sabotear las operaciones de la División Internacional. Como eso de subirle el sueldo a Chicote y darle todas esas acciones. O hacer en general todas las cosas que disgusten a tu madre y sean malas para nuestra campaña internacional. Qué demonios. —Se encoge de hombros—. ¿Quién te entiende y te conoce mejor que tu madre?

—Mi madre nunca me ha entendido. —Lucas Giraut se pasa una mano por el pelo rubio y lacio y admira el dibujo que está haciendo bajo la luz insuficiente de la lámpara—. Ni siquiera me conoce —continúa—. La única razón de que hable conmigo es que mi padre me nombró accionista mayoritario. Antes de eso llevaba seis años sin llamarme. Y dejará de hablarme otra vez cuando haya conseguido quitarme de en medio. Sé que se burla de mí todo el tiempo. Y no le importa lo que yo quiera. Nunca le ha importado. Es como cuando yo era niño. Nunca hizo nada para hacerme sentir bien. Siempre me hacía regalos de cumpleaños que no me gustaban. Casi como si me hiciera aquellos regalos porque sabía que no me gustaban. Muchas veces relacionados con la pesca. —El dibujo que Lucas Giraut está garabateando con su pluma estilográfica en la hoja superior de su bloc de notas telefónicas representa a una figura vagamente humana y vagamente femenina cuyo elemento más llamativo es una cara muy lisa y ovalada cuyos rasgos no transmiten ninguna emoción—. Cañas de pescar. Chalecos de pescador. Gorras. Cosas así.

—Por el amor de Dios. —Fonseca pone los ojos en blanco. En el margen del haz de luz, sus manos parecen extraordinariamente fuertes y firmes pese a la liviandad general de sus miembros. Giraut cree haber visto el mismo fenómeno en algunas aves—. ¿Qué demonios tiene eso que ver? ¿Y qué intentas haciéndome sentar aquí a oscuras? ¿Y en esta silla? Tengo sesenta y cinco años. ¿Crees que todo esto te va a servir de algo?

—Yo era un niño —dice Giraut—. No creo que mi madre entendiera lo que significa eso.

El análisis trajeológico del traje gris de Armani de Fonseca ofrece los siguientes resultados: discreción corporativa, una firmeza a prueba de obstáculos y una adecuación absoluta al lugar que ocupa Fonseca en la Historia. Tal como Lucas Giraut tiene ocasión de comprobar una vez más desde su lado del *cartonnier*, sin dejar de garabatear con expresión reconcentrada en la hoja superior de su bloc de notas, Fonseca es completamente inmune a cualquier censura trajeológica. También es inmune a todas las Estrategias de Ataque con los diferentes ataques psíquicos ideados por Lucas Giraut y Valentina Parini en el jardín de su casa. Con su cara reducida a un entramado de nervaduras nudosas y venas arborescentes. Con partes enteras de la cara hundidas que dan la impresión de que su cara no es más que una capa de piel y nervios y tendones tensada sobre un cráneo de pájaro. Sentado en su silla rígida y absolutamente inapropiada para cualquier tipo de reunión interpersonal corporativa, Fonseca es la segunda persona más inmune que Lucas Giraut conoce a cualquier tipo de estrategia psíquica.

—Hijo, escúchame. —Fonseca mantiene su cara más allá del margen del haz cónico de luz de la lámpara—. No tenemos mucho tiempo. Tu madre no va a permitir que yo salga de este despacho sin que hayas firmado esos papeles. Ya la conoces. Suponía que ya te habrías dado cuenta a estas alturas, pero ahora te lo diré con más claridad. No te conviene interponerte en su camino. Por muy hijo suyo que seas. Así

que dejémonos de marear la perdiz. Dime qué es lo que quieres. Si es razonable, lo tendrás. Y esto —levanta un dedo flaco pero poderoso— no es una negociación. Es un obsequio. Un pequeño obsequio que te hacemos para demostrarte nuestra buena voluntad.

Lucas Giraut arranca lentamente la hoja de su cuaderno de notas telefónicas en la que ha estado dibujando y la arruga, todavía sin mirar a su interlocutor. La tira en la papelera.

La cuestión de los cumpleaños infantiles de Lucas Giraut es una cuestión que ocupa docenas de páginas de los cuadernos infantiles secretos que constituyen su crónica infantil subjetiva de aquellos años. Año tras año, Lorenzo Giraut se olvidaba sistemáticamente del cumpleaños de su hijo, pese a los múltiples y poco sutiles recordatorios en forma de notas anónimas y círculos rojos en páginas de dietarios que este le dejaba durante los días previos. A menudo Lucas Giraut se preguntaba si podía haber algo de cierto en aquellos olvidos sistemáticos y perfectamente previsibles. En la expresión ligeramente divertida de su padre y en las melodías joviales que silbaba cuando se levantaba por las mañanas de sus cumpleaños infantiles. Mientras él se dedicaba a mirarlo fijamente desde el otro lado de la mesa del desayuno.

—Necesito saber qué pasó la noche que detuvieron a mi padre. —Giraut mira con cara concentrada la siguiente página en blanco de su bloc de notas telefónicas—. Me refiero a la noche de Camber Sands. En el verano de mil novecientos setenta y ocho. Necesito conocer los detalles. Alguien retuvo en el puerto el cargamento que mi padre iba a vender y alguien llamó a la policía. He estado revisando la contabilidad de mi padre y también sus agendas. Aquella noche tendría que haber habido alguien más en la habitación del hotel. Alguna clase de socio comercial. Alguien que no fue. Y que llamó a la policía. —Empieza a trazar los contornos de un nuevo dibujo. Con el ceño fruncido. Con la punta de la lengua asomando artísticamente entre los labios. Por fin levanta la mirada un instante en dirección a Fonseca—. Necesito saber si a mi padre lo traicionaron. Y si es así, necesito saber quién fue.

—Hijo —Fonseca lo mira con cansancio teatral—, tu padre era un hombre extraño. Que hacía cosas extrañas, como apagar todas las luces y tapar las ventanas con páginas de periódicos. O como dejarte la mayoría de las acciones de la empresa en su testamento. Lo cual solamente puede ser una broma. Una broma extraña. Por eso estoy aquí hoy. Para transmitirte la idea de que tu madre está dispuesta a olvidarlo todo. A perdonar cosas que otras personas no perdonarían, y tal vez darte un trabajo más adecuado a tus talentos. Tal vez en otra parte del mundo. Seamos francos: nunca fuiste exactamente el hijo que tus padres esperaban. Creo que en muchos sentidos se podría usar la palabra decepción. —Hace una pausa. Giraut no cree haber visto ni por un momento que Fonseca diera ninguna muestra corporal ni facial de estar incómodo en su silla rígida y dura, ni tampoco de llevar a cabo esos movimientos corporales semiconscientes que lleva a cabo la gente que se siente incómoda—. Y respecto a lo que le pasó a tu padre —se encoge de hombros—, ¿quién puede saberlo a estas

alturas? Tu padre era un hombre trastornado. Que se asociaba con gente indeseable. Y no parece que la cárcel lo ayudara en nada. Cuando salió, ya no creo que se pudiera decir que era él mismo.

De acuerdo con las hipótesis expuestas en los cuadernos infantiles de Lucas Giraut, el olvido sistemático e inexplicable por parte de Lorenzo Giraut de los cumpleaños de su hijo único estaría relacionado de alguna forma con otros elementos inexplicables de su conducta paterna. Como el hecho de que nunca contestara directamente a las preguntas de su hijo. Como el hecho de que se inventara explicaciones extrañas para todo. Como el hecho de que viviera y muriera sin dejar que su hijo supiera básicamente nada de quién era su padre.

—Sé lo del Club No Nos Gusta el Sol —dice Lucas Giraut. Ahora parece estar dibujando con prolijidad un grupo de tres figuras cogidas de los hombros en gesto de camaradería masculina. Las tres con el pelo largo—. He estado haciendo indagaciones. Sé que eran tres. Sé que eran amigos. Y sé que estaban juntos en lo que estaban haciendo. —Hace una pausa y vuelve a apartarse un mechón de pelo lacio y rubio de la frente para admirar su dibujo. Uno de los tres tipos melencólicos del dibujo lleva un abrigo que por su forma parece un abrigo femenino—. Necesito saber sus nombres. Quiénes eran y qué hacían. Ese es el precio.

Fonseca se reclina hacia atrás y el entramado de sombras de su cara se oscurece hasta fundirse casi por completo con la oscuridad.

—Hay una razón para que nadie te hablara nunca de esa gente —dice. Inescrutable debido a su alejamiento de la luz—. Para que tu madre te mantuviera lejos de ciertas cosas. Tu padre se había implicado con gente peligrosa.

—¿A qué se dedicaba el Club No Nos Gusta el Sol? —Lucas Giraut da los toques finales a las melencólicas largas y un poco enredadas de las figuras de su dibujo—. ¿Cómo está involucrado en lo que pasó en Camber Sands? ¿Fueron ellos quienes traicionaron a mi padre? ¿Es eso lo que pasó?

Fonseca se queda mirando fijamente a su interlocutor, durante un momento largo, con sus cavidades faciales y elementos arborescentes latiendo en la oscuridad. Después suspira. Se inclina ligeramente para recoger su maletín de alguna zona a oscuras que hay a los pies de su silla y se lo pone en el regazo para abrirlo. Saca un expediente abultado y lo coloca sobre la mesa. Después se saca su propia pluma estilográfica del bolsillo de su americana y la deja encima de la cubierta del expediente. Da unos golpecitos con la yema del dedo encima del papel. La escena parece congelarse en ese momento. Los dos hombres se miran fijamente a través de la mesa. El latido arborescente de venas en la zona supraocular de Fonseca solamente puede intuirse. Las manos de Lucas Giraut han dejado de dibujar y parecen descansar en estado de alerta sobre la superficie del *cartonnier*. Es difícil no pensar en duelistas observándose con sus pistolas en alto a ambos extremos de un prado helado. Es difícil no pensar en antagonistas de película de acción en una de esas escenas donde la acción se congela y la cámara gira vertiginosamente en torno a los dos. Es difícil no

pensar en jugadores de ajedrez inexpresivos del Bloque del Este. Por fin Lucas Giraut levanta las cejas. Levanta la barbilla.

Para su sorpresa, Fonseca baja la vista.

—Se llamaban Koldo Cruz y Bocanegra —dice. Y destapa su pluma estilográfica—. Amigos de infancia de Lorenzo. Eran dos ladrones de poca monta. Tu padre era el cerebro de todas las operaciones. Hasta que se cansaron de repartir con él. Abre el expediente por la primera página—. Firma en todas las páginas. Aquí abajo. En la línea de puntos.

La mano de Lucas Giraut abre uno de los cajones del *cartonnier* y guarda primero su bloc de notas telefónicas y después la pluma estilográfica con la que estaba dibujando. Después pulsa un botón del intercomunicador que tiene sobre la mesa y espera a oír la voz de su secretaria.

—Hemos terminado —le dice Lucas Giraut a la secretaria. Sin dejar de mirar fijamente a los ojos de Fonseca—. Por favor, acompaña al señor Fonseca a la salida.

El silencio solamente es interrumpido por el clic apenas audible del botón del intercomunicador de la mesa de Lucas Giraut cuando este retira el dedo. La oscuridad que rodea a los dos ocupantes del despacho se parece a esa sensación de desasosiego que se manifiesta en los márgenes del campo visual. Se parece en cierta manera a un dolor de cabeza. La cara de Fonseca empieza a transformarse. Las arborescencias arteriales de sus sienas cambian de color y de textura y experimentan un abultamiento ostensible. Que se extiende rápidamente por el resto de vasos sanguíneos de su cara. Como la onda expansiva de una explosión. Como una máscara funeraria de porcelana que ha permanecido intacta durante milenios en el fondo de una tumba y que se cubre de grietas al entrar en contacto con el aire de fuera.

EL PATO DONALD

Atado a una silla en un rincón del almacén con olor a grasa comúnmente conocido como el garaje de león, el garaje de la grasa o el reino de la grasa del señor Leon, Pavel certifica que se están esfumando los últimos vestigios de su voluntad rastafariana de unirse a todos sus congéneres en un solo amor universal. La postura en la que está atado a la silla es la postura clásica de los prisioneros atados a una silla antes de ser sometidos a un interrogatorio con torturas. Con los brazos inmovilizados detrás del respaldo y los tobillos atados entre sí.

Inmediatamente delante del sitio donde Pavel está atado a la silla se encuentra Leon. El propietario del garaje de león. Sentado en una silla puesta del revés. Con los antebrazos apoyados en el respaldo y las piernas extendidas a ambos lados de la silla. Es decir, en la posición clásica de los individuos que están a punto de someter a un prisionero a un interrogatorio con torturas. Leon se peina el pelo grasiento con una mano gigantesca y suelta una bocanada de humo de tabaco negro ruso en dirección a la cara amoratada de Pavel.

Pavel se concentra en darle una patada a una rata que le está husmeando el pie. El abatimiento y la fatiga y el mal humor que suele producir en él el contacto con sus congéneres humanos se manifiestan ahora en forma de un aumento de la sensación de presión gravitatoria sobre los músculos que le aguantan la cabeza. Un hastío decididamente poco rastafariano. Una sensación de desplome. De decadencia generalizada del mundo occidental que tiene alrededor. De corrupción de los mismos tuétanos del mundo social que lo rodea. Todo ello decididamente antirastafariano.

—Sé lo que estás pensando —dice Leon en ruso. Con una voz atiplada que no se corresponde en absoluto con sus brazos gigantescos y su calva cuya forma recuerda vagamente a la cabeza o parte anterior de un obús—. Estás pensando: ¿Cómo puede ser este tío tan elegante? No es por ostentar el dinero que gano ni nada de eso. Yo soy de los que piensan que la verdadera elegancia se lleva aquí dentro. —Se lleva una mano al pecho enfundado en una camisa de fantasía y una americana de color mostaza que aunque no le vienen pequeñas producen una sensación casi dolorosa de pequeñez—. Es una simple cuestión de transmitir dignidad a los demás. Es como esta corbata, por ejemplo. —Coge con dos dedos su corbata, que es roja y tiene un estampado de saxofones dorados—. Esta corbata tan bonita me la regaló mi hija. Y es por eso por lo que la llevo. Yo soy un apasionado de la familia. Y al fin y al cabo, ¿cómo quieres que vaya vestido? —Se encoge de hombros—. ¿Quieres que vaya como el Pato Donald?

En opinión de Pavel, una mayoría aplastante de la gente que compone el mundo occidental contemporáneo es idiota de remate. Tal vez hablamos del setenta por

ciento. La preponderancia absoluta de los idiotas de remate no solamente es un obstáculo para la evolución de la especie humana y para que se hagan realidad ideales como el amor universal rastafariano. Los idiotas de remate también hacen que la vida sea mucho más difícil en sus niveles más cotidianos. Uno puede salir de su casa una mañana a comprar tabaco, por ejemplo, y no volver nunca más como resultado de un encontronazo con algún idiota de remate.

—Anda, ¿he mencionado al Pato Donald? —Leon frunce el ceño—. ¿Por qué habré hecho eso? Bueno, yo no me preocuparía si fuera tú. No veo ningún enchufe por aquí. Aunque espera. —Apoya la barbilla en la parte superior del respaldo de la silla en la que está sentado del revés y echa un vistazo a las paredes llenas de grasa y de calendarios y pósters en ruso—. ¿Aquello de ahí no es un enchufe? —Hace un gesto de sorpresa con las palmas enormes de las manos—. Quién sabe. A lo mejor sí que está por aquí el Pato Donald.

Varias ratas tan grasientas como el resto de los elementos presentes en el garaje de león corretean y escarban en los márgenes del campo visual de Pavel. Pavel no puede verlas bien por culpa de la hinchazón de su ojo derecho y del mechón de rastas que le cae ahora encima del ojo izquierdo. De hecho, lo único que puede ver con claridad desde su silla de prisionero a punto de ser torturado es la cara cuadrada y cejjunta del idiota de remate de Leon. Más allá de Leon, más allá incluso de los grupos de ratas que corretean y escarban y que Pavel solamente puede ver como manchitas rápidas en el suelo, se vislumbra la figura de otro individuo. Alguien demasiado corpulento para ser el Pato Donald. Y demasiado alejado de la bombilla que cuelga del techo de el garaje de león como para que Pavel le vea la cara. Lo único que Pavel puede distinguir del individuo alejado de la lámpara son sus zapatos y sus pantalones. Unos zapatos y unos pantalones que Pavel únicamente puede identificar como Realmente Caros.

—A mí me gusta tu estilo —sigue diciendo Leon. Hay algo intrínsecamente grasiento en el aspecto de Leon. Algo que no tiene que ver con su pelo grasiento ni tampoco con el estado sumamente grasiento del garaje de león. Cierta componente de su persona que da la impresión de que seguiría siendo intrínsecamente grasiento aunque acabara de darse un baño caliente—. Me gusta ese peinado de negro que te has puesto. Y ese de la camiseta, ¿quién es? —Guiña los ojos—. Cuesta de ver con tanta sangre. Ah, Bob Marley. Claro. —Se encoge de hombros—. No está mal Bob Marley. Tiene ritmo y todo eso. Aunque claro, todos los negros tienen ritmo.

Pavel frunce los ojos e intenta ver algo más del individuo de los zapatos y pantalones Realmente Caros pese a la hinchazón de su ojo y las rastas que le cuelgan delante de la cara. Su mente se dedica a hacer una lista de las cosas que le gustaría hacerle a Leon si no estuviera atado a una silla en la postura clásica de los prisioneros a punto de ser torturados. La lista incluye, entre otras cosas, la inserción rectal de diversos objetos cuya morfología dificulta mucho su inserción en un recto humano.

—¿Sabes el chiste ese del niño negro que dice «Mamá, soy blanco»? —Leon aplasta su colilla con el zapato y vuelve a repeinarse el pelo grasiento con los dedos de la mano. Es la monda.

Un niño negro va a la cocina donde su madre está preparando la cena y pone las manos en la harina. Luego se frota las manos en la cara y dice: «Mira, mamá, soy blanco». Y va la madre y le da un bofetón. Entonces el niño va a la sala y le dice a su padre: «Mira, papá, soy blanco». El padre le arrea un puñetazo. El niño, que ya está muy agobiado, claro, va a la abuelita y le dice: «Mira, abuelita, soy blanco». Y va la abuelita y le da una paliza. Y coge el niño y dice: «¡No llevo ni cinco minutos siendo blanco y ya no soporto a estos negros de mierda!». —Suelta una risita—. Es la monda.

El individuo desconocido y alejado de la luz del que Pavel solamente puede ver los zapatos y los pantalones Realmente Caros emite un carraspeo destinado a llamar la atención sobre la entrada en escena del Pato Donald. Que acaba de entrar y ahora parece estar buscando un enchufe por las paredes cercanas a la puerta. En una mano lleva una extensión de cable eléctrico y en la otra un taladro. El célebre Taladro del Pato Donald. Su aspecto general, con un jersey lleno de agujeros y una gorra mugrienta del Fútbol Club Barcelona, parece indicar que ha quedado atrapado en el derrumbamiento de un edificio y se ha visto obligado a sobrevivir durante días enteros entre los escombros sin cambiarse de ropa. También parece ser extrañamente pequeño. No pequeño como un niño, pero sí como un niño grande. En torno al cuello lleva una especie de collarín metálico con un sintetizador de voz a pilas, como esos que lleva la gente que ha sufrido una operación de cuerdas vocales.

—¿Esto va en serio? —dice Pavel.

El Pato Donald suelta un discurso con su sintetizador de voz cuyo tono zumbón y básicamente ininteligible recuerda efectivamente a la voz del Pato Donald. Se agacha junto al enchufe de la pared y se dedica a desplegar la extensión del cable hasta el lugar donde Pavel está sentado. Por fin conecta el taladro, lo prueba y suelta una frase sintetizada cuya modulación podría sugerir una inflexión enfadada.

—¿Qué *coño* dice? —dice Pavel.

—Dice —explica Leon— que ha tenido un día de mierda. Uno de esos días de mierda que te dan ganas de clavar taladros en cosas que se mueven y sueltan chorros de sangre.

El Pato Donald parlotea con su sintetizador de voz para personas operadas de las cuerdas vocales.

—Dice que para él clavar el taladro es como un analgésico —traduce Leon—. Mejor que un analgésico.

El Pato Donald parlotea con su sintetizador de voz para personas operadas de las cuerdas vocales y se pone las dos manos frente al vientre en un gesto amplio que sugiere que se está sosteniendo una pelota muy grande contra el vientre.

—Dice —traduce Leon— que su mujer no quiere follar. Es una de esas supersticiones que tienen las mujeres rusas cuando están preñadas. Algo relacionado con el hecho de que si dejas que tu marido te folie mientras estás preñada al niño le crecen cuernecitos o yo qué sé. Y ya lleva un par de meses así. La mujer rusa suele ser supersticiosa —añade en tono de sabiduría—. Es una de las desventajas de la mujer rusa. Que por otra parte tiene muchas ventajas. Está claro.

La inminencia del interrogatorio con torturas no consigue disipar en Pavel la sensación de hastío decididamente poco rastafariana. En alguna parte de su mente circulan imágenes de playas recónditas y de entornos selváticos no urbanizados. Imágenes de sí mismo flotando boca arriba sobre aguas cristalinas bajo un cielo mucho más grande que ningún cielo bajo el que haya estado nunca. Dejándose calentar por el sol vespertino del trópico. Dejando que la sensación agradable de calor y de humedad bañe su piel. Que empape su ropa y se filtre a través de sus pantalones. Alguien carraspea. Pavel abre los ojos y sopla para apartarse el mechón de rastas que le cae frente a la cara.

—Nunca hubiera pensado que serías de los que se mean, Pavel. —Leon señala con la cabeza la humedad que empieza a extenderse por la bragueta y por la pernera derecha del pantalón de Pavel.

El Pato Donald parlotea con su sintetizador de voz para personas operadas de las cuerdas vocales y coloca una broca de tamaño pequeño en su taladro eléctrico.

—El Pato Donald dice que nunca hubiera imaginado que serías de los que se mean —traduce Leon—. Que eres la última persona del mundo que él habría pensado que se le iba a mear encima.

El Pato Donald parlotea con su sintetizador de voz para personas operadas de las cuerdas vocales y despliega su estuche de brocas organizadas por tamaños en el suelo, frente a los pies atados de Pavel.

—Dice que no hace falta que diga que los que se mean son la escoria del mundo —traduce Leon—. Que lo saben hasta los niños.

Pavel arruga la cara en una mueca de asco mientras el Pato Donald termina de encajar la broca en el Taladro Eléctrico del Pato Donald, se agacha frente a su entrepierna y enciende el taladro. En el fondo de la mente de Pavel empieza a abrirse paso una idea nada tranquilizadora. El ruido eléctrico se acerca más y más a su pierna derecha empapada. Hasta que la punta del taladro hace temblar la tela de su pantalón.

—Un momento —levanta la voz. Nota el aliento del Pato Donald en su entrepierna húmeda—. Dile a este imbécil que pare ese trasto.

El ruido del taladro se interrumpe. Pavel nota el contacto de la visera de la gorra del Pato Donald justo debajo de la hebilla de su cinturón.

El tipo que está situado demasiado lejos de la bombilla que ilumina el garaje de león carraspea nuevamente y da un paso adelante. Su torso y su cara se materializan encima de sus pantalones y sus zapatos Realmente Caros. Pavel se lo queda mirando con los ojos fruncidos. Bajo una mata de pelo blanco aparece primero la superficie

vagamente reflectante de una placa de metal donde debería estar la parte derecha de la frente del tipo y más abajo un parche negro de tela cubriendo su ojo derecho. Pavel frunce el ceño. Es el mismo tipo. El de la casa. El que se está tirando a su hermana. Pavel siente una nueva oleada de hastío y de sentimientos negativos hacia el mundo en general. Sea cual sea el jaleo en el que Bocanegra lo ha metido esta vez, no parece exactamente que vaya a poder salir con todas las partes de su cuerpo intactas.

—Me encanta que me pidas un momento. —Leon enciende otro cigarrillo con una cerilla y sacude la cerilla en el aire con más fuerza de la necesaria para apagarla. El tamaño de sus brazos parece indicar una potencia muscular potencialmente peligrosa en la mayoría de situaciones cotidianas—. Porque me muero de curiosidad por saber qué tienes que decirme. He visto gente en mi vida que estaban con la mierda hasta el cuello, pero tú te llevas el puto primer premio mundial. En primer lugar, me entero de que has entrado forzando la puerta de una casa. Y no de cualquier casa. La casa de mi jefe. En segundo lugar, te dejas trincar por la policía. Y en tercer lugar, me entero de que te vas a tomar un café con los polis y ellos te dan unas palmaditas en la espalda y te sueltan. —Expulsa una nueva calada de humo de tabaco negro ruso hacia la cara amoratada de Pavel—. Así que tengo tres buenas razones para dejarte aquí con el Pato Donald y volver mañana a recoger lo que quede.

Pavel se da cuenta de que mientras estaba prestando atención a las palabras de Leon, una rata ha empezado a morderle la punta del zapato. Otras ratas observan desde una distancia prudencial.

—Necesito ir al lavabo —dice Pavel, sacudiendo el zapato—. Te juro que no me voy a intentar escapar.

El Pato Donald se dedica a ajustar la broca del Taladro del Pato Donald mientras parlotea con su sintetizador de voz reminiscente de dibujos animados. El tipo de la placa en la frente y el parche en el ojo se mantiene en el límite justo del alcance lumínico de la bombilla, de manera que su cabeza entra y sale de la penumbra creando un efecto vagamente parpadeante. Leon coge su cigarrillo entre el dedo índice y el pulgar y suelta el humo con los ojos entrecerrados.

—Y sin embargo —dice con cara pensativa—, mi jefe me dice que no es buena idea dejarte aquí con el Pato Donald y volver mañana a recoger lo que quede. De hecho, me dice que no tiene ningún sentido interrogarte ni dejar que el Pato Donald te saque ninguna información porque de hecho ya sabemos quién es el idiota que te pagó para que entraras en su casa. En realidad, y no le falta razón, no tenemos nada que preguntarte. Lo que me dice es que te soltemos y te dejemos ir, pero que no te soltemos demasiado. Como cuando uno está pescando. Como cuando estás pescando y sueltas carrete pero no demasiado.

Pavel intenta imaginar las implicaciones del hecho de que el tipo de la placa y el parche sea el jefe de Leon al mismo tiempo que intenta alejar a las ratas con el zapato.

—No me mates —dice por fin—. Piensa en mi hermana y en mi pobre madre enferma.

Leon sonríe con una sonrisa amplia y salpicada de oro.

—Si no te callas —dice—, te juro que te dejamos aquí con el Pato Donald. Va en serio.

El Pato Donald empuña melancólicamente su taladro. Y echa una mirada melancólica a las rodillas de Pavel.

LA AVENTURA MÁS EXCITANTE

Poco después de que el sol se ponga sobre el resplandor de feria de las luces navideñas, Lucas Giraut se apea de un taxi en la manzana anónima de edificios bancarios y bloques de oficinas donde está la Galería de Hannah Linus. Se inclina un poco para ayudar a salir del taxi a Marcia Parini. Que lleva un vestido de noche con lentejuelas y sin espalda. Y un bolso a juego. Todo de Givenchy. El traje de Lino Rossi que Giraut ha elegido para la inauguración es de color brandy con tela de espiguilla y tiene el detalle festivo de una rosa blanca en el ojal. Una chica con minivestido de licra verde y patines con las ruedas en línea se acerca patinando a Giraut. Se detiene frente a él con un giro experto de las piernas y los patines y le entrega un folleto promocional. Giraut lo mira: en el folleto hay el mismo koala sonriente que hay en el vestido de licra verde de la joven, «BIOSFERA PARK», dice el folleto. O tal vez es el koala sonriente quien lo está diciendo, «el medio ambiente es la aventura más excitante».

Lucas Giraut levanta la vista, pero la joven del vestido de licra verde ya se aleja patinando por la calle.

—Me cago en la *puta* —dice Marcia Parini. Mirando con el ceño fruncido al grupo de gente que se está congregado frente a las puertas de la galería—. No me digas que esa hija de *puta* lleva el mismo bolso que yo.

La escena en la acera frente a las puertas de la galería es una réplica ligeramente más concurrida y ligeramente más excitante de todas las inauguraciones celebradas en Barcelona por anticuarios de renombre. Con la misma treintena de invitados. Con los mismos periodistas aparentando indiferencia parcialmente socarrona. Con el mismo enjambre de camareros malhumorados. Lo único que hace esta inauguración especial, lo único que la hace más excitante y lo que la llena de risas nerviosas y de conversaciones en tono furtivo y de llamadas clandestinas por teléfonos móviles, es que en su centro se encuentra Hannah Linus. Ese vórtice de envidias y admiraciones inconfesables y de odios y deseos. Ese centro gravitatorio del mundo de los anticuarios de Barcelona.

Lucas Giraut y Marcia Parini caminan cogidos del brazo por la acera. Se adentran en el grupo de invitados y periodistas y camareras malhumoradas que pululan en torno a la entrada de la galería. Convertido en un bosque de manos que saludan y barbillas levantadas a modo de reconocimiento y copas que se mueven en brindis silenciosos. Anticuarios barceloneses y empleados de anticuarios y periodistas especializados. Todos desplegados para formar una escena colectiva que recuerda vagamente a las representaciones pictóricas renacentistas de academias de la antigüedad. Bañados por el resplandor multicolor de feria de los adornos de Navidad.

La mirada de Lucas Giraut se encuentra con la mirada de Hannah Linus por encima del bosque de cabezas.

—Giraut —le dice Hannah Linus cuando por fin se reúnen en el centro gravitatorio de la fiesta de inauguración. La cara de Hannah Linus es iridiscente bajo las bombillas de colores de los adornos de Navidad. Se besan las mejillas con las miradas perdidas a lo lejos—. Empezaba a temer que no vinieras. Siento mucho haberte robado todas estas piezas. —Se encoge de hombros. Su cara no transmite ningún signo de arrepentimiento. Tampoco de sarcasmo. Es una cara perfectamente neutra—. Pero estoy segura de que te va a encantar la exposición.

Giraut asiente con una sonrisa débil. Mirando por encima de las cabezas. La exposición se compone de medio centenar de pinturas religiosas, tallas en madera y objetos litúrgicos. Las piezas de pequeño tamaño están dentro de vitrinas alargadas que recorren la espina dorsal de la galería. La forma en que las vitrinas están iluminadas desde dentro proyecta su luz de abajo hacia arriba sobre las caras de los visitantes. Dándoles un aspecto demoníaco.

—¿Y esta es la señora Giraut? —se aventura Hannah Linus—. ¿O tal vez la futura señora Giraut?

Marcia Parini parece agazaparse y ponerse rígida bajo la mirada abiertamente desaprobatoria que Hannah Linus le dedica a su vestido y a su figura. De la misma forma en que determinados animales se agazapan y se ponen rígidos cuando se ven acorralados por un animal de mayor tamaño.

—No estamos comprometidos —dice. En tono frío. Después cruza los brazos en un gesto que parece transmitir al mismo tiempo enfado y pudor—. La verdad es que somos vecinos. Yo vivo debajo de Lucas.

Hannah Linus asiente con el ceño ligeramente fruncido en gesto de interés. El gesto está correctamente calculado para ser experimentado por Marcia en forma de bofetón en medio de la boca. Después se encoge de hombros.

—Os dejo solos —dice—. Y no os olvidéis de probar el sashimi de ciervo con pera. Me ha salido a seis euros la unidad. —Y se aleja. No sin antes echar un último vistazo perfectamente deliberado al bolso de Marcia. El mismo bolso que cuelga del hombro de la esposa de uno de los anticuarios invitados.

Lucas Giraut frunce el ceño. Es vagamente consciente de que Marcia Parini está diciendo algo entre dientes. Los camareros y camareras se mueven con destreza profesional por entre los grupos metadyacentes de invitados. Llevando bandejas redondas llenas de copas de Moët Chandon. Llenas de montoncitos cuidadosamente moldeados de sashimi de ciervo con pera. Las mismas bandejas redondas de color indefinible que parecen manejar todos los servicios de catering del mundo. Las mismas bandejas redondas que aparecen en todas las representaciones gráficas de camareros del mundo. Lucas Giraut no consigue discernir con exactitud qué es lo que está diciendo Marcia entre dientes. O tal vez está teniendo dificultades para

concentrarse en lo que ella dice. Su atención ahora parece estar describiendo un círculo amplio en torno a la sala. Como si estuviera buscando algo con la vista.

—Tiene chupetones en el cuello —está diciendo Marcia Parini. En voz lo bastante baja como para que solamente la oiga Lucas Giraut. Mientras da un sorbo a una copa de Moët Chandon que ha cogido de una bandeja—. En su propia inauguración. Y el Moët no está lo bastante frío.

Lucas Giraut no da muestras de estar escuchando lo que ella dice. Cada vez está más claro que busca algo con la mirada por la sala. Su mirada deambula por entre los grupos metadyacentes de asistentes. Por entre los camareros malhumorados y por entre las figuras menores de la política local que deambulan en busca de pleitesía. Por fin su mirada se posa en uno de los fotógrafos.

Se trata, por lo que Lucas Giraut puede ver, del fotógrafo más grande que ha visto nunca. De hecho, es uno de los seres humanos más grandes que ha visto en su vida. En su envergadura hay algo que sugiere transformaciones sobrenaturales de superhéroes de tebeo por culpa de fugas químicas o radiactivas. No es uno de esos casos de gigantismo que provocan un alargamiento exagerado de los huesos. Se trata de una enfermedad que parece extenderse en todas direcciones. Su tamaño hace que la cámara profesional con teleobjetivo graduable que está sosteniendo frente al pecho parezca un juguete. Uno de esos juguetes infantiles de plástico que replican la forma de cámaras o teléfonos móviles. También hay algo extraño en la forma en que sostiene la cámara con sus manos grandes como pequeños mamíferos. Cierta incomodidad. O mejor dicho, cierta inadecuación. Como si un pájaro intentara fumar sosteniendo el cigarrillo con sus alas. El fotógrafo enorme sostiene la cámara con incomodidad y con el ceño fruncido y se dedica a sacar fotografías de los cuadros y de los diversos recodos de la galería. Fijando la cámara en la posición adecuada y después pulsando el botón con su dedo gigantesco y una cara de concentración que sugiere que sus manos no son adecuadas para dicha tarea. Lucas Giraut estira el cuello para ver por encima de las cabezas de los asistentes. Su primera impresión se confirma. El fotógrafo es Aníbal Manta.

—¿Seis euros? —está diciendo Marcia Parini. Con el ceño fruncido. Masticando un canapé de sashimi de ciervo con la cara arrugada en una mueca de disgusto. ¿Por esto?

Aníbal Manta levanta una mano y hace un gesto en dirección al otro extremo de la sala. Una especie de señal. Lo bastante ambigua como para no ser reconocida por nadie que no la esté esperando. Lucas Giraut mira en la dirección hacia la que se dirige el gesto de Manta. Le cuesta solamente un segundo reconocer al camarero uniformado y de cara malhumorada que recibe la señal al otro extremo de la sala. La onda característica de pelo rubio de su cabeza ha sido aplastada con gomina y pegada a su cráneo. Su expresión desdichada ha sido reemplazada por una mueca de mal humor profesional. Pero tampoco hay duda. Es Eric Yanel. Con una bandeja

profesionalmente sostenida en vilo para que la gente pueda coger las copas de Moët Chandon.

—Lo tiene montado bien —está diciendo Marcia. Que se ha terminado sus dos primeros canapés de sashimi de ciervo y ahora extiende la mano para coger el tercero con las yemas de los dedos ligeramente grasientas—. No lo niego. —Se encoge de hombros—. La galería está bien. Pero tu local es mucho más grande.

Lucas Giraut sigue recorriendo la galería con la mirada. Por fin levanta la vista y sus ojos se encuentran con una escalera que lleva a un piso superior cerrado. En el rellano intermedio de la escalera se ha congregado un grupo de invitados. O mejor dicho, el núcleo duro de la fiesta. Las personas inmediatamente cercanas a Hannah Linus.

Lo primero que Giraut ve es la mano que está agarrando el trasero de Hannah Linus. Mientras ella conversa con un par de invitados de su núcleo duro. La mirada de Giraut sigue el brazo fuerte y trajeado que agarra el trasero hasta llegar al hombro y después a la cara. La cara lo está mirando a él con una sonrisa socarrona. Mientras agarra el trasero de Hannah Linus de una forma que a Lucas Giraut le parece poco adecuada a las circunstancias. La cara de Saudade lo mira a él con una sonrisa socarrona y le hace un gesto obsceno con la lengua y después articula en silencio algo que Lucas Giraut podría jurar que incluye las palabras «señor don pijo». Un pequeño escalofrío recorre la espalda de Giraut.

—No me estás escuchando, ¿verdad? —dice ahora la voz de Marcia Parini—. Has dejado de escucharme en cuanto hemos entrado.

Giraut la mira.

—No se me dan muy bien las fiestas —murmura. Se mira la mano y descubre que está sosteniendo una copa de Moët Chandon que Marcia le debe de haber puesto ahí hace unos minutos. Da un sorbo—. Pero creo que estaré mejor cuando veamos las pinturas de las que te hablé. Las Tablas de San Kieran. —Hace una pausa como si no supiera muy bien qué decir a continuación—. Creo que eso me animará.

Marcia lo mira fijamente a la cara y su expresión se transforma lentamente en una mueca divertida. Una de esas muecas divertidas con que muchas mujeres contemplan los signos de excentricidad masculina. Tal y como se mira a un animal pequeño, tonto e inofensivo.

—Claro —dice por fin—. Seguro que las tablas esas están muy bien.

Lucas Giraut coge la mano de Marcia Parini. Los dos cogidos dejan atrás las tallas de crucifixiones y las vírgenes policromas. Dejan atrás crucifijos con piedras incrustadas. Dejan atrás túnicas y mantos con esvásticas y otros signos celtas asimilados por el cristianismo irlandés. Dejan atrás las galerías de pintura y las esculturas de gran tamaño procedentes de ábsides en penumbra. Dejan atrás los últimos grupos metadyacentes. Dejan atrás el cuerpo gigante de Aníbal Manta, que está pulsando con expresión incómoda el botón de su cámara. Y a medida que dejan atrás todas estas cosas, la disposición espacial de las cosas en la galería parece

reconfigurarse de forma más profunda. La fiesta ya no parece organizarse en forma de sistema de grupos metadyacentes que rodean un núcleo duro. Ahora Lucas Giraut y Marcia Parini ya pueden ver la entrada a la sala donde están las Tablas de San Kieran. Cubierta con una cortina para que no entre la luz de fuera. Tal como es tradicional en la exposición de las cuatro tablas, dentro de la sala donde están colgadas se ha bajado la luz al mínimo. Giraut llega frente a la entrada y se detiene en seco.

Marcia Parini se detiene detrás de él. Los dos se quedan un momento mirando la cortina de la entrada. En cierta manera, resulta fácil asimilar el gesto de Giraut con un gesto de reverencia y respeto hacia un objeto artístico tremendamente raro y sublime.

Las cosas ya no son como eran. Por lo menos desde la perspectiva de Lucas Giraut. La galería entera parece organizarse ahora en torno al centro negro y pulsátil que es la sala cerrada con una cortina. Que en cierta forma da la impresión de que brilla desde dentro. De que las cortinas no están ahí para evitar que entre la luz de fuera sino para que evitar que algo más poderoso salga de dentro. Algo así como la luz negra de una lámpara negra radiante y pulsátil. Algo que, si uno aparta la cortina, bañará la galería entera con su resplandor radiactivo y cegará a todo el mundo y hará que todos los asistentes caigan de rodillas tapándose los oídos.

Marcia Parini coge de la mano a Lucas Giraut. Giraut respira hondo. Y aparta la cortina.

EL INVIERNO DE NUESTRO DESCONTENTO

—No conozco a mucha gente que pintaría las paredes de su despacho de este color — dice el abogado pelirrojo que está sentado en una butaca cubierta con toallas del despacho de Lucas Giraut en el *mezzanine* de las dependencias de Lorenzo Giraut, S. L. Todo el mobiliario del despacho está cubierto por sábanas y toallas de distintos tamaños y colores. El abogado pelirrojo señala con la cabeza la pared recién pintada de color negro. La forma en que hace su comentario sugiere un elemento de sorna mezclado con algo más. Algo que se parece a una amenaza velada—. Pero tengo entendido que hay una vena de excentricidad en su familia. Algo relacionado con el padre de usted y con la forma en que decoraba los sitios donde estaba y con el hecho de que no le gustaban las ventanas. —El abogado pelirrojo sonríe de una forma que sugiere una mueca de dolor leve—. Corrijame si me equivoco.

El *cartonnier* Luis XV del despacho de Lucas Giraut está cubierto con una sábana. El ordenador portátil de Lucas Giraut está cubierto con una sábana. Las estanterías han sido retiradas de las paredes. La forma en que todo está cubierto con sábanas o toallas sugiere esa forma en que el mobiliario de una casa se cubre con sábanas cuando se están haciendo reformas.

Lucas Giraut está de rodillas con los auriculares de su estetoscopio puestos junto a la última adquisición de su colección de escritorios mágicos. Un escritorio mágico Victoriano *circa* 1860 de caoba con nueve cajones, un friso con decoraciones vegetales/animales y superficie para escritura de cuero verde incrustada en el tablero superior. El extremo no auricular del estetoscopio de Giraut le cuelga sobre la pechera de la camisa como una especie de trompa elefantina cibernética. Giraut se inclina sobre un costado del escritorio Victoriano y termina de pegar sobre su superficie de cuero verde una etiqueta con pegamento no abrasivo que dice: «REF. 3522. ESCRITORIO VICTORIANO CAOBA 9 CAJ., FRISO VEG./ANIM., POMOS BRONCE, 183 × 107 × 80 CM, COLECCIÓN PRIVADA LUCAS GIRAUT». Después se dedica a aplanar el adhesivo sobre la superficie del escritorio con las yemas de los dedos. El nuevo escritorio Victoriano tiene un cajón grande central en el frente, dos cajones pequeños a los lados del mismo y tres cajones graduados en cada uno de los dos pedestales gemelos. Para cualquier mirada entrenada en descifrar escritorios mágicos, la distancia de casi seis centímetros entre el borde superior del cajón central y el tablero recubierto de cuero es un indicativo evidente de la ubicación del cajón secreto. Giraut golpea con los nudillos el tablero superior del escritorio mientras aplica el estetoscopio al friso vegetal/animal delantero de seis centímetros de altura y frunce el ceño con expresión vagamente médica.

—El abogado de mi madre se llama Fonseca —le dice Lucas Giraut al abogado pelirrojo mientras aplica el estetoscopio en distintos puntos del friso animal/vegetal del escritorio mágico—. Ha sido el abogado de mi familia durante treinta años. Así que me cuesta creer eso de que usted representa a mi madre. Mi madre nunca ha confiado en nadie más que en el señor Fonseca.

El abogado pelirrojo se coloca el maletín sobre las rodillas y abre los cierres plateados del mismo con las yemas de los dedos.

—Mi participación en este caso responde a una cuestión de amistad personal con el señor Fonseca —dice, y saca un *dossier* de su maletín abierto sobre sus rodillas—. Las razones de que haya venido hoy en representación de Estefanía Giraut se detallan en este *dossier*. También he sido invitado a representar a la parte perjudicada por cuestiones relacionadas con mi especialidad jurídica. —Saca varios documentos del *dossier* y se dedica a dejarlos uno por uno encima de la superficie cubierta por una sábana del *cartonnier*—. Esto de aquí es una citación judicial. Los detalles en el interior y etcétera. Esto otro es una citación para que vaya a ver a un psicólogo forense. Por supuesto, tiene usted derecho a pedir la opinión de cualquier otro psicólogo que usted elija. Para que conste en acta.

El abogado pelirrojo parece ser uno de esos pelirrojos cuyos tejidos epiteliales y capilares les dan un aspecto perpetuamente enfermo. Su epidermis facial tiene ese aspecto rosado y perpetuamente irritado que tiene la piel que acaba de escaldarse con agua hirviendo. Sus manos tienen manchas de pigmentación y sus muñecas están cubiertas de un vello de aspecto enfermizo. El abogado pelirrojo no se ha quitado el abrigo al entrar en el despacho de Lucas Giraut. Lo cual dificulta cualquier posible análisis trajeológico por parte de Giraut.

—He venido sobre todo para transmitirle un mensaje de preocupación —dice el abogado pelirrojo. Con una de sus sonrisas que el aspecto escaldado de su piel hace que parezcan muecas de dolor facial leve—. Preocupación por determinadas conductas que hacen pensar en esa vena de excentricidad familiar. Conductas incompatibles con la presidencia de una compañía en proceso de expansión internacional. Represento a gente que le quiere, señor Giraut. Gente que le quiere personalmente. Gente que ahora está preocupada. —Hace un gesto en dirección al despacho. El techo del despacho patriarcal en reformas también ha sido pintado de color negro. Las lámparas han sido descolgadas del techo y están en un rincón del despacho. Tapadas con sábanas. Generando un estado lumínico claramente insuficiente para cualquier tipo de reunión—. Hablo de la actitud de usted hacia los muebles, señor Giraut. Hacia los muebles y las cortinas y las ventanas. Algo que ya causó a su familia un gran dolor en el pasado. Imagínese la preocupación de la gente que le quiere al ver que todas estas cosas están empezando a volver a pasar. Lo de las paredes negras y la oscuridad y las cortinas opacas y los muebles colocados en el centro de las habitaciones.

—Ayúdeme. —Lucas Giraut frunce el ceño y empuja un motivo vegetal del friso frontal del escritorio Victoriano—. Ponga la mano aquí. Y apriete —dice—. Ya hace tiempo que espero que mi madre intente destituirme como accionista mayoritario. Así que no me sorprende que cuestione mi salud mental.

El abogado pelirrojo suspira y se levanta de la butaca cubierta con una toalla y se pone en cuclillas al lado de Giraut. La diferencia básica entre el *cartonnier* Luis XV y el escritorio Victoriano de caoba tiene que ver con el grado de complejidad de los mecanismos que desbloquean la apertura de sus respectivos compartimentos secretos. Es lo que los expertos denominan el Grado N de un escritorio mágico. En la jerga técnica de los expertos, el escritorio de caoba *circa* 1860 es un escritorio mágico de Grado 5. Esto quiere decir que el número de pasos necesarios para la apertura de su compartimento secreto es cinco pasos. La apertura concreta de dicho escritorio mágico requiere una serie de operaciones con los pomos de bronce de los distintos cajones y también con los motivos vegetales/animales del friso frontal. La mecánica específica del escritorio Victoriano es como sigue:

1. En primer lugar, hay que presionar dos motivos vegetales/animales distintos del friso frontal de temática vegetal/animal, a saber, una hoja de roble y el interior del ala de un pájaro que replica exactamente en negativo la estructura de la hoja mediante el mecanismo clásico del *trompe-l'oeil*. Los dos motivos vegetales/animales deben ser presionados de forma simultánea.
2. El presionamiento simultáneo desbloquea el mecanismo giratorio de la base de uno de los pomos del pedestal izquierdo del escritorio. Dicho pomo puede girarse hasta ser colocado en cuatro posiciones distintas separadas por ángulos de rotación de 90 grados. El pomo debe desplazarse hasta cinco veces, es decir, que debe moverse en un ángulo de 450 grados, en el sentido de las agujas del reloj.
3. A continuación, y con el primer pomo girado, queda desbloqueado un segundo pomo del pedestal derecho. Este segundo pomo debe girarse en un ángulo de 270 grados, es decir, debe colocarse en la tercera posición rotatoria, siempre en el sentido inverso de las agujas del reloj.
4. Este tercer paso desbloquea un tercer pomo en el pedestal izquierdo únicamente durante un intervalo de cinco segundos. Durante esos cinco segundos el tercer pomo debe girarse cinco posiciones más, pero esta vez alternando movimientos en el sentido de las agujas del reloj y en el sentido contrario a las agujas del reloj. Con lo cual, obviamente, el pomo tercero quedará finalmente desplazado en un ángulo de 90 grados en el sentido de las agujas del reloj respecto a su posición inicial.
5. El quinto paso, que es sin duda el más complejo, requiere el accionamiento de un cuarto pomo desbloqueado por el tercero, que debe girarse tres veces en el sentido contrario a las agujas del reloj pero teniendo en cuenta que cada giro

debe llevarse a cabo a intervalos exactos de diez segundos y medio, excluyendo el tiempo que tarda en efectuarse el giro, con lo cual los tres giros sucesivos deben llevarse a cabo en los segundos 11, 22 y 33 de la secuencia de accionamiento. Cualquier error en esta secuencia bloquea el mecanismo entero. El accionamiento correcto levanta la tapa de cuero verde del tablero superior y deja al descubierto el compartimento secreto de seis centímetros de profundidad. Debido a la complejidad de este quinto paso, es prácticamente necesario un estetoscopio para escuchar los temporizadores primitivos de relojería del interior del mueble.

Lucas Giraut está presionando con el ceño fruncido uno de los motivos vegetales/animales del friso del escritorio cuando la silueta de la becaria de Lorenzo Giraut, S. L. se materializa en el cristal esmerilado de la puerta y da un par de golpecitos en el mismo. Giraut mantiene presionado el motivo ornamental del friso y extiende el otro brazo al máximo para pulsar el botón de apertura de la puerta. El clic de la puerta al abrirse suena de forma simultánea al clic de los engranajes internos del escritorio al ceder los dos motivos ornamentales del friso. La becaria de Lorenzo Giraut, S. L. entra con dos tazas de café y una jarrita de leche sobre una bandeja y mira con el ceño fruncido a los dos hombres que están en cuclillas en el suelo del despacho.

—Por supuesto —dice el abogado pelirrojo sin dejar de presionar con la mano uno de los motivos vegetales/animales del friso—, me veo obligado a tomar nota del estado de este despacho y de todo lo que estoy viendo aquí. Para que conste en acta judicial.

La becaria deja la bandeja con el café y la leche encima de una de las superficies mobiliarias cubiertas de toallas del despacho y sale sin decir nada. Ahora Giraut se dedica a hacer girar los pomos del escritorio con la cara fruncida en una mueca de concentración mientras ausculta con el estetoscopio los engranajes internos.

—Represento a gente que está extremadamente preocupada por las relaciones inapropiadas. —La forma en que el abogado pelirrojo está en cuclillas con los brazos extendidos y las manos apoyadas en puntos distintos del escritorio hace pensar en juegos infantiles consistentes en colocar las manos y los pies en distintos puntos de colores de una alfombra de plástico—. Relaciones que entran dentro del terreno de lo alarmante. Como esa niña, por ejemplo. Ya sabe a qué niña me refiero. Una niña de doce años. Imagínese las repercusiones que podría tener el hecho de que algún periodista impertinente decidiera hacer público que usted ha hecho ciertas cosas inapropiadas con una niña de doce años. En el caso de que fuéramos a juicio. —Uno de los brazos de Giraut está ahora entrelazado con el brazo extendido del abogado pelirrojo—. Algo que quiero insistir en que nadie quiere.

Lucas Giraut lleva la camisa remangada por encima de los codos. La americana de su traje color pizarra de Lino Rossi está colgada del respaldo de una de las sillas

del despacho cubiertas por sábanas. El abrigo del abogado pelirrojo que afirma representar a Fanny Giraut no deja ver lo bastante de su traje como para permitir un análisis trajeológico. Giraut está accionando ahora el tercer pomo de la secuencia de pomos que abren el compartimento secreto de su nueva pieza de coleccionista.

—Solamente buscamos colocarlo a usted en un lugar seguro —dice el abogado pelirrojo—. En un lugar donde no pueda usted hacerse daño a usted mismo. Ni a nadie más, claro.

La tapa revestida de cuero del tablero del escritorio mágico Victoriano *circa* 1860 se levanta y revela el compartimento secreto. El abogado pelirrojo da un sorbo a su taza de café.

—Quiero cortinas. —Lucas Giraut se pone de pie y se seca el sudor de la frente con un pañuelo meticulosamente doblado—. Si se queda usted unos minutos puede ayudarme a escoger cortinas.

En alguna parte del despacho suena un teléfono tapado por una toalla.

EL DÍA DEL ADELANTO EDITORIAL

Valentina Parini reacomoda el trasero sobre la tapa del retrete donde está sentada con las piernas cruzadas y frunce el ceño mientras intenta concentrarse en la lectura. Y no le resulta precisamente fácil. A la falta de luz en el interior del cubículo y al estúpido parche que le obligan a llevar en el ojo se le suman los golpes insistentes en la puerta del retrete.

—¡Parini! —vuelve a gritar la voz prepubescente desde el otro lado de la puerta del cubículo del retrete—. ¡Sal de una puta vez! ¡Sé que estás ahí dentro! ¡Esta vez la has armado buena! —Hay un momento de silencio, quizá para dar a Valentina Parini la oportunidad de contestar. O tal vez la voz de fuera esté considerando hasta dónde puede llegar con sus amenazas—. ¡Dicen que la directora va a hacer bajar al conserje para que rompa la puerta con un hacha!

Valentina Parini se reacomoda las gafas infantiles de pasta verde sobre la nariz apenas lo bastante grande como para sostenerlas y suspira. Desde que ha bajado a los lavabos de la planta baja de la escuela hace poco más de media hora, era consciente de que bajarían a buscarla. Sin embargo, no imaginaba que todo fuera a ir tan deprisa. Las cosas deben de estar realmente mal ahí fuera, se dice. Suele bajar a leer a los lavabos cada vez que tiene oportunidad de escabullirse, a menudo durante las horas de entrenamiento de baloncesto. A veces puede pasarse dos horas encerrada en un cubículo antes de que alguien venga a buscarla. Esta vez, sin embargo, está claro que es distinto. Hace rato que oye gritos y revuelo en el pasillo de fuera. En un par de ocasiones ha oído mencionar su nombre en tono excitado. Y por fin alguien ha venido a buscarla. Es la subnormal de Adelfi. Y todo esto tiene que pasar precisamente el día en que ha recibido por correo el Adelanto Editorial. Con los primeros cuatro capítulos de la Nueva Novela de Stephen King.

—¡Pariiiiiii! —chilla la voz al otro lado de la puerta. Alargando la última vocal con exasperación.

Cuando ha llegado a los lavabos hace unos diez minutos, la voz de la imbécil de Adelfi sonaba bastante excitada. Después de insistir sin éxito durante un rato ha empezado a sonar frustrada y finalmente abatida por la fatiga. Tal vez pronto se canse de molestarla y vuelva a donde sea que estaba ocupada en comerse los mocos.

El Adelanto Editorial ha llegado a casa de Valentina Parini por la mañana, en un sobre marrón con el sello de la editorial que ella ha sacado del buzón usando un cuchillo largo y serrado para cortar pan. Ha tardado casi cinco minutos en sacarlo del buzón, de tanto que le temblaban las manos de emoción. Después solamente ha tenido tiempo de rasgar el sobre y admirar el librito de apenas cincuenta páginas antes de que su madre bajara las escaleras. Obligándola a guardar a toda prisa el

Adelanto Editorial y el cuchillo del pan en la mochila escolar y a adoptar una sonrisa de inocencia que su madre ha mirado con desconfianza antes de desactivar el bloqueo de las puertas del coche con el control remoto del llavero.

Los cuatro capítulos, que ahora termina de leer en el cubículo de los lavabos de la planta baja del Liceo Italiano de Barcelona, no la han decepcionado en absoluto. La historia, o lo que el adelanto permite adivinar, recuerda a *La danza de la muerte*, aunque con toques de *Tommyktiockers* y hasta de *El cazador de sueños*. *El protagonista, que se llama Chuck Kimball, es un periodista de Portland, Maine, la ciudad natal del autor. Como tantos héroes de Stephen King, está entrando en la madurez, divorciado y con un hijo. También está en fase de rehabilitación después de una crisis de alcohol y drogas. Un día Kimball llega a trabajar a la redacción de su periódico y descubre que todo el mundo ha empezado a cambiar. Sus compañeros y hasta su jefa, apodada la «Zorra Cósmica», son repentinamente amables y están llenos de compañerismo y espíritu de equipo. Kimball no sabe qué hacer. Lo mismo le pasa en el bar al que va después del trabajo, donde está a punto de recaer y tomarse una copa, y más tarde con sus vecinos. Nadie más parece alarmado por la transformación. La verdad empieza a despuntar a la mañana siguiente, cuando Kimball descubre que su mejor amigo en el periódico, Gary Revkin, ha desaparecido. Todo el personal del periódico coopera para esconder la desaparición. Hasta se enfadan cuando él pregunta. Por fin Kimball encuentra a Revkin muerto dentro de un contenedor de basura. Sus compañeros de redacción parecen haberlo matado en una especie de ritual colectivo. Hay insinuaciones de control mental y de una raza de seres psíquicos que se parecen a los ángeles.*

Se oye un portazo afuera. Valentina Parini frunce el ceño y escucha. Por un momento le parece que la subnormal de Adelfi podría haberse marchado, pero enseguida oye ruido de más pasos y varias voces prepubescentes conversando.

—¿La has encontrado? —dice una de las voces.

—Se ha escondido ahí dentro —dice Adelfi.

Valentina Parini siente la atención repentina de varias miradas casi como una fuerza física que empuja la puerta hacia dentro y trata de hundirla.

—¡Eh, monstruito! —grita la primera voz—. ¡No hace falta que te escondas! ¡Todo se ha acabado! ¡Dicen que esta vez te van a meter en un manicomio por fin!

—Allí podrás conocer a otros monstruitos como tú —dice Adelfi. Y suelta una de esas risas propias de la adolescencia. Una de esas risas que no expresan alegría ni tampoco hilaridad, sino que son simples invocaciones a la complicidad dentro del grupo—. Por fin tendrás amigas.

Valentina Parini suelta un soplido irritado.

—¡No estoy escondida! —grita.

Las insinuaciones por parte de su psicóloga escolar durante las sesiones de terapia de que Valentina se esconde en los retretes del centro escolar siempre consiguen enfurecerla. Valentina no tiene miedo a nadie en el centro, ni tampoco tiene nada de

que esconderse. Simplemente los cubículos de los lavabos son el único espacio que puede cerrar con pestillo por dentro y donde no tiene que ver a nadie. Eso los hace considerablemente más agradables que el resto del centro.

Se oyen más risas desprovistas de alegría. Más invocaciones a la complicidad grupal que hacen pensar en carroñeros gregarios de la familia de la hiena. Después un portazo brusco y un silencio profundo. Demasiado profundo como para significar otra cosa que la llegada de un adulto a los lavabos.

—*Signara diretтора!* —chilla la voz de la subnormal de Adelfi con entusiasmo renovado—. ¡Monstruito está ahí dentro! ¡Quiero decir Farini! ¡Y la he encontrado yo!

El eco blando y a la vez seco de un bofetón resuena por todo el recinto de los lavabos.

Diez minutos más tarde, Valentina Parini está en el despacho de su tutora, sentada en una silla para adultos que hace que las puntas de los pies le cuelguen a un par de centímetros del suelo. La psicóloga escolar la está mirando fijamente con una de las muecas clásicas de severidad terapéutica que reserva para los momentos en que Valentina ha cometido alguna infracción de naturaleza grave o ha exhibido un comportamiento que traiciona el espíritu de la terapia. A un lado de donde Valentina está sentada, su tutora se dedica a pasarle pañuelos de papel a Marcia Parini y a acariciarle la espalda en gesto reconfortante. Marcia Parini está llorando de forma incontrolable y en un par de ocasiones durante los últimos minutos ha sufrido sendas crisis de hiperventilación que la psicóloga ha tenido que ayudarle a superar mediante ejercicios de respiración controlada.

Valentina frunce el ceño detrás de sus gatas infantiles de pasta verde, tal como frunce el ceño alguien que acaba de darse cuenta de que algo falla a su alrededor. ¿Cómo es posible que su madre haya llegado tan deprisa a la escuela? Le viene a la cabeza la posibilidad de que tal vez en realidad haga más de media hora que ella salió de clase para ir a leer a los lavabos. Ahora que lo piensa, es vagamente consciente de haber leído los cuatro capítulos del Adelanto Editorial más de una vez. Tal vez bastantes veces seguidas. A veces le pasa. Tiene percepciones engañosas del tiempo. Sobre todo cuando se encierra en sitios tranquilos y agradables como los retretes.

—Valentina —dice la psicóloga escolar. Sin dejar de mirarla fijamente, como si estuviera intentando hipnotizarla o algo parecido—. ¿Entiendes por qué estás aquí? ¿Entiendes por qué hemos tenido que llamar a tu madre?

Valentina odia la forma lenta y deliberada en que la mujer lo dice. Como si Valentina tuviera problemas para entender el idioma que están hablando. Después señala con la cabeza los dos objetos que hay encima de la mesa de la tutora. Se trata del manuscrito de *Sangre en la pista de baloncesto* y del cuchillo del pan que ha usado esta misma mañana para sacar su paquete del buzón de la casa. Las dos cosas procedentes de su mochila escolar.

—Esas cosas son mías —dice—. Son *propiedad privada*. No deberían estar ahí. Si me las devuelven, estoy dispuesta a olvidarlo todo —dice, recordando la frase de alguna película que ha visto hace poco.

Marcia Parini hace una pausa en sus sollozos. Por un momento da la impresión de que la pausa es alguna clase de reacción a lo que acaba de decir su hija. Sin embargo, un segundo más tarde queda claro que solamente estaba tomando aire para romper a llorar con más fuerza. Del lugar donde Marcia está sentada viene un verdadero torrente de hipidos, sollozos y algo parecido a mugidos. Valentina repara en que su madre va vestida con unos vaqueros y una camiseta. Lo cual significa que algo la ha hecho salir de su casa con una urgencia terrible. Marcia Parini no es una persona que bajo circunstancias normales se dejaría ver en público vestida con vaqueros y camiseta. En realidad, piensa Valentina, su madre es una persona que probablemente se dejaría matar con gusto antes que dejarse ver por según quién vestida con vaqueros y camiseta.

—Todo es culpa mía —consigue decir Marcia Parini entre sollozos.

Después deja escapar un hipido y dice algo que suena parecido a «tfoadabía». La tutora continúa acariciándole la espalda y el pelo en gesto reconfortante, pasándole pañuelos de papel limpios de una caja donde ya no pueden quedar muchos pañuelos de papel y lanzando de vez en cuando miradas asesinas en dirección a Valentina.

Valentina reflexiona. Odia tener que admitirlo, pero es posible que la subnormal de Adelfi tenga razón. Esta vez se ha armado un jaleo del que no ve muy claro cómo va a salir.

—Valentina. —La psicóloga escolar baña a todos los presentes en una ola gigante de consternación profesional. Su cara está arrugada en una mueca de preocupación que a Valentina le recuerda su propia cara cuando tiene muchas ganas de ir de vientre y se encuentra el cuarto de baño de su casa ocupado por una de las largas sesiones cosméticas de su madre—. Supongo que eres consciente de que con estas dos cosas habría bastante para llamar a la policía. —Señala con la cabeza los dos objetos que hay sobre la mesa.

A la derecha de Valentina Parini, su madre amenaza con asfixiarse entre hipidos. La cara se le está poniendo de un color vagamente azulado. En algún momento de su crisis de llanto se le ha quedado pegado un trozo de pañuelo de papel a un lado de la nariz.

—Lo que has escrito ahí —continúa la psicóloga—, es, es demasiado horrible para parafrasearlo. Sería horrible si lo escribiera un hombre adulto, ya no digamos una niña de doce años. ¿De verdad quieres hacerles esas cosas a tus compañeras? ¿Y a tu entrenadora de baloncesto? ¿O a mí, o a tu tutora? —La sarta de preguntas queda suspendida en el aire del despacho escolar. Como una especie de nubecilla de gas maloliente que nadie quiere respirar. Valentina es consciente de que ahora la están observando con expectación tres pares de ojos adultos. Hasta su madre la está mirando por encima de los restos semidesintegrados de un pañuelo de papel—. No

me puedo creer que estas atrocidades hayan salido de tu cabeza. ¿Alguien te ha estado dando ideas, Valentina? —Hace una última pausa teatral—. ¿Alguien te ha contado estas cosas o te ha dicho que las escribieras?

Valentina cruza los brazos. Sentada en su silla demasiado grande que hace que las puntas de los pies le cuelguen a un par de centímetros del suelo. Las paredes del despacho de su tutora están cubiertas de símbolos de identidad nacional del Liceo Italiano de Barcelona. Una bandera tricolor con un mástil dorado que termina en una especie de punta de lanza. Un retrato de Silvio Berlusconi enmarcado en el puesto de honor de la pared, justo detrás de la mesa de la tutora. Fotografías de lugares estúpidos de Italia como el Coliseo de Roma y el Ponte Vecchio de Florencia y el sitio ese donde se supone que corrían las cuadrigas pero ahora solamente queda un agujero. Valentina odia al pueblo italiano. Le parece el pueblo más estúpido del mundo. Después de que su padre se volviera a Italia, Valentina solía meterse en la cama y taparse la cabeza con la almohada y se pasaba horas imaginando catástrofes naturales que destruían Italia y diezmaban su población. Olas gigantes arrasando las calles estrechas y llenas de motocicletas. Un río de lava descendiendo por la estúpida Scala di Spagna.

—No es culpa tuya —le está diciendo su tutora a Marcia Parini. En tono reconfortante—. No es culpa de nadie. Hacemos lo que podemos para infundirles respeto y valores humanos a nuestros hijos. También aquí, en clase de ética. Valentina está enferma. —Niega con la cabeza con gesto compungido—. Y entre todos la tenemos que ayudar.

—¿Admites que esto lo has escrito tú?

La psicóloga escolar blande las páginas del manuscrito de esa forma en que los fiscales cinematográficos blanden las pruebas incriminatorias. La forma enérgica en que las ha enrollado y ahora las agita frente a su cara hace que algunas páginas se suelten del manuscrito.

—No está acabado —dice Valentina en tono de disculpa.

—¿Y qué me dices del cuchillo? —gimotea Marcia Parini. Su cara se ha convertido en una mueca agarrotada y de un color cercano al granate. La hinchazón provocada por el llanto provoca que no pueda abrir los ojos más que un milímetro o dos. A Valentina le cuesta creer que pueda ver realmente a través de esa rendija minúscula. Ahora que se le han acabado los pañuelos de papel de la caja se le empieza a condensar un resplandor de mocos bajo los orificios nasales—. ¿Pensabas usarlo? ¿Con alguien de la escuela?

Las tres mujeres adultas se quedan mirando a la niña. El silencio repentino provoca que entren flotando por las ventanas los ruidos normales de la escuela. Los gritos de las niñas en el patio. El chirrido de las zapatillas de baloncesto en la pista de baloncesto. Los motores de los coches que pasan. Hasta el zumbido lejano del televisor del bedel, dos plantas por abajo. Por alguna razón, el hecho de que la vida siga su curso normal al otro lado de las puertas cerradas del despacho llena a

Valentina de asombro. Por un momento, le parece que nada de lo que le está pasando es real. Que no está en el despacho de la tutora, y que si cierra los ojos todo desaparecerá. Y ella aparecerá en su cama, bajo las mantas, o tal vez encerrada en un cubículo de los retretes del Liceo Italiano.

—Me apunté al Club de Fans Español de Stephen King —dice por fin Valentina. Evitando las miradas de las tres mujeres—. Son todos unos imbéciles. Lo hice solamente para que me enviaran el Adelanto Editorial...

La reacción de Marcia Parini es sorprendentemente rápida y certera, por lo menos teniendo en cuenta su estado de crisis emocional con llanto e hiperventilación parcial. Su brazo sale disparado y agarra la oreja más cercana de su hija. Valentina no tiene tiempo de apartarse. La tutora no tiene tiempo de detenerla. Al otro lado de la mesa, la psicóloga escolar a cargo del caso de Valentina está demasiado lejos para detenerla.

Con la cara convertida en una mueca dentada de rabia, Marcia le retuerce la oreja con furia a su hija. Haciendo que se le caigan al suelo las gafas infantiles de pasta verde. Valentina suelta un grito que reverbera por toda la escuela.

EL UNIVERSO SEGÚN HANNAH LINUS

Vista desde la ventana alta del hotel donde están alojados Juan de la Cruz Saudade y Hannah Linus, la tormenta parece algo vivo. Una especie de turbulencia viva que avanza por las calles cegada por la rabia y chocando con los edificios. Siete pisos por abajo, la calle se ha convertido en un río rápido y poco profundo que arrastra montones de adornos navideños retorcidos y bolsas de basura. El mundo entero se ha vuelto de color gris oscuro salvo en los instantes infinitesimales en que los relámpagos lo encienden. En esos instantes es de color blanco azulado. Los pocos transeúntes que se aventuran por la calle no es tanto que lleven sus paraguas para protegerse de la lluvia como que por culpa de la ventisca van dando tumbos arrastrados por los mismos.

Juan de la Cruz Saudade está de pie sobre la cama *King-size* de su suite de hotel. Desnudo y plantado sobre la cama en una pose que hace pensar en culturistas posando para revistas especializadas en culturismo. Mirando su reflejo perfectamente musculado y abundantemente tatuado en el espejo de pie de la habitación. Hay admiración genuina en la cara con que se mira en el espejo. Hay admiración y algo más. Una mezcla de deseo sexual y de esa fascinación hipnotizada con que miramos accidentes de tráfico desde ventanillas de coches o películas pornográficas en emisiones de madrugada. Los relámpagos iluminan el sistema perfecto de músculos y tatuajes que componen su cuerpo en pose. La forma en que los destellos eléctricos de la tormenta iluminan sus posturas reminiscentes de culturistas y de luchadores de artes marciales sugieren destellos de cámaras fotográficas. Colgando entre sus piernas, su pene transmite también cierta impresión de estar posando para una batería de fotógrafos invisibles. Parcialmente erguido y con algo parecido a una sonrisa perezosa en el glande.

—Pero ¿qué cojones haces? —Hannah Linus se despereza al otro lado de la cama *King-size*—. ¿Qué te pasa? ¿Tienes diez años?

La postura en que Hannah Linus está acostada boca abajo al otro lado de la cama sugiere actividad sexual frenética y muy reciente. Su pelo rubio normalmente organizado en dos trenzas simétricas y muy rectas a ambos lados de la nuca ahora es un embrollo pegajoso de mechones húmedos. El rubor coital todavía cubre áreas enteras de su cuerpo.

—Hace un momento no pensabas que tuviera diez años. —Saudade hace ese gesto característico de los culturistas consistente en flexionar un brazo en alto con la vista fija en el abultamiento del bíceps—. Cuando me has pedido que volviera a hacer eso. Eso que ha roto la mesa.

Hannah Linus pone los ojos en blanco. Busca a tientas el paquete de tabaco que hay en la mesilla de noche. Coge un cigarrillo y lo enciende con los ojos guiñados.

—No estoy cansado —dice Saudade. Observando con gesto distraído una figura con paraguas arrastrada por la ventisca, siete pisos por debajo, al otro lado de la ventana—. No hace falta que te sientas mal por eso. Muchas mujeres se avergüenzan. Quiero decir, cuando ya no pueden más. Cuando no pueden seguir mi ritmo. Pero no hay que avergonzarse. —Se encoge de hombros—. Yo lo entiendo.

Hannah Linus da una calada a su cigarrillo. Las oleadas de tedio poscoital que la invaden ahora son casi abrumadoras. De hecho, a veces las sensaciones de impaciencia y de asco que le produce tener que estar en el mismo espacio que un hombre con el que acababa de tener relaciones sexuales o incluso tener que hablar con él le resultan casi insoportables. No es de esas mujeres que necesitan aprobación o compañía del género masculino, ni tampoco tiene una autoestima que dependa de despertar apetito sexual en los hombres. No tiene elementos de dependencia en su personalidad, y ciertamente no siente ninguna curiosidad por las sensaciones cercanas a la degradación pero parcialmente agradables que una puede encontrar en el sexo con hombres socialmente o intelectualmente inferiores. Para hacer honor a la verdad, Hannah Linus no siente ninguna curiosidad consciente por nadie. Se considera a sí misma en gran medida su persona favorita y el modelo en base al cual calibrar las carencias de los demás. La forma en que el resto de la gente fracasa en parecerse a ella se parece a la forma en que las moscas chocan una y otra vez contra el cristal de una ventana. Hannah Linus bosteza. Esa parece ser la esencia del Universo Según Hannah Linus: varios millones de empleados, taxistas y amantes que una divinidad escandinava de pechos turgentes y con las facciones de Hannah Linus ha colocado sobre la Tierra para que ella los use y los disfrute. Saudade no es tan distinto al resto de la gente, se dice a sí misma con un suspiro. Simplemente más estúpido.

—Podemos llamar a una *puta* —está diciendo Saudade. Provocando contracciones rítmicas de su musculatura abdominal frente al espejo y contemplando con orgullo cómo los músculos se contraen y se dilatan—. Así no te cansarías tanto. Es más fácil para vosotras si sois dos.

—Llama a una *puta* si quieres. —Hannah Linus se pone de pie y aplasta el cigarrillo en el cenicero desechable de la mesilla de noche. Consulta la hora en su teléfono móvil—. Puedes quedarte con ella. Yo tengo cosas que hacer.

Saudade mira con el rabillo del ojo cómo Hannah Linus camina con pasos perezosos hacia el cuarto de baño de la suite de hotel. Al cuarto de baño de la suite se accede por una puerta de espejo situada en el medio de una pared entera de espejo. Desde lo alto de la cama donde está Saudade, y a través del quicio de la puerta entreabierta, se ven la mesa de masajes y la tarima con tres escalones del jacuzzi. Después mira en dirección contraria. En dirección a la sala de estar un poco elevada donde una pantalla de plasma de treinta y seis pulgadas está emitiendo un bucle de películas para adultos. Y en dirección al rastro de ropa que va desde el vestíbulo de la

suite a los restos de la mesa rota de la sala de estar. Y allí, en medio de la estela de ropa, su mirada encuentra lo que está buscando: el bolso de Hannah Linus. Un bolso de Chanel de piel negra vagamente arrugada con aros de oro. El mismo bolso del que Hannah Linus no se separa bajo ninguna circunstancia y donde guarda los códigos de seguridad magnéticos de todas las dependencias a su cargo. Y entonces pasa algo sorprendente.

Un relámpago ilumina durante una fracción de segundo el dormitorio de la suite y la cara de Juan de la Cruz Saudade. Y durante esa fracción infinitesimal, la cara de Saudade que se refleja en el cristal de la ventana alta no es en absoluto la cara que ha estado hasta ese momento hablando y teniendo relaciones sexuales con Hannah Linus. Es una máscara de odio en estado puro. Una portezuela de hierro abierta a un horno industrial de hostilidad. Sin ninguno de esos elementos de benevolencia o sociabilidad básicos que asociamos con lo humano. Un odio que tiene elementos asociados al género y al estatus socioeconómico pero que los trasciende ampliamente para abarcar todo lo que se mueve sobre la Tierra y respira. Un odio que raras veces se ve fuera de determinadas tallas y máscaras rituales de civilizaciones prehistóricas. Después el relámpago se apaga. La visión solamente ha durado esa fracción de segundo aleatoria. La cara de Saudade se recompone de nuevo.

—A todas las tías les gusta follar con otras tías —dice—. Es un hecho comprobado. O sea que tampoco tienes que avergonzarte. Y no hace falta que te hagas la dura. Con lo de la puta. Todas las mujeres son celosas. Es otro hecho científico.

Saudade escucha. Del cuarto de baño viene la voz de Hannah Linus amortiguada por la mampara de la ducha. Le parece entender vagamente las palabras «culo» y «subnormal». Después se oye un ruido de tuberías durante un segundo y por fin el susurro regular y reconfortante del agua de la ducha cayendo dentro del cubículo.

Saudade salta de la cama nada más encenderse la ducha. Sus movimientos desnudos y musculosos parecen provistos de una precisión letal. Cruza la suite hasta la sala de estar y coge el bolso de Hannah Linus. Saca la cartera que a estas alturas ya le resulta familiar y examina las tarjetas del interior hasta elegir una. Una tarjeta dorada con el anagrama corporativo de la Galería Hannah Linus que Saudade ha visto en varias ocasiones que su propietaria usaba para abrir los dispositivos de seguridad del edificio de la galería. Se dirige a la mesilla que hay junto a una de las ventanas de la sala de estar y aparta la cortina. Mira hacia abajo en busca de la única figura de toda la calle a la que la ventisca no está arrastrando junto con su paraguas. A fin de cuentas, la figura parece demasiado grande para que una simple ventisca pueda desplazarla de su sitio en medio de la acera. Aníbal Manta levanta la vista en dirección a la cortina del séptimo piso del hotel que acaba de abrirse y asiente en silencio bajo la lluvia. Saudade levanta el pulgar en dirección a la figura enorme e inamovible que hay en la acera y vuelve a cerrar la cortina.

—Dime una cosa —dice la voz de Hannah Linus desde el cubículo de la ducha. Mezclada con el ruido del agua—. Estás casado, ¿verdad?

Saudade dirige su atención hacia el teléfono que hay en la mesilla. Le da la vuelta y lo deja del revés sobre la superficie de madera barnizada. Como un animal panza arriba. Después abre uno de los cajones de la mesilla y saca un destornillador no más grande que un mondadientes. Lo usa para quitar los cuatro tornillos que sujetan la base al cuerpo del teléfono. La rapidez y la habilidad con que lo hace sugiere entrenamientos previos monitorizados por alguien provisto de un cronómetro. El interior lleno de cables y dispositivos electrónicos queda a la vista.

—¿Casado yo? —dice Saudade. Con la cara fruncida en una mueca de concentración—. Los hombres como yo no nos casamos, cariño. Sería un desperdicio. Yo voy y vengo, ya lo sabes. —Se seca una gota de sudor de la frente con la muñeca tatuada—. Me debo a mis negocios.

Saudade examina el interior abierto del teléfono hasta encontrar una pieza de plástico sujeta a la base con soldaduras recientes. La pieza tiene una ranura larga y profunda a un lado y una placa con circuitos y cables al otro. Una luz piloto roja se lo queda mirando desde las entrañas del teléfono. Saudade pasa la banda magnética de la tarjeta de Hannah Linus por la ranura, varias veces, hasta que la luz piloto se pone de color verde. Se oye un clic en el interior de la pieza soldada recientemente.

—Yo creo que estás casado —dice la voz de Hannah Linus desde la ducha—. He visto cómo miras a tu alrededor cada vez que entras o sales de la galería. O del hotel. Los hombres casados tenéis todos ese mismo aire furtivo. —Hace una pausa—. Se te ve en todo lo que haces. Eres como un criminal cometiendo un delito.

Saudade marca un número de teléfono en el panel numérico del teléfono despanzurrado. Al cabo de un par de segundos, el lector de tarjetas magnéticas instalado dentro del cuerpo del teléfono empieza a retransmitir la información de la tarjeta. Con un zumbido agudo e irregular. Saudade cierra los ojos y se seca otra gota de sudor de la frente. La retransmisión dura exactamente cincuenta y dos segundos. Las duchas poscoitales de Hannah Linus tienen una duración media de dos minutos y medio de acuerdo con lo que Saudade ha tenido ocasión de ver. El zumbido del transmisor se parece a una versión muy acelerada del ruido que hacen los teletipos y las transmisiones en morse de las películas antiguas. El ruido de la ducha no experimenta esas interrupciones momentáneas de la gente que cierra los grifos para ahorrar agua mientras se enjabonan. Al otro lado de las cortinas, siete pisos más abajo, un grupo de niños mira con admiración a Aníbal Manta y le señala con el dedo y hace comentarios hiperbólicos acerca de su tamaño corporal.

—No me importa —dice Hannah Linus desde la ducha. El tono de su voz es ese tono fuerte en que habla la gente que se está duchando para hablar con otra gente que está fuera de la ducha. Un tono fuerte que no llega a grito pero que se queda cerca—. A mí me va bien. Casi siempre me lío con hombres casados. Más cómodo para mí. No me gusta que me anden detrás todo el tiempo.

El zumbido del transmisor llega a su fin. Saudade empieza a colocar los tornillos de vuelta en su sitio.

El ruido de la ducha se interrumpe. Desde donde está, Saudade acierta a ver una mano que asoma desde el interior de la mampara de la ducha y busca a tientas la toalla.

Saudade devuelve la tarjeta magnética a la cartera de Hannah Linus y la cartera al bolso de Hannah Linus.

Hannah Linus sale de la ducha secándose con la toalla. Se ata la toalla alrededor del cuerpo tal como lo hacen las mujeres. Es decir, por encima de los pechos. Dejando al descubierto las rodillas y parte de los muslos. Por fin emerge al dormitorio. Trenzándose el pelo con la cabeza inclinada a un lado y expresión distraída. Se queda mirando a Saudade con una ligera mueca de disgusto.

Saudade está acostado en la cama. Frunce la cara en una sonrisa que a Hannah Linus le resulta repulsiva y aparta las sábanas para mostrarle su pene nuevamente en estado de erección completa. Un trueno gigantesco hace que se estremezcan los cristales de las ventanas altas y el mobiliario de la suite de hotel. A Hannah Linus se le ocurre que la coexistencia en el mismo espacio físico con los hombres con los que acaba de tener relaciones sexuales le resulta cada día más difícil. Casi como una sensación de repulsión física. Debe de ser cosa de la edad. Aunque no recuerda haberse acostado con ningún cretino tan grande como este.

—Te doy doscientos euros si te largas ahora mismo —dice Hannah Linus cuando se extingue la vibración del trueno. Sin dejar de trenzarse el pelo. Con la cabeza todavía inclinada a un lado—. Trescientos. Solamente tienes que largarte. El dinero está en mi bolso.

Saudade no parece especialmente sorprendido. Se encoge de hombros, con la sonrisa todavía en la cara. A pocos metros de donde está acostado, y reflejándose en el espejo de pie del dormitorio, el televisor de plasma de treinta y seis pulgadas sigue emitiendo un bucle sin sonido de películas para adultos.

EL SISTEMA UNIVERSAL DE SIGNOS ALIMENTARIOS

Aníbal Manta levanta la vista de su tebeo de los X-Men y examina desde lejos la figura de Raymond Panakian, sentado en su silla de mimbre frente al cuadro en el que ya lleva cuatro días trabajando. A Aníbal Manta le gruñe el estómago. Está de mal humor y le gruñe el estómago y no tiene la menor idea de cómo alguien puede pasarse cuatro días enteros trabajando en el mismo cuadro. Y tampoco es que sea una maravilla de cuadro, en su opinión. Cierra de golpe su tebeo. Estira los brazos para desperezarse en su silla y suelta un bostezo largo y ruidoso mientras el estómago le sigue gruñendo. La silla en la que él está sentado no es una silla de mimbre. Es una de esas sillas metálicas plegables que al cabo de una hora provocan un dolor intenso en la parte central del trasero. Se mira el reloj de pulsera. El almacén de Lorenzo Giraut, S. L. a media tarde está completamente en silencio. Dentro del equipo estéreo de Bob Marley hay un disco compacto de música jamaicana que pertenecía a Bob Marley antes de que este desapareciera, pero está completamente descartado ponerlo porque se encalla y la música se convierte en una serie de ráfagas de hipidos entrecortados y enervantes.

Manta se pone de pie. Su grado de aburrimiento e inquietud se acerca peligrosamente a ese grado de aburrimiento e inquietud que lo mueve a uno a hacer cosas inexplicables. La tentación de acercarse a donde Panakian está trabajando y darle un puntapié a la pata de su silla y derribarlo al suelo, por ejemplo, es una tentación que a Manta le resulta inexplicablemente difícil de soportar.

Y no parece que las cosas vayan a cambiar hasta el mismo día del trabajo en la galería. Todas las mañanas a las nueve en punto Raymond Panakian se sienta en su silla de mimbre con sus botecitos de pintura y su paleta y su mono de trabajo azul parecido a los monos azules de la gente que trabaja en talleres mecánicos o en plantas industriales y trabaja sin pausa hasta las once de la noche. Bajo la luz de una lamparilla que emite un brillo azul y extraño. Yanel viene a vigilarlo por las mañanas y Manta suele llegar a las tres para el relevo. Seis o siete horas mirando a un tipo sentado en una silla de mimbre que se dedica a copiar un cuadrado de una lámina que tiene cogida con chinchetas al lado. No hay remedios para un aburrimiento semejante. Ninguna reserva de tebeos de superhéroes puede aliviarlo. El de los X-Men que tiene en la mano, por ejemplo, ya lo ha leído seis veces. Por primera vez en su vida, Manta tiene la sensación de que los tebeos de la época clásica de los X-Men pueden ser algo distinto a media hora de contemplación fascinada y experiencia estética inigualable.

Panakian no se gira para mirarlo ni hace ningún movimiento que parezca relacionado con el hecho de que él se haya puesto de pie. Su mono de trabajo azul

con manchas de pintura por encima de su jersey de cuello alto le da aspecto de trabajador de otra época en que la fe humana en las utopías socialistas no se había debilitado. Manta tampoco tiene ni idea de qué maldito idioma habla el tipo.

Manta da tres vueltas al almacén y fuma un cigarrillo. Lo que le gustaría de verdad es acercarse al supermercado que hay a dos manzanas y comprar provisiones para comer durante el lapso interminable que queda todavía hasta que el tipo deje de trabajar. El final de la jornada en el almacén no está marcado por ninguna hora en particular ni por ningún progreso visible en el trabajo. La jornada se termina simplemente cuando Panakian se levanta de la silla de mimbre y lava sus pinceles y se dirige a la salida y se queda esperando allí. Por si fuera poco, las condiciones de seguridad del almacén no permiten que Manta lo deje solo ni un minuto. Tampoco para ir al supermercado. Cada vez que va al lavabo en el piso de arriba del almacén. Manta tiene instrucciones de esposar la muñeca de Panakian a una tubería.

Una vez completada la tercera vuelta. Manta tira la colilla de su cigarrillo al suelo, se coloca justo detrás de Panakian y se queda mirando por encima de su hombro el cuadro a medio pintar. Con el ceño fruncido.

Aníbal Manta tiene sus reservas sobre la segunda tabla de San Kieran, que es la que Panakian está copiando ahora. En términos narrativos podría o no podría ser una continuación de la que estaba copiando la semana pasada, la de los tipos que se caían por las grietas del suelo. Después de todo. Manta es un lector avezado de tebeos. La segunda tabla tiene figuritas muy pequeñas de gente en la parte de abajo, pero sobre todo parece ser una representación de la bóveda celeste. Un sol negro en medio de un cielo negro. El sol es una simple esfera negra rodeada de una corona de llamas mortecinas. En conjunto resulta muy extraño. El cielo no es negro de la misma manera en que es negro el cielo de las representaciones pictóricas nocturnas. Es un negro mucho más total. Sin estrellas. Sin nubes nocturnas y sin matices de ninguna clase. Es un negro que parece absorber la mirada de forma fatídica. Un negro más parecido a la falta de cielo. Abajo, en la Tierra, hay columnas de humo y fuego. Las figuritas de gente parecen estar huyendo. No en una dirección concreta, sino en todas direcciones. Si uno se fija mucho, se pueden ver las muecas de terror en sus caritas.

—A la mierda —dice Manta después de un minuto de contemplación. Su estómago suelta un gruñido entusiasmado—. A tomar por el culo.

Panakian tampoco levanta la vista de su trabajo al oír las palabrotas de Manta. Manta lo agarra del hombro y lo zarandea. Panakian se lo queda mirando con sus gafas de pianista o de ajedrecista refugiado por razones políticas. Como esas gafas carentes de rasgos de estilo que el estado suministraba de forma gratuita a los ciudadanos de países socialistas.

—Vamos a buscar papeo. —Manta junta todas las yemas de los dedos de una mano y señala varias veces su boca con las yemas unidas. Después se frota la barriga. Después señala a Panakian. Con eso debería bastar, piensa. Es posible que no sea capaz de decir «Eres un capullo y cuando terminemos este trabajo te voy a pegar una

paliza que no te va a conocer ni tu madre» usando solamente las manos, pero si hay algo que Manta domina es el Sistema Universal de Signos en su vertiente alimentaria—. Los dos. Vamos. Tú vienes conmigo. Y ni una sola tontería. A la primera tontería, te traigo de vuelta y te rompo una pierna. Que yo sepa, no necesitas las dos piernas para pintar ese adefesio.

Manta saca a empujones a Panakian del almacén y cierra la persiana del mismo con candado y mira fijamente a Panakian en medio del aparcamiento. Se abre la americana para enseñarle la pistola a Panakian y espera a que Panakian asienta con la cabeza. Después lo lleva a empujones hasta la acera de la calle.

El aire fresco de la calle invernal llena a Manta de optimismo y de ganas genéricas de vivir la vida. A su lado, Panakian tiritita y le castañetea los dientes. Caminan un par de manzanas y entran en uno de esos supermercados bañados en un resplandor fluorescente total que hace pensar en la luz que debe de bañar el paraíso. Manta coge un cesto de plástico corporativo y empuja a Panakian por el pasillo que lleva a la sección de productos enlatados.

—Mira bien, capullo. —Manta mete dentro de su cesto de la compra corporativo dos bolsas de patatas fritas de corte ondulado con glutamato monosódico—. Las maravillas del capitalismo. Seguro que no tenéis estos sitios en el país de mierda del que vienes.

Manta tira del brazo de Panakian y lo va empujando por los pasillos de las distintas secciones del supermercado bañado en luz paradisíaca. Por un momento, y sin saber muy bien por qué, le viene a la cabeza la idea de que la luz total del supermercado es el negativo del color negro del cielo negro del cuadro. Además de las patatas onduladas, introduce en su cesto corporativo seis latas de cerveza, un paquete de jamón de York en lonchas, pan de molde con seis clases de semillas, queso azul, aceitunas rellenas de anchoas, una botella tamaño familiar de Coca-Cola, galletas Oreo, una bolsa de magdalenas caseras y, después de ciertas vacilaciones, un pollo asado precocinado y envuelto en una especie de segunda piel de plástico muy tenso. El cesto corporativo amenaza con desbordarse. En la sección de comida enlatada. Manta se gira y se queda mirando a Panakian con expresión de adoración teatral y una lata de berberechos en la mano.

—Mira esto, desgraciado. —Acerca la lata de berberechos a menos de cinco centímetros de la cara de Panakian—. Berberechos. El mejor invento de la historia de la humanidad. Me quito el sombrero ante el puto genio a quien se le ocurrió sacar a estos bichitos del mar y ponerlos en una lata.

Panakian mira la lata de berberechos y luego mira a Manta. Manta le da otro empujón en dirección al departamento más luminoso si cabe donde un empleado vestido de blanco se dedica a servir los cortes de carne y los quesos de importación. Manta se pone en la cola y señala un punto en el suelo para que Panakian permanezca en él.

—Tú quieto ahí —le dice—. Donde te pueda ver.

De pie en la cola de la sección de carne y quesos, con el cesto atiborrado en la mano y la otra mano en el bolsillo, Manta decide que a fin de cuentas este no tiene por qué ser un mal día. Le quedan un par de tebeos por releer en el almacén y además uno de ellos es un número de la serie limitada dedicada por Marvel a Lobezno. El superhéroe favorito de todos los tiempos de Manta. A veces, cuando lee tebeos en la cama mientras su mujer está charlando con alguna de las vecinas o pidiendo una taza de azúcar o viendo la tele en casa de la vecina de arriba, Manta se imagina que tiene un esqueleto irrompible y una capacidad milagrosa de curar sus propias heridas mediante la regeneración mutante de tejidos. Por no hablar de las garras retráctiles y absolutamente irrompibles. Garras que se hunden en el estómago de Saudade o de cualquiera de los vecinos masculinos de su inmueble. Ahora suspira en la cola del supermercado. La imagen es de una belleza que a menudo lo deslumbra.

La cola avanza deprisa hasta que la anciana diminuta que Manta tiene delante llega al frente. La anciana habla muy flojito y su dedo arrugado tiembla tanto cuando señala los productos en exposición que el empleado tiene que asomar medio cuerpo por encima del mostrador. Manta empieza a impacientarse. En su opinión, el exceso de gente de la tercera edad es uno de los grandes problemas de la sociedad contemporánea. Hasta el punto de poner en peligro el sistema de prestaciones sociales de los contribuyentes. No quiere ni imaginarse cómo sería tener que pagar impuestos. La anciana niega con la cabeza cada vez que el empleado le muestra un trozo distinto de carne y mira a su alrededor con cara desorientada. A Manta le parece que está llorando un poquito. La gente que está detrás de Manta en la cola parece haberse dividido espontáneamente entre aquellos en quienes predomina la lástima por la anciana y aquellos en quienes predomina la irritación. Al cabo de un minuto de miradas confusas y señalamientos vacilantes con el dedo arrugado, Manta deja el cesto en el suelo y da un puñetazo sobre el mostrador.

—Me cago en la puta, señora. —Agacha la cabeza para hablar muy cerca de la cara de la anciana. La anciana lo mira a él con cara aterrada—. ¿Es que no tiene una ecuatoriana que le haga la *puta* compra? Y los demás, ¿qué? No tenemos toda la tarde, ¿sabe? —Se gira hacia el empleado vestido de blanco corporativo y lo señala con un dedo enorme y amenazante—. Tú, ponle un bistec de una *puta* vez y mándala para casa, *coño*.

Hay un momento de silencio. El temblor del dedo de la anciana se ha transmitido a su brazo entero y a una buena parte de su boca. Manta se incorpora con los brazos en jarras y mira el lugar donde está Panakian. O mejor dicho, el lugar donde no está Panakian. Porque Panakian no está en el lugar preciso donde Manta le ha señalado que tiene que quedarse a esperar a que termine de hacer la compra. De hecho, Panakian ya no parece estar en el Departamento de Carnes y Quesos. Manta echa a correr por el pasillo más cercano. La velocidad de su avance y las malas condiciones de visibilidad en las intersecciones de los pasillos del supermercado provocan que choque con varios clientes. Tres intersecciones más tarde, Manta divisa la figura

lejana de Panakian corriendo en dirección a la salida con una botella de whisky debajo del brazo.

—Me cago en la grandísima *puta* —dice Manta, y echa a correr hacia la salida.

En la calle. Manta se queda parado en la acera. No hay ni rastro de Panakian en ninguno de los dos sentidos en que la calle se aleja de la entrada del supermercado. La sensación de haber sido burlado despierta oleadas brutales de estrés emocional en Manta. Ese sentimiento que en definitiva es la cruz que Manta ha sobrellevado toda su vida. Como cuando soporta las burlas de Saudade. Como cuando soportaba las burlas en la escuela y veía a la gente riéndose de él y llamándolo La Cosa. El mismo estrés emocional que ha impedido según su psicólogo unos niveles satisfactorios de crecimiento personal y lo ha mantenido en una dolorosa encrucijada de angustia y violencia. En palabras de su terapeuta.

Manta desenfunda la pistola que lleva enfundada debajo de la americana, la amartilla y se pone a apuntar en todas direcciones. Se oyen gritos por la calle. Algunos transeúntes que caminan por la acera de enfrente se tiran al suelo.

TICS

A Hannah Linus le producen una sensación especialmente reconfortante las oficinas de la galería cuando se quedan vacías. En general, siempre la han reconfortado los espacios corporativos vacíos de cualquier clase. La sensación de poder que le producen, dulce y tranquila, mezclada con cierta atmósfera muy sutil de catástrofe. Y esa es la razón de que ahora esté comiendo sola en su despacho de la zona desierta de oficinas, mientras el personal de oficina de la galería está fuera del edificio como todos los días en la pausa del almuerzo. Con los zapatos tirados de cualquier modo debajo de la mesa y los pies encima de la mesa. Escuchando música en su reproductor portátil de archivos MP3 y masticando la ensalada estrictamente vegetariana que hay en el contenedor de plástico que tiene en las manos.

Nada de soportar la charla estúpida de sus empleados locales, se dice a sí misma mientras mastica. Dejando deambular la mirada de esa forma en que deja deambular la mirada cualquier persona que está comiendo sola en cualquier lugar del mundo. Nada de sentarse apretada a la mesa de una cafetería con olor a grasa y rodeada por el humo de media docena de cigarrillos. Nada de aguantar la forma en que sus empleadas femeninas ríen absurdamente las bromas de sus empleados masculinos. A la mierda con todos ellos, piensa Hannah Linus mientras pincha un tomate cherry con el tenedor y se lo lleva a la boca.

El tomate cherry se queda suspendido a pocos centímetros de su boca abierta. La razón de que el tomate cherry se haya quedado suspendido en mitad de su trayectoria entre el contenedor de plástico y la boca de Hannah Linus es algo que esta acaba de ver y que se acerca dando zancadas furiosas a la puerta de cristal blindado de su despacho. A través de la zona de oficinas desiertas. Una mujer joven vestida con vaqueros y sudadera de imitación de una conocida marca deportiva. Hannah Linus se quita primero un auricular y después otro y se queda mirando con el ceño fruncido cómo la mujer entra furiosamente en su despacho y cierra la puerta con pestillo desde dentro. El pelo recogido en una coleta de la mujer que acaba de entrar en su despacho es una opción estilística obviamente errónea teniendo en cuenta las características estructurales de su cara.

Las dos mujeres se quedan mirándose un momento en silencio. El rasgo facial más característico de la mujer gestualmente furiosa que acaba de entrar es un tic nervioso que le hace arrugar la frente de forma compulsiva y a intervalos regulares. Como si cada medio segundo aproximadamente se estuviera sorprendiendo de algo.

—En primer lugar —dice Hannah, apartando a un lado el contenedor de la ensalada y dejando junto al mismo el tenedor de plástico—. No sé quién se ha creído que es para entrar en mi despacho sin llamar. Y en segundo lugar, le exijo que abra

ese pestillo. —Examina a la mujer de la cabeza a los pies—. ¿Es usted la mujer de la limpieza? Este despacho ya lo han limpiado por la mañana.

La mujer sostiene la mirada de Hannah. Hannah descubre que le resulta difícil concentrarse en lo que quiere decir por culpa del tic nervioso de la mujer que la hace parecer continuamente sorprendida por todo.

—Tú eres Ana, ¿no? —dice por fin la mujer de la ropa deportiva y el tic nervioso facial.

—Hannah —contesta Hannah—. Hannah Linus.

—A la mierda —dice la mujer.

—¿Qué? —Hannah parece perpleja.

—Digo que a la mierda. —La mujer permanece con la espalda apoyada en la puerta de cristal blindado cerrada con pestillo, mirando fijamente a la cara de Hannah con una mueca furiosa que sus tics contradicen cada medio segundo aproximadamente con infiltraciones aleatorias de sorpresa—. A mí nadie me dice cómo tengo que hablar. Y mucho menos una inglesa de mierda.

—Soy sueca... —Empieza a decir Hannah, pero se detiene al ver que la mujer de los tics despega la espalda de la puerta y echa a andar hacia su mesa. Su mirada se posa durante una fracción de segundo en el intercomunicador que hay sobre su mesa y que puede comunicarla mediante una secuencia simple de pulsaciones con el guardia de seguridad de la galería. En su mente empieza a gestarse la sospecha de que podría estar en una situación de peligro potencial—. Un momento. ¿Cómo ha entrado usted aquí?

La mujer se detiene al otro lado de la mesa y envía engañosos mensajes faciales de sorpresa mientras su boca se tuerce en una mueca de asco. Inclina el cuerpo por encima de la mesa y apoya las palmas de las manos en la superficie de la misma. Sus rasgos faciales rítmicamente convulsos podrían resultar atractivos a alguna persona que se sintiera atraída por los sistemas de rasgos faciales que transmiten insatisfacción permanente mezclada con una furia potencialmente explosiva. Los mechones de pelo que se escapan de su coleta y le caen sobre la cara le dan cierto aspecto de heroína matricida de tragedia griega.

—Soy la mujer de Saudade —dice la mujer.

Hannah Linus se lleva una mano a la boca y empieza a morderse una cutícula mientras en su interior crece la sensación de que la situación en la que se encuentra podría ser efectivamente una situación de peligro potencial para su integridad física. La puerta que comunica la galería con la zona de oficinas no está cerrada con llave, y la mujer debe de haber entrado aprovechando un descuido del vigilante. Su mano intenta acercarse de forma subrepticia al intercomunicador de su mesa, pero antes de que tenga ocasión de alcanzarlo la mujer agarra el aparato con las dos manos y tira de él con todas sus fuerzas para arrancarlo de su entramado de cables de distintos colores. La maniobra no funciona en un primer intento ni tampoco en un segundo, y la mujer continúa forcejeando con el intercomunicador en las manos. Dando tirones

furiosos e infructuosos del entramado de cables. Hannah Linus mira más allá de la mujer. Más allá de la pared de cristal blindado del despacho. Hacia el guardia de seguridad que acaba de percibir la situación que está teniendo lugar y que ahora se acerca corriendo a través de la galería vacía en dirección a la puerta de cristal blindado.

—No niego que sea una situación delicada. —Hannah Linus vuelve a mirar al guardia de seguridad que acaba de llegar a la puerta y que ahora forcejea con el picaporte sin darse cuenta todavía de que el pestillo está cerrado por dentro—. Todo esto es muy desagradable para mí.

La mujer del tic nervioso abre mucho los ojos en un gesto que paradójicamente no subraya los elementos ya presentes de sorpresa compulsiva en su mapa facial.

—Eres una *puta* —dice—. Como veas una sola vez más a mi marido te mato.

Hace una pausa y parece darse cuenta de que todavía está sosteniendo en alto el intercomunicador de mesa de Hannah Linus. Se lo queda mirando un momento como si alguien se lo acabara de poner en la mano a modo de broma pesada y lo vuelve a dejar sobre la mesa.

Hannah cierra los ojos y levanta las manos de esa forma en que levanta las manos la gente que está pidiendo un momento para pensar. El forcejeo del guardia de seguridad con la puerta ya es claramente audible en forma del repiqueteo regular de la puerta de cristal contra sus soportes metálicos y de una vibración débil en el resto de paredes de cristal. La mujer sigue ligeramente inclinada sobre la mesa y contemplando a Hannah Linus con una expresión donde la sorpresa ya parece haber desaparecido del todo en beneficio de una rabia presente en todos sus rasgos en forma de pequeños temblores sísmicos.

—No voy a ver más a tu marido. —Hannah lleva a cabo pequeños movimientos apaciguadores con las manos—. Te lo juro. Aléjate un poco. Esto me está poniendo bastante nerviosa.

El guardia de seguridad ha dejado de forcejear con la puerta y ahora está hablando a través de su *walkie-talkie* mientras hace una serie de gestos manuales en dirección a Hannah a través del cristal de la puerta de su despacho. Los gestos del guardia de seguridad parecen al mismo tiempo pedirle que espere unos segundos y asegurarle que todo se va a solucionar de forma satisfactoria. La mujer de la ropa deportiva y el tic nervioso y el estilismo poco favorecedor y probablemente diseñado sin ayuda de ningún profesional del estilismo da un paso atrás. Con la boca todavía fruncida en una mueca irritada.

—Te mato. —La mujer retrocede lentamente en dirección a la puerta y se detiene para señalar a Hannah con el dedo índice y el pulgar extendido hacia arriba. Con ese gesto dactilar universal de amenaza que se suele conocer como la Pistola de Dedos—. ¿Te ha quedado claro?

Hannah Linus hace rodar unos centímetros hacia atrás su silla rodante de ejecutiva y coge un bolígrafo de su mesa. Sostiene el bolígrafo por el extremo

opuesto a la punta y da una serie de golpecitos en la mesa con la punta del capuchón. Se trata de un gesto que ha ido perfeccionando durante centenares de reuniones ejecutivas. Destinado tanto a llamar la atención de sus interlocutores como a subrayar dramáticamente sus palabras.

—Habla con tu marido. —Hannah Linus mira a la mujer con una especie de confianza renovada. En un segundo plano de su campo visual, su ayudante administrativa Raquel se acerca corriendo con un manajo de llaves al sitio donde el guardia de seguridad la espera. El guardia de seguridad está mirando ahora a Hannah Linus con una sonrisa tranquilizadora cuyo mensaje esencial parece ser que la situación de peligro inminente para la integridad de Hannah Linus ya se está disipando—. Este tipo de situaciones pueden solucionarse. En contra de lo que se dice.

Lo que pasa a continuación coge por sorpresa a Hannah Linus. Debido probablemente a que ya confiaba en un desenlace no problemático. De tal manera que no sabe interpretar a tiempo el movimiento de su interlocutora y tampoco consigue apartarse de su trayectoria cuando la mujer rodea la mesa y se le tira encima. Provocando la caída de la silla y de la ocupante de la misma al suelo enmoquetado. Las dos mujeres están rodando por el suelo con varios mechones del pelo de Hannah Linus fuertemente agarrados en las manos de la mujer cuando Raquel consigue abrir la puerta de cristal. Con la cuarta llave que prueba en la cerradura.

UN LAPSO MOMENTÁNEO DE LA RAZÓN

—Por un lado tienes a Gilmour. —El señor Bocanegra da una calada a su puro enorme y mira a través del parabrisas de su Jaguar biplaza descapotable, detenido en el semáforo de la esquina de Pelayo con Ramblas—. Gilmour es, en términos básicos, un zoquete. Y por el otro lado está Waters. El tío que escribió «Dark Side of the Moon». «The Wall». «Wish You Were Here». O sea, un genio. Con una de esas mentes raras. Su música es rara, no lo niego. Waters es el tipo al que Gilmour echó del grupo.

Esta tarde no es el señor Bocanegra quien va al volante de su flamante Jaguar descapotable, que ahora dobla la esquina de Pelayo con Ramblas por el carril descendente de las Ramblas. Quien lo conduce es Aníbal Manta. Con la muñeca apoyada en la ventanilla abierta y la mano enorme colgando en el exterior del vehículo. Y con dos trozos de algodón taponándole los orificios de la nariz que le rompió anoche el señor Bocanegra. Después de que se certificara que Raymond Panakian había escapado de las dependencias de Lorenzo Giraut, S. L. Una nariz que en su estado actual ha dejado de parecer una nariz. No está muy claro a qué se parece exactamente ahora, pero ciertamente guarda cierta semejanza con un meteorito inflado e irregular que hubiera atravesado la estratosfera y se hubiera estrellado con violencia en medio de la cara de Aníbal Manta.

—Viene a ser como si Watson echara del negocio a Sherlock Holmes —continúa Bocanegra. Tamborileando con los dedos en la guantera al ritmo del disco compacto de Pink Floyd que suena en el reproductor de discos compactos del Jaguar—. Como si el indio ese que iba con el Llanero Solitario fuera un día y le diera la carta de despido al Llanero Solitario y se pusiera a intentar hacer todo lo que hace el Llanero Solitario. Lo cual sería absurdo. —Enseña los dientes en una sonrisa cruel—. Porque el Llanero Solitario solamente puede hacer lo que hace porque es el Llanero Solitario.

El grado de abarrotamiento de las Ramblas es el habitual de todas las tardes. El paseo central se encuentra mayoritariamente ocupado por grupos de ciudadanos británicos ocupados en cantar y beber cerveza en vasos enormes de plástico que después se tiran los unos a los otros o simplemente dejan caer al suelo entre arcadas. La imagen hace pensar en hordas de pobladores de las islas Británicas antes de la llegada a las mismas del Imperio romano. Antes de cualquier impulso civilizatorio. También hay grupos de chicas borrachas que suben dando tumbos por el carril central de las Ramblas y que parecen estar celebrando algo indeterminado. Abrazándose entre ellas. Levantando brazos vacilantes para detener taxis y luchando por mantenerse verticales.

—Es como si tú llegas un día a mi despacho y me echas de mi propio negocio — dice Bocanegra con el ceño fruncido. No consigue imaginar qué están celebrando tantas chicas borrachas. Salvo quizá el Día Internacional de las Chicas Borrachas. Se encoge de hombros—. Es como si tú vienes a mi negocio y me echas y a partir de ese momento te sientas en mi mesa y te fumas mis puros y decides que vas a llevar tú mi negocio. Sin importarte que mi negocio sea un negocio que yo he inventado. O que yo sea el mejor en lo que hago, o a fin de cuentas el único que lo hago bien. Porque tú eres un zoquete y un desgraciado y yo soy el tío que inventó lo que yo hago. Pues eso es lo que pasó en Pink Floyd. Cuando el zoquete de Gilmour echó al genio de Waters. —Bocanegra se inclina hacia delante para subir el volumen del reproductor de discos compactos. El cedé que hay puesto es *A Momentary Lapse of Reason* de Pink Floyd. La canción que suena es «Learning To Fly».

Los británicos que ocupan el paseo central de las Ramblas aprovechando el semáforo tienen el pelo muy corto y ropa deportiva y llevan en las manos cigarrillos encendidos y vasos de plástico muy grandes y llenos de cerveza. Sus cuellos son de un color rojo intenso de esa forma en que se supone que los estadounidenses de las zonas rurales tienen el cuello de color rojo. Las marcas predominantes de su ropa deportiva son Burberry y Nike. Muchos llevan camisetas de equipos británicos de fútbol. Algunos van desnudos de cintura para arriba a pesar de que el termómetro gigante de la Puerta del Ángel ha descendido hasta una zona en la que los números no llegan para representar el frío ambiental. Un par de ellos llevan disfraces de conejos de cuerpo entero de esos que parecen haberse puesto de moda este invierno en Barcelona. Unos disfraces que se venden en cualquier tienda de souvenirs para turistas y que están llenando las calles de conejos gigantes.

—La historia de Pink Floyd es como la vida. —Bocanegra da una calada pensativa a su puro—. O tal vez habría que decir que la vida es como la historia de Pink Floyd. Primero estaba Barrett. El origen de todo. El genio inicial, por así llamarlo. Pero nadie se acuerda. ¿Cómo demonios se iban a acordar? Los únicos que vieron actuar a Barrett con Pink Floyd fueron unos cuantos ingleses que iban tan colocados que no se acuerdan de lo que vieron. Eso fue en los sesenta, claro. Después vino Waters. Y eso es lo peor de todo. Porque resulta que sí hay gente que se acuerda de Waters. Que nos acordamos. Y ahora tenemos que aguantar el hecho de acordarnos de Waters y acordarnos de su genialidad y de su música y en cambio lo único que tenemos es ese recuerdo de un tiempo mejor. Y al zoquete de Gilmour. Tocando unas canciones que no le pertenecen y estropeándolo todo con su falta de genio. ¿Lo entiendes? —A medida que el Jaguar llega al final de las Ramblas, el paisaje cambia. Las bocacalles diminutas que se abren a ambos lados están llenas de gente de aspecto discordante con la ley. Con esa gestualidad estereotipada que usa la gente que efectúa transacciones discordantes con la ley. Mirando a su alrededor con gesto furtivo. Efectuando las transacciones por debajo de la línea de la cintura y echando vistazos por encima del hombro con expresión grave. También hay tipos que vomitan con las

palmas de las manos apoyadas en las fachadas de los edificios y la cabeza colgando entre los brazos—. Es un rollo simbólico. Es como las edades del hombre o algo así. Barrett y después Waters y después Gilmour. Es como la vida. Es como acordarse de los viejos amigos que ya no están y no poder hacer nada para que vuelvan. A lo mejor lo entiendes cuando tengas mi edad.

El Jaguar llega al final de las Ramblas y gira por la rotonda que tiene como centro el monumento a Cristóbal Colón y toma la autovía litoral moderadamente llena de circulación a esta hora vespertina. La paliza que el señor Bocanegra le propinó anoche a Aníbal Manta no se limitó a romperle la nariz de un cabezazo. En cuanto Manta cayó de rodillas al suelo, Bocanegra cogió el bate de béisbol que le tendía un amedrentado Saudade y se dedicó a golpearle con el bate en el pecho, la espalda y los brazos. Ante las miradas amedrentadas de Saudade y de Eric Yanel y de Lucas Giraut. A Bocanegra le resultó especialmente placentero propinarle la paliza a Aníbal Manta delante de Lucas Giraut. Debido a los sentimientos cálidamente paternos que tiene hacia el joven hijo de su viejo amigo. Un orgullo claramente paternal se adueñó de él mientras oía el crujido de las costillas de Manta bajo los golpes del bate. Algo parecido a ese sentimiento cálido con que se enseña a un hijo a ensartar el cebo en un anzuelo o a lanzar el hilo de la caña de pescar por encima de las olas. Mientras Aníbal Manta temblaba en el suelo, encogido en posición fetal y protegiéndose la cabeza con las manos, el señor Bocanegra miró a Giraut con una cálida sonrisa y tuvo que reprimir un deseo inefable de darle el bate manchado de sangre, revolverle cariñosamente el pelo y animarlo a que continuara él.

La autovía litoral se va vaciando de coches a medida que dejan atrás la ciudad y el aeropuerto. Pronto la carretera empieza a discurrir con placidez por un paisaje asombrosamente uniforme de urbanizaciones costeras y bares de carretera. Con palmeras mustias flanqueando los carriles de la autovía. Muchos de los bares de carretera tienen rótulos luminosos multicolores y parpadeantes cuyas bombillas forman exuberantes contornos femeninos.

Bocanegra saca su agenda portátil provista de dispositivo de posicionamiento global por satélite e introduce la ubicación exacta del bar de carretera donde su contacto le ha indicado que puede encontrar a Raymond Panakian. Es una de las grandes ventajas de ser el señor Bocanegra: el hecho de que nadie puede ocultarse a su mirada. Gracias a la red ubicua y siempre alerta de contactos que tiene desplegados por todas partes. O por lo menos dentro del área de influencia de su imperio de coctelerías, salas de fiestas, discotecas y restaurantes ampurdaneses. Ese imperio que tiene su centro en El Lado Oscuro de la Luna y que es como una criatura viva y acechante. Siempre despierta. Siempre husmeando en busca de las cosas que el señor Bocanegra quiere encontrar. Y siempre dispuesta a hacerle una llamadita al señor Bocanegra a su móvil para indicarle, simplemente a modo de favor sin importancia, dónde se encuentra cierto individuo de renombre internacional en el mundo del hampa que a Bocanegra se le perdió hace solamente unas horas. Algo que

siempre es de agradecer. Y algo que debe agradecer en especial Aníbal Manta. Que a fin de cuentas ha salvado el pellejo gracias a dicha llamada.

—Ya estamos llegando —dice el señor Bocanegra, sin dejar de tamborilear al ritmo del disco compacto de Pink Floyd. Y dando abundantes señales de estar de buen humor—. Continúa hasta dejar atrás dos urbanizaciones más, luego tres bares de carretera, toma un desvío a la izquierda y busca un letrero luminoso en forma de tía con cuernos de demonio —dice, siguiendo con el dedo las instrucciones que aparecen en la pantalla de su sistema de posicionamiento global—. El sitio se llama Judas.

Cinco minutos más tarde, Aníbal Manta aparca el Jaguar en el aparcamiento para clientes del bar de carretera llamado Judas. De donde hace menos de una hora ha venido la llamada despreocupada que a modo de simple favor sin importancia informaba al señor Bocanegra de que el individuo comúnmente conocido como Raymond Panakian estaba bebiendo copa tras copa de Macallan en la barra americana y metiendo billetes arrugados de cincuenta euros dentro de las braguitas de las bailarinas. El edificio que alberga el Judas es un bloque de cemento parecido a una nave industrial, con el letrero luminoso sobre el tejado y rodeado de palmeras mustias. Sin ventanas. Con una puerta principal exageradamente iluminada y protegida por un par de encargados de seguridad con intercomunicadores de diadema.

—Esto lo tenemos que hacer con discreción —dice el señor Bocanegra cuando Aníbal Manta apaga el motor y saca la llave del contacto, haciendo que la voz de David Gilmour se calle de repente en el reproductor de discos compactos del Jaguar—. Esta gente son nuestros amigos. No queremos montarles un escándalo en medio de su local. Conozco al dueño de este local. Es un buen hombre. Su negocio se basa en la discreción. Igual que el nuestro. Y no nos gustaría que nadie armara jaleo en uno de nuestros locales. ¿Verdad?

Aníbal Manta asiente. Le da las llaves del Jaguar al valet del aparcamiento y sale del coche seguido por su jefe. Los dos encargados de seguridad de la puerta se apartan para dejarles pasar con apenas un ligerísimo estremecimiento muscular tras sus gafas de sol idénticas que delata que han reconocido a los dos hombres que están entrando. Una vez dentro del local, Bocanegra y Manta aguardan un segundo a que se les acostumbre la vista a la penumbra rojiza del interior. En el sistema de sonido suena un viejo single de la banda inglesa Iron Maiden. Aníbal Manta siente una oleada cálida de reconocimiento. Cuando era un adolescente problemático y traumatizado por el estigma de su aspecto físico, Manta solía escuchar cintas de cassette de Iron Maiden. En su opinión, está claro que Iron Maiden eran mucho mejores que Dio. Mejores que Saxon. Incluso mejores que MegaDeth.

La empleada del local que se les acerca con una sonrisa obsequiosa va vestida con unos zapatos de tacón de aguja y unas braguitas de lentejuelas. También tiene algo parecido a lentejuelas o tal vez a purpurina espolvoreado por la piel de la cara y el torso.

—Me llamo Anaïs —les dice la empleada—. Permítanme que les ayude a tener una velada inolvidable.

—Él se llama señor Bocanegra. —Aníbal Manta señala con el pulgar a Bocanegra. Su voz es una especie de retumbar pastoso y zumbante debido al taponamiento de sus orificios nasales—. Hemos venido a buscar a un amigo nuestro. Si nadie se mete por medio, no creo que nadie salga herido.

La sonrisa obsequiosa de Anaïs se deshace como una pastilla de jabón caída en un tanque de ácido sulfúrico humeante y es reemplazada por una mueca de terror cósmico. La empleada asiente varias veces y se aleja de los dos recién llegados con toda la rapidez que le permiten sus zapatos de tacón de aguja. La velocidad le imprime a sus pechos desnudos un vaivén vertical rítmico exagerado. Algunos clientes del establecimiento que han presenciado la escena con el rabillo del ojo empiezan también a emprender maniobras de alejamiento. Algunas tan sutiles que cuesta verlas y otras apresuradas que dejan atrás copas a medio beber o acompañantes escasamente vestidas.

Raymond Panakian está sentado en un taburete de la barra americana, con la espalda encorvada, vestido con el mismo mono azul de operario manchado de pintura con el que se escapó la tarde anterior. Su expresión facial sugiere que lleva mucho tiempo sentado en el mismo taburete y que ha consumido varias docenas de copas de Macallan. Bajo las luces estroboscópicas del local, las salpicaduras de pintura de su cara y su pelo le dan aspecto de modelo perezosamente lisérgico de alguna obra capital del cine psicodélico. En un momento dado extiende un brazo con gesto casi nostálgico para tocar los genitales de una bailarina de *striptease* que baila justo delante de él y de la comisura de la boca le cae algo parecido a un hilo de saliva.

Aníbal Manta y el señor Bocanegra se sientan en los taburetes contiguos al taburete de Raymond Panakian. Uno a cada lado. La bailarina de *striptease* que está bailando justo delante empieza a alejarse de forma sutil. Sin dejar de bailar.

—Bajo circunstancias normales —le dice Bocanegra a la cabeza gacha y vagamente babeante de Panakian— yo soy quien debería encargarme de ti. Por una cuestión de jerarquía, claro. Yo soy quien debería hacerte entender que no está bien dejar un empleo sin preaviso y todas esas cosas. O sin acabar el trabajo, claro. Es una de mis ocupaciones como jefe supremo. Dar unos tironcitos de oreja a los que hacen algo que no está bien y después sonreírles y darles una palmadita en la espalda y decirles que no se preocupen a fin de cuentas. Que aquí todos somos amigos y que nunca hemos sido rencorosos. Y sin embargo, dadas las circunstancias presentes —Bocanegra señala con la cabeza a Aníbal Manta, sentado en el taburete que hay al otro lado de Panakian—, creo que mi amigo Aníbal tiene muchas ganas de ser él en persona quien tenga esa pequeña charla contigo. Y yo se lo voy a permitir. —Esboza una sonrisa enorme y cruel—. Si no te importa, claro.

Panakian gira la cabeza lentamente para mirar a Manta. Aníbal Manta asiente con la cabeza y dice algo que resulta ininteligible debido al taponamiento de sus orificios

nasales con sangre seca y cartílago roto y bolas de algodón. Únicamente se entienden las palabras «conocer» y «madre».

El siguiente movimiento de Raymond Panakian resulta completamente inesperado en un hombre de su edad y su complexión, y en especial en un hombre que parece haberse bebido tantas docenas de copas de Macallan. Como si tuviera alguna clase de resorte a base de muelles en la parte inferior de su cuerpo, o tal vez algún mecanismo a base de motores de reacción, Panakian sale disparado hacia delante y hacia arriba en dirección al punto del escenario de la barra americana que solamente hace un minuto estaba ocupado por la bailarina. Se trata probablemente de una de esas hazañas corporales nacidas de la desesperación absoluta y del temor por la propia vida que solamente se pueden realizar gracias al hecho de que la mente embotada y desesperada olvida durante un instante que el cuerpo no es capaz de llevarla a cabo. Y a punto está de funcionar. Raymond Panakian está muy a punto de saltar con éxito desde su taburete al escenario. Salvo por el hecho de que justo cuando está suspendido en medio del aire Aníbal Manta consigue agarrarlo de un tobillo. Lo cual provoca que el cuerpo suspendido de Panakian experimente una sacudida en medio del aire y caiga de cara sobre el borde del escenario. Rompiéndose la mayor parte de la dentadura contra el mismo.

—Grrrfsslll —dice Panakian desde el suelo. Escupiendo trozos de dientes y protegiéndose la cabeza con las manos.

—No lo he entendido —dice el señor Bocanegra con el ceño fruncido. Se lleva una mano a la oreja en ese gesto universal destinado a indicar a tu interlocutor que no ha hablado lo bastante alto ni lo bastante claro—. ¿Qué crees que ha dicho?

—No lo sé —dice Aníbal Manta—. Debe de ser uno de esos idiomas raros.

El señor Bocanegra coge un taco de billar de un soporte para tacos de billar que hay junto a una de las mesas de billar del local. Para entonces, la gran mayoría de gente que hay en el establecimiento ya ha salido del mismo o bien está parapetada detrás de algún elemento del mobiliario, observando con horror fascinado. Bocanegra coge el taco por sus dos extremos y utiliza la rodilla como pivote para partirlo por la mitad. Después le lanza el trozo más grande a Aníbal Manta. Manta lo coge al vuelo.

Lo que sucede a continuación es rápido, eficaz y nada bonito. Manta agarra a Raymond Panakian del pescuezo y lo levanta en volandas. Lo empuja contra el borde del escenario de manera que el cuerpo de Panakian quede convenientemente doblado por la mitad y con el trasero un poco proyectado hacia fuera. De un tirón seco le baja los pantalones y los calzoncillos.

—Cuidado con las manos —dice el señor Bocanegra.

Aníbal Manta se mira las manos con gesto interrogativo.

—No, idiota, las manos de él.

Manta suelta un gruñido de asentimiento. Después mira con cara de concentración el trasero pálido y esmirriado de Panakian. Con el trozo astillado del taco de billar en la mano. Con la misma expresión facial que tienen los arqueros

olímpicos antes de lanzar una flecha. O los jugadores de bolos antes de lanzar la bola por el carril. Los presentes sueltan gemidos de dolor y hacen muecas de espanto y niegan con la cabeza. Aníbal Manta sonrío por debajo de su nariz rota.

EL RÍO PERDIDO INTERIOR

Eric Yanel estira el cuello periscópicamente para ver por encima de las cabezas de los asistentes distintos a toda idea que Yanel tiene de lo que tienen que ser los invitados de una fiesta. Pese a que está perfectamente claro que se está celebrando una fiesta en esta sala de fiestas de la parte alta de la ciudad. Hay camareros uniformados paseando bandejas llenas de copas llenas que son reemplazadas a velocidad vertiginosa por copas vacías. Todo el mundo bebe y fuma y habla con esa disposición globalmente animada de las fiestas. Son los invitados lo que le resulta a Yanel imposible de reconciliar con su idea de lo que es una fiesta. Muchos son gordos. Otros son viejos, y algunos de ellos son las dos cosas a la vez. Nadie va vestido con ropa realmente cara y la mayoría de los presentes no llevan ningún peinado discernible. Un auténtico océano de michelines, panzas, tobillos gordos, papadas bamboleantes y cinturas inexistentes se extiende hasta donde se pierde la vista. Muchos de los invitados no parecen haber pisado un gimnasio en su vida.

Al cabo de un momento, Yanel localiza a Iris Gonzalvo en un punto remoto de la fiesta. Hablando con un tipo de cara ancha y gafas metálicas. El elemento estético más llamativo del tipo que está hablando con Iris parece ser un culo mucho más grande que ningún culo que Yanel haya visto jamás en un hombre. Un culo que también sería demasiado grande en el cuerpo de una mujer. Grande y gordo. En otros tiempos, Iris jamás se habría dejado ver en público hablando con un hombre que tuviera un culo semejante. Yanel se siente vagamente alarmado. Con su copa en la mano, y tratando de no tocar a nadie más de lo estrictamente necesario, se abre paso entre la multitud nada parecida a los invitados de una fiesta que lo separa de su prometida.

—Yo no creo que deba sentirse usted mal —le está diciendo el tipo del culo inverosímilmente gordo a Iris cuando Eric se detiene con su copa en la mano frente a los dos—. Por haberle apagado el cigarrillo en la cara a ese caballero. Claro que es un fastidio que el caballero le pusiera una denuncia y todo eso. Sobre todo si dice usted que está atravesando un mal momento financiero. —Se encoge de hombros. Ahora que la puede ver de cerca, Yanel aventura que es posible que la cara del tipo sea realmente más ancha que larga—. Pero, en definitiva, estaba usted expresando lo que sentía. Resolviendo una situación comunicativa compleja. Fue usted valiente por hacer lo que hizo. Y lo que es más importante, fue usted completamente sincera.

Iris Gonzalvo se gira parcialmente hacia Eric Yanel y lo mira con el ceño un poco fruncido. Yanel no detecta en su mirada nada que se parezca a la simpatía. Eso le provoca cierta confusión: ¿hubo alguna vez alguna clase de sentimiento positivo en la

cara con que le miraba su prometida, o bien siente nostalgia por algo que nunca ha existido fuera de su mente? La verdad es que no consigue acordarse.

—Eric —le dice ella—, este es Alex Jardí. Escribe libros. Son unas cosas que se leen. Le estaba contando los problemas que tengo porque ya nunca se te levanta. Y también porque ya nadie te quiere dar trabajo y no tenemos dinero y hace varios meses que nadie nos llama. —Da un sorbo a su copa sin quitar la vista de Yanel. Después señala con la copa medio vacía al tipo del culo inverosímilmente gordo—. Alex publicó un éxito de ventas hace un par de años. Uno de esos libros para ayudarse a uno mismo y tener una vida más feliz. Se titula *Los ríos perdidos de Londres*.

—Son cuatro historias independientes —explica Alex Jardí—. Pero interconectadas. Yo lo considero una especie de manual. Para encontrar tu propio río perdido interior. Así es como lo llamo yo. Es esa persona que tenemos todos dentro. La persona que queremos ser. Todos la tenemos dentro pero hay que aprender a hacerla salir. A metamorfosearnos.

Yanel mira al tipo del culo gordo. Su cara es ancha de una forma que hace pensar en caras de personajes de dibujos animados a las que les cae un piano encima y se vuelven más horizontales que verticales.

—No entiendo nada —dice Yanel—. No entiendo qué es esta gente. —Señala con la cabeza en dirección a la gente que los rodea. Su expresión facial hace pensar en clérigos musulmanes en medio de una fiesta estival de la espuma. En licenciados oxonienses en medio de un barrio de favelas. En gente japonesa en cualquier evento social fuera de las fronteras de Japón—. Tampoco entiendo por qué estamos aquí cuando podríamos estar en alguna fiesta normal. ¿Quién ha montado esta fiesta? No conozco a nadie.

—No conoces a nadie porque esta es una fiesta literaria —le dice Iris—. La gente que viene aquí son escritores, editores y periodistas. O sea, que no es la clase de fiesta a la que estás acostumbrado. No hay furcias desnudas que llevan bandejas con líneas de cocaína. Y probablemente te va a costar encontrar a alguien que te la chupe en el lavabo. —Hace un gesto vago con la mano que sostiene su copa en dirección a la entrepierna de Yanel—. Aunque no debe de ser muy divertido que te la chupen. Teniendo en cuenta que ya no se te levanta.

Eric Yanel se frota las aletas de la nariz con un movimiento circular de los dedos índice y pulgar que constituye uno de sus gestos nerviosos tradicionales. Uno de los Gestos Nerviosos Clásicos de Eric Yanel. De esos gestos que la gente que lo conoce identifica automáticamente con su repertorio gestual idiosincrático. Las aletas de la nariz de Eric Yanel parecen estar siempre rojas. Como resultado de alguna clase de irritación cutánea localizada. Los otros Gestos Nerviosos Clásicos de Eric Yanel son *a)* sorberse la nariz ruidosamente y a menudo arrugando toda la cara, y *b)* echar la cabeza bruscamente hacia atrás para reconfigurar su pelo rubio y repeinado, de esa forma en que las modelos capilares de los anuncios televisivos de champú echan la

cabeza hacia atrás para sacudir su melena y en que la gente común sacude sus melenas a modo de imitación paródica de los anuncios de champú. En el caso de Yanel, sin embargo, parece no haber intención paródica. La parodia parece ser en general una forma de expresión ajena a su repertorio expresivo.

—Todo funciona bien cuando me masturbo. —Yanel mira a Iris con el ceño fruncido—. Ya te lo he contado muchas veces. O sea que no es estrictamente verdad que no se me levante. No es lo mismo que no se me levante con alguien y que no se me levante nunca. —Hace una pausa. Varios de los invitados situados en grupos metadyacentes al sitio donde Yanel está hablando con Iris lo están mirando con el rabillo del ojo—. Podría darte mil excusas. Está claro. Pero prefiero no hacerlo. Esto es algo que en mi opinión deberías apreciar. Como prometida mía y todo eso.

—Iris me ha contado que quiere convertirse en actriz famosa —dice Alex Jardí. A pesar de la desmesura de su culo en relación con todos los cánones conocidos, la enormidad de su culo parece conferirle cierta cualidad difícil de explicar. Cierta solidez moral. O cierto anclaje extraordinariamente sólido en el suelo—. También me ha dicho que usted puede intentar obstaculizar su triunfo. Debido a la envidia que le causa su propio fracaso como actor.

Yanel hace una mueca de dolor y se inclina hacia delante para masajearse una rodilla con las manos.

—¿Quién es este tipo? —dice. Con la cintura doblada hacia delante y sin dejar de acariciarse la rodilla—. ¿Y por qué estamos aquí? Yo nunca he leído un libro, creo. Tal vez de niño. —Levanta la vista y mira a Iris Gonzalvo, que ahora lo está mirando con los brazos cruzados y una mueca de impaciencia—. ¿Y qué quiere decir todo esto? ¿Por qué me estás hablando en ese tono?

A estas alturas es difícil no sospechar que algunos integrantes de los grupos metadyacentes al grupo formado por Eric, Iris y el hombre llamado Alex Jardí han realizado sutiles maniobras de acercamiento con intención de escuchar a hurtadillas su conversación. Algunos vectores y grados de inclinaciones de las cabezas metadyacentes parecen corroborar esta sospecha.

—Quiere decir —dice Iris— que estoy cansada de anuncios de desodorante donde solamente se ve un sobaco. ¿Qué te hace pensar que quiero casarme con alguien que sale en anuncios donde solamente se ve un sobaco? Lo mismo digo de los anuncios donde mi prometido está corriendo la maratón junto con dos mil personas más. Por no mencionar los anuncios de coches. —Ahora todos los elementos expresivos de su cara y su cuerpo parecen estar concentrados en transmitir repugnancia fatigada: los brazos cruzados; los ojos en blanco; la cabeza ligeramente ladeada—. Estamos aquí porque he decidido empezar a conocer a gente interesante. Por primera vez en mi vida. Y no me puedo creer que vayas a montar el número de la rodilla. ¿De verdad crees que te puede funcionar otra vez?

Eric Yanel deja su copa en la bandeja de un camarero que está pasando a su lado y se pone en cuclillas en el suelo. Con cara de dolor intenso. Cogiéndose la rodilla

con esa mueca facial parecida a la mueca de haber comido algo podrido que ponen los deportistas mientras se agarran rodillas o partes del cuerpo recién lesionadas.

—Es uno de sus trucos —le dice Iris Gonzalvo al hombre con el culo más gordo que Eric Yanel ha visto en su vida—. Lo de la rodilla. Lo hace para dar lástima. En situaciones como esta. Joder. —Suelta un soplido irritado—. Me parece increíble que al principio yo me lo creyese.

Ahora Eric Yanel está sentado en el suelo. Abrazado a su propia pierna y con la cara descompuesta en una mueca de dolor intenso. Varios invitados a la fiesta se acercan a él y le preguntan si se encuentra bien. O bien le ponen la mano en el hombro y le ofrecen vasos de agua. Yanel levanta la vista de su rodilla y mira en dirección al sitio donde estaba Iris Gonzalvo hace solamente un momento. Y donde ya no está.

Yanel se pone de pie de un salto. Estira el cuello periscópicamente y recorre la sala con su mirada. Varios invitados continúan acercándose con vasos de agua y poniéndole la mano en el brazo y preguntándole si necesita algo. Hombres solícitos con panzas colgantes como pelotas de baloncesto. Mujeres de muslos horriblemente celulíticos. Pantorrillas hidropésicas. Yanel los aparta a manotazos y por fin alcanza a ver la silueta esbelta y la melena oscura de Iris a lo lejos. En la sección de la fiesta más cercana a la salida. Parece estar recogiendo del guardarropa su abrigo de piel y su gorro alto y peludo de inspiración moscovita. Después espera con expresión neutra a que un empleado le ayude a ponerse el abrigo y sale con pasos majestuosos de la sala de fiestas donde está teniendo lugar la fiesta literaria. La cara de Yanel se desencaja exactamente igual que si alguien le hubiera golpeado con un mazo encima de la cabeza.

—A mí me pasó algo parecido una vez —le dice el tipo del culo gordo y la cara cómicamente ancha. Mientras Yanel mira con la cara descompuesta en dirección a la zona de la salida—. Me refiero a esos problemas de erección que tiene usted. Mi mujer y yo, en esos casos, usamos toda clase de juguetes sexuales. Incluyendo objetos vibratorios y chismes electrónicos. Y de vez en cuando, no me importa pagar a individuos de mi mismo sexo para que suplan determinadas funciones conyugales. —La expresión del tipo del culo gordo transmite un entusiasmo extraño. Un entusiasmo que hace pensar en santones orientales. En finales felices de cadenas de reencarnaciones—. También nos gusta elegir escenarios públicos o inverosímiles.

Eric Yanel se pone a temblar. En medio del círculo de vasos de agua y ofrecimientos solícitos de ayuda médica. Su mandíbula inferior parece al mismo tiempo temblorosa y desencajada. Pese a lo que ha dicho hace unos minutos, no es del todo cierto que no tenga problemas para alcanzar erecciones satisfactorias en la intimidad. Lo cierto es que ha empezado a tener problemas con la idea misma de erección. La erección como elemento distintivo central de la condición masculina. Yanel lleva meses sintiendo una presión poco agradable sobre su psique masculina. No le gusta pensar en su pene y cuando piensa en él lo hace con cierto desasosiego.

Evita mirarse el pene cuando se ducha. Lo cual ha ido creando una especie de punto ciego en sus duchas. Un punto ciego situado a la altura de la entrepierna. Para desviar su atención del mismo, Yanel ha puesto un reproductor portátil de discos compactos en el cuarto de baño y se dedica a cantar canciones de pop comercial de los años ochenta mientras se ducha. La artista de pop comercial favorita de Eric Yanel es Madonna. Principalmente sus discos de la década de los ochenta. El resto del tiempo, Yanel atribuye su falta general de interés por el sexo fálico a cuestiones relacionadas con el estrés que le genera la obsesión fálica de su prometida. En un par de ocasiones recientes ha pagado a prostitutas solamente para lamerles el ano o la vagina o para hacer que se masturbaran delante de él.

Al cabo de un momento de parálisis desencajada, Yanel parpadea. De esa forma sorprendida en que parpadea la gente que acaba de salir de un trance. Balbucea algo ininteligible sobre su rodilla y empieza a cojear tan deprisa como puede por entre los asistentes.

Yanel alcanza a Iris en la esquina de la calle de Pedralbes donde Iris está de pie frente a un semáforo, con los brazos cruzados sobre el pecho y el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante y hacia un lado como hacen los transeúntes que se detienen frente a un semáforo para esperar un taxi. Eric Yanel se acerca a ella cojeando aparatosamente. Es una de esas noches luminosas de invierno en las que las estrellas escasas y las luces de posición de los aviones en el cielo generan en la mente del espectador metáforas relacionadas con los conceptos de Implacabilidad de la Soledad Cósmica y Brevidad de la Vida Asociada al Riesgo de Cáncer. El abrigo de piel de Iris y su gorro alto y peludo de inspiración moscovita, unidos al panorama urbano de verjas de jardines y mansiones de principio de siglo, le confieren a la escena una cualidad inconfundible de obra teatral romántica. Yanel se ha dejado su chaqueta en el guardarropa del local.

—Estoy dispuesto a intentarlo otra vez —dice Yanel. Sus jadeos expulsan nubecillas turbias de vapor en el aire helado—. Me refiero a follar. No es que me apetezca exactamente. Ya te he explicado lo mal que me hace sentir la presión y todo eso. Pero puedo intentarlo. De veras.

Hay un momento de silencio. La silueta de Iris resulta genuinamente romántica con los brazos cruzados sobre el abrigo de piel. La postura en que Yanel está de pie delante de ella es: escorado hacia un lado, con la espalda encorvada hacia delante y una mano sobre la rodilla. Un poco como un soldado de una obra teatral romántica herido y graciosamente inclinado delante de una de esas damas rusas de las obras románticas.

—Puedes intentarlo. —Iris Gonzalvo saca una especie de polvera del bolsillo de su abrigo. Coge un poquito de cocaína del interior ayudándose de una llave y se la introduce en el orificio nasal. Después se sorbe la nariz—. Pero no conmigo. Te dejo. Adiós. Ya no estamos prometidos. —Levanta las cejas—. Ya ni siquiera somos novios.

—Puedo asegurarte que las cosas van a cambiar. —Yanel se saca la billetera del bolsillo de los pantalones y se pone a hurgar en su interior—. Esta vez de verdad. O sea, no como la última que te dije que iban a cambiar. No como la última vez que te dije que aquella vez era verdad. ¿Me sigues? Esta es la vez definitiva que te digo que las cosas van a cambiar. Que mi carrera va a dar un salto que no te puedes imaginar. Esta es la vez de verdad. He conocido a alguien. Uno de esos millonarios excéntricos. Se llama Giraut. —Por fin encuentra lo que está buscando en su billetera. Una tarjeta de visita. La saca con los dedos temblorosos y se la da a Iris—. Vive en una mansión gigantesca. Yo he estado allí muchas veces. Un mecenas de las artes. Un gran amigo mío. Me va a producir una película. Como protagonista. Guionista. Director. Lo que yo quiera. Tú también puedes salir, claro.

La luz vagamente anaranjada de las farolas sobre las verjas de jardines y las mansiones de principios de siglo y la silueta moscovita de Iris intensifican la atmósfera de decorado de obra romántica moscovita. Como esas luces de focos anaranjados que se proyectan directamente sobre los actores en las escenas de las obras teatrales románticas ambientadas en esquinas de calles invernales con farolas pintadas al fondo. Iris examina la tarjeta con cara de impaciencia.

—Aquí no pone nada de que sea productor de cine —dice—. Aquí pone: «Lucas Giraut. Anticuario. Visitas concertadas».

—Tú no entiendes de esas cosas. —Yanel mira con cara desesperada un taxi sin ocupantes que se acerca al semáforo donde están—. Ese tipo es un intelectual. Su familia hizo fortuna con las antigüedades. Con el arte oriental. Con los cuadros antiguos de eclipses y esas cosas.

Iris le hace una señal con la mano al taxi. El taxi aminora la velocidad y por fin se detiene delante de ella.

—No puedes dejarme. —Yanel intenta sacar un cigarrillo de su paquete de tabaco pero le talla el pulso y caen varios cigarrillos sobre la acera—. Yo te he dado todo lo que tienes. Me debes toda tu carrera. —Hace una pausa—. Si me dejas podría matarte —añade en tono dubitativo.

Eric Yanel se queda mirando cómo el taxi se aleja con Iris en el interior mostrándole el dedo corazón a través de la ventanilla. Después empieza a alejarse por la calle arrastrando una pierna.

EL DÍA DEL LANZAMIENTO MUNDIAL DE LA NUEVA NOVELA DE STEPHEN KING

El Día del Lanzamiento Mundial de la Nueva Novela de Stephen King está tocando a su fin. Los rayos del sol vespertino caen entre los balcones del Barrio Gótico como las cenizas incandescentes de un incendio silencioso. La gama cromática del cielo vespertino sobre los tejados del Barrio Gótico también sugiere que algo se está quemando en algún lugar del cielo.

Valentina Parini está sentada con las piernas cruzadas sobre su cama en su dormitorio de la primera planta del Palacio de la Mar Fosca. Experimentando una sensación de peligro acuciante. Los ruidos navideños que se filtran por las paredes y las ventanas cerradas del antiguo palacio no solamente no disipan la sensación de peligro, sino que parecen acentuarla. Hace unas horas que Valentina Parini ha descubierto que solamente consigue mitigar la sensación de peligro sentándose con las piernas cruzadas en la cabecera de su cama y meciéndose hacia atrás de tal manera que la parte posterior de su cabeza golpee rítmicamente contra la pared.

—¿Tina? —la llama su madre desde el cuarto de baño donde está secándose el pelo durante la fase preparatoria de su Expedición en Busca de Marido de todos los viernes por la noche—. ¿Quieres venir un momento?

Frente a su cama, en un nicho de la pared que en opinión de Marcia Parini se parece demasiado a un altar, está el despertador averiado que llevaba en la mano Valentina Parini la última vez que vio a su padre. El último día de su vida en que vio a su padre. Cuando salió a la calle en busca de su padre para que este le reparara el despertador averiado y se lo encontró guardando sus últimas pertenencias empaquetadas en el maletero de su coche. Y así se quedó, con el despertador averiado en la mano, plantada en la puerta del antiguo palacio ducal, mientras su padre se limitaba a despedirse de ella con una sonrisa nerviosa, se metía en el coche a toda prisa y arrancaba para no regresar nunca. El día en que las cosas empezaron a ir realmente mal en la vida de Valentina Parini. Aunque tampoco es que antes fueran bien.

—¿Valentina? —La voz de su madre suena algo opaca y a la vez algo estridente desde el interior del cojín de ruido aéreo del secador de pelo—. Acuérdate de lo que hemos hablado sobre estar en las nubes.

La sensación de peligro que experimenta esta noche Valentina Parini y que la obliga por alguna razón a mecerse hacia atrás y a golpearse la parte posterior de la cabeza contra la pared ha empezado en algún momento de esta mañana. Al principio no le ha dado demasiada importancia. Al principio no era más que una especie de hormigueo. Como la sensación de estar siendo observado cuando uno no sabe a

ciencia cierta si está siendo observado. A la hora de la comida y durante las clases de la tarde la cosa ha empeorado, hasta el punto de que se le han puesto las manos demasiado rígidas para coger la cuchara o el bolígrafo. Más tarde, ya en casa, la sensación se ha vuelto increíblemente acuciante. Como la sensación de tener a alguien apuntándolo a uno a la cabeza con un arma de fuego cargada.

Valentina mira la hora en el reloj que tiene sobre el escritorio: son las ocho y media. Le duele la parte de atrás de la cabeza que lleva un buen rato golpeando contra la pared. Para ser precisos, parece ser la combinación del movimiento rítmico y el dolor lo que le ayuda a mitigar la sensación de peligro. Ahora se levanta de la cama de un salto y camina por el pasillo conteniendo la respiración y con los puños fuertemente apretados. Como esa gente en las películas de terror que camina por el pasillo de una casa abandonada en los instantes previos a que alguien irrumpa en la oscuridad del pasillo con un cuchillo de carnicero. Desde el umbral del cuarto de baño ve a su madre secándose el pelo en la postura tradicional en que su madre suele secarse el pelo: inclinada hacia delante, proyectando el culo hacia atrás y moviendo la cabeza alternativamente hacia un lado y a otro para secarse respectivamente el pelo que le cuelga a un lado y al otro de la cabeza. Valentina se muerde un nudillo con expresión pensativa y contempla el culo de su madre. El culo de su madre siempre le ha parecido algo extraño y desagradable. Absurdamente blando y flácido. Esta noche, sin embargo, la visión del culo de Marcia Parini le resulta casi intolerable, y conjura en su cabeza toda clase de imágenes relacionadas con mamíferos marinos. Una vez Valentina vio un reportaje en televisión sobre mamíferos marinos y desde entonces la han perseguido aquellas imágenes de seres sebosos con la piel gris moteada y llena de verrugas horripilantes.

Valentina entra en el baño con la cara fruncida en una mueca de asco. Se arrodilla frente al retrete y vomita un par de chorros de algo líquido y amargo. Marcia Parini se incorpora y se queda mirando a su hija sin dejar de secarse el pelo.

—¿Has vuelto a atiborrarte de chocolate? —le dice. Con la misma voz simultáneamente opaca y estridente que usa para hacerse oír por encima del secador de pelo—. Te está bien empleado. ¿No te he dicho que descongelaras la lasaña que sobró de ayer?

Valentina levanta la palma de una mano para indicar que se encuentra bien y durante un momento se ve obligada a reprimir el deseo de golpearse la cabeza contra el borde del retrete.

—Te vas a quedar sola un ratito. —Marcia Parini apaga el secador de pelo y se pone un vestido ceñido por encima de la ropa interior—. Si llama la abuela, dile que he ido a una reunión del Club de Lectura. Puedes quedarte mirando la tele, pero la normal. Nada de televisión por satélite. —Se mira en el espejo y se ajusta con los dedos los tirantes del vestido ceñido—. Y déjame encendidas las luces de la sala y de la escalera, que la última vez casi me mato.

Valentina procede a enjuagarse la boca mientras su madre sale del cuarto de baño. Un momento después se oye el tableteo entrecortado de los tacones de los zapatos altos que su madre se pone cuando sale a buscar marido y un minuto más tarde el ruido de la puerta de la calle al cerrarse.

Valentina Parini inclina un poco la cabeza y frunce los ojos y se concentra en intentar oír los pasos de Lucas Giraut en el piso de arriba. A veces se dedica a seguir sus itinerarios por la casa: del sofá a la nevera, de la cocina al televisor, de la cama al baño. Cuando está sola en casa con su madre, la reconforta saber que Lucas está en el piso de arriba. Dedicado a sus rutinas habituales, sentado delante del ordenador o simplemente leyendo sus revistas profesionales de antigüedades. Esta noche no se oyen pasos ni ningún otro ruido que indique que Lucas Giraut esté en su apartamento del piso superior del antiguo palacio ducal. En opinión de Valentina, Lucas Giraut no es estúpido como el resto de la gente. En los momentos en que Valentina Parini no está deseando con todas sus fuerzas que su madre no fuera su madre, no le importaría que Lucas se casara con ella.

A las once y media de la Noche del Lanzamiento Mundial de la Nueva Novela de Stephen King, Valentina se pone su anorak y sale a la calle. Cruza la plaza Sant Jaume con su estúpido pesebre institucional hecho de materiales completamente reciclables y coge la calle Ferran. A estas horas del viernes por la noche, las calles del Barrio Gótico están llenas de grupos de turistas británicos e irlandeses borrachos que se dedican a cantar canciones británicas e irlandesas y a vomitar en las aceras. Aunque ella camina con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos del anorak, varios turistas británicos e irlandeses borrachos se ponen a seguirla, a decirle cosas en inglés y hasta a intentar tocarla. Un par de ladronzuelos árabes adolescentes intentan acorralarla contra una pared, pero ella se los queda mirando fijamente y algo en la forma en que los mira los hace retroceder, amedrentados. Cuando por fin llega a las Ramblas, por contraste, le parece un lugar mucho más agradable. Con sus hordas de familias de turistas y sus policías soñolientos.

La entrada a la franquicia de venta de artículos culturales de la plaza Catalunya donde tiene lugar la Fiesta de Lanzamiento de la Nueva Novela de Stephen King ha sido adornada para la ocasión con un gigantesco estandarte promocional que muestra el título de la nueva novela de Stephen King, mundo maravilloso, sobre una imagen estereotipadamente idílica de un suburbio americano. Valentina Parini sube la escalera mecánica retorciéndose las manos. La sensación de peligro que lleva todo el día sintiendo parece haberse solidificado y concentrado en torno a este momento y este lugar. El momento que lleva semanas esperando, pero que por alguna razón parece haberse transformado en un vórtice de peligro. Algunos clientes nocturnos de la franquicia de venta de artículos culturales se apartan para dejarla pasar.

Cuando llega a la planta donde se encuentra la librería de la franquicia, se encuentra con un centenar de fans de Stephen King que hacen cola frente al mostrador donde dentro de unos minutos se pondrán a la venta los primeros

ejemplares. Los fans que hacen cola llevan en su mayoría camisetas y gorras promocionales de distintas novelas y películas de Stephen King y también de bandas de música metal. Uno de los fans lleva un disfraz de conejo de cuerpo entero de esos que se venden en las tiendas de souvenirs del centro de la ciudad. Algunos de los presentes miran a Valentina con expresiones amedrentadas y se apartan a su paso. Ella avanza con pasos irregulares y se pone al final de la cola.

Pasan un par de minutos. Un par de dependientas con el chaleco corporativo bicolor de la franquicia de venta de artículos culturales se dedican a repartir entre los fans que están en la cola camisetas promocionales de mundo maravilloso. Con la misma escena bucólica suburbana y la misma inscripción, mundo maravilloso, que adorna todos los expositores y banderolas. Cuando le llega el turno en la cola a Valentina, la empleada la mira con una sonrisa consternada y le ofrece una camiseta de la talla grande.

—Solamente me queda la talla L y la XL —empieza a decir la empleada, pero se interrumpe al ver la cara de Valentina. Que ahora se está mordiendo el interior de las mejillas para mitigar la sensación de peligro—. Bueno, mujer —añade en tono un poco molesto—, no hay que ponerse así.

Uno de los fans de la cola de fans que hay en la sección de libros de la franquicia de venta de artículos culturales está disfrazado de zombi. Tiene la cara maquillada de blanco y el pelo cubierto de una especie de gomina verde y una cicatriz falsa en el cuello que parece querer indicar que lo han degollado hace poco. Otro de los fans de la cola lleva el peinado pasmosamente pasado de moda y las orejas postizas puntiagudas que caracterizan a los nacidos en el planeta Vulcano en la serie televisiva *Star Trek*. Algunos de los fans de la cola charlan en voz baja, como si se encontraran en alguna clase de lugar religioso, y hacen bromas comprensibles únicamente para los fans de Stephen King. Alrededor de la cola pululan fotógrafos que sacan fotos de los fans y hasta un par de cámaras de la televisión local. En su lugar al final de la cola, Valentina Parini nota que se le acelera el ritmo cardíaco y empieza a ver extrañas figuras calidoscópicas en los márgenes de su campo visual. Un minuto más tarde alguien corta una cinta como las que se cortan en las inauguraciones de los edificios oficiales y se oye una salva de aplausos acompañados de los flashes de los fotógrafos. La cola empieza a avanzar a medida que los primeros compradores adquieren sus ejemplares de *Mundo maravilloso*. El primer comprador levanta el ejemplar por encima de su cabeza como hace la gente que acaba de ganar un trofeo deportivo.

—Perdona —le dice a Valentina Parini la persona que hay detrás de ella en la cola—. La cola está avanzando.

Valentina Parini ha empezado nuevamente a mecerse de adelante hacia atrás. El número de fans que la miran con expresiones faciales extrañas y se apartan de ella ha aumentado en los últimos minutos. Al cabo de un momento, Valentina abandona su lugar en la cola. Los ruidos navideños parecen venir de todas partes y de ninguna parte. Los villancicos corporativos enlatados. Valentina camina hacia la mesa donde

los empleados sonrientes con chalecos bicolors están efectuando las ventas de los ejemplares. Coge un ejemplar de la mesa y lo abraza contra su pecho.

—Eh —le dice el fan que está comprando su libro en ese momento—. ¿Adónde vas? Vuélvete a la cola.

Valentina Parini le quita el libro de las manos de un golpe y luego intenta hacer lo mismo con otro fan que hay a su lado, pero el segundo fan agarra su ejemplar con fuerza y empuja a Valentina.

—Perdone —le dice a Valentina uno de los empleados con chaleco corporativo—. Tiene que esperar en la cola. No puede hacer eso.

Valentina mira con cara de odio al fan que la ha empujado. Uno de los empleados con chaleco corporativo le pone una mano en el hombro a Valentina, que se gira y lo empuja contra la mesa donde están los ejemplares de la nueva novela de Stephen King con tanta fuerza que el empleado cae sobre la mesa. Derrumbando todos los montones de ejemplares. Se oyen gritos.

—Fuera —chilla Valentina. Mientras las paredes de la librería empiezan a girar a su alrededor. O tal vez es ella la que ha empezado a girar—. Esto solamente lo puedo resolver yo. Dejadme sola.

La mayoría de fans de Stephen King han optado por apartarse del sitio donde Valentina parece estar a punto de perder el equilibrio. El guardia de seguridad de la franquicia de artículos culturales se acerca a la escena con su *walkie-talkie* en la mano. Apartando a un lado al conejo gigante que en realidad es una persona con disfraz de conejo de cuerpo entero. Valentina se arrodilla en el suelo, con el libro todavía abrazado contra el pecho. Alguien se le acerca y ella le golpea en la entrepierna con su ejemplar de *Mundo maravilloso*. Los empleados a cargo de la venta de la nueva novela de Stephen King le están explicando lo que pasa al guardia de seguridad, que mira a Valentina con el ceño fruncido. Algunos fotógrafos de la prensa están sacando fotografías de la chica arrodillada en el suelo. Alguien pregunta si todo esto es parte del lanzamiento de la nueva novela de Stephen King.

—Joder —dice el fan de Stephen King que lleva el peinado anticuado y las orejas de nativo del planeta Vulcano—. Una loca de verdad.

De rodillas en el suelo, abrazada a su libro, Valentina Parini enseña los dientes en una mueca amenazadora. Y en ese preciso momento, mientras los relojes de la plaza Catalunya marcan las doce en punto, las luces de la franquicia de productos culturales empiezan a temblar. Un momento después se apagan. La sección de libros donde se está llevando a cabo el lanzamiento de la nueva novela de Stephen King se queda completamente a oscuras. Alguien grita. Al cabo de un momento, la mayoría de fans de Stephen King congregados allí se ponen a gritar despavoridos.

ECLIPSE

Eric Yanel contempla con una mueca de angustia la parte de atrás del edificio anónimo de la parte alta de la ciudad que alberga la Galería Hannah Linus. Plantado en medio de la acera, delante de la escalera de incendios del edificio. Lleva unas botas altas de goma y un mono protector de esos que se usan para hacer trabajos con materiales tóxicos o potencialmente peligrosos para la salud. En la pechera de su mono hay serigrafiado el dibujo esquemático de un relámpago partiendo por la mitad a un insecto y la inscripción: «ARNOLD LAYNE. SOLUCIONES PARA LOS PARÁSITOS DE LA MADERA». Detrás de él está Aníbal Manta, disfrazado con un mono idéntico aunque mucho más grande. El mono protector más grande que Yanel ha visto en su vida entera. Los dos llevan mochilas a la espalda y máscaras antigás colgando del cuello. Los dos permanecen plantados de pie en la acera. Mirando la salida de incendios del primer piso, que está directamente conectada al complejo de oficinas de la galería de Hannah Linus. A pocos minutos para la medianoche de la Noche del Lanzamiento Mundial de la Nueva Novela de Stephen King, la calle donde está la salida de incendios de la Galería Hannah Linus se encuentra desierta. El edificio está a oscuras. Además de la galería, que ocupa las tres primeras plantas, en el edificio solamente hay oficinas. Una empresa de promoción de la gastronomía barcelonesa en el Extremo Oriente. Una empresa de subcontratación de empresas de servicios de atención telefónica para la venta de servicios telefónicos. Y las oficinas de una distribuidora de juegos de mesa en el piso superior. El edificio entero está vacío. Cada espacio corporativo protegido por sus propios sistemas de alarma. Y la luna invernal flotando perezosamente sobre todos.

—¿Te has mirado en un espejo últimamente? —dice por fin Aníbal Manta. Mira a su compañero con expresión desaprobatoria—. ¿De qué sirve que nos vistamos así si luego te presentas con esa cara? —Niega con la cabeza—. ¿Por qué no te pones un letrero que diga «Soy un criminal»?

Eric Yanel no parece haberse afeitado en muchos días. La piel de su cara tiene ese aspecto costroso de la gente que se ha pasado muchos días tumbado en una cama sin atender a su propia higiene personal. La tradicional onda de su melena rubia se ha convertido en algo más parecido a una cresta torcida. Rígida y grasienta a la vez. Su nariz y sus ojos están enrojecidos como las narices y los ojos de alguien que ha estado llorando. Ahora suspira. Mira por encima del hombro en dirección a Manta y este le hace una señal para que espere. Un transeúnte acaba de doblar la esquina y ahora se acerca por la acera. Lleva un par de bolsas de unos grandes almacenes llenas de regalos navideños y camina con la cabeza gacha, absorto en las nubecillas de

vapor de su propia respiración. Manta espera a que se aleje lo bastante y levanta un pulgar en dirección a su socio profesional.

—Ahora —le dice—. Y procura que no te tiemblen las manos. No me apetece que te caigas encima de mí.

Yanel agarra el extremo inferior de la escalera de incendios del edificio. Trepa hasta el primer rellano y se deja caer sobre la estructura de acero. Aníbal Manta cruza la calle con esa gracilidad paradójica suya que hace pensar en superhéroes genéticamente alterados por la radiación. Yanel recoge la mochila que su socio le tira y después le suelta la escalerilla. Toda la estructura de acero tiembla y traquetea y amenaza con desplomarse bajo el peso de Aníbal Manta.

Frente a la salida de incendios, Yanel despliega su estuche de instrumentos pequeños y relucientes. Elige entre el surtido de varillas y de herramientas diminutas con aspecto de instrumental odontológico en miniatura y dedica un minuto o dos a operar en la cerradura. A pesar del frío que hace en la calle desierta, una gota de sudor le resbala por la mejilla y cae sobre el acero escarchado de la escalera de incendios. Seguida de otra. Los ruiditos infinitesimales que sus operaciones producen en el interior de la cerradura son transformados en una señal electrónica y monitorizados por un aparatito digital que Manta ha adherido a la superficie de la puerta junto a la cerradura. Yanel acciona sus varillas con la mirada fija en la pantalla del aparatito y por fin se oye un clic lo bastante fuerte como para que Manta suelte un gruñido satisfecho. Los dos recogen a toda prisa su instrumental vagamente odontológico para la apertura clandestina de cerraduras y empujan la puerta. Yanel se sorbe la nariz y Aníbal Manta comprende que lo que había tomado por gotas de sudor eran lágrimas. Yanel se seca las mejillas y respira hondo. Como una actriz teatral atormentada que recobra la compostura en el momento de salir a escena para representar una comedia.

Dentro del edificio, los dos se colocan en la cabeza sus bandas provistas de linternas especiales no reflectantes. Delante tienen un pasillo a oscuras. Por los planos del edificio saben que el pasillo termina en la salida trasera del complejo de oficinas de la galería. Y allí es donde se detienen. Frente al panel de seguridad de la puerta con su lector de tarjetas magnéticas. Frente a la caja del sistema de alarma del complejo de oficinas que hay suspendida encima de la puerta. Todas las cosas parecen confluír en aquella puerta durante un instante. Un instante de respeto cósmico. De temor reverencial. Aníbal Manta se tira un pedo en el silencio del pasillo.

Yanel pasa la copia de la tarjeta magnética de Hannah Linus por el lector. Se enciende una lucecita verde. Bajo el resplandor vagamente azulado de las linternas no reflectantes de Yanel y Manta, el complejo de oficinas de Hannah Linus tiene algo de mundo submarino. Los ordenadores apagados son bancos de coral. Las fotos de familiares, muñecos de peluche y otros artefactos destinados a humanizar los escritorios son restos de naufragios. Los armarios de la limpieza son peligrosas

cuevas submarinas. Al otro lado del complejo de oficinas, la puerta de la galería. La verdadera Cueva del Tesoro. Yanel la abre con la copia de la tarjeta.

Los dos intrusos se quedan un momento en el umbral. La ráfaga de aire acondicionado que les llega de la galería trae olor a cosas antiguas. Olor a madera y a tierra y a algo que podría ser el aroma de la tela apolillada al fondo de un armario. Los dos se miran sus relojes. Faltan dos minutos para la medianoche. Su operación hasta el momento ha durado cuatro minutos y medio.

La Noche del Lanzamiento Mundial de la Nueva Novela de Stephen King es extremadamente fría y provoca esa sensación de congoja de los instantes previos a las grandes catástrofes. Aníbal Manta y Eric Yanel lo han notado en el coche de camino a la Galería Hannah Linus. La propia Hannah Linus lo está notando en estos momentos, en forma de una sesión sexual con Saudade menos satisfactoria y extenuante de lo normal y mucho menos abundante en momentos de placer siniestro asociado a la propia degradación. Marcia Parini lo nota en forma de un miedo indefinido a que algo terrible suceda en la discoteca donde está tomando unas copas con un potencial candidato a pareja sexual. Raymond Panakian lo nota en medio de los temblores del *delirium tremens*. Todo el mundo lo nota, aunque solamente sea durante unos instantes de confusión. Los objetos son más nítidos de lo normal. El vello de la piel se eriza al contacto, con esa sensibilidad exacerbada propia de la fiebre alta. La misma galería vacía que en una noche cualquiera infundiría a cualquier testigo sensaciones normales de placidez y de artefactos del ingenio humano descansando a lo largo de los siglos hoy sugiere catástrofes inminentes. Como esas cosas que acechan a los niños en sus dormitorios a oscuras. Esas cosas sin nombre y sin forma definida.

Aníbal Manta y Eric Yanel dejan en el suelo sus mochilas y sacan las bolsas con cremallera diseñadas para el transporte de objetos artísticos frágiles. Son unas bolsas plateadas que por fuera se parecen extrañamente a las bolsas para transportar alimentos refrigerados. Cada uno de sus movimientos dentro de la galería ha sido escrupulosamente ensayado y calculado. Con vistas al ahorro de tiempo y a la eficacia interna de la propia operación. Descuelgan las cuatro Tablas de San Rieran y las dejan en el suelo junto a las mochilas y las bolsas con cremallera. La distancia entre los márgenes del soporte de la tabla y los ganchos que la sujetan a la pared ha sido replicada al milímetro. Todo está yendo bien, a pesar de la sensación vaga y generalizada de que todo va mal. Luego algo sucede. Los dos intrusos se miran. Al principio es un ligero temblor de los contornos de las cosas. Tardan un momento en darse cuenta de que es un parpadeo de la luz. O mejor dicho, de las luces. La luz piloto del circuito de seguridad de la galería. La luz de las farolas de la calle que entra por la claraboya de la galería. Incluso la luz de las linternas no reflectantes que llevan sujetas a la cabeza. Todo parpadea durante un segundo. Y después se apaga.

Aníbal Manta y Eric Yanel permanecen un momento a oscuras. Oyendo el ruido de sus propias respiraciones. Aunque están a menos de un metro el uno del otro, la

oscuridad es tan absoluta que no pueden percibir sus movimientos. El mundo parece haber desaparecido sin más.

—¿Qué pasa? —dice Yanel.

—Es un apagón —dice Manta.

Ninguno de los dos menciona deliberadamente el hecho de que sus linternas a pilas también se han apagado.

—Esperemos. —Manta levanta un dedo aunque sabe que el otro no lo puede ver—. Y nada de perder la calma.

Los dos permanecen en sus sitios. Al cabo de un momento se oye un ruido entrecortado procedente del sitio donde Manta supone que está Yanel. Una especie de tos suave y húmeda que poco a poco va dando paso a un llanto ronco asfixiado. Aníbal Manta se quita la banda de la cabeza y le da unos golpecitos con el dedo a la linterna no reflectante. Se la acerca a la oreja con el ceño fruncido. Imitando tal vez de forma inconsciente el gesto clásico de acercarse a la oreja un reloj de cuerda que ha dejado de funcionar. Un segundo después, mientras se está colocando otra vez la banda elástica en torno a la cabeza, las luces se vuelven a encender con un parpadeo. Los pilotos del circuito de seguridad y las linternas y todas las demás. El apagón, si es que es eso lo que ha sucedido, ha durado menos de medio minuto.

Manta contiene la respiración. Espera un segundo. Dos. Tres. Pero no pasa nada. El regreso de la electricidad no hace que salten las alarmas. No se oye la sinfonía de sirenas, timbres y aullidos que suele llenar las calles al reanudarse el suministro eléctrico después de un corte. Todo está simplemente igual que antes. Como si el apagón no hubiera tenido lugar.

Manta echa un vistazo a su alrededor. Después le da una patada a Yanel, que se ha sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared y parece estar lloriqueando con la cara hundida en las manos. Yanel levanta la cara húmeda y mira a su alrededor con el ceño fruncido. Cuatro minutos más tarde han colgado las copias de las tablas y han guardado los originales en sus mochilas y están de vuelta en la calle. Alejándose de la galería con paso ligero pero no apresurado. Tal como la tradición milenaria estipula que los criminales deben alejarse de las escenas de sus crímenes. Graduando con precisión la velocidad de su alejamiento.

Eric Yanel se para en mitad de la calle. Con el ceño fruncido. Con su peinado meticulosamente ondulado y acondicionado convertido en una cresta torcida y grotesca. Como uno de esos personajes de comedia que se quedan a la intemperie y el pelo se les congela en formas cristalinas e imposibles. Se da media vuelta y se queda mirando el edificio de la galería al final de la calle.

Manta se lo queda mirando con expresión interrogante.

—Eso que ha pasado en la galería —dice Yanel— no ha sido normal, ¿verdad? No ha sido un apagón normal.

Manta se encoge de hombros.

—¿A quién le importa? —dice—. Tenemos los cuadros. Y si mueves el culo, todo acabará bien.

Yanel echa a andar detrás de Manta, que ha reanudado su alejamiento con esa gracilidad paradójica que deriva del hecho de que parece imposible que alguien de su tamaño pueda alcanzar ninguna clase de gracilidad. Ahora los dos doblan una esquina y ante ellos aparece un edificio de oficinas más alto que los edificios circundantes y provisto de una zona de aparcamiento en la parte trasera. Los pocos transeúntes que caminan pasada la medianoche por el vecindario de sedes bancarias y edificios corporativos caminan solos y mirando fijamente la zona del suelo por la que van caminando.

—Yo lo he visto antes —dice Yanel, correteando un poco para seguir el paso de Manta. La velocidad hace que su pelo rubio y enfáticamente ondulado por encima de la frente experimente una nueva ondulación rítmica y vertical—. Exactamente lo mismo. No sabía de qué me sonaba, pero acabo de acordarme. Y tú también tienes que acordarte. Seguro que lo has visto en tus tebeos.

Aníbal Manta se adentra en la zona de aparcamiento del edificio de oficinas y camina por entre los coches aparcados en dirección a la furgoneta que hay aparcada al final del aparcamiento y que tiene impreso en un costado el logotipo corporativo de «ARNOLD LAYNE. SOLUCIONES PARA LOS PARÁSITOS DE LA MADERA». Con el rayo que parte por la mitad al insecto. Manta camina hasta la ventanilla cubierta de escarcha de la cabina de la furgoneta. Levanta uno de sus brazos descomunales y da una serie de golpes con los nudillos en la ventanilla que hacen que caigan varios pedazos de escarcha al suelo de asfalto del aparcamiento. Del interior no viene ninguna respuesta.

—Lo recuerdo de las películas de extraterrestres. —Yanel se recoloca con el dedo índice sobre la nariz las gafas no graduadas que forman parte de su disfraz—. Cuando pasa la nave espacial. Ya sabes. Y todas las cosas dejan de funcionar durante un momento.

Manta limpia con la mano el cristal de la ventanilla y mira el interior. Dentro de la cabina de la furgoneta no hay nadie. Su cara transmite varios matices de la familia de la sorpresa y la furia. Después camina dando zancadas furiosas hacia la portezuela trasera de la furgoneta, seguido por Yanel. Abre la portezuela trasera de un tirón que por un momento da la impresión de que la portezuela va a salir volando por encima de los coches del aparcamiento. Manta y Yanel se quedan mirando el interior de la furgoneta.

Saudade parece haber encontrado una forma de quitarse parcialmente el mono de operario de «ARNOLD LAYNE. SOLUCIONES PARA LOS PARÁSITOS DE LA MADERA» de tal manera que el mono entero yace vacío y arrugado a la altura de sus tobillos. La joven desnuda que está de rodillas delante de sus piernas abiertas tiene la piel de gallina. Saudade levanta la vista y se queda mirando a Manta y Yanel. La

joven mira por encima del hombro sin soltar el pene de Saudade y se queda mirando a Manta y Yanel con cara de pocos amigos. De la boca le sale una nubecilla de vapor.

—¿Así es como vigilas? —dice Manta. Con la cara ruborizada.

Saudade se encoge de hombros.

—Se me ha ocurrido empezar a celebrar la cosa —dice—. Ya sabía que lo ibais a hacer todo bien.

Manta cierra tanto los puños que sus nudillos se vuelven primero azules y después se recubren de una leve capa de rubor como resultado del estallido en cadena de los vasos capilares. Todos los presentes pueden oír con nitidez la erupción de crujidos de sus huesecillos metacarpianos. A Manta le encantaría hacer algo extremadamente violento con la cara de Saudade. Algo que seguramente dejaría todas las paredes interiores de la furgoneta chorreando sangre y que haría que la *puta* de Saudade huyera en pelota picada por el aparcamiento invernal soltando chilliditos femeninos y tapándose la boca con las manos. Pero no puede moverse. Se lo impide el mismo estrés emocional asociado a las sensaciones de no ser válido y de tener un físico grotesco que siempre lo ha dejado paralizado en situaciones como esta. Una vergüenza demasiado profunda como para agarrarla de una oreja y sacarla de su interior de una vez por todas. El pene de Saudade parece mirarlo con expresión de burla y de desafío. Enorme y perfectamente erecto. Como si Saudade se estuviera burlando de él y desafiándolo a que saliera de su parálisis con la imagen de ese pene perfecto.

—¿No deberíamos largarnos de aquí? —dice en ese momento Yanel.

Manta sale de su abstracción con un parpadeo. Saudade está encendiendo un cigarrillo.

EL CORAZÓN Y LOS NIÑOS

Lucas Giraut abre con su mando a distancia la verja del aparcamiento privado de las dependencias de Lorenzo Giraut, S. L. para que entre la furgoneta con el logotipo corporativo de «ARNOLD LAYNE. SOLUCIONES PARA LOS PARÁSITOS DE LA MADERA». La furgoneta entra en el aparcamiento conducida por la figura vagamente superheroica de Aníbal Manta y ocupa una plaza justo al lado del Jaguar descapotable del señor Bocanegra. La luna invernal baña el aparcamiento de una luz plateada que hace pensar un poco en hadas saltarinas. Entre las cosas que ilumina la luz plateada están Lucas Giraut y el señor Bocanegra, plantados en medio del suelo de cemento congelado, este último enfundado en un abrigo de piel de pelo largo que nadie vacilaría en calificar de totalmente femenino. De acuerdo con las noticias, esta será la noche más fría del año que está a punto de terminar. Giraut y el señor Bocanegra observan cómo se abre la portezuela trasera de la furgoneta. Del interior salen Eric Yanel y Saudade, cada uno llevando un par de bolsas especiales con cremallera para el transporte de objetos artísticos frágiles.

El señor Bocanegra se pone a aplaudir. Pese al obstáculo que le supone la botella descorchada de Moët Chandon que tiene en una mano.

—Bravo —dice. Con la voz un poco gangosa debido al puro que tiene agarrado con los dientes—. No puedo decir que esté orgulloso de vosotros. Quién puede estar orgulloso de unos tipejos como vosotros. Ni siquiera vuestras madres. Pero estoy contento. —Asiente enfáticamente. Da un trago a la botella descorchada de Moët Chandon—. Habéis puesto contento al viejo señor Bocanegra.

Cinco minutos más tarde, todos están reunidos en el almacén de Lorenzo Giraut, S. L. que el señor Bocanegra ha mandado decorar con un surtido multicolor de guirnaldas y adornos navideños. Con bolas de plástico reflectante y ristas de bombillitas multicolores que parpadean en base a patrones rítmicos misteriosos. Hasta las ventanas han sido decoradas con un spray especial que imita sin demasiado éxito la textura de la nieve. Hay un par de esas neveras portátiles parecidas a cestas futuristas llenas de botellas de Moët Chandon. Hay mesas plegables a un lado del almacén con aperitivos y pasteles cortados en pedazos triangulares. Todo está preparado para que empiece la celebración en cuanto se cumpla el último trámite de verificación.

Raymond Panakian camina por entre los presentes apoyándose en un par de muletas. Lucas Giraut no puede evitar pensar que Panakian ya no se parece realmente a sí mismo. Su mono de operario de fábrica socialista es el mismo, de eso no hay duda. Giraut ha aprendido a reconocer el olor a ropa sin lavar y a cuerpo masculino sin lavar que emana de la prenda. La cara, sin embargo, todavía no se ha deshinchado

lo bastante como para que el nuevo Panakian se parezca al de antes. Los labios hinchados y triturados se hunden en la zona donde antes estaban los dientes. La mandíbula y la zona del bigote parecen haberse vuelto de un color negro que hace pensar en bistecs podridos.

—Nuestro amigo el señor Panakian ha decidido cambiar su apariencia —dice el señor Bocanegra en tono explicativo—. Nunca está de más tener precauciones en su línea de trabajo.

Un gruñido burlón se eleva de la zona del almacén donde están los subordinados de Bocanegra. Con el rabillo del ojo, Giraut ve movimientos entre los tres hombres que podrían ser codazos. Palmadas en las rodillas. Ahora que lo tiene cerca, Lucas Giraut puede ver que el mono de trabajo de Panakian tiene manchas de pintura de todos los colores y texturas imaginables. Algo en el aspecto general de las manchas sugiere que han sido producidas a lo largo de varias décadas distintas. Un registro arqueológico de manchas de pintura. La iluminación del almacén, consistente en ristas de lucecitas de Navidad parpadeantes y multicolores, se proyecta sobre el mono produciendo nuevamente esa impresión de Panakian como actor lisérgico de la era del cine psicodélico.

Panakian apoya sus muletas en la pared y se pone unos guantes de látex. Abre un maletín y saca del mismo un instrumento parecido a la lente graduable de una cámara fotográfica profesional. Lucas Giraut sigue sus movimientos con atención. El señor Bocanegra sigue sus movimientos con atención, mientras da tragos de su botella de Moët Chandon y finge que no presta atención. Hasta los subordinados de Bocanegra están prestando atención. Más o menos. Cada uno de ellos en la medida de sus posibilidades.

Por fin Raymond Panakian se coloca el instrumento parecido a una lente fotográfica delante del ojo y se inclina hacia delante para examinar una de las Tablas de San Kieran. Ya extraídas de sus bolsas de transporte especial y colocadas sobre caballetes individuales. El proceso entero dura un par de minutos. Por fin Raymond Panakian se incorpora haciendo gestos y muecas de dolor que parecen tener su punto focal en la zona de su baja espalda. Guarda el instrumento en su maletín. Lo cierra y se vuelve hacia Bocanegra. Asiente con la cabeza.

Un estruendo de botellas de Moët Chandon descorchadas y gritos de júbilo llena el almacén de Lorenzo Giraut, S. L. Vuelan un par de serpentinas por el aire. Saudade se dedica a vaciarse por encima de la cabeza una botella de Moët Chandon Grand Reserve. Al cabo de un momento, Bocanegra levanta una mano pidiendo silencio. Y como no puede ser de otra manera, se hace el silencio.

—Es un momento feliz —dice el señor Bocanegra. Con esa lentitud deliberada que reserva para los momentos en que tiene un público cautivo por cuestiones de jerarquía profesional. Un público que no puede evitar ser el recipiente de su sabiduría—. Feliz para todos vosotros porque vais a tener dinero para seguir disfrutando y metiéndoos en líos, aunque esta vez el dinero os durará más tiempo de lo normal.

Esta vez podréis construirs una piscina y llenarla de dinero, si os da la gana. —Hace una pausa para recibir los vítores que le llegan de forma obediente desde sus subordinados. Saudade ha terminado de vaciarse el Grand Reserve sobre la cabeza y ahora tira la botella vacía jovialmente contra la pared. La botella estalla con un ruido parecido a un quejido—. Y sin embargo, también es un día especialmente feliz para mí. No solamente porque sea nuestro trabajo más lucrativo hasta la fecha. Un trabajo que hará que todos podamos comprarnos viviendas de lujo y piscinas para guardar el dinero. Sino porque es un trabajo que he hecho con Lucas Giraut. El único hijo del mejor amigo que he tenido nunca. Y alguien a quien considero mi propio hijo. Alguien casi de mi sangre. Mucho más que un simple sobrino —dice, y levanta la botella a medio beber de Moët Chandon a modo de brindis. Hay una salva de aplausos un poco menos entusiastas procedentes de la zona de los subordinados. Los aplausos se apagan al cabo de un momento—. Y es por eso, porque es un día realmente especial para todos, por lo que he decidido hacer un anuncio. —Nueva pausa. Alguien mueve los pies en gesto nervioso. Aníbal Manta intenta poner una cara sicofánticamente intrigada—. Se trata de algo que llevo meses planeando. Un proyecto para el resto de mi vida. Para llenarme aquí dentro. —Se lleva un puño al corazón—. Una razón para vivir. Ya he encontrado los terrenos. Y he conseguido la licencia de obra. Ahora solamente me falta construirlo con el dinero de la venta de estos cuadritos. Que ya tienen comprador. Gracias a mis contactos y al cerebro privilegiado del señor Giraut. Y esto es lo que quiero enseñaros hoy. En este día tan especial.

El señor Bocanegra se da media vuelta y coge algo que tiene apoyado en una pared. Se trata de una especie de lámina enrollada en forma de cilindro. La coloca sobre una mesa y la despliega. Los demás se acercan para echarle un vistazo. La lámina muestra una especie de villa campestre. Con jardines. Con enormes ventanales que dan a un paisaje campestre. Y con estatuas. Docenas de estatuas por todas partes. En el jardín. En el invernadero. En la entrada para coches. Todo ello en medio de un paisaje que tiene todos los elementos idílicos que se le suponen a los paisajes campestres. Rebaños de vacas. Caballos salvajes retozando. Pajares en forma de champiñón gigante. Lucas Giraut acerca la cara para examinar la lámina con atención. No se trata de una fotografía. Se trata de uno de esos paisajes diseñados por ordenador. Una simulación informática.

Y encima de todo, dominando la imagen de la casa y las estatuas y el paisaje campestre informáticamente simulado, una inscripción en letras enormes y optimistas:

FUNDACIÓN Y CENTRO ARNOLD LAYNE PARA LOS NIÑOS

Todos los presentes observan durante un momento la lámina. Alguien carraspea. —Es... bonito —dice Aníbal Manta con cautela.

—Pero ¿qué es? —dice Saudade, que de alguna forma ha conseguido hacerse con otra botella de Moët Chandon de camino a la mesa y ahora está mirando la lámina al mismo tiempo que da tragos a la botella.

—Toda mi vida he deseado algo así —dice el señor Bocanegra. La disposición globalmente cruel de sus rasgos da entrada a esos elementos ligeramente temblorosos y ligeramente húmedos que indican que se acerca un Momento de Intensidad Emocional. Su calva enorme tiembla. Su bigote tiembla. El pelo largo y frondoso de su abrigo inconfundiblemente femenino también tiembla un poquito—. Toda mi vida. No hay nada que mi corazón quiera tanto como los niños. Como un tío. La verdad es que me siento tío de todos los niños. Mi corazón tiene espacio suficiente. Es por no tener hijos. Y me hago viejo. Es por la soledad del hombre sin hijos. —Da una calada profunda y melancólica a su puro—. Por eso he decidido montar esto. Un hogar de acogida. Para niños sin padres o sin madres. O para esos niños que tienen unos padres de mierda que los zurrán. Ya sabéis. Lo llevaré yo en persona. Yo seré como un tío personal para cada uno de esos niños. Cuando esté construido, claro. —Da una palmada con sus manos enormes. Una de esas palmadas que se utilizan para regresar de una situación evocada a la realidad circundante—. Mientras tanto, que sepáis todos vosotros que todo lo que estáis haciendo, todo vuestro trabajo, servirá dentro de unos años para dar un hogar a todos esos pobrecitos.

Hay un momento de silencio solemne. En algún lugar del almacén se oye un estruendo como de muebles desplazándose con violencia.

—Mi padre nos zurraba —dice Aníbal Manta con cara pensativa—. Pero a mí nunca se me ocurrió pensar en esas cosas de la soledad.

Al ruido de muebles desplazándose con violencia le sigue un estruendo sordo y brusco. Como de algo pesado que cae desde cierta altura. El señor Bocanegra frunce el ceño.

—¿Qué hay por ahí?

Señala con un dedo grande y peludo y lleno de anillos la dirección de la que vienen los ruidos. Se trata de una de las alas en desuso del almacén, comunicada con la parte central mediante una puerta de metal que ahora permanece entreabierta.

Lucas Giraut se encoge de hombros.

—Es un cuarto donde se guardan los trastos —dice—. Herramientas. Muebles viejos. Cosas así.

Siguen viniendo ruidos de la puerta, ahora más débiles. Como ecos amortiguados.

—¿Alguien ha visto a Yanel? —dice Aníbal Manta.

Todos miran a su alrededor. En el almacén iluminado por ristas de lucecitas navideñas multicolores y parpadeantes solamente hay cinco hombres. Saudade está vaciando su tercera botella. Raymond Panakian parece estar hablando consigo mismo en el idioma que sea que habla mientras se llena la boca de trozos de pastel. Pero no hay ni rastro de Eric Yanel. Parece haber desaparecido aprovechando un momento de distracción.

El señor Bocanegra echa a andar hacia la puerta entreabierta de metal. Seguido de cerca por Lucas Giraut y por Aníbal Manta.

El cuarto para guardar los trastos que hay al otro lado de la puerta está oscuro y huele a humedad y a cuartos trasteros que permanecen cerrados durante meses enteros del año. Del techo cuelgan telarañas que se enredan con el pelo y la cara y que obligan a caminar por el cuarto dando manotazos para apartarlas. Y también Eric Yanel. Eric Yanel está colgando del techo, concretamente del aplique de la lámpara que hay en el centro del techo del cuarto. Con el cinturón de sus pantalones alrededor del cuello.

Con la cara de color azul y dando esas patadas frenéticas al aire que da la gente que se está ahorcando y que nunca está muy claro si quieren decir que la persona ha cambiado de opinión en pleno proceso de ahorcarse o bien si simplemente está experimentando el dolor emocional propio del ahorcamiento. A sus pies hay varias docenas de trastos y muebles derribados por las patadas.

Los tres hombres se lo quedan mirando un momento.

—Pero ¿qué cojones es esto? —dice el señor Bocanegra.

—Creo que se está suicidando. —Aníbal Manta se rasca la cabeza con gesto pensativo.

Yanel los mira con la cara azul y los ojos desorbitados. Sin dejar de dar patadas.

—Nada de suicidarse —dice el señor Bocanegra en tono firme—. Y mucho menos en una noche tan feliz. Mañana es *Nochebuena*, cojones. Y tú —señala a Yanel con su puro— todavía me debes dinero. Así que no te hagas el listo.

El señor Bocanegra sale del cuarto con aire indignado. Aníbal Manta suspira y trata de acercarse con cuidado a Yanel. Intentando evitar las patadas frenéticas.

SENTADOS EN EL CULO DEL AMOR

La Navidad en Barcelona tiene aspecto de historia de Stephen King. No exactamente por la combinación de las luces navideñas con las farolas encendidas a media tarde y los escaparates y los letreros corporativos. Una combinación que es amarilla y que no proyecta ninguna clase de sombras. Tampoco por los villancicos institucionales que emiten de forma simultánea centenares de aparatos municipales de megafonía. Ni por las hordas de gente que cruza la Diagonal y el resto de avenidas de la ciudad cargados de bolsas de los grandes almacenes. Es por las caras. Las caras de felicidad de la gente. Las risas de los niños y la forma en que corretean por la calle y las miradas cansadas pero felices de sus padres y madres. Como en esas novelas de Stephen King sobre poblaciones enteras controladas por una Inteligencia Central. Esas novelas en las que un protagonista inmune al control central va por la calle gritando y chocando con hordas de transeúntes facialmente felices. Y de repente, en cuanto el sol se pone sobre las colinas, la gente empieza a desaparecer. En cuestión de minutos las calles quedan desiertas. Como en esas novelas de Stephen King sobre poblaciones mentalmente controladas donde al caer la noche los perros asilvestrados toman el control de la ciudad.

Iris Gonzalvo conduce su Alfa Romeo de color rojo ladrillo por las manzanas desiertas del Ensanche Norte. Con la muñeca apoyada en la curva superior del volante y el interior del coche inundado de una mezcla analgésica de música a todo volumen y humo de cigarrillos. Del bolso que hay en el asiento contiguo saca su llavero provisto de una especie de mando a distancia en miniatura que abre la puerta del parking. Sin mirar en ningún momento en dirección al bolso ni al llavero. Con la mirada fija en la calle desierta que hay delante del Alfa Romeo. Cuando llega a la esquina donde se encuentran su parking y su apartamento da un golpe de volante y provoca que una familia rezagada de compradores navideños salga desbandada en todas direcciones, gritando y dejando caer las bolsas llenas de regalos.

Después de aparcar, Iris apaga la música y coge la bolsa corporativa de Blockbuster que hay en el asiento de atrás. Sube la escalera bañada de luz amarilla que lleva a su apartamento e introduce la llave de seguridad en la cerradura. La clase de novelas de Stephen King a las que recuerda la escalera que va del parking al apartamento son esas novelas de zombis en las que hay uno o más zombis acechando en la escalera del parking. Cuando Iris entra en el apartamento, la televisión está emitiendo un anuncio corporativo de una cadena televisiva en el que varios famosos brindan con cava y miran a la cámara con mucho aspecto de estar siendo controlados por una inteligencia central. Con sonrisas enormes. Con expresiones poco verosímiles de entusiasmo estereotipado.

Iris deja caer la bolsa corporativa de Blockbuster y echa un vistazo a su alrededor. Con el ceño fruncido. Abre las puertas de los dormitorios y mira detrás del sofá. Mira en el cuarto donde están los aparatos de gimnasia y aparta la cortina de la bañera para examinar el interior. Por fin abre la puerta del trastero y encuentra a Eric Yanel durmiendo dentro del cesto de la ropa. Vestido con unos calzoncillos y abrazado a una botella de Macallan. Vuelve a cerrar la puerta del trastero. La televisión está emitiendo un anuncio de cava donde un niño vestido con ropa antigua lleva una botella gigante de cava debajo del brazo y mira a la cámara con una sonrisa maliciosa. Iris se prepara un Finlandia con tónica y lo coloca en una bandeja junto con ocho líneas de cocaína muy largas y perfectamente rectas. Después saca de la bolsa corporativa de Blockbuster el estuche de la octava temporada de *Friends* en DVD e introduce el primer disco en el reproductor de DVD. Se sienta en el sofá con la bandeja en el regazo y pulsa el botón play de su mando a distancia.

El señor Bocanegra, Empresario del Espectáculo, se repantiga en su silla con la servilleta anudada alrededor del cuello. Sentado a la mesa del restaurante donde todos los años se celebra la cena de Nochebuena de la familia Bocanegra. Lo rodean su complejo sistema de hermanos, hermanas, cuñados y cuñadas y las miradas expectantes de media docena de sobrinos y sobrinas con los ojos inflamados por la codicia. Una codicia que Bocanegra ya lleva un par de horas alimentando mediante la transferencia sonriente de abundantes billetes de cien y de doscientos euros a las manos temblorosas de sus sobrinos y sobrinas. Algunos de los sobrinos y sobrinas están tan trastornados por la codicia que apenas han tocado los postres.

—¿No es hora ya de abrir los regalos? —Bocanegra se limpia la salsa del bigote con una esquina de su servilleta.

Un rugido de júbilo salvaje emana de las gargantas de la media docena de niños, que antes de que nadie pueda reaccionar salen corriendo en dirección al árbol de Navidad bajo el cual un empleado con ropa corporativa del restaurante ha colocado todos los regalos de la familia Bocanegra. El empleado con ropa corporativa se aparta instintivamente.

—¿No te habrás vuelto a gastar un dineral en regalos para los niños? —le pregunta un hermano de Bocanegra a Bocanegra, que sonrío debajo de su bigote con orgullo cuasi parental.

En las inmediaciones del árbol de Navidad, los sobrinos y sobrinas de Bocanegra se dedican a apartar a patadas todos los paquetes de regalos que no son los paquetes con el papel verde y rojo distintivo que cada año el señor Bocanegra encarga para envolver sus regalos de Navidad. Algunos adultos sentados a la mesa intercambian miradas de circunstancias. Los sobrinos y sobrinas del señor Bocanegra identifican rápidamente sus paquetes personalizados y rasgan el papel rojo y verde y emiten gritos enloquecidos de entusiasmo cuando certifican que los modelos de

equipamiento deportivo profesional y tecnología portátil que han recibido este año son los modelos más caros del mercado internacional. Hay más miradas de circunstancias entre los adultos sentados a la mesa. Una de las sobrinas, de rodillas junto al árbol, llora de felicidad mientras abraza algo que parece un robot en forma de perro recién salido de una caja con inscripciones en japonés. Otro sobrino chilla de alegría y finge que toca una guitarra eléctrica que acaba de sacar de su estuche. Situado a una distancia prudencial del grupo de niños, el empleado con ropa corporativa del exclusivo restaurante de la parte alta contempla la escena con un elemento de horror en su sonrisa.

Aníbal Manta está acostado en su cama matrimonial con varios almohadones detrás de la espalda enorme. Con las gafas de leer puestas. Examinando con atención un ejemplar en italiano de los X-Men y consultando a intervalos regulares el diccionario español-italiano/italiano-español que compró hace un par de días en una librería del centro. Su mujer aparece en el umbral del dormitorio con una bata por encima de la camisa de dormir y una licuadora en la mano de esas que parecen naves espaciales en miniatura.

—Voy a casa de los vecinos a devolverles la licuadora —dice su mujer—. Me llevo las llaves por si me quedo a charlar y vuelvo tarde. —Sonríe con expresión vagamente obsequiosa—. Así que ya sabes.

Manta mira el despertador de la mesilla de noche. Pasan diez minutos de las once. Manta suspira.

—No te espero despierto, entonces —dice en voz baja.

—Bien pensado —dice su mujer, que ya va camino del recibidor—, no me esperes despierto. —Al cabo de un par de segundos se oye el ruido de la puerta al cerrarse.

Desde que ha empezado a leer el tebeo de los X-Men en italiano esa misma tarde después de la comida, Manta ha conseguido descifrar cuatro páginas y media. Lo cual, teniendo en cuenta que el tebeo tiene treinta y dos páginas, parece indicar que su lectura le va a ocupar por lo menos el resto de la semana. El proceso de descifrado se ve entorpecido por el hecho de que a Manta, que sufre dislexia grave desde niño, le cuesta encontrar las palabras en el diccionario. A menudo se ve obligado a hacer una pausa y tratar de recordar el maldito orden alfabético haciendo cuentas con los dedos tal como se lo enseñaron en la escuela especial. En alguna ocasión su terapeuta se ha mostrado dispuesto a admitir la idea de que su dislexia puede ser un resultado de los traumas vividos durante su infancia como consecuencia de su tamaño desmesurado y las burlas de sus compañeros.

Le falta solamente una viñeta para llegar al final de la página cinco cuando suena el timbre de la puerta, dos veces, dos timbrazos largos e increíblemente estridentes en el silencio del apartamento. Manta se quita las gafas de leer y se pone de pie con

sigilo. Mira el despertador. Ya es pasada la medianoche. Camina descalzo hacia el armario del pasillo y saca una barra de hierro de casi un metro de largo que tiene sus iniciales escritas con rotulador permanente a un lado. Camina de puntillas hacia la puerta mientras suenan otros dos timbrazos nerviosos.

—Seas quien seas —dice Manta entre dientes, intentando ver algo por la mirilla de la puerta—, te vas a enterar.

Manta descorre el cerrojo y abre la puerta con la barra de hierro lista en la otra mano. Tarda un segundo en reconocer al individuo maltrecho que está de pie al otro lado de la puerta. Su cara le resulta familiar. A pesar de la sangre seca y los hematomas de la cara. Y del pelo que le cae en colgajos sanguinolentos. El pelo es ciertamente familiar. Manta frunce el ceño. El individuo junta dos manos toscamente vendadas frente a la pechera manchada de sangre del jersey en el gesto universal de la súplica.

—Tienes que ayudar a mí —dice Pavel, con las manos suplicantemente unidas frente al pecho—. Estoy en problemas muy graves —dice, y se ve obligado a dejar de hablar para levantar los brazos y protegerse la cabeza de la barra de hierro que le viene encima—. Espera.

Manta persigue a Pavel por el rellano dándole golpes con la barra de hierro en los brazos y la espalda.

La octava temporada de *Friends* es una amalgama terriblemente compleja de sobreentendidos psicoemocionales, relaciones contaminadas por los indicios de concupiscencia y formas complejas de reproducción asociadas a sexualidades heterodoxas. Iris Gonzalvo se inclina hacia delante para esnifar una línea de cocaína y usa el botón fast forward de su mando a distancia para saltarse las partes menos relevantes para la comprensión del drama psicoemocional de la serie. Al final de la séptima temporada, Mónica y Chandler habían conseguido llevar finalmente su amor al altar. Después de la intriga pasajera desencadenada por la desaparición de Chandler la noche anterior a la boda. Aunque todavía lejos de consumar su relación con Rachel, Ross había conseguido establecer por fin una relación bastante satisfactoria con su hijo Ben, cuya madre, Carol, se había divorciado de Ross en las primeras temporadas después de descubrir que era lesbiana. En un último giro inesperado, Phoebe y Rachel habían descubierto que uno de los personajes femeninos de la serie estaba embarazada. A Iris le parece oír golpes en el interior de la puerta del trastero, pero no puede estar segura por culpa de los petardos que suenan en la calle. La octava temporada, como es tradicional en *Friends*, empieza justo donde acaba la anterior. En este caso, pocos minutos después de la boda de Mónica y Rachel. Donde Joey hace de padrino vestido de soldado de la Primera Guerra Mundial por culpa de un papel que tiene que representar en breve. A medida que se suceden los primeros episodios, las incógnitas de la temporada anterior se desvelan. Rachel resulta ser la embarazada y Ross, después de mantener la cuestión en suspenso durante una temporada, admite que es el padre. El hijo que van a tener, sin embargo, tampoco consigue unirlos, sino

que los dos siguen saliendo con otra gente y Ross se echa una novia llamada Mona que a Iris no le cae nada bien. A medida que avanza la temporada y las líneas de cocaína van desapareciendo de la bandeja, la cosa se complica como resultado de que el bobo de Joey se enamora de Rachel. Iris no está segura de si le gusta este nuevo giro argumental. La serie *Friends* provoca en Iris complejas redes de identificación y rechazo. De las tres protagonistas femeninas, no cree tener gran cosa en común con Mónica, aunque le parece con diferencia la más guapa y es la primera de las tres con la que se acostaría si quisiera tener una relación lésbica dentro del mundo de la serie. Rachel es bastante pija y no muy guapa, aunque Iris admite que comparte cosas con ella, mientras que Phoebe es simplemente demasiado histriónica. Con los tres protagonistas masculinos ha follado muchas veces en su imaginación, juntos y por separado, aunque Joey es el que más la atrae sexualmente y sería su favorito si tuviera la cabeza un poco mejor amueblada. En general, Iris se considera a sí misma un compendio de las virtudes de las tres protagonistas femeninas, sin ninguna de sus tonterías de pijas remilgadas. Es verdad que las chicas de *Friends* parecen vivir mejor que ella, pero eso es porque a Iris todavía no le ha llegado el momento de alcanzar la Fama y el Éxito en la Vida. Al cabo de media docena de episodios, ya no suenan petardos en la calle. Las líneas de cocaína se han acabado y han sido reemplazadas. El Finlandia con tónica que hay en la bandeja es el cuarto Finlandia con tónica. Iris no está segura de si le gusta que Joey esté saliendo con Rachel. El sentido mismo de la serie *Friends* es que Rachel acabe casada con Ross. A Iris no le cabe ninguna duda de que va a alcanzar la Fama y el Éxito en la Vida de forma inminente. De hecho, está completamente segura de que el año nuevo será el año en que alcance la Fama y el Éxito en la Vida. Iris no sabe exactamente cómo sabe esas cosas, pero sí sabe que las sabe, y eso le basta. Iris no es como el resto de la gente, piensa Iris. La octava temporada de *Friends* es la temporada famosa por la aparición de un buen puñado de estrellas de Hollywood como personajes secundarios de la serie. Brad Pitt sale en la octava temporada de *Friends*. También Alec Baldwin y Sean Penn, estos dos últimos como ligues de Phoebe, algo que a Iris le parece bastante inverosímil. El silencio es total ahora en las calles de Barcelona mientras Iris sigue usando los botones de play y fast forward para ver su serie favorita. Un ruido parecido al mugido de una vaca sale del armario trastero donde Eric Yanel parece estar inconsciente dentro de la cesta de la ropa.

Juan de la Cruz Saudade examina con el ceño fruncido las caratulas y las contraportadas de una docena de DVD de su flamante colección de pornografía en formato DVD. Acostado en la cama de su dormitorio conyugal. Siempre acaba sumido en el mismo dilema cuando tiene que elegir una película pornográfica: culos grandes o culos pequeños. La decisión se vuelve todavía más compleja debido a la envergadura de su colección y a su extraordinaria diversidad. Las tetas tienen que ser

grandes, esa es la segunda norma más importante del proceso. Los pubis tienen que estar afeitados. Esa es la primera y más sagrada de las normas. La ausencia de un pubis afeitado ya es razón suficiente para no follar con su mujer actualmente ausente del domicilio conyugal. Saudade suspira. A menudo la cuestión de los culos lo sume en un estado de indecisión que amenaza con bloquear el mismo proceso de visionado pornográfico. Las sensaciones visuales y táctiles suscitadas por un culo pequeño son radicalmente distintas a las que produce un culo grande. Y sin embargo, no se puede decir con rotundidad que una categoría sea intrínsecamente mejor que la otra. Los pros y los contras de ambos tipos de culo femenino están librando una encarnizada lucha en su mente cuando oye una serie de golpecitos tímidos en la puerta cerrada con pestillo del dormitorio.

—¿Papá? —dice la voz de su hijo de ocho años. Desde el otro lado de la puerta cerrada con pestillo—. ¿Puedes abrir un momento, por favor?

Saudade chasquea la lengua. Reúne todos los DVD de su colección de pornografía que hay desperdigados sobre la cama y los mete debajo del edredón. Se sienta en la cama, enciende la colilla de cigarrillo de hachís que tiene apagada en el cenicero de la mesilla de noche y da dos caladas mientras los golpes de su hijo continúan al otro lado de la puerta. Abre la ventana y agita los brazos para dispersar el humo como suelen hacer ciertos individuos adolescentes después de fumar cigarrillos de hachís a escondidas en los cuartos de baño de sus casas. Por fin abre el pestillo de la puerta y se queda mirando a su hijo con cara desafiante. Su hijo lo mira con el ceño fruncido. Vestido con un pijama de peto que le viene pequeño y le estruja visiblemente la zona del cuello y los hombros.

—¿Qué? —pregunta Saudade.

—¿Por qué está la ventana abierta con el frío que hace? —pregunta el niño con el ceño fruncido—. ¿Y qué es ese bulto que hay debajo del edredón?

Saudade pone los brazos en jarras.

—¿Quieres hacer el favor de volverte a tu cuarto? —dice—. Es *Nochebuena*, por el amor de Dios.

Cristian Saudade, de ocho años, hijo único del matrimonio civil entre Juan de la Cruz y Matilde Saudade, baja la vista. Los estampados multicolores de su pijama de peto demasiado pequeño representan a los cuatro personajes principales de la serie televisiva *Los Lunis*. Su padre permanece plantado en la puerta de su habitación y vestido únicamente con unos calzoncillos y una camiseta promocional de un grupo de heavy metal que tuvo su apogeo promocional en los años ochenta.

—¿Cuándo sale mamá de la cárcel? —pregunta el niño.

Saudade se frota las sienes con los dedos índice y pulgar.

—Mamá no está en la cárcel —dice—. ¿Cómo te lo tengo que decir? Está en casa de su madre. A ver si lo entiendes. *Coño*.

—Papá —dice el niño en tono impaciente—, mamá llamó el otro día y dijo que estaba en la cárcel.

Saudade suspira. Abre el cajón de su mesilla de noche y empieza a revolver los papeles que hay dentro. Al cabo de un momento saca una hoja de papel arrugada y la alisa con la mano.

—Ten. —Le da el papel a su hijo con cara de pocos amigos—. Tu madre vuelve el martes. ¿Estás contento? Cómete lo que quede en la nevera y cuando se termine llamas a la tía y le dices que tienes que ir a pasar un par de días con ella porque estamos haciendo obras en la casa. ¿Lo entiendes?

Cristian Saudade, de ocho años, se aleja arrastrando los pies por el pasillo. Saudade cierra la puerta con pestillo. Luego cierra la ventana y coloca en el reproductor de DVD una pieza de su colección monográficamente dedicada a los culos grandes. Después se acuesta en la cama y usa el mando para saltarse las escenas de transición que preceden a las primeras escenas de sexo anal. Las escenas de sexo anal son, en opinión de Saudade, el centro neurálgico de una buena película pornográfica. Las escenas de sexo oral también son muy importantes porque en ellas se demuestra la técnica de una actriz. Pero no hay duda de que las escenas de sexo anal son el sentido último de la pornografía. Las escenas de sexo vaginal las suele pasar deprisa con el mando a distancia o simplemente se las salta con la función Salto de Capítulo de su reproductor de DVD. Una vez localizada la escena más adecuada, enciende el cigarrillo de hachís con su encendedor promocional de su club futbolístico favorito y le da un par de caladas antes de devolverlo al cenicero. A continuación mete la mano debajo del calzoncillo y procede a llevar a cabo los tocamientos sexuales controlados que constituyen la fase central de la operación fisiológica-mental que él denomina interiormente «cargar las baterías».

Acostada en el sofá de su sala de estar con el mando a distancia del reproductor de DVD en la mano, Iris Gonzalvo se dedica a pulsar alternativamente los botones de *play* y *fast forward* para seleccionar aquellos fragmentos de su serie favorita que pueden desencadenar en ella reacciones emocionales de identificación, deseo y rechazo. Es posible que afuera ya sea de día. Es difícil saberlo porque hace horas que ha cerrado las persianas para concentrarse en lo que está pasando en el televisor. No tiene hambre ni sueño pero eso no quiere decir nada teniendo en cuenta que ha acabado con las reservas de cocaína de la cocina. Mueve los almohadones del sofá para estar más cómoda y cierra los ojos y se imagina cómo serán las cosas cuando alcance la Fama y el Éxito en la Vida. Se imagina las entrevistas para las revistas y las sesiones de fotos y sus citas con hombres famosos en restaurantes. La clase de cosas, piensa, que hacen que valga la pena estar viva.

Marcia Parini está llorando junto a la cama del prestigioso centro psiquiátrico infantil donde su hija Valentina está dormida con correas de plástico blanco sujetándole las

muñecas y los tobillos y un gotero suministrándole sedantes en una vena del brazo. Llora y se seca las lágrimas con un pañuelo arrugado y de vez en cuando coge la mano inerte de su hija. Una enfermera con un hematoma en la cara y el brazo en cabestrillo entra para revisar la lectura del electrocardiograma. Marcia levanta la vista y mira a la enfermera con cara consternada.

—Oh, por Dios —le dice Marcia a la enfermera contusionada—. Tiene que pasarme su factura médica. —Niega tristemente con la cabeza—. No me imaginaba que la pobrecilla tuviera tanta fuerza.

La enfermera sonrío sin demasiado aplomo.

—Estamos asegurados contra ataques de pacientes —dice—. Es uno de los gajes del oficio. —Hace una pausa y mira a Valentina con los ojos fruncidos—. ¿Sabe algo del padre?

Marcia se seca las lágrimas con su pañuelo arrugado.

—Su padre se marchó a Uruguay —dice—. De todas maneras, Tina no se lleva bien con él.

La enfermera asiente. Hay un momento de silencio puntuado por el pitido apenas audible del electrocardiógrafo.

—Tenemos una máquina de café en esta misma planta —dice la enfermera, en tono amable—. Si quiere podemos ir juntas a desayunar. Al fin y al cabo, ya es Navidad, ¿no?

Marcia Parini sonrío y asiente mientras se suena la nariz con su pañuelo arrugado. Marcia y la enfermera salen de la habitación.

En su cama infantil del hospital infantil, rodeada de máquinas y de objetos de mobiliario de color blanco, Valentina Parini abre de repente los ojos. Sus pupilas se dilatan y emprenden la danza brusca y temblorosa de la Fase de Movimiento Ocular Rápido del Sueño.

EL SUEÑO DE NO NOS GUSTA EL SOL

Lucas Giraut levanta la cabeza para orientarse por la avenida desierta y azotada por el viento en que parece haberse convertido Tottenham Court Road. Nada de letreros luminosos comerciales hasta donde alcanza la vista. Nada de ríos de compradores con sus bolsas de plástico de los grandes almacenes y nada de marquesinas gigantes de los teatros del West End. Lucas Giraut se refugia en un portal y levanta un brazo para protegerse la cara del vendaval. Es posible que haya alguien clavado a la marquesina del Astoria. Lucas no quiere acercarse para comprobarlo. El viento arrastra hojas secas y jirones de periódico. Muchos fragmentos de periódicos. Lucas caza uno al vuelo. Lee la fecha: 7 de agosto de 1972. Se pone a contar con los dedos. Con el ceño fruncido. Es realmente asombroso cuántos y cuántos fragmentos de periódicos pasan volando por Tottenham Court Road.

Tres manzanas más arriba, llega al pub al que se supone que tiene que llegar de acuerdo con la lógica interna del Sueño Filial de No Nos Gusta el Sol. No resulta difícil encontrarlo: encima del pub, sujeto con cuerdas al tejado del edificio y flotando en el cielo nocturno, hay un inmenso globo aerostático en forma de cerdo. Con sus orejas de cerdo y su cola de cerdo. Y con una inscripción en el costado en esas letras parecidas a nubes que se pusieron de moda a principios de los años setenta. La inscripción del costado del cerdo dice: «bienvenido al sueño de no nos gusta el sol». Giraut se sacude con las manos las hojas de papel de periódico que tiene pegadas a los hombros y la espalda y empuja la puerta del pub.

El interior del pub es cálido y está lleno de gente, y sin embargo no hay nadie hablando. Todo el mundo está en silencio. Las caras que se quedan mirando a Lucas Giraut cuando este entra son caras amedrentadas.

—En el cuarto trasero, cielo —le dice desde el otro lado de la barra una rubia de aspecto amedrentado que lleva una camiseta promocional del Sueño Filial de No Nos Gusta el Sol.

Lucas Giraut le agradece la información con una media sonrisa y continúa caminando entre una multitud de caras temerosas.

—En el cuarto trasero, colega —le dice un tipo que está fumando en pipa. Señalando temblorosamente con su pipa en dirección a una puerta abierta que hay al fondo del local.

Lucas Giraut entra en el cuarto trasero y se queda mirando a los tres miembros oficiales del Club No Nos Gusta el Sol. Que están ocupando jovialmente una mesa redonda y llena de jarras vacías sobre la cual una versión asombrosamente joven y todavía no alopécica de Bocanegra acaba de dejar cuatro jarras llenas de cerveza. Lucas mira a Bocanegra. Después mira a Koldo Cruz. Después mira a su padre. Por

fin se queda mirando a la cuarta figura que hay sentada a la mesa. La cuarta figura no tiene cara. Su cuerpo entero está envuelto en vendas como los cuerpos vendados de esas momias egipcias que vuelven a la vida en las películas antiguas de terror. Las vendas están manchadas de sangre en varios puntos. En las muñecas y en los costados y en la frente. Ni su altura ni la configuración de sus extremidades son realmente humanas. Tampoco tiene ojos en el sentido humano del término. En el lugar donde debería tener los ojos hay dos lucecitas amarillas que se ven débilmente a través de las vendas.

—David Gilmour es un artista decadente —está diciendo Bocanegra mientras deja las cervezas sobre la mesa y se sienta entre Cruz y el padre de Lucas—. No creo que dure otro año en la banda. O sea, seamos serios. Roger Waters es Pink Floyd. Son términos equivalentes—. Hace una pausa. Mira en la dirección en que están mirando sus compañeros del Club No Nos Gusta el Sol y repara en Lucas, de pie frente a la mesa—. ¡Ah, Lucas! Llegas tarde. Hace veinte minutos que tendríamos que haber brindado por nuestra casa invisible.

Lucas Giraut se sienta en el sofá con estampado de fantasía en el que están sentados los miembros del club y coge una jarra de cerveza que alguien le ofrece. Los cinco ocupantes de la mesa entrechocan sus jarras y dan sendos tragos antes de dejarlas nuevamente sobre la superficie de madera. Lucas mira a su alrededor. Los tres miembros del Club No Nos Gusta el Sol llevan el pelo largo y enredado y chaquetas de tela vaquera por encima de camisas de fantasía. Entre los tres suman ocho collares. Sentado a su lado en el sofá con estampado de fantasía, Koldo Cruz sostiene un cigarrillo de marihuana entre los dedos índice y pulgar y se dedica a mirarlo con una sonrisa aletargada. Sin placa en la sien derecha. Sin parche tapándole el ojo derecho. Con purpurina espolvoreada sobre la cara. Ninguno de los tres miembros del club parece tener más de veinticinco años.

—La casa invisible es lo que ha pagado este viaje —explica Lorenzo Giraut. Mirando a su hijo con una sonrisa amable. El brazo de Lorenzo Giraut está apoyado en los hombros de la figura inhumanamente alta y cubierta de vendajes sanguinolentos de esa forma en que los brazos de muchos hombres jóvenes se apoyan en los hombros de sus novias—. Que en realidad no es una casa invisible. Es simplemente una casa que no existe. Hemos vendido una casa que no existe. Así es como ha nacido el Club No Nos Gusta el Sol. Hemos vendido una casa invisible y con el dinero nos hemos venido de vacaciones a Londres.

Lucas reconoce algo de su propia gravedad vagamente estólida en la forma de hablar de su padre. Esa clase de gravedad estólida que provoca a menudo que la gente se distraiga con cualquier cosa y deje de escucharlo. Cambia de posición en el sofá con cara pensativa y sus pies chapotean sobre un enorme charco que Lucas juraría que no estaba ahí hace un momento. Examina los tablones del suelo alrededor de la mesa a la que están sentados. No hay duda de que debe de haber alguna tubería rota en alguna parte del local, porque de alguna parte está entrando agua y encharcando el

suelo de la sala. Koldo Cruz ha sacado una bolsa de marihuana de uno de los bolsillos interiores de su chaqueta de tela vaquera y está liando otro cigarrillo con la misma cara aletargada. Bocanegra se inclina al lado de Lucas para hablarle al oído:

—No preguntes quién es. —Señala con su jarra de cerveza a la figura cubierta de vendas sanguinolentas—. En esta mesa no hablamos del tema.

—¿Es por eso por lo que todo el mundo está tan callado? —Lucas Giraut mira a Bocanegra, que se ha apartado bruscamente y ahora parece estar disimulando con la vista puesta en las piernas de unas chicas de aspecto amedrentado que hay en la mesa contigua—. ¿Es por eso por lo que parece que tienen miedo? ¿Por este...? ¿Por el de las vendas?

—Escucha. —Lorenzo Giraut deja de besar la mejilla ensangrentada de la figura de las vendas y mira a su hijo con expresión estólidamente grave—. Hay una razón de que estés aquí. Esta es la noche en que empieza todo. Y no solamente por las razones obvias. Este es el verdadero principio de la historia. Si quieres llegar a entenderla, presta atención. Lo que pasa entre nosotros tres esta noche es el verdadero principio de todo.

—Es como la historia esa de la mariposa que agita las alas en China —dice Koldo Cruz. Con expresión aletargada. Su pelo largo es rizado a diferencia del pelo ondulado de Bocanegra y del pelo liso y rubio de Giraut.

Lucas Giraut no puede evitar reparar en el hecho de que su padre y la figura vendada de dimensiones no humanas están sentados a una distancia interpersonal normalmente reservada a las personas que disfrutan de una intimidad física plena. La figura de las vendas, observa Lucas con una ligera mueca de asco, tiene su mano a muy poca distancia de la entrepierna de su padre. Koldo Cruz termina de encender su cigarrillo de marihuana y empieza a ejecutar una especie de baile ondulante y vagamente ofidio con los brazos y el cuello al ritmo de la canción que está sonando en los altavoces de madera que hay colgados junto a la barra. Bocanegra y Giraut mueven sus cabezas rítmicamente en reconocimiento de la canción. El tipo que está cantando a través de los altavoces de madera está cantando que en los momentos en que la luna eclipsa al sol no se puede hablar técnicamente de un lado oscuro de la luna ya que técnicamente hablando ambos lados son oscuros.

—Esto no tiene sentido —dice por fin Lucas Giraut. Mirando a su padre y al resto de ocupantes de la mesa—. No es así como funcionan los sueños. Los sueños están hechos de recuerdos. Pero yo nunca estuve aquí. Ni siquiera había nacido. Yo nunca he visto a este hombre. —Señala a Koldo Cruz—. Y nadie me contó nunca nada de esto. ¿Cómo se supone que puedo recordarlo?

Bocanegra se queda mirando a Lorenzo Giraut con cara de asombro teatral. La sonrisa cruel que Lucas conoce tan bien del Bocanegra que conoce en la vida real ya está presente en la cara del Bocanegra del sueño. En fase embrionaria, por así decirlo.

—Oh, mierda —dice Bocanegra—. ¿Quién tiene el Manual de Supervivencia de Paradojas Temporales? Porque yo no. —Se da una serie de palmadas burlonas en los

bolsillos.

Todos los ocupantes de la mesa salvo Lucas Giraut se echan a reír. La figura envuelta en vendas ensangrentadas tampoco se ríe. Se limita a mirar de reojo a Lucas. Con sus puntos de luz amarilla.

—Escucha. —Lorenzo Giraut vuelve a adoptar su tono estólidamente grave—. No tenemos mucho tiempo. Por no mencionar la cuestión del nivel del agua. — Señala al suelo. Donde el nivel del agua que antes encharcaba los tablones del suelo ya ha subido dos o tres centímetros y obliga a los parroquianos del pub a caminar de puntillas y a levantarse los bajos de las faldas largas en el caso de las mujeres que llevan faldas largas—. Tu misión es descubrir qué pasó entre nosotros. Tienes hasta las once aproximadamente. —Se mira brevemente el reloj de pulsera y luego mira a su hijo con expresión benévola—. HIS, claro.

—¿HIS? —Lucas frunce el ceño.

—Horario Interno del Sueño —dice Bocanegra. Vacía su jarra de un trago y golpea sonoramente la superficie de madera de la mesa con la base de la jarra vacía—. De todas maneras, por aquí lo cierran todo a las once.

El cuarto trasero del pub se ha ido vaciando hasta que no quedan más que un hombrecillo con traje de pana que está leyendo un periódico inglés y dos tipos de aspecto siniestro con chaquetas de cuero y peinados de orinal. Todos ellos llevan los bajos de los pantalones remangados. Lucas da un sorbo a su cerveza y trata de discernir qué hay en la escena del Sueño de No Nos Gusta el Sol que le resulta poderosamente familiar. Bocanegra levanta del suelo inundado una bolsa de deporte y la coloca sobre la mesa. Se trata de una bolsa de deporte Puma de color verde botella. Abre la cremallera de la bolsa y hace un gesto a Lucas invitándolo a que mire el interior.

—Este es nuestro nuevo proyecto comercial —dice Bocanegra.

Lucas estira el cuello para ver lo que hay dentro de la bolsa de deporte. Lo que hay dentro de la bolsa es un montón de partes de un cuerpo humano femenino. Un brazo lleno de pulseras y con la mano perfectamente manicurada. Un torso con los pechos pequeños y ligeramente arrugados. Un pie por aquí y una rodilla por allí. Bocanegra hurga en el interior de la bolsa hasta encontrar lo que busca y lo sostiene en alto para que Lucas lo vea: se trata de la cara de Estefanía «Fanny» Giraut, con sus labios amoratados por las inyecciones de silicona y la piel espantosamente tensada desde detrás de las orejas. Con su nariz quirúrgicamente reconstruida hasta que ya no parece una nariz tanto como una extraña protuberancia cartilaginosa. Algo que hace pensar en colas vestigiales y apéndices dentados. La cara de Fanny Giraut hace una mueca irritada mientras Bocanegra, agarrándola sin miramientos de las orejas, la vuelve a meter en la bolsa.

—Creemos que podemos sacar casi un millón por esto. Fue idea de Lorenzo. Lo de meterse en el negocio de las antigüedades. Se le ocurrió después de visitar el museo ese de las momias que hay aquí en Londres. Hemos montado una compañía

fantasma. Para emitir las facturas falsas. En una isleta inglesa que tiene un régimen fiscal especial.

—La isla es un centro de energías telúricas. —Koldo Cruz se lleva su cigarrillo de marihuana a la cara pintada con purpurina. El pelo largo y rizado le cae por encima de la cara resplandeciente y de los ojos enrojecidos—. Los druidas lo han sabido siempre. Es por eso por lo que nuestros planes no pueden fallar.

Lucas Giraut saca los pies del agua y los pone encima del sofá. El agua que no para de entrar en el cuarto trasero del pub ya debe de haber subido unos veinte centímetros sobre el nivel del suelo y obliga a todo el mundo a subirse a sus asientos. Los camareros del pub llevan los pantalones remangados hasta las rodillas y avanzan con dificultad por el agua, sosteniendo en equilibrio precario sus bandejas llenas de jarras de cerveza y a veces dejándolas caer cuando una ola los golpea de costado o desde atrás. Por supuesto, piensa Giraut. Eso es precisamente lo que le resulta familiar de la escena. Cuando era niño, en su dormitorio infantil del Ala Norte o Ala del Niño de la casa familiar de los Giraut en el Ampurdán, tenía un sueño recurrente en que el Mediterráneo subía de nivel hasta inundar la playa y en cuestión de minutos alcanzaba la casa. Sumergiendo primero la primera planta y después la segunda planta donde estaba el Salón de los Trofeos de Pesca. En su sueño, Lucas veía subir el nivel del agua hasta que los muebles y lámparas y los cuadros de las paredes empezaban a flotar y por fin se hundían sin remedio cuando el agua llegaba al techo. Los peces invadían los pasillos y las salas de la casa familiar. Lo único que el pequeño Lucas podía hacer ante el ascenso de las aguas era subir cada vez más por la escalera de mármol de la casa hasta quedar primero encerrado en el desván y después, cuando el agua inundaba también aquella parte, empujar la trampilla del techo y salir al tejado. Donde le esperaba siempre el mismo paisaje. La costa del Ampurdán había desaparecido. El mar lo ocupaba todo. Las colinas rocosas de la parte norte de la costa se habían convertido en islotes rápidamente menguantes. No había rastro de tierra firme. Minutos después, Lucas flotaba en el agua agarrado a un tablón o a cualquier otro resto de la inundación.

Alguien grita en la parte del pub más cercana a la entrada. Los dos tipos con peinado de orinal que hay en el cuarto trasero se han subido a una de las mesas y están intentando trepar por las cortinas. El hombrecillo con traje de pana chasquea los labios y trata de avanzar por entre las mesas, pero es arrastrado por una ola. Sobre la mesa ocupada por el Club No Nos Gusta el Sol, Lorenzo Giraut, Koldo Cruz y Bocanegra están consultando un montón desordenado de planos y mapas. Con aire conspiratorio. La forma en que consultan el mapa y cuchichean entre ellos no es tanto la forma en que uno cuchichea con aire genuinamente conspiratorio como la forma en que uno cuchichea teatralmente y suelta risitas y se frota las manos cuando quiere dejar bien claro a cualquier espectador de la escena que está conspirando. Giraut mira con expresión desolada su traje de Lino Rossi mientras el agua rebasa el nivel del

sofá y de las mesas y por fin se decide a zambullirse en dirección a las escaleras del piso superior. Hacia las cuales ya está nadando el resto de parroquianos del pub.

Giraut bucea por el agua turbia dejando atrás peces y elementos del mobiliario del local que flotan sin rumbo. La figura envuelta en vendajes ensangrentados es la única figura que sigue sentada en su silla como si nada estuviera pasando a su alrededor. Ahora parece estar leyendo una novela de Stephen King. Con una especie de neblina oscura de sangre rezumando de sus heridas vendadas bajo el agua. Lucas Giraut mira a su alrededor en busca de su padre. Los carrillos de Lucas Giraut están hinchados de esa forma en que están hinchados los carrillos de la gente que bucea en las películas y en los dibujos animados. Con un pequeño rastro de burbujitas elevándose desde su boca. Al cabo de un minuto sale a la superficie.

—¡Eh! —grita en dirección al sitio donde Bocanegra está conectando unos cables a un detonador en forma de T—. ¿Alguien ha visto a mi padre?

El detonador al que Bocanegra está conectando los cables es uno de esos detonadores en forma de T que uno tiene que empujar hacia abajo con las dos manos. Como aquellos detonadores que siempre accionaba el Coyote para intentar acabar con el Correcaminos. Los cables que Bocanegra está conectando al detonador son de colores distintos. No hay rastro de Lorenzo Giraut por ninguna parte.

—No he visto al Señor Intelectualoide. —Bocanegra habla en tono malhumorado. Sin dejar de trabajar en el detonador—. ¿Qué te hace pensar que he visto al Señor Intelectual Tragalibros Culoprieto? ¿Al Señor Soy Más Importante Que Los Demás Porque He Leído Muchos Libros Y Mi Culo Tiene Forma De Silla De Biblioteca?

Lucas Giraut sigue con la mirada los cables de distintos colores que salen del detonador y suben por una pared y continúan por el techo hasta el extremo opuesto de la sala. Y que después descienden por la parte opuesta hasta llegar al sitio donde Koldo Cruz está de pie encima de la barra. Aferrado a un botellero de gran tamaño para evitar que lo arrastren las olas. Los cables conectados al detonador terminan en una ristra de cartuchos de dinamita que alguien le ha sujetado a Cruz alrededor de la cintura con tiras de cinta adhesiva negra. Los cartuchos de dinamita tienen dibujado el signo de la paz.

—¡Señor Cruz! —grita Giraut, chapoteando en el agua—. ¡Cuidado...! —empieza a decir.

Pero una explosión tremenda volatiliza a Koldo Cruz. La pared entera se hunde encima del sitio donde hasta hace un segundo estaba Koldo Cruz. Provocando una nube de humo. Provocando un tsunami que barre instantáneamente a Giraut y a todo lo que hay alrededor de Giraut.

Mundo maravilloso de Stephen King

Capítulo 42

Chuck Kimball despertó en su tercer día en Boston debajo de una capa de cartones y mantas infestadas de piojos en un callejón sin farolas ni luces de ninguna clase. Estaba claro que los cartones y las mantas habían pertenecido en algún momento a otra persona, a alguno de los muchos vagabundos y borrachos de la calle que en otra época poblaban las calles del barrio histórico de Beacon Hill. También ellos habían desaparecido. Un par de botellas de vino barato dentro de bolsas de papel marrón señalaban aquel rincón del callejón como la antigua propiedad de uno de aquellos modernos nómadas. Chuck se desperezó y miró a su alrededor, vagamente alarmado. La calle al final del callejón parecía tranquila. Desde que se había deshecho de su reloj de pulsera, su noción del tiempo había desaparecido casi por completo. Dormía a intervalos de varios minutos, despertándose siempre sobresaltado y volviendo a sumirse en aquel letargo nervioso. El mono de la dexedrina parecía haber desaparecido por completo.

Después de orinar en un rincón, Chuck se examinó en un pedazo de espejo roto. No había duda de que su aspecto lo delataría de forma inevitable si se atrevía a salir a una calle transitada. A juzgar por la luz, debía de haber amanecido hacía menos de una hora. El estómago le envió una de sus señales irritadas. Una mezcla de ronroneo hambriento y de advertencia de que la diarrea, junto con el peligro de deshidratación, podía llegar en cualquier momento.

Gateando primero, y arrastrándose después, Chuck se asomó al final del callejón. Se encontraba a unos cincuenta metros de la esquina entre Beacon y Dartmouth. El paisaje era extrañamente familiar y al mismo tiempo inefablemente inquietante. Con sus antiguas farolas de gas y sus calles adoquinadas y las hileras ondulantes de elegantes casas de ladrillo rojo. No había ni un alma a aquella hora previa al amanecer. Ni un coche. Ni un pájaro. La desolación que lo había ido siguiendo en las últimas semanas parecía haber adquirido un componente decididamente distinto.

¿Dónde estaban los grupos de gente departiendo amigablemente delante de los comercios? ¿Los transeúntes de aspecto feliz yendo a pie a sus lugares de trabajo o saliendo ordenadamente de las bocas del metro? En ese momento entendió qué era lo que resultaba inquietante de una forma nueva. Era el silencio. A la desaparición de los animales se le había sumado la desaparición de las personas. Desde que empezaron las transmisiones, hacía poco más de un mes, la vida en los lugares poblados había mantenido una apariencia de normalidad. Todo el mundo había mantenido aquella farsa enervante de sus rutinas y de sus trabajos y de su vida familiar. Algo en la atmósfera de aquella esquina desierta le decía que las cosas habían cambiado. Que se estaban adentrando en una nueva fase de la colonización.

Chuck echó a caminar por la acera de Beacon Street. Al principio con pasos apresurados, pegado a las rejas de los edificios y a las paredes de ladrillo rojo. Mirando por encima del hombro en busca de señales de los Captores en el cielo. También Ellos parecían estar ocultándose. No había humo saliendo de las chimeneas de las casas, pese al frío. Tampoco se veía movimiento en las cortinas de las

ventanas. Chuck experimentó un escalofrío y aminó el paso. Había un carrito de supermercado abandonado en medio de la calle. Con bolsas en el interior. Algo que no cabía duda de que Ellos no habrían hecho nunca.

Se acercó al carrito sin dejar de escrutar el cielo y examinó el contenido de las bolsas. Tenía tanta hambre que por unos momentos se olvidó de mantenerse en guardia o de vigilar las inmediaciones. Dentro de las bolsas había varios paquetes de aperitivos que rasgó con las manos y devoró como un animal. Llevándose puñados de patatas fritas a la boca y tragándolas sin masticar. Bebió varios tragos de refresco hasta notar el subidón rapidísimo y estimulante del azúcar en sus venas. Comió un trozo de jamón y dio varios mordiscos a un filete todavía ensangrentado. Y entonces lo vio. Mientras todavía tiraba con los dientes del pedazo de carne de forma que le resbalaban churretes de sangre por la barbilla.

Estaban allí. Estaban todos allí. No necesitó ver nada más que la nube negra para comprenderlo. La nube negra que flotaba sobre la gigantesca cúpula dorada de la State House, en la cima de Beacon Hill, por encima de los árboles y las avenidas del Boston Common. Se trataba de una nube más negra y más densa que ninguna otra nube que Chuck hubiera visto hasta el momento. Debía de haber docenas de Ellos volando en círculos sobre la cúpula, tal vez centenares. Hasta entonces Chuck había visto a algunos de los Captores volando bajo por encima de los tejados o flotando en grupos de tres o cuatro por encima de los lugares donde Ellos tenían centros de control. Era su forma de comunicarse, eso lo tenía claro. De crear focos de transmisión con lo que fuera a lo que Ellos transmitían. Lugares donde se concentraban sus ondas y por tanto lugares peligrosos a los que ni siquiera un individuo inmune como él podía acercarse sin correr ciertos riesgos.

Chuck dejó caer el pedazo de carne cruda y escupió los trozos que todavía tenía en la boca. Echó a andar por la calle desierta sin apartar la vista de la nube negra formada por los Captores. Como siempre que los veía, había algo en su visión que lo atraía a uno de forma fatal. Algo imposible de definir y que sin duda explicaba la razón de que algunas culturas de épocas pasadas los hubieran confundido con ángeles. Si es que los Captores no se encontraban en la base de la misma creencia humana en los ángeles. Ahora, debido a la concentración de todas aquellas docenas de especímenes, Chuck notó aquel efecto de fascinación con más fuerza que nunca. Cada uno de los Captores debía de medir entre tres y cuatro metros desde la punta de la cabeza ofidia hasta la punta de la cola, aunque las alas totalmente desplegadas podían llegar en ocasiones a doblar esa cifra. Su forma de volar en círculos sobre sus centros de control era como una especie de danza establecida, con giros y más giros concéntricos que Chuck sospechaba que debían de tener algo que ver con aquellos vórtices de los que le había hablado Saunders. Creando unas nubes negras de forma vagamente cónica que podían recordar a mangas de tornados.

A juzgar por la concentración de Captores sobre la cúpula dorada, el State House de Boston debía de ser el principal centro de control de la ciudad, si no del estado.

Chuck avanzaba lentamente. Ahora le parecía que también podía oírlos. Una especie de zumbido grave y constante que podía proceder del batir de sus alas o tal vez de alguna clase de frecuencia con la que se comunicaban entre Ellos.

El hecho de que nunca los hubiera oído antes no le sorprendió en absoluto. A medida que la colonización avanzaba día tras día, las señales se iban multiplicando. La noche en que los vio por primera vez planeando sobre la autopista había tenido aquella poderosa sensación de que ya había notado antes su presencia. Por supuesto, aquello tenía que ver con los mecanismos que Ellos usaban para no ser vistos. Chuck sospechaba que su anterior invisibilidad debía de responder a algo parecido a una especie de hipnosis colectiva. Algo que hacía que la población no los percibiera a pesar de tenerlos delante y poderlos ver perfectamente.

Se encontraba ahora a unas tres manzanas de la colina de Beacon Hill y de las cancelas que separaban la calle de los recintos ajardinados del parque. Decidió detenerse allí. Se colocó detrás del tronco de un árbol y estiró el cuello todo lo que pudo para ver lo que había al otro lado de la verja.

El corazón le dio un vuelco.

Allí había gente. Mucha gente. En una primera impresión, Chuck calculó que debía de haber por lo menos un millar de personas. Bajo el pórtico elevado de ladrillo rojo y las columnas corintias de la State House. La mayoría de la gente que había allí estaba haciendo cola para entrar en el edificio. Fue la forma en que hacían cola lo que dejó horrorizado a Chuck, como si el hecho de que ya hubiera visto cosas parecidas docenas de veces en las últimas semanas no hubiera conseguido que se acostumbrara a ello. Hacían cola de forma perfectamente ordenada. En total silencio. Sin discusiones, sin movimientos nerviosos de las piernas y sin miradas impacientes a sus relojes de pulsera. Simplemente quietos de pie en la cola, cada uno mirando fijamente la nuca del que tenía delante. La cola serpenteaba desde la entrada del State House, descendiendo por el jardín hasta las cancelas.

Varias docenas de personas, los que no estaban haciendo cola, parecían estar montando guardia alrededor de la misma y de las puertas de entrada. Observando las inmediaciones, algunos de ellos con prismáticos.

Ahora Chuck estaba paralizado. Sus piernas querían echar a correr lejos de allí sin esperar más, pero el cerebro le decía que no debía moverse. Que había conseguido acercarse hasta allí sin ser visto gracias a alguna clase de milagro, pero que ahora cualquier movimiento podía delatarlo. Estaba en pleno campo abierto, en medio de la calle, a tres manzanas del lugar donde aquellas cosas vigilaban las inmediaciones con sus prismáticos y tal vez a quinientos metros de la cúpula oscurecida por la sombra de aquella nube negra de Captores.

Y por último, una parte de su mente le decía que era posible que acabara de llegar al final de su viaje. A su destino. Que era probable que Ollie estuviera allí. Entre toda aquella gente. Posiblemente su hijo fuera uno más entre ellos, controlado por el

vórtice de aquel centro de transmisiones, pero también existía la posibilidad de que fuera como él mismo. Uno de los inmunes. Un superviviente.

Ahora Chuck hurgó en su bolsillo y agarró con una mano temblorosa la pistola. Probablemente el instrumento más inútil en aquella situación, pero a pesar de todo reconfortante. Un vestigio de la antigua civilización.

Fue en aquel momento cuando sucedió. A Chuck no le hizo falta girarse ni pensar demasiado para comprender que la presión fría en su nuca procedía del cañón de un arma de fuego y que el ruido metálico que resonó en la calle vacía era el sonido de una pistola al amartillarse.

—Si fueras uno de Ellos no habría podido acercarme hasta ti sin que me leyeras —dijo una voz justo detrás de su cabeza. En voz baja. La cara del tipo que acababa de apoyar el cañón del arma en la nuca de Chuck debía de estar muy cerca de su cabeza, tal vez a muy pocos centímetros. Chuck notaba el calor de su aliento en la parte de atrás del cuello—. Y si fueras uno de nosotros, te conocería. Así pues, ¿quién demonios eres? —dijo la voz—. Y sobre todo, ¿cómo has conseguido llegar hasta aquí?

La presión del cañón del arma se retiró de su nuca. Chuck levantó los brazos y se dio la vuelta muy despacio. El tipo que lo estaba encañonando con una pistola automática debía de tener veinticinco años como mucho. Iba vestido con una sudadera y unos vaqueros gastados en las rodillas. Su expresión transmitía una preocupación profunda mezclada con curiosidad. Hacía muchos días que Chuck no veía una cara como aquella. Una cara real con una expresión real. Desde que había abandonado a Saunders a su suerte en el sótano de su casa. Chuck no pudo controlar su reacción. Se echó a llorar como una criatura. Antes de que el otro pudiera hacer nada, Chuck lo envolvió con sus brazos en un abrazo tembloroso. Había encontrado a otro ser humano real. En mitad de aquella calle desierta.

Lo tenía abrazado con la cabeza apoyada en su hombro cuando el joven habló en tono de asombro genuino.

—¿Señor Kimball? —dijo el joven—. ¿Es usted?

Chuck se apartó bruscamente. Miró fijamente la cara del joven, escrutando sus rasgos. Se le hizo un nudo en la garganta. Conocía aquellos rasgos, aunque debía de hacer varios meses que no los veía. Era como si la cara del joven hubiera envejecido diez años durante aquel tiempo. Le habían aparecido arrugas en la frente y líneas de preocupación alrededor de los ojos, pero no cabía duda. Era Paul Clark. El entrenador de baloncesto de su hijo.

—¿Paul? —dijo Chuck. Sin dar crédito a sus ojos.

Los dos se contemplaron un instante sin saber qué decir.

—Felicidades —dijo Paul Clark por fin—. Ha encontrado usted a la Resistencia de Boston.

TERCERA PARTE

**«Y TODOS SE ESCONDIERON EN LAS CUEVAS
Y ENTRE LAS PEÑAS DE LOS MONTES»**

LLÉVAME CON VUESTRO LÍDER

Lucas Giraut está sentado en el estudio de su apartamento en el antiguo palacio ducal del Casco Antiguo, trabajando sobre el *cartonnier* Luis XV que hasta hace pocos días estaba en el despacho del *mezzanine* de Lorenzo Giraut, S. L. No hay luz natural. Toda la luz del estudio procede una lámpara *art nouveau* situada en una mesilla de café junto al escritorio. Sobre el escritorio, abierto como un animal anestesiado y despatarrado en una clínica veterinaria, está el ejemplar de *Los ríos perdidos de Londres* de Alex Jardí a cuyo interior Giraut está transplantado páginas de la nueva novela de Stephen King. Extirpando con cuidado los pliegos originales y reemplazándolos por otros meticulosamente ajustados a las dimensiones de la edición. Todo ello con la ayuda de su kit de reparación y restauración de libros. Una colección abigarrada de punzones, varillas de terminaciones serradas y pequeñas hojas afiladas de aspecto quirúrgico. Sobre el *cartonnier* también hay pegamento no abrasivo y líquidos no abrasivos de limpieza Giraut acaba de pegar el pliego central de *Mundo maravilloso* dentro de las cubiertas de *Los ríos perdidos*, el que contiene el bloque central de los capítulos 30 a 36, cuando suena el timbre de la puerta de su apartamento.

Levanta la vista de su trabajo y se queda mirando con el ceño fruncido hacia la oscuridad que rodea su mesa de trabajo. Durante un momento infinitesimal, su mente le dice que es Valentina. En una de sus visitas de los viernes por la tarde. Después recuerda los acontecimientos de la semana anterior. En una tarde normal de viernes esta es la hora a la que Valentina Parini vendría a buscarlo para que bajara al jardín. Él se sentaría en una silla de jardín, ella ocuparía su hamaca y se entregarían al placer de la conversación. Normalmente relacionada con la obra literaria o cinematográfica de Stephen King. Como caballeros Victorianos que conversan flemáticamente bajo el emparrado de una villa colonial. Con ruido de cañonazos de fondo.

El timbre suena por segunda vez. Giraut suspira y se quita los guantes de látex con los que ha estado trabajando en el trasplante de pliegos. La figura que aparece al otro lado de la puerta de su apartamento no despierta ninguna asociación en su memoria. Se trata de una mujer alta y esbelta y mucho más sexualmente atractiva que ninguna de las mujeres con las que ha tratado a lo largo de su vida.

—¿Es usted el señor Lucas Giraut? —La mujer de la puerta mira con sus gafas oscuras el batín de color ocre de Lino Rossi que Giraut lleva por encima de la ropa. Sin ninguna expresión descifrable en la cara—. ¿El anticuario?

Hay algo genuinamente extraño en la mujer de la puerta. No es su vestido de noche con un chal sobre los hombros ni sus zapatos de tacón alto con correas hasta la rodilla ni sus gafas oscuras inadecuadas a la situación vespertina, ni el pañuelo

ciertamente caduco que lleva anudado en la cabeza. Aunque el análisis trajeológico de Giraut se aplica principalmente a los trajes de hombre, las marcas y los indicadores de distinción social de la mujer saltan a su vista. Prada. Miyake. Dolce & Gabbana. Lo que resulta extraño en el aspecto de la mujer, sin embargo, es el hecho de que ni su postura hierática ni su indumentaria parecen corresponderse con la gente de verdad. Se parecen más bien a la postura y la indumentaria de ciertas actrices trágicamente altas y hieráticas del sistema de estudios americano de los años cuarenta y cincuenta. Una especie de sensación de aceptación trágica de la propia configuración corporal que trae a la mente soledad en torres de marfil y mesillas de noche de hotel llenas de frascos de barbitúricos.

—Busco al señor Lucas Giraut. —La mujer hurga en su bolso de piel con una estampación multicolor de Roy Liechtenstein y saca una tarjeta de visita de Lucas Giraut. Giraut la coge y se la queda mirando como si la tarjeta pudiera darle alguna pista acerca de la identidad de la mujer o de las razones de su aparición vespertina—. Es por un asunto muy importante. Su vecina me ha abierto la puerta de abajo. —La mujer cierra la cremallera de su bolso—. ¿Me invita usted a entrar?

Lucas Giraut y la mujer con predisposición estética a ingerir barbitúricos permanecen sentados durante un minuto en sendos sofás de cuero de la sala de estar del apartamento de Giraut. En silencio. Con expresiones faciales periféricas al concepto de sonrisa. Ahora que lo tiene delante, Giraut puede ver que la ilustración de Lichtenstein del bolso de piel de su extraña visitante representa a una mujer de aspecto sensual que está diciendo «take me to your líder». Giraut carraspea con un puño delante de la boca. La mujer alta y hierática tiene las piernas cruzadas a la altura de la rodilla y está fumando un cigarrillo de marca inglesa con los dedos muy extendidos. Su pierna es esbelta y muy blanca y tiene un tatuaje en el tobillo que imita una corona de espinas trenzadas.

—Esto no me parece ninguna mansión —dice por fin la mujer. Su voz es grave como suelen serlo las voces de las mujeres altas—. Es una casa bonita y los muebles están bien, pero nada más. ¿Es usted rico?

Giraut considera la cuestión. Sus manos se entrelazan con gesto inconsciente a modo de punto de apoyo de su barbilla.

—Soy el accionista mayoritario y presidente de una compañía multinacional. —Se encoge de hombros—. Mi familia es rica, o sea que supongo que yo también. ¿Y usted es...?

La mujer parece pensar un instante. Como si no estuviera del todo segura de quién es. Da una calada al cigarrillo de marca inglesa.

—Me llamo Penny DeMink —dice.

—Señorita DeMink —Giraut frunce el ceño—. ¿Puede recordarme las circunstancias en que nos hemos conocido anteriormente? ¿Se trata de una cuestión relacionada con mi negocio, tal vez? ¿Me ha vendido usted algo? ¿O es que quiere comprar?

La mujer sentada en el sofá es ciertamente la mujer más sexualmente atractiva de todas las mujeres con las que Lucas Giraut ha tratado a lo largo de su vida. El núcleo de su atractivo sexual no parece residir en su adscripción casi perfecta a los cánones físicos de belleza imperantes en el mundo de la moda o la televisión o el cine. Ni en sus piernas largas y esbeltas cruzadas a la altura de la rodilla, que ahora ocupan el centro absoluto del campo visual de Giraut. Ni tampoco en cuestiones relacionadas con sus señales externas de seguridad en sí misma ni de confianza sexual absoluta. Su atractivo, por el contrario, podría estar relacionado con cierta inescrutabilidad general de su persona. Con el hecho de que el color de sus ojos o de su pelo sean incógnitas totales, o de que resulte imposible saber qué está mirando detrás de sus gafas oscuras. Ni su expresión ni su indumentaria ni su actitud general parecen remitir a nada que sea conocido o familiar o real en líneas generales. La sensación visual resultante recuerda a la estática de un televisor. A cierta condición de fugacidad o de inestabilidad ontológica profunda de las cosas demasiado perfectas.

—¿No ha tenido usted nunca la sensación de que le han robado algo esencial? — La mujer expulsa una nubecilla de humo por entre dos hileras de dientes aparentemente perfectos—. Me refiero a algo muy importante. Algo que te roban cuando eres niño y que marca la diferencia entre una buena vida y una vida de mierda. A mí me robaron algo. —Asiente—. No puedo decir exactamente cuándo. A lo mejor cuando era demasiado pequeña para darme cuenta. Y desde entonces todo ha sido una mierda. Quiero decir que todo ha ido muy mal. Estoy segura de que se habrá dado cuenta de que soy una mujer excepcionalmente atractiva. —Aunque sus ojos son invisibles detrás de sus gafas oscuras, Lucas Giraut tiene cierta sensación inexplicable de que la mujer ha llevado a cabo un movimiento vertical de sus pupilas en dirección a su propio cuerpo—. Siempre he querido ser actriz. Y no solamente soy guapa. También tengo talento. Soy inteligente. Puedo interpretar papeles dramáticos y esas cosas. También bailo. Así que me pregunto: ¿por qué tengo esta vida de mierda cuando tengo todas esas cosas que la gente quiere tener en su vida? Pues porque me falta algo esencial. Algo que me han robado. Tal vez antes de nacer. Creo que se puede nacer echando en falta algo que te han robado. Ya me entiende. Y en mi caso, eso que me han robado tiene que ver con alguien llamado Eric Yanel. Creo que usted conoce a esa persona. No es que él sea lo que me han robado, ni que él tenga nada que me han robado. Pero estoy convencida de que él tiene algo que ver con todo esto. Por eso mismo he terminado mi relación personal con el señor Yanel. Y mi relación profesional. —Hace una pausa durante la cual aprovecha para aplastar la colilla de su cigarrillo con rotundidad en el cenicero en forma de Coliseo romano que hay sobre la mesilla de café—. No sé si el señor Yanel le ha hablado de mí. Tal vez sí. Tal vez usando otro nombre, no lo sé. Él me dijo que producía usted películas. Y que tal vez tenía un papel para mí. —Hace una pausa—. ¿Cree que podría traerme una copa?

Giraut considera la posibilidad de bajar al apartamento de la primera planta en busca de una selección de bebidas más amplias que la que tiene en su apartamento.

Al cabo de un momento regresa de su despacho con una botella de Macallan sin abrir y dos vasos cortos con cubitos de hielo tintineando. Hace algún comentario relativo al hecho de que no suele recibir invitados en su apartamento, como explicación de su falta de opciones alcohólicas, y sirve el whisky con la mirada fija en la rodilla que la mujer tiene cruzada sobre su otra rodilla. Por mucho que concentre su mirada en un punto de la anatomía o la configuración indumentaria de la mujer, sigue teniendo la misma sensación de fugacidad ontológica. La misma sensación de tener delante algo demasiado bueno para ser real.

—Señorita DeMink —Giraut se obliga a sí mismo a retirar la vista de la rodilla y a posarla en un punto neutral de la sala de estar—, le aseguro que no produzco películas de ninguna clase. La persona a la que usted menciona no se encuentra en mi agenda de clientes ni tampoco entre mis asociados profesionales —dice muy despacio, como midiendo el alcance y las implicaciones de sus palabras—. Es posible que yo pueda tener cierta idea de quién es esa persona a la que usted se refiere. Pero tal vez tengo que advertirle de que no le conviene continuar por ese camino. La persona que usted ha mencionado podría estar asociada con gente peligrosa. Gente involucrada en asuntos turbios.

Iris Gonzalvo, alias Penny DeMink, alias Penny Piernaslargas en sus primeras producciones para el mercado de los canales de cable de hoteles para ejecutivos, da un sorbo a su vaso de whisky. La forma en que da un sorbo a su whisky es esa forma extremadamente hábil y en cierta medida asociada con ideas caducas de feminidad que produce la impresión de que simplemente se ha mojado un poco los labios pero que hace descender considerablemente el nivel del licor. Sin inclinar apenas la cabeza hacia atrás. Sin fruncir los rasgos ni arrugar la boca como resultado del acto de beber. Sin alteraciones visibles de la musculatura facial.

—Señor Giraut —la mujer deja el vaso sobre la mesilla sin que haya ningún ruido desagradable de cristal chocando contra otro cristal—, considere esto como un regalo. El hecho de que yo haya venido a su casa. Algo muy afortunado para su vida. Creo que usted quiere acostarse conmigo. No tiene que disculparse. Lo que quiero que le quede claro es que no hay nada que pueda usted encontrar en Eric que no pueda encontrar en mí. Mejorado, quiero decir. —La cara de la mujer, aunque inescrutable detrás de sus gafas oscuras y su pañuelo, está ahora orientada en dirección a Giraut, que sigue evitando mirar fijamente a su visitante—. No le decepcionaré. Ese es el mensaje que quiero transmitirle por encima de todo. De cara a cualquier acuerdo que tenga usted con él. Le conviene quedarse conmigo. Yo puedo hacer todo lo que hace él y mucho más. Así que le convengo yo.

La mujer se enciende un cigarrillo con el encendedor de oro que Giraut sostiene frente a su cara protegiendo la llama con la palma de la mano y durante el segundo que tarda el cigarrillo en encenderse Giraut cree vislumbrar una ligera arruga en su ceño. Sus cuerpos se encuentran más cerca ahora de lo que han estado desde la llegada de la mujer. El dibujo de una corona de espinas entrelazadas que la mujer

tiene alrededor del tobillo es en realidad un motivo ornamental clásico bien conocido por Giraut. Presente en muchas molduras y cenefas decorativas de muebles e interiores de diversos periodos. La mujer expulsa el humo de su cigarrillo y se queda mirando a Giraut con las cejas levantadas en un gesto facial de interrogación. Es entonces cuando suena nuevamente el timbre del apartamento.

Giraut se pone de pie apoyando las manos en las rodillas. Al otro lado de la puerta se encuentra con la cara ligeramente preocupada de Marcia Parini. Con una de sus sonrisas dubitativas con las que a menudo intenta esconder un momento de preocupación. Marcia se lleva la mano a un lado de la cabeza y se recoge con los dedos el pelo por detrás de la oreja. Se trata de uno de esos gestos característicos de Marcia Parini que evocan en la mente del que los ve cierta clase de atractivo indefenso. El atractivo indefenso, por cierto, parece ser la principal clase de atractivo de Marcia Parini.

—Creo que deberíamos salir esta noche —dice Marcia Parini. Mira el batín de estar por casa de Giraut y después mira por encima del hombro de Giraut, en dirección a la sala de estar donde Penny DeMink acaba de encender un segundo cigarrillo inglés—. Tú y yo. A cenar a un restaurante bonito. Mi psicóloga me ha dicho que tengo que salir más. Sobre todo ahora que Valentina no está en casa. Que tengo que ser sincera conmigo misma y pasar tiempo con la gente que me cae bien de verdad. —Estira el cuello para ver mejor a la mujer sentada en la sala de estar y coloca una mano en el pecho de Giraut para empujarlo suavemente fuera de su trayectoria visual—. La gente que me hace sentir querida.

Giraut asiente con la cabeza. Manoseando la solapa de su batín en gesto pensativo. Frunciendo los ojos de forma vagamente defensiva ante la luz que entra desde la escalera del palacio.

—Ahora mismo hay alguien en casa —dice—. Una visita inesperada.

Marcia Parini sonrío con expresión dubitativa y agarra la manga del batín de Giraut en gesto indefensamente atractivo. De esa forma rotundamente indefensa en que los niños se agarran a la manga de los adultos cuando están paseando por zoológicos u otros lugares llenos de experiencias potencialmente aterradoras. Da un par de pasos por el recibidor del apartamento hasta tener una imagen más clara de la mujer que está sentada fumando en el sofá de cuero de Lucas Giraut. De sus piernas increíblemente largas y esbeltas y de su cuerpo perfecto en base a todos los cánones de belleza corporal.

—No me parece mal que traigas mujeres a casa —dice por fin. Sin soltar la manga de su batín—. Tienes derecho a hacer lo que quieras con tu vida.

Lucas Giraut no dice nada. Hay un momento de silencio mientras Penny DeMink descruza las piernas y se inclina hacia delante un poco para echar un vistazo con sus gafas de sol a lo que está pasando en el recibidor. Su cara está envuelta en una nubecilla vaporosa de humo de cigarrillos. El silencio de Marcia Parini se ha

convertido en una entidad sólida y envolvente. Como uno de esos monstruos sin forma de las películas antiguas de terror ambientadas en el Ártico.

LA ORACIÓN DE LA GENTE QUE NO TIENE PADRE Y NO TIENE MADRE

El reputado centro psiquiátrico infantil donde ha sido hospitalizada de forma indefinida Valentina Parini se encuentra en una de esas manzanas de la parte alta de Barcelona que parecen haber sido construidas siguiendo una lógica estrictamente centrípeta. De espaldas a todo lo que no se encuentra dentro de la manzana. Rodeada de muros y cerrada al tráfico de la ciudad. Una de esas manzanas centrípetas de la parte alta de Barcelona que disponen de aparcamientos privados interiores y parapetos de árboles de hoja perenne y guardias de seguridad en casetas que custodian la entrada del complejo psiquiátrico.

Lucas Giraut está sentado en una butaca en el centro de una hilera de butacas institucionales sin brazos en el vestíbulo del reputado centro psiquiátrico infantil. Vestido con un traje de tela de pata de gallo de color ceniza claro de Lino Rossi. Delante de él hay sentada una familia constituida por una madre ojerosa y un niño asombrosamente obeso y vestido con un uniforme escolar que parece a punto de estallar por varios sitios. El niño asombrosamente obeso está mordiendo un objeto de goma que se parece mucho a esos objetos de goma que los propietarios de perros compran para que sus perros tengan algo que morder. Lucas Giraut tiene un paquete de aspecto antropomórfico sobre las rodillas, envuelto con el papel de regalo corporativo de una popular tienda de tebeos del centro de la ciudad. El mostrador de Recepción e Ingresos del centro psiquiátrico infantil está protegido por una mampara de cristal blindado decorada con guirnaldas navideñas y bolas relucientes. De esas bolas relucientes que se cuelgan en los árboles de Navidad y en los ramos de muérdago. El niño asombrosamente obeso está mordiendo con furia su objeto de goma no identificado cuando se oyen unos golpecitos procedentes del interior de la mampara. La enfermera a cargo del mostrador de Recepción y Admisiones le hace señales a Giraut para que se acerque.

—¿Es usted familiar de Valentina Parini? —pregunta la enfermera cuando Giraut llega al mostrador.

Su voz suena vagamente robótica y sin inflexiones a través del pequeño micrófono-altavoz incrustado en la mampara.

—Soy un amigo. —Lucas Giraut examina las ramas de muérdago que cuelgan de la mampara. Se trata de ramas de plástico con bayas de plástico que imitan las ramas y las bayas del muérdago—. Un amigo de la familia.

La enfermera observa el paquete.

—¿Eso es un regalo para la interna? —Hace una señal para que Giraut coloque el paquete en una especie de trampilla de la mampara diseñada para transferir objetos de

un lado al otro de la misma—. Tengo que recordarle que somos un centro con normas estrictas.

La enfermera mete los brazos por la trampilla, coge el paquete antropomórfico y empieza a quitarle el papel de regalo. Ahora se oyen una especie de gruñidos guturales procedentes de detrás de la espalda de Giraut. Del sitio donde está sentado el niño asombrosamente obeso. La enfermera termina de quitar el envoltorio de papel de regalo y se queda mirando la figura de unos cuarenta centímetros que hay dentro. Se trata de un payaso con la cara maquillada de color blanco circense y unos zapatos exageradamente grandes, de esos que llevan tradicionalmente los payasos. La cara pintada de blanco tiene una sonrisa psicótica y llena de colmillos. De uno de los zapatos exageradamente grandes le sale un cable eléctrico enrollado.

—Es una lámpara de esas que se ponen para dejarlas encendidas cuando te vas a dormir —dice Giraut—. Es el payaso Pennywise. El de la novela *It* de Stephen King.

—Está prohibido traer aparatos eléctricos a los internos. —La enfermera se pone de pie y lleva la figura del payaso Pennywise hasta una consigna llena de abrigos y de bolsas. Coloca la figura en uno de los compartimentos de la consigna—. Puede pasar a recoger esto a la salida. En el quiosco del fondo del pasillo venden flores.

Se oyen más gruñidos procedentes de detrás de la espalda de Giraut seguidos de un bofetón que resuena por todo el vestíbulo con ese eco exagerado que producen los ruidos bruscos en los centros hospitalarios.

—Valentina odia las flores —dice Giraut.

Cinco minutos más tarde, Giraut está sentado en una silla plegable con un ramo de flores en la mano. Delante de la silla plegable donde está sentada Valentina Parini. Por alguna razón, Giraut se había imaginado que su visita a Valentina tendría lugar en una galería acristalada con vistas a un jardín floral. Una de esas galerías donde tienen lugar los encuentros entre los pacientes psiquiátricos y sus seres queridos en las películas de Hollywood. En medio de una atmósfera vagamente melancólica. Mirando cómo los pacientes pasean por el jardín del brazo de sus cuidadores. En lugar de eso, el encuentro entre Giraut y Valentina tiene lugar en los lavabos de la primera planta del ala femenina del centro. En la zona común que queda entre los cubículos de los retretes y el largo lavabo con espejo horizontal que cubre la pared enfrente a los mismos. Apoyada en la pared del fondo, una enfermera de día ejerce las funciones de chaperona del encuentro.

—¿Estás segura de que no estaríamos más cómodos en otro sitio? —Giraut manosea su ramo de flores con gesto ausente.

Valentina tiene los ojos enrojecidos y la cara hinchada igual que la gente adulta cuando se acaba de levantar de la cama después de una noche de no dormir mucho. No lleva sus gafas infantiles de plástico verde con un cristal tapado por algo parecido al esparadrapo. Sin sus gafas infantiles y con los ojos hinchados, su cara cobra un aspecto insospechadamente adulto.

—He intentado hacer eso de no tragarme las pastillas y ponerlas debajo del colchón —le dice Valentina a Giraut en voz baja—. Pero me han pillado y ahora me ponen unas inyecciones que me hacen dormir toda la noche. —Se encoge de hombros—. A mí me da igual. Sus drogas no funcionan. No me hacen babear ni pasarme el día mirando la pared ni nada de eso. —Mira a su alrededor—. Aunque a veces lo hago, cuando sé que me están vigilando. Este es el único sitio de toda la planta que no tienen cámaras. El único sitio seguro para hablar.

A Lucas Giraut no se le ocurre por qué razón puede Valentina no estar llevando sus gafas infantiles de plástico verde con su cristal tapado por razones oftalmológicas. Tampoco sabría explicar por qué motivo exacto la cara de Valentina ha pasado repentinamente a tener algo indefinido que es más propio de la gente adulta.

—Son las mismas flores que me trajo mi madre. —Valentina señala las flores con la barbilla—. Son las mismas flores que me ha traído todo el mundo.

Giraut se encoge de hombros y tira el ramo de flores a la papelera metálica que hay junto al lavabo con espejo horizontal. Marcia Parini también ha recibido citaciones del mismo abogado pelirrojo de aspecto enfermo para que testifique en las vistas preliminares del proceso judicial iniciado por los abogados de Estefanía «Fanny» Giraut. Las partes implicadas en el proceso, de mutuo acuerdo, también están considerando la posibilidad de convocar a Valentina Parini para que esté presente en dichas vistas. En caso de que los médicos decidan que no es perjudicial o fatídico para el tratamiento de Valentina. La enfermera chaperona se queda mirando el ramo que ahora está en el interior de la papelera metálica. Según el abogado personal de Giraut, es probable que los abogados de Fanny Giraut intenten desacreditar a Marcia Parini como madre apta para tener la custodia de su hija. También es posible que se mencione como agravante del caso una supuesta relación sentimental entre Marcia y Lucas Giraut.

—Cuando me pillaron escondiendo la pastilla me quitaron la Nueva Novela de Stephen King. —Valentina baja la voz y se acerca a Lucas Giraut para hablarle en tono confidencial—. Tengo que recuperarla. Mi madre me trajo otro ejemplar escondido pero también la pillaron. Necesito que encuentres una forma de traérmela. Tienen cámaras en todas partes. Y micrófonos. Es casi imposible esconder cosas.

Lucas Giraut mira de reojo a la enfermera chaperona que está sentada al fondo de los lavabos. Ella le devuelve una mirada neutra y asiente con la cabeza de forma casi imperceptible. La enfermera chaperona no se parece a las enfermeras de centros psiquiátricos que Lucas Giraut ha visto en las películas sobre centros psiquiátricos. No es robusta ni tiene el ceño fruncido y parece tener ganas de estar en otro sitio. Es más joven que Giraut y tiene las piernas esbeltas y ese pelo mal teñido y ese maquillaje excesivo que se suelen asociar con las mujeres de las zonas suburbanas de clase obrera.

—Ya sé cómo traerla —dice Giraut—. Pero no sé cuándo podré volver a visitarte. Mi madre está intentando echarme de la empresa.

Valentina hace un gesto con la mano que recuerda poderosamente a ese gesto con que la gente adulta desecha las cuestiones que resultan obviamente irrelevantes. Las cuestiones que resultan intrascendentes dada la gravedad de las circunstancias. Valentina le hace una señal a Giraut para que acerque el oído a su boca. Giraut acerca el oído a su boca.

—He descubierto cómo lo hacen —dice Valentina en un susurro—. Cómo hacen que todo siga funcionando. O que parezca que todo funciona. Dividen a la población en cinco grupos. Cada grupo con sus instrucciones especiales. Están los Reparadores. Como la gente que trabaja aquí. Los médicos y todo eso. Están los Desarrolladores. Los científicos y los ingenieros y la gente que trabaja construyendo las máquinas y preparando su llegada. Están los Cazadores. Los que cazan a la gente como nosotros. No tienen por qué ir vestidos de policías ni nada de eso. Puede ser una abuelita que vive en tu calle y te conoce de toda la vida. Luego están los Proveedores, que se aseguran de que la población tenga comida y todo eso. Y los Sacerdotes. Que son los que hablan con ellos y recogen sus mensajes y crean las transmisiones para la población. —Hace una pausa y se separa un poco del oído de Giraut. Estos son los más peligrosos.

Giraut vuelve a apoyar la espalda en el asiento. Con los hombros muy rectos y los brazos cruzados sobre el regazo. Contempla a Valentina con su cara blanda y su pelo lacio sobre sus ojos vagamente estólidus. La enfermera chaperona con demasiado maquillaje y piernas esbeltas carraspea.

—Si la pone nerviosa me la tengo que llevar. —La enfermera descruza las piernas que tiene cruzadas a la altura de la rodilla y las cruza inmediatamente en el sentido inverso. En un gesto claramente nervioso—. Está usted avisado.

—¿Los más peligrosos? —le pregunta Giraut con el ceño fruncido a Valentina, en el preciso momento en que se abre la puerta de los lavabos comunales de la planta y entra una segunda enfermera llevando de la mano a una niña de unos siete años y expresión soñolienta—. ¿Todo esto tiene que ver con el libro de Stephen King? —Mira de reojo a la pareja compuesta por enfermera y niña soñolienta que acaba de entrar—. ¿Es por eso por lo que necesitas un ejemplar del libro?

La niña de cara soñolienta que acaba de entrar camina cogida de la mano de la segunda enfermera y parece que tiene alguna clase de problema psicomotriz que le impide andar en línea recta. Al pasar al lado de Giraut se lo queda mirando con ojos vidriosos. La enfermera la guía pacientemente hacia uno de los cubículos de los retretes. A Giraut le parece que tiene un poco de saliva en la barbilla.

—Estoy hablando de los Captores, claro. —Valentina coge del brazo a Giraut. Se lo queda mirando con los ojos vagamente guiñados. Como los ojos de alguien que tiene un poco de dolor de cabeza o que lleva demasiado tiempo mirando la pantalla de un ordenador—. Son ellos los que han hecho todo esto. No puedo decir que son ellos los que me han metido aquí. Hay muchas cosas que no puedo decir. Los micrófonos y las cámaras no son el único problema. Ellos tienen muchas formas de

enterarse de lo que estamos diciendo aquí. Por ahora se esconden. Vuelan por encima de la ciudad, pero son invisibles. Están esperando a que todo esté bajo control. Entonces se manifestarán. —Mira a la enfermera chaperona con algo parecido al rencor—. Al principio parecen ángeles. O eso es lo que se dice.

La enfermera carraspea una vez más. Pone cara de circunstancias.

—Señor —dice.

—¡No estoy oyendo voces! —Valentina levanta la voz—. ¿Quién está oyendo voces?

La segunda enfermera está empujando suavemente a la niña de cara soñolienta al interior del cubículo del retrete. La niña ha dejado de caminar al llegar al cubículo y ahora está agarrada con las dos manos al marco de la puerta del mismo. Emitiendo un ruido suave y parecido al mugido de una ternera.

—Da igual que todavía no los puedas ver. —Valentina vuelve a dirigirse a Giraut con el ceño vagamente fruncido. Giraut nota un olor a orina—. Se pueden ver las señales. Por todas partes. Mira Barcelona. ¿No te has preguntado nunca por qué en Barcelona nunca pasa nada? La gente solamente compra, cocina y va a trabajar. Duerme y ve la tele. ¿No te parece sospechoso? O sea, lo normal sería que pasaran cosas. Y todo el mundo parece tan feliz... —Se lleva una mano crispada a la entrepierna—. Pero solamente lo parecen. Porque ya no son ellos.

La enfermera chaperona se pone de pie con gesto alarmado. Del cubículo del retrete sale un ruido de forcejeo intestinal que recuerda un poco a los ruidos intestinales que hacen los luchadores de artes marciales en los momentos previos al ataque en las películas de artes marciales.

—Por favor. —Valentina mira fijamente a Giraut—. Hay que asegurarse de que queda por lo menos uno de nosotros. En caso de que me borren los recuerdos.

Hace un par de noches, Lucas Giraut visitó el apartamento de Marcia Parini con dos menús *de luxe* para llevar del restaurante tailandés-japonés de su calle y una copia en DVD de la película *Carrie*. Por alguna razón no le pareció buena idea llevar una botella de vino. Una Marcia Parini profundamente sedada abrió la puerta y después de hacer algún comentario ininteligible intentó besar a Giraut en los labios. Giraut giró la cara para que el beso aterrizara en su mejilla. Más tarde, Marcia y Giraut estuvieron sentados muy juntos en el sofá del salón de la casa de los Parini viendo la película. El mismo sofá donde solían sentarse ellos dos además de Valentina para ver películas casi todos los domingos. Normalmente películas de terror relacionadas con la obra literaria y cinematográfica de Stephen King. Ediciones remasterizadas en DVD de *Cujo* y *La zona muerta* y *Misery* y *Los chicos del maíz*. Durante el visionado de *Carrie*, Marcia estuvo un buen rato mordisqueando el lóbulo de la oreja de Giraut antes de quedarse dormida con la cabeza apoyada en su hombro. Por alguna razón la protagonista de *Carrie* hizo pensar a Giraut en Valentina. Por alguna razón que no sabría explicar.

—Señor. —La enfermera avanza hacia ellos con cara de preocupación—. La chica se ha meado encima, señor.

Valentina se acerca más todavía a Giraut y lo coge de los hombros. Le acerca los labios nuevamente al oído.

—Esta es la Oración de la Gente Que No Tiene Padre y No Tiene Madre —dice—. Escúchala bien y guárdala en la memoria. Si quieres puedes apuntarla.

—Señor —repite la enfermera—. Le recuerdo que somos un centro con unas normas muy estrictas.

—«Somos la gente que no tiene padre y no tiene madre —dice Valentina—. El mundo empieza con nosotros. Y somos mejores que el resto de la gente. Porque estamos sentados en el culo del amor. Y las cosas que huelen mal son las cosas que nos hacen fuertes. Nosotros empezamos el mundo. Porque nadie es nuestro padre y nadie es nuestra madre».

Los ruidos de forcejeo intestinal vagamente asiáticos procedentes del retrete siguen sonando, amortiguados por la puerta del cubículo. Se trata de una de esas puertas que no llegan al suelo ni tampoco a la parte superior del marco. La enfermera está hablando con alguien por una especie de *walkie-talkie* institucional.

—Consígueme el libro —dice Valentina—. La oración funciona mejor cuando la repites varias veces.

La enfermera se lleva a Valentina de los lavabos. Valentina se despide con un gesto extraño de la mano antes de salir. Giraut se queda a solas en los lavabos institucionales del centro psiquiátrico infantil. Con las dos sillas plegables y el ramo de flores en la papelera. El ruido de forcejeo intestinal procedente del retrete se ha convertido en algo parecido a un gorgorito de satisfacción.

UNA PÉRDIDA DE TIEMPO CON TRAJE CARO

A Lucas Giraut le gustaría que su abogado dejara de mirar lascivamente las piernas de la Mediadora Legal enviada por el Tribunal de Primera Instancia. Unas piernas que son esbeltas y morenas como las piernas de muchas mujeres profesionales. La Mediadora Legal está sentada con las piernas cruzadas a la altura de la rodilla en una postura que provoca que la falda se le retraiga por encima de la rodilla y deje ver una sección triangular de muslo por la hendidura lateral de la falda. La forma en que el abogado mira lascivamente las piernas de la Mediadora Legal es: echando todo el cuerpo hacia atrás y repantigándose en su silla, con las piernas muy abiertas, con la cabeza inclinada hacia un lado para ver las piernas de la Mediadora por un lado de la mesa de reuniones. Mordiéndose un bolígrafo con una expresión que abunda en matices de depredación sexual. La Mediadora es joven y lleva gafas y el pelo corto. El abogado de Lucas Giraut es árabe o tal vez del subcontinente indio y lleva una barbita muy corta al estilo de Peter Gabriel en los años ochenta que acentúa los elementos lascivos de su expresión. Su expresión es lasciva de esa forma espontánea y carente de esfuerzo en que son lascivas las caras de muchos hombres árabes o del subcontinente indio.

El resto de individuos sentados a la mesa de reuniones de la sala de reuniones del bufete legal son: Lucas Giraut, Fonseca y el abogado pelirrojo de aspecto cutánea y capilarmente enfermo que visitó hace una semana el *mezzanine* de Lorenzo Giraut, S. L. con la citación judicial. De todos ellos, solamente Fonseca se ha quitado la americana y tiene los codos apoyados en la mesa. Tanto Fonseca como Giraut están sentados al lado de sus representantes legales de una forma que acentúa la división entre bandos de la mesa de reuniones. Con la Mediadora sentada a un extremo de la mesa de forma lateral a ambos grupos.

—Los términos del acuerdo que ofrece el señor Fonseca son lo que llamamos una *solución amistosa*. —La Mediadora se explica con gestos de las manos y con una expresión facial que de alguna forma resultan estructuralmente conciliadores. Con un ligero matiz maternal —condescendiente en su prolijidad y sus subrayados gestuales—. Que por supuesto cerraría la vía contenciosa. Y cancelaría las medidas legales y médicas emprendidas por la familia del señor Giraut. Y que son, para hacer un resumen y llegar a las conclusiones del documento de acuerdo amistoso, específicamente cuatro. En primer lugar, que el señor Lucas Giraut renuncie de forma voluntaria y por escrito ante notario a un dos por ciento de sus acciones de Lorenzo Giraut, S. L., con lo cual pasaría de ser poseedor de un cincuenta y un por ciento de dichas acciones a poseer un cuarenta y nueve por ciento, con lo cual seguiría siendo el accionista individual con un mayor porcentaje de acciones de la compañía. La

parte demandante quiere que conste que el demandado seguiría siendo el accionista principal. En segundo lugar, que a cambio de dicha renuncia el comité de accionistas garantizaría para el señor Lucas Giraut el cargo de Director de Archivos y Catálogos de Lorenzo Giraut, S. L., con importantes compensaciones económicas independientes de su condición de accionista principal no mayoritario. En tercer lugar, que la parte demandante se comprometería también a costear el tratamiento psicológico o psiquiátrico más adecuado para el señor Lucas Giraut durante el tiempo que fuera requerido. Garantizando la continuidad de empleo y sueldo para el señor Giraut durante el tiempo de duración de dicho tratamiento. Y cuarto, que a cambio de la renuncia especificada en el punto primero de la oferta, la parte demandante representada en esta mesa por el señor Fonseca y su representante legal se comprometen a retirar la demanda judicial interpuesta y a cerrar todas las vías judiciales y legales asociadas con esta causa. Y ahora, por favor. Mira a su alrededor con una sonrisa estructuralmente conciliadora que le hace arrugar la nariz por debajo de sus gafas—. Es el momento de hacer preguntas en caso de que alguno de estos puntos no haya quedado del todo claro.

Aunque no podría jurarlo, a Lucas Giraut le da la impresión de que su abogado de origen árabe o indostaní se está tocando ahora la entrepierna de una forma indebida. Sin dejar de mirar las piernas de la Mediadora Legal. Se trata de una forma de tocarse la entrepierna que resulta lo bastante ambigua como para no estar claro si se trata de una forma indebida o no de tocarse. Podría perfectamente ser una respuesta automática a alguna clase de pequeña molestia. Como, por ejemplo, a un picor de pequeña magnitud o una mala colocación del contenido de sus calzoncillos. El abogado árabe o indostaní, por cierto, no es el abogado habitual de Lucas Giraut. Se trata de un colaborador profesional habitual del señor Bocanegra que este le ha recomendado a Giraut para que lo ayude con los problemas que está teniendo dentro de la empresa familiar. El pequeño traqueteo que se oye en la sala procede de los mordiscos pequeños e inconscientes que está dando el abogado arábigo-indostaní al bolígrafo que tiene en la boca. La Mediadora Legal mira uno por uno a los asistentes a la reunión sin que su sonrisa pierda un ápice de aplomo y por fin se inclina hacia delante para escuchar algo que el abogado pelirrojo le dice al oído con el ceño fruncido y haciendo pequeños gestos explicativos con las manos. La Mediadora Legal asiente varias veces y descruza las piernas.

—Mi representado tiene algo que decir —dice el abogado pelirrojo sin mirar a nadie de los presentes—. Algo importante en términos de lo que se está discutiendo aquí. A mi representado le gustaría especificar que estamos estudiando la posibilidad de repudiar al representante de la parte demandada. Y a mí me gustaría introducir de forma personal la idea de que estamos tratando con alguien que constituye una vergüenza para mi profesión. Un socio habitual de delincuentes organizados y alguien que ha estado involucrado en varios casos de corrupción judicial y coacción a jurados populares. Hemos traído copia de una parte de la documentación que lo incrimina.

Saca un legajo asombrosamente grueso de documentos de su maletín y lo deja sobre la mesa. Giraut no puede evitar fijarse en que sus dedos y el dorso de sus manos tienen manchas de pigmentación y en que sus partes más blancas parecen dolorosamente irritadas o incluso tienen esa textura que tiene la carne cuando se escalda con agua hirviendo—. Incluyendo actas de sumarios y documentación fotográfica. Señor Giraut —mira a Giraut—. Supongo que se da cuenta de lo mucho que le perjudica esta asociación profesional. De cara a cómo va a ser percibido su caso en un tribunal. No hace falta que le diga que esto podría trascender. Que las filtraciones a la prensa son cosas que ocurren.

Giraut entrelaza los dedos de la mano y apoya la barbilla en el sistema resultante de dos puños entrelazados. De acuerdo con las observaciones que le ha ido haciendo a lo largo de los años, Estefanía «Fanny» Giraut considera que su único hijo es un individuo mentalmente débil y completamente incapaz de hacer nada útil con su vida. Con problemas graves de introversión cercanos al autismo que le hacen vivir en un mundo interior de fantasías pueriles parcialmente heredadas de su padre. Con una carencia absoluta de los mecanismos mentales necesarios para llevar a cabo el proceso natural de socialización que todo individuo lleva a cabo durante la fase prepubescente de su vida. Como resultado de lo cual jamás ha tenido lo que se suele denominar comúnmente un Círculo de Amistades. Esos amigos con los que uno sale de copas o juega al golf y esas amigas que potencialmente se convierten en novias y/o esposas. Alguien que no ha pasado por las necesarias fases naturales que se conocen como las Edades del Hombre, entre las cuales se cuentan el despertar sexual y la entrada en la vida adulta. Un estudiante mediocre. Un individuo sin iniciativas. Un hombre de treinta y tres años completamente virgen. Un inadaptado, en otras palabras. Malogrado por su deficiencia congénita y definitivamente echado a perder por la influencia de un padre también defectuoso y criminal reincidente. En cierta ocasión, Fanny Giraut hizo un comentario alusivo al hecho de que Lucas Giraut carecía del grado de masculinidad suficiente para llevar a cabo un acto sexual coital de tipo común con una mujer. Lo cierto es que Lucas Giraut es virgen en muchos más sentidos vitales de los que se sentiría dispuesto a admitir públicamente.

—Hijo —le dice Fonseca a Giraut, en ese tono grave que suele adoptar Fonseca cuando asume alguna clase de rol cuasiparental—, aún estás a tiempo de parar todo esto. Llamémoslo un malentendido. Somos gente que te quiere. —Giraut no puede percibir en Fonseca ninguna clase de latido nervioso del entramado arborescente de vasos sanguíneos de sus sienes—. Nadie quiere que pase nada que pueda alterar el hecho de que somos gente que te quiere.

El abogado de origen árabe o del subcontinente indio se saca el bolígrafo de entre los dientes y su sonrisa rodeada de su barbita corta acerca su expresión todavía más a la expresión de maldad lujuriosa de un villano árabe. De los villanos árabes de esas películas americanas centradas en el conflicto entre la libertad americana y la ausencia árabe de respeto por todo lo que es sagrado.

—Mi cliente quiere expresar su indiferencia absoluta por la oferta de la parte demandante —dice con una voz aguda y teñida de un ligero acento del Oriente Próximo—. A mi cliente le gustaría dejar claro que la oferta le parece una prueba clara de las verdaderas intenciones de la parte demandante. Mi cliente es el accionista mayoritario de Lucas Giraut, S. L. No hay ninguna clase de indicios de relaciones inapropiadas. Etcétera. Mi representado quiere dejar claro que todo esto le parece una pérdida de tiempo —carraspea. Un mechón de vello corporal negro y rizado le sobresale del reborde superior del cuello de la camisa—. Respecto a las acusaciones a mi persona, todo lo que aquí se ha dicho delante de testigos puede ser la base para emprender acciones legales. Soy un ciudadano que nunca ha sido acusado formalmente de ningún delito. A mi cliente y a mí nos gustaría despedirnos ahora. Hasta el juicio. Nada de lo que aquí se ha dicho va a ser pasado por alto.

Una vez Estefanía Giraut llamó a su hijo Una Pérdida de Tiempo con Traje Caro. En otras ocasiones se ha referido a él como: Mequetrefe Baboso, Menos Util que unas Sandalias en El Ártico, Fracaso Nato, Rey Del Fracaso Internacional 2003, Primer Paso hacia la Extinción de la Especie, Montón De Despojos Genéticos y Tonto del Culo. En uno de los cuadernos de infancia de Lucas Giraut correspondientes al quinto curso de primaria, Giraut describía con detalle cómo su madre había muerto atropellada por un tren de transporte de ganado. Incluyendo un diagrama de las distancias a las que se encontraron los distintos fragmentos de su cadáver. Durante varios meses, y hasta que los psicólogos infantiles dieron el grito institucional de alarma, Giraut estuvo contándole a todo el que se prestara a ello la historia del tren de ganado y la muerte de su madre.

—¿Me está amenazando? —Fonseca dedica un gesto desafiante de las cejas al abogado no caucasiano. Se percibe cierto movimiento vascular palpitante a la altura sus sienas—. Sea más específico. ¿Bocanegra va a mandar a sus sicarios a por mí? ¿Me van a pegar un tiro en la rodilla?

El abogado de Lucas Giraut ya ha recogido sus papeles de encima de la mesa y los ha guardado en su maletín y se ha puesto de pie y se dispone a abandonar la sala de reuniones del bufete de los abogados de la parte demandante. La Mediadora Legal levanta las palmas de las manos en gesto apaciguador y se pone también de pie y repite varias veces la idea de que nada de lo dicho durante la reunión en curso consta en ningún acta judicial de ninguna clase. Repite varias veces que esta es una reunión amistosa encaminada a conseguir un acuerdo amistoso y por la vía no judicial. Apela a la seriedad profesional de los presentes y se estira hacia abajo con los dedos la falda que se le ha subido un poco como resultado de estar sentada con las piernas cruzadas. Su expresión facial y su gestualidad son versiones un poco más tensas y un poco menos seguras de sí mismas de su expresión y su gestualidad conciliadoras y cuasimaternales. Todavía sentado a la mesa, Lucas Giraut busca subrepticamente la mirada del abogado pelirrojo de aspecto enfermo. Desde la puerta, el abogado posiblemente semítico o persa le indica que ha llegado el momento de abandonar la

sala. En la mirada de pestañas rosadas del representante de la parte demandante, a Giraut le parece encontrar una mezcla de codicia profesional y de instinto asesino que le resulta de alguna forma esencialmente jurídica pero también indisociable del hecho básico de ser pelirrojo.

HANNAH LINUS: REPRISE

Los movimientos corporales de Hannah Linus se liberan hasta fundirse con la vibración acuática de las olas. El agua está caliente como solamente lo está después de un día entero bajo el sol subtropical. Ninguna ola es lo bastante fuerte como para trastornar la sensación de paz interior. Hannah Linus se concentra en la idea de que por fin ha encontrado un lugar donde nadie puede molestarla de ninguna forma. Nadie puede interrumpir su idilio consigo misma en esta isla subtropical donde la arena es blanca y fina y el mar siempre está en calma. Sin medusas ni tiburones ni animales acuáticos. Levanta un brazo y se recoloca los protectores oculares de plástico verde. Sin obligaciones laborales. Sin tener que hablar con nadie, aunque esto último es una opción personal que ha elegido entre las muchas del folleto promocional. La sensación es vagamente sexual. No sabría decir con precisión por qué la sensación le resulta sexual, pero en términos generales a Hannah Linus nunca se le ha dado muy bien describir sus sensaciones sexuales ni comunicar a otras personas intuiciones ni impulsos de naturaleza sexual. Por no mencionar el hecho de que muchas de esas intuiciones e impulsos le producen una clara sensación de incomodidad conceptual.

Hannah Linus está abriendo la boca en un bostezo liberador de tensiones nervioso-musculares y moviendo un brazo para sujetarse el protector ocular cuando su cabeza choca contra algo blando y fofo. Algo que a juzgar por la sensación táctil muy bien podría ser un trasero. Hannah Linus frunce el ceño y levanta la mano a modo de disculpa. El protector ocular se aleja flotando en dirección al margen bordeado de velas relajantes de la piscina termal de agua salada climatizada. A Hannah Linus no se le ocurre quién puede ser el idiota que ha rodeado la piscina de velitas. Suelta una palabrota en sueco y se abre paso entre los cuerpos flotantes y los cuerpos erguidos de los terapeutas acuáticos en dirección a su protector ocular.

Además de Hannah Linus, hay media docena de clientes del Spa-Center flotando en actitudes más o menos letárgicas en el agua salada de la piscina. Hannah Linus se abre paso con dificultad por el agua salada, siguiendo la mancha de color verde que las olas artificiales se llevan cada vez más lejos. A través de la neblina que flota sobre la piscina climatizada le parece ver a alguien que le está haciendo señas desde la zona de entrada a los vestuarios. De acuerdo con el folleto promocional del Spa-Center, el agua salada a una temperatura exacta de treinta y ocho grados acoge la mayor parte del peso del cuerpo. Las vértebras y los músculos se relajan con mayor facilidad y la columna se libera de la fuerza de la gravedad terrestre. El tratamiento holístico completo dura sesenta minutos. Además, el agua salada climatizada produce un efecto óptimo conductor de la energía. A Hannah Linus le importa un pimiento lo que

dice el folleto promocional de la terapia acuática del Spa-Center. Tampoco está particularmente interesada en liberar su sistema óseo-muscular. Lo que ella realmente quiere es un sitio donde todo el mundo la deje en paz y donde pueda cerrar los ojos e imaginar que ha alquilado una isla paradisíaca para aislarse de todo.

A su alrededor, los terapeutas acuáticos se dedican a conducir los cuerpos letárgicos flotantes por toda la piscina con movimientos suaves e inmersiones intermitentes. Hannah Linus atrapa por fin la mancha verde de su protector ocular. A pocos pasos de donde está ella, enmarcado por las llamas de las velas, un maestro japonés de terapia reiki está imponiéndole las manos a una paciente para transmitirle su flujo de energía vital.

—Señorita —dice alguien desde una esquina de la piscina. Hannah Linus frunce los ojos para ver quién es a través de la neblina. Se trata de una joven con el traje de baño corporativo de la cadena Spa-Center que se está señalando con un dedo el reloj de pulsera sumergible—. Señorita. Creo que sus sesenta minutos se acabaron hace dos minutos.

Hannah Linus recoge sus cosas de la taquilla y se seca el pelo vigorosamente con una toalla. Después se anuda la toalla por debajo de las axilas y empieza a caminar hacia los vestuarios con su bolsa de deporte colgada del hombro. Está caminando por entre las piscinas burbujeantes de hidromasaje cuando una cabeza con el pelo al rape y gafas de natación emerge de golpe de la superficie burbujeante de una de las piscinas. Provocando una especie de ola climatizada que salpica el suelo y las paredes. Hannah Linus se queda mirando con cara asustada al tipo que ahora sale de la piscina de hidromasaje apoyándose sin esfuerzo en sus brazos musculosos y tatuados. El tipo se quita las gafas de natación y se la queda mirando con una amplia sonrisa. Hannah Linus permanece paralizada por el horror. Con la toalla salpicada de agua y la bolsa de deporte colgada del hombro.

—Tú —acierta a murmurar por fin—. ¿Qué haces aquí?

—¿Yo? —Saudade se señala el pecho con las cejas muy levantadas—. ¿Es que tú también eres clienta de este sitio?

Hannah Linus echa a correr por el pasillo que lleva a los vestuarios, agarrándose con una mano el borde superior de la toalla y con la otra la correa de la bolsa de deporte. A medio camino resbala y choca con una mujer de mediana edad, que cae en plancha sobre una de las piscinas de hidroterapia. Hannah Linus no se gira para escuchar las voces de protesta. Tampoco se detiene para esquivar un carrito de toallas cuya operaría se la queda mirando con una mezcla de odio y cautela. Saudade la alcanza a pocos pasos de la puerta del vestuario femenino. La agarra del brazo y la hace girarse para afrontar su cara sonriente. Hannah Linus mete la mano en su bolsa de deporte. Saca un spray pulverizador de tamaño portátil y apunta con él a la cara de Saudade.

—No te imaginas lo que hace esto —le dice entre dientes—. No te imaginas lo que le puede hacer a tus ojos.

Saudade mira el spray con el ceño fruncido.

—«Laca ecológica para el pelo» —dice—. ¿Me vas a dejar ciego con una rociada de eso?

Hannah Linus baja la vista y lee la etiqueta del spray pulverizador. Lo devuelve a la bolsa de deporte y saca el spray de autodefensa personal que compró hace un mes cuando fue atacada en su propio despacho de la galería. Saudade suspira.

—¿Cómo te atreves a seguirme? —dice ella. En una voz que es baja y al mismo tiempo crispada—. Tu mujer me mandó al hospital. Podrías haberme llamado para ver cómo estaba.

—He venido ahora para ver cómo estabas. —Saudade se encoge de hombros. Se quita las gafas de natación y contempla a Hannah Linus con una de esas miradas consistentes en un barrido visual vertical. Esas miradas que se suelen asociar con las primeras fases de un acercamiento sexual—. Y parece que estás bien. Aunque es difícil saberlo, con esa toalla.

Un par de personas con los bañadores corporativos de la cadena Spa-Center están auxiliando a la mujer de mediana edad violentamente desplazada a la piscina de hidromasaje. Otros clientes de la franquicia de tratamientos reconstituyentes se han congregado en torno al escenario de la caída para comprobar el estado de la víctima. Hannah Linus empieza a experimentar toda esa cadena de sensaciones de tipo sexual que al mismo tiempo le producen cierta sensación de incomodidad conceptual. Saudade mete una mano por debajo de la toalla que ella lleva anudada debajo de las axilas. Hannah Linus se da cuenta de que lleva un minuto sosteniendo en alto el spray de autodefensa personal con el orificio de salida del pulverizador apuntando en una dirección que no es exactamente la dirección de Saudade. Tampoco está demasiado segura de si ha roto todos los precintos de seguridad que tenía que romper para poder accionar el pulverizador. La tensión que siente en estos momentos no es exactamente la tensión que se siente en momentos de peligro para la integridad física de uno. Es una tensión con elementos contrapuestos. Por fin parece que están sacando a la mujer de la piscina de hidromasaje. Tiene la cara muy roja y el gorro de natación se le ha desplazado sobre la coronilla de tal manera que ahora recuerda a los gorros flácidos y caídos de los pitufos.

Hannah Linus está experimentando ciertas dificultades para concentrarse. Saudade está diciendo algo acerca del hecho de tener una carrera profesional importante y un hijo en una edad difícil. Está diciendo que su carrera y su hijo le ocupan mucho tiempo y apenas le dejan oportunidades para la vida social. O para ir a visitar a gente al hospital.

—Voy a avisar a seguridad —lo interrumpe ella. Mirando con algo parecido a la curiosidad la mano que se ha metido por debajo de la toalla y que ahora está jugueteando con el borde elástico de su bañador de una pieza—. Y cuando salga de aquí voy a pedir una orden de alejamiento. Para ti y para la loca de tu mujer.

—He tenido que pagar la cuota de un mes para que me dejaran entrar —dice Saudade, con una especie de mueca martiroológica—. Si eso no demuestra que te quiero, no sé qué tengo que hacer.

Las sensaciones de tipo sexual que está sintiendo ahora mismo Hannah Linus se manifiestan en forma de pequeños estremecimientos internos y sensaciones raras parecidas a pequeños cambios de temperatura y hormigueos en la parte intermedia de su anatomía. Algo localizado en la parte baja de la espina dorsal. Una de las razones por las que a Hannah Linus no se le da bien comunicar sus impulsos sexuales y experimenta una sensación de incomodidad conceptual hacia los mismos es el hecho de que sus respuestas sexuales suelen aparecer mezcladas con ideas de sumisión y autodegradación en un contexto de contactos sexuales violentos. Con imágenes de forcejeos y de brazos torcidos. De penetraciones violentas en aparcamientos subterráneos. Hannah Linus no tiene ni idea de por qué la cultura dominante vincula las penetraciones violentas con los aparcamientos subterráneos. Las instalaciones de la franquicia de Spa-Center Diagonal están impregnadas de un olor característico. Una mezcla de olor a humedad y a sales de baño y a incienso. El olor no contribuye a la sensación sexual pero sí que acentúa la extrañeza de la situación. El nudo que sostiene la toalla de Hannah Linus por debajo de sus axilas se deshace con un susurro y cae al suelo. La toalla se queda arrugada a sus pies. Imprimiéndole a la escena cierta atmósfera de escena de mitología clásica. El desvelamiento de la hembra clásica indefensa. Su exposición a la rotundidad del falo clásico. Leda y el Cisne. El Rapto de las Sabinas. Hannah Linus mete la mano por debajo del bañador de Saudade y le agarra el pene. Un grupo de clientes del Spa-Center que pasan a su lado en ese momento silban y aplauden.

Un trayecto en taxi y una hora de sexo violento más tarde, Hannah Linus está tumbada en la cama de su apartamento al lado del cuerpo tatuado y sudoroso de Saudade. Vencidos por la pereza poscoital. Las orientaciones de sus cuerpos horizontales sobre la cama *King-size* del apartamento de Hannah Linus son las siguientes: boca arriba él, con las manos entrelazadas debajo de la nuca. Las piernas extendidas y los pies sobresaliendo ligeramente del extremo inferior de la cama. Silbando alguna canción poscoitalmente optimista. En ángulo semifetal ella, con el cuerpo encogido y orientado de espaldas a Saudade, masajeándose las sienes con los dedos de una mano. Víctima de esa oleada de pesimismo poscoital y esperando a que pase el Tiempo Mínimo Tolerado para expulsar al compañero sexual de la cama y del apartamento. El tedio colosal de tener que compartir los instantes pósteros al orgasmo. Los impulsos irrefrenables de autosuficiencia. Saudade se levanta elásticamente de la cama, sin dejar de silbar, y sale del dormitorio. Hannah Linus aprovecha el momento de soledad para ponerse su ropa interior y una falda.

—No hagas planes para este verano —dice Saudade. La distancia y el grado específico de eco de su voz indican a Hannah Linus que ha entrado en la cocina. Que está probablemente sosteniendo la puerta abierta de la nevera y examinando el

interior—. Te voy a llevar a Tailandia. A uno de esos hoteles de la playa que tienen absolutamente de todo. Donde te lo hacen todo. Ya me entiendes. Ya verás como te gusta. —Hannah Linus cree oír el ruido de puertas de armarios de la cocina abriéndose y cerrándose—. Aunque no te gusten las tías. Esas tías de ahí de tocan de una forma que te hace olvidarte de todo. Olvídate de esos sitios pijos a los que vas. Con las burbujitas y todo eso. Aquí no hay masajes como los que hacen por allí, cariño.

Hannah Linus percibe un olor extraño. Se incorpora con los miembros vagamente doloridos y se pone una camiseta. La voz de Saudade llega ahora ligeramente ocluida y lejana, como si estuviera comiendo algo y se hubiera desplazado a la sala de estar. Hannah Linus se pone un zapato y sale cojeando del dormitorio con el otro zapato en la mano. Saudade está sentado en el sofá con el mando a distancia del televisor en la mano y un cigarrillo encendido en la otra. Se queda mirando a Hannah Linus con una sonrisa.

—Yo pago todo, claro —dice—. Voy a estar forrado. Dentro de muy poco.

Hannah Linus lanza su zapato con todas sus fuerzas en dirección a la cabeza sonriente de Saudade, que no tiene problemas en esquivar el proyectil con un desplazamiento lateral de la cabeza. Sin abandonar su expresión optimista. El tacón del zapato deja una muesca en forma de tacón de zapato en el yeso de la pared.

EXPLOSIONES MUTAGÉNICAS

Un cocodrilo venezolano de tres metros cuelga suspendido de media docena de cables del techo de la sala central del restaurante Atomic en el Ensanche de Barcelona. Por encima y a la derecha de la mesa ligeramente lateral que ocupan Iris Gonzalvo y Lucas Giraut. A la hora de cenar. En la sala central abarrotada a la hora de cenar de un lunes. Las paredes del restaurante están decoradas con reproducciones enmarcadas de fotografías relacionadas con la radiación nuclear y las mutaciones genéticas. En el vestíbulo, justo encima del mostrador de reservas donde una empleada vestida con un kimono rojo de aspecto aséptico ha comprobado la reserva de Iris y Giraut, una enorme fotografía en blanco y negro muestra una silueta humana imprimida por la radiación en una pared de Hiroshima. Parecida al negativo de una sombra. Los efectos de la desintegración instantánea. Los empleados con sus kimonos rojos asépticos van y vienen por las diversas secciones del restaurante con aspecto de personajes de una de esas películas de ciencia ficción en las que la humanidad ha evolucionado hasta la extirpación sistemática de los sentimientos humanos.

—Señorita Gonzalvo —empieza a decir Lucas Giraut.

—Iris —lo interrumpe ella.

—Señorita Iris —Lucas Giraut contempla con expresión vagamente desolada el contenido de su plato. Algo que parece un cubo de color hueso rodeado de una guirnalda de hierbas y sin ninguna relación aparente con su denominación en el menú —, lo que estoy intentando decirle es que estoy dispuesto a ayudarla. En los términos que usted misma me sugirió. Es verdad que hay una vacante. He estado enterándome por mi cuenta. El señor Yanel no solamente ha dejado de acudir a las reuniones de trabajo, tampoco contesta a su teléfono móvil. Se puede decir que ha desaparecido sin dejar rastro. Y eso ha puesto un poco nerviosa a la gente que trabaja con él, claro. Y que conste que no estoy diciendo que usted tenga nada que ver con lo que le ha pasado. —Giraut mira el plato de su interlocutora. La sopa que hay en el plato de Iris Gonzalvo es del mismo color que los uniformes de los empleados y en ella flotan virutas de algo no identificable. Carraspea—. A pesar de que usted apareció en mi casa prácticamente el mismo día en que se produjo esa desaparición. En todo caso, puedo ayudarla a conseguir ese trabajo. No se trata de ninguna película. Ya le he hablado del señor Bocanegra. Y de las cosas a las que se dedica. Bocanegra es el hombre para el que trabajaba el señor Yanel. Y mi socio en el proyecto que tenemos entre manos. Puedo hacer un sitio para usted. Sin embargo, hay algo que quiero pedirle. Algo que usted puede hacer por mí. Es decir, si le parece bien.

Lucas Giraut hunde su cuchara en el cubo de color hueso. La textura del mismo se parece a la textura de un flan o de un pudín poco sólido. El traje que lleva esta noche es un traje color tabaco con raya diplomática oscura. De la nueva temporada de Lino Rossi.

—Quieres que folle contigo —dice Iris.

Prueba una cucharada de sopa de color rojo aséptico. De esa forma inexpresiva en que uno toma una medicina o saborea algo que carece de sabor.

—Escuche —Lucas Giraut hace una mueca de contrariedad. O su versión de una mueca de contrariedad. Un simple matiz pasajero de preocupación mezclado con un elemento de impaciencia—, no me estoy explicando bien. Sé que esto le va a sonar ridículo. Que le va a parecer la típica historia sacada de una película, o de una novela de intriga. A mí mismo todavía me cuesta de asumir a veces, se lo aseguro. Pero el señor Bocanegra tiene una banda. Como una banda de *gángsters*. Que roban cuadros muy valiosos y todo eso. Y después hay otra banda. El jefe de esa otra banda se llama Koldo Cruz. La mayoría de sus miembros son rusos, según tengo entendido. Y creo que esas dos bandas están en guerra. Espere. —Levanta una mano para atajar la reacción de Iris Gonzalvo, que ha empezado a esbozar una sonrisa vagamente burlona—. Sé que todo esto parece una estupidez. Pero tengo una teoría. Mi teoría es que al principio había solamente una banda. Hace muchísimo tiempo. Treinta años. Se llamaban el Club No Nos Gusta el Sol. Y eran tres, eso es lo más importante. Estaban el señor Bocanegra y Koldo Cruz, y también mi padre. Que era algo así como el cerebro de la banda. Y entonces pasó algo, no sé exactamente qué, pero debió de ser algo terrible. Alguien traicionó a mi padre. Fue a la cárcel. Nunca volvió a ser el mismo. Se puede decir que nunca lo conocí. Tiene que entenderme usted. Esto es muy importante para mí. Le estoy hablando de mi padre.

Iris Gonzalvo parpadea. Su estilo de comer sopa consiste en llevarse la cuchara a la boca con la medida justa de sopa e introducirse separando solamente un poco los labios y sin nada remotamente parecido al sorbimiento o a ese fruncimiento desagradable de la boca que lleva a cabo alguna gente cuando está comiendo sopa. Sin esa forma de mirar a lo lejos o mirar a la nada de alguna gente mientras come que hace pensar en el origen animal de las personas.

—Señorita Iris —Giraut baja la voz—, quiero vengarme de los que traicionaron a mi padre. Tengo cierta idea de quiénes fueron. Ese es mi proyecto. Y me gustaría que usted me ayudara. Si le parece bien, claro.

Se hace el silencio en la mesa a la que están sentados Iris Gonzalvo y Lucas Giraut. Dejando que el ruido de fondo del restaurante invada el espacio que queda entre ambos. Ese murmullo sarcásticamente sofisticado de los restaurantes caros. En la pared más cercana a ellos hay fotografías de cobayas y animales de laboratorio antes y después de haber sido inoculados con microorganismos artificialmente mutados a fin de obtener nuevas vacunas. En las paredes hay plafones que explican el contenido de cada foto. Justo detrás del cocodrilo colgante, en la dirección en la que

señala directamente su cola de un metro de longitud, hay una serie de ampliaciones enmarcadas en blanco y negro de fotografías de animales ciegos procedentes de las inmediaciones de la central nuclear de Chernobyl. A primera vista, no se ve nada genéticamente mutado ni especial en la anatomía del cocodrilo que cuelga del techo. Tampoco se ve nada que explique que tanta gente quiera cenar en un restaurante con una decoración semejante. En cualquier caso, parece claro que la estrategia del Atomic de rodear a los comensales de imágenes desagradables o potencialmente nauseabundas es la clave de su éxito. Un éxito reseñado en revistas de todo el mundo. En abundantes cadenas de televisión. Con pixelados tapando el contenido de las fotografías. El último grito del diseño barcelonés. Con imitaciones ya funcionando en Tokio y en Chelsea. Iris Gonzalvo deja por fin la cuchara al lado de su plato y se encoge de hombros.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando —dice—. Pero entiendo eso de tu padre. Los padres son importantes. El mío era un hombre alto y muy guapo. Y yo era su hija favorita. Por ser la más guapa y todo eso. Supongo que es por mi padre que soy como soy. Y es por él por lo que estoy aquí ahora mismo. Me refiero a que es por los hombres que hago todo lo que hago. Para los hombres. Si no fuera por los hombres, no sería actriz. Pero soy lo que soy. Y supongo que los hombres son el público de lo que soy. —Hace un gesto que podría indicar impotencia. La gestualidad de Iris no es exactamente una cuestión de matices. Es una gestualidad de ausencias. Como las siluetas imprimidas por la radiación—. Y supongo que la culpa de todo es de mi padre. Y de cómo yo quería gustarle a él todo el tiempo y esas cosas.

Una de las camareras con kimono rojo aséptico y una ausencia de expresividad corporativa pide permiso para retirarles sus platos y traer los segundos. El segundo plato que han elegido tanto Giraut como Iris se llama Proyecto Manhattan de acuerdo con el menú troquelado en forma de hongo nuclear. Entre sus ingredientes hay algo llamado Sashimi de Calamar Propyectil.

—Señorita Iris —dice Lucas Giraut en cuanto la camarera se aleja.

—Lucas. —Ella lo vuelve a interrumpir. Sus ojos, ahora que no lleva gafas, son grandes y verdes y tienen esa clase de párpados grandes y gruesos que dan la impresión de que los ojos nunca están del todo abiertos—. Creo que será mejor que nos tuteemos. Hará las cosas más fáciles si vamos a acabar follando.

Lucas parpadea.

—Eso no es lo que estoy intentando sugerir —dice—. Se equivoca usted acerca de mis intenciones. No estoy haciendo esto para acostarme con usted.

Iris saca un paquete de tabaco inglés de su bolso y se pone uno entre los labios. Espera a que Giraut saque un encendedor y se lo encienda protegiendo la llama con las palmas de las manos ahuecadas. Después suelta una bocanada de humo.

—Eres un buen chico —dice—. Un poco raro, tal vez. Pero es de esperar, considerando que eres anticuario y todo eso. No eres como el resto de hombres que he conocido, eso está claro. Todavía no has intentado follarme. No me has ofrecido

droga ni has intentado impresionarme. Y no creo que te gusten los tíos. A mí se me da bien ver esas cosas. No sé por qué me caes bien. Debe de ser una corazonada —dice. Hace una pausa mientras una de las camareras coloca sobre la mesa los segundos platos. Los calamares crudos del plato conocido como Proyecto Manhattan tienen realmente forma de torpedos o proyectiles para ser lanzados desde un avión—. Creo que podemos trabajar juntos. No estoy diciendo que hagas lo que estás haciendo solamente para follar conmigo. Eso está claro de momento. Mi relación sentimental con Eric ha sido bastante negativa para mí. Esto no quiere decir que esté haciendo cosas por despecho o para intentar que él se sienta mal. —Hace una pausa. No hay nada en su actitud que indique que tiene intención de comerse su segundo plato—. Aunque tengo que admitir que he elegido este sitio para que nos vean juntos. Aquí vienen muchos amigos de Eric.

Lucas Giraut mira a su alrededor. Desde que han llegado a la sala central del restaurante Atomic, ha tenido la sensación de que el resto de clientes del restaurante lleno a la hora de la cena se dedican a observar a Iris Gonzalvo. Aunque solamente hace unos días que se conocen, ya se ha dado cuenta de que esto parece suceder en todos los sitios adonde va ella. Como un vórtice. Como una especie de campo de fuerza magnética que se desplaza junto con ella. Provocando reacciones en las mesas vecinas y en prácticamente todo el mundo que se cruza con ella. Las fotografías más impactantes del restaurante Atomic no se encuentran en el salón central. Están en el pasillo amplio y bien iluminado que lleva a los lavabos. Se trata de una serie de fotografías que representan distintos modelos de quemaduras y llagas de víctimas de explosiones nucleares. Manos humanas y espaldas y caras e incluso aparatos genitales. La ubicación de dichas fotografías es una cuestión que no se justifica en ninguna de las reseñas del restaurante que Giraut haya leído. Ahora repara en la cara de un hombre que está mirando fijamente a Iris Gonzalvo. El hombre se saca unas gafas del bolsillo y se las pone para ver mejor a la mujer. Parpadea varias veces y frunce el ceño. Se trata de un hombre vestido totalmente de blanco. Su traje blanco tiene festones y chorreras bordados en las solapas y las mangas que le dan al traje cierto aire mexicano sin que el resultado haga pensar para nada en México. Su cara está inverosímilmente morena.

—No sé quién era aquella mujer que vino el otro día a tu apartamento —dice Iris Gonzalvo—. Pero no era tu novia. Yo siempre veo esas cosas. Una ex novia, tal vez.

El hombre alto y vestido de blanco se ha puesto de pie y ahora está caminando hacia la mesa de Giraut e Iris sin apartar la vista de la espalda escotada de ella. Iris sigue con su mirada la mirada de Giraut mientras el tipo alto y vestido de blanco se detiene junto a la mesa y se cruza de brazos.

—Santi —Iris mira al hombre con una sonrisa fría—, qué sorpresa tan genial. Te presento a mi amigo Lucas Giraut. Este es Santi Denis.

—Fantástico. —La cara del tipo del traje blanco es una de esas caras artificialmente morenas donde todo el complejo sistema de arrugas faciales se ha

transformado en un entramado móvil de líneas blancas. El efecto recuerda a las telas de araña tal como aparecen dibujadas en los tebeos—. Por mí puedes tirarte al rey de España si quieres. Esperaba una actitud un poco más arrepentida después de que mintieras a los guardias de seguridad de mi fiesta y te colaras en mi dormitorio. Pero no es de eso que quiero hablarte. De hecho, cuanto menos hable contigo mucho mejor. El gilipollas de tu novio me debe mucho dinero. Si no he hecho que le rompan la cara todavía es porque no lo encuentro. Ahora bien, tú —descruza los brazos y clava un dedo grande y moreno en el hombro desnudo de Iris— sí que sabes dónde está. Y no voy a montar una escena aquí. Por mucho que me encantara vapulearte un poco. Pero transmítele mi mensaje. Tiene veinticuatro horas para devolverme el dinero.

De acuerdo con la reseña del restaurante Atomic aparecida en uno de los periódicos de mayor tirada de Barcelona, el local «desciende al reino de lo atávico al confrontar los ámbitos de la comida y la muerte. No hay nada en el local que no remita al impulso primario de muerte y al miedo que este suscita, desde la ropa quirúrgica de los empleados hasta el cocodrilo suspendido y las alusiones a nacimientos y muertes antinaturales. La pieza maestra, sin duda, son las imágenes de víctimas de explosiones mutagénicas en el acceso a los lavabos, donde la nutrición-nacimiento mutado encuentra su paralelo en la evacuación-muerte por desintegración». Iris Gonzalvo expulsa una última bocanada de humo de su cigarrillo y aplasta la colilla en el platillo que sirve de soporte a la vela de su mesa. Mira a Lucas Giraut con una media sonrisa ligeramente tensa y se encoge de hombros.

UN BANCO EN EL PARQUE

El parque de la periferia barcelonesa donde Matilde Saudade y su hijo Cristian han quedado en reunirse con su marido y padre respectivamente es uno de esos parques de la periferia barcelonesa con el suelo de cemento y esculturas constructivistas de metal oxidado. Los únicos lugares del parque donde no predomina el color gris son aquellos lugares donde las papeleras se han visto desbordadas por los envoltorios de comida rápida, las latas de refrescos y las revistas pornográficas. Una paloma de aspecto irritado se posa en el suelo frente al banco donde están sentados los tres miembros de la unidad familiar de los Saudade y picotea la suciedad del suelo de cemento. Mirando desde los lados de la cara con expresión irritada. Los tres miembros de la unidad familiar de los Saudade llevan cinco minutos sentados sin hablar en un banco metálico del parque que da nombre a su vecindario en la periferia barcelonesa. Juan de la Cruz Saudade saca un paquete de Fortuna del bolsillo de la chaqueta de su chándal blanquiazul y se pone un cigarrillo entre los labios. El año nuevo ha traído una ola de frío que los medios de comunicación califican de siberiana. Las olas de frío siberianas son incidencias inexplicables pero relativamente habituales en el clima barcelonés. Matilde Saudade extiende una mano pidiendo en silencio un cigarrillo pero su marido ya se ha vuelto a guardar el paquete en el bolsillo.

—He hablado con mi madre y con mis hermanas. —Matilde Saudade suspira, sentada en el banco en posición vagamente infantil, balanceando las piernas y agarrando el borde del banco con las manos y mirándose los pies—. Dicen que tengo que darte otra oportunidad. La última oportunidad. La verdad, no entiendo por qué tengo que darte otra. Yo no veo qué diferencia hay entre esta vez y las anteriores. Ni por qué tengo que dejarte volver a casa.

El rasgo facial más característico de Matilde Saudade es un tic nervioso que le hace arrugar la frente de forma compulsiva y a intervalos regulares como si cada medio segundo aproximadamente se estuviera sorprendiendo de algo. El tic también hace que todo lo que dice suene ligeramente inseguro. Como si ella misma no acabara de creerse las palabras que salen de su boca. Matilde Saudade lleva tejanos elásticos blancos y zapatillas deportivas altas y una sudadera de una conocida marca de ropa deportiva que en realidad es una imitación de las sudaderas de esa marca. El chándal de Saudade es el chándal Umbro oficial de su club de fútbol favorito. La forma en que los tres miembros de la unidad familiar están sentados es la siguiente: *a*) Matilde Saudade en el lado derecho del banco, agarrando el borde del banco con las manos y sin mirar directamente a su marido ni a su hijo; *b*) Cristian Saudade en el medio, tapándose las orejas con las manos, y *c*) Juan de la Cruz Saudade en el lado izquierdo

del banco. No tan sentado como repantingado con las piernas muy abiertas y la cabeza apoyada en el punto del respaldo donde la mayor parte de la gente apoya la zona dorsal, fumando con bocanadas largas y expulsando el humo hacia la zona general donde están sentados su hijo y su mujer.

—¿Volver a casa? —Saudade frunce el ceño—. Pero si eres tú la que se ha ido de casa. Llevándote a mi hijo, por cierto. Seguro que es un rollo ilegal de esos. —Busca las palabras en su mente—. Abandono del hogar o algo así. Creo que es un rollo ilegal grave. Y tengo derecho a ver a mi hijo, ¿no?

—Y yo tengo derecho a partirle la cara a la *puta* esa. —Matilde levanta la vista y arruga la frente de forma espasmódica—. Y va la *puta* y me pone una denuncia por partirle la cara. Su cara de puta.

La paloma de aspecto irritado que se ha posado delante de ellos se dedica ahora a mover la cabeza a un lado y al otro para mirar alternativamente a Saudade y a su mujer. Con un elemento de irritación en la mirada que parece contener elementos de futura reprimida. Cristian Saudade, de ocho años, sigue sentado en la misma posición: tapándose los oídos con las manos y con los ojos fuertemente cerrados. Saudade expulsa el humo de su cigarrillo y pone cara de fastidio.

Ya estamos otra vez —dice—. Hemos hablado mil veces del tema. De tus problemas de imaginación. ¿No hice que mi amigo Aníbal te llamara para jurarte que no hay nadie más que tú? —Hace una pausa y adopta el tono de indignación enfática que adopta siempre que se le ocurre de repente un argumento en su favor en medio de una discusión—. ¿No te da vergüenza inventarte toda esa mierda delante de nuestro hijo? A los niños se les quedan esas cosas en la cabeza. Se pueden volver *maricas*.

Juan de la Cruz Saudade y Matilde Saudade se quedan mirando a su hijo Cristian, de ocho años, que está sentado en medio de los dos con los ojos cerrados y tapándose los oídos con las manos. Matilde le da unos golpecitos en el hombro.

—¿Por qué no vas a jugar? —le dice Matilde cuando él se quita las manos de los oídos—. ¿Y nos dejas un rato solos a tu padre y a mí?

Cristian Saudade, de ocho años, se queda mirando a su madre con una mueca de impaciencia.

—¿Cómo quieres que me vaya a jugar? —dice—. No conozco a nadie en este parque. ¿Y a qué voy a jugar?

Matilde Saudade se encoge de hombros mientras su hijo vuelve a taparse los oídos con las manos. Juan de la Cruz Saudade está fumando con esa expresión satisfecha de quien se siente convencido de que lleva la parte ganadora en la conversación.

—Si todo son imaginaciones mías —dice Matilde—, entonces, ¿quién es esa *puta* inglesa a quien le partí la cara? —Hace una pausa y en su voz se infiltra un matiz de orgullo—. Le han tenido que poner cuatro puntos en la cabeza.

Juan de la Cruz Saudade tira su colilla en el suelo ante la mirada de furia reprimida de la paloma. Se encoge de hombros.

—No es inglesa —dice—. Y es normal que a veces tengas que desahogarte con alguien. —Su tono de voz ha asumido ese matiz vagamente condescendiente de quien se ve forzado a conceder un punto dialéctico menor a su oponente dialéctico—. No es fácil ser una mujer. Sobre todo cuando te va a venir la regla. No lo digo yo. Lo dicen los médicos.

Un grupo de adolescentes de origen latinoamericano ocupa el banco metálico situado justo delante del banco metálico donde está sentada la unidad familiar de los Saudade. Colocan un equipo de sonido portátil de grandes dimensiones en el suelo y alguien pulsa la tecla play del reproductor de discos compactos. Un tema hip hop a todo volumen invade el silencio relativo del parque. La paloma que estaba mirando a los Saudade echa a volar con expresión furiosa hacia otra zona del parque libre de subculturas urbanas. Los adolescentes empiezan a moverse al ritmo vagamente selvático de la música y a improvisar líneas de rap rimadas mientras un par de ellos se dedican a liar cigarrillos de hachís. Todos llevan pantalones enormes y una especie de pañuelos anudados a la cabeza que se parecen morfológicamente a preservativos gigantes.

—Mi hermano dice que te va a romper la cara —dice Matilde Saudade, levantando la voz para hacerse oír por encima de la música hip hop—. Como te vea por la calle.

Juan de la Cruz Saudade se queda mirando a su mujer con cara perpleja.

—¿Tu hermano me va a romper la cara? —dice, como si la frase de su mujer entrañara alguna clase de enigma—. ¿A mí? Pero si trabaja en un restaurante. ¿Cuánto mide tu hermano? ¿Y cuándo le ha partido la cara a alguien?

—Trabaja en una pizzería. —Su mujer arruga la frente en tres muecas consecutivas de sorpresa—. Y no trabaja en la pizzería. Va con la moto repartiendo pizzas. O sea que está fuerte. Y por lo menos mi hermano se preocupa por mí. Le preocupan las cosas que me pasan y todo eso.

Los adolescentes de origen latinoamericano siguen ensayando pasos de baile que les hacen parecer alternativamente robots, marionetas y gente con problemas en el sistema nervioso central. Las frases vagamente rimadas que rapean al ritmo de la música abundan en las palabras «respeto», «hermano» y «ciudad».

—Yo me preocupo por ti —dice Saudade, encendiendo otro cigarrillo—. Ahora mismo estoy preocupado.

Cristian Saudade se quita las manos de los oídos.

—La abuela dice que si tiene que aguantar nuestra mierda un día más —dice—, va a ser ella la que haga las maletas y se vaya lo más lejos posible. —Hace una pausa y mira con expresión pensativa al grupo de adolescentes que se mueven como personas aquejadas de problemas del sistema nervioso central—. Dice que ella ya sabía que todo esto iba a pasar cuando mi padre se lio con aquella tía el día de tu boda.

—Aquella tía —le corrige Matilde— es tu tía.

Los adolescentes que se mueven como enfermos nerviosos ahora se están pasando entre ellos los cigarrillos de hachís y se dedican a dar caladas nerviosas a los mismos mientras asienten al ritmo de la música y levantan el pulgar para indicar satisfacción subcultural urbana.

—También me ha dicho que si quiero pizza —continúa Cristian— le pida dinero a mi madre o al cerdo de mi padre y me vaya yo a comprar la pizza. Pero a mí nunca nadie me da dinero.

Saudade se queda mirando a su mujer con expresión triunfal.

—¿Lo ves? —le dice, ahora casi gritando para hacerse oír por encima de la música del equipo de sonido portátil—. El chaval quiere volver a casa. Estás destrozando un hogar con esas cosas que te imaginas. —Mira a su hijo y le pone una mano patriarcal en el hombro—. Quieres que tu madre te deje volver a casa, ¿verdad?

Cristian Saudade, de ocho años, mira alternativamente a su padre y a su madre.

—No —dice—. No lo sé.

Los cigarrillos de hachís parecen haber promovido las habilidades danzatorias del grupo de adolescentes latinoamericanos, algunos de cuyos miembros se han puesto guantes y han empezado a ensayar movimientos de breakdance sobre el suelo de cemento. Los demás aplauden rítmicamente y algunos imitan con la boca el sonido de las cajas de ritmos de la música hip hop. Un par de adolescentes del grupo miran ahora de reojo al extraño grupo familiar que hay sentado en el banco de enfrente con un niño en el medio que se está tapando los oídos con las manos. Juan de la Cruz Saudade apaga su cigarrillo y escupe en el suelo entre las perneras de su chándal blanquiazul. Uno de los adolescentes latinoamericanos se acerca tímidamente y les ofrece a los Saudade el cigarrillo de hachís que está fumando. El gesto parece rico en connotaciones de sociabilidad subcultural y hermandad universal química. Saudade se lo queda mirando con cara de incredulidad.

—¿Quieres que te parta las piernas, *gilipollas*? —le grita al adolescente que les está ofreciendo el cigarrillo de hachís—. ¡Quita esa *mierda* de delante de mi hijo!

Medio minuto más tarde el grupo de adolescentes de origen latinoamericano, con sus bailes selváticos y su equipo de sonido portátil, ha desaparecido sin dejar más rastro que una vaga pulsación rítmica en el horizonte de cemento del parque. Un par de palomas de aspecto irritado vuelven a posarse en las inmediaciones del banco de los Saudade. Aleteando irritadamente y lanzando miradas de odio.

—Te doy una última oportunidad. —Matilde se rasca la cabeza con gesto intranquilo—. Puedes volver a casa, pero con condiciones. Tienes que cumplir unas normas. Primero de todo, nada de ver a la *puta* esa. Segundo, nada de otras putas. —Se queda pensando un momento. Como si se le hubiera olvidado el resto de normas y las estuviera buscando en su memoria—. Y ya está. Dos normas.

Cristian Saudade gira lentamente la cabeza en dirección a su padre, sin quitarse las manos de los oídos, y se lo queda mirando en silencio. Matilde se queda mirando a su marido con gestos rítmicos de sorpresa en la cara. Con algo parecido a la

expectación. Con las manos en los bolsillos ventrales de la sudadera de chándal corporativamente falsa. La situación es una situación general de expectación familiar. Con dos pares de ojos observando al patriarca de la unidad familiar. Uno de esos momentos que parecen cruciales para la evolución futura de las dinámicas consanguíneas. Saudade yergue la espalda sobre el respaldo del banco. Recoge las piernas y carraspea en reconocimiento de la relevancia especial del presente momento intrafamiliar.

—Cariño —su tono es simultáneamente contrito y obsequioso, el tono estándar universal de los Maridos Que Regresan Al Redil con mayor o menor grado de contrición—, ya sé que hace tiempo hice cosas asquerosas. Pero son esos tíos del trabajo, ya sabes. Aníbal y Bob Marley y los demás. Bob Marley es el ruso ese del que te he hablado. Creo que son una mala influencia para mí. —Hace una pausa y mira a su mujer, que está poniendo los ojos en blanco al mismo tiempo que arruga convulsivamente la frente—. Todo el tiempo intentan hacerme ser como ellos. Ya me entiendes. Estoy casi seguro de que me han echado cosas en la bebida varias veces. Éxtasis y porquerías de esas.

Matilde Saudade se abraza a sí misma para protegerse del frío. El año nuevo acaba de empezar y a pocos minutos del mediodía el parque parece estar vacío a excepción de la unidad familiar de los Saudade. Matilde Saudade hace un gesto vindicativo con la mano en dirección al paquete de Fortuna que su marido tiene en el bolsillo de la chaqueta de chándal. Saudade suelta un soplido de impaciencia y le ofrece un cigarrillo a su mujer.

DARDOS

—¿Estás completamente seguro de que no conocemos de nada a esa chica? —El señor Bocanegra da una calada pensativa a su puro. Frunciendo la boca y el bigote en forma de sendas curvas descendentes. Su gesto se acerca más a la sospecha que a la perplejidad—. Porque yo creo que la he visto antes. La cara, las tetas. —Se encoge de hombros—. Creo que esas cosas las podría olvidar. Hasta el culo. Pero no esas piernas. Estoy casi seguro de que he visto esas piernas antes. Las reconozco hasta con esta luz. No creo que nadie pudiera olvidar esas piernas.

Lucas Giraut y Aníbal Manta siguen la mirada del señor Bocanegra más allá de la barra del Salón Eclipse de El Lado Oscuro de la Luna. Más allá de los grupos de clientes que están bebiendo junto a la barra y hasta las inmediaciones de la zona de dardos. Donde Iris Gonzalvo está jugando a los dardos en compañía de media docena de hombres. Y encabezando la clasificación de la partida, a juzgar por las puntuaciones anotadas en la pizarra que hay a un lado de la diana. Ganando la partida en curso con una ventaja espectacular. Una ventaja que cualquier jugador experimentado de dardos calificaría sin duda de humillante. Aunque ninguno de los rivales de Iris Gonzalvo parece especialmente humillado. La mayoría rodean a Iris Gonzalvo con expresiones sicofánticas y se dedican a encenderle los cigarrillos y a traerle copa tras copa de Finlandia con tónica y a aplaudir y corear cada uno de sus lanzamientos. La forma en que Iris Gonzalvo lanza los dardos no es esa forma vagamente cómica en que muchas mujeres lanzan los dardos: no saca la punta de la lengua entre los labios ni tampoco suelta risitas nerviosas ni pone los ojos en blanco para parodiarse a sí misma cada vez que uno de sus tiros se desvía. Su forma de lanzar los dardos es segura y elegante. Flexionando el brazo en el ángulo preciso y sin más movimiento corporal que un leve balanceo de la cadera que deja al descubierto una sección triangular de muslo muy pálido y esbelto por la raja lateral de su falda.

El señor Bocanegra y Lucas Giraut y Aníbal Manta miran a Iris Gonzalvo con cara pensativa.

—¿De dónde dices que la has sacado? —El señor Bocanegra suelta una bocanada de humo que puro que se eleva por entre las luces de la barra del Salón Eclipse. En forma de volutas incandescentes.

El Salón Eclipse es la zona más popular y la más concurrida de El Lado Oscuro de la Luna. Setecientos metros de suelo enmoquetado y sofás de terciopelo y bolas de espejos y paneles de madera de calidad y estatuas. Las estatuas, de acuerdo con el señor Bocanegra, son el elemento que distingue El Lado Oscuro de la Luna por encima de cualquier otra cosa. Que le aporta su atmósfera distinta a cualquier otro

local de entretenimiento para adultos. Porque las estatuas, según Bocanegra, transportan a otros mundos. Las estatuas son elementos propios de mundos fantásticos. Como en esos jardines llenos de estatuas que uno ve en las películas ambientadas en otros mundos. O como en esos jardines psicodélicos que aparecen en las portadas de los discos del rock británico de los años setenta. Si quieres crear un lugar especial, suele decir el señor Bocanegra, ponle todas las estatuas que puedas.

—Es una vieja amiga mía —dice Lucas Giraut. Saca un cigarrillo de su pitillera repujada y le da unos golpes suaves contra la palma de la mano antes de ponérselo entre los labios—. Es actriz. Tal vez la haya visto usted en un anuncio de la televisión.

Aníbal Manta mira a Iris Gonzalvo con el ceño fruncido. El taburete de la barra en que está sentado le viene exageradamente pequeño, igual que la barra en sí. Produciendo la extraña sensación de que es el único adulto sentado junto a la réplica infantil de una barra de bar en un parque recreativo para niños.

—A mí también me suena de algo —dice—. Casi me parece que me suena de aquí. Como si hubiera sido una de nuestras chicas.

—Yo respondo por ella —dice Lucas Giraut. Da una calada al cigarrillo con su cara blanda y un poco estólida—. Es exactamente lo que necesitamos. Tenemos una vacante. La operación de venta empieza dentro de pocos días. El señor Yanel ya no está en condiciones de dirigir la operación, por culpa de su depresión. Ella puede hacerlo. Casi mejor que Yanel.

Sobre los tres hombres de la barra vuelve a cernirse un silencio poblado de sorbos a sus copas respectivas, caladas pensativas a sus cigarros y cigarrillos y miradas subrepticias a las piernas de Iris Gonzalvo. La forma en que Iris Gonzalvo está jugando a los dardos, en el centro del corro de hombres que aplauden sus movimientos y sirven cada una de sus necesidades, parece estar alterando la naturaleza misma del juego. Se trata de algo que hay en su forma de tirar los dardos. Algo inescrutable en la seguridad casi perfecta con que lanza los dardos. Dando un par de sorbos de Finlandia con tónica entre dardo y dardo. O tal vez lamiendo una pizca de sal del dorso de su mano justo antes de vaciar de un trago un vasito de tequila y morder una rodaja de limón. Hay algo inexorable en su forma de jugar. Como si la diana y los dardos y la mecánica cíclica de las partidas ya no fueran un simple juego. Como si fueran un oráculo. Un código arcano. Un sistema astral o solar de calcular el universo. Y los hombres que juegan con ella parecen intuir esto a un nivel muy profundo. Parecen rendir culto a su pitonisa. A ese bamboleo de caderas apenas visible pero perceptible a un nivel más profundo que parece estar convirtiéndose en el centro mismo del universo.

—Joder. —El señor Bocanegra se seca unas gotas de sudor que le han empezado a caer por la calva excepcionalmente reluciente—. Ya me gustaría a mí que trabajara aquí. Esa chica tiene talento. Demonios. —Se afloja un poco el nudo de la corbata—.

Llévale una copa. —Hace un gesto en dirección a Aníbal Manta—. La bebida más cara que tengamos. Que la manden a buscar abajo si hace falta.

Aníbal Manta deja su copa vacía sobre la barra. La barra del Salón Eclipse de El Lado Oscuro de la Luna es circular. Sobre la barra hay luces multicolores. Y en el centro de la barra hay un ascensor.

De la zona de dardos viene una ráfaga de risas. Pavel está intentando tirar un dardo con el brazo derecho que tiene colgando de un cabestrillo. Inclinando el cuerpo exageradamente hacia un lado para compensar la falta de movilidad que el cabestrillo le provoca a su brazo. Por fin efectúa su lanzamiento. Se oyen silbidos y aplausos. El dardo traza una débil parábola descendente y se clava entre los pies de alguien. Ahora se oyen insultos entremezclados con los silbidos.

Lucas Giraut observa cómo Aníbal Manta se acerca a Iris Gonzalvo y le dice algo al oído. Los demás jugadores de dardos carraspean y apartan la vista y fingen que están interesados en otras cosas. Iris Gonzalvo asiente con cara inexpresiva a lo que sea que le está diciendo Manta. Coge un vaso largo de Finlandia que le ofrece alguno de sus compañeros de partida y da uno de esos sorbos que parecen nada más que un ligero mojamiento de los labios pero que hacen descender el nivel de la bebida. Por fin mira en dirección al punto de la barra donde están Giraut y el señor Bocanegra y vuelve a asentir. Levanta su vaso en dirección al dueño del establecimiento. Aunque ha dejado de jugar, sus gestos siguen teniendo la misma cualidad oracular. Giraut sospecha que la sensación puede deberse al atractivo sexual de Iris Gonzalvo. A esa cualidad inefable y casi de otro mundo que tiene la gente que es muy atractiva sexualmente. Esa cualidad que hace que por mucho que uno los mire siempre parece que se esté perdiendo algo esencial de ellos. Esa resistencia casi mágica a las miradas.

Los hombres se apartan a su paso cuando Iris camina hasta la barra. Vigilan cada uno de sus movimientos con atención animal. Con esa mezcla de cautela y belicosidad con que prestan atención los animales. El atractivo sexual de Iris Gonzalvo y su aura inefable producen cierta sensación de que está caminando a cámara lenta dentro de una película. Con esa elegancia de otro mundo que otorga la cámara lenta.

Por fin llega a la barra. Pone una mano sobre el hombro de Lucas Giraut. En gesto de intimidad. Ninguno de los presentes percibe el estremecimiento casi imperceptible de Lucas Giraut bajo la mano de ella.

—Me ha dicho Lucas que te llamas Iris —dice el señor Bocanegra. En tono vagamente receloso. Como si por alguna razón esta información no acabara de ser verosímil.

Iris Gonzalvo pone su vaso vacío en la mano enorme de Aníbal Manta. Manta se queda mirando el vaso. Luego la mira a ella. Con cara de incredulidad.

—Supongo que Lucas te ha puesto al corriente de la clase de negocios que tenemos entre manos. —Bocanegra no espera a que ella asienta ni dé ninguna señal

de haber registrado sus palabras—. No somos la clase de empresa que se anuncia en las páginas amarillas. De hecho, no nos anunciamos en ningún sitio. Joder, ya es mucho decir que somos una empresa. Somos más bien una sociedad de caballeros. En otras palabras —la cara de Bocanegra se transforma en una mueca de crueldad abierta—, los trabajos que se hacen para nosotros no se pueden poner en el curriculum.

—Ya la he puesto al corriente de esas cosas. —Lucas parece haberse apartado inconscientemente de la mano de Iris—. Sabe que no podemos perder tiempo y que va a tener que empezar a estudiar su papel.

El señor Bocanegra suelta un gruñido.

—En nuestro trabajo tratamos con gente extraña —dice. Hace un gesto amplio con su puro incandescente—. Gente a la que tampoco le gusta la publicidad. Gente excéntrica. A veces hasta paranoica. Tienes que entender cómo funciona este mundo. Los coleccionistas son gente apasionada. Yo mismo colecciono estatuas. Son gente que se ve obligada a violar ciertas leyes y a aprovechar otros espacios que la ley deja en blanco. Eso no quiere decir que hagan daño a nadie, la mayoría de las veces. Pero se ven obligados a ir con cuidado. A dormir con una pistola debajo de la almohada, por usar una metáfora. Espero que me estés siguiendo con atención, hija. —Señala a Iris con la punta incandescente del puro—. Porque no me va a gustar nada si lo único que haces es estar ahí poniendo morritos y enseñándome la pierna en vez de pensar profundamente en lo que te estoy diciendo.

Iris Gonzalvo no parece intimidada. Al contrario, su sonrisa se ensancha un poco. Su cuerpo se acomoda un poco mejor sobre el taburete. Sus piernas cruzadas se descruzan y se vuelven a cruzar de tal forma que la sección de piel pálida de la pierna que queda a la vista crece ante los ojos de los presentes.

—Hábleme de ese señor Travers —dice ella. Cogiendo la copa de champán que le ofrece Aníbal Manta—. El comprador.

—Si supiera todo lo que hay que saber sobre Travers —dice Bocanegra—, no estaría aquí sentado delante de ti e invitándote amablemente a una botella del Krug más caro que tengo en mi bodega. Más caro que toda la ropa que lleva cualquiera de los presentes, incluyendo a mi amigo el señor Giraut. Porque Travers no es un tipo que deja que sepas básicamente nada de él. Así es como esos tipos se protegen. Así es como se hacen prácticamente intocables. Hay gente que ha averiguado cosas de él, sí. —Se encoge de hombros—. Pero han desaparecido del mapa. Y no creo que hayan ido a parar a un sitio muy agradable.

—Sabemos que el señor Travers tiene una casa en París —dice Giraut—. Un palacio en el centro de la ciudad. Desde allí hace la mayoría de sus negocios. El sistema de seguridad es casi tan caro como la misma casa, o eso es lo que se dice. La verdad es que no tenemos bastante información.

—Travers es un cabrón rico. —El señor Bocanegra espera a que la camarera le sirva una copa de la botella de Krug abierta especialmente para esta reunión ejecutiva de la sociedad que preside. La expresión facial de la camarera mientras sirve el

champán es de temor reverencial. Como la cara de alguien que manejara algo provisto de detonadores y cables de colores y núcleos de plutonio—. No rico como esos tipos que salen en la revista *Fortune* y en la revista *Forbes*. Rico como la gente que no sale en esas revistas. Ya me entiendes. Se puede decir que hay dos clases de gente rica.

Hace una pausa. Coge la copa y da un sorbo.

—Tenemos la suerte de conocer algunas cosas de Travers gracias a los diarios de mi padre —dice Lucas Giraut. Ya se ha apartado lo bastante de Iris como para que ella retire la mano del hombro de él. Ahora está sentado a su estilo familiarmente rígido en el taburete de la barra—. Es un excéntrico. No sabemos realmente qué clase de piezas componen su colección. Los diarios de mi padre dicen que se trata de piezas extremadamente raras. Podemos sospechar cuáles podrían ser algunas de las piezas. Cosas que desaparecieron del mercado, por ejemplo. Pero en general su colección se desconoce. Totalmente sin documentar. Y por supuesto, no sabemos dónde estaría situada. Se dice que el señor Travers tiene docenas de propiedades. Y hay algo más. —Carraspea—. El señor Travers es supuestamente un reputado ocultista. Eso se añade a su leyenda, claro.

Iris Gonzalvo asiente. Sentados a ambos lados de ella, Lucas Giraut y el señor Bocanegra intercambian una mirada. Una mirada demasiado breve como para que nadie pueda considerarla un acto de comunicación. Nadie más que ellos. De alguna forma, Giraut comprende lo que está pensando Bocanegra. A partir de esa única mirada fugaz. Los dos parecen haber percibido eso que tiene Iris Gonzalvo que la hace extraña. Más allá de las cuestiones asociadas con su atractivo sexual. Y Giraut también se ha fijado en la forma en que Bocanegra está mirando ahora a Iris. No la está mirando con perplejidad, eso está claro. Las peculiaridades faciales y gestuales del señor Bocanegra no le permiten en absoluto expresar nada que se parezca a la perplejidad. Sus rasgos están demasiado anclados en una base firme y fuerte de crueldad y de poder. Sus mandíbulas parecen hechas para destruir cosas. Su bigote solamente se dobla para formar expresiones asociadas con la voracidad. Su calva es demasiado amplia y demasiado brillante como para no despertar asociaciones con líderes tiránicos del mundo antiguo.

No, piensa Lucas Giraut, mientras el silencio y los carraspeos parecen indicar que la conversación está tocando a su fin. Bocanegra no está mirando a Iris con perplejidad. Tampoco con recelo, o por lo menos no solamente con recelo. La está mirando con algo parecido a la curiosidad genuina. Y eso es algo que Giraut nunca ha visto antes en la cara de Bocanegra.

—Es un hombre. —Iris Gonzalvo se encoge de hombros—. Los hombres no me asustan. Sé cómo tratarlos. Hay algunas diferencias, claro. Pero en general son todos más o menos iguales. Los hombres casi nunca son un problema. —Sus dedos finos y pálidos sostienen la copa de Krug apenas rozándola. Sus labios apenas parecen rozar

el borde cuando da un sorbo—. Las mujeres sí que pueden ser un problema, a veces. Depende.

Despojados de Iris Gonzalvo, el grupo que juega a los dardos ha recuperado su naturaleza genuinamente profana. Hombres enzarzados en una actividad competitiva sin propósito más allá de sí misma. Uno de los rituales más genuinamente profanos de la humanidad. Sin más elementos peculiares que el contraste entre la figura exageradamente alta y pálida de Pavel y su peinado y su indumentaria de inspiración jamaicana.

—Sigo pensando que te he visto en alguna parte —gruñe el señor Bocanegra. Con una pequeña negación de la cabeza. Con un pequeño fruncimiento del ceño. Con un sistema de gestos pequeños y recelosos—. Casi juraría que te he visto bailar aquí. No me gusta que me mientan.

La clientela del Salón Eclipse de El Lado Oscuro de la Luna es la clase de clientela que ha hecho que el local sea lo que es después de treinta años. Figuras de la política local. Financieros internacionales. Con las corbatas festivamente aflojadas. Magnates de la industria con la corbata aflojada y los zapatos tirados debajo de la mesa. Sentados en sofás de terciopelo y abrazados a dos jovencitas vestidas con tangas y zapatos de tacón. Ejércitos enteros de acompañantes y camareras y bailarinas con sus uniformes corporativos de tanga y zapatos de tacón.

—Le hago cosas muy feas a la gente que me miente —dice Bocanegra—. Aunque sean chicas como tú.

Iris Gonzalvo sonrío. El ascensor que hay en el centro de la barra circular abre sus puertas y del interior sale un par de camareras en tanga y zapatos de tacón, sosteniendo en alto sendas bandejas llenas de copas.

LA PISTOLA DE DEDOS DE SAUDADE

Koldo Cruz termina de untarse la cara de espuma de afeitar mirando alternativamente con su único ojo al espejo y al televisor portátil que tiene sobre la repisa del cuarto de baño. En el piso de arriba de su casa. El hecho de tener un solo ojo le obliga a efectuar movimientos laterales de la cabeza para poder afeitarse sin perder detalle de lo que pasa en el televisor. El parche que le suele tapar la cuenca ocular desprovista de ojo está en la repisa del baño, junto al televisor y a otros elementos de higiene personal. Las imágenes que se ven en el televisor han sido grabadas supuestamente por la cámara de un video aficionado de vacaciones en Indonesia. Hay gente corriendo despavorida. En lo que podría ser un complejo turístico costero. Después aparece una ola gigante y arrastra a toda la gente que estaba corriendo despavorida.

Cruz coge su maquinilla de afeitar y abre el grifo para mojar las hojas antes de proceder al afeitado. Nunca ha tenido muy claro de dónde le viene esa costumbre de mojar previamente las hojas de la cuchilla. Después de sobrevivir a la bomba aprendió a afeitarse al tacto para no tener que ver su cara sin ojo ni la placa de acero que reemplazaba a su sien derecha. Eso fue antes de que empezara a levantarse el parche y mostrar su falta de ojo para satisfacer las peticiones de los nietos de sus amigos. Junto al televisor y al parche hay un par de pipas de agua para fumar marihuana y una bolsa con treinta gramos de marihuana traída especialmente de México. En el televisor, el tipo que está filmando la ola gigante indonesia comprende que la ola se le acerca más deprisa de lo que él puede correr y deja caer la cámara al suelo. Cruz procede a afeitarse siguiendo su esquema diario: primero las mejillas, después el cuello y por fin el bigote y la barbilla.

Ya afeitado y con el parche en su sitio, sale del cuarto de baño vestido con su camiseta de tirantes y sus calzoncillos largos y con su toalla de aseo personal sobre el hombro derecho. Saluda a los dos operarios que están instalando las nuevas rejillas de acero electrificado en las ventanas del piso superior y les recuerda que hay cantidades prácticamente ilimitadas de cerveza a su disposición en el frigorífico de la planta baja. Un frigorífico que parece más bien una cámara frigorífica. A Koldo Cruz le gusta dar muestras de magnanimidad con la gente que carece de su fortuna personal. O bien de la genialidad necesaria para labrar una fortuna personal como la suya. Pasa por delante del cuarto de baño personal de su joven prometida rusa, que como todas las mañanas está cerrado con pestillo por dentro durante por lo menos una hora. A Koldo Cruz le gusta fingir delante de su prometida rusa que no sabe que ella se inyecta heroína por las mañanas en el cuarto de baño. Al mismo tiempo, se dedica a telefonar cada semana al proveedor de heroína de su prometida rusa para ver cómo evoluciona su consumo. De pie delante del espejo de cuerpo entero de su dormitorio,

se viste y se hace el nudo de la corbata mientras las siluetas intermitentes de los operarios caminan cargando estructuras de acero por el fondo de la superficie del espejo. Koldo Cruz nunca admitiría que se aburre. En su opinión, es una cuestión de equilibrio. Todo en la vida es equilibrio. Y simplemente sucede que a veces su demanda interior de equilibrio emocional le lleva a hacer cosas que a otras personas les podrían parecer atroces. Ahora consulta su reloj de pulsera Carrier con diamantes incrustados. Faltan tres minutos para su cita diaria en el café-bar Caipirinha, situado exactamente a una manzana y media del perímetro electrificado de su casa.

La mañana es soleada de una forma insulsa. Sobre el cielo de Pedralbes flota un cielo insulso y perezoso. Koldo Cruz compra *La Vanguardia* en el quiosco que hay de camino al bar y lo dobla meticulosamente tres veces por su eje transversal. Al cabo de cuarenta segundos, empuja la puerta de cristal del café-bar Caipirinha y espera un momento en la puerta a que lo saluden todos los miembros del personal de la mañana. Cruz empezó a comprar su propio ejemplar de *La Vanguardia* en el quiosco en lugar de leer el que el establecimiento pone a disposición de los clientes después de que una mañana un cliente no habitual insistiera en retenerlo durante más de treinta y cinco minutos. Forzando una discusión acalorada que acabó con amenazas de violencia física. Desde aquel día, todo el personal matinal del café-bar Caipirinha trata a Cruz con amabilidad aparatosa.

Cruz atraviesa el local con zancadas joviales y ocupa su lugar habitual en la barra. El camarero le pone delante un Macallan con hielo preparado meticulosamente tal como le gusta al señor Cruz: con mucho Macallan y poco hielo. Junto al whisky se materializa un platillo con aceitunas.

Las páginas de *La Vanguardia* de hoy siguen llenas de fotografías de olas gigantes en el Pacífico. Koldo Cruz se demora especialmente en las secciones de Economía y Deportes, que suelen ocupar las páginas traseras en la mayoría de periódicos del mundo. De vez en cuando levanta la vista para escrutar a la gente que va entrando y saliendo. Debido a la naturaleza de su línea de trabajo, Koldo Cruz siempre se muestra alerta ante la presencia de desconocidos en las inmediaciones de su espacio personal. En especial después de la bomba. Y del tipo que se coló en su casa hace menos de un mes. Hoy hay un joven con gorra de baloncesto y gafas de sol al que nunca ha visto antes en el bar. Leyendo un libro en una mesa apartada. Cruz se dedica a leer las secciones de Deportes y Economía levantando la vista de vez en cuando para examinarlo por encima del borde superior del periódico. El joven tiene algo que le resulta familiar. Familiar de una forma extraña. Casi como si su cara fuera una cara que volviera flotando de los tiempos en que Koldo Cruz era joven. Una cara mayormente lampiña, por lo que Cruz puede ver desde su taburete de la barra. De aspecto blando y mofletudo y con el pelo rubio y un poco largo sobresaliendo por debajo de la gorra de baloncesto. ¿Y quién demonios puede llevar gorra de baloncesto con un traje de diez mil euros de Lino Rossi?

Al cabo de diez minutos, Koldo Cruz se come su última aceituna, da el último sorbo a su Macallan y hace su llamada diaria al capataz de su contingente de empleados eslavos. De camino a la puerta del café-bar Caipirinha, tuerce un poco la cabeza para mirar más de cerca al joven de la gorra y las gafas de sol. Ahora que lo tiene cerca puede ver que la novela que está leyendo es una novela de Stephen King. Y que la está leyendo con una mueca de intensa concentración desde detrás de sus gafas de sol.

Lucas Giraut deja pasar cinco minutos antes de cerrar su ejemplar de *Mundo maravilloso* y dejarlo sobre la mesa. Las actividades diarias de Koldo Cruz están tan establecidas por la tradición que apenas le ha hecho falta levantar la vista para asegurarse de que lo tenía delante. Apoltronado como siempre en su taburete de la barra como si fuera el propietario del bar, ejerciendo su derecho de potestad sobre el taburete y sobre el resto del local. Después se inclina para hurgar en su bolsa de mano situada debajo de la mesa y saca el Cuaderno de Contabilidad Sumamente Secreto encontrado en el Apartamento 13. Lo hojea con gesto distraído y arranca una página abundantemente garabateada con la caligrafía pulcra y pequeña de su padre. A continuación saca una hoja de papel en blanco y escribe la nota que lleva un par de días preparando mentalmente. La nota es escueta y carece de instrucciones precisas. Tanto el vocabulario como el tono han sido escrupulosamente elegidos para no resultar demasiado amenazantes y al mismo tiempo transmitir un aire de confianza absoluta. Por fin introduce la nota y la hoja del Cuaderno Sumamente Secreto en el sobre y cierra el sobre después de despegar la tira de papel de la lengüeta autoadhesiva. En la parte delantera del sobre se limita a escribir el nombre de Koldo Cruz.

Un minuto más tarde sale del café-bar Caipirinha y cruza la calle. Pasa por delante del quiosco, donde una mujer con muchos perros sujetos con correas está charlando con un quiosquero de aspecto aburrido. Camina hasta la casa de perímetro electrificado que hay al final de la calle y se detiene delante de la cancela de la tapia. La placa dorada y escrupulosamente bruñida de la cancela dice «ummagumma 2». Un poco más arriba se ven los restos de una cámara de seguridad que alguien parece haber roto a golpes con un objeto pesado. Giraut levanta la tapa del buzón personal de Koldo Cruz e introduce el sobre. Sin reparar en el Volvo negro que hay aparcado en la misma manzana y desde cuyo interior alguien está vigilando sus movimientos con unos prismáticos. Dentro del jardín con el perímetro electrificado de Koldo Cruz hay media docena de operarios instalando rejas en las ventanas del primer piso. Giraut mira por entre las rejas de la puerta y ve a una mujer joven muy pálida con gafas oscuras que parece estar supervisando el trabajo de los operarios. Después se recoloca la gorra en la cabeza y se marcha calle abajo. Pasando otra vez por delante del Volvo negro de cuyo interior sale una ligera vibración rítmica como la que se percibe en las inmediaciones de la pista de baile de una discoteca.

En el interior del Volvo negro, moviendo rítmicamente la cabeza al ritmo de la música de baile estrictamente percusiva que suena en su reproductor de discos compactos, Juan de la Cruz Saudade contempla con expresión satisfecha la espalda cada vez más lejana de Giraut. Con una de esas sonrisas que solamente se ven en la cara de la gente que considera que la vida les sonríe. Con el gollete de una botella de Finlandia asomando del compartimento de la guantera. Saudade dobla los dedos de una mano y señala la espalda de Giraut con la mano, imitando el cañón y el percutor de una pistola.

—Bang —dice. Y mueve la mano de forma brusca para indicar un disparo de su pistola de dedos.

WONDERFUL WORLD

Hablando de forma estricta, Barcelona no se parece a la idea que Pavel tenía de Barcelona antes de subirse al avión que lo llevó allí. En líneas generales, le parece una ciudad gris y llena de coches y de gente fea. Por no hablar de esas señoras pequeñas y gordas con el pelo corto y teñido de colores ridículos que van mirando a todo el mundo con cara de odio. Tampoco le emociona el paseo de Gracia. El folleto en ruso que trajo consigo dentro de su maleta decía que el paseo de Gracia es «una joya de la arquitectura modernista». Pavel pasó una mañana sentado en un banco de aspecto raro del paseo de Gracia mirando la gente y los edificios. Lo más interesante que vio fueron los traseros de las turistas que pasaban con el cuello torcido hacia arriba para admirar las fachadas de los edificios. ¿Y de quién fue la idea de pintar los taxis de color amarillo y negro? Una ciudad muy sobrevalorada, es lo que diría Pavel en caso de que alguien le preguntase. Una circunstancia que no se ha dado nunca.

Pavel deja el libro en ruso que está leyendo sobre la barra de su bar favorito de la Rambla del Raval y mira de reojo el trasero de la mujer negra que está de pie a su lado. Un trasero grande y mullido. Abundante en todas las direcciones. El tipo de paisaje urbano que le gusta a Pavel es el que se ve en las postales de Jamaica que tiene colgadas junto a su cama. Casas bajas de madera pintadas de colores y con gente sentada en una especie de sillas de jardín delante de las puertas abiertas. Colores urbanísticos que le hacen pensar en loros y otras especies de pájaros tropicales.

Mujeres negras en minishorts paseando entre los hombres con cierta actitud chulesca. El hecho de que los hombres jamaicanos de sus postales no presten una atención especial a las mujeres negras que pasean en minishorts despierta en la mente de Pavel la sospecha de que las mujeres negras en minishorts son una especie lo bastante abundante en Jamaica como para no constituir un bien preciado. Como para que no resulte descabellado imaginar escenas nocturnas protagonizadas por Pavel y por una mujer negra de culo abundante palpándose junto a la chimenea. En el caso de que haya chimeneas en Jamaica. Pavel no está seguro. En las postales no hay indicio de ello. Se lleva una mano a las rastas cada vez más satisfactorias en gesto coqueto. Sí está seguro sobre las palmeras. Hay palmeras en prácticamente todas las postales de Jamaica que tiene en la habitación. Las palmeras son una de las razones principales de que a Pavel le guste venir al atardecer a la Rambla del Raval y las zonas cercanas al mar. Las palmeras y las mujeres negras. Otra imagen de Jamaica que a menudo le viene a la cabeza sin saber muy bien por qué es la imagen de sí mismo debajo de una cascada en un entorno selvático. Una de esas cascadas pequeñas que a menudo aparecen en anuncios televisivos de jabón. En la imagen, él

está debajo del agua cristalina de la cascada con los ojos cerrados y bebiendo agua de la concha de un molusco vagamente espiral. Resulta imposible saber de dónde procede la imagen.

La mujer negra del trasero abundante camina hasta la máquina de discos con el hombre negro que la acompaña y los dos se ponen a hojear el sistema de selección de discos. Una parte importante de la clientela del bar de la Rambla del Raval donde está Pavel es gente negra. Pavel coge el paquete en forma de corbata que hay sobre la barra junto al libro de bolsillo en ruso y se pone a deshacer el envoltorio de papel de regalo con dibujos navideños. El mismo papel de regalo en que todos los años le llegan los regalos de Navidad de su hermana. No parece que a su hermana se le dé demasiado bien hacer paquetes para regalos. El papel siempre está arrugado y abollado y los trozos de cinta adhesiva son irregulares y están en los sitios donde no deberían estar. El libro que está leyendo Pavel es una de esas novelas pornográficas en ruso que venden en la librería rusa del vecindario. En ediciones de bolsillo con manchas no del todo agradables en la parte de las páginas de la que se estira para pasar las páginas. No está claro cómo consigue su hermana el mismo papel de envoltorio todos los años. Con muñecos de nieve dibujados y bastones de colores y una especie de duendecillos navideños. La corbata de este año es granate y azul y tiene una especie de emblema heráldico y Pavel tarda un momento en darse cuenta de que es una corbata promocional del equipo de fútbol local. Suspira y se mete la corbata en el bolsillo de los pantalones de combate.

La mujer negra y su acompañante negro han puesto una canción en la máquina de discos y ahora están bailando frente a la misma. La escena le produce a Pavel una ligera punzada de dolor emocional. La gente negra posee una actitud y una credibilidad y una autenticidad especiales por el mero hecho de ser negros. Es injusto. Por no mencionar el tema del supuesto vigor sexual de los negros y sus dimensiones genitales. A Pavel no le gustaría tanto ser negro como encontrar una forma de desarrollar esa misma credibilidad. Ser aceptado de una forma que le hiciera sentir como deben de sentirse los verdaderos rastafaris, por ejemplo. En cambio, Pavel es exageradamente alto y muy rubio y desgarrado y aunque tiene veintinueve años no ha conseguido que se le vayan los granos de las mejillas y de la zona del cuello donde se afeita. Cuando viva en Jamaica, ya lo ha decidido, se dedicará al negocio musical. Fundará su propia discoteca y llevará unas rastas muy largas y organizará fiestas en la playa que le otorgarán la credibilidad que necesita.

Pavel nota antes que nada el olor. Antes incluso de darse cuenta de que las caras negras que lo rodean están mirando con suspicacia algo situado justo detrás de él. Antes de notar la mano grande y peluda que se posa sobre su hombro como un pájaro de mal agüero grande y peludo. Un olor a grasa industrial y a taller mecánico abandonado donde solamente queda el olor a grasa. El olor a grasa inconfundible de Leon.

—Bonita corbata —dice en ruso la voz atiplada de Leon. Pavel se gira para encontrarse con la cabeza grande y reluciente y morfológicamente parecida a un obús de su compatriota. Leon señala con la cabeza la corbata del equipo local de fútbol que le sobresale a Pavel del bolsillo—. No se puede decir que quede muy bien con el resto de tu indumentaria. Pero qué demonios... —Se encoge de hombros—. Es un principio, supongo.

Pavel se termina de un trago el vaso corto de whisky con hielo que tiene en la barra junto a la novela pornográfica y el envoltorio con dibujos navideños. Le hace una señal al camarero negro y señala el vaso vacío con el dedo. Lo que en el lenguaje internacional de signos indica el rellenamiento de vasos vacíos. Algunas caras de individuos negros parecen estar mirando ahora de reojo a los dos hombres blancos de la barra. Pavel decide que la mejor manera de lidiar con el problema de cabeza de obús que acaba de aparecer a su lado es fingir en la medida de lo posible que el problema no existe. La mujer negra del culo abundante está bailando de esa forma en que baila mucha gente negra: llevando a cabo sutiles bamboleos de la pelvis y del cuello mientras habla con su compañero masculino e introduce monedas en la ranura de la máquina de discos. Una forma de bailar que no es exactamente bailar. Que más bien forma parte de la disposición general.

—A veces me parece que me consideras un tipo aburrido. —Leon también está mirando el trasero abundante de la mujer negra, pero con una expresión distinta. Con la misma expresión con que un pasajero sentado en un aeropuerto mira el póster que ha estado viendo durante dos horas como resultado de un retraso de dos horas—. Tal vez porque soy padre de familia y tengo mi propio negocio y siempre nos vemos por cuestiones de trabajo. Es un prejuicio comprensible, supongo. Pero equivocado. —Leon enseña una dentadura grande y de un color blanco tirando a grisáceo—. La verdad es que me gusta mucho la música y el baile y esas cosas. Yo bailaba bastante cuando era joven. En Rusia. En mi época había muy buenas bandas de jazz y de *rock and roll*. Con músicos rusos muy buenos. También me gustan las películas. Sobre todo las de *Alien*. ¿Conoces las películas de *Alien*? Supongo que todo el mundo las conoce. Las de la bollera esa y el bicho que sale de la tripa de la gente. Lo cual me lleva a la cuestión que me trae aquí a hablar contigo. En caso de que pensaras que yo simplemente pasaba por aquí y nos hemos encontrado por casualidad. La verdad es que este no es mi tipo de ambiente. —Mira a su alrededor con esa expresión que hace pensar en pasajeros aéreos durante una demora excesiva—. Y lo que me trae aquí es dejarte muy claro que yo soy un tipo sociable. Un amigo de sus amigos. Más que eso. Una persona perfectamente dispuesta a hacerse amiga de la gente que todavía no son sus amigos. O de los que ya no son sus amigos.

Pavel coge su segundo vaso de whisky con hielo de la barra y lo agita de forma vagamente inconsciente. Haciendo tintinear el hielo contra el vaso. La mujer negra del trasero abundante se ha sentado en una silla. Expandiendo la abundancia de su

trasero. Expandiendo su trasero en un movimiento parecido a un desbordamiento que amenaza con hacer estallar sus pantalones ajustados rojos.

—Dime lo que quieres saber. —Pavel se levanta con gesto fatigado de su taburete de la barra. La corbata azulgrana le cuelga del bolsillo de una forma que no sugiere exactamente una cola—. Y te diré si te lo puedo decir.

—Me han hablado de ese tipo nuevo. —Leon eleva sus cejas por la superficie frontal del obús—. Esa especie de anticuario. Parece ser que es el hijo de alguien que fue importante aquí hace muchos años. Y me han contado lo de esos cuadritos estúpidos que valen tanto dinero para cierta gente. Sé que no están donde la gente cree que están, por ejemplo. Y tengo cierta idea de dónde podrían estar. Y también creo que todo esto tiene que ver con el hecho de que tú entraras forzando la puerta de la casa de mi amigo. Así pues, lo que quiero saber es: todo. Adónde van esos cuadritos y cuándo. Para estar ahí esperando. Con el Pato Donald y el resto de los chicos.

—A ese anticuario solamente lo he visto un par de veces. —Pavel camina hasta la pantalla de cristal sucio de la máquina de discos y se pone a pulsar los botones del panel—. En el local de Bocanegra. Y de los cuadros no sé nada.

Leon planta un dedo enorme y peludo sobre la pantalla sucia de la máquina de discos. Lo que señala el dedo es la cara de un tipo negro con la boca muy abierta en una especie de mueca de entusiasmo químico. Con los ojos inverosímilmente abiertos. Con una mueca general de entusiasmo químico que resulta vagamente terrorífica. Un entusiasmo que rebasa todos los límites conocidos de lo que es sano o natural.

—Louis Armstrong. —Leon da varios golpecitos con la yema del dedo sobre la pantalla de cristal. Sobre la cara del tipo químicamente entusiasmado—. Un genio de la música moderna. Puede costar un poco acostumbrarse a su voz. No es como las voces rusas. Las voces rusas son potentes. Varoniles y todo eso —dice con su voz atiplada—. Ya sabes de qué te hablo. Pero, eh, Armstrong vino a Rusia. Como embajador cultural americano. E hizo disfrutar a mucha gente. —Asiente con una expresión satisfecha en su cabeza de obús.

Introduce una moneda en la máquina y pulsa un código numérico en el panel. Se oye el zumbido ligeramente parecido a la cadena de una bicicleta que se oye en todas las máquinas de discos del mundo cuando la máquina está cambiando un disco por otro. Pavel sigue haciendo tintinear ociosamente el hielo de su vaso. Al cabo de un momento se oyen los primeros compases de un tema de Louis Armstrong.

—Por supuesto, lo que la gente dice que significa la música de Louis Armstrong es estúpido —dice Leon. Mientras mueve la cabeza al ritmo de la canción. Su mecimiento de mano y cabeza es ese mecimiento estereotípico que la gente asocia con amantes de la música clásica que escuchan música de cámara en el salón de fumar de sus casas—. Todos esos rollos de la alegría de estar vivo y de ver amanecer un nuevo día. Chorradas. Nada de pajaritos en el cielo y alegría de vivir. Solamente

hay que salir a la calle. No veo muchos cielos azules ni pajaritos cantando ni gente feliz retozando. La verdad es que hace mal tiempo y los pajaritos se han muerto. No, cariño. Lo que Louis Armstrong nos dice, como el gran genio moderno que es —hace una pausa obviamente destinada a crear cierta sensación de misterio o de paradoja a punto de ser revelada—, es que el mundo es maravilloso porque el mundo es horrible. Ahí está su gran sabiduría. Los chiflados que entran con una bomba en un autobús y matan a todos los pasajeros. O la ola gigante esa que salió en todos los telediarios. Esas son las cosas que hacen que el mundo sea maravilloso. —Asiente y se dedica a trazar arabescos de grasa cutánea con la yema del dedo índice peludo y vagamente fálico sobre la pantalla de cristal sucio de la máquina de discos—. Un mundo como nosotros. Para nosotros. Mira a la cara de Pavel—. ¿No es maravilloso?

La suave brisa invernal que entra por las puertas abiertas del bar de la Rambla del Raval trae un olor portuario barcelonés característico que es una mezcla de olor a cloaca desbordada, a pescado podrido y a micciones callejeras. Nadie en el bar ni en sus alrededores parece ser consciente del olor portuario. Pavel se ha terminado su segundo vaso de whisky con hielo.

—Soy cerrajero —dice, mirando al camarero y señalando nuevamente su vaso vacío—. Bocanegra solamente me usa para abrir puertas. O para entrar en sitios donde no se puede entrar. ¿Qué te hace pensar que me explican sus planes a mí?

Leon se lo queda mirando un momento largo. Su expresión ya no recuerda a pasajeros perturbados por retrasos aéreos inconvenientes.

—Puede que Bocanegra esté muy contento con su nuevo amiguito el anticuario —dice—. Pero las cosas no funcionan así. No se puede meter un pez nuevo en la pecera sin que los demás peces se pongan nerviosos. Sin que haya olas. Esta ciudad es mi pecera. Mía y de la gente a la que represento —añade, y aunque no se mueve de donde está ni se dirige a la salida ni hace ningún gesto que sugiera que está a punto de marcharse, algo en su tono o en su disposición general parece indicar que de alguna forma ya no se encuentra dentro del bar en compañía de Pavel—. Y se lo vamos a tener que explicar. Con tu ayuda, claro.

Pavel se bebe de un trago su tercer whisky y trata de imaginar las implicaciones de la aparición de Leon en su bar favorito de la Rambla del Raval. Las implicaciones del hecho de que sepa dónde encontrarlo y de que también sepa cosas como lo de los cuadros. Sobre todo las implicaciones en relación con su propia integridad física. Leon, por su parte, ya no se encuentra en el bar.

EL SONÁMBULO EN LA AMBULANCIA

El paisaje crepuscular es genuinamente parisino. Un paisaje de palacios y mansiones dieciochescas en un popular distrito burgués y judío del centro de la ciudad. Apenas un par de kilómetros por encima del río. El paisaje es parisino de esa forma en que son parisinos determinados rebosaderos de alcantarillas atascados. Determinados perros que hacen sus necesidades en medio de una acera. Determinadas mujeres que chillan en la puerta de un café. El sol acaba de ponerse por encima de los tejados parecidos a bosques de chimeneas dieciochescas. Iris Gonzalvo se estremece dentro de su abrigo de cuero rojo de Adelina André y da una calada a su cigarrillo inglés sin dejar de mirar a través de la verja de acero forjado del palacio del señor Travers. En la acera, al otro lado de la verja, un perro hace sus necesidades en medio de la acera. Con la mirada perdida en el infinito. El perro está sujeto con una correa a la mano de una mujer que tiene dos perros más sujetos de sendas correas y que está peleándose a gritos con alguien frente a la puerta de un café. A Iris Gonzalvo no le gustan los gritos en francés. Le hacen pensar en Eric Yanel. Da una calada a su cigarrillo y suelta una nube blanca y espesa donde se mezclan el vapor de su respiración con el humo de su cigarrillo. A través de la nube puede ver la cara horriblemente francesa del guardia de la puerta. Haciéndose más y más nítida a medida que el humo se disipa.

—Este es su pase. —El guardia de cara horriblemente francesa le tiende una tarjeta magnética a Iris Gonzalvo a través de la ventanilla de la caseta de vigilancia. Su cara horriblemente francesa consiste básicamente en una nariz en forma de pimienta encastada en una esponja pálida y agujereada por la viruela—. Pero ese tiene que quedarse aquí. —Hace una señal con la cabeza en dirección a Aníbal Manta, que espera con los brazos enormes cruzados sobre el pecho a pocos metros por detrás de Iris—. Son las normas. El pase tiene que enseñarlo cada vez que alguien se lo pida.

Iris recoge su pase y se lo mete en el bolso. Después mira en la dirección que le está señalando el guardia de la caseta. La caseta de vigilancia está en la entrada del patio interior del palacio parisino del señor Travers, al final de una entrada para coches porticada y separada de la calle por una reja de acero forjado. La entrada principal del palacio está al otro extremo del patio, más allá de una fuente ornamental. Y más allá de unas arcadas bajo las cuales hay alguien que le está sacando brillo a la carrocería de un Rolls Royce. Un segundo guardia está haciéndole una señal con la mano a Iris Gonzalvo desde las escaleras de la entrada principal. Aunque está demasiado lejos para verlo con claridad, a Iris le da la impresión de que el segundo guardia lleva una metralleta.

Iris mira a Aníbal Manta, que tiene la cara cubierta de sudor pese a que solamente lleva una gabardina por encima del traje. El hecho de que Aníbal Manta sude tanto en situaciones que no son térmicamente extremas puede deberse a su masa corporal enorme. Manta le devuelve una mirada funesta. Con una mueca funesta en su cara roja y sudorosa.

—Dice que vas a tener que quedarte aquí. —Ella da una calada pensativa a su cigarrillo desde detrás de sus gafas oscuras. Al otro lado de las rejas, la mujer que lleva tres perros sigue peleándose a gritos con alguien invisible en la puerta del café. Uno de sus perros ha empezado a ladrar furioso en dirección a otro perro que pasa por la acera sujeto con una correa a su dueño. El ruido de los ladridos se superpone a los ruidos parisinos de gritos, ladridos y bocinas de coches del crepúsculo invernal—. Llama a Barcelona por la línea de satélite. Diles que quiero al señor Giraut listo al lado del teléfono. Es posible que haya que autorizar movimientos bancarios y esas cosas.

El segundo guardia acompaña a Iris Gonzalvo por la entrada principal y hasta el vestíbulo del palacio. Su bolso y su abrigo rojo de Adelina André pasan por una de esas cintas transportadoras con detector de metales que hay en los aeropuertos. Luego una mujer con el mismo uniforme de la empresa de vigilancia le pasa un detector de metales portátil por los recovecos del cuerpo y le palpa las partes donde podría tener algo escondido. Mientras dura este proceso, Iris es vagamente consciente de que su imagen es visible desde ángulos distintos en los distintos monitores del banco de monitores que uno de los guardias está mirando fijamente.

—La señorita DeMink, supongo —dice una voz a espaldas de Iris Gonzalvo mientras ella se está volviendo a poner el abrigo y recuperando los efectos personales que ya han salido por el otro lado del detector de metales.

Iris Gonzalvo se gira. Hay dos hombres al pie de una escalera en espiral. No está segura de cuánto tiempo llevan ahí. Podrían haber llegado ahora mismo o podrían haber estado ahí todo el tiempo. La escalinata en espiral es de mármol y tiene una balaustrada gigante y está cubierta de una alfombra de color granate. Iris no tiene ni idea de cuál de los dos hombres se ha dirigido a ella. Los dos están simplemente allí, mirándola. Lo más extraño, sin embargo, no es el hecho de que estén plantados sin hacer nada al pie de la escalera ni de que tal vez lleven allí todo el tiempo observándola. Lo más extraño de los dos hombres es que, pese a no ser idénticos, producen exactamente la misma sensación. Los dos son rubios y sufren distintos grados de alopecia. Los dos tienen pecas en la cara en mayor o menor medida. Ninguno lleva gafas. Los dos podrían tener cualquier edad entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco. Los dos se parecen al tipo ese que sale en C.S.I. El tipo ese pelirrojo que resuelve todos los casos de la brigada de investigación criminal. Tampoco es que se parezcan mucho a él. Simplemente producen la misma sensación.

—¿El señor Travers? —dice ella, mirándolos alternativamente a los dos.

Los dos hombres rubios y pecosos y alopécicos sonríen al mismo tiempo. Algo en sus sonrisas simultáneas le dice a Iris que están acostumbrados a producir en la gente el mismo efecto de perplejidad. Casi como si su aparición silenciosa y vagamente teatral al pie de la escalinata de mármol hubiera sido meticulosamente escenificada a tal efecto. Como si fuera alguna clase de truco teatral que están acostumbrados a llevar a cabo.

—Somos el señor Fleck y el señor Downey —dice uno de ellos, sin especificar cuál de los dos es el que está hablando. De alguna forma, a Iris Gonzalvo le parece que el hecho de que los dos hombres no estén emparentados hace que la situación sea todavía más extraña—. Se puede decir que somos las piernas del señor Travers. Nuestro jefe tiene dificultades para viajar. Así que nosotros viajamos por él. Aunque esta noche nuestra tarea es hacer que usted se sienta lo más cómoda posible.

Iris Gonzalvo le da la espalda a uno de los hombres rubios y alopécicos para que este le ayude a quitarse otra vez el abrigo. Después le entrega su bolso.

—¿El señor Travers no puede andar? —dice, cogiendo el cigarrillo de la pitillera de oro que le está ofreciendo el otro—. ¿Es muy mayor? ¿Tal vez va en silla de ruedas?

Uno de los hombres le enciende el cigarrillo. Ella levanta la barbilla y suelta una bocanada de humo en dirección al techo del vestíbulo. En el techo hay pintada una escena con algo que parecen dioses egipcios. Esos dioses egipcios con bastones raros y cabezas de animales.

—Los problemas del señor Travers son más espirituales. —El que acaba de hablar vuelve a sonreír—. El señor Travers es un hombre muy espiritual. Enseguida podrá comprobarlo.

—Sería más exacto decir que el señor Travers tiene problemas para salir de casa —dice el otro—. Sus problemas espirituales se agravan cuando sale de casa. De cualquiera de sus casas.

—Por favor, síganos —dice el primero—. El señor Travers está muy entusiasmado ante la posibilidad de adquirir las maravillosas piezas que tienen ustedes. Todos estamos entusiasmados. Las fotografías que mandaron eran maravillosas.

Iris Gonzalvo pone los ojos en blanco detrás de sus gafas de sol y sigue a los dos hombres escaleras arriba. Hasta la forma en que suben las escaleras parece extrañamente sincronizada. Apoyando sus manos respectivas con suavidad en la balaustrada, uno de ellos dos o tres peldaños por delante del otro. Los dos echando vistazos sonrientes por encima del hombro de esos que se echan para hacer que los invitados se sientan lo más cómodos posible. En el último rellano de la escalinata hay la estatua más grande que Iris Gonzalvo ha visto en su vida. Representa una cuadriga romana a tamaño real con un auriga a las riendas y un grupo de caballos encabritados. Tanto el auriga como los caballos están todos rotos y les faltan trozos de esa forma en

que les faltan trozos a las estatuas antiguas. Uno de los dos hombres señala unas puertas dobles de color negro. Con una especie de enredaderas talladas en la madera.

—Las puertas son de alabastro etrusco —explica el señor Fleck, o tal vez el señor Downey—. Siglo primero antes de Cristo. El señor Travers la recibirá ahora en su salón de fumar. Y, por favor —le pone a Iris una mano suavemente en el brazo—, recuerde lo que le hemos dicho sobre sus problemas espirituales. Tenga cuidado ahí dentro. La condición especial del señor Travers lo hace una persona muy delicada.

Iris Gonzalvo aplasta su cigarrillo en un cenicero de pie. Por fin pasa por entre los dos hombres y empuja las puertas.

Lo primero que le llama la atención al otro lado es el olor. Un olor a algo parecido al incienso que inunda la sala y que dificulta el mero hecho de respirar. Iris Gonzalvo se lleva una mano a la boca y espera a que los ojos se le acostumbren a la penumbra. Parece estar en un salón tan grande que el final se pierde a lo lejos en la penumbra. La luz procede en su mayor parte de una lamparilla de lectura cubierta con un paño y de la chimenea que arde en un rincón alejado de la sala. El señor Travers, si es que está allí, debe de estar escondiéndose en la penumbra. Iris se pregunta si todo el mundo en ese lugar es aficionado a las entradas teatrales. A las apariciones por sorpresa en escenarios de novela gótica. Se queda un momento de pie junto a la puerta, casi esperando a que una sección de pared se ponga a girar y al otro lado aparezca el dueño de la casa con un libro abierto en las manos y una sonrisa maliciosa. Después se encoge de hombros. Si quieren jugar al escondite, ella no tiene ningún problema.

—¿Señor Travers? —le pregunta a la oscuridad. Intentando no darle a su voz ese tono vagamente cantarín que usan los niños cuando juegan al escondite y llaman a sus amigos escondidos.

Pasa junto a una mesa más grande que ninguna mesa que haya visto antes y cubierta por lo que parece ser el diorama de una batalla de la Segunda Guerra Mundial. Pasa por entre librerías atiborradas de ediciones antiguas. Por entre animales disecados. Por entre caballitos de madera y otros juguetes de anticuario. Por entre vitrinas llenas de monedas antiguas y carteles del siglo XIX. Por fin llega a la chimenea. En esa parte del salón las sombras de los objetos ejecutan un baile nervioso por las paredes. Como animales nerviosos. Las llamas de la chimenea son altas. Alguien las ha avivado hace pocos minutos. Iris Gonzalvo se queda mirando la alfombra que hay frente a la chimenea y los tres gatos que duermen enroscados sobre la misma, unidos en una extraña bola peluda sin cabezas ni colas visibles. Después su mirada se desplaza hacia las zapatillas que hay junto a los gatos, sube por las piernas que van hasta el sillón de delante de la chimenea y por fin se detiene en el hombre que hay sentado en el sillón y que la está mirando con expresión calculadora.

—Demonios —dice el hombre del sillón con acento inglés—. Es usted toda una belleza. No había mujeres como usted la última vez que estuve en España. Había

mujeres guapas, sí. —Arruga los labios en una mueca dubitativa—. Pero nada como usted, se lo aseguro.

Iris Gonzalvo hace un gesto parecido a una sonrisa. Con los brazos cruzados sobre el pecho. Uno de los gatos se ha despertado y la está mirando con esa cara con que los gatos miran a un recién llegado. Sin curiosidad. Sin miedo. Sin simpatía. Sin nada que pueda asociarse con ninguna emoción gatuna de ninguna clase. El hombre del sillón es gordo y tiene el pelo largo y rizado y una cara inflada y de aspecto fatigado.

—Por favor, siéntese. —El señor Travers señala un sillón que hay delante del suyo—. Póngase cómoda. Supongo que esos rufianes de Fleck y Downey no le han servido una copa. —Se levanta del sillón pesadamente. Una cascada de algo parecido a migas de comida cae de la pechera de su jersey de lana deshilachado—. Ya le deben de haber dicho que no salgo mucho.

Iris Gonzalvo aparta un montón de libros y cajas que hay encima del sillón. La penumbra de la sala unida a sus gañís de sol hace que su campo visual sea una especie de composición abstracta de manchas tenues. Por fin se sienta y coge la copa que le tiende Travers. Da un sorbo educado. Oporto. Sea quien sea el chiflado que tiene delante, continúa actuando como si se hubiera escapado de una película de vampiros.

—Hacía muchísimo tiempo que no tenía noticias de Arnold Layne. —Travers se desploma una vez más en el sillón de delante de la chimenea—. Casi treinta años. Demonios, usted no había nacido, se lo aseguro. Por entonces todo el mundo que estaba metido en serio en el coleccionismo de piezas raras había oído hablar de Arnold Layne Experts. O de aquel club de nombre gracioso. ¿Cómo se llamaba? ¿«No Nos Gusta el Sol»? —Su cara inflada se retuerce en una especie de mueca que podría indicar nostalgia. Algo en su pelo largo y rizado y sucio le da cierto aspecto de travestido decadente—. ¿Tiene alguna idea de que le estoy hablando, señorita DeMink? ¿Le resulta familiar alguno de estos nombres?

Iris Gonzalvo empieza a sentir un deseo acuciante de encender otro cigarrillo. Al fin y al cabo, uno de los tipos rubios ha dicho que ese era el salón de fumar. También empieza a tener calor por culpa del abrigo y la cercanía de la chimenea.

—No estoy autorizada a revelar los nombres de la gente a la que represento —dice por fin—. Ya lo sabe usted.

El señor Travers asiente. Se inclina un poco hacia delante y se pone a rebuscar en un montón de papeles que hay en la mesilla que tiene junto al sillón. La sombra de su cuerpo y de su brazo bailan nerviosas junto con el resto de sombras de la sala. Al ritmo de las llamas altas. Por fin Travers saca una tarjeta de visita del montón de papeles. Se la queda mirando con el ceño fruncido.

—Penny —lee—. ¿De qué es diminutivo su nombre, señorita DeMink?

Iris Gonzalvo se queda pensando un momento.

—De Penélope —dice por fin.

—Penélope. —Travers sonrío con expresión afable—. Qué adecuado. Supongo que se debe de sentir usted metida en alguna clase de lugar oscuro y frío. Deseosa de salir a la luz. —Deja escapar una especie de cacareo que Iris supone que es una risa afable—. Sé que le debe de parecer a usted que soy un chiflado a quien le salen los millones por el culo mientras me voy pudriendo poco a poco en este sitio horrible. —Hace un gesto a su alrededor—. No sea demasiado dura conmigo. Mi enfermedad me sorprendió un día en medio de la calle. No se puede imaginar cómo fue. Y ahora que ya no puedo salir, me gusta tener todas mis cosas a mi alcance. Es por eso por lo que todo está tan lleno. Y tendría que ver usted alguna de las habitaciones de arriba. —Señala el techo. Cacarea—. Pero no crea que yo pedí convertirme en un ermitaño. Me encantaba pasear por Londres. Navegar. Visitar todas esas ciudades maravillosas que hay en el mundo.

Iris Gonzalvo deja que su mirada deambule por la sala. O mejor dicho, por aquellos lugares de la sala más cercanos. Los únicos que puede realmente distinguir a través de sus gafas de sol. Su mirada se detiene por fin en un cuadro que hay encima de la chimenea.

—Veo que no solamente es usted una belleza. —Travers mira en la dirección en que está mirando ella—. También tiene buen gusto. La verdad es que ese cuadro es una de las piezas más importantes de mi colección. *El sonámbulo en la ambulancia*. Apuesto a que está usted familiarizada con la obra de su autor. Esto de aquí es una copia, por supuesto. Casi todo lo que ve en esta casa son copias extraordinarias. Vivo en un palacio de falsificaciones, ¿no le parece gracioso? —Da un sorbo de una copa idéntica a la de ella. Se encoge de hombros—. Por supuesto, si se supiera que tengo el original, tendría a la Interpol entrando por las ventanas dentro de diez minutos.

Iris Gonzalvo se concentra en mirar el cuadro. Por lo que ella puede ver, sin embargo, *El sonámbulo en la ambulancia* no es más que una composición abstracta de manchas de colores. Algunas de las manchas resultan ligeramente estroboscópicas, como si tuvieran algo que ver con la luz estroboscópica de una ambulancia. También hay una mancha en el centro que podría ser antropomórfica, como la silueta de alguien tendido, pero no hay forma de saberlo con certeza con las gafas de sol puestas.

Iris Gonzalvo hurga en su bolso. Saca un teléfono conectado a una línea de comunicación por satélite.

—Tengo preparada una línea segura —dice—. Imposible de rastrear. Y encriptada, por supuesto. Es tecnología nueva. Creo que la usaron por primera vez en la guerra de Irak. Así que podemos empezar cuando usted quiera. Mis jefes están listos al otro lado de la línea.

Travers se la queda mirando con cara divertida. Su cara está hinchada de la misma manera que esas caras de gente con problemas hepáticos graves. Con problemas de alcoholismo y de retención de líquidos. Sus ojos están tan hinchados que parece que alguien le haya estado golpeando en los mismos. Por un momento Iris

Gonzalvo tiene la visión de los dos chiflados rubios y alopécicos pegando a su jefe en los ojos. Y sentándolo en el sillón frente a los gatos y con una copa de oporto en la mano para darle aspecto de vampiro en una película de vampiros.

—Me temo que hoy no va a haber ninguna negociación. —El tono de Travers es afable y ligeramente paternalista—. Lamento decepcionarla. Pero tiene que ser paciente conmigo. Todo irá bien. Pero tendrá que aguantar mis particularidades. Supongo que ya le han dicho que soy un hombre particular. ¿Cree usted que voy a hacer negocios con usted y dejarla ir sin más? —Se la queda mirando y por un momento muy breve hay un destello de sinceridad en su mirada—. ¿A una mujer como usted? Piense que no puedo salir a la calle. Mis placeres son muy limitados. El mero hecho de conversar con usted me llena de una calidez que no he sentido en años. Además —se encoge de hombros—, tengo muchas cosas que explicarle. ¿No le parece?

—¿Explicarme? —Iris Gonzalvo saca su paquete de cigarrillos ingleses del bolso con gesto distraído. Se pone uno entre los labios—. ¿Qué tiene usted que explicarme?

Travers la mira con cara de asombro.

—¿Que qué tengo que explicarle? —dice—. Pues todo. El sentido de todo. La razón de que yo esté aquí y también la razón de que usted esté aquí. ¿O es que no se ha dado cuenta de que forma usted parte de una historia en la que se ha visto envuelta por puro azar? ¿Y no es verdad que se ha sentido siempre apartada de quién usted quiere ser realmente? ¿Y no quiere conocer el principio de todo? —Levanta su copa de oporto en dirección a ella, a modo de brindis silencioso—. Yo tengo las respuestas. Soy el personaje de esta historia que conoce las respuestas.

Iris Gonzalvo se queda mirando a su interlocutor con cara pensativa mientras él le enciende el cigarrillo. Delante de ellos, frente al fuego, uno de los gatos estira todo el cuerpo para desperezarse y abre la boca en un bostezo inverosímilmente grande.

EN LAS PUERTAS DE LA LEY

El taxi se detiene delante de una explanada de cemento rodeada de torres de apartamentos de protección oficial. El cielo es de color rosa. De ese tono rosa gélido de ciertos amaneceres de invierno. Las torres de apartamentos de protección oficial se parecen morfológicamente a losas gigantes o a monolitos alienígenas de películas proféticas. Las clásicas torres de apartamentos de protección oficial de todos los suburbios de clase obrera de todas las ciudades del mundo. Desde un punto de vista pictórico, la particularidad de la escena reside en el hecho de que las losas gigantes o monolitos alienígenas de los bloques de apartamentos de protección oficial adquieren un tono genuinamente rosado bajo la primera luz del día.

Al cabo de un momento se abre la portezuela trasera del taxi. La explanada de cemento tiene canastas de baloncesto y *graffiti* multicolores en todas sus superficies verticales de cemento. El aire huele a basura quemada. A perros asilvestrados. A subculturas urbanas en ebullición. Una pierna enfundada en un chándal blanquiazul marca Umbro sale del taxi, luego otra pierna idéntica. Por fin emerge la mitad superior de un cuerpo que guarda ciertos parecidos estructurales y generales con la persona antes conocida como Juan de la Cruz Saudade. Su cara tiene un claro matiz verdoso. Sus ojos son dos manchas rojas de capilares estallados. El pelo grasiento y aplastado en un costado allí donde su cabeza ha estado apoyada en el asiento trasero tapizado del taxi. Una colilla todavía humeando entre los dedos amarillos. Saudade eructa y cierra la puerta con una zapatilla deportiva sucia de algún líquido marrón no identificado. El taxista se aleja gritando algo ininteligible por la ventanilla abierta. Saudade permanece un momento contemplando con el corazón henchido de orgullo el *skyline* alienígena de su barrio natal de la periferia antes de percibir el olor a quemado procedente de sus falanges socarradas por la brasa del cigarrillo. Tira la colilla con expresión distraída. En momentos como este es cuando Juan de la Cruz Saudade, de veintiséis años, percibe con mayor intensidad la belleza intrínseca de la vida.

Además de tener explanadas de cemento con canastas de baloncesto y torres de apartamentos de protección oficial, el barrio de la periferia barcelonesa del que Saudade es vecino tiene muchas escaleras y pendientes abruptas iluminadas a esta hora del amanecer por farolas parpadeantes. Aproximadamente dos de cada tres farolas dejaron de funcionar hace mucho tiempo. Saudade sube media docena de estas escaleras. Esquiva los globos llenos de agua y otros proyectiles que los vecinos afectados por el insomnio arrojan desde sus torres de protección oficial y se planta en una especie de plataforma elevada sobre el barrio que también hace las funciones de vía de acceso principal a su propio bloque de edificios de protección oficial. El

bloque de Saudade es un paralelepípedo bajo y achaparrado de hormigón roído por los elementos y con capacidad para más de quinientas almas. La forma de caminar de Saudade recuerda poderosamente a esas películas sobre cadáveres reanimados por infecciones procedentes del espacio exterior. A diferencia de la gente que ha sufrido algún tipo de lesión en las extremidades inferiores y camina arrastrando una pierna, de alguna forma, Saudade parece desplazarse arrastrando ambas piernas. Por fin dobla el último recodo cubierto de los *graffiti* tribales de las subculturas urbanas locales y llega al portal de su casa.

La sensación de bienestar y satisfacción general con la vida que experimenta en estos momentos Juan de la Cruz Saudade no tiene exactamente que ver con las sustancias químicas que ha tomado y que alteran su percepción de muchas cuestiones generales. Tampoco tienen que ver con la cercanía de su cama ni con la perspectiva de un asalto previo a los contenidos de la nevera. Su sensación de bienestar tiene más que ver con la convicción firme de ser un individuo lleno de cualidades humanas y dotado de un talento enorme para sacarle todo el partido posible a la vida y divertirse enormemente en el proceso.

Saudade orina sobre unas cajas de cartón que alguien ha amontonado junto a una hilera de contenedores municipales de basura. Orinar intensifica su sensación de placer. Después se sube al ascensor de su bloque de apartamentos y aprovecha los instantes frente al espejo cubierto de graffiti para recolocarse su chándal Umbro y pasarse una mano por el pelo con gesto distraído. Listo para reagruparse con su unidad familiar.

Al cabo de un minuto, Saudade ha probado todas las llaves de su manojito de llaves en la cerradura de su casa y ahora se dedica a contemplar alternativamente su juego de llaves, la puerta de su casa y los letreros que indican el piso y la puerta. Su perplejidad tiene una connotación claramente homérica. Vuelve a probar todas las llaves una detrás de otra y a pasar la yema del dedo por encima de una cerradura que de repente le parece bastante más nueva y reluciente que la cerradura de su casa que él recuerda. Por supuesto, no es consciente en absoluto de las connotaciones homéricas de su situación. Un dolor de cabeza tenue y palpitante se despierta en su sien derecha. Buena parte de sus sensaciones de satisfacción vital y optimismo global empiezan a disiparse mientras se dedica a alternar las pulsaciones del timbre con los puntapiés a la puerta propinados con su zapatilla derecha.

—Me debo de haber equivocado de llaves —les dice Saudade a las caras interrogativas de los vecinos que han abierto las puertas de su rellano—. Mi mujer se levanta tarde. Ja, ja.

En el ascensor de bajada a la calle, Saudade examina con cara pensativa un calcetín que hay en el suelo del ascensor. El calcetín le resulta vagamente familiar. O al menos lo bastante como para saber que en algún momento fue blanco. La cadena de implicaciones del episodio que parece estar protagonizando es demasiado terrible para considerarla siquiera como una posibilidad. Sale del portal del bloque de

apartamentos y levanta la vista hacia el balcón de su casa. El árbol de Navidad de material plástico continúa en el mismo lugar de su balcón donde lo dejó hace dos años. Después se da la vuelta para mirar las cajas rociadas de orina que hay junto a los contenedores. De una de las cajas sobresale una manga de camiseta blanquiazul con el logotipo en forma de rombo de la marca Umbro. En la mente de Saudade se despiertan ciertas sospechas. A lo lejos se oyen perros ladrando y el chirrido de las persianas de los comercios locales al abrirse. Saudade se agacha y coge un trozo de baldosa partida del embaldosado del suelo. Retrocede un par de pasos y arroja el pedazo de baldosa en dirección a su propio balcón. El pedazo de baldosa rompe el cristal de las puertas de cristal de su balcón con un ruido que produce ecos en el aire de primera hora de la mañana.

—¿Dónde está el otro calcetín? —le grita Saudade a la cara de su mujer cuando esta aparece en el balcón. Sosteniendo en alto el calcetín originalmente blanco que ha recogido en el ascensor—. ¿Qué has hecho con mis cosas?

—Tu hijo está llamando a la policía —contesta Matilde Saudade desde el balcón. Con la cara convertida en un torbellino de muecas ciliares de sorpresa—. Ahora voy a bajar las persianas.

Saudade contempla el calcetín que tiene en la mano con cara pensativa. Lo usa para secarse el sudor de la frente y vuelve a levantar la vista hacia el balcón. El ruido de persianas de comercio que chirrían al abrirse parece excesivo en relación a la cantidad y la proporción de comercios del vecindario.

—Me he pasado la noche trabajando en el almacén —dice Saudade con las manos colocadas a los lados de la boca, como hace la gente cuando intenta proyectar la voz a lo lejos. Olvidando tal vez que tiene un calcetín sucio en una mano—. Si no te lo crees, llama a quien quieras. Acuérdate de tus problemas de imaginación.

—He vendido nuestro anillo de bodas —dice la cara de Matilde Saudade, suspendida por encima de la barandilla del balcón. Con el pelo colgando a ambos lados de la cara. La perspectiva que tiene Saudade de la cara suspendida de su mujer desde la calle hace que le resulte al mismo tiempo familiar y extrañamente no familiar—. Para pagar la cerradura nueva. Vete a dormir a otro sitio, por favor.

Saudade se guarda el calcetín en el bolsillo del chándal y se sienta en el peldaño de entrada del portal. Su sensación de bienestar parece haberse desvanecido casi del todo. Una cosa que Saudade odia intensamente en este mundo son los problemas. Hasta este momento estaba bastante convencido de que había conseguido establecer una estrategia bastante satisfactoria en su vida que hacía que los problemas se desviarán bruscamente cuando se acercaban a él y se fueran a tocarle los cojones a los demás. Saudade no tiene nada contra los problemas que afectan a los demás. Ahora suspira. Se abraza las rodillas y tamborilea con los dedos sobre una de sus piernas. A lo lejos, más allá y por debajo de la plataforma elevada de hormigón que domina la mayor parte del barrio de torres de edificios, se oye un ruido nuevo que no es el chirrido de las persianas de los comercios ni los ladridos de los perros asilvestrados.

El cielo ha pasado del rosa a un púrpura suave y luego a un azul intenso que solamente se puede ver en los cielos profundamente invernales. El ruido que se oye a lo lejos es el ruido de las sirenas de los coches patrulla de policía. Definitivamente, Saudade empieza a sospechar que en su vida acaba de aparecer un problema.

—Yo también quiero que te vayas —dice la voz de Cristian Saudade desde algún punto situado por encima de la cabeza de su padre—. Nunca hablas conmigo. Y odio tu equipo de fútbol.

Saudade se acerca a las cajas rociadas de orina que hay junto a los contenedores municipales y abre la primera. Saca varias piezas de ropa. Muchas de ellas tienen aspecto de no haber sido lavadas en mucho tiempo. Un par de gafas oscuras de su época policial. Camisetas de recuerdo de incursiones en pueblos costeros dedicados abrumadoramente a la industria del ocio. Preservativos con sabor a varias frutas. Abre otra caja. Ropa. Películas en formato DVD. Las obras capitales de su colección de pornografía en DVD. Una por delante y otra por detrás 3. Edad legal... por poco: volúmenes 1 y 2. Violador anal 6. Vírgenes anales 2. Dos agentes de la policía autonómica aparecen en lo alto de las escaleras de la plataforma elevada. Saudade se mete varios DVD en los bolsillos del chándal. Dentro de las perneras del pantalón. Dentro de la chaqueta del chándal. Las películas en formato DVD que se mete dentro de la chaqueta del chándal se le amontonan a la altura del vientre y le confieren un aspecto extrañamente marsupial.

—Señor —dice la voz de un agente de la policía autonómica detrás de su espalda. Con ese tono amable y a la vez perentorio de los agentes de policía en situaciones de conflicto potencial—. Señor, levántese y ponga las manos en un sitio bien visible, por favor.

Saudade abre otra caja. Más películas en formato DVD. Preservativos de colores. Preservativos con muchos anillos de látex. Los pensamientos de Saudade incluyen diversas preguntas retóricas acerca de qué ha podido ir mal en su vida para provocar un giro tan injusto de los acontecimientos. Saca un *nunchaku* tradicional japonés de la caja y lo sostiene con expresión vagamente melancólica.

—Señor —dice la voz del policía detrás de su espalda—, será mejor que deje eso en el suelo, señor. Sin movimientos raros.

Saudade deja el *nunchaku* en el suelo y se pone de pie y se gira lentamente con los brazos en alto. Con el rabillo del ojo casi puede ver a su familia y a sus vecinos asomados a sus balcones respectivos. Obedeciendo a un gesto del policía que tiene delante apuntándole con su arma reglamentaria, se abre la cremallera de la parte superior del chándal de su club deportivo favorito. Una docena de películas en formato DVD caen entre sus pies.

TORSO HUMANO Y TENTÁCULOS DE PULPO

El gimnasio de la casa familiar de los Giraut en el Ampurdán es una estructura de cristal y vigas de acero anexa al cuerpo central de la casa estilo *art nouveau* con balcones de hierro forjado. Media docena de aparatos de gimnasia bordean la cristalera frontal con vistas a la escollera. También hay hombres en cuclillas y hombres agachados. Todos vestidos con trajes de ejecutivo. Hay un hombre trajeado subido a un taburete y palpando con un guante de látex el interior de la lámpara del techo. Otro hombre está sacando toallas de los armarios. Todos los hombres de la sala llevan guantes de látex. Excepto Fonseca. Fonseca no lleva guantes. Fonseca está de pie frente a la cristalera observando cómo la figura de Fanny Giraut se acerca por el sendero que viene de la escollera. Con el enorme sistema de venas arborescentes palpitando en sus sienes. Fumando un cigarrillo. Hay un hombre trajeado en cuclillas examinando la parte inferior de una máquina para ejercitar las piernas parecida a una de esas motocicletas sin ruedas que aparecen en las películas ambientadas en el futuro. Con el trasero apuntado al cielo del Ampurdán.

El nombre con que se conoce el sendero enlosado y meticulosamente bordeado de guijarros que viene de la escollera a la casa familiar ampurdanesa de los Giraut es: el Camino de la Playa.

Fonseca frunce el ceño. La figura de Fanny Giraut se ha detenido en medio del sendero de la playa y ahora está observando la escena del gimnasio a través de la cristalera. Con la máscara inexpresiva de su cara quirúrgicamente modificada. Lleva un turbante y la parte superior de un bañador de dos piezas y un pareo con estampados de fantasía que deja al descubierto sus piernas por debajo de la rodilla. El número de operaciones de extirpación de venas varicosas a las que se ha sometido Fanny Giraut hasta el momento es: ocho operaciones.

—Señor —dice uno de los hombres con traje de ejecutivo y guantes de látex detrás de la espalda de Fonseca—, es posible que tengamos que mover algunas de esas máquinas, señor. Para ver que hay debajo.

Para cualquier persona que conozca a Fonseca tanto en su faceta privada como en su ejercicio legal público resulta obvio que el sistema de venas arborescentes y palpitantes de sus sienes denota un grado de nerviosismo muy superior al nerviosismo normalmente derivado de situaciones de estrés profesional. El hombre que acaba de dirigirse a él tiene las dos manos enguantadas en alto igual que suelen tener las manos en alto los cirujanos cuando están a punto de llevar a cabo una operación.

Fanny Giraut se detiene frente a la cristalera del gimnasio y espera a que Fonseca le abra la puerta. Ninguno de los dos dice nada durante un momento.

—¿Quién es esta gente? —dice por fin Fanny. Sin que nada de lo que está pasando por su cabeza emerja en su fisionomía—. Fonseca, díles que se vayan. ¿Y qué haces fumando aquí dentro? Tira eso ahora mismo.

Varios de los hombres vestidos con trajes ejecutivos y guantes de látex están moviendo una máquina de ejercicio parecida al esqueleto de una canoa con remos para examinar las baldosas que hay debajo de la misma. Hay algo vagamente alarmante en la uniformidad de los trajes y del aspecto general de los hombres que van y vienen por el gimnasio. Fanny Giraut está plantada con los brazos cruzados en un extremo del gimnasio de su casa, sin mirar directamente a Fonseca ni tampoco a los hombres con traje.

—Me temo que eso no va a resultar fácil. —Fonseca apaga la brasa de su cigarrillo con las yemas de los dedos mojados en saliva y se mete la colilla apagada en un bolsillo de los pantalones—. Parece que ha pasado algo. Hay órdenes judiciales. Ha venido la policía científica. Tendríamos que ir al despacho a hablar, solamente usted y yo. —Casi es posible seguir con la vista el flujo y el reflujo de la sangre por los vasos sanguíneos inflamados de sus sienes arborescentes—. Ahora.

Un individuo en mangas de camisa con el palito de una piruleta sobresaliéndole de los labios y una expresión facial que denota principalmente satisfacción vital y alegría aparece en la escalera que comunica el gimnasio con el cuerpo central de la casa. Además del gimnasio, los añadidos estructurales de la casa incluyen un solarío con piscina en la antigua azotea, una sala de juegos en el sótano y el Salón de los Trofeos de Pesca en la segunda planta del cuerpo central de la casa. Con vistas a la escollera. La casa familiar de los Giraut en el Ampurdán está situada en el medio de una bahía en forma de herradura, con una enorme escollera ocupando su parte central y acantilados en sus extremos. El tipo en mangas de camisa se saca la piruleta de la boca. De uno de los bolsillos del pantalón le sobresale enigmáticamente una revista de automovilismo enrollada.

—No queremos molestarles para nada —dice el tipo en mangas de camisa. Sonriente. Señala al grupo formado por Fonseca y Fanny Giraut con el palito de su piruleta—. Ustedes sigan con su trabajo y nosotros seguiremos con el nuestro. Soy el comisario Farina, por cierto. No nos conocemos personalmente, pero se puede decir que yo sigo la carrera de usted. Soy un admirador suyo. —Hace un gesto amplio a su alrededor. En dirección a la docena de hombres trajeados con guantes de látex que van de un lado para otro vaciando armarios y moviendo muebles—. Y me encanta su casa, por supuesto. No nos presten atención. Terminaremos pronto, quizá.

Fonseca se saca otro cigarrillo del paquete que lleva en el bolsillo y se lo pone en los labios y lo deja ahí. Sin encenderlo. Varios de los hombres trajeados parecen estar chupando caramelos o masticando chicle. No está claro si esta coincidencia es fruto de alguna clase de coordinación.

—Escuche, payaso. —Fanny Giraut mueve su cabeza en dirección al comisario Farina. No gira la cara de la forma normal en que gira la cara la gente, desplazando

primero la mirada y los rasgos y después acomodando su postura. Su forma de mover la cabeza es más bien la forma rígida y rotatoria en que se mueven los periscopios de los submarinos o las torretas rotatorias de los tanques—. Está usted poniendo en juego su empleo. Todavía puede conseguir que lo trasladen a los archivos o adonde sea si coge a todos estos energúmenos y sale de aquí. Usted no sabe con quién está tratando. Solamente hace falta que yo haga esto. —Chasquea los dedos—. Fonseca, llama a Aguirre. Cuéntale lo que está pasando aquí.

Hay un momento de silencio. La expresión de placer intenso y de satisfacción con la vida en general del comisario Farina parece crecer por momentos. El caramelo de su piruleta le crea un bulto vagamente esférico en el interior del carrillo. Del otro lado de la escalera que comunica el gimnasio con el cuerpo central de la casa viene un ruido inconfundible de muebles siendo arrastrados por el suelo. Desde el punto del gimnasio donde están de pie Fonseca y Fanny Giraut, mirando en la dirección opuesta a la escollera, por encima de las cabezas y los cuerpos de los hombres con guantes de látex, se ve la entrada para coches de la casa. Con media docena de coches patrulla de la policía aparcados y otros tantos coches sin distintivos policiales que no pertenecen a ningún miembro de la familia. Junto al rincón opuesto del gimnasio, al otro lado de la pantalla de cristal, un tipo con traje y un cable espiral que le sale de la oreja está comiendo pipas de girasol y tirando las cáscaras sobre las buganvillas del jardín.

—Esto es más complicado de lo que parece. —Fonseca baja la voz de forma tal vez inconsciente. No lo bastante como para que no lo oiga el comisario Farina—. Parece ser que el juez Aguirre es quien ha firmado la orden de registro. Las órdenes de registro. También han enviado agentes al piso de Barcelona y a mi gabinete. Tenemos que hablar —añade en tono apremiante—. Ahora.

Fonseca y Fanny Giraut suben la escalera que comunica el gimnasio con el cuerpo central de la casa. El contingente de cocineras y empleadas domésticas filipinas está agrupado en el recibidor con expresiones colectivamente compungidas. Con esas expresiones compungidas que a menudo se ve en la gente que vive en condiciones de economía de subsistencia. Fonseca y Fanny Giraut entran en el despacho de Fanny Giraut, en el primer piso de la casa, y se encuentran con que el interior del mismo está siendo registrado por un grupo de hombres trajeados y con guantes de látex. Los cajones de la mesa y de los archivadores del despacho están en el suelo. Los contenidos de los cajones están dispuestos en montones pulcramente organizados sobre la alfombra persa. Cada montón con una etiqueta numerada. Las lámparas desmontadas sobre la alfombra. Los jarrones vaciados de su contenido. Uno de los agentes se dedica a vaciar los estantes de libros y a colocar los libros en montones sobre el suelo. Después de hojearlos con sus guantes de látex. Con movimientos maxilares que indican que está masticando chicle.

—¿Quién demonios ha sido? —Fanny Giraut sube las escaleras del segundo piso con zancadas vigorosas. Seguida de cerca por Fonseca—, ¿Chicote? ¿Hemos hablado

ya con Chicote?

Fanny Giraut abre la puerta del estudio del segundo piso. Un miembro de la policía científica con guantes de látex y un equipo de recogida de huellas dactilares está espolvoreando una sustancia blanca y fina sobre las superficies de madera del estudio. Con un bulto esférico en el carrillo. Otro hombre con traje y guantes de látex está introduciendo el contenido de la papelera del triturador de papel en varias bolsas autocerrables para pruebas judiciales. Fanny Giraut y Fonseca cruzan la puerta que comunica el estudio con el Salón de los Trofeos de Pesca. La cara de Fanny Giraut no tiene exactamente aspecto de calavera ni tampoco exactamente aspecto de máscara. Se parece más bien a las caras de esas víctimas de quemaduras faciales de segundo y tercer grado que después de recibir una serie de injertos se quedan con una cara recubierta principalmente de un tejido antinaturalmente liso y brillante que guarda pocos parecidos con el tejido epitelial facial normal y corriente. Fanny Giraut y Fonseca cruzan el Salón de los Trofeos de Pesca, esquivando a los agentes trajeados que están enrollando las alfombras del suelo y examinando los tablones de madera del suelo. Toman el pasillo de los lavabos.

—Chicote está limpio —dice Fonseca—. Ya hemos hablado con él. Esto viene de otra dirección.

Fanny abre la puerta de su cuarto de baño personal. La sostiene abierta para que entre Fonseca y la cierra con pestillo cuando los dos están dentro. Se sienta sobre la tapa del retrete y le hace un gesto a Fonseca para que le dé uno de sus cigarrillos. El cuarto de baño personal de Fanny Giraut es más grande que muchos apartamentos de Barcelona y tiene tres tipos distintos de porcelana china. Un televisor con pantalla de plasma en la pared de delante de la bañera.

—¿Qué demonios quiere decir otra dirección? —pregunta.

Y de repente sucede. Antes incluso de que termine de formular la pregunta. La mueca perpetuamente congelada y quirúrgicamente construida de su cara se deshace durante una fracción de segundo. La cara de Fonseca refleja sorpresa y desconcierto y algo parecido al miedo a partes iguales. La máscara facial de Fanny Giraut se viene abajo durante una brevísima fracción de segundo y después se vuelve a recomponer de forma automática. Y lo que se ve en lugar de la máscara durante esa fracción de segundo no hace que Fonseca retroceda instintivamente un par de pasos, pero sí hace que toda la configuración de su cuerpo replique la configuración de un cuerpo asustado que retrocede instintivamente un par de pasos. La voz de Fanny Giraut se vuelve una octava más grave. La mano con la que enciende su cigarrillo se vuelve una especie de garra crispada.

—Ese bastardo —dice, expulsando una bocanada de humo entre dos hileras de dientes rechinantes—. Ese pequeño monstruo. Tendría que haberlo ahogado cuando nació. ¿Cómo demonios lo ha hecho? ¿Qué cree que está intentando hacer?

—Ha conseguido algo. —Fonseca se sienta en el borde la bañera—. Algo que cree que puede usar contra nosotros. Y ha enviado una nota de chantaje. Junto con la

página de cierto libro de contabilidad. Parece que es un libro que perteneció a su marido. Y la nota está firmada por usted. —Hace una pausa para constatar tal vez la falta de expresión en la cara epitelialmente parecida a una cara quemada de su principal clienta—. La nota en sí no nos puede hacer nada. La imitación caligráfica es buena, pero no lo bastante. Lo del libro de contabilidad es más alarmante. No me explico dónde lo puede haber encontrado Lucas. Y eso no es lo peor de todo.

El cuarto de baño personal de Fanny Giraut no solamente es más grande que muchos apartamentos de Barcelona y tiene tres tipos de porcelana china y más líneas de productos cosméticos que muchas tiendas especializadas. También tiene tres impresiones originales de Mario Testino en la pared principal que representan a modelos tardoadolescentes vestidos con piezas de ropa interior casi invisible. Fanny Giraut inspira una bocanada ansiosa de humo. La forma en que su cólera puede inspirar cierto grado de terror no es la forma en que determinadas diosas hieráticas de la Antigüedad inspiraban terror con su actitud hierática y majestuosa. Es más bien la forma en que determinadas criaturas híbridas de la mitología antigua inspiraban terror. Mujeres con serpientes en los cabellos. Hombres con un solo ojo. Seres con torso humano y tentáculos de pulpo. Cosas con muchas cabezas.

—Lo peor es el lugar donde puso la nota de chantaje. —Fonseca se coge con las dos manos al borde de la bañera y niega con la cabeza—. La puso en el buzón de la casa de Koldo Cruz. Nunca imaginé que pudiera ir tan lejos.

Fanny Giraut hace un gesto con la mano que consigue ser despectivo pese a que carece de elementos gestuales concretos que resulten despectivos en sí mismos o incluso en su conjunto. El retrete sobre el que está sentada es uno de esos retretes que tienen una especie de acolchamiento aterciopelado y suave sobre el asiento.

—La nota amenazaba con llevar el libro de contabilidad a la policía —dice Fonseca. Sentado en el borde de la bañera—. La nota que escribió Lucas haciéndose pasar por usted. El cuaderno incrimina supuestamente a Cruz en cierto negocio con el marido de usted, hace treinta años. Solo que Cruz está limpio, claro. Todo prescribió hace una eternidad. Así que Cruz la llevó a la policía. —Hace una mueca de preocupación palpitante—. Por suerte para nosotros. Debe de estar haciéndose viejo. En otros tiempos nos habrían encontrado a usted y a mí flotando en el mar.

Fanny Giraut da una calada larga a su cigarrillo.

—Mi hijo es un tipo ridículo —dice por fin—. Tan idiota y ridículo como su padre. Me da ganas de vomitar. —Sus labios se retraen y dejan al descubierto las dos tiras de carne espantosamente lívida y parecida al esmalte de sus encías—. Igual que el débil mental de su padre. Como un cachorro estúpido que enseña los dientes. Pero se equivoca si cree que esto va a quedar así. —La interrumpe un ruido procedente de la puerta del baño. El chasquido del picaporte al girar sin éxito por culpa del pestillo de la puerta.

Fonseca se levanta del borde de la bañera en el que está sentado y se alisa la ropa con las palmas de las manos antes de acercarse a la puerta y descorrer el pestillo. Al

otro lado de la puerta hay un agente de policía trajeado. Lleva guantes de goma hasta los codos y una especie de desatascador de retretes rematado con una ventosa de goma negra.

EL DEPORTE ES TU ÚNICO OBJETIVO

En calidad de director ejecutivo y accionista mayoritario de Lorenzo Giraut, S. L., no hay ninguna razón para que Lucas Giraut no se desplace cada día a su puesto de trabajo en el coche privado que le ofrece la empresa. Debido a su amor por los momentos de privacidad en los espacios públicos, sin embargo, Giraut prefiere caminar todos los días hasta la plaza Catalunya y allí coger el tren que lleva a Reina Elisenda. Todas las mañanas. El tren de las 9.16 que lleva a Reina Elisenda. Giraut coge siempre un asiento en el primer vagón y ocupa uno de los asientos laterales. Con alguna de las muchas revistas profesionales que recibe en su domicilio. *Antique Trader* y *Art and Antiques* y las locales Galería Antiquaria y Arte y coleccionismo y también, por supuesto, *Antiques*. La revista de referencia mundial del ramo. Con sus gafas de leer y sin apenas levantar la mirada de su revista de vez en cuando para escrutar a la gente que entra y sale del vagón en sus paradas no terminales. A Giraut le gusta esa sensación de aislamiento en medio de la multitud. Una de esas sensaciones que por alguna razón le resultan genuinamente barcelonesas.

Hoy Lucas Giraut sale a las nueve menos cinco del antiguo palacio ducal del Casco Antiguo conocido en las guías como Palacio de la Mar Fosca y cierra la puerta metálica de un golpe. Con su maletín con combinación en la mano derecha. Es lunes. El día favorito de Lucas Giraut. El día en que termina la desolación vagamente comatosa de los domingos barceloneses y la ciudad vuelve a la vida con ánimo. Lucas Giraut se detiene en medio de la calle y frunce el ceño. El Volvo negro que está supuestamente aparcado en la plaza que hay al final de la calle no está tan aparcado como simplemente dejado en medio de la plaza con el motor apagado. En sentido diagonal. Con el morro apuntando a la iglesia y la parte trasera desplazando ¿legalmente? un grupo de contenedores de basura. Un brazo musculoso y enfundado en tela blanquiazul sobresale de la ventanilla del conductor. También se oye un estruendo de música rítmica. Un par de mujeres ancianas contemplan el coche con el ceño fruncido desde los balcones de su casa y hablan para sí mismas moviendo los labios de esa forma en que habla para sí misma la gente anciana que mira a otra gente desde sus balcones. Como personas dentro de un televisor sin volumen. La mano que sobresale por la ventanilla tamborilea en la portezuela del coche al ritmo de la música.

Lucas Giraut camina hasta el coche dejado en medio de la plaza y se inclina para hablar con la cara que lo está mirando desde la ventanilla del conductor.

—Hace tres días que lo veo a usted por aquí. —Giraut inspecciona el interior del coche mientras habla. Hay restos de comida y botellas en el asiento trasero. Mezclados con piezas de ropa—. Supongo que eso significa que quiere decirme algo.

Se llama usted Saudade, ¿no? —Su mirada repara en el bate de béisbol con la inscripción «mato culés» que hay en el asiento del pasajero—. ¿Ya sabe el señor Bocanegra que me está siguiendo usted?

Juan de la Cruz Saudade le muestra a Lucas Giraut una amplia sonrisa llena de restos de comida en distintos estados de descomposición. Giraut puede ver que su chándal blanquiazul marca Umbro está muy sucio y tiene diversas manchas en la pechera y en las mangas, como si su propietario hubiera estado llevándolo durante varias semanas sin pasar por la lavandería. Su aliento transporta un olor a algo parecido a carroña regada con alcohol de alta gradación.

—El señor Bocanegra —dice Saudade, en un sonsonete que imita tanto la entonación como las inflexiones del modo de hablar de Giraut— no lo sabe todo, señor Pijo Niñato Comemocos. Hay muchas cosas que no sabe. No sabe, por ejemplo, que has estado poniendo cositas en el correo del señor Parche de Pirata. Tampoco creo que sepa que ha habido registros de la pasma en las oficinas de tu empresa. Y que no soy el único que te está siguiendo. A estas alturas, Farina debe de estar más que enterado de toda tu peliculita con los cuadros. Imagínate lo que pasaría si Bocanegra se enterara. Tienes suerte de que no lo sepa. Pero yo sí que lo sé. —Hace una pausa. Saca una lata de cerveza abierta de algún punto invisible situado entre sus piernas y se la lleva a los labios.

Giraut levanta la vista del coche y mira a su alrededor. La plaza del final de su calle está vacía a primera hora de la mañana, salvo por los transeúntes esporádicos con domicilio en el vecindario que caminan apresurados en dirección a sus puestos de trabajo. Dentro de muy poco empezarán a llegar los grupos de turistas con sus guías. Las patrullas policiales. Los dueños de los comercios. Los individuos desocupados con inclinaciones artísticas. El techo del Volvo está cubierto de excrementos de paloma y también de palomas, que dormitan o se mueven en círculos al compás de sus rituales de apareamiento.

—¿Qué es lo que quiere? —Giraut se cambia el maletín de una mano a otra.

Saudade tira la lata de cerveza vacía y se seca la boca con la manga del chándal Umbro. La parte del chándal que usa para secarse la boca ya tiene una mancha alargada del color de la cerveza entre la muñeca y la parte media del antebrazo.

—Quiero respeto —dice Saudade—. Eso es lo primero. Después hablaremos del dinero. Quiero que me muestres todo tu respeto, señor Pijo que se come los mocos y se cree que sus mocos saben mejor que los del resto de la gente. —Su boca se abre en una mueca con olor a carroña regada con alcohol que de alguna forma produce la impresión de ser una mueca apreciativa del ingenio de lo que acaba de decir—. Y ahora, métete en el coche. —Coge el bate de béisbol con la inscripción tangencialmente deportiva y lo tira en el asiento de atrás.

Giraut entra en el coche y se sienta en el asiento del pasajero. Se coloca su maletín con cerradura de combinación sobre las rodillas.

—Buen chico. —Saudade eructa y da la vuelta a la llave del contacto—. Ahora deja la cartera y el teléfono móvil en la guantera.

Vamos a la playa. Qué mejor sitio para ir. La gente de esta ciudad no sabe apreciar sus playas.

Cinco minutos más tarde, el Volvo negro de Saudade se aleja del centro urbano por la Ronda Litoral en dirección a las playas cercanas a la desembocadura del Besos. Más allá de las esculturas pisciformes del Puerto Olímpico. Más allá de las torres no exactamente iguales del Hotel Arts y la compañía de seguros Mapfre. Como esos pasatiempos de revista de pasatiempos donde el lector tiene que señalar con un lápiz las diferencias entre dos dibujos no exactamente iguales. Saudade maneja el volante con la mano derecha y se lleva una lata de cerveza a los labios con la izquierda. Lo que tiene entre los pies, y que ahora Giraut puede ver desde el asiento del pasajero si se inclina un poco hacia delante sobre la guantera, es una caja de doce latas de cerveza donde faltan por lo menos cuatro latas. Hay una lata vacía y arrugada junto al pedal del acelerador. La zapatilla deportiva de Saudade choca de lado con ella a intervalos regulares. Visto de cerca, el chándal blanquiazul Umbro de Saudade está mucho más sucio de lo que parecía desde el exterior. En la muñeca derecha, parcialmente visible debajo de la manga del chándal. Saudade tiene un tatuaje con la inscripción «BB•BB». En tinta verde para tatuajes parcialmente descolorida.

—Te gusta mi tatuaje, ¿eh? —Saudade se termina la lata de cerveza y la tira por la ventanilla abierta. La guantera negra está llena de restos de un polvillo blanco que hacen pensar en una superficie de cemento con restos de nieve después de que la nieve se haya fundido casi por completo—. Me lo hice en una época en que en esta ciudad todavía había tipos con cojones. Ya lo creo. —La forma en que asiente con la cabeza es esa forma estereotipada en que asiente alguna gente para transmitir nostalgia por tiempos mejores—. Entonces sí que nos hacíamos respetar. Hace diez años. Aquella fue nuestra mejor época. Sobre todo en los desplazamientos del equipo. El terror viajaba con nosotros. Y ni un puto culé se atrevía a acercarse a nuestro campo. En los buenos tiempos en que teníamos nuestro campo, claro. —Escupe por la ventanilla abierta. No está claro si el acto de escupir está relacionado o no con la historia que está explicando—. Milán, Bratislava.

Los tiempos en que fuimos subcampeones de la UEFA. Pero entonces la gente tenía pelotas.

Saudade toma aire e hincha el pecho. Giraut se queda mirando cómo levanta mucho las cejas y adopta una pose vagamente operística antes de ponerse a cantar. Una pose vagamente reminiscente de coros rusos. De bateleros del Volga.

Real eees. ¡Tu nobleza justifica el adjetiii-vo! Eres cluuuba pesar de tu grandeza solo un cluuubdeportiii-vo. ¡El deporte es tu único objetiii-vo!

Un ataque de tos interrumpe la canción vagamente moscovita de Saudade. Da un giro de volante y abandona la Ronda por la salida de Bogatell. Una especie de tierra de nadie de solares llenos de basura y restos de construcciones de una época muy lejana separa el vecindario de los chiringuitos y restaurantes de la playa. No hay un solo local abierto a la vista en esta mañana de lunes de febrero. Algunos locales tienen esculturas dentro de su perímetro formadas por sillas de terraza de bar amontonadas en formas complejas y sujetas con cadenas. Otros locales tienen *graffiti* e inscripciones más o menos amenazantes que probablemente no serán limpiados hasta el inicio de la temporada de verano. Saudade aparca el Volvo en un solar situado justo detrás de la hilera de restaurantes de la playa y se guarda las llaves en el bolsillo. Después saca varios billetes de cincuenta euros de la billetera de Giraut y se los mete en el bolsillo del pantalón de chándal junto con su teléfono móvil. Giraut recupera su billetera despojada de billetes y observa cómo Saudade se esconde el bate de béisbol dentro de la parte superior del chándal y le hace una señal para que salga del coche.

—Fuera —le dice. Como si la señal puramente gestual en dirección al exterior pudiera generar alguna clase de equívoco.

Los dos caminan unos minutos por la arena de la playa sin ningún destino aparente. El viento levanta papeles y desperdicios y de vez en cuando arroja una ráfaga de arena sobre los dos paseantes. A pesar de que él mismo tiene frío con su abrigo de lana y su traje de Lino Rossi, Giraut no puede percibir ningún signo de sufrimiento térmico en Saudade, que solamente lleva su chándal blanquiazul extremadamente sucio.

—Todo eso que te he contado fue antes de hacerme policía. —Saudade se encoge de hombros—. En realidad seguía persiguiendo a la misma escoria. ¿Qué te parece eso, señor pijo de mierda? Tres años en la pasma. ¿Podrías haber hecho tú todo lo que yo he hecho en mi vida? —pregunta retóricamente. Con los ojos casi cerrados para evitar que le entre arena—. La gente como tú me da ganas de vomitar. ¿Te crees que no sé lo que pensáis de nosotros? Con vuestras casas pijas y vuestras mujeres pijas y esos viajes adonde sea que viajáis. —Sus manos palpan el bulto alargado del bate de béisbol a través de la tela blanquiazul sucia del chándal. Busca la mirada de Giraut—. Ya es hora de que empecéis a mostrar un poco de respeto.

Lucas Giraut escruta la playa en busca de algún elemento apacible. Alguno de esos elementos proverbialmente apacibles que la gente va a buscar a la playa. A lo lejos, sobre las aguas rizadas por el viento, una especie de buque de mercancías con el casco íntegramente del color del óxido parece simplemente flotar inmóvil en las inmediaciones del puerto comercial. La montaña de Montjuïc al fondo es como uno de esos acantilados envueltos en brumas que aparecen en las antiguas novelas góticas ambientadas en la costa de Cornualles. El mar es del color del plomo. El cielo es del color del plomo. La arena de la playa es de un color gris sucio y pálido que no es exactamente el color del plomo. Juan de la Cruz Saudade parece haber entrado en un

nuevo estado mental, manoseando el bate a través de la tela de su chándal y murmurando por lo bajo con la mirada fija en sus pies. Las gaviotas vuelan amenazadoramente en círculos sobre los dos únicos habitantes de la playa y las más agresivas ya empiezan a posarse a pocos metros de ellos, con los picos abiertos y las alas extendidas. Giraut camina hasta la zona donde las olas mojan la arena y se sienta en el suelo, a menos de un metro de la zona de arena oscurecida por las olas más fuertes. Una línea ondulante de algas secas y desperdicios variados demarca el alcance máximo de la línea del oleaje. Como un diagrama científico. Como las líneas onduladas de los diagramas cardiológicos o sísmicos.

Lucas Giraut suspira. Se quita los zapatos y los coloca junto a su maletín. En el maletín lleva un par de revistas profesionales sobre antigüedades, además de un kit de restauración de libros y un ejemplar del libro *Aprenda a restaurar libros en cien días*, de la serie editorial *Aprenda En Cien Días*. Saudade se queda mirando a Giraut y se agacha para quitarse él también los zapatos. Se saca una lata de cerveza de debajo de la chaqueta de chándal y la abre derramándose una especie de escupitajo gigante de espuma de cerveza encima de la pechera del chándal.

—Te crees que sabes a lo que estás jugando pero no lo sabes —le dice a Giraut—. Este juego no es para pijos mariconcillos como tú. Aquí te puedes hacer daño. Crees que conoces a Bocanegra porque era amigo de tu papaíto y todo eso, pero la verdad es que no tienes ni *puta* idea. —Da un trago de cerveza. La espuma le resbala ahora también por la barbilla—. No tienes ni idea de lo que te haría Bocanegra si se enterara de que estás trasteando con el señor Parche de Pirata. Tus trocitos pasarían por una raqueta de tenis. Y sobre lo que me preguntabas antes. —Se agacha para coger una piedra plana y alargada de la línea ondulante de algas y desperdicios que demarca el alcance de las olas y la tira al mar en ese ángulo horizontal en que la gente tira piedras para hacerlas rebotar sobre una superficie acuática. La piedra se limita a hundirse entre las olas—. Quiero cincuenta mil ahora y cincuenta mil antes de final de mes. Luego seguiremos hablando. Esos trastos viejos que tienes en tu tienda valen mucho dinero. Seguro que ni lo notas si te vendes un par.

Lucas Giraut se pasa una mano por su pelo largo y lacio y todavía húmedo de su ducha matinal. En el fondo es consciente de que sus cejas pálidas y su cara redonda y mayoritariamente lampiña y sus ojos un poco caídos le dan cierta expresión estólida que provoca que mucha gente no le muestre el respeto debido a su edad y posición. O por lo menos un respeto convencional entre personas adultas y pertenecientes a la misma sociedad. Una de las razones por las que tío encuentra elementos convencionalmente apacibles en la playa es que Giraut carece de experiencia convencional en materia de playas. Jamás fue a una playa de niño, con la única excepción posible de la escollera de la casa del Ampurdán. De todas maneras, no había nadie para llevarle. Giraut imagina que los elementos convencionalmente apacibles de las playas son otro de los elementos que lo distinguen del resto de la población. Ahora, sentado frente a la línea parecida a un sismograma o un

electrocardiograma irregular que forman las conchas y las algas secas y los desperdicios, comprende que no le hace falta darse la vuelta ni mirar por encima del hombre para saber que Saudade ya no está con él.

LA TERCERA REGLA DE ORO

Pavel contempla con cara pensativa su reflejo en la vitrina de la joyería que está a punto de atracar. Violando la mayoría de normas básicas sobre cómo se atraca una joyería. Por ejemplo, todo aquel que se dedique al atraco ocasional de joyerías sabe que la primera regla de oro de dicha actividad es que se necesita más de una persona. No solamente porque siempre tiene que haber un individuo vigilando en el exterior o en la entrada. También están el peligro de verse superado en número por el personal de la joyería, o incluso la dificultad de calibrar el valor relativo de las piezas que uno roba y por tanto el peligro de ser estafado paradójicamente por las víctimas del robo. Pavel, por supuesto, sabe todo esto en teoría. Pero Pavel tiene un sueño. Un sueño acuciante y relacionado con palmeras y con mujeres negras de trasero abundante cuya ubicuidad insular las convierte en objetos de bajo valor relativo. En circunstancias normales, él mismo se reiría del tonto que se está mirando en la vitrina. Pero Pavel ya no recuerda la última vez que vio unas circunstancias normales.

De pie delante de la vitrina reflectante de la joyería, Pavel se recoloca la pistola de fogeo dentro del pantalón deportivo y comprueba el estado de sus rastas. Su forma de mirarse es esa forma en que la gente se mira en las superficies reflectantes cuando están comprobando el estado de su pelo. Hundiendo las mejillas o tal vez incluso mordiendo el interior de las mejillas y levantando mucho las cejas y moviendo ligeramente la cabeza de un lado al otro. El estado de sus rastas es satisfactorio. De acuerdo con todos los parámetros pertinentes. La longitud se acerca a la longitud deseada. La razón del arma de fogeo es el hecho de que resulta mucho más barato adquirir un arma así de los proveedores habituales de Pavel. Además de las repercusiones menos catastróficas si se da el caso de un juicio por tenencia ilícita de armas.

La hora proyectada para su entrada en la joyería está a punto de aparecer en la pantalla de su teléfono móvil. Pavel no lleva su habitual mochila de lona caqui comprada en una tienda de excedentes del ejército. Lo que lleva es una de esas bolsas de mano negras con las asas muy largas que solían llevar los médicos en épocas pasadas. Cuando visitaban a sus pacientes en sus casas en medio de la noche. Esas bolsas que hacen pensar en instrumentos relucientes con hojas dentadas y jeringas del tamaño de botes portátiles de spray desodorante. La sección del interior de la joyería que se puede ver a través de los escaparates de cristal es amplia y está poco iluminada en relación con el exterior de la calle. Pavel hurga en su bolsa de mano más propia de un médico de otra época y saca una serie de objetos entre los cuales hay unas gafas de sol y un gorro de lana gris. Parece haber alguien dentro de la tienda. Detrás del mostrador. Sentada en una silla detrás del mostrador debajo de un cuadro grande y

horizontal. Una chica que parece estar manipulando algo pequeño con las dos manos. La forma en que Pavel se pone el gorro de lana gris que acaba de sacar de su bolsa de cuero negro es: con cuidado de meterse dentro del mismo todas las rastas sin dejar fuera ninguna. En la puerta hay un letrero que dice «abierto» y un adhesivo en la parte interior con una cámara esquemática dibujada y una inscripción que avisa de que el establecimiento está conectado con la comisaría mediante un circuito cerrado de televisión. Pavel se pone las gafas de sol y empuja la puerta.

El interior de la joyería es bastante menos luminoso que la calle. Pavel parpadea. Sus ojos protegidos por las gafas de sol intentan acostumbrarse al descenso de luz. En la puerta hay otros adhesivos que representan las distintas tarjetas de crédito que se pueden usar en la joyería y la adscripción del establecimiento a diversas entidades gremiales y comerciales. Pavel le da la vuelta al cartel que dice «abierto» de forma que el lado que dice «abierto» queda ahora dirigido al interior de la joyería.

El movimiento de la puerta al cerrarse activa un ruido automático parecido a un campanilleo. Pavel escruta las aristas del techo en busca de cámaras de seguridad. Las gafas de sol no le ayudan exactamente a discernir los detalles del interior de la joyería. La dependienta levanta la vista del objeto pequeño que tiene en las manos y cuyos sonidos agudos y electrónicos indican que se trata de alguna clase de artefacto recreativo portátil. Pavel está de pie en medio de la joyería con sus gafas de sol y su gorro de lana y la bolsa de cuero negro colgada del hombro. Mirando fijamente el cuadro grande y horizontal que hay en la pared de detrás del mostrador. Justo encima de la dependienta. El cuadro representa una estructura fortificada rectangular con torretas defensivas y una especie de edificio interior más elevado. Pavel señala el cuadro.

—¿Eso es el Templo de Jerusalén? —pregunta. Se quita las gafas para verlo mejor—. ¿El Templo de Salomón? ¿El original?

La dependienta pulsa un par de botones que interrumpen el flujo de ruidos electrónicos de su aparato portátil. Después gira el cuello para mirar por encima del hombro.

—No lo sé —dice por fin—. Pero será que sí. Si lo pone es que debe de ser eso.

Pavel se acerca al mostrador. Apoya las palmas de las manos sobre el mismo y estira el cuello para mirar de cerca la representación pictórica del Templo de Jerusalén, con los ojos fruncidos. No puede decir que sepa gran cosa acerca del Templo de Jerusalén ni de su historia, pero sí sabe lo bastante del movimiento rastafariano y de la música de Bob Marley como para comprender que el templo ocupa un lugar central en su filosofía y un espacio prominente en muchas letras de sus canciones. Lo que más desconcierta a Pavel del cuadro es lo poco impresionante que resulta el templo en todos los sentidos. Teniendo en cuenta todo lo del pueblo de Sion y la historia de Babilonia y el león que rompe sus cadenas y todas esas cosas.

—¿Cómo posible? —Pavel habla sin apartar la vista del cuadro—. O sea, ¿es alguien que estuvo allí que lo pintó? ¿O el cuadro lo hicieron después, cuando

solamente imaginaban?

La dependienta vuelve a mirar el cuadro. Hay algo incongruente en su aspecto. Algo probablemente relacionado con la formalidad de su traje de chaqueta *versus* el tatuaje serpenteante que le asoma por el cuello de la blusa y le sube por un lado del cuello. Como si por alguna razón las dos cosas no pudieran pertenecer a la misma persona.

—No lo sé —dice la dependienta—. Tendría que hablar con mi tío. Yo le puedo decir el precio de los artículos de venta. Hasta se los puedo vender.

Pavel se queda un momento pensando. Después se saca la pistola del pantalón deportivo.

—Ponte en el suelo —le dice a la dependienta—. Todo en el suelo. Así. —Pavel se pone las manos detrás de la cabeza a modo de ilustración visual.

La dependienta del traje chaqueta y el tatuaje se tumba en el suelo, boca abajo y con las manos detrás de la cabeza. Con la seguridad en sí misma de quien conoce perfectamente gracias a las películas la forma en que debe tumbarse la víctima de un atraco a una joyería. Después se queda mirando a Pavel con cara vagamente expectante. Como un empleado de bajo nivel que espera instrucciones de un superior. A Pavel le parece que la dependienta está masticando chicle.

—¿Estás sola aquí? ¿No? —Pavel espera a que la dependienta niegue con la cabeza—. ¿Estás con tu tío? ¿Tú tío el que manda aquí? —Espera a que la dependienta asienta con la cabeza—. Llama a tu tío ahora. Llámalo.

La dependienta gira la cabeza en dirección contraria sin quitarse las manos de detrás de la cabeza. La segunda regla de oro de la gente cuya profesión requiere el robo ocasional de joyerías es: sea lo que sea que uno haga en el interior de una joyería, no debe hacerlo personalmente. Tiene que dar órdenes para que lo hagan los demás. Pavel no tiene muy claro el origen de esta segunda regla de oro. Si no estuviera en medio de un atraco a una joyería, Pavel pensaría que la dependienta está descuidando de forma premeditada la forma en que su postura en el suelo deja al descubierto la mayor parte de sus muslos.

—¡Tío! —grita la dependienta—. ¡Tío, ven, corre!

Pavel permanece de pie junto a la dependienta apuntándola con su pistola de fogeo.

—Dale al timbre —dice la dependienta—. A veces no oye. Dale al timbre ese de ahí.

Se quita una mano de detrás de la cabeza y señala un timbre situado detrás del mostrador. Junto a la puerta abierta de lo que debe de ser la trastienda o almacén de la joyería. El timbre no parece un timbre con características de alarma antirrobo ni de dispositivo conectado con la comisaría de policía.

Pavel se sorprende a sí mismo contemplando de nuevo el cuadro que representa el Templo de Jerusalén. Le cuesta creer que sea el mismo templo que hizo falta siglos y ejércitos enteros para destruir. En opinión de Pavel, cualquier idiota con una escalera

y una bomba podría hacerlo pedazos sin ningún problema. Aunque no está seguro de si en aquella época de la Antigüedad existían bombas. Está intentando recordar ejemplos de historias de la Antigüedad que involucraran el uso de bombas cuando un hombre de mediana edad aparece detrás del mostrador y se queda mirando a la dependienta con el ceño fruncido. Va vestido con uno de esos jerséis de cuello de pico y dibujos romboidales en el pecho que llevan por alguna razón muchos niños pequeños y muchos hombres de mediana edad. Con el cuello de una camisa de sport asomando por el cuello de pico del jersey.

—¿Qué haces en el suelo? —le pregunta el hombre de mediana edad a la dependienta. Luego levanta la vista hacia el hombre que está junto al mostrador con el gorro y las gafas de sol y la pistola en la mano. Por fin asiente con cara de acabar de entender el perfil global de la situación—. Ah —dice—, tenemos cámara de vigilancia conectada con la policía.

Hay algo inexplicablemente sexual en la forma en que la dependienta de la joyería está acostada boca abajo en el suelo con la falda de su traje chaqueta ligeramente levantada y dejando ver buena parte de sus muslos. En opinión de Pavel. A pesar de que es absurdo tener pensamientos de tipo sexual en una situación como la que está teniendo lugar en la joyería. Pavel es vagamente consciente de que ese tipo de pensamientos completamente fuera de lugar pueden venirle a uno a la cabeza en momentos de estrés profesional o de presión psicológica elevada. La dependienta permanece boca abajo mirando de reojo lo que está pasando. Pavel le tira la bolsa de cuero negro al hombre de mediana edad.

—Pon eso dentro de la bolsa —dice—. Y eso. Y eso de ahí. Todo eso. —Pavel señala varias vitrinas llenas de artículos de venta—. Y mucho más deprisa. Si no eres todo lo deprisa que puedes, te quedas con un sobrino menos. Venga.

El hombre de mediana edad abre las vitrinas con una llave y se dedica a vaciarlas dentro de la bolsa de cuero negro de aspecto vagamente médico. Otra característica indumentaria de muchos niños pequeños y hombres de mediana edad es que sus jerséis de cuello de pico casi nunca son de colores combinables con las camisas de sport o camisas tipo polo que les asoman por debajo. Como si las normas cromáticas del vestir quedaran canceladas durante determinadas fases de la vida. Pavel mira el reloj de la pantalla de su teléfono móvil. La tercera regla de oro del atraco a joyerías es que todo el proceso que incluye la entrada, el robo y la huida no puede durar más de tres minutos. A fin de no recibir sobre la propia cabeza todo el peso de la ley. Tres minutos parece ser la convención profesional internacional. En el caso presente, el tiempo límite está tocando a su fin. El hombre de mediana edad emparentado con la dependienta le devuelve la bolsa negra de asas. Pavel se la cuelga del hombro sin dejar de apuntar con el arma de fuego en la dirección general de la dependienta. La dependienta tiene dos carreras casi idénticas en las medias de las dos piernas. Pavel vuelve a mirar el reloj de su teléfono.

—Un momento —dice Pavel a las caras abiertamente expectantes de la dependienta y el hombre que parece ser su tío. Aunque se lo dice a ellos, su expresión y su actitud corporal parecen indicar que en realidad lo está diciendo para sí mismo. Como en esas situaciones en que la gente dice «un momento» cuando están intentando darse tiempo para pensar. Señala con la pistola de fogeo en dirección al cuadro—. El cuadro. Dame ese cuadro. Me lo llevo.

El dependiente de la tienda mira a Pavel como si no entendiera y después mira el cuadro. Han pasado exactamente tres minutos y medio desde que Pavel entró en la joyería y echó un vistazo al interior. Ahora tanto él como la dependienta se quedan mirando cómo el hombre de mediana edad se sube a una silla, descuelga la representación pictórica del templo de Jerusalén y se la ofrece a Pavel. Aunque la idea resulta completamente incongruente con el contexto y la situación que está teniendo lugar, Pavel podría jurar que hay cierto componente de curiosidad y de interés divertido en la cara con que la dependienta lo está mirando ahora. Ya no está tumbada boca abajo con las manos detrás de la cabeza sino acostada de lado en posición más cómoda y con la cabeza apoyada en un brazo. De una forma que acentúa la impresión de comodidad asociada con la autoconfianza sexual. Pavel hace el gesto de coger el cuadro pero se detiene y mira de reojo a la cámara que lo está filmando.

—Mételo —le dice al tío de la dependienta—. Protégelo. —Sacude la pistola de esa forma en que la gente a veces sacude lo que tienen en la mano cuando no encuentran en su mente la palabra que necesitan decir en ese momento—. Envuélvelo. Eso. Envuélvelo.

La dependienta y su tío intercambian una mirada fugaz. Veinticinco segundos más tarde, Pavel sale de la joyería a la calle invadida del sonido de las sirenas de policía. Se quita el gorro de lana y lo tira en una papelera. Sacude brevemente las rastas recién liberadas.

A dos manzanas del escenario del robo, un coche de policía pasa a su lado y uno de los agentes del interior le echa un vistazo fugaz mientras camina por la calle con las rastas libres y el cuadro envuelto debajo del brazo. El coche de policía continúa su camino. Pavel vuelve a mirarse el reloj del teléfono móvil: ahora tiene que darse prisa. Si quiere coger el vuelo de la mañana siguiente, necesita vender el contenido de la bolsa en las próximas horas.

EL TESTIMONIO DE CHICOTE

Hacia la segunda mitad de la vista preliminar de su juicio por incapacidad mental, a Lucas Giraut le parece ver algo en las últimas filas del público que le impide concentrarse en lo que está pasando en la sala. Al principio no es más que un destello. Un destello que parece venir de una placa metálica situada en la cabeza de uno de los asistentes a la vista. Aunque es imposible estar seguro desde donde él está sentado. El destello está en una zona escondida del fondo de la sala. Un punto ciego visual. Tapado por diversas columnas y elementos arquitectónicos. Giraut está sentado en una especie de estrado situado a un lado de la sala. En compañía de su abogado de etnia árabe o procedente del subcontinente asiático. La zona del público de la sala se parece en muchos sentidos al patio de butacas de una sala de cine, con sus pasillos laterales y su pasillo central más amplio y sus puertas dobles en una zona más elevada al fondo del todo. Y sin embargo, la sala del Tribunal de Primera Instancia donde se está llevando a cabo la vista no recuerda a ningún cine. A lo que recuerda más bien es a los bancos de una iglesia. Probablemente por razones no del todo conscientes.

Lucas Giraut se inclina por encima de la barandilla de su estrado para intentar ver el fondo de la sala. Desde donde está sentado se puede ver la sala entera salvo aquellas partes del fondo que quedan tapadas por elementos arquitectónicos. Marcia Parini está entre los testigos. Iris Gonzalvo está entre el público. Sentada al lado de un tipo con el trasero más grande que Giraut recuerda haber visto nunca en un hombre que no fuera víctima de obesidad mórbida. Hay alguien entre el público a quien le salen unos auriculares blancos de las orejas. Giraut apoya las dos manos en la barandilla del estrado y tuerce la cabeza al máximo y se inclina una vez más sobre la barandilla para intentar divisar el destello que cree haber visto ya un par de veces al fondo de la sala.

—Esto es un escándalo intolerable —está diciendo el abogado de la parte demandante. El mismo abogado pelirrojo de aspecto cutánea y capilarmente enfermo—. Ya avisamos a este tribunal de que esto podría pasar. Ya ofrecimos pruebas de que la defensa está asociada con elementos del crimen organizado de la ciudad. Y se ha permitido que las cosas lleguen a esta situación. —Señala a Carlos Chicote, responsable de la división internacional de Lorenzo Giraut, S. L., que está sentado en la zona de los testigos con la cara amedrentada y constreñida en un intento de sonrisa sicofántica—. El testigo está temblando como un flan. No me extrañaría que alguien lo estuviera amenazando dentro mismo de esta sala. Y básicamente está intentando sabotear este juicio. Cuando tenemos declaraciones juradas que implican al acusado. Señoría, hay que suspender esta vista. Hay que llegar hasta las últimas consecuencias

de esto. —El abogado pelirrojo de la parte demandante hace un gesto como de aflojarse el nudo de la corbata sin llegar a aflojarse realmente el nudo de la corbata—. Estoy hablando de una investigación a fondo de los métodos de la defensa.

El abogado de Giraut, por lo que este puede ver, está efectuando una serie de movimientos de naturaleza ambigua con la mano en la zona general de la entrepierna. Giraut no ve ninguna persona femenina en las inmediaciones del estrado que pueda asociar hipotéticamente con esos movimientos. Los anillos que lleva el abogado en sus manos oscuras y peludas acentúan de alguna forma su apariencia general de lascivia. Anillos de oro gruesos y pesados. Su barbita pequeña y pulcra al estilo de Peter Gabriel en los años ochenta también acentúa su aire de lascivia. Marcia Parini le envía a Giraut una sonrisa nerviosa y un saludo con la mano. Desde la zona de testigos. La mayor parte de los miembros del público tienen aspecto de estar prestando una atención solamente parcial a lo que está transcurriendo en el frente de la sala.

Vamos a ver. —El juez del Tribunal de Primera Instancia se dirige ahora a Carlos Chicote. Con el ceño fruncido. El juez parece ser todo ceño y frente y carecer por completo de barbilla. Esto crea un desequilibrio pronunciado en sus facciones—. Señor Chicote, le recuerdo que hay declaraciones escritas. Le recuerdo que ha firmado usted documentos. Y que está en un tribunal. Dice usted que no recuerda nada. Pero aquí está todo muy claro.

Levanta un par de expedientes que tiene sobre su mesa de juez—. Sus declaraciones por escrito son piezas fundamentales en esta vista y en todo el proceso. Está claro que no habríamos llegado a este punto de los procedimientos legales sin ellas. Le cito solamente un par de ejemplos. Para refrescarle la memoria —dice, abriendo uno de los expedientes. Las gafas gruesas de pasta no ayudan precisamente a mitigar el desequilibrio que sus facciones sufren en favor de las facciones superiores—. Dice usted en su declaración: «El señor Giraut bloquea sistemáticamente todas las operaciones internacionales de la empresa. Su conducta es errática e inexplicable. Sufre ataques de cólera y hace ostentación de su extravagancia personal. Se pasea por las oficinas de la empresa con menos ropa de la que dicta el decoro profesional básico y a menudo muestra una conducta obscena delante de las empleadas femeninas. A veces se encierra durante días enteros y sale vestido con ropa de época». Cito textualmente. En la página siete de su declaración se cita *in extenso* una conversación con el demandado. Le recordaré solamente un fragmento. «El señor Giraut me llamó un día a su despacho y me enseñó una serie de fotografías de su amiga V. P. y de otras menores de edades comprendidas entre los seis y los trece años. Me hizo insinuaciones sexuales sobre las niñas y me dijo que la belleza infantil era la belleza suprema. Me dijo que era una lástima que la sociedad no aceptara más que una sola clase de amor y me dijo que si se hicieran públicas algunas cosas que había hecho él lo meterían en la cárcel».

El juez de cara descompensada levanta su ceño y su frente del papel que está leyendo y mira a Chicote con los ojos un poco guiñados detrás de sus gafas de pasta.

—Parece una historia difícil de olvidar, señor Chicote —dice—. Es muy raro que su memoria se haya deteriorado tanto. ¿Se reafirma en que no recuerda nada?

Lucas Giraut tiene ahora no solamente las dos manos sobre la barandilla del estrado sino también la cabeza y la parte superior del torso asomados por encima de la misma. Mirando hacia el fondo de la sala. Varios miembros del público han percibido su actitud y han girado la cabeza o se han dado la vuelta para intentar ver lo que sea que Giraut está mirando. La intuición de un destello al fondo de la sala no implica necesariamente que el destello proceda de ninguna placa metálica en la cabeza de nadie. Las asociaciones de ideas erróneas, a fin de cuentas, son habituales en situaciones de estrés emocional. El abogado étnicamente procedente de la península arábiga o del subcontinente asiático también podría proceder de algún punto del Pacífico sur o incluso del norte de África. En su movimiento manual repetido sobre la zona general de la entrepierna tampoco hay indicios de que esté mirando de reojo a Iris Gonzalvo. De alguna forma, aunque la temperatura exterior es todo lo fría que llega a ser en el invierno barcelonés, en la sala del Tribunal de Primera Instancia la atmósfera hace que todo el mundo se haya quitado todas sus prendas de ropa de abrigo. Muchos hombres se llevan la mano con gesto instintivo al nudo de sus corbatas. Marcia Parini se abanica con una revista que ha sacado de su bolso. No hay ni rastro de Estefanía Giraut ni de su abogado Fonseca en la sala. Iris Gonzalvo lleva una pamea y gafas oscuras y un vestido corto con leotardos de color rojo. El hombre del trasero excepcionalmente grande que hay sentado a su lado está inclinado hacia delante, tomando notas o escribiendo algo en un cuaderno que tiene apoyado sobre los muslos.

—No recuerdo nada. —Chicote contesta con la misma expresión amedrentada. Por alguna razón, la forma en que ha contestado parece sugerir que no está respondiendo al juez del Tribunal de Primera Instancia sino a la cara sonriente de Aníbal Manta, sentado en la primera fila de la zona del público—. No digo que no hayan pasado todas esas cosas. —Mira de reojo la cara de Aníbal Manta—. Por supuesto, tampoco digo que hayan pasado.

El sudor que le cae sobre los párpados a Carlos Chicote y le obliga a frotarse los ojos de vez en cuando con el dorso de la mano puede ser un simple producto de la calefacción de la sala del tribunal. Aunque no hay nada en su apariencia que indique que esté sufriendo ninguna clase de dolor, ciertos matices de su expresión recuerdan a la cara que pone la gente cuando acaba de hacerse daño. El juez está estirando ahora el cuello para ver algo que hay en el fondo de la sala. Mucha gente del público se ha girado para mirar en la misma dirección. El trasero de Lucas Giraut mantiene el contacto mínimo con su asiento en el estrado como para que no se pueda decir que se ha puesto de pie.

—Hay que suspender la sesión —dice el abogado de la parte demandante. Vuelve a hacer el gesto de aflojarse la corbata sin llegar realmente a hacer nada con su corbata. Muerde el extremo no estilográfico de su Montblanc—. Es la única solución digna en estas circunstancias. Para evitar un escándalo de dimensiones que no podemos ni imaginar. Uno de esos casos que arrojan sombras sobre todo el sistema judicial. —Hace un gesto amplio a su alrededor con el extremo mordido de la Montblanc—. Hace falta una investigación a fondo. Es obvio que ha habido presiones a testigos. También hay que investigar cierto incidente de hace una semana relacionado con una supuesta nota de extorsión. Tenemos que sacar a la luz todas las intrigas del demandado y sus conexiones con el mundo del crimen.

Salvo cuando se está dirigiendo a alguien o moviendo de alguna forma el complejo montón de expedientes que tiene delante de su mesa, el juez facialmente descompensado permanece completamente inmóvil. Mirando a la persona o personas que tienen la palabra. Sin parpadear. Sin alteraciones visibles de la musculatura facial. El individuo del trasero inverosímilmente grande sigue tomando notas en su cuaderno y asintiendo con la cabeza y sonriendo con expresión enigmática. Como esa gente que asiste a cualquier tipo de conferencia o espectáculo y asiente y sonríe para indicar que sabe perfectamente lo que está pasando y también lo que está a punto de pasar. La persona del público que tiene unos auriculares pequeños y blancos saliéndole de las orejas no es la misma persona de la sala que lleva auriculares. Girautno ve que haya ninguna secretaria taquigráfica llevando a cabo la transcripción de la vista. Tampoco ve magistrados con pelucas ni esa especie de tribuna vagamente parecida a una jaula donde se supone que declaran los acusados de crímenes con violencia. Es posible que haya una sala especial en el edificio para los acusados de crímenes violentos, con receptáculos parecidos a jaulas. Lucas Giraut nunca había sido parte imputada en ninguna instrucción judicial. Antes de esta ocasión. A su lado, el abogado étnicamente procedente de fuera del continente europeo, se ha puesto de pie y está carraspeando con un puño moreno y lleno de anillos frente a la boca.

—Con la venia, señoría. —En su forma de hablar no hay inflexiones que permitan detectar ningún acento extraeuropeo—. Creo que hay bastantes indicios para sospechar que las declaraciones escritas del testigo fueron firmadas bajo coacción.

El juez facialmente descompensado mira fijamente al testigo desde detrás de sus gafas y le pregunta si ha firmado alguna declaración bajo alguna clase de coacción. Le recuerda que está bajo juramento. Una parte de la atención del público desviada hacia el fondo de la sala regresa a la parte delantera de la sala. El testigo se frota los ojos con el dorso de la mano y sonríe sicofánticamente y mira a Aníbal Manta. Que está sentado en la primera fila del público. Con una camiseta de la formación clásica de los X-Men por debajo de la americana. El testigo se encoge de hombros.

LA FIESTA DE LAS POLICÍAS CORRUPTAS

Por el suelo del Salón Privado del nivel superior de El Lado Oscuro de la Luna hay diseminado un uniforme de policía corrupta de los que se usan cada año para la Fiesta de las Policías Corruptas. A pocos metros del lugar donde Aníbal Manta está practicando el acto sexual con la joven propietaria del uniforme, actualmente desnuda. El uniforme se compone de seis piezas de ropa: una gorra de policía, una camisa de manga corta, una minifalda de cuero, un par de zapatos de tacón de aguja y un tanga de algodón blanco. La forma en que Manta y la propietaria del uniforme están practicando el acto sexual sobre uno de los sofás del salón es la siguiente: Manta sentado con los pantalones en los tobillos y los brazos extendidos sobre el respaldo del sofá y la joven sentada encima de él con las piernas a ambos lados de su cuerpo y los brazos apoyados en sus hombros. Del piso de abajo viene el latido amortiguado pero continuo de la música de baile.

—¿Señor Manta? —dice una voz femenina desde el otro lado de la puerta cerrada con llave del Salón Privado de El Lado Oscuro de la Luna. En su voz hay un matiz que podría transmitir alguna clase de temor o tal vez de incomodidad general—. Perdone que le moleste. Es posible que tengamos un problema abajo.

Los signos de fatiga física en la joven que está practicando el acto sexual con Aníbal Manta empiezan a ser evidentes. Manta no sabe por qué le resulta prácticamente imposible tener erecciones satisfactorias aun cuando sus parejas sexuales son jóvenes atractivas de Europa del Este como las bailarinas de El Lado Oscuro de la Luna. Aun cuando no tiene delante a otros hombres que cuyo vigor sexual o tamaño genital provocan en él la sensación familiar de estrés emocional. Aun en situaciones de bajo estrés emocional. Manta gira la cabeza hacia un lado y consulta la hora en su reloj de pulsera. Está claro que lo que siente cuando practica el acto sexual no es lo que debería. El mero hecho de que la joven bailarina esté intentando con todas sus fuerzas hacerle llegar al clímax le molesta y le hace sentirse incómodo. Aunque sea una joven de diecinueve años excepcionalmente atractiva. Aunque no se pueda negar que sea hábil y tenga un vigor sexual considerable. En ese sentido, el señor Bocanegra siempre ha sido partidario de pagar más dinero para conseguir bailarinas de primera calidad. Es como si todo el vigor sexual y los esfuerzos de la bailarina crearan en Manta una sensación de presión psicológica y de tensión emocional que paradójicamente le impiden alcanzar ese nivel de satisfacción que su compañera sexual tanto está esperando de él.

—¿Señor Manta? —repite la voz desde el otro lado de la puerta cerrada—. Tenemos un vigilante en el suelo. Creo que tiene la nariz rota. Cuesta de ver con tanta sangre.

Los movimientos de la bailarina encima de Aníbal Manta se han ido volviendo cada vez más lentos y entrecortados a lo largo de los casi cuarenta minutos de su acto sexual. Ahora Manta le da una palmada en la nalga y la coge con sus manos enormes y la levanta de encima de su regazo como si estuviera levantando a un niño pequeño. La bailarina se desploma sobre el sofá con las piernas temblorosas. Manta enciende un cigarrillo y expulsa una bocanada de humo con la mirada fija en la puerta cerrada. Es cierto que los actos de violencia le resultan en todos los sentidos mucho más satisfactorios que los actos sexuales. Se trata de algo que su psicólogo parece encontrar no solamente interesante en sí mismo, sino también indicativo de muchas otras cosas sobre las que a Manta no le gusta reflexionar. En general, a Manta le resulta pesado y también un poco irritante cuando a su psicólogo le da por explayarse sobre esta cuestión. La persona que está al otro lado de la puerta cerrada da una serie de golpes vacilantes en la misma.

—Ten, bonita. —Le tira un fajo de billetes enrollados a la bailarina temblorosa—. Recuérdame que te invite a una copa abajo después. O a dos.

La bailarina se arrastra hasta una de las mesillas de cristal y esnifa una línea de cocaína. Se sorbe la nariz y estira el cuello en todas direcciones como hace la gente que tiene el cuello agarrotado. Manta sigue fumando con los pantalones en los tobillos. Ya ha desaparecido todo signo de cualquier erección, satisfactoria o no, que pudiera haber tenido durante los últimos cuarenta minutos. La bailarina recoge el tanga de su uniforme de la moqueta y se lo pone levantando primero una pierna y después otra y va a abrir la puerta. Manta camina hasta la puerta del Salón Privado con esos pasitos cortos con que camina la gente que tiene los pantalones en los tobillos. Unos pasitos que hacen pensar en pingüinos. En general, no entiende por qué demonios tiene la gente que molestarlo llamando a la puerta cuando él ha dejado bastante claro que nadie venga a llamarle a la puerta de los cojones.

—Estoy esperando una buena explicación —le dice Manta a la camarera que hay al otro lado de la puerta del Salón Privado. La camarera no lleva ningún uniforme de policía corrupta. La camarera lleva unos minishorts blancos y está masticando chicle y tiene los brazos en jarras—. Así que ya puedes empezar.

La camarera hace un gesto con las manos que puede transmitir algo parecido a la impotencia.

—Se ha subido a una de las torres —dice la camarera—. Con un bate que traía. No sabemos cómo bajarlo. Uno de los vigilantes está fuera de combate. El otro ha recibido varios golpes, pero parece que se pondrá bien. Las chicas le están poniendo hielo. Y creo que un bailarín tiene el brazo roto. Creo que tenemos un problema. Teniendo en cuenta que faltan un par de horas para la fiesta. Hay un par de mesas rotas y varias sillas y el cristal de la barra —dice. Se detiene para mirar cómo la bailarina termina de recoger su uniforme del suelo y sale por la puerta—. Nuestro problema ha llegado bastante cocido hace una hora y ha seguido bebiendo. Después ha agarrado por el pelo a una de las chicas y la ha arrastrado e intentado meterle el...

—Se encoge de hombros—. Bueno, es igual. Entonces es cuando el bailarín ha intentado pararlo y ha acabado con el brazo roto —frunce el ceño—. No, espera. Eso ha sido después, cuando ha tirado la silla por encima de la barra.

Manta sigue fumando en silencio. Con su pene encogido y un poco amoratado a la vista entre sus piernas enormes y peludas. En cierta manera, piensa, el destino podría estar brindándole una oportunidad maravillosa. Algo que lleva años intentando hacer y que probablemente se haya convertido en lo que su psicólogo consideraría probablemente alguna especie de angustia interior reprimida. Provocada por algo que tendría que haber hecho hace tiempo y nunca ha hecho. A fin de cuentas, no hay que menoscabar el poder curativo de ciertas acciones violentas. La camarera todavía no ha mencionado el hecho de que el señor Bocanegra está a punto de llegar en cualquier momento para presidir la Fiesta de las Policías Corruptas. Una de las fiestas más populares de El Lado Oscuro de la Luna. Se esperan visitantes de todo el país y también otros que han hecho reservas desde Francia e Italia. Se espera a un grupo importante de pasajeros de un crucero de lujo atracado en Barcelona. Se ha instalado un telón de fondo de temática carcelaria y dos plataformas elevadas con focos reflectores en lo alto que imitan la forma de las torres de vigilancia de las prisiones. Para que las chicas bailen encima de las mismas. La idea se le ocurrió a Bocanegra después de visitar un espectáculo en Amsterdam donde las chicas bailaban con locos reflectores en las manos.

—El señor Bocanegra puede llegar en cualquier momento —dice la camarera. Infla un globo con su chicle y lo hace explotar casi de inmediato—. Por si no tuviéramos bastantes problemas.

Aníbal Manta suspira y se sube los pantalones. Dos minutos más tarde y dos pisos más abajo, el ascensor privado para el personal y la dirección de El Lado Oscuro de la Luna deja a Manta en el interior de la barra circular del Salón Eclipse. Una docena de chicas vestidas con uniformes de policías corruptas permanecen parapetadas detrás de la barra del bar junto con las camareras y el cuerpo inerte de uno de los guardias de seguridad del local. A la altura de las caderas, las policías corruptas llevan un cinturón con un receptáculo habilitado para llevar las porras de sus uniformes policiales. En los receptáculos para las porras, las policías corruptas llevan consoladores largos de látex de punta doble. El guardia de seguridad fuera de combate tiene la cara llena de sangre y un agujero donde debería tenerlos dientes incisivos superiores. Manta recoge un trozo de silla de la moqueta y se lo queda mirando con cara pensativa.

—Dice que va a incendiar el local —le dice la camarera a Manta. Con los brazos nuevamente en jarras. La camarera parece pensar que los brazos en jarras constituyen una postura adecuada para los momentos de conflicto laboral y tensión emocional—. Y huele que apesta. Algunas de las chicas estaban pensando que tal vez habría que llamar a la policía.

Manta se queda mirando a las bailarinas vestidas de policía que están considerando la opción de llamar a la policía. Las bailarinas bajan la vista. Obviamente avergonzadas. Una de ellas está estrujando un trapo empapado en agua encima de la cabeza del guarda de seguridad inconsciente. Manta camina hasta la tarima del escenario dominada por una gran pancarta que dice «La fiesta de las policías corruptas» y levanta la vista.

En lo alto de una de las dos torres provistas de reflectores del decorado carcelario, vestido con su chándal marca Umbro del que cuesta ya ver que en algún momento original fuera simplemente blanquiazul, Juan de la Cruz Saudade lo saluda con la mano que sostiene su bate de béisbol. En la otra mano tiene una lata de gasolina.

—Manta. —Saudade levanta la voz desde su posición elevada en la torre—. Ya sé que no me han invitado a la fiesta, pero he decidido venir igualmente. Yo antes era policía. De todas maneras, ¿quién quiere venir a esta pocilga? —Hace un gesto amplio con el bate de béisbol rotulado con la inscripción «mato culés» en dirección al recinto de El Lado Oscuro de la Luna—. Solamente me quedaba una pizca de gasolina en el depósito del coche, así que he decidido usarla para algo útil.

Manta calcula las posibilidades de subir por el andamio que conforma el cuerpo de la torre y reducir a Saudade sin recibir un golpe posiblemente letal en la cabeza con el bate. La situación es ciertamente una ocasión de oro. La ocasión perfecta para darle a Saudade esa paliza que tan positiva sería para la evolución psicológica de Manta. Una paliza con huesos rotos y rasgos faciales alterados de forma permanente. Tal vez con lesiones espinales que dejaran al hijo de *puta* de Saudade en una silla de ruedas durante el resto de su vida. El percance, después de todo, merece una paliza así. Y dejar a Saudade convertido en un montón de huesos rotos en el suelo sin duda le haría avanzar muchos meses de golpe en su terapia. Pero la cuestión es cómo hacerlo.

—Pégale un tiro —le grita alguien desde el interior de la barra circular del Salón Eclipse—. Apúntale a la pierna.

Manta se frota la barbilla con cara pensativa. La barbilla de Aníbal Manta es mucho más grande y ancha y dura de lo que suelen ser las barbillas humanas. Pegarle un tiro a Saudade es ciertamente una opción viable. Y probablemente se rompería algún hueso en la caída. Pero no es realmente lo mismo que poder agarrarlo con las manos y notar cómo los huesos y los rasgos faciales se hunden bajo el peso de los propios puños. Se pregunta si podría existir tal vez la posibilidad de hacerse con alguna clase de casco y trepar por la estructura de la torre a salvo de los golpes del bate. Pero no termina de verlo claro. La música de baile continúa aporreando rítmicamente en el sistema de sonido atronador del recinto. De pie frente a los andamios de la torre, Manta se siente como un estudiante poco aplicado frente a un problema de lógica compleja que hay que resolver para aprobar el curso académico.

—Eh, Manta. —La voz de Saudade suena ligeramente cantarina desde lo alto de la torre—. ¿Les has contado que a tu mujer se la cepillan todos tus vecinos? El bloque

entero. Menos Manta, claro. No me sorprende. —Hay una pausa mezclada con el ruido de una tos procedente de lo alto de la torre. O tal vez de arcadas. A Manta le caen encima unas gotas de algo viscoso. Después se vuelve a oír la voz pastosa de Saudade—. Ya lo creo. Una chica lista, tu mujer.

Manta agarra con sus manos gigantescas el andamio de la torre. Con la cara convertida en una mueca de estrés emocional. La forma en que agarra las barras de acero del andamiaje de la torre recuerda poderosamente la forma en que determinados grandes monos agarran los barrotes de sus jaulas en el zoológico cuando están realmente furiosos. Mirando con cara asesina a través de los barrotes. Y es entonces cuando Manta nota algo extraño a su espalda. No exactamente un silencio, porque la música sigue sonando a todo volumen. Pero los gritos y las amenazas de las camareras y bailarinas parapetadas tras la barra se han interrumpido de repente. Indicando que algo acaba de pasar en el Salón Eclipse. Manta se gira despacio para echar un vistazo por encima del hombro. Sin soltar las barras de acero de la torre.

El señor Bocanegra, Empresario del Espectáculo barcelonés y dueño de El Lado Oscuro de la Luna, está de pie en la puerta de entrada del Salón Eclipse. Flanqueado de estatuas. Impresionante con su abrigo de piel claramente femenino. Posiblemente de piel de visón o de marta cibelina. Plantado en la puerta con los brazos en jarras y el ceño fruncido en medio de su frente enorme y reluciente.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —Bocanegra se queda mirando los restos de sillas, mesas, botellas, bandejas y otros objetos que hay diseminados por la moqueta de color oscuro—. ¿Qué hace todo esto tirado por el suelo?

La música suena a todo volumen durante un momento largo sin que nadie conteste al dueño del local. Alguien le hace una señal con la mano por encima de la barra llena de cristales rotos. Bocanegra camina hasta la barra de El Lado Oscuro de la Luna y se asoma al otro lado. Se queda mirando primero al contingente de bailarinas y camareras acucilladas y después al guardia de seguridad todavía inconsciente y al que le resbalan churretes de agua sanguinolenta por la frente y las mejillas.

—Tenéis tres segundos para explicarme qué está pasando. —Bocanegra vacía de un trago uno de los pocos vasos intactos que queda sobre la barra—. O aquí va a haber recortes de plantilla.

Varias de las bailarinas salen de su parapeto y corren a refugiarse detrás de la espalda de Bocanegra. Al pie de la torre, Aníbal Manta carraspea y mueve un poco los pies nerviosamente como un niño de metro noventa al que le han vuelto a sorprender en un lugar donde no debería estar. Bocanegra levanta la vista en la dirección que señalan los dedos de las chicas parapetadas detrás de él. Todavía lleva puesto el abrigo de estilo claramente femenino y se está frotando las manos para entrar en calor.

—Uuuh, qué miedo —dice Saudade en tono de burla desde lo alto de la torre—. El señor Bocanegra. ¡Oooh, es un mafioso de verdad! ¡Puede hacer que nos rompan las rodillas! —Se lleva las yemas de los dedos a las mejillas tal como hacían las actrices de los años veinte para transmitir terror—. Pues a mí no me das miedo, *gángster* de pacotilla. —Sostiene su lata de gasolina en alto con cara de orgullo—. Ha llegado la hora de bajarte los humos, calvo de mierda. Llevas años riéndote de mí. Pero ahora no puedes reírte de mí, ¿verdad? Parece que ha llegado la hora de negociar. —Le da un beso a la lata de gasolina que está a punto de hacerle perder el equilibrio—. Si no quieres que te quemé el local, claro.

Nadie dice nada durante un momento largo. En el Salón Eclipse de El Lado Oscuro de la Luna no solamente hay sofás de terciopelo y plafones de madera y estatuas. También hay tapices en las paredes y grabados y láminas enmarcadas que representan en su mayoría desnudos femeninos y también escenas clásicas con presencia de faunos y ninfas y mujeres de cuerpos rollizos y lechosos que huyen de hombres fornidos en escenarios boscosos. El decorado del escenario representa una especie de callejón trasero y adyacente a la pared de una cárcel. Con un cubo de basura y una farola antigua.

—Aníbal —dice Bocanegra. Sin quitar la vista de lo alto de la plataforma para las bailarinas transformada para la ocasión en torreta penitenciaria—. Tráeme el hacha. Y tú —le dice a Saudade—, de todos los cretinos que he tenido trabajando para mí a lo largo de mi vida, tú eres el más asquerosamente cretino de todos. Habría que darte un premio. Felicidades. Y ahora vamos a negociar. —Bocanegra se quita el abrigo femenino. Se lo da a una de las bailarinas y a continuación procede a quitarse la americana y remangarse la camisa—. La única diferencia es que mi hacha va a negociar en mi nombre. Puedes considerarla mi representante personal.

Bocanegra coge el hacha que Manta le acaba de traer del otro lado de la puerta situada junto a la barra del bar que dice «privado - solamente empleados» y se da una serie de golpecitos pensativos en la palma de la mano con el mango del hacha. Sus antebrazos son tan peludos que en algunos puntos su piel parece cubierta de alguna clase de tela negra y tupida. Su boca está fruncida en una mueca por debajo de su bigote que podría transmitir furia pero que también incluye un elemento de entusiasmo cruel difícil de pasar por alto. Su forma de tomar impulso para asestar el primer golpe recuerda a la forma en que toman impulso los golfistas antes de enviar una pelota larga. Con un movimiento de rotación de todo el torso superior acompañado de una oscilación de los brazos.

El primer hachazo a la estructura de la torre hace temblar toda la estructura y devuelve un ruido de metal contra metal que hace rechinar los dientes. Alguien suelta un silbido de admiración. Alguien comenta que después de todo es de suponer que la Fiesta de las Policías Corruptas se puede hacer con una sola torre de vigilancia. Saudade se agarra con una mano a la estructura parecida a un andamio y con la otra se pone a palparse los bolsillos con expresión frenética.

—Un momento —grita, desde lo alto de la torre—. ¿Alguien tiene unas cerillas?
El siguiente hachazo hace que empiece a desprenderse trozos de la base de la torre.

ALEMÁN PARA TONTOS

El Aeropuerto del Prat a primera hora de la mañana es un revuelo de hombres con traje de negocios y mujeres con traje chaqueta que salen de sus taxis con los teléfonos móviles pegados a la oreja y recogen sus tarjetas de embarque en las máquinas expendedoras para ejecutivos de la terminal del puente aéreo. Hay parejas de policías nacionales que escrutan las terminales con caras soñolientas en busca de terroristas. Hay estudiantes femeninas de intercambio invariablemente rubicundas y saludables que arrastran tras de sí montañas de maletas en carros con ruedas. Con caras de cansancio feliz. En medio de todo el revuelo ejecutivo de la primera hora del aeropuerto, Pavel abre su pasaporte falso por la página donde está su fotografía y contempla su nueva identidad. Confía en que los ejercicios idiomáticos que ha estado haciendo durante las dos últimas noches solucionen cualquier vicisitud idiomática que pueda surgir en su trayecto.

Pavel está en la cola de facturación del vuelo 733 de British Airways a Londres con enlace a Kingston, Jamaica. Con un café dentro de un vaso de poliestireno en la mano. Empujando con los pies su maleta al ritmo del avance tortuoso de la cola. La mayoría de sus compañeros de vuelo son hombres jóvenes ingleses con cara de haber bebido mucho la noche anterior. Un tipo con la cabeza rapada y una camiseta del Chelsea está vomitando en una bolsa que tiene en las manos y que no es una de esas bolsas de papel que dan en las líneas aéreas para que uno vomite. Es una bolsa normal y corriente de una tienda de souvenirs. También hay un par de hombres indostaníes muy serios con aspecto de terroristas internacionales, pero nadie que Pavel pueda ver con aspecto de ser jamaicano o de dirigirse a Jamaica. Hay alguien en la cola que lleva un disfraz de conejo de cuerpo entero de esos que se han puesto de moda este invierno en la ciudad. Pavel da un sorbo a su vaso de poliestireno lleno de café. El traje que lleva es alquilado. Solamente ha tenido que pagarla fianza y ahora podrá poseerlo durante el resto de su vida. En Jamaica. Debido al hecho de que Pavel es muy alto y muy delgado y solamente le sientan realmente bien los trajes hechos a medida, el traje de lana color gris claro que lleva le viene un poco holgado a la altura del trasero y las perneras. Una empleada de British Airways se dedica a examinar la cola del vuelo 733 y a pedir la documentación a los pasajeros que le parecen susceptibles de no ser quienes dicen ser. Al pasar junto a Pavel sonríe y señala su maleta con la cabeza.

—¿Va a Jamaica? —dice la empleada de British Airways.

—Sí.

—Muy adecuado —dice ella. Señalando la cabeza de Pavel—. El peinado.

Quince minutos y un vómito británico de emergencia más tarde, Pavel llega empujando su maleta con los pies al frente de la cola. En la zona policial cercana reservada a los cacheos, el conejo gigante se está quitando su disfraz de conejo de cuerpo entero para que lo registren. Pavel deja sus documentos sobre el mostrador. La azafata encargada de la facturación recoge su pasaporte falso y su billete de avión y lleva a cabo esa operación visual clásica de los aeropuertos que consiste en mirar alternativamente la fotografía del pasaporte y a su dueño, sin que ninguno de los matices de su mirada revele elementos de recelo.

—*Guten Morgen, Herr Schumpfpeter. Sie reist nach Jamaica?*

Pavel asiente con cautela.

—Mathias —dice.

—¿Cómo dice? —La azafata de facturación levanta la vista.

—Digo que puedas llamar a mí Mathias.

Pavel intenta hablar en un tono que transmita seguridad en sí mismo. Así es como él imagina que deben de hablarlos alemanes. Transmitiendo en todo momento seguridad en sí mismos.

La azafata coge el billete de avión del mostrador y se pone a teclear en su terminal informática. Mirando fijamente la pantalla. Pavel coloca su maleta en la cinta transportadora para maletas, que en ese momento se encuentra inmóvil. Las comprobaciones que la azafata de facturación está llevando a cabo sobre su billete parecen estar durando más tiempo del necesario, piensa Pavel, pero a fin de cuentas se trata de una clase de comprobaciones que siempre dan la impresión de durar más tiempo del que haría falta. Pavel sonríe e intenta replicar la expresión facial de la foto que su proveedor le ha puesto en el pasaporte falso. A su espalda, algunos de los pasajeros del vuelo 733 de British Airways empiezan a dar muestras de impacientarse. En algún lugar de la fila se oye un par de arcadas y luego el ruido vagamente líquido que indica que alguien está vomitando.

—Señor Schumpfpeter —dice la azafata al cabo de un lapso de tiempo que parece mucho más largo de lo que sería necesario para una comprobación de reserva rutinaria—. Hay un problema con su reserva.

Pavel mira de reojo a su alrededor. No parece haber agentes de policía ni miembros de cuerpos de seguridad privados acercándose con esposas en la mano ni golpeándose las palmas de las manos con sus porras. Aunque su sonrisa sigue en el mismo sitio, todo el cuerpo de Pavel parece haber adquirido de repente esa tensión elástica de los atletas que están en sus marcas para echar a correr en cuanto suene la pistola del juez de pista.

—Señor Schumpfpeter —dice la azafata de reservas—, parece que tenemos un problema de *overbooking*. Su asiento en el vuelo Londres-Kingston ha sido reservado por otro pasajero. —La azafata habla sin apartar la vista del monitor ni dejar de teclear. Pavel nota una especie de agarrotamiento en la región cervical—. Perdone las molestias, señor Schumpfpeter. Por suerte, el avión no va lleno. Podemos ofrecerle un

asiento en primera clase. Si no le importa la molestia, claro. —La azafata levanta la vista durante un segundo y espera a que Pavel niegue con la cabeza—. Bien. En ese caso, espere un momento y le emitiremos otro billete para que pueda recoger su tarjeta de embarque en Londres.

Pavel gira la cabeza y le dedica una sonrisa de disculpa a la mujer inglesa de cara avinagrada que está detrás de él en la cola y que ahora lo está mirando con cara de desprecio. Se trata de esa sonrisa de disculpa que uno dedica a la gente que está detrás de uno en una cola en un lugar público durante una situación de conflicto involuntaria. Para dejarles claro que uno no es el culpable de las molestias. O para intentar crear una situación de solidaridad general entre miembros de la cola. La mujer de cara avinagrada aparta la vista. La azafata de facturación está agitando el billete sobre el mostrador para recuperar la atención de Pavel.

—Señor Schumpfpeter —dice. Le entrega varios papeles dentro de esa especie de fundas de papel corporativas de las líneas aéreas—. Aquí tiene su tarjeta de embarque. Ahora siga a esa azafata de ahí y le daremos su nuevo billete.

Pavel mira en la dirección en que está señalando el brazo de la azafata de facturación por encima del mostrador. La segunda azafata de British Airways que se acerca caminando con una sonrisa al mostrador de facturación es idéntica a la primera salvo por el hecho de que es más rolliza y lleva un *walkie-talkie* muy grande en la mano.

—¿Señor Schumpfpeter? —dice la nueva azafata—. Acompañeme a la zona de billeteaje. Allí le daremos su nuevo billete.

Pavel cruza la terminal detrás de la segunda azafata, dejando que su mirada deambule por los grupos de ejecutivos con teléfonos móviles y las patrullas de vigilancia soñolientas y las estudiantes de intercambio saludables que arrastran sus montañas de maletas. De vez en cuando, algún hombre se ofrece para ayudar a una de las estudiantes de intercambio y entre los dos transportan el carro abarrotado entre risas y comentarios de simpatía intercultural. Casi todos los hombres árabes o indostaníes tienen aspecto de terroristas internacionales. Todos los empleados del servicio de limpieza del aeropuerto tienen auriculares en los oídos. Pavel lo observa todo con esa expresión entre arrogante y desconcertada de quien está convencido que no va a volver a pisar ese lugar y que si todo va bien pasará el resto de su vida en un lugar mucho mejor. Con muchas más palmeras. Con casas de colores que recuerdan los colores de los loros y otros pájaros tropicales. Con calles urbanas sin asfaltar donde la gente pone sus tenderetes de venta de fruta y sus hamacas para dormir la siesta o simplemente para charlar con el vecino. Con ese ruido perpetuo de grillos que invita a dormir la siesta. Y con la mejor música del mundo. La música fue lo que empezó todo. En los actuales planes de reestructuración vital de Pavel.

La azafata se detiene delante de las oficinas de billeteaje de British Airways. Todavía cerradas. Un letrero dice que la apertura del servicio de billeteaje tiene lugar a las nueve y media de lunes a viernes. La azafata abre una puerta lateral de las oficinas

con una llave magnética en forma de tarjeta de crédito y lo invita a entrar en una especie de sala de espera. Los asientos para sentarse a esperar están tapizados con el esquema de color corporativo de British Airways. No hay ceniceros. No hay hilo musical. Hay montones de revistas en mesillas de cristal. Y un individuo sentado en uno de los asientos leyendo una revista. Pavel se sienta delante del otro pasajero en espera y se saca del bolsillo de atrás su ejemplar de *Alemán para tontos*. La azafata se marcha por otra puerta. La cara del individuo que Pavel tiene sentado delante está tapada por la revista que está leyendo. Pavel se encuentra practicando interiormente la pronunciación de las expresiones «Ich bin ein Ausländer» y «Wo ist die Diskothek», moviendo los labios para articular las palabras en silencio, cuando se le ocurre levantar la vista. La revista que está leyendo el hombre sentado delante es una revista de automovilismo. A Pavel se le cae el método de aprendizaje de alemán al suelo.

—No te enfades conmigo. —El comisario Farina baja la revista que está leyendo y se la guarda en el bolsillo de la cazadora. Con cara de buen humor soñoliento—. Habíamos pensado en trincarte cuando llegaras a casa ayer, pero resulta que los franceses le habían puesto una orden de busca y captura al idiota que te compró las joyas. Hay que ser amable con los vecinos. —Se encoge de hombros—. De todas maneras, no queríamos quitarte todas estas horas de ilusión. Esta noche maravillosa que has pasado. Estas horas de felicidad cortesía de la Jefatura de Policía de Barcelona. —Hace el gesto de ponerse una medalla en la pechera de su camisa. La camisa del comisario Farina, igual que el resto de su indumentaria, tiene aspecto de haber sido comprada por catálogo durante una pausa para el café—. Te queremos, Bob Marley. Por cierto. —Echa un vistazo a la indumentaria de alquiler que lleva puesta Pavel—. Alguien tendría que haberte dicho que los alemanes no llevan esa clase de zapatos.

LOS AÑOS DE LA IMPOSIBILIDAD FÍSICA

Iris Gonzalvo enciende su cigarrillo poscoital con los ojos guiñados y la boca un poco torcida. De esa forma en que la gente enciende sus cigarrillos cuando están acostados horizontalmente sobre camas revueltas y sudorosas. Sobre todo sus cigarrillos poscoitales. Expulsa la primera bocanada de humo y gira la cabeza para mirar a Lucas Giraut, que está acostado a su lado. Desnudo salvo por unos calcetines.

—Ha sido horrible —dice—. Tal vez el peor de mi vida. No he sentido absolutamente nada. Por no mencionar la duración y el aburrimiento. He estado a punto de coger una revista. ¿Es que nadie te ha dicho que ya nadie folla en esa posición? Me caían gotas de tu sudor en la cara.

Iris Gonzalvo se vuelve a llevar el cigarrillo a los labios. A pesar de todo lo que está diciendo, Giraut no puede ver en su cara ningún elemento de irritación ni de resquemor. Tampoco esa expresión divertida con que los individuos de un mismo grupo de edad y del mismo género se cuentan anécdotas sexuales graciosas.

—Nunca había visto a nadie tan poco flexible —dice ella—. O que pareciera tan a punto de tener un ataque al corazón.

Desde la cama, tumbado boca arriba, Lucas Giraut puede ver las vigas de madera y el techo alto y ligeramente abovedado de lo que algún día fue una estancia de un palacio ducal. Tal vez el dormitorio de un duque, o la biblioteca de un duque. O el cuarto de baño de un duque. O el salón de los trofeos de pesca de un duque. Giraut se imagina el dormitorio donde está con las paredes cubiertas de trofeos de pesca y fotografías de expediciones pesqueras. Con piezas de pesca disecadas y montadas sobre platonos de madera. Con peces espada de dos metros. Con el atún rojo más grande del Mediterráneo. Con fotografías en blanco y negro que muestran a gente con chalecos de bolsillos. Un escalofrío le recorre la espalda.

—Lo siento mucho. —Lucas Giraut coge con dos dedos el cigarrillo que le ofrece Iris Gonzalvo—. Supongo que estás acostumbrada a hacerlo con otra clase de hombres.

Iris Gonzalvo se queda mirando a Lucas Giraut con cara de no acabar de entender. Giraut se encoge de hombros. En su opinión, el acto sexual requiere una intensidad de esfuerzo físico y un vigor prácticamente incomprensibles en relación con la naturaleza efímera e inefable de la gratificación. Por no hablar de los juegos preliminares. Por no hablar de lo difícil que resulta hacerlo todo bien y provocar en la pareja sexual una satisfacción que garantice su deseo de conservarlo a uno como pareja sexual. A Lucas Giraut le parece un misterio cómo consigue la gente resolver las situaciones sexuales y conservar a su lado a sus parejas. Todo ello sin menoscabo del atractivo sexual de Iris Gonzalvo. Que es un atractivo sexual innegable.

—¿Te has tirado a esa niña? —Iris Gonzalvo levanta una pierna en ángulo recto sobre su cuerpo y se dedica a repasar con una uña las minúsculas imperfecciones del depilado de sus piernas—. Si te la has tirado, puedes decírmelo. Yo he visto de todo. Tampoco serías el primer hombre que conozco que hace algo así. Me refiero al hecho de follar con niñas de doce años.

Giraut da una calada al cigarrillo con cara pensativa y se lo devuelve a su compañera sexual. No está muy seguro de por qué Iris Gonzalvo tiene el pubis afeitado y perfectamente liso. De una forma que no sugiere en absoluto asociaciones infantiles. Tampoco entiende muy bien cómo ha llegado a tener todos esos tatuajes en esas partes tan privadas. No le parece muy probable que haya entrado en un salón de tatuajes y se haya desnudado por completo y se haya señalado las partes íntimas y luego se haya tumbado a esperar a que se los hagan. Aunque también admite para sí mismo que podría estar equivocado en ese sentido.

—Todo el mundo cree que sí. —Giraut expulsa una bocanada de humo—. Menos Marcia, supongo. La madre de la niña. Valentina dice que su madre se quiere casar conmigo. Nunca hemos hecho nada sexual. Me refiero a la hija. Bueno, o a la madre. Nos gusta sentarnos a charlar en el jardín. A veces en invierno ponemos una estufa de esas portátiles. Nos inventamos historias. Como por ejemplo que somos muy poderosos y podemos matar a la gente. A la gente que nos molesta o a la gente que odiamos. Gente como mi madre y su abogado. Valentina es una niña muy especial. Quiere ser escritora. Es muy inteligente. Podría sacar las mejores notas de su escuela, pero ella quiere sacar malas notas. Es de esa clase de gente. Gente especial. A veces se enfada mucho. Quiero decir que tiene ataques de nervios. Ahora los médicos dicen que tiene esquizofrenia, pero yo no lo creo. Yo creo que está enfadada. Y haciéndose mayor. Hacerse mayor no es fácil. No lo fue para mí. —Hace una pausa y se queda mirando la pierna levantada en ángulo recto de Iris Gonzalvo. Iris es flexible y esbelta y uno tendría que estar muy mal de la cabeza para decir que no tiene un atractivo sexual muy excepcional—. Una vez dije en la escuela que había visto que un hombre se tiraba a la incineradora de basura del sótano. Vino la policía y vaciaron la incineradora y examinaron todos los restos y hasta dijeron que habían encontrado un trozo de hueso del hombre. Después se dieron cuenta de que era un hueso de pollo. Entonces fue cuando la pusieron a hacer terapia. Y lleva así desde los ocho años. Es difícil explicar por qué hace esas cosas.

Iris Gonzalvo baja la pierna que tiene levantada en ángulo de noventa grados respecto a la horizontal de la cama. Se da la vuelta sobre el costado y se apoya en un codo. Mirando a Lucas Giraut.

—No sé por qué me gustas —dice. La postura en que está acostada de lado y apoyada en el codo no le permite encogerse de hombros, pero su movimiento con el cuello se parece a un encogimiento de hombros o por lo menos transmite la misma sensación—. Eres raro y no demasiado guapo y follas fatal. Nunca había visto nada así. Pero creo que me gustas. No estoy segura de acordarme de la última vez. He

salido con tantos maníacos y con tantos perdedores que ni siquiera me importa que seas raro. Y no quiero decir que estemos saliendo juntos ni nada de eso. En caso de que te parezca que lo he dicho.

—No estamos saliendo juntos —dice Lucas Giraut.

—Eso es lo que digo.

Iris Gonzalvo se sienta en la cama y se agacha para recoger su ropa interior. El dormitorio de Lucas Giraut no se parece a ningún dormitorio que Iris haya visto nunca. Es muy grande y tiene ventanas antiguas con parteluces y hasta un baúl de esos grandes y con remaches que salen en las películas. Si no fuera por el televisor y el vestidor separado del dormitorio por una cortina tendría la sensación de estar en una de esas películas tipo *El señor de los anillos* donde la gente vive en castillos y vuela montada en dragones. También hay un cuadro que representa a un tipo medio desnudo y atado a un poste con un montón de flechas clavadas en el cuerpo. El tipo de las flechas tiene la mirada levantada hacia el cielo y parece estar llorando y su cara alargada y respingona recuerda por alguna razón a la cara de Britney Spears. En opinión de Iris. La luz de las farolas del Casco Antiguo que entra por la ventana es de color amarillo halógeno y tiene algo de película de terror. Iris se pone unas bragas muy pequeñas y camina hasta una especie de trono antiguo y enorme de madera pintada que tiene un agujero circular en medio del asiento. Del agujero sobresale una bolsa de palos de golf. Quita los palos de golf del asiento y se sienta. Pone los brazos esbeltos sobre los brazos del trono y mira a Giraut.

—¿Esto es lo que me imagino que es? Supongo que debe de valer mucho dinero.

—Viene de Croacia. —Giraut da una calada al cigarrillo con la mirada fija en las vigas flotantes del techo ducal—. Vale unos cinco mil euros. Depende de a quién se lo vendas. Es del siglo diecisiete. Una pieza única. Solamente los miembros de la alta aristocracia podían tener uno de esos, claro. —Hace una pausa—. He estado pensando. —Se sacude un poco de ceniza que le ha caído sobre el pecho pálido y casi desprovisto de pelo—. Sobre Valentina. Quiero sacarla de la clínica. Aunque todavía no sé cómo hacerlo. Le he estado enviando capítulos de su novela favorita.

Cosidos dentro de otros libros. No le dejan leer a Stephen King. No le dejan leer nada de lo que le gusta leer. He estado hablando con sus médicos. Creo que piensan que las cosas que le gustan son las cosas que le hacen daño.

El guardarropa de Lucas Giraut se extiende a lo largo de toda una pared y tiene muchas docenas de trajes de Lino Rossi colgados. De distintos colores. Todos de la última temporada. También esa especie de cajones de lona colgantes que la gente usa para guardar los zapatos. Iris Gonzalvo saca uno de los palos de golf de la bolsa y finge que hace un *swing* con los dos brazos. Sentada en el retrete croata del siglo XVII. Su cuerpo es esbelto y su pubis es liso y suave y Lucas Giraut no recuerda haber visto una mujer tan atractiva sexualmente en toda su vida.

—Nunca me han gustado mucho las cosas antiguas —dice ella—. No entiendo muy bien por qué son interesantes. En casa la cosa más antigua que teníamos era la

guía de la televisión de la semana anterior. De todas maneras era imposible que nada durara más que una semana porque Eric se lo vendía todo. Vendió casi todas mis cosas. Simplemente desaparecían. Es una cosa que hacen los drogadictos. Es un milagro que no vendiera nuestra tele. —Pone los pies encima del asiento del retrete croata de madera antigua policromada y se abraza las rodillas—. Ni siquiera Eric se atrevió a vender la tele. Al final no teníamos más que un colchón y las lámparas y la tele. Aunque es más de lo que tengo ahora. No sé dónde voy a vivir. Llevo diez días en casa de mi amiga y no tengo dinero.

Lucas Giraut continúa concentrado en los detalles arquitectónicos del techo de la segunda planta del palacio ducal. La verdad es que no tiene recuerdos de la separación de sus padres. Lo único que parece quedar en su mente de su primera infancia son impresiones borrosas de destellos dorados procedentes de muebles-bar y lanzamientos violentos de objetos. Vislumbres de la cara aterrada de su padre en la ventana del Salón de los Trofeos de Pesca. Vista con prismáticos desde una ventana del Ala Norte. Los invitados sentados entre los peces disecados y las fotografías en blanco y negro de gente con chalecos de bolsillos. La cara ya arborescente de Fonseca vista desde esa perspectiva desde la que perciben las cosas los niños. Más o menos desde la altura de la cintura. Material abandonado en las zonas en desuso de la mente. Una de las razones posibles por las que Lucas Giraut no recuerda la separación de sus padres es que esta tuvo lugar en los años de la Imposibilidad Física de la Coexistencia de los Padres en la Misma Sala. En algún lugar impreciso que Giraut sitúa en torno a las muertes históricas de Rock Hudson y el ayatolá Jomeini.

—Puedes venirte a vivir aquí. —Giraut se incorpora a medias y busca a tientas el paquete de tabaco que hay en su mesilla de noche. Ha oscurecido muy deprisa y ahora el dormitorio está iluminado solamente por la luz amarilla halógena y vagamente terrorífica de las farolas del Barrio Gótico que entra por las ventanas con parteluz—. No me refiero a vivir conmigo como si fuéramos novios o como si viviéramos juntos como una pareja. Pero en este apartamento hay mucho sitio. Puedes quedarte en una de las habitaciones. Hasta puede ser bueno para nuestra misión. —Se gira para mirar a Iris, que sigue sentada y abrazándose las rodillas en el retrete del siglo XVII—. Podemos preparar juntos tus visitas al señor Travers. Te puedo dar algunas clases privadas de historia del arte. Para perfeccionar tu papel y todo eso. Por lo menos hasta que se decida a comprar los cuadros.

Iris Gonzalvo mira a Lucas Giraut con una cara no exenta de simpatía. Su cuerpo tiene tatuajes y *piercings* en sitios donde Giraut no tenía la menor idea de que la gente se podía hacer tatuajes y *piercings*. En sitios que no quedan al descubierto ni siquiera con ropa de verano.

—Hay algo que no me cuadra en toda esta historia. —Iris estira el brazo al máximo para coger el cigarrillo encendido que le está ofreciendo Giraut desde la cama—. No entiendo qué hace un tipo como tú trabajando con un tipo como Bocanegra. Es muy raro. Y creo que tiene algo que ver con tu padre. Con eso que le

pasó a tu padre. Y con tus ganas de vengarte de quien sea que lo mandó a la cárcel. —Suelta una bocanada de humo y le devuelve a Giraut el cigarrillo a través del espacio que queda entre la cama y el retrete de anticuario—. Creo que estás ocultando algo. Que tienes planes que no le estás contando a nadie. No sé exactamente qué planes. Pero creo que estás planeando hacer una tontería increíble. Como por ejemplo traicionar a Bocanegra. Robarle el dinero, o los cuadros. —Se encoge de hombros—. O las dos cosas.

Lucas Giraut no dice nada. A través de los tablones del suelo se oye la vibración de la música que está escuchando Marcia Parini en el piso de abajo.

—¿Tienes alguna idea de lo que te haría alguien como Bocanegra si se enterara de lo que estás planeando? —Iris mira a Giraut con el ceño fruncido—. ¿Por qué crees que Bocanegra conoce a gente como Travers, o al tío ese que falsificó los cuadros? Porque es poderoso. Y no quiero decir solamente rico. Quiero decir que uno no puede robarle nada a esa gente y luego esconderse. Perdóname, pero no sabes nada de la gente que se dedica a cosas criminales. Yo sé unas cuantas cosas.

—Hace un par de meses encontré un libro de contabilidad de mi padre. —Giraut devuelve una vez más el cigarrillo a Iris—. Mi padre lo escondió en un sitio secreto. En el Apartamento 13. Todavía no me puedo creer que nadie lo encontrara antes que yo. Era su contabilidad secreta. La que ni siquiera aparecía en los libros de contabilidad privados de la empresa. No te imaginas la cantidad de dinero que movía mi padre. No me extraña que el libro estuviera tan escondido. Y cuando leí el libro, descubrí algo. Encontré la respuesta que buscaba. —Se incorpora para apoyar la cabeza en un brazo y así poder mirar a la cara a Iris mientras habla—. Mi padre había dejado de hacer negocios con Bocanegra tres o cuatro meses antes de que alguien lo traicionara. Todos sus tratos eran con otro tipo llamado Koldo Cruz. A Bocanegra lo habían dejado de lado. Posiblemente estaban haciendo negocios a sus espaldas. Y entonces a mi padre lo traicionaron y lo mandaron a la cárcel. Y adivina qué más. Un año después alguien puso una bomba en casa de Koldo Cruz. Y estuvo muy a punto de matarlo. ¿Lo entiendes?

Ella se lo queda mirando con cara inexpresiva.

—Es evidente —continúa Giraut—. Fue Bocanegra. Él traicionó a mi padre. Y después intentó matar a Koldo Cruz. Supongo que para protegerse. Todo encaja.

—Y ahora tú vas a traicionarlo a él —dice ella. En voz un poco más baja.

—El dinero pasará por mis manos —dice él—. Y los cuadros también. A Bocanegra se le ha metido en la cabeza que soy como su hijo. Así que confía plenamente en mí. —Hace una pausa—. Después de lo que le hizo a mi padre.

—¿Y no pensabas decirme nada de todo esto? —dice ella. En tono dolido—. Imagínate que Bocanegra piensa que yo estoy metida en todo esto. Imagínate lo que es capaz de hacerle a una chica.

Hay un momento de silencio. Pese a sus palabras, el tono de Iris Gonzalvo no es el tono irritado de alguien que acaba de comprender que forma parte de la parte

perjudicada de un plan clandestino. De hecho, se parece más al tono lastimero de alguien que acaba de ser dejado de lado por alguien hacia el cual tiene sentimientos especiales.

—Pensaba hacer más que decírtelo —dice por fin Lucas Giraut. Mirando de nuevo las vigas del techo a través de la nube de humo pálido de cigarrillos—. Pensaba llevarte conmigo cuando robe el dinero y los cuadros. A ti y a Valentina.

En los Años de la Imposibilidad Física de la Coexistencia de los Padres en la Misma Sala, los términos en que se manifestaba dicha imposibilidad eran rigurosamente estrictos. Incluso en la casa familiar de los Giraut en el Ampurdán. En las raras ocasiones en que toda la familia se desplazaba a la casa familiar del Ampurdán alias la Torre alias Villa Estefanía, Lorenzo Giraut viajaba hasta allí en su coche patriarcal personal dos días antes que el resto de la familia. Para cuando su mujer y su hijo llegaban en el coche de la empresa, él ya se había instalado en su estudio con las ventanas cubiertas con cortinas opacas y era imposible verlo más que dando paseos vespertinos ocasionales por la escollera o bien conduciendo su coche en dirección al pueblo. Vigilado por un niño con prismáticos desde una de las ventanas del Ala Norte también conocida como el Ala del Niño.

Al cabo de un momento, Iris sonrío. Señala con la cabeza la entropiada de Giraut.
—Creo que también la tienes pequeña —dice—. No estoy segura.

EL SENTIDO ÚLTIMO DE LA HISTORIA

A medida que pasan las semanas y se suceden las visitas al palacio de Travers en el corazón del París burgués y judío, Iris Gonzalvo ha terminado por acostumbrarse a las excentricidades de su anfitrión. Al extraño lugar donde Travers parece pasar todo su tiempo. Incluso a sus temas de conversación. Ahora Iris vuela un par de veces por semana a París y un coche la lleva directamente desde el aeropuerto hasta el patio porticado del palacio. La secuencia de acontecimientos es siempre la misma. Cuando están sentados los dos frente a la chimenea del salón de fumar, casi nunca mencionan el negocio que supuestamente tendrían que estar haciendo ni tampoco las Tablas de San Kieran. La mayoría de veces Travers parece contento con tenerla a su lado haciéndole compañía. Él le habla y ella escucha a medias, a veces hojeando alguna revista o catálogo de los que hay tirados por todas partes en el salón. La falta de avance en la negociación no parece contrariar a la gente para la que ella trabaja. Ni Giraut ni Bocanegra parecen nerviosos. La falta de noticias, le dice un día Bocanegra con orgullo, son buenas noticias. Esta tarde, sin embargo, una tarde absurdamente fría de finales de febrero, Iris Gonzalvo está sentada como siempre en el sillón frente a la chimenea del salón de fumar cuando Travers se pone de pie. Va a buscar un libro que hay en una de las librerías del salón y lo abre encima de la mesilla que Iris tiene delante.

—Usted es una mujer inteligente —dice Travers. Hoy parece llevar los restos de un batín de seda encima de su jersey de lana deshilachado. Toda su ropa parece haber sido rescatada de alguna clase de catástrofe natural—. Además de muy guapa. Dígame, por favor, con el corazón, ¿qué cree usted que significa este cuadro?

Iris Gonzalvo se inclina un poco para ver mejor la ilustración del libro que Travers le está enseñando. Bajo la luz insuficiente de una lámpara de mesa cubierta con un paño. El título del cuadro, de acuerdo con el pie de la ilustración, es: Y todos se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes. El cuadro muestra una especie de paisaje infernal. El cielo es negro y en el medio del mismo brilla un sol de color negro rodeado de una corona de llamas pálidas. Hay incendios en el horizonte. El paisaje rocoso está lleno de esqueletos y de gente muerta en charcos de sangre. Los supervivientes se apiñan en el interior de cuevas y en hoyos del suelo. Todos miran el cielo con cara de terror. Todos están muy pálidos. Se abrazan entre ellos. Otros están de rodillas y con las manos juntas frente al pecho, rezando. En general, está claro que se esconden de algo, pero el cuadro no da bastante información como para aclarar de qué se están escondiendo. Iris Gonzalvo reconoce la ilustración. Es uno de los cuatro cuadros cuya venta debería estar negociando desde hace semanas. Pero no tiene ni idea de qué significa. Nadie se lo ha explicado. Le han explicado

cuánto vale en el mercado internacional y cuánto subirá de precio cuando salga a la luz que las copias que tiene la Galería Hannah Linus son falsificaciones. Pero a nadie se le ha ocurrido darle una interpretación del cuadro. A ella personalmente le recuerda a las portadas de los discos de música metal que escuchaban sus hermanos cuando ella era niña.

Travers la está mirando fijamente. Iris Gonzalvo decide inventarse una respuesta. No puede ser peor que quedarse callada como una tonta, piensa. Mira la lámina del libro. Señala a la gente que se está escondiendo en las cuevas y los hoyos del suelo.

—Toda esta gente cree que se va a salvar —dice. Se encoge de hombros—. Pero lo tienen fatal. No creo que se vaya a salvar ni uno. Yo he conocido gente como esta. Mi ex novio era así.

Travers asiente, con cara satisfecha. Ahora parece estar rascando con los dedos un jirón de su batín de seda, en un gesto nervioso que probablemente a un médico le resultaría preocupante. Coge el libro con ambas manos y lo cierra. Con el libro debajo del brazo, le acerca un encendedor monografiado a Iris Gonzalvo, que lo usa para encenderse un cigarrillo. Si hay algún asomo de alivio en la cara de ella, por suerte no hay bastante luz como para que su anfitrión lo vea.

—La historia de las Tablas de San Kieran es apasionante. —Travers asiente para sí mismo. Pese a que descuidar el propio aspecto se puede entender como un rasgo de excentricismo de la gente extremadamente rica, Iris Gonzalvo no puede ver en su aspecto nada que le dé a Travers aspecto de rico excéntrico—. Tan apasionante como la historia de su autor, fray Samhael Finnegan. Aunque existe poca información sobre su vida, se dice que pintaba encerrado en su celda y sin más luz que una vela. También se dice que pasó treinta años sin salir de su celda en el monasterio de San Kieran. Parece ser que era agorafóbico y ftofóbico. Dos enfermedades mucho más comunes de lo que la gente cree. —Se dirige a su mueble bar lleno de botellas de cristal labrado de aspecto delicado. Sirve un par de copas de oporto y coge una copa en cada mano—. En su época, claro, existía también el miedo al Apocalipsis. Que se creía que llegaría en algún momento próximo al milenio. Todas estas cosas están en sus cuadros, claro. Después de su muerte, su leyenda creció por toda Irlanda. Empezaron a llamarlo el Monje Loco de Limerick. Sus cuadros eran mucho más crudos y mucho más terroríficos de lo que la gente estaba acostumbrada por entonces. Y estaba la cuestión del último cuadro. El cuarto de la serie. —Le pone una de las copas en la mano a Iris Gonzalvo—. ¿Ha oído usted hablar del cuarto cuadro, señorita DeMink?

Iris Gonzalvo da un sorbo a su copa de oporto.

—Es el que tenían tapado con una sábana —dice, recordando algo que le dijo Giraut hace un par de semanas—. El que no dejaban ver a la gente.

El señor Travers se desploma nuevamente en su sillón. Delante del fuego, uno de sus gatos está lamiéndose las patas con cara soñolienta. Iris Gonzalvo no ha vuelto a preguntar por el cuadro que hay encima de la chimenea. *El sonámbulo en la*

ambulancia. Al cabo de un mes de venir a esta sala un par de veces por semana, ha acabado por hacer su propia interpretación de la composición de manchas de colores del cuadro. Aunque tal vez sea una simple cuestión de sugestión. Todo eso de ver el hombre acostado dentro de una ambulancia. Un hombre al que por alguna razón ahora ve con barba y vestido de mujer.

—Exacto —dice Travers—. Parece que el último cuadro de la serie tardó siglos en salir a la luz. Lo tenían escondido o bien lo tapaban. En cualquier caso, no les parecía adecuado tenerlo en una iglesia. Desde el principio, los cuadros de fray Samhael se vieron como algo peligroso. Algo más que una serie de pinturas religiosas. Se dice que el mero hecho de verlos operaba cambios en el espíritu. Con el tiempo, se llegaron a considerar objetos paganos. —Se inclina hacia delante para acariciar a sus gatos con una mano extrañamente arrugada. Sus manos parecen pertenecer a una persona más vieja que el resto de su cuerpo—. Bien pensado, es un milagro que hayan sobrevivido hasta nuestros días, ¿no le parece?

Iris Gonzalvo deja a un lado la revista que está hojeando. Da una calada a su cigarrillo con los ojos entornados.

—Alguien me ha dicho que cree usted en la magia —dice—. Que tal vez quiera usted usar esos cuadros en alguna clase de ritual. ¿De verdad cree que los cuadros, ya sabe —se encoge de hombros—, tienen poderes?

—¿Le parece poco el poder de aterrorizar a la gente? ¿De hacer que nadie se atreva a mirarlos? ¿De hacer que alguien se encierre voluntariamente a sí mismo en una celda y tire la llave? ¿O de hacer que la gente robe y mate por ellos? Tal vez hay que plantear la cuestión de otra forma, señorita DeMink. —Travers levanta a uno de sus gatos en brazos. Un gato persa de ojos amarillos. Lo coge en brazos como si fuera un niño y los dos, Travers y el gato, se la quedan mirando con expresiones ligeramente burlonas—. Tal vez debamos preguntarnos si acaso importa lo que nosotros hagamos con las cosas que son como esos cuadros. Si el destino es algo que podemos doblegar con nuestras voluntades. Esa sería la verdadera magia. O bien, por lo contrario, si somos simples personajes de una historia. Y por tanto da igual donde nos escondamos. Porque el terror siempre nos alcanzará. Como a ese prometido que usted mencionaba. Yo vengo de una importante familia de magos, señorita. Empezando por mi bisabuelo, el señor Arthur Travers. Tal vez haya leído algo sobre él. Ahora bien. —Hace un gesto que parece indicar impotencia, o por lo menos cierta incógnita—. ¿Sirve de algo que usemos esos cuadros para invocar a un ángel, o a un demonio? ¿Usándolos como talismán? ¿O bien que derritamos el lienzo y la pintura y aspiremos los vapores de su combustión para infundirnos a nosotros mismos de su poder? Eso, señorita —dice Travers, e Iris siente sobre sí misma el peso de las dos miradas, la del hombre y la del gato—, eso es algo que solamente sabremos si lo intentamos. ¿No le parece?

Iris Gonzalvo se pone de pie. Echa a caminar por el salón de fumar del palacio del señor Travers en el centro de París. Durante las semanas que lleva viniendo, se ha

acostumbrado a encontrar formas de pasar el tiempo en esta sala. Leyendo revistas mientras Travers habla, o incluso haciendo los crucigramas de la página de pasatiempos del periódico mientras asiente de vez en cuando o dice «mmm», de esa forma en que uno dice «mmm» para indicar que una parte de su mente sigue escuchando. La mayor parte del tiempo, sin embargo, se dedica a pasear por la sala. Hasta el punto de que ya se ha familiarizado con la mayoría de elementos de la misma. Con las reconstrucciones de batallas de la Segunda Guerra Mundial y con las obras de arte y objetos de anticuario que hay amontonados por todas partes. Con los juguetes infantiles antiguos que siempre hacen pensar en películas de terror. Con las vitrinas gigantescas llenas de curiosidades. Cosas disecadas y cosas dentro de frascos de alcohol. Y sin embargo, piensa ahora, nunca ha llegado a pensar realmente en la clase de sitio en la que se encuentra. Nunca ha llegado a asimilar a un nivel profundo la idea del lugar y del hombre que hay encerrado en él. Rodeado de cosas extrañas y de cosas falsas. No se ha planteado en realidad cómo debe de ser la mente de ese hombre. Salvo por el hecho de que sospecha que la sala de fumar y la mente del hombre deben de parecerse mucho. Si es que no son lo mismo.

Ahora se detiene en uno de los rincones de la sala. Se queda mirando algo que hay colgado de la pared. Parece ser un trofeo de pesca. Una placa conmemorativa con motivos marítimos grabados y la fotografía enmarcada del ganador sosteniendo con cara de orgullo la pieza ganadora del primer premio. Agarrándola de la cola con un brazo enguantado hasta el codo. Iris frunce el ceño. La fotografía la ha hecho pensar de repente en Lucas Giraut. ¿Acaso Giraut no le estaba hablando hace unos días de algo relacionado con su familia y trofeos de pesca? No consigue acordarse, y sin embargo le parece que la fotografía es importante. Importante de una forma que ella no entiende. Como esta misma sala. Como el hombre que hay sentado frente al fuego.

—El primer día que vine aquí —dice ella, por fin. Sin mirar hacia su interlocutor— me dijo usted que podía explicarme el sentido de todo. O sea, el sentido de lo que estamos haciendo. Por qué estamos aquí y todo eso. Me dijo que era usted el personaje de esta historia que tenía las respuestas. —Pasa un dedo por la placa del trofeo de pesca y se mira la yema del dedo. Está negra de la capa de polvo que cubre la placa—. ¿Qué quería decir exactamente con eso?

—Quiero decir que soy el único que conoce toda la historia. —El tono de Travers no es misterioso. Es simple y natural. Como si estuviera diciendo algo perfectamente obvio—. Desde el principio. Desde Camber Sands. Desde el Club No Nos Gusta El Sol. Al fin y al cabo, soy lo bastante mayor para acordarme de todo. No se puede saber el sentido último de una historia hasta que uno no la conoce entera.

Iris Gonzalvo pasa los dedos por la placa del trofeo conmemorativo para quitarle el polvo que la cubre. Hasta que se puede leer la inscripción. La placa dice que la ganadora de este primer premio de pesca de altura es Estefanía Giraut. El trofeo parece ser de hace más de treinta años.

—¿También sabe lo que va a pasar? —dice Iris por fin. Después de pensar un momento—. ¿Sabe usted qué va a pasar con los cuadros? ¿Va a haber trato? ¿Se va a quedar usted las tablas?

Travers suelta una de sus risas afables y parecidas a cacareos.

—¿Es una pregunta trampa? —dice—. ¿Quiere usted sonsacarme una respuesta? —Hace una pausa, durante la cual Iris se lo imagina perfectamente acariciando la cabeza de su gato. De esa forma en que acarician las cabezas de los gatos ciertos personajes sacados de las historias de vampiros—. No se preocupe. Haré el trato con ustedes. Me interesa comprar sus cuadros. Ya puede decírselo a sus jefes. Todo sigue adelante. Por mucho que me duela separarme de usted. A mi edad, uno aprende a sobreponerse de las separaciones.

Iris Gonzalvo se acerca al sofá donde está sentado Travers. Con los brazos cruzados.

—¿Y ya está? —dice—. ¿Eso es todo? ¿Eso es lo único que tenía que hacer? ¿Sentarme aquí tarde tras tarde durante un mes y esperar?

Su forma de estar con los brazos cruzados es esa forma en que tiene los brazos cruzados alguna gente cuando está pidiendo explicaciones. Sobre todo algunas madres o esposas o maestras.

—Esperar está infravalorado, hoy día —dice Travers todo tranquilo—. Piense que hace siglos había gente que esperaba décadas enteras a que los astros estuvieran colocados de una forma determinada. En el caso de usted, simplemente ha esperado a que pasaran ciertas cosas.

Iris Gonzalvo recoge su abrigo de cuero rojo de Adelina André y su bolso de uno de los percheros de la sala. Se pone el abrigo ella misma y saca el teléfono conectado a la línea por satélite para comprobar la hora que es. Después se gira por última vez.

—Una pregunta más —dice, mirando en dirección a las llamas de la chimenea.

—¿Sí?

—¿Qué significa el cuadro? —dice ella—. El de la gente que se esconde en las cuevas.

Travers se levanta del sillón y se la queda mirando.

—Oh —dice, en tono divertido—. Eso. Simplemente quiere decir que va a pasar algo terrible. Es la tercera señal de que va a pasar algo terrible.

Iris lo piensa durante un momento y después asiente. El señor Travers ya se ha convertido en una simple silueta negra con el resplandor de las llamas de fondo. Una silueta andrajosa e inflada, con una maraña de rizos largos que le caen sobre los hombros. Iris se cuelga su bolso del hombro. Hace un gesto de despedida con la mano y cierra la puerta a su espalda.

LA GENTE ES GENTE QUE SE MARCHA

Lucas Giraut baja la escalera que va desde su apartamento en la planta superior del antiguo palacio ducal del Barrio Gótico hasta la puerta de la calle donde alguien lleva un minuto pulsando el timbre. La insistencia con que la persona que pulsa el timbre lo está pulsando es una insistencia de tipo demente. Aunque la puerta de la calle del palacio ducal son dos portones de madera con remaches de hierro, la puerta que se abre es una puerta más pequeña inscrita en su interior. El timbre del apartamento superior donde vive Giraut tiene un sonido estridente que retumba por todo el edificio. Por oposición a los zumbidos electrónicos mucho más suaves que suenan cuando uno pulsa la mayoría de timbres contemporáneos.

Al pie de la escalera, Lucas Giraut se arregla con gesto inconsciente las solapas del traje, se pasa una mano por el pelo y abre la puerta inscrita dentro de los portones de madera. Eric Yanel sonrío al otro lado. Levanta una mano a modo de saludo y le da una patada en la entrepierna que dobla a Giraut por la mitad y lo deja tirado en el suelo, al pie de las escaleras.

—Así me gusta. —Yanel entra y cierra la puerta a su espalda—. Ahora empezamos a entendernos. No, en serio. Creo que a partir de ahora podemos empezar a tener una relación más satisfactoria. Más de igual a igual. La tienes arriba, ¿no? No me gustaría haber venido a este basurero para encontrarme con que ha salido de compras. O que está por ahí follando con alguien. Justo cuando vengo a llevármela de vuelta a su casa —dice. A pesar de que su jersey Paul Smith estilo polo de color blanco y sus pantalones de *tweed* están impecablemente limpios y planchados, ciertas transformaciones físicas que Yanel ha experimentado en las últimas semanas son difíciles de pasar por alto. Tiene la cara pálida y reblandecida y los ojos más vidriosos que de costumbre, y por debajo del jersey Paul Smith blanco se le ve la curva incipiente pero firme de una barriga flácida que nunca había estado allí. Por no hablar de su pelo. Se podría hablar largo y tendido de la transformación experimentada por su pelo—. Bueno, ¿qué? —dice. Con los brazos en jarras. Mirando cómo Giraut se retuerce en el suelo—. ¿Piensas quedarte ahí tirado mucho rato más? Porque no me parece un gesto de buen anfitrión.

Lucas Giraut tiene la cara muy roja y los ojos fuertemente cerrados y se está mordiendo el labio. Su estilo de retorcerse por el suelo consiste básicamente en rodar sobre la espalda con el cuerpo encogido y tocándose el pecho con las rodillas. Yanel lo agarra por el cuello del traje azul cobalto de Lino Rossi, estira de él hacia arriba hasta conseguir infundirle cierta verticalidad y lo empuja escaleras arriba. La escalera que sube al apartamento de Giraut es una de esas escalinatas de mármol de palacio ducal con balaustrada de mármol labrado. De esas que hacen pensar en mujeres de

épocas pasadas con complicados vestidos de noche que descienden elegantemente la escalinata. Bajo la mirada atenta de una multitud de pretendientes con esmoquin y caras expectantes. Yanel medio acompaña, medio empuja y medio arrastra a su anfitrión escaleras arriba y hasta el salón de su apartamento. Giraut, entretanto, parece estar experimentando dificultades para respirar.

Sentadas en uno de los sofás de cuero del salón, Iris Gonzalvo y Marcia Parini levantan la vista del álbum de fotos que Marcia le está enseñando a Iris y se quedan mirando a los dos hombres que acaban de entrar. Las fotos del álbum de fotos que Marcia tiene en las manos representan a Valentina Parini en diversos momentos de su fase de crecimiento. Lucas Giraut se desploma en un sillón. Tapándose la entrepierna con las dos manos.

—¿Eric? —Iris Gonzalvo observa a Eric con una mezcla de sorpresa y conmiseración—. ¿Qué le ha pasado a tu pelo? Tienes un aspecto horroroso. —Se lleva una mano al cuello immaculado—. Creo que es el pelo más horroroso que he visto en mi vida.

Eric Yanel se contempla a sí mismo en el espejo montado en plata que hay en la pared que tiene delante. Su pelo ya no se parece a la melena rubia y meticulosamente peinada con una especie de ondulación lateral de inspiración francesa. Parecida a la melena de Johnny Halliday. A la melena de Alain Delon. Ahora se parece un poco al pelo artificial de una muñeca cardado por la suciedad después de haberse pasado meses en un armario. También se parece a aquellas escobas antiguas que tenían hebras muy rígidas de algún material parecido a la paja. En el sillón, Lucas Giraut parece estar recuperando un ritmo más o menos regular de respiración. También parece que en algún momento de las últimas semanas Yanel ha adquirido el hábito de mover los labios cuando está pensando o hablando para sí mismo. Sin hacer ningún ruido.

—Nadie entiende lo mal que lo pasa alguien como yo —Eric camina de un lado a otro del salón. Se saca un cigarrillo de un paquete que tiene en el bolsillo y en lugar de encenderlo se limita a ponérselo en los labios y a guardarse el paquete. Sus ojos excepcionalmente vidriosos también están llenos de pequeños vasos capilares inflamados—. Es culpa de todos los prejuicios que existen. Las... ¿cómo se llaman?, las opiniones preconcebidas. Los tópicos sobre el oficio de actor. Esta es la razón de todo. Solamente porque soy guapo y tengo buen gusto en el vestir y me dedico a la profesión de actor. La gente se cree que me paso la vida tumbado en terrazas de hoteles de lujo. Bebiendo copas caras y tomando el sol. Que tengo dinero para todos mis caprichos. Que voy en jet privado. Yo qué sé. La gente cree que todas las mujeres se me tiran encima en cuanto me ven y que yo soy increíblemente feliz.

Su cigarrillo continúa no encendido. Yanel se dedica a cogerlo con los dedos y a llevárselo a la boca y a hacer muecas faciales hundiendo los carrillos como si lo estuviera fumando. A pesar de que no está encendido. El patrón espacial de sus pasos

por el salón se parece a ese símbolo matemático que puede ser alternativamente el número ocho o el símbolo del infinito.

—La gente cree que soy como Brad Pitt —sigue diciendo—. O como George Clooney. Tal vez más como Brad Pitt. Que mi vida es como la vida de algún actor joven y guapo y soltero que no tiene problemas en la vida y a quien la *puta* vida le sonríe todo el tiempo. Tal vez más como Orlando Bloom. La gente se cree que estoy en Capri. En la Costa Azul. La gente me llama al teléfono móvil y me dice: «Cono, Yanel. ¿Cómo estás? ¿Estás en la Costa Azul? Ya me gustaría a mí tener la suerte en la vida que tienes tú». La gente —dice en tono vagamente melancólico. Por un momento parece perder el hilo de sus pensamientos. Se detiene. Da una calada a su cigarrillo no encendido—. Pues resulta que no. Puedo ser guapo y tener buen gusto en el vestir, pero resulta que tengo una vida de mierda. Resulta que no tengo dinero. Resulta que no estoy en la Costa Azul. Estoy en el apartamento de un imbécil en un barrio que es un basurero. Pero eso a la gente no le gusta. La gente odia a los pringados como yo.

—A mí no me parece tan guapo —dice Marcia Parini con expresión calculadora—. Como mucho, un poco interesante. —Marcia inspecciona a Yanel con una de esas miradas verticales que recorren todo el cuerpo del sujeto mirado y que hacen pensar vagamente en el barrido de un escáner. Una de esas miradas que tradicionalmente se asocian con la depredación sexual—. La ropa está bien. Tal vez si se arreglara un poquito más.

—La gente me da asco —continúa Yanel. Mirando a Giraut. Mirándolo de arriba a abajo con algo parecido al interés científico. Giraut sigue en el mismo sillón. Ya no tiene las manos en la entrepierna. Ya no respira con dificultad. El color rojo oscuro de su cara se ha circunscrito a las mejillas y la parte de la cara donde tiene los pómulos la gente que no tiene una cara redonda y algo blanda—. Si no consigues ser lo que esperan de ti, la gente se mea en tu cara. Te deja tirado en la cuneta y se mea en tu cara. Los conocidos. Los amigos. Los agentes. Las novias. Sobre todo las novias. Que se marchan de casa cuando uno está tumbado echando una siestecita y se olvidan de mencionar el hecho de que se han marchado. Eso es lo que la gente es en esencia. Siempre listos para marcharse cuando uno no consigue un yate frente a la Costa Azul. Cuando uno tiene problemas y su agente solamente lo llama para hacer de figurante en anuncios ridículos. Cuando la única parte de uno que el público conoce es el sobaco. Cuando las deudas de uno son tan grandes como la deuda externa de algún país pequeño del Tercer Mundo. —El patrón que siguen sus pasos por el salón sigue siendo en esencia identificable con el número ocho o el símbolo del infinito. Alternándose esporádicamente con patrones circulares y espirales. El efecto general tiene algo vagamente hipnótico—. Eso es lo que es la gente. La gente es gente que se marcha. Son términos equivalentes. Todo el mundo se marcha. Las novias se marchan. La gente que no contesta las llamadas es gente que se marcha. La gente que no llama. La gente que no quiere prestar más dinero. La gente que no ofrece

contratos. —Hace una pausa más y por un momento parece que le falta el aire. Da una calada larga y profunda al cigarrillo no encendido como si el cigarrillo pudiera proporcionarle algo de oxígeno para respirar—. La gente que no da los buenos días en la escalera.

Hay un momento de silencio. Marcia Parini se dedica a pasar las páginas del álbum de fotos que tiene en las manos con cara pensativa y de vez en cuando levanta la vista furtivamente para mirar al tipo que se pasea por el salón con un cigarrillo no encendido en la mano y expulsando caladas de humo invisible. Como esa gente que mira furtivamente cuando tienen la sensación de estar en una situación donde no deberían estar y viendo cosas que no les corresponde ver. Lucas Giraut permanece sentado en su sillón. En esa postura suya consistente en quedarse sentado con la espalda muy rígida y los brazos horizontalmente rígidos sobre los brazos del sofá. Como una especie de réplica de esas imágenes faraónicas esculpidas en piedra. Sin mirar a Yanel. Mirando a un punto que aparentemente no se corresponde con la ubicación de ninguna de las personas que hay en la sala.

—Ni siquiera tiene los sobacos bonitos —dice Iris Gonzalvo. Encogiéndose de hombros. Con cara de estar limitándose a constatar un hecho, sin llevar a cabo ninguna clase de juicio de valor—. Lo dejaron salir en el anuncio de desodorante porque le regaló al realizador una bolsa así de cocaína. —Hace un gesto con las manos para representar la magnitud de la bolsa en cuestión—. Que por cierto, después no pagó. La cocaína. Y no te estás fumando ningún cigarrillo. —Añade, dirigiéndose ahora a Yanel y señalando su cigarrillo sin encender—. ¿Qué *coño* te crees que estás fumando?

Eric Yanel se queda mirando a Iris durante un momento largo. Como si quisiera ofrecer una réplica airada pero todavía no se le hubiera ocurrido qué decir exactamente. Con la boca medio abierta. Como si estuviera a punto de responder. Después baja la vista. Se queda mirando el cigarrillo en la mano. Durante otro momento que parece interminable. Con cara de estar pensando en lo que tiene en la mano. No exactamente con cara de estar sorprendido al acabar de darse cuenta de lo que tiene en la mano. El momento también resulta embarazoso. El único sonido de la sala es el sonido que hace Marcia al pasar ociosamente las páginas plastificadas de su álbum de fotos. Por fin Yanel se sienta en el suelo. Sobre la alfombra. Se sienta en la alfombra y se abraza las rodillas y hunde la cabeza entre las rodillas y rompe a llorar. Sus sollozos son exageradamente estridentes y no muy masculinos.

—Típico de él —dice Iris Gonzalvo—. De verdad que me lo estaba esperando.

Del sofá viene el ruido sordo y algo plúmbeo de Marcia Parini cerrando de golpe el álbum de fotos de su hija. Iris y Giraut giran sus cabezas respectivas para mirar. Marcia suspira. Le da el álbum cerrado a Iris, se levanta del sofá y se acerca a donde Yanel está sentado llorando ruidosamente. Se agacha a su lado y le pasa una mano por detrás de los hombros.

—Todos nos sentimos así de vez en cuando —le dice—. La sensación de estar solo no es más que eso. Una sensación. Es por eso por lo que te sientes mal. Yo te entiendo muy bien. Mírame a mí. —Su tono de voz no es maternal. Carece de esos rasgos blandos y envolventes que tienen las voces maternas cuando están reconfortando a alguien de forma maternal—. Tengo treinta y cuatro años. Mi marido me abandonó. Mi hija está en un manicomio y me odia. Y no encuentro marido. De ninguna manera. Y no es que no lo busque. La verdad es que sí lo busco. Eso mismo podría ser el problema.

Yanel deja de sollozar durante un momento, pero no saca la cabeza de entre las rodillas. La única parte de su cabeza que es visible para el resto de personas de la sala es la parte posterior. Donde el pelo apelmazado y parecido al pelo polvoriento de una muñeca se levanta de esa forma caótica y encrespada en que se levanta el pelo de alguien que no se ha lavado el pelo después de levantarse de la cama.

—No puede quedarse aquí —dice Iris Gonzalvo—. Nadie puede invitarlo a pasar la noche.

Lucas Giraut le pasa un pañuelo de papel a Marcia Parini. Ella intenta ponérselo a Eric Yanel dentro de la mano.

—Si alguien lo invita a pasar la noche aquí cojo mis cosas y me marcho —dice Iris Gonzalvo.

Con el rabillo del ojo, todavía sentado muy rígido en el sofá en una postura que mucha gente no dudaría en calificar de faraónica, Lucas Giraut puede ver que Marcia Parini le está acariciando el pelo sucio y encrespado a Yanel.

ESE ES MI CHAVAL

—Ese es mi chaval. —El comisario Farina se pone de pie en la grada del circuito de automovilismo no profesional. Da un par de golpecitos en el hombro a Pavel y señala el automóvil no profesional y de dimensiones reducidas que ahora enfila la recta inicial de la carrera pilotado por el hijo del comisario Farina. Pavel permanece sentado a su lado con las manos esposadas cubiertas por una chaqueta que le ha dado el comisario. El automóvil pilotado por el hijo del comisario Farina avanza ahora en segundo lugar y tiene pintado en la parte delantera el número dos. Farina aplaude y se pone los dedos índice y corazón de ambas manos en la boca y emite un silbido largo y potente. Después vuelve a sentarse en la grada a la derecha de Pavel—. ¿Quieres saber lo que le he dicho a mi chaval cuando se ha levantado esta mañana y hemos desayunado todos juntos en casa? Para nosotros es muy importante desayunar juntos. En la misma mesa. Aunque mis hijos tengan que madrugar más que el resto de niños de su clase. Somos una de esas familias, ya sabes. ¿De qué sirve tener hijos si no puedes enseñarles las cosas que los guíen en la vida? Y eso yo lo puedo hacer muy bien. Porque soy un hombre con experiencia en la vida. —Asiente con cara de satisfacción—. Nadie sabe las cosas que yo he visto. ¿Te he dicho alguna vez que mi padre también era policía?

Pavel mueve las manos esposadas hacia delante y hacia abajo, con cuidado de que no se le vean las esposas por debajo de la chaqueta de deporte estilo cazadora, y coge el vaso de refresco con cañita que tiene delante de los pies. Se lleva la cañita a la boca y da un sorbo de refresco. Los automóviles que participan en la carrera de esta mañana son de tipo no profesional y probablemente diseñados para niños. No solamente son de dimensiones reducidas sino que no parecen tener ninguna clase de carrocería más que el plafón donde llevan pintado el número y tienen aspecto de prototipos inacabados o chasis rodantes. Esqueletos de coches en miniatura. A Pavel le sobreviene la extraña sensación de que son máquinas en pleno crecimiento y que dentro de unos años se convertirán en coches de carreras normales y corrientes.

—No estoy diciendo que quiera hacer con mi hijo exactamente lo mismo que hizo mi padre conmigo. —El comisario Farina aplaude y silba mientras los automóviles doblan la curva y enfilan la recta del otro lado del circuito. El circuito no profesional tiene una forma ovoide o elíptica o más bien como si alguien hubiera cogido una circunferencia y hubiera estirado de dos puntos diametralmente opuestos de la misma. Hay muchos neumáticos amontonados alrededor de la pista y en la isla central. Pavel no tiene muy claro por qué hay tantos neumáticos por todas partes—. Yo sé que son otros tiempos y todo eso. Lo que le he dicho a mi hijo esta mañana cuando desayunábamos es lo siguiente. Hijo, le he dicho. A veces le llamo hijo y a

veces le llamo David. David es como se llama. Hijo, esta mañana vas a llenarnos de orgullo a toda la familia. Vas a conducir como si tu padre te estuviera persiguiendo con su arma reglamentaria y vas a ganar a todos esos chavales. Y sobre todo, por encima de todo, no puedes quedar en segundo lugar. Hijo mío, le he dicho, tu padre sabe mucho de la vida porque le ha tocado ver muchas cosas que nadie ve. Cosas que no son bonitas. Y lo que he aprendido es esto: en la vida solamente importa la gente que queda en primer lugar. No hay premios para los segundos. O se es el primero o se es un pringado. Eso es lo que le he dicho. Y él sabe lo que tiene que hacer si no quiere pasarse el verano trabajando en el taller de mi suegro.

Pavel vuelve a dejar el vaso de poliestireno con cañita en el suelo frente a sus pies y coge la bolsa de cacahuets salados que hay al lado. La abre con los dientes y escupe un trozo de plástico.

Al término de la primera vuelta, el coche con el número dos pintado en blanco sobre verde del hijo del comisario Farina va en cuarto lugar. El coche que va en cabeza, muy destacado respecto a los demás, es el que lleva el número seis. El número seis del coche número seis está pintado en rojo sobre blanco. De los niños que pilotan los automóviles no profesionales no se ve nada más que los cascos y los guantes con que cogen el volante. Los cascos y los guantes hacen que sus manos y sus cabezas parezcan desproporcionadamente grandes.

La explicación oficial policial-institucional de que Pavel se encuentre esta mañana en el circuito de carreras automovilísticas no profesional en lugar de en su celda de detención preventiva es que el comisario Farina no quería perderse de ninguna forma la primera competición seria de nivel infantil de su hijo. Pavel mira a su alrededor. La grada está llena de individuos adultos y de niños desayunando bocadillos mayoritariamente procedentes del puesto de salchichas de la entrada. La mayoría de adultos parecen ser padres de los pilotos en competición. También hay algunas madres. Todos gritan y aplauden y silban cada vez que pasan los coches. De una forma que también parece alguna clase de competición. Una competición de silbidos y aplausos. Los diversos grupos familiares se miran de reojo con recelo y parecen susceptibles de ceder en cualquier momento a un estallido de tensión competitiva entre familias.

Pavel mira a su alrededor con el ceño fruncido. No le parece que ni el sitio ni la situación sean propicias para llevar a cabo ninguna clase de interrogatorio o conversación de tipo policial. Teniendo en cuenta el riesgo que ahora mismo corre fuera de su celda, dadas las circunstancias. Hace una hora, después de que lo sacaran de la comisaría y mientras lo tenían esposado en la acera esperando al coche que tenía que traerlo al circuito, un repartidor de pizzas en motocicleta se ha parado delante de él y ha abierto el compartimento para pizzas de su moto y Pavel se ha tirado al suelo y ha rodado un par de metros hasta ponerse a cubierto.

—¿Por qué tú me traes aquí? —Pavel habla con un carrillo lleno de cacahuets a medio masticar. Se los traga y se lleva otro puñado a la boca—. No me engañas. Yo

sé que vosotros traman algo.

No me gusta. —Niega con la cabeza, haciendo que sus rastas se agiten—. Quiero ir a la cárcel.

El comisario Farina se vuelve a poner de pie mientras los pilotos enfilan el principio de la tercera vuelta. El coche número dos ha adelantado a uno de sus competidores y ahora va en tercer lugar. El comisario Farina ha encendido un cigarrillo y ahora alterna las caladas nerviosas al mismo con el mordimiento esporádico de las cutículas de la mano que no sostiene el cigarrillo. Entre el público hay un buen número de padres que están de pie y gritan para jalearse a sus hijos o bien para protestar por las tácticas poco deportivas de los hijos ajenos. Farina se palpa el bolsillo interior de la americana que lleva combinada con camisa de sport y vaqueros. Sus vaqueros no tienen ese corte aerodinámico y como de segunda piel que tienen los vaqueros de las marcas juveniles de moda. Además, tienen los bajos visiblemente arreglados. Como les sucede a los vaqueros de muchos hombres casados de más de cuarenta y cinco años. Farina se saca un sobre arrugado del bolsillo de la americana, se lo da a Pavel y luego regresa a su combinación paternal de jaleos con mordeduras de cutículas y silbidos de protesta.

Pavel abre el sobre con sus manos esposadas y parcialmente cubiertas por la cazadora. Saca el documento que hay en el interior y lo lee. Se trata de un billete a Kingston con escala en Londres para el avión que sale a la mañana siguiente. Dentro de unas veinte horas.

—Básicamente eres un hombre libre. —Farina habla sin mirar a Pavel. De pie en la grada e ignorando las peticiones de los espectadores que hay detrás de él y que le piden que se siente. Fumando nerviosamente y poniéndose la mano en la frente en una especie de saludo militar impreciso y destinado a proteger su mirada del sol que cae de lleno sobre el circuito—. Da las gracias al sistema policial español. Aquí somos así. Tenemos una larga tradición de dejar sueltos a criminales. Casi todo el mundo que se dedica a los negocios o a la política es un criminal. Y yo personalmente no veo que nadie los moleste. —Hace una pausa y emite otro silbido dirigido a la pista. El segundo y el tercer participante parecen haber recortado distancias con el primero y el resultado es lo que se denomina técnicamente una carrera mucho más intensamente disputada—. En cuanto a ti. —Se encoge de hombros—. También eres libre. Tu libertad consiste más bien en decidir quién quieres que deje a tu hermana huérfana de hermano. Se dice así, ¿no? Eres libre de decidir si te liquida tu amigo Bocanegra o te liquidan tus amigos los rusos. En el fondo es una situación admirable. Me refiero a que es admirable cómo has conseguido que todos vayan a por ti. Debes de sentirte importante. Casi les oigo afilar los cuchillos. —Se pone una mano junto a la oreja como si estuviera escuchando con atención—. Por eso te he traído aquí, Bob Marley. Para que me cuentes alguna historia que me divierta y me alegre el día y me convierta en un comisario feliz. O me

cuentas una historia o te suelto en la calle. Y si llegas al buzón de la esquina, yo subo descalzo a Montserrat.

El sol cae de lleno sobre la grada no protegida del circuito no profesional de automóviles contruidos o adaptados para las carreras infantiles. Automóviles que son como larvas de automóviles. Como automóviles artrópodos. Pavel no entiende por qué demonios hay montones de neumáticos por todas partes. A Pavel, por cierto, le importa un pimiento esta carrera y cualquier otra clase de carreras automovilísticas que le puedan poner delante. Nada puede importarle menos que un montón de gente dando vueltas sin parar a una isla de cemento llena de montones de neumáticos. De hecho, piensa mientras se termina los cacahuets y tira la bolsa de plástico vacía al suelo y considera la posibilidad de pedir un cigarrillo al imbécil de Farina. Durante las últimas semanas ha ido descubriendo gradualmente que la mayoría de cosas que solían importarle y motivarle en sus estrategias cotidianas ya no pueden importarle menos. Ni sus libros de filosofía rastafariana ni su colección de revistas musicales con post-its de colores en las páginas más relevantes. Ni su guardarropa lleno de pantalones de combate y camisetas con las mangas cortadas. Ni las novelas pornográficas que compra en una librería del Kaval. Ni sus maravillosas rastas que ya por fin han alcanzado la longitud aproximada de las rastas de Marley en la portada de *Legend*. Ni el dinero extra que gana por engañar tanto a Bocanegra como a Leon y jugar en ambos bandos. Durante las últimas semanas Pavel ha estado pensando en irse a vivir a la selva. Con las serpientes y los osos. Ha estado pensando en construir una casa en lo alto de un árbol para que no lo puedan atacar de noche los osos jamaicanos y en construir sus propias armas con madera y aprender a cazar y a pescar. Con una mujer. Con una mujer negra. Los dos desnudos todo el día. Follando todo el día en su casa en lo alto de un árbol. Y de vez en cuando bajando a Kingston, Jamaica. Los fines de semana, por ejemplo. Para vender el pescado o la caza y cambiarlos por preservativos o por algún cepo para osos o algo así.

—¿Necesitas un papel y un bolígrafo? —El comisario Farina le pasa un cuaderno de notas de aspecto poco policial y un bolígrafo—. Haz que corra la tinta, hijo. Y el bolígrafo es de vuelta.

Pavel abre el cuaderno de notas por una página en blanco y pulsa el botón que hace aparecer la punta del bolígrafo. Por su mente circulan toda clase de imágenes pre-urbanas y pre-civilizatorias. Pavel desnudo y hundido hasta las rodillas en un río selvático. Arrojando una lanza de fabricación casera con esa misma torsión de todo el cuerpo que usaban los lanzadores soviéticos de jabalina. Con una torsión que hace ondear en cámara lenta sus rastas largas hasta la cintura. Y Pavel caminando por las calles de Kingston en una de sus tan esperadas visitas. Con una ristra de plátanos y peces al hombro. Con un taparrabos y una vieja camiseta donde la cara de Bob Marley ya no es más que una mancha desvaída. Un recuerdo de una época mucho más confusa. Y todos los hermanos y hermanas rastafaris saludándolo desde las hamacas de delante de sus casas pintadas de colores. Acercándose a darle la mano y

estrechándole la mano de formas complicadas y reservadas a los hermanos espirituales. Ofreciéndole cigarrillos de marihuana y abrazándolo. Y las mujeres recorriendo todo su cuerpo con miradas lascivas, y él girándose hacia su concubina selvática de trasero abundante y encogiéndose de hombros. Con una sonrisa resignada en la cara. Fatigada pero siempre animosa. De pronto se oyen gritos. Gritos abiertamente insultantes. Pavel levanta la vista de su cuaderno. Ahora todo el mundo está de pie en las gradas y tanto el comisario Farina como el resto de los padres están gritando y moviendo los puños en el aire.

Los coches no profesionales enfilan la recta final. A su espalda, dos padres parecen estar peleándose a puñetazos entre los chillidos de sus grupos familiares. El coche número seis entra en primer lugar seguido a pocos segundos del coche número dos del hijo del comisario Farina. Pavel da un sorbo de su refresco con cañita mientras Farina amenaza a gritos a su hijo con partirle esa estúpida cabezota de niño mimado. El resto de coches entran en rápida sucesión bajo el sol de justicia. Pavel empieza a escribir en el cuaderno con el ceño fruncido y caligrafía romana vacilante.

PERROS SONRIENTES PERSIGUEN MARIPOSAS

—El empeoramiento es evidente —dice el médico interno del reputado centro psiquiátrico infantil donde está ingresada Valentina Parini. Con seriedad profesionalmente consternada. En la habitación de Valentina Parini. Mientras pasa ociosamente páginas de un expediente plastificado—. Y todo en las últimas dos semanas. Accesos paranoides. Delirios. Se puede hablar de una extensión del cuadro de agresividad que empezó antes de traerla aquí. Parece que hay problemas de seguridad en el centro. Creemos que ha estado leyendo ese libro otra vez. El libro de Stephen King. Que es el principal generador de sus delirios. Y sin embargo —mira de reojo en dirección a la mesa donde Valentina está dibujando con una caja de lápices de colores— no entendemos cómo puede haber conseguido un ejemplar. Controlamos todo lo que entra y lo que sale del centro. Registramos sus habitaciones con regularidad. Nuestro comité lee todos los libros que entran. Es todo un misterio.

Lucas Giraut e Iris Gonzalvo asienten con la cabeza de forma más o menos simultánea. Los dos están sentados con las piernas muy juntas y las manos en el regazo al pie de la cama infantil de la habitación clínica de Valentina Parini. Los tonos y objetos de la habitación parecen haber sido elegidos en base a sus cualidades terapéuticas. Las paredes de la habitación están pintadas de un tono verde claro ansiolítico. El televisor encendido frente a la cama emite algo que parece ser un bucle de imágenes ansiolíticas consistentes en paisajes naturales despoblados o poblados por animales en libertad. Alrededor de la cama, media docena de miembros del cuerpo de intendencia del centro provistos de guantes muy finos de látex se dedican a registrar la habitación en busca de la Nueva Novela de Stephen King. Un miembro femenino del cuerpo de intendencia está sacando toda la ropa infantil de Valentina de un cajón, desdoblándola con cuidado y volviéndola a doblar dentro de una caja de cartón. Otro miembro masculino está subido a una banqueta y descolgando las cortinas. Otro está agachado en el suelo comprobando el grado de fijación al suelo de las baldosas del suelo institucional. Giraut lleva un traje azul tinta de Lino Rossi. Iris lleva un vestido azul cielo de Lilly Pulitzer con la espalda baja pero sin escote, y ha decidido no maquillarse. Teniendo en cuenta que se supone que es la madrastra de una pobre niña encerrada en un manicomio.

—¿Cómo puede estar tan seguro...? —Iris lee el nombre de la etiqueta identificativa que el médico interno tiene sujeta con un clip a la pechera de su bata blanca psiquiátrica y le mira a los ojos—. ¿... Víctor? Quiero decir, parece imposible que la niña haya leído ese libro. Con esta vigilancia tan estricta y tanto personal en el centro. Me imagino que estarán ustedes investigando otras causas posibles del empeoramiento. Es lo que yo haría.

En uno de los rincones del techo hay una cámara de vigilancia que emite un zumbido apenas audible por debajo de la música ansiolítica del televisor. Iris Gonzalvo habla con el médico interno mirándolo fijamente. Con una mezcla convincentemente maternal de franqueza y preocupación. El médico interno al que su etiqueta identificativa institucional identifica como Víctor frunce el ceño.

—Yo he leído ese libro. —Se dedica a pasar páginas de su expediente plastificado mientras habla. Sin mirarlas. Su expresión de consternación profesional se distingue de las expresiones de consternación no profesionales por el hecho de que su tono de voz es un poco más grave que su tono natural y también por un matiz de tranquilidad distraída en la forma de dirigirse a sus interlocutores—. Es un buen libro. Entretenido, eso seguro. No digo que no tenga interés. A todo el inundo le gusta esa clase de libros entretenidos de vez en cuando. Pero esto no viene al caso.

Hemos oído descripciones de ciertas criaturas en boca de Valentina. La hemos visto hacer ciertos gestos con las manos cuando está sola, en las grabaciones de las cámaras de vigilancia. Hemos identificado ciertos dibujos en el interior de la puerta de los retretes. —Parece que su forma de pasar páginas del expediente no es más que un gesto nervioso manual, igual que el gesto de morder un bolígrafo o de jugar con una pelotita que otra gente nerviosa hace mientras habla—. Está claro que ella se está identificando con lo que pasa en el libro. —Se encoge de hombros—. Por ejemplo, está convencida de que yo soy un esclavo de los alienígenas.

Más allá de la cama, en la mesa frente a la que Valentina Parini está sentada dibujando con una caja de lápices de colores en un montón de láminas blancas de dibujo, hay un ejemplar de *Los ríos perdidos de Londres* de Álex Jardí. Con los signos clásicos de desgaste en el lomo que indican que ha sido leído forzando un poco demasiado su grado ideal de apertura. El libro está situado encima de un montón prolijamente alineado de libros en formato octavo mayor. Todos con las mismas dimensiones. Valentina Parini no parece estar escuchando a hurtadillas nada de lo que tiene lugar en el otro extremo de la sala. Aunque su aspecto no ha variado notablemente desde su última visita, de alguna forma ya no es la misma persona. No hay absolutamente nada infantil ni prepubescente en su cara ni en su expresión. Su expresión es resuelta y al mismo tiempo vacía. Le han cortado el pelo de una forma que acentúa la dimensión vertical de su cara y la amplitud de su frente y lleva un parche directamente sobre el ojo, sujeto con tiras de un esparadrapo blanco traslúcido de aspecto hospitalario. Lo que está dibujando en todas las láminas de dibujar con sus lápices de colores son variantes casi idénticas de un mismo dibujo que representa a un perro blanco con manchas negras que persigue a una mariposa.

—Entiendo perfectamente cómo deben de sentirse en estos momentos. —El médico se cruza de brazos de manera que el expediente plastificado queda colgando de una de sus manos junto a su cadera—. Teniendo en cuenta que acaban de llegar de Uruguay en el primer vuelo después de enterarse de la noticia y todo eso. Pero tienen

que entender que este es un proceso muy lento. Es posible que tarden semanas en obtener alguna respuesta de ella. Debemos estar preparados.

Uno de los miembros del equipo de intendencia carraspea y les indica a Lucas Giraut y a Iris Gonzalvo con un gesto de su guante de látex que necesita inspeccionar el espacio de debajo de la cama en la que están sentados. Giraut se pone de pie y se sacude la parte baja de la espalda con las dos manos en un gesto instintivo que lleva a cabo siempre que se levanta de un asiento que no es ninguna de sus sillas personales. A su lado, Iris Gonzalvo se pone también de pie. Recoge del suelo su bolsa de mano con la etiqueta del servicio de equipaje del aeropuerto de Montevideo todavía pegada a las asas y coge del brazo a Giraut en gesto clásicamente marital. Le da un beso en la mejilla imberbe y le deja impresa una huella labial casi perfecta de color rojo carmín. El médico interno los mira a los dos con una versión intensificada de su expresión de consternación profesional ligeramente distraída.

—Voy a dejarlos unos minutos a solas con la niña —dice—. Es lo menos que podemos hacer, supongo. Teniendo en cuenta que no la ha visto usted en tantos años. Hay un botón para emergencias junto a la puerta. —El médico interno llamado Víctor señala el rincón del techo donde la cámara de vigilancia zumba de forma apenas audible—. Y recuerden que estaremos mirando todo el tiempo.

Giraut espera a que los miembros del equipo de intendencia salgan seguidos del médico interno. El televisor está emitiendo unas imágenes supuestamente ansiolíticas que representan a una multitud de pingüinos macho persiguiendo a un grupo despavorido de pingüinos hembra. En un entorno antártico. Giraut se acerca a la mesa, coge una silla y se sienta. Nadie dice nada. Iris permanece de pie junto a la cama.

—¿Valentina? —Giraut examina los dibujos que hay sobre la mesa con el ceño fruncido. El perro que persigue a la mariposa tiene una de esas sonrisas antropomórficas que hay en las representaciones de animales de los cuentos infantiles. El perro tiene una sonrisa feliz y persigue a la mariposa dando saltos joviales por un prado lleno de flores. El mismo dibujo se repite en todas y cada una de las láminas de dibujo—. Esto es una reunión sumamente secreta. Sabemos cuál es tu situación aquí.

Valentina pone en blanco su único ojo visible. A Giraut le parece ver también una especie de fruncimiento de los labios que podría ser una mueca de burla. La forma que tiene de dibujar perros que persiguen mariposas es: con la punta de la lengua asomándole por los labios, en ese gesto universal que se asocia con la concentración de tipo artístico. Su forma de coger los lápices de colores consiste en agarrarlos con casi toda la mano. Tal como hace los niños pequeños. Giraut suspira y entrelaza los dedos de las manos encima de la superficie de aspecto plástico de la mesa.

—Tienes pintalabios en la cara. —Valentina habla sin levantar la vista del papel—. No hace falta que me expliques nada. Gracias por los libros. —Se encoge de

hombros—. No puedo hablar —añade, y hace un gesto sutil con su único ojo visible mirando en dirección a la única ventana de la sala de visitas.

Giraut mira la ventana con el ceño fruncido y después mira a Valentina. Se levanta de su silla. Se acerca a Iris y le dice algo al oído. Iris saca un bolígrafo de su bolsa de mano con la etiqueta del aeropuerto y le dibuja una X en la parte posterior del cuello. Después se da la vuelta para que Giraut le dibuje una X a ella en el mismo sitio.

—Llevamos el Sello de la Resistencia —le dice Giraut a Valentina. Acercándose de nuevo a la mesa—. Puedes comprobarlo si quieres.

Valentina deja a medio dibujar una sonrisa perruna con la lengua colgante y levanta la vista. Deja el lápiz sobre la mesa. Su único ojo visible mira a Giraut con interés. Giraut se inclina por encima de la mesa y Valentina le baja un poco el cuello de la camisa con la mano para observar la marca de bolígrafo con atención.

—¿Está injertado debajo de la piel? —dice Valentina. La forma en que lo pregunta sugiere que no se trata exactamente de una pregunta. Tampoco se trata exactamente de una constatación. Pasa los dedos por encima de la X recién trazada y se mira las yemas ligeramente manchadas de tinta de bolígrafo—. Es la marca de los rebeldes de la Resistencia —añade con cara pensativa—. Deben de tener un laboratorio escondido. He visto a los Captores. —Ahora mira fijamente a Giraut—. Ya no se esconden. Ya no les importa que los veamos. Se los puede ver si uno mira mucho rato por una ventana y se concentra en las nubes. No parecen ángeles. Se parecen a aquellos dinosaurios que tenían alas.

Giraut vuelve a sentarse a la mesa y le hace una señal a Iris para que se acerque. Detrás y por encima de sus cabezas, la cámara del sistema de vigilancia zumba y efectúa movimientos rotatorios muy pequeños sobre su base atornillada a la pared. Iris coge uno de los dibujos de la mesa y lo mira con cara inexpresiva. Valentina se lleva los dedos a la cara e intenta arrancarse el esparadrapo que sujeta su parche blanco.

—Esta es Penny. —Giraut se inclina por encima de la mesa para hablar en voz baja cerca de la cara de Valentina—. Ahora trabaja conmigo. Vamos a sacarte de aquí. Dentro de muy poco. Tenemos un plan. Pero tienes que fingir que soy tu padre. Es muy importante que recuerdes esto. Tienes que decirle a todo el que te pregunte que el que vino a visitarte hoy es tu padre. Tu padre y su segunda mujer que han venido de Uruguay.

Se detiene al ver cómo Valentina ya ha conseguido arrancarse la mitad de las tiras de esparadrapo. Buena parte de su ceja está ahora fuera de su cara y adherida al esparadrapo.

—Estamos en un centro de control muy poderoso. —Valentina sigue tirando del esparadrapo. La piel de su cara se tensa y se separa de su cuenca ocular. En su expresión facial no hay nada parecido al dolor. Solamente la misma mezcla de vacuidad y resolución—. Los centros de control son los sitios desde los que se

comunican. Con su planeta, supongo. O entre ellos. Se puede ver que es un centro de control porque hay varios de ellos flotando encima. A veces muchos. A veces hay tantos que si uno los ve desde lejos parecen una nube negra. Y aquí pueden leernos muy fácilmente. Es como un centro de transmisiones. —Da un par de tirones bruscos con la mano y termina de despegarse el parche. La piel de debajo le queda enrojecida y con restos de sustancia adhesiva del esparadrapo. No se puede decir que tenga ceja en el lado donde estaba el parche—. Esto es un transmisor. —Sostiene el parche para que lo vean Giraut e Iris—. Lo pueden hacer sin problema con su tecnología extraterrestre. Fijaos en estos filamentos de aquí.

Lucas Giraut mira el ojo de Valentina con el ceño fruncido. El ojo izquierdo de la niña ya no mira en la misma dirección que su ojo derecho. Ahora parece que el ojo izquierdo mira todo el tiempo a un sitio situado fuera de su campo visual. A algún punto perpetuamente situado a un lado del sitio al que ella está mirando. La actividad del ojo recién desvelado de Valentina le produce una sensación extraña a Giraut. Resulta difícil dejar de mirarlo o concentrarse en cosas que no sean ese ojo. Valentina tira el parche al suelo y lo pisa con su zapatilla institucional.

—Podrás volver a ver tus cosas. —Iris Gonzalo coge otro de los dibujos y lo mira con cara pensativa—. Cuando te saquemos de aquí. Podemos hacer un viaje. O podrás volver a la escuela si quieres, o ver a tu padre de verdad. Lucas me ha dicho que nunca has hecho un viaje. Desde que eras una niña pequeña.

Iris Gonzalvo se sienta con una nalga encima de la mesa de plástico. La forma en que se sienta no transmite informalidad ni tampoco un descuido de los detalles de su actitud en público. Más bien sugiere esa forma en que determinadas cantantes de otras épocas se sentaban con una nalga encima del piano de su acompañante musical. Con esa elegancia felina de otras épocas.

—Esto es muy aburrido —dice Valentina—. Tengo que pasarme todo el día dibujando estos perros estúpidos. Parezco gilipollas. Pero no me queda otro remedio. Tengo que mantener la mente ocupada. Si no, ellos pueden leerme. Si dibujo lo que de verdad tengo en la cabeza, pueden averiguar más de mí. Así que dibujo a estos perros estúpidos e intento no pensar en nada. —Coge uno de los dibujos y se lo queda mirando con expresión calculadora—. Los copié de un libro para niños.

Giraut se pone de pie y camina hacia la ventana. La forma en que se queda de pie delante de la ventana es: con las manos juntas tras la espalda. Mirando algo que podría estar muy cerca o muy lejos de la ventana. En la novela *Mundo maravilloso*, los personajes no esclavizados mentalmente por la especie extraterrestre conocida como los Captores desempeñan toda clase de actividades mentales repetitivas para mantener su mente vacía y burlar los sistemas alienígenas de lectura mental. Un grupo de chicos de Portland, Maine, se dedican a jugar con sus consolas de videojuegos durante todas sus horas de vigilia. Mientras uno de ellos monta guardia en la ventana del sótano donde están escondidos con un casco protegido mediante el Sello de la Resistencia. Chuck Kimball, el protagonista, llega a perfeccionar hasta un

extremo asombroso el arte de construir maquetas de grandes edificios históricos. Un par de ancianas de Augusta, Maine, juegan al *bridge* a todas horas y tratan de mantener la calma hasta que son descubiertas. Muchos personajes crean juegos o rutinas mentales durante sus jornadas de trabajo o sus incursiones a la calle con la esperanza de que alguien de la Resistencia venga a rescatarlos algún día. Giraut no recuerda que en la novela haya transmisores que puedan estar escondidos en parches cutáneos o filamentos de la ropa.

—Solamente tenemos una escapatoria. —Valentina arruga un puñado de dibujos de perros sonrientes y los tira en una papelera y coge un montón nuevo de láminas de dibujo en blanco—. Llegar a un sitio donde sus transmisiones no nos alcancen. Como por ejemplo una isla desierta. Y empezar el mundo otra vez. Teniendo hijos y todo eso.

Después se inclina sobre su mesa y empieza a dibujar otra vez con el ceño fruncido y la punta de la lengua asomándole entre los labios. Con el ojo izquierdo mirando a alguna parte situada a la izquierda de su campo visual.

LA VISIÓN DEL HUMO Y LAS FLORES

Iris Gonzalvo aprovecha la intimidad del compartimento privado del Talgo para extender una pierna esbelta hacia delante, estirarse de la media hacia arriba y después hacer lo mismo con la otra pierna. Los compartimentos de primera clase del Talgo Barcelona-París no parecen compartimentos privados de trenes contemporáneos de largo recorrido. Parecen compartimentos de trenes de vagones de la década de 1920. De esos donde ancianas sofisticadas con estolas de piel resolvían intrincados casos de asesinato ante las caras desconcertadas de detectives de la policía. Iris termina de ajustarse las medias y está comprobando su aspecto en la superficie reflectante interior de la puerta de cristal del compartimento cuando la puerta se abre con un pesado deslizamiento horizontal. Aníbal Manta se la queda mirando con el ceño fruncido mientras sostiene la puerta corredera abierta con uno de sus brazos enormes. Sin dejar de mirarla. Aunque su expresión facial parece ser la de alguien que necesita ir al cuarto de baño después de aguantarse las ganas durante mucho rato, en realidad la cara de Manta es esa cara de esfuerzo intelectual que suele usar para expresar alguna clase de recelo hacia su interlocutor. Con todos los rasgos arrugados y el ceño aparatosamente fruncido.

—¿Estás segura de que lo tienes todo? —dice—. Es hora de movernos. —La forma en que mira a Iris con los rasgos fruncidos es esa forma en que se mira a alguien a quien le asoma algún tipo de ropa hospitalaria por debajo de la ropa civil. O a alguien que entra en una joyería con un estuche de guitarra—. ¿Necesitas que lo repasemos todo otra vez?

Iris se saca un paquete de cigarrillos del bolso y se lleva uno a los labios. Después se inclina hacia delante y desplaza el trasero por el asiento hasta que la punta del cigarrillo queda al alcance del encendedor que Aníbal Manta tiene en la mano. Toda esta serie de movimientos provoca que sus pechos se compriman y se proyecten hacia delante por el escote de su blusa y que su falda se retraiga hasta enseñar la mayor parte de sus muslos. Manta le enciende el cigarrillo. Por debajo de su mueca facial de recelo asoma algo no voluntario. Una especie de asomo espontáneo de admiración no voluntaria. No es exactamente una expresión facial de deseo sexual. Es más bien esa mezcla de admiración y desconcierto con que los chicos adolescentes obesos y retraídos contemplan a las chicas adolescentes plenamente florecidas y cargadas de sexualidad explosiva.

Iris se pone de pie con los ojos guiñados para evitar que le entre el humo del cigarrillo y se estira hacia abajo la falda con cara pensativa. Mirando el paisaje nevado del otro lado de la ventanilla. Las estampas campestres de establos de ganado con el techo cubierto de nieve. Las vacas completamente inmóviles entre la neblina.

Las vacas que parecen estatuas de vacas. A veces mirando el avance del tren y otras veces no. No hay rastro de pastores franceses ni de ninguna otra clase de gente francesa. El tren avanza a toda velocidad por algún punto de la ruta entre Limoges y Orleans.

—¿Estás segura de que no te conozco de algo? —Aníbal Manta no se detiene para decir esto mientras los dos caminan en fila india por el pasillo que comunica los distintos compartimentos del vagón del Talgo—. Hay algo que no me cuadra.

Iris avanza en cabeza con su bolso colgado del hombro. Manta la sigue de cerca con un maletín negro en la mano. El asa del maletín tiene grabado el anagrama corporativo de Arnold Layne Experts. Diseñado personalmente por el señor Bocanegra. Iris contempla el paisaje nevado de la campiña situado en algún punto de la ruta entre Limoges y Orleans. Sin dejar de caminar. A través de la ventanilla parcialmente empañada del pasillo que comunica los compartimentos privados de primera clase del Talgo. Manta parece haber recuperado parte de su aplomo inquisitorial.

—¿Cómo has dicho que te llamas? —le pregunta—, ¿Penny? No me lo trago. Estoy convencido de que te conozco de antes.

Iris sigue caminando. En algunos de los prados junto a los que el tren está pasando hay esas verjas hechas de troncos que tienen portones para los animales y una pequeña abertura demasiado pequeña para que pueda pasar un animal pero lo bastante grande como para que pase una persona escalando por un sistema de peldaños hechos con troncos. Durante la primera época de su relación sentimental con Eric Yanel, los dos pasaron tres días alojados en una granja de caballos de la región natal francesa de la familia de Yanel. Durante uno de los escasos viajes a los que Yanel la llevó. Iris no tiene realmente recuerdos bucólicos de su visita a la granja de caballos. Ni nada que se le parezca. Probablemente el detalle más sobresaliente de dicha visita fue el momento en que encontró a Yanel teniendo relaciones sexuales con la instructora de equitación. La misma instructora que les había estado impartiendo una clase aquella mañana. La campiña también había estado nevada durante aquel viaje. En las habitaciones para invitados de la granja había mantas o edredones que parecían pieles de animales sin curtir. Con el pelo y todo. Cuando los encontró, la instructora llevaba su uniforme completo de instructora de equitación con los pantalones blancos en los tobillos. La forma en que Yanel estaba teniendo relaciones sexuales con la instructora era: penetrándola desde detrás. En la llamada postura del perro.

—¿No has trabajado nunca en El Lado Oscuro de la Luna? —dice la voz de Aníbal Manta desde detrás de la espalda de Iris Gonzalvo. Con inflexiones recelosas que hacen pensar en gente con ropa hospitalaria debajo de la ropa civil. En abuelitas diletantes que investigan complejos casos de crímenes a bordo de trenes rurales—. ¿Cómo bailarina? ¿Cómo camarera? ¿O tal vez trabajabas en fiestas privadas? Este es el nuestro.

Iris se detiene delante de un compartimento privado en un vagón alejado del suyo. Suelta una bocanada de humo y tira la colilla de su cigarrillo por una ventanilla del pasillo. El cristal tintado del compartimento solamente deja ver dos contornos antropomórficos sentados en asientos enfrentados. Iris llama a la puerta corredera de cristal del compartimento y espera a que abra uno de sus dos ocupantes. La puerta se abre con un corrimiento lateral y delante de Iris aparecen las sonrisas idénticas del señor Fleck y del señor Downey. Con sus cabezas rubias y pecosas y parcialmente alopécicas. El que acaba de abrir la puerta mira primero a un lado del pasillo, después al otro y por fin hace un gesto para indicarle a Iris que puede entrar.

—Señorita DeMink —le dice el señor Fleck, o tal vez el señor Downey, mientras le estrecha la mano y se hace a un lado para dejarla entrar en el compartimento—, no se puede imaginar el placer que nos produce verla otra vez. —Señala con la cabeza en dirección a Aníbal Manta, que se ha quedado de pie al otro lado de la puerta—. El gorila se queda fuera, como de costumbre.

Iris Gonzalvo se sienta y espera a que los dos hombres ocupen el asiento que queda delante del de ella. El compartimento del vagón del Talgo en el que están tiene cortinas opacas de color marrón rojizo. Los asientos tapizados con un diseño que imita tela de *tweed*. Las lámparas de la pared tienen pantallas de lámpara en forma de *coño* truncado. Todo hace pensar en sofisticadas ancianas diletantes y en detectives de policía con bigotes encerados y una afición irrefrenable por la buena mesa. En crímenes ferroviarios con múltiples sospechosos y entramados laberínticos de deslealtades personales.

—Queremos transmitirle nuestra tristeza por verla en estas circunstancias —le dice uno de los dos empleados del señor Travers.

—Hablar de dinero siempre es desagradable —dice el otro.

—Ojalá pudiéramos saltarnos este engorro. —El primero hace una especie de gesto de impotencia con las manos—. Pero qué le vamos a hacer. Es la naturaleza de los negocios.

Iris Gonzalvo asiente con una media sonrisa y abre su bolso. Se aparta el pelo de la frente y saca el sobre con el logotipo corporativo de Arnold Layne Experts que contiene el documento de la demanda económica. El señor Downey o el señor Fleck coge el sobre y se pone a rasgar el borde del mismo con una mueca de concentración. La mirada de Iris deambula hasta un edificio situado al otro lado de la ventanilla que parece un molino pero que no tiene esas aspas gigantes que tienen los molinos en los puzzles y en los pósters de las agencias de viajes. Algo parcialmente rojo se mueve entre la niebla junto al molino e Iris se imagina que es una instructora de equitación con su chaquetilla roja y sus pantalones blancos en los tobillos. Con el trasero enrojecido por el frío. Después se imagina a más instructoras de equitación con el trasero al descubierto. Escondiéndose del tren detrás de los establos cubiertos de nieve y dando brincos con dificultad por los prados por culpa del hecho de que llevan los pantalones en los tobillos. Docenas de instructoras de equitación cubriéndose el

trasero con las manos. Perseguidas por grupos de adolescentes con expresiones faciales de deseo sexual. Perseguidas por hombres que tienen el pene en la mano. Intentando saltar por encima de las verjas de troncos y cayéndose sobre la nieve por culpa de los pantalones que llevan en los tobillos.

Un carraspeo la devuelve a la realidad del compartimento. El señor Fleck o el señor Downey saca el documento del sobre y su mirada se desliza verticalmente por el mismo hasta llegar a la cifra de la demanda económica. Hace una mueca de desconcierto teatral y se lo pasa a su compañero. El segundo hombre lee la cifra y mira al primero con idéntica cara de desconcierto. Ahora que los tiene delante, Iris Gonzalvo descubre que el parecido con el protagonista de la serie CSI es menor de lo que ella pensaba. El tipo rubio y pecoso que resuelve todos los casos de CSI, aunque poco expresivo en general, transmite una sensación poderosa de virilidad y de confianza en sí mismo que los dos tipos que tiene delante no transmiten en absoluto. De hecho, ahora que los puede ver mejor bajo la luz natural que entra por las ventanillas del tren, sus pieles tienen una textura que recuerda vagamente al plástico. Por fin el señor Fleck o tal vez el señor Downey vuelve a doblar el documento y lo mete dentro del sobre. Ahora los dos hombres tienen esas expresiones estereotipadas de asombro y de desconcierto y de incredulidad medio divertida que forman parte del lenguaje gestual universal de las negociaciones económicas. Uno de ellos suelta una risita.

—La respuesta es no, por supuesto —dice el otro. Se saca un encendedor del bolsillo y prende fuego a una de las esquinas del sobre. Mientras lo sostiene por la esquina opuesta—. Eso, y transmitirle nuestra profunda decepción. Nosotros no somos comerciantes, señorita DeMink. No regateamos. No hablamos de dinero como mercachifles en la vía pública. —Hace una pausa para contemplar cómo el sobre arde con una llama apenas visible bajo la luz de las ventanillas. Casi dando la impresión de que el sobre se va ennegreciendo y consumiéndose de forma espontánea—. El señor Travers es una persona muy especial, creíamos que lo había usted entendido. Un hombre espiritualmente superior. En muchos sentidos, más que un simple hombre.

Iris Gonzalvo contempla cómo el edificio que podría ser un molino sin aspas gigantes se va haciendo cada vez más pequeño a lo lejos. En medio de la niebla. En su mente se infiltra la imagen de alguien montando a una instructora de equitación semidesnuda como si la instructora fuera un caballo. Dándole golpes en el trasero con una fusta de equitación. Parpadea para disipar la imagen. Suspira y saca el paquete de cigarrillos de su bolso. Se pone de pie. Ante las miradas interrogativas de los dos hombres alopécicos y de piel pecosa y vagamente plástica.

—Mis jefes son hombres muy ocupados. —Se lleva otro cigarrillo a los labios y lleva a cabo el mismo gesto de solicitar fuego que hace que sus pechos se compriman y se proyecten hacia delante al mismo tiempo que su falda se retrae en dirección a la cintura. El señor Fleck y el señor Downey se llevan las manos simultáneamente a los

bolsillos interiores de sus americanas en busca de sus encendedores. Hay un momento de silencio mientras ella se enciende el cigarrillo. Después suelta una bocanada de humo y los mira alternativamente a los dos—. Y aunque ustedes no lo crean, no les interesa oír sus memeces sobre líderes espirituales y ceremonias oscuras. Porque resulta que nosotros sí que nos dedicamos a los negocios. Así que vuélvanse a casa y explíquenle ustedes a Travers por qué no le han conseguido sus queridos cuadritos.

El señor Fleck y el señor Downey se miran entre sí con cara de preocupación. Iris Gonzalvo extiende la mano que no sostiene su cigarrillo hacia el tirador de la puerta corredera de cristales tintados del compartimento. Al otro lado de la cual se ve la silueta de la espalda de Manta. Una silueta más grande que muchos armarios individuales para la ropa. Uno de los hombres rubios pone la palma de su mano contra la puerta. Bloqueando *de facto* su apertura lateral. Iris se queda mirando el dorso pecoso de la mano. Con su bolso colgado del hombro. Da una calada al cigarrillo y expulsa una bocanada de humo con la mirada fija en la puerta y en la mano que le cierra el paso.

—Todos sabemos lo que es realmente Arnold Layne —dice el hombre que tiene la palma de la mano apoyada en la puerta. Le hace un gesto a Iris en dirección al asiento del compartimento y espera a que vuelva a sentarse. Después niega con la cabeza—. Y la clase de limitaciones que tiene a la hora de vender material artístico. Debido a su misma naturaleza. Eso no ha cambiado desde los años sesenta.

—Son ustedes una banda de ladronzuelos de poca monta —dice el otro—. Básicamente, somos la única salida para sus cuadros.

—Barcelona ni siquiera está en el mapa internacional —añade el primero.

Iris Gonzalvo recoge el cigarrillo de sus labios con una mano perfectamente manicurada. No siente nada de esa tensión asociada al peligro que uno supuestamente siente al adentrarse en el mundo del crimen internacional. Lo que siente tiene más que ver con piezas que encajan finalmente en el enorme puzzle de molinos de viento de la ordenación cósmica. Por su mente flotan imágenes de sí misma en lo alto de un escenario gigante. Un escenario mucho más grande que los escenarios de mierda de El Lado Oscuro de la Luna. Lleno de ese humo parecido a la niebla de las películas de terror que llenaba los escenarios de las actuaciones musicales en los años ochenta. De pie en un escenario lleno de humo y con un ramo enorme de flores en brazos y saludando con la mano a una multitud enloquecida de deseo. Una multitud compuesta por hombres que la desnudan con la mirada y aplauden como locos y tiran piezas de ropa interior de ambos sexos. Algunos parecen tener el pene en la mano. Detrás del escenario, una pantalla gigante emite imágenes gigantes de ella. Sentada en un sofá de color azul. El sofá de la sala de estar del apartamento de Mónica de la serie *Friends*. Rodeada del resto de personajes de la serie. Discutiendo cuestiones relacionadas con embarazos potenciales y cambios inesperados de orientación sexual.

—Sus jefes no tienen la clase de contactos en América o en Japón que hacen falta para dar salida a esta clase de material —dice uno de los dos empleados del señor Travers. Sentándose nuevamente en el asiento de delante de Iris en el compartimento del Talgo. Secándose el sudor de la frente con un pañuelo—. Lo cual quiere decir que va usted de farol. Lo cual no es demasiado inteligente dadas las circunstancias. Ni siquiera me creo que sus jefes estuvieran de acuerdo con la forma en que está usted llevando esta negociación.

Iris se encoge de hombros. Da una calada larga a su cigarrillo con el ceño fruncido y se vuelve a poner de pie. Abre la pesada puerta corredera del vagón y sale con paso ligero por delante de la cara interrogativa y vagamente alarmada de Aníbal Manta.

Manta la alcanza al final del pasillo. La coge del brazo.

—¿Qué pasa aquí? —le dice. La presión que ejerce sobre el brazo de Iris hace que ella se lo quede mirando con una mueca donde se mezclan el odio y el dolor—. ¿Adónde crees que vas?

Una voz los hace girarse a los dos. Procedente de la puerta corredera todavía abierta del compartimento. Por la que asoma una cara vagamente rubia y parcialmente alopécica.

—Señorita DeMink. —La cara esboza una sonrisa preocupada—. Creo que podemos discutir su precio. Aunque solamente sea como hipótesis provisional. Sin compromisos cerrados.

Iris mira a Manta con una sonrisa desafiante. Manta le suelta el brazo.

EL TESTIMONIO DE FANNY

En mitad de la tercera vista de su juicio, sentado en la zona del Tribunal de Primera Instancia donde se sienta la gente que ofrece su testimonio, un poco inclinado por encima de la barandilla que separa su zona de la zona no testimonial de la sala, Lucas Giraut constata que algo parece haber desaparecido de la dinámica interna de su juicio. Algo casi imposible de identificar. Algo que no tiene que ver con la tensión interna del juicio ni con la incertidumbre respecto a su resultado, ni por supuesto con la pasión con la que el abogado cutáneamente enfermizo trata de reconducir esa dinámica. Al otro lado de la barandilla de la zona de testigos, Carlos Chicote permanece sentado con la espalda encorvada. Mordiéndose con furia las cutículas amarillas de nicotina. Como una especie de náufrago accidental de las verdaderas cuestiones que están siendo dirimidas judicialmente a su alrededor. Aferrándose a su sonrisa asustada. Que viene a ser una especie de tablón flotante facial. El último reducto de su identidad corporativa.

—Me está diciendo entonces —le dice a Giraut su abogado de origen indostaní o tal vez árabe. Hablando a su micrófono. Apoyado indolentemente en la barandilla de la zona de la sala reservada a la defensa. Con una indolencia que parece de alguna forma relacionada con ese algo indefinible que se ha perdido a lo largo de las tres sesiones del proceso judicial de Giraut—. Me está diciendo que conoció por primera vez al señor Chicote hace aproximadamente un año y tres meses. En una fiesta de cumpleaños de la madre de usted. En un acto completamente no corporativo. Que de hecho usted nunca ha trabajado con el señor Chicote. Que de hecho el señor Chicote nunca ha trabajado en las dependencias que tiene la empresa Lorenzo Giraut, S. L. en Barcelona. Que nunca han coincidido en su lugar de trabajo. Lo que está diciendo usted delante de este tribunal, en otras palabras —dice. Con la corbata indolentemente floja en torno al cuello de la camisa. Con la americana indolentemente colocada sobre el respaldo de la silla institucional—, es que usted solamente ha visto en persona al señor Chicote media docena de veces en su vida. Antes de celebrarse este juicio. Que antes del juicio solamente había visto al señor Chicote en seis ocasiones. Y que en ninguna de esas ocasiones se trataron asuntos de empresa. Quiero que el tribunal tome buena nota —sostiene en alto una hoja de papel con gesto indolente para que los miembros del tribunal puedan verla— de que el señor Giraut ha sido capaz de recordar y fechar con precisión todos sus encuentros con el señor Chicote. Incluyendo precisiones relativas a la fecha y el lugar y el motivo del encuentro.

Un empleado judicial se acerca indolentemente a la zona de la defensa para recoger la hoja de papel que sostiene el abogado de origen no caucásico. El juez

facialmente descompensado cuya cara parece consistir sobre todo en frente y ceño sin ninguna clase de barbilla no tiene la cabeza apoyada indolentemente sobre la mano. Tampoco se ha quitado los zapatos por debajo de su mesa judicial. Sin embargo, hay algo en su actitud general que parece sugerir la misma indolencia desafectada de la gente que se quita los zapatos en una situación pública o bien hace garabatos en el papel que tiene delante o apoya la cabeza cansinamente en la palma de una mano. El juez recoge el papel que le trae el empleado judicial y se lo pasa al miembro del tribunal que tiene sentado a su derecha. El miembro del tribunal que hay sentado a su derecha es el secretario del tribunal. Un hombre con toga judicial y aspecto de practicante retirado de alguna disciplina deportiva relacionada con la fuerza física y la agresividad. El secretario del tribunal asiente y se lo pasa a un miembro de rango inferior del tribunal.

—Ahora me gustaría que hiciera memoria —dice el abogado no caucasiano. Su forma de jugar privadamente con su bolígrafo mientras habla consiste en darse golpecitos rítmicos en la barbilla con el botón que hace emerger la punta del bolígrafo. Produciendo un ruido parecido al canto de un grillo. Que el micrófono amplifica por toda la sala—. ¿Puede recordar otras ocasiones en que su madre haya inventado historias? Me refiero a historias inventadas deliberadamente para perjudicar la carrera profesional de usted o simplemente para causarle problemas personales. ¿Es usted consciente de que su madre haya manipulado negativamente la percepción que los demás tienen de usted? Por ejemplo, cuando usted era niño. Por ejemplo, en su vida escolar. O tal vez delante de otros niños. —Hace una pausa mientras repasa su copia del guion del interrogatorio a su cliente. La otra copia está a su lado. En el lugar de la mesa de la defensa que Giraut ha abandonado para situarse en la zona de testigos—. Estoy seguro de que puede recordar casos concretos. Momentos en que su madre haya falseado documentos para dejarlo a usted en ridículo. En que haya publicado información falsa sobre usted. O bien haya difundido rumores.

—Protesto, señoría —dice una voz procedente de la zona de la sala diametralmente opuesta a la zona de la defensa. Una voz crispada. Y que de alguna forma suena pelirroja. Si es que algo así es posible—. Este tipo de consideraciones no solamente son irrelevantes para la cuestión que nos ocupa. Son ridículas. No estamos juzgando incidentes infantiles. No estamos juzgando a la señora Giraut. Y sobre todo, no estamos juzgando sobre la base de impresiones personales de la infancia.

—Señoría —dice el abogado no caucasiano. Con lo que parece ser una tranquilidad absoluta que bordea en la indolencia—. La cuestión es relevante para mi defensa. Que se basa en demostrar la falsedad de las acusaciones a mi defendido. Los precedentes de falsedad son un argumento en que se apoya mi defensa, señoría.

Desde la zona de testigos, Giraut puede ver claramente la sonrisa asustada de Carlos Chicote. Al otro lado de la barandilla. Su espalda encorvada. Su boca sonriente que devora cutículas amarillentas. Su sonrisa parece haberse petrificado

sobre sus rasgos hasta formar parte de los mismos. Su cara parece haber entrado en un estado de trance vegetativo y aterrado. Giraut cae en la cuenta de que nunca ha reparado en que Chicote debe de tener más o menos su misma edad. Es de esa clase de gente. De esa clase de gente que no parece reductible a ninguna clase de cronología no corporativa. El público de las primeras filas también refleja la pérdida de algo no identificable durante el decurso del proceso judicial. No es una mera cuestión de pérdida entrópica de energía judicial. No es una cuestión de insolvencia de las vías judiciales de primera instancia. No es una cuestión de vuelcos dramáticamente inesperados en el decurso del procedimiento. Marcia Parini está entre el público. Besando apasionadamente a Eric Yanel. Giraut no puede ver muy bien desde su zona testimonial lo que está pasando en las filas intermedias, pero le da la impresión de que Yanel tiene una mano dentro de la ropa interior de Marcia. Las caras de Fonseca y de Estefanía «Fanny» Giraut son respectivamente una maraña arborescente de vasos sanguíneos pulsátiles y una máscara parcialmente oculta con unas gafas de sol y un sombrero estilo pamelita.

El juez suspira. Se rasca la frente enorme con un dedo doblado en forma de gancho y por fin le hace una señal con la cabeza verticalmente asimétrica a Lucas Giraut para que este conteste la pregunta de su abogado.

—Mi madre falsificó mis notas del instituto. —Giraut contesta con las manos sobre la barandilla de la zona testimonial. Con la espalda recta y una mirada estólida en su cara imberbe y más bien redonda que no parece pertenecer a la misma persona que su cuerpo alto y delgado—. Durante dos trimestres de mi educación secundaria. Todavía no sé muy bien cómo lo hizo, pero sospecho que debió de contratar a alguien para que entrara en el instituto de noche. No sirvió de nada, claro. Yo era uno de los mejores alumnos. El director me llamó a su despacho y me estuvo mostrando la falsificación. Que era una falsificación de primera calidad. Me hizo una entrevista con un psicólogo delante y me preguntó si yo tenía enemigos en el instituto y si yo me imaginaba quién podía estar detrás de aquello que había pasado con mis notas. Luego me devolvieron mis notas verdaderas. Mi madre me había puesto cinco suspensos. No creo que hubiera podido entrar en la universidad. Otra vez me organizó una fiesta de cumpleaños y pasó un vídeo delante de todo el mundo. Después me enteré de que había pagado a los niños para que vinieran. —Frunce los ojos. Definitivamente, su posición espacial dentro de la sala del tribunal no le permite ver con exactitud dónde están las manos de Eric Yanel en relación con la sección corporal infraventral y la ropa interior de Marcia Parini—. ¿Quieren que les explique lo del vídeo y la fiesta de cumpleaños?

—Señoría. —El abogado de origen arábigo o más probablemente indostaní le hace un gesto a Giraut para indicarle que no hace falta que siga—. No tengo más preguntas. A continuación entrego al tribunal copias de las pruebas restantes que han sido mencionadas en la vista. Los faxes y comunicaciones internas entre la señora Giraut y el señor Chicote. La transcripción íntegra de la entrevista clínica llevada a

cabo a Valentina Parini por el psicólogo de los servicios sociales. Y una selección de documentos videográficos y escritos relativos al entorno familiar de los Giraut en etapas decisivas del crecimiento personal de mi defendido.

El abogado entrega los dossiers con las pruebas a un subordinado de bajo nivel del secretario del tribunal. Con la corbata indolentemente aflojada. Con las mangas indolentemente remangadas. Con su bolígrafo de oro indolentemente agarrado entre los dientes. Hay un momento de transición durante el cual la zona del público se llena de murmullos. Por fin el juez da un par de martillazos pidiendo silencio. El abogado pelirrojo de la parte demandante se pone de pie dentro de su zona acusatorial demarcada por una barandilla de madera. La forma de acceso a las zonas especialmente demarcadas de la sala del Tribunal son unas portezuelas inscritas en las barandillas que cuando están cerradas no se distinguen del resto de la barandilla. El abogado pelirrojo se pone de pie y apoya los nudillos en su mesa y acerca la boca al micrófono para hablar.

—Señor Giraut —dice. En ese tono de indignación moral contenida. Ese tono perfectamente familiar a todo el que haya presenciado televisivamente una sesión parlamentaria o a una vista judicial—. Señor Giraut —repite—. Confírmeme los resultados de nuestras investigaciones. Si es tan amable. Para que pueda oírlas este tribunal —dice. Sus orejas son de un color cercano al púrpura. Varias secciones amplias de su piel facial son ahora de un color cercano al púrpura. Por oposición a su palidez enfermiza habitual—. El día doce de enero del presente año usted se presentó en el domicilio del señor Koldo Cruz. A quien usted conocía como antiguo socio profesional y amigo personal del padre de usted. En lugar de entrar en su edificio, se limitó usted a depositar un sobre en su buzón privado. El sobre contenía una página de un libro de contabilidad y una carta falsificada por usted. Escrita por usted falsificando la caligrafía y la firma de su madre. La página confirma contactos comerciales entre el difunto señor Giraut y el señor Cruz entre los años mil novecientos setenta y uno y mil novecientos setenta y siete. —Hace una pausa. Carraspea—. Les recuerdo que todos los contenidos del sobre están en posesión de este tribunal. Señor Giraut. Usted encontró los libros de contabilidad de su padre. Los libros de su segunda contabilidad. Que sacan a la luz ciertas operaciones ilegales llevadas a cabo por su padre. Ciertas conexiones con grupos criminales rusos. Y después se hizo pasar por su madre para intentar extorsionar al señor Cruz. O tal vez debería decir que simplemente quería transmitir la impresión de que intentaba extorsionar al señor Cruz. Porque lo que estaba intentando era incriminar a su madre en un caso de connivencia con estafa e intento de extorsión. No hace falta que hable de la gravedad de estos hechos. —Mira fijamente la cara verticalmente descompensada del juez—. No hace falta que mencione la importancia de esta prueba en las demandas de mis representados.

Lucas Giraut percibe las miradas expectantes de los asistentes a la sesión judicial. Como una sola mirada masiva cuyo punto focal se encuentra en la zona testimonial

de la sala. Como un ligero hormigueo en la nuca. Carraspea con un puño cerrado delante de la boca. Se vuelve a inclinar ligeramente hacia delante con el cuerpo rígido y las manos apoyadas en la barandilla y acerca la cara al micrófono.

—No conozco a ningún Koldo Cruz —dice Giraut—. Está en mis declaraciones anteriores. Ni siquiera había oído ese nombre antes de este juicio. No tengo conocimiento de las operaciones comerciales de mi padre. Más allá de los libros de contabilidad y registros de actividades que recibí del señor Fonseca. Mi padre y yo no teníamos una relación muy estrecha. —En el seno de su voz surgen elementos aparentes de extrañeza y de cierto grado de confusión filial—. Aunque me habría gustado conocerlo mejor, claro.

—No hay ninguna prueba. —El abogado definitivamente no caucasiiano habla indolentemente frente a su micrófono. Con su bolígrafo entre los dientes. Con la camisa remangada o tal vez, Giraut no puede estar seguro desde su ubicación actual de la sala, con una de esas camisas estructuralmente remangadas. Con uno de esos dobladillos estructuralmente cosidos en las mangas—. No hay hechos graves porque no hay hechos. No hay hechos que rebatir. No hay huellas de ninguna clase en esa carta. La cámara de vigilancia de la vivienda del señor Cruz no registró ninguna imagen de mi cliente. La parte demandante se basa en meras conjeturas. Material no judicial, en pocas palabras.

Al terminar la intervención del abogado indostaní o semítico no se oye ese murmullo indistinto que emite siempre el público de la sala en los dramas judiciales. Ese murmullo que siempre parece sugerir una mezcla de asombro y conjeturas malévolas. Los únicos ruidos procedentes del público de la sala son toses y carraspeos esporádicos y algún susurro ocasional producido por un cuerpo al cambiar de posición en los bancos institucionales.

—El testigo Lucas Giraut puede volver a su sitio —dice la voz del secretario amplificadora por el sistema de altavoces—. La defensa llama a testificar a Estefanía Giraut.

Por la sala del Tribunal se extiende un susurro de papeles y de gente pasando páginas y un revuelo de funcionarios de rango menor. Lucas Giraut accede a la zona de la sala destinada a la parte demandada abriendo la sección de la barandilla que ejerce de portezuela y cerrándola a su espalda. La nueva testigo asciende en silencio los dos peldaños que llevan al banco de los testigos. Con sus gafas oscuras. Con su sombrero estilo pamelita. Con una estola sobre los hombros. Con la máscara espantosa e inmóvil de su cara asomando bajo las gafas y el sombrero. Secciones de piel antinaturalmente tensa y resplandeciente. Como si en lugar de piel fuera algún tipo de sustancia plástica que imita a la piel en alguna película antigua de terror. De esas películas antiguas de terror donde los efectos especiales en materia de epidermis sintéticas estaban muy poco desarrollados.

Fanny Giraut se sienta en la silla de los testigos de la zona testimonial de la Sala del Tribunal de Primera Instancia. Giraut piensa que el trasero de su madre acaba de

colocarse en la superficie de la silla todavía caliente de su propio trasero. Por alguna razón la idea le provoca una especie de pequeño estremecimiento involuntario en la zona dorsal. Estefanía «Fanny» Giraut contempla la zona destinada al público. No carraspea. No cruza las piernas. No lleva a cabo ninguno de los gestos corporales o faciales semiconscientes ni de los ruidos nerviosos que se asocian con la situación de quien acaba de subir a un estrado público o a una zona testimonial. Su cara habita en un reino más allá de toda expresión.

—La defensa puede empezar con sus preguntas —dicen los altavoces de la sala con una versión sintética de la voz del secretario—. Se recuerda a la testigo que continúa bajo juramento.

En la zona intermedia del público, sin la cobertura de ningún elemento arquitectónico sobresaliente a su alrededor, Eric Yanel y Marcia Parini están entrelazados en una postura corporal que sugiere metáforas isabelinas sobre bestias con dos espaldas. Con las manos de Yanel explorando laberintos recónditos de encaje y seda. Hablando técnicamente, Eric Yanel y Marcia Parini llevan una semana viviendo juntos en el apartamento de Marcia en el Palacio de la Mar Fosca. Ahora, cuando se acuesta en su cama junto a Iris Gonzalvo, Giraut suele percibir cierta vibración en las vigas y paredes sustentantes del palacio ducal. Acompañada de gritos estereotipadamente apasionados procedentes del piso de abajo. Como esas vibraciones y gritos estereotipados que se oyen a través de las paredes en las comedias de enredo. Ahora es el abogado posiblemente procedente de la península arábiga o del subcontinente asiático el que abre la sección de barandilla con bisagras que sirve de acceso a la zona de la parte demandada y la cierra a sus espaldas. Con un fajo de papeles en la mano. Con la corbata indolentemente aflojada en torno al cuello. Sin ninguna clase de prenda específicamente jurídica sobre su camisa remangada.

—Señoría —el abogado se dedica a enrollar el fardo de papeles que tiene en la mano. Formando un cilindro—, a continuación me propongo demostrar que Estefanía Giraut conspiró y utilizó estrategias ilegales para impedir que se cumpliera la voluntad legítima de su difunto esposo. En el sentido de designar a su hijo como accionista mayoritario de su corporación. Me propongo demostrar que la señora Giraut —señala a Fanny Giraut con el cilindro de papeles enrollados— se reunió con su abogado el día siguiente a la muerte de su marido para localizar todas las copias existentes del testamento. Y que ante la imposibilidad de reemplazar una de las copias decidió iniciar una serie de operaciones internacionales destinadas a ampliar capital y realizar una compra agresiva de las acciones de su hijo. Ninguna de esas operaciones fue autorizada por el accionista mayoritario, sino que se falsificó sistemáticamente la firma de mi representado. Adjuntamos copia de las falsificaciones, señoría. Mi representado fue relegado a un puesto sin ningún poder de decisión mientras a su espalda se llevaban a cabo maniobras sin su consentimiento.

El abogado no caucasio señala alternativamente a Fanny Giraut y a Fonseca con su fardo enrollado. Usándolo de una forma que hace pensar en un cetro o bastón

de ceremonias. Giraut estira el cuello desde su zona de la sala para ver el lugar donde está sentado Fonseca. La cara de Fonseca se ve muy pálida y su mandíbula está crispada de tal forma que en la mejilla le tiembla un músculo crispado. Los movimientos de sus venas supraciliares no se ven con claridad por culpa de la distancia que los separa.

—Demostraremos —continúa el abogado— que se intentó sobornar y chantajear al señor Lucas Giraut para que cediera sus acciones. Que nunca se le dio una oportunidad. Que existen documentos supuestamente redactados por mi representado que autorizan transacciones ilegales a funcionarios públicos del gobierno de Baviera. Documentos que tendrían como propósito implicar a mi representado en casos de prevaricación internacional. Que fue la señora Estefanía Giraut junto con su abogado quienes ingresaron dinero en cuentas suizas de distintos políticos bávaros para obtener la concesión para restaurar un importante edificio público. La Catedral de Espira. Y que a fin de cuentas, Lorenzo Giraut, S. L. no está capacitada para adquirir esa concesión. Que después de una somera inspección, no tiene licencia para operar en la mayoría de países donde opera. Que no es más que una serie de despachos vacíos en diversas capitales europeas. Con los teléfonos desviados. Lo hemos investigado, señoría. Almacenes vacíos. Sin asesores en nómina. Sin los expertos internacionales. Sin más cargos ejecutivos que el señor Chicote. Cuyo trabajo parece ser contactar con los destinatarios de los ingresos en cuentas suizas. —Desdobra el fardo de papeles que tiene en la mano. Lo alisa dándole unos golpes con la palma de la mano abierta. Después lo sostiene en alto para que lo vean bien los integrantes del tribunal. Aunque mayormente alisadas, las hojas mantienen cierto grado de doblez resultado de la inercia de los materiales—. A continuación presentamos estas pruebas al Tribunal.

Un secretario del Tribunal recoge el fardo de manos del abogado y distribuye las distintas copias entre los miembros de la mesa. La copia que deposita sobre la mesa del abogado cutáneamente frágil y abundantemente pecoso de la parte demandante tiene adjunta una tarjeta de visita que dice: «grupo bocanegra, S. L., líderes en el sector del ocio». Con una nota de saludo cordial manuscrita en la parte de atrás. El juez hojea su copia del *dossier* de las pruebas con las gafas colocadas casi en la punta de la nariz y un complejo sistema de arrugas en su frente desproporcionada que recuerda a las representaciones lineales de las isóbaras de un mapa meteorológico. Después se quita las gafas y mira a Fanny Giraut con algo parecido a una mueca de fastidio.

—Le ruego que responda a las acusaciones que acabamos de oír, señora Giraut. —El sistema de isóbaras frontales del juez replica los temblores de las líneas de bajas presiones en el centro de un sistema borrascoso. Uno de esos temblores supraciliares que se suelen asociar con las frentes de las personas de edad avanzada—. Ya que parece que la defensa acaba de dar un giro a este proceso.

Estefanía «Fanny» Giraut no dice nada. Aunque sus ojos permanecen invisibles detrás de sus gafas de sol, de alguna forma su rostro transmite la impresión de que sus ojos están simplemente mirando al frente. Al frente y a lo lejos. Por oposición a unos ojos que miran algún elemento concreto del público o del tribunal. Pasa un momento largo. Se suceden los carraspeos y las toses y los susurros y chirridos causados por las recolocaciones corporales del público. La cara de Fanny Giraut no experimenta ninguna transformación que se pueda asociar con reacciones emocionales o de ninguna otra clase. Su boca es perfectamente visible. Una boca inyectada con colágeno y silicona y pintada de color rojo oscuro. En el centro de una zona maxilar de mejillas hundidas y piel antinaturalmente tensa. La frecuencia de los carraspeos parece aumentar.

—Este tribunal recuerda a la testigo —dice la voz sintetizada del secretario de la sala— que el juramento bajo el que se encuentra también le obliga a contestar a las preguntas que se le hagan.

Silencio. Hay algo esencialmente no sensorial en la forma en que Fanny Giraut parece estar mirando simplemente al frente. Sin que su mirada se concentre en ningún elemento visual en concreto. Lucas Giraut cambia de postura, incómodo, y trata de quitarse de la cabeza la idea de su madre sentada en una silla bañada de su propio calor corporal.

—¿Señora Giraut? —dice el juez facialmente irregular. Mirando fijamente a la testigo. Con un matiz de confusión o de no entender en su tono interrogativo.

Y entonces algo le pasa a la cara de Fanny Giraut. Algo que en un primer momento no puede identificarse con ninguna reacción emocional visible. Algo que sigue teniendo mucho de no sensorial. De no-respuesta. Una especie de mueca. Que deja bien claro que la cara de Fanny Giraut carece de las articulaciones internas necesarias para hacer muecas. Una especie de mueca con la boca muy abierta y los dientes intensamente blancos y afilados. Una mueca enseñando los dientes. Que no produce arrugas en torno a su boca. Una crispación de los tendones del cuello. Una especie de mueca enseñando los dientes y tensando los tendones del cuello que no resulta particularmente humana. Un ligero temblor de su pámela.

—Tendría que haberlo estrangulado al nacer —dice Estefanía Giraut entre dientes. Escupiendo gotitas de saliva. Con algo que Lucas no puede distinguir muy bien pero que parece un chorro de saliva blanca cayéndole por la barbilla. Con la voz extrañamente ronca y un par de octavas por debajo de su tono de voz habitual—. Tendría que haberlo estrangulado con el cordón umbilical. Tendría que haberlo dejado caer y haberle pisado la cabeza. En cuanto acababa de nacer. —El temblor de su pámela se intensifica—. Tendría que haberlo tirado contra la pared. Hasta que no le quedara cabeza.

El silencio que sigue al testimonio de Fanny Giraut no está interrumpido esporádicamente por carraspeos ni movimientos del público de la sala. Es un silencio más profundo que ningún silencio que Lucas Giraut recuerde haber oído.

Mundo maravilloso de Stephen King

Capítulo 59

El ataque de las distintas facciones de la Resistencia a la Colina del Capitolio ya duraba casi doce horas, según los cálculos de Chuck Kimball. Sin relojes de ninguna clase, que habrían delatado inmediatamente su posición, Chuck no tenía forma de saberlo con certeza. La misteriosa tormenta eléctrica sin lluvia que azotaba desde el atardecer la colina y sus inmediaciones impedía ver el progreso del sol o de las estrellas. La masa arremolinada e intensamente negra de nubes ya cubría el cielo hasta el horizonte. Los Captores entraban y salían de las nubes, reagrupándose y lanzándose en picado sobre los vehículos y las columnas de la Resistencia. Era una batalla increíblemente ardua, donde los asaltantes tenían que luchar encarnizadamente por cada palmo de terreno. Ahora a Chuck no le cabía duda de que la tormenta era obra de Ellos. De que era uno de sus trucos electromagnéticos.

Chuck se arrastró entre los árboles seguido por sus hombres hasta la boca de la alcantarilla que la Resistencia había señalado con una cruz roja. Usó la palanca que llevaba en la mochila para levantar la tapa circular y contempló el interior con la linterna. La escalerilla que conectaba la boca con el túnel principal desaparecía en la oscuridad del fondo. Chuck se giró para mirar a Paul Clark y al resto de su comando. No había ninguno de sus hombres que no registrara dolorosamente en sus rasgos los efectos del hambre y de las noches sin dormir, y sin embargo no había ninguna de sus caras que no mostrara una determinación y un coraje que llenó a Chuck de orgullo.

Paul pareció leer aquello en su mirada.

—Estamos listos cuando usted esté listo, señor Kimball —dijo. Amartillando su arma.

Todos llevaban por lo menos un par de armas, además de linternas y de los explosivos plásticos repartidos entre las cuatro mochilas.

Chuck asintió y se limpió con la manga el sudor de la frente. Su puso en cuclillas al lado de la boca destapada de la alcantarilla, metió una pierna en el pozo oscuro, después la otra y por fin inició el descenso. El que tenía que ser el episodio final de la guerra iniciada solamente dos meses atrás. La incursión que decantaría el resultado de la contienda en un sentido u otro. El asalto a la Colina del Capitolio, con los centenares de vidas que se perderían a lo largo del mismo antes del amanecer, no era más que una maniobra de distracción para permitir que aquel comando reducido se infiltrara en la Casa Blanca y diera con el doctor Angelí. El éxito de la misión de Chuck determinaría si aquel sacrificio había sido o no en vano.

Bajo tierra, en el túnel principal que según el mapa de Chuck conectaba el sistema de alcantarillado de la colina con el túnel que conducía a la Casa Blanca, Chuck avanzó en el centro del grupo durante lo que calculó que debía de ser medio kilómetro. Todos caminaban en silencio por las plataformas elevadas que flanqueaban

el canal de aguas residuales. Paul y otro joven de la célula local, que formaban la avanzadilla, llevaban linternas sujetas con esparadrapo a los cañones de sus armas semiautomáticas. Los haces de luz de sus linternas barrían el túnel desierto a medida que avanzaban. No parecía haber explosivos ni trampas de ninguna clase. Si los Captores habían esperado un ataque en el corazón de su centro de mando, los mecanismos de defensa debían de ser de una naturaleza invisible para el grupo de Chuck. Por el momento.

Debió de pasar media hora antes de que Chuck localizara la bifurcación. Las paredes y el techo de los túneles temblaban y retumbaban como resultado de las explosiones en la superficie y provocaban lluvias de arenilla y cascotes sobre el comando de asalto. Chuck señaló con su mapa el túnel pronunciadamente ascendente que partía a la derecha del túnel principal.

—Es aquí —dijo—. Por este túnel ha bajado el pis y la caca de todos los presidentes de nuestra nación durante dos siglos.

—¿Se supone que tengo que descubrirme la cabeza? —Paul se llevó la mano a la visera de su gorra en gesto burlón.

Detenidos allí en la entrada del túnel ascendente, Chuck sintió un nudo en el estómago. Ya no había vuelta atrás. Y sin embargo, era como si hasta aquel momento no hubiera considerado realmente la magnitud verdadera y la idea misma de lo que se proponían hacer. Seis personas —cinco hombres y una mujer— se proponían derrotar a toda una especie extraterrestre que a estas alturas tenía el control de la práctica totalidad del planeta Tierra.

Paul debió de intuir lo que estaba pasando por la cabeza de Chuck, porque le puso una mano en el hombro y le pellizcó amistosamente la clavícula.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Paul—. Nuestra gente está muriendo ahí arriba.

Chuck asintió y tragó saliva. Caminaron durante varios centenares de metros antes de que el túnel se volviera a dividir. Ahora los integrantes del comando caminaban chapoteando por encima de un hilo de líquido turbio que bajaba con un ruido cantarín desde alguna parte en la cima de la colina. Los ruidos de la batalla eran un estruendo continuo y atronador.

Al cabo de un minuto, Chuck chocó en el túnel a oscuras con la espalda de Paul y comprendió que la avanzadilla se había detenido. Paul y el otro miembro avanzado del comando estaban apuntando con sus armas hacia arriba. Enfocando con sus linternas la escalerilla que constituía el final de su trayecto subterráneo.

Chuck comprobó una vez más el mapa y miró a sus hombres. Era inevitable leer el miedo en sus caras. Ninguno de los seis tenía la menor idea de qué se iban a encontrar exactamente allí arriba.

—Pensad en la gente que amáis —dijo Chuck, doblando el mapa y guardándoselo en el bolsillo de su chaqueta de camuflaje del ejército. Del mismo ejército americano que ahora era su enemigo y los estaba diezmando sobre la Colina del Capitolio—. En

vuestros familiares y vuestros amigos. Todavía tenemos una oportunidad de salvarlos. Me niego a aceptar que el proceso sea irreversible.

Cinco minutos más tarde, el comando había subido la escalerilla y se encontraba en formación defensiva en una especie de cámara subterránea que Chuck identificó con la sección inferior de uno de los bunkers subterráneos del edificio presidencial. Una parte de la cámara estaba derrumbada. La Casa Blanca debía de haber sido alcanzada por los cohetes de la Resistencia.

—Vamos allá —dijo, y quitó el seguro de su subfusil de asalto AK—4 7. El mismo subfusil que se había convertido durante el último medio siglo en un símbolo de resistencia política global.

El sistema de bunkers de la Casa Blanca parecía estar desierto. Los ascensores funcionaban con tarjetas magnéticas, así que se vieron obligados a volar un par de puertas y subir las escaleras de emergencia. Subieron cuatro pisos por las escaleras antes de llegar al final de las mismas y encontrarse con la pared hundida que les ahorra el problema de tener que usar explosivos que pudieran dañar todavía más la estructura del edificio. Pero ¿dónde estaba todo el mundo?

No tardaron en descubrirlo.

—¡A cubierto!

Había sido el miembro más joven del comando el que había gritado. Un chico que no podía tener mucho más de diecisiete años.

Los seis miembros del comando se pusieron a cubierto entre las ruinas. En aquella parte del edificio, la penumbra se veía interrumpida por los destellos de las explosiones del exterior que entraban por las ventanas.

Chuck estiró el cuello y miró en la dirección que el chico le estaba señalando. Había media docena de guardias nacionales, armados y con cascos, bloqueando el pasillo que tenían justo delante, más allá de los escombros. Era la postura de los guardias lo que resultaba extraño. Parecían estar en formación defensiva, de pie en medio del pasillo, y sin embargo los brazos les caían inertes a ambos lados del cuerpo, de forma que los cañones de las armas les arrastraban por el suelo. También tenían las cabezas caídas, de forma que a algunos la barbilla les tocaba el pecho. En aquella postura de autómatas desactivados que a Chuck le empezaba a resultar familiar.

Chuck salió de su parapeto.

—¿Qué demonios está haciendo? —le dijo Paul entre dientes desde detrás de su espalda.

Chuck levantó la palma de una mano en gesto tranquilizador.

—Confía en mí —dijo.

Caminó hasta donde estaban los guardias nacionales y le quitó el casco a uno de ellos. Le pasó la mano por delante de la cara. Las pupilas del guardia no respondieron al estímulo.

—No están aquí —dijo Chuck—. Están ahí fuera. En la batalla.

Los miembros del comando de la Resistencia abandonaron lentamente sus posiciones, sin bajar los cañones de sus armas y mirando con recelo a su capitán.

—La mente colectiva está ocupada con la batalla —aventuró Paul, deteniéndose a un par de metros de los miembros de la guardia nacional.

—Lo cual quiere decir —dijo Chuck— que el mundo entero está sintonizado con esta batalla. Probablemente en todo el mundo colonizado la gente haya quedado como estos. —Dio un golpecito suave con la punta de su AK—47 en el pecho del guardia nacional que tenía delante—. Lo cual quiere decir que tenemos una posibilidad de llegar hasta él. Hasta el doctor Angeli.

Los seis miembros del comando reanudaron su camino, siguiendo los letreros de las paredes que cada tantos metros señalaban la dirección del Despacho Oval. Todo el personal de la Casa Blanca parecía estar en sus puestos. Sentados delante de sus ordenadores. Los ujieres detrás de sus mostradores. Oficinistas de pie delante de las máquinas fotocopadoras, con los brazos caldos y todavía sosteniendo hojas de papel. Por todas partes había miembros de la guardia nacional, algunos de ellos desplomados en el suelo. Chuck y sus hombres avanzaron entre ellos con paso ligero, evitando mirarles las caras. En algún momento todas aquellas marionetas abandonadas habían sido seres humanos como ellos. Era posible que todavía lo fueran en algún rincón de sus mentes.

Llegaron sin sobresaltos al Despacho Oval. Paul se encargó de volar los lectores retinales y de tarjetas magnéticas con pequeñas explosiones plásticas controladas. Los estallidos del explosivo plástico apenas se oían en medio del estruendo de las detonaciones del exterior. Ninguno de los miembros del comando se atrevía a asomarse a ninguna de las ventanas para ver qué estaba sucediendo en el exterior ni cuál era el curso de la batalla.

Y allí estaba, sin duda. El despacho presidencial. Aquel lugar donde Chuck Kimball jamás hubiera soñado con entrar durante su vida y donde nunca se habría visto obligado a entrar de no haber tenido lugar los espantosos eventos de los últimos dos meses.

—Señor Kimball —lo llamó Paul desde detrás de su espalda.

Pero Chuck ya había enfilado el pasillo amplio y con las paredes llenas de retratos. Caminando despacio, con el arma baja. Su cara manifestaba desconcierto pero también algo nuevo, algo parecido a la curiosidad o a una intensa expectación. No era consciente de si sus hombres lo estaban siguiendo a distancia o bien si se habían quedado en la puerta. Notaba la moqueta del Despacho Oval extremadamente blanda y mullida bajo sus pies. Los ventanales del despacho mostraban un panorama muy parecido a la idea que tenía Chuck del infierno.

Una gran parte de la colina del Capitolio estaba en llamas. Había movimientos de tropas en la zona del Lincoln Memorial y —Chuck no pudo evitar verlo por el rabillo del ojo— un vacío negro allí donde debería estar el obelisco del monumento a Washington.

Chuck caminó por la alfombra mullida. Había alguien en el centro del despacho. Sentado en una silla de oficina. O tal vez debería decir algo. Era de un tamaño mayor al tamaño de un ser humano. Chuck se detuvo y se quedó mirando al ocupante del despacho, fascinado. Todo su cuerpo parecía estar vendado, con manchas de sangre en varios puntos. En las muñecas y en los costados y en la frente. No se podía decir que tuviera una cara visible, aunque la configuración ósea de su cráneo estaba indudablemente emparentada con el cráneo de los Captores. Un cráneo similar estructuralmente a los cráneos de las serpientes. En el lugar donde tenía los ojos se veían dos luces amarillas débiles a través de las vendas.

El ocupante del despacho no estaba mirando a Chuck. Tampoco parecía que estuviera mirando a través de los ventanales. Parecía simplemente concentrado en algo que estaba pasando dentro de su cabeza.

Chuck se acercó con cautela. Ahora que lo tenía a tres o cuatro metros pudo comprender un poco más de su anatomía. Aquello —fuera lo que fuese— era uno de ellos, o lo había sido en algún momento. Las manchas de sangre de su frente se correspondían con el sitio donde los Captores tenían aquellos cuernos móviles. Las manchas de sangre de los costados podían identificarse fácilmente con el sitio donde habían estado las alas, mientras que las manchas de las muñecas coincidían con los espolones que los Captores tenían en la parte interior de sus miembros anteriores reptilianos. Así que los rumores eran ciertos: aquel ser emparentado con los Captores —o probablemente el líder o el padre de todos ellos— había sufrido diversas operaciones de extirpación de sus miembros. Y el resultado, pensó Chuck, resultaba obsceno: el doctor Angelí, si es que eso era lo que estaba sentado imitando la disposición corporal de un ser humano en el despacho presidencial de la Casa Blanca, había sido objeto de cirugía para convertirse en algo parecido a un ser humano.

Y entonces pasó: en el momento en que Chuck estaba pensando en todo aquello, la cabeza del doctor Angelí se movió. Solamente un poco, lo justo para que las luces amarillas de sus ojos miraran en dirección a Chuck.

Bajo la mirada de aquel monstruo, que lo estaba contemplando al mismo tiempo que dirigía la batalla, Chuck experimentó una intensa sensación de culpa y de vergüenza. Su mano estaba fuertemente cerrada en torno a su arma, pero no podía hacer nada con ella. Lo que sentía Chuck en aquel momento, por inexplicable que fuera, se parecía mucho a la sensación de un niño en el momento de ser sorprendido haciendo algo malo. Pero aquella criatura no era su padre ni su madre. No podía serlo, se estaba diciendo Chuck para sí mismo. Y, sin embargo, aquello era exactamente lo que sentía: un remordimiento y una vergüenza que eran intensamente filiales. Que llenaban su mente por completo. Nada importaba que la parte consciente y todavía lúcida de su mente supiera perfectamente que aquel ser diabólico de otro mundo estaba tomando el control de sus emociones y sus sentimientos más profundos.

—¿Señor Kimball? —dijo la voz de Paul desde la parte del despacho más cercana a la puerta—. ¿Qué demonios hace?

Chuck dejó su arma sobre la mesa del despacho. Como una especie de ofrenda filial. Al otro lado de los ventanales del despacho, la batalla parecía estar atravesando su momento más encarnizado. Era casi imposible oír nada por encima del estruendo de las explosiones.

—¡Señor Kimball! —dijo la voz ahora abiertamente alarmada de Paul—. ¡Aléjese de él!

Pero ya era tarde. Chuck ya estaba plenamente entregado a aquella mirada amarilla. Su ser entero estaba rendido. Cayó de rodillas y abrazó la pierna del monstruo y apoyó la cabeza en su regazo. Feliz.

CUARTA PARTE

«ESCONDEDNOS DEL ROSTRO DEL QUE SE SIENTA EN EL TRONO»

LUCAS GIRAUT

Las luces se encienden sobre las dunas. En alguna parte alguien pone un disco. Las luces que se encienden sobre las dunas son esas luces que a menudo iluminan los sueños: parecidas a focos de un escenario, aunque no parece que cuelguen de ningún techo ni estructura sustentante. Y es que esto es un sueño. El Sueño Filial de Camber Sands. Tal como puede deducirse del letrero parcialmente destruido y cubierto de algas que ahora Lorenzo Giraut y su hijo Lucas Giraut están contemplando, «welcome to camber sands». Sentados en las dunas. De noche. Esa es otra de las características principales del Sueño Filial de Camber Sands. Que siempre es de noche.

—Esto no tiene mucho sentido. —Lucas Giraut mira en la dirección general del aparcamiento lleno de coches y de los cafés y restaurantes de la playa. En su punto más alto, el mar llega a media milla de las primeras edificaciones de la línea de costa—. Yo nunca he estado en Camber Sands. Tú eres quien estuvo aquí. Aquí es donde pasó. Donde alguien te vendió. A mí ni siquiera me gusta la playa. —Se encoge de hombros—. Aunque no espero que sepas eso.

Las edades relativas de Lucas Giraut y de su padre se encuentran ostensiblemente descompensadas. Como sucede a menudo en los sueños. Lucas debe de rondar los treinta años. Su padre tiene esa edad indeterminada que tienen los padres cuando sus hijos son niños pequeños.

—Sí que has estado aquí. —Lorenzo Giraut sonríe con expresión distraída. Pero es imposible que te acuerdes. Porque todavía no has estado aquí. Pero ya habrás estado cuando tengas el sueño.

Lucas Giraut frunce el ceño. Se hurga en el bolsillo de los pantalones de su traje. Saca un folleto en papel satinado. Con vistas marinas y fotografías paisajísticas a color. La primera página del folleto dice: «el sueño filial de camber sands: funcionamiento y principios generales».

«Si ha llegado usted hasta aquí —lee en el folleto—, ya debería tener una buena idea de qué va esto. Tampoco es que los indicios sean muy sutiles. No te parece, ¿Lucas?»

Lorenzo Giraut niega con la cabeza. Sonriente.

—Nunca fuiste muy inteligente —dice. Su tono no es exactamente de sorna. Es ese algo vagamente ininteligible que Lucas siempre ha asociado con su padre. Esa especie de negativa a decir las cosas directamente o a hablar de una forma que no resulte enigmática. Como si cada conversación paterno-filial encerrara alguna clase de examen oficioso de talento deductivo. Como si cada frase paterna fuera una reafirmación de la ininteligibilidad paterna esencial—. Espera —dice Lorenzo.

Mirando a lo lejos. En dirección a algo luminoso que se acerca flotando por encima de los restaurantes de la playa—. Viene uno. Échate en el suelo.

Lucas se tira al suelo de arena y se coloca boca abajo con las manos detrás de la cabeza tal como ha visto en alguna parte que hace la gente en situaciones de peligro potencial. Algo se mueve a pocos centímetros de su cara rebozada de arena. Posiblemente un cangrejo. Al cabo de un momento puede ver con el rabillo del ojo el resplandor verde que se refleja en la arena. Parecido al resplandor radiactivo que aparece en ciertas películas. Levanta un poco la cabeza. Con disimulo. La cosa se acerca flotando por el aire. Por encima de los tejados de los restaurantes. Despacio. Bañando con su resplandor verde la costa de Camber Sands. Con los pies a unos tres o cuatro metros del suelo. La verdad es que no parece un ángel. Tiene la cara verde. Su cara es verde y muy larga y se parece a la cara de un cadáver salvo por el hecho de que sus ojos son como linternas muy potentes o tal vez como los faros de un coche. Parece que le falta un trozo de cara, aunque cuesta verlo por culpa de la capucha del chubasquero. Porque la figura que flota y emite un resplandor verde sobre los tejados lleva chubasquero: uno de esos chubasqueros amarillos y largos que llevan los pescadores. Con algas pegadas y conchas de moluscos marinos y limo verde fluorescente por todas partes. Con una estrella de mar sobre el hombro de la misma manera que algunos piratas de los cuentos infantiles llevan loros en el hombro.

—¿Es uno de ellos? —Lucas apoya de nuevo la cara en la arena del suelo—. ¿Uno de los Captores?

—Nunca he oído que los llamaran así —dice su padre—. ¿De verdad crees que esas cosas vienen de otros planetas?

Los dos permanecen un minuto tumbados boca abajo sobre la arena. El ser flotante y verde se acerca a ellos y pasa por encima de ellos sin dar ninguna señal de verlos y por fin se aleja. En dirección norte-noroeste. Durante los segundos en que la cosa se encuentra justo por encima de sus cabezas, Lucas puede oír de cerca el ruido que hacen. Un ruido eléctrico. Un ruido parecido al de un generador eléctrico o bien al zumbido de un electrodoméstico. Como ese ruido que hacen las neveras por las noches, piensa Lucas Giraut.

Lucas espera que se levante su padre para levantarse él también y sacudirse la arena del traje y del pelo. Sobre los tejados del pueblo, a menos de doscientos metros de donde se encuentran, hay por lo menos media docena de esas cosas flotantes. Flotando. Con sus impermeables amarillos de pescadores. Con los brazos extendidos delante del cuerpo. Algunos llevan cañas de pescar en la mano. Uno de ellos lleva unas redes de pescador enredadas en los brazos y en la cabeza. Las figuras flotan y miran hacia abajo con sus ojos parecidos a faros de coche y Lucas comprende lo que están haciendo. Están buscando. Están buscando supervivientes.

—¡Espera! —le grita Lucas su padre, que ya está corriendo con el cuerpo encorvado hacia delante en dirección a las casas del pueblo—. ¡Ya he averiguado quién te hizo aquello! ¡Quién te traicionó!

Un momento después se arrepiente de haber gritado. Se tapa la boca con la mano. Por un momento le ha dado la impresión de que una de las figuras flotantes giraba la cabeza y miraba en su dirección. Con una pipa en su boca cadavérica. Con el limo y la podredumbre comiéndole la cara. Después echa a correr detrás de su padre.

El pueblo de Camber consiste en poco más de una docena de callecitas diminutas en torno a la carretera de Lydd. Que lleva por un lado a Rye y por el otro a Lydd-on-Sea. Con la mole de ladrillo rojo del Hotel In The Sands a un lado. Las callecitas son pequeñas y tienen adoquines en vez de asfalto y en general conservan la atmósfera pintoresca y apacible del siglo XVI en que fueron construidas. Una Atmósfera Apaciblemente y Pintorescamente Inglesa. Bañada en estos momentos de un resplandor verde radiactivo.

—Evita los espacios abiertos —le dice Lorenzo Giraut a su hijo en cuanto llegan a la primera casa del pueblo. Sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared de detrás de la casa. Coge un palo y traza un croquis del pueblo sobre la arena del suelo—. Tenemos que llegar a la Tienda de Mapas. —Traza una X en el suelo—. Esta aquí, en el centro del pueblo.

Padre e hijo empiezan a caminar pegados a las paredes. En un momento dado se abre un espacio entre las casas a su izquierda y Lucas puede ver a lo lejos los tejados bañados de luz verde del pueblo de Rye. En una esquina cercana se topan con un letrero de la Oficina de Turismo Local.

OLD LYDD ROAD ↑ FISHING TROPHIES AND AWARDS ↑ MERCHANTS
DRIVE → SEA ROAD → OUTER DREAM & RYE ← OTHER DREAMS ←

Siguiendo las indicaciones del letrero, llegan al edificio enorme de la Galería de Trofeos de Pesca. Lorenzo Giraut entra y le hace una señal a Lucas para que no encienda la luz. Lucas asiente. Lorenzo enciende su encendedor y mira a su alrededor. Las paredes están cubiertas de vitrinas con trofeos de pesca y fotografías enmarcadas de gente con peces en las manos e impermeables amarillos. La decoración consiste en redes de pesca llenas de conchas de moluscos y estrellas de mar y peces disecados. Lorenzo señala el otro extremo de la sala.

—Hay que llegar allí —dice—. ¿Ves aquella luz?

Lucas frunce los ojos. Al otro extremo de la galería hay una ventana y al otro lado de la ventana una luz que se enciende y se apaga. Como esas luces de las películas de espías que se encienden y se apagan en código morse. Giraut no entiende el código morse. De pronto un sonido grave y retumbante hace temblar las paredes y el suelo de la galería. Varios trofeos se caen en sus vitrinas y algunas fotografías enmarcadas se estrellan contra el suelo. El sonido continúa. Cada vez más nítido. Con la cadencia de unos pasos. Unos pasos gigantes que se acercan. Lucas mira a su padre con expresión preocupada.

—No me eches la culpa a mí —le dice Lorenzo Giraut. En tono burlón—. A nadie le habría apetecido pasar mucho tiempo en casa. Con tu madre, imagínate. —Se encoge de hombros—. La culpa es de aquel viaje a Londres que hicimos todos juntos. Antes de que nacieras. Si no hubiéramos ido, las cosas después no habrían ido tan mal. Pero ahora ya da igual. De hecho, siempre me dio igual. Sigue tú solo —dice. Hace un gesto en dirección a la ventana desde la que se ven las señales lumínicas en morse—. Antes de que llegue.

Lucas Giraut echa a andar apresuradamente por el suelo tembloroso de la galería. A su alrededor las vitrinas de trofeos se desploman. En las paredes aparecen grietas. Caen cascotes del techo. Obligando a Lucas a caminar pegado a las paredes. Cubriéndose la cabeza con las manos. Muchas de las fotografías enmarcadas que quedan en las paredes le resultan familiares a Lucas. Todas parecen representar a una misma persona. Vestida con impermeable amarillo. En las fotografías, sin embargo, la persona siempre tiene la cara tapada por un recuadro negro. Sobre el recuadro hay la inscripción «CENSORED BY THE DREAM AUTHORITY ®». En el centro de la galería, adonde Lucas llega dando traspies, hay una imagen enmarcada más grande que el resto. El marco es antiguo y dorado y parece corresponder a una pintura más que a un trofeo de pesca. El recuadro negro, sin embargo, tapa la imagen entera del cuadro. Dejando un simple recuadro negro con un marco antiguo y dorado. Lucas se acerca para leer el título en la placa del marco «Escondednos del rostro del que se sienta en el trono», dice la placa.

Desde el cuadro censurado, Lucas cruza corriendo el último tramo de la galería y llega a la ventana desde la que se ve la luz. Sea lo que sea que se acerca dando pasos gigantes, ya debe de estar sobre ellos, porque el estruendo de los pasos lo llena todo y está empezando a hacer estallar varios cristales. Lucas mira hacia atrás. Su padre está desnudo y viejo en una cama. Sudoroso. Diciéndole adiós con la mano. Después abre la ventana y contempla el lugar del que vienen las luces.

Se trata de una vieja tiendecita situada en una casa antigua. El letrero de la tienda dice: «YE OLDE MAPPE SHOPPE». Desde la ventana de la Tienda de Mapas, Valentina Parini le está haciendo señales con una linterna. Un parche le tapa una lente de las gafas infantiles. Al ver que él la está viendo, Valentina se pone a hacerle señales con la mano. Se da la vuelta y se ilumina con la linterna una letra X que tiene escrita a bolígrafo en la parte de atrás del cuello. El Sello de Protección. Alrededor de Lucas, la galería parece a punto de hundirse. Le llueve polvo de yeso sobre el pelo. La pared se está desmoronando. De pronto el ruido de pasos se detiene. Todo deja de temblar.

El silencio repentino hace que a Lucas le piten los oídos. De pronto, alguien le da un par de golpecitos en el hombro.

BOLA DE ESPEJOS

Los acontecimientos que tienen lugar en El Lado Oscuro de la Luna llegado este punto de la historia se despliegan igual que las imágenes en la superficie de una bola de espejos. Con esa misma combinación parpadeante de simultaneidad y sucesividad. Convertidos en un mosaico de fragmentos distorsionados que aparecen y desaparecen parpadeando y que vuelven a aparecer cada vez que la bola completa una de sus rotaciones. Sin que ninguna de las imágenes ocupe el lugar central, más que durante el instante infinitesimal que tarda en ser absorbida por la conciencia.

El señor Bocanegra, Empresario del Espectáculo, está sentado en un taburete de la barra del Salón Eclipse, flanqueado por dos bailarinas vestidas con tanga y zapatos de tacón. Sosteniendo un cóctel con sombrilla en la mano derecha y un puro encendido en la mano izquierda. Sonriendo ampliamente por debajo de su bigote impecablemente recortado.

El señor Bocanegra es un bar, tal como le gusta decir a menudo al señor Bocanegra. No exactamente un elemento aglutinante o catalizador de otros elementos, al estilo de esa gente a la que todo el mundo parece conocer y en torno a la cual suele tener lugar la mayor parte de los acontecimientos lúdicos en una ciudad determinada. No exactamente como esa gente que siempre parece estar en el centro de todo lo que pasa y cuya función en la vida parece ser poner en contacto o reunir a gente que de otra forma actuaría de forma independiente. Conseguir conjuntos que sumen más que sus partes constituyentes. El señor Bocanegra es todo eso, pero también es algo más. Algo parecido tal vez a lo que un bar es literalmente. Como un lugar. Como un lugar cómodo donde la gente puede sentarse y reunirse y hablar y relajarse y pedir su copa favorita. Como un lugar pensado para disfrutar de la vida. O esa es por lo menos la forma en que el señor Bocanegra se ve a sí mismo.

Al otro lado de la barra del Salón Eclipse, media docena de camareras no mayores de veinte años y vestidas con el conjunto corporativo de tanga y zapatos de tacón de aguja sirven copas a grupos de individuos trajeados que flirtean con ellas sin disimulo y hacen la broma de intentar meterles billetes por debajo de la tira elástica de sus tangas. La broma es siempre la misma. Noche tras noche. La misma sonrisa alcoholizada y el mismo brazo que se extiende por encima de la barra intentando meter un billete de cincuenta euros doblado dentro de un tanga. Las chicas ríen la broma y les sirven sus copas con sonrisas profesionalmente seductoras.

La política de admisión de El Lado Oscuro de la Luna no ha cambiado un ápice en los últimos veinticinco años. La indumentaria formal se sigue considerando un requisito. Los trajes hacen que el señor Bocanegra se sienta bien y cómodo y dispuesto a mostrar su Lado Amable. Los trajes son como el suelo enmoquetado y los

sofás de terciopelo y las bolas de espejos y los paneles de madera de calidad. Son como los muslos de las chicas de El Lado Oscuro de la Luna cuando rozan el terciopelo de los sofás. Son de esas cosas que le hacen a uno sentirse bien en la vida. Son, en definitiva, como las estatuas. Y no hay absolutamente nada que haga sentirse a Bocanegra tan bien como las estatuas.

Sobre el escenario del Salón Eclipse hay varias bailarinas de El Lado Oscuro de la Luna teniendo relaciones sexuales entre ellas. En una de las mesas más cercanas al mismo, un miembro del equipo de gobierno municipal se ha subido a la mesa y está practicando un baile supuestamente erótico y consistente básicamente en movimientos rítmicos de las caderas. Con la servilleta de su mesa atada en torno a la cabeza. Una docena de subordinados sicofánticos ríe exageradamente las gracias del miembro del gobierno municipal y aplaude al ritmo de sus movimientos pélvicos.

El señor Bocanegra nunca ha tenido nada contra la diversión bien entendida. De hecho, se considera a sí mismo un promotor de la diversión bien entendida.

Varios ocupantes de las mesas del local más cercanas a la puerta del Salón Eclipse han dejado de prestar atención a lo que está sucediendo sobre el escenario y ahora están girados con diversos grados de preocupación facial en dirección a la puerta. Sea lo que sea que está sucediendo en la puerta del establecimiento, todavía no ha conseguido captar la atención de los ocupantes de la parte del local donde está sentado Bocanegra. Todavía no es visible por las empleadas que sirven copas ni por los clientes borrachos que tratan de meterles billetes de cincuenta euros arrugados dentro del tanga.

En el centro exacto del local gira una bola de espejos gigante. Sobre las mesas. En cada una de sus facetas se reflejan las bailarinas que están teniendo relaciones sexuales sobre el escenario y los clientes que extienden los brazos por encima de la barra y las estatuas de El Lado Oscuro de la Luna y también el miembro del equipo de gobierno municipal que baila sobre la mesa. Y también lo que sea que está teniendo lugar en las inmediaciones de la puerta de salida. Que cada vez está llamando la atención de más mesas e incluso haciendo que algunos de sus ocupantes se pongan de pie con caras alarmadas. Pero para que alguien situado en las inmediaciones de la barra vea lo que está pasando en la puerta la bola de espejos todavía tiene que dar casi una vuelta más sobre su eje de rotación. La bola de espejos gigante que gira en el centro del local gira despacio y sus rotaciones proyectan cientos y cientos de formas de colores brillantes sobre las paredes y las estatuas y las caras de los ocupantes del establecimiento. Una estatua que hay junto a la entrada de los aseos y que representa al dios Pan persiguiendo a una ninfa se tiñe por completo de color rojo y luego de color dorado y por fin de una amalgama de todos los colores.

Una de las bailarinas que está teniendo relaciones sexuales sobre el escenario con otras dos bailarinas levanta la vista, aparta el brazo de una de sus compañeras sexuales y se queda mirando fijamente a la puerta. Abandonando momentáneamente la tarea sexual que tiene entre manos. Simplemente se queda de rodillas sobre el

escenario mirando en dirección a la puerta. Con el ceño fruncido. Otras bailarinas que están actuando sobre el escenario empiezan a detenerse también. Al cabo de un segundo, el miembro del equipo de gobierno municipal que está bailando sobre la mesa con una servilleta atada sobre la cabeza, y que ahora también se ha bajado los pantalones hasta la altura de los muslos y está enseñando las nalgas en actitud festiva, interrumpe bruscamente su baile. Se queda mirando a la gente que está entrando por la puerta del local durante solamente una fracción de segundo y se sube los pantalones de golpe.

La conmoción se extiende a las camareras de la barra. A los clientes de la parte del local más alejada de la puerta. Una de las camareras de la barra que está de espaldas a la puerta sigue agitando con brío una coctelera cuando todas sus compañeras ya han dejado lo que están haciendo y se limitan a mirar a la puerta. Su forma de agitar la coctelera hace que sus pechos desnudos se agiten aparatosamente.

Y por fin la conmoción llega a Bocanegra. Mientras algunos clientes ya se han levantado de sus mesas y están literalmente corriendo. Corriendo por entre las mesas. Saltando por encima de las sillas volcadas y por encima de algunos clientes que han caído al suelo en medio de la confusión. Bocanegra hace girar su taburete en dirección al lugar del que todo el mundo parece estar huyendo repentinamente y se queda mirando ese lugar. Con la copa provista de sombrilla en una mano y el puro en la otra.

El comisario Farina camina en dirección a la barra. Con las manos en los bolsillos del abrigo. A su alrededor, una cincuentena de agentes de policía uniformados interceptan a los clientes que tratan de huir y en algunos casos los inmovilizan en el suelo con sus porras institucionales. Algunos clientes han subido al escenario y ahora tratan de escapar en dirección a la entrada de los camerinos que hay detrás de las pesadas cortinas de terciopelo. Como suele suceder en esta clase de situaciones, las bailarinas que hasta hace un momento estaban practicando diversas modalidades de relaciones sexuales ahora se cubren pudorosamente los genitales y los pechos con las manos. Un par de agentes uniformados intentan separar a un cliente de mediana edad con traje de ejecutivo de una voluptuosa estatua de Afrodita arrodillada a la que se ha abrazado y de la que se niega a separarse.

Entretanto, la bola de espejos sigue girando en medio del local. Proyectando su miríada de formas de colores sobre las paredes y las mesas y las caras aterradas de los clientes y los brazos en alto de los agentes uniformados que están reduciendo a los clientes más recalcitrantes.

El comisario Farina se sienta en el taburete contiguo al de Bocanegra. Bocanegra se lo queda mirando mientras da una calada pensativa a su puro.

—Supongo que es una broma —dice. Soltando una bocanada de humo de puro en la dirección general de la cara de Farina.

—Por supuesto. —Farina asiente. Contemplando el trabajo de sus subordinados con algo parecido al orgullo paternal. O tal vez con algo parecido a ese orgullo

divertido de quien acaba de hacer una aparición eficazmente impactante—. Esto es divertido. No lo niego. Me estoy divirtiendo. ¿Te parece bien que hablemos aquí? — Se encoge de hombros—. ¿O me vas a invitar a ese famoso club privado del piso de arriba?

Sobre el escenario, las bailarinas desnudas contemplan con cara consternada a los agentes uniformados que están dando caza a los clientes en el mismo lugar donde ellas estaban teniendo relaciones sexuales. Tapándose pudorosamente los pechos y los genitales. Algunas de ellas utilizan las cortinas de terciopelo para taparse. Hay clientes con trajes ejecutivos tumbados boca abajo entre las mesas con las manos esposadas detrás de la espalda. Hay clientes cabizbajos hablando con agentes uniformados que toman nota en cuadernos de todo lo que dicen. La música sigue sonando. De alguna forma, el hecho de que la música siga sonando resulta el elemento más desconcertante de la escena. El miembro del equipo de gobierno municipal está intentando escapar a gatas sin ser visto por detrás de la barra.

—Ponle una copa al comisario. —Bocanegra le hace una señal a una camarera de cara aterrada.

Farina mira a su alrededor. Aplaudiendo. Algunos de los agentes uniformados hacen reverencias teatrales.

—No entiendo cómo puedes aguantar todo el día rodeado de estas niñas. —Se rasca el mentón con gesto calculador—. Yo ya me habría detenido a mí mismo. Quiero lo mismo que estás tomando —añade—. Tiene buena pinta, con la sombrilla esa. Elegante. Un poco como este sitio. Estilo Bocanegra, diría yo.

Uno de los agentes de policía está posando en compañía de dos bailarinas desnudas de El Lado Oscuro de la Luna mientras uno de sus compañeros les hace una fotografía con un teléfono móvil. El agente que está posando se quita un momento la gorra del uniforme para peinarse con la mano y sonrío.

La camarera de cara aterrada le da su copa a Farina, que se la queda mirando un momento con una cara donde se mezclan la burla con la admiración genuina.

—El mensaje es el siguiente. —Farina coge con las yemas de los dedos la sombrilla diminuta de su cóctel y la usa para remover el contenido del vaso con gesto ausente. El cóctel es de un color amarillo con matices de verde que hace pensar en residuos nucleares y en esas fotografías espectrográficas que se hacen de las estrellas y los cuerpos celestes—. Antes de que te pongas impaciente. Hemos estado hablando con tu amigo Bob Marley. No digo que no nos haya costado un poco hacerle hablar. Pero al final estas cosas se solucionan con psicología. —Se encoge de hombros. Mira a su alrededor. Los clientes de El Lado Oscuro de la Luna que ofrecían resistencia están ahora alineados contra una pared revestida con plafones de madera noble y grabados eróticos indios del periodo mogol—. Es verdad que al principio me costó un poco atar cabos. Tu amigo Bob Marley no es muy listo. Un tío simpático, eso sí. Pero yo no le daría un premio por listo.

El reflejo multicolor de las luces de los focos del escenario sobre las facetas rotatorias de la bola de espejos ilumina durante una fracción de segundo la cara aterrada de un hombre de mediana edad con traje ejecutivo que acaba de ser descubierto por los agentes de policía. Escondido detrás de una estatua de Júpiter persiguiendo eróticamente a la mortal Alcmena. La luz multicolor se proyecta durante un segundo en su cara crispada y en su boca muy abierta y después continúa su rotación. Bocanegra da una calada a su puro que es más larga que ninguna calada a ningún puro que Farina haya visto nunca en su vida.

—En términos generales se puede decir que lo sé todo. —Farina usa el palito de la sombrilla para pescar una guinda que hay dentro de su cóctel de color radiactivo. Pincha la guinda y se la lleva a la boca. La mastica con cara de estar masticando algo que no ha sido pensado realmente para ser comido—. Sé toda la historia. Lo de los cuadros que cambiasteis en la galería y que le vais a vender a ese tío inglés la semana que viene. —Sonríe con expresión feliz—. En realidad he estado apareciendo en algunos momentos de esta historia. Pero con discreción. Supongo que ya sabes que pesqué a Bob Marley cuando estaba en casa de tu amigo Cruz. Ex amigo. Reconozco que eso me intrigó. Era como si estuviera viendo los detalles de algo grande pero me faltara algo que los uniera. Y entonces apareció aquel nombre. Giraut. Pero Giraut la palmó. Hasta que caí en la cuenta. —Se da un puñetazo en la palma de la mano de esa forma en que mucha gente se da un puñetazo en la mano para representar el hecho de que han descubierto algo que no eran capaces de ver hasta ese momento por cuestiones paradójicas de cercanía—. Era el hijo. Cuando murió el padre adoptaste al hijo. Es un decir, claro. ¿Ese es quien creo que es? —Farina señala con la copa de su cóctel en dirección a algo que gatea por el suelo perseguido por varios agentes uniformados de policía.

Bocanegra mira en la dirección que Farina está señalando. Las cosas en el local de El Lado Oscuro de la Luna tienen lugar de forma muy parecida a la forma en que las cosas aparecen reflejadas en una bola de espejos. Ocupando el centro de la escena de forma simultánea y al mismo tiempo sucesiva. De una forma que dificulta el hecho de concentrar la atención en ellas. Bocanegra frunce los ojos. Para ver mejor bajo la luz estroboscópica que rebota en las facetas de la bola de espejos. El miembro del equipo de gobierno municipal gatea por entre las mesas de la parte trasera del local. Perseguido por varios agentes uniformados. Esquivando las piernas de la gente. Con la servilleta todavía anudada en la cabeza. Uno de los agentes uniformados se tira al suelo y consigue agarrarlo de una pierna. Hay un forcejeo. El miembro del gobierno municipal tira del mantel de una de las mesas y lo usa para taparse la cara. Bocanegra aparta la mirada. La forma simultánea y al mismo tiempo sucesiva en que suceden las cosas en el local de El Lado Oscuro de la Luna dificulta el hecho de prestarles atención durante más que un instante.

—Pero, por supuesto —Farina señala a Bocanegra con la sombrilla de su cóctel. No parece que todavía haya dado un sorbo a su bebida—, si querías adoptar al

pequeñín Giraut tenías que hacer algo primero. Porque tú y Giraut y Cruz erais tres. Así que tenías que librarte de Cruz. Antes de que el chaval oyera hablar de él y decidiera marcharse con él. Tal como hizo el padre. En la época en que erais como hermanitos. Es un decir, claro. —Hace un gesto con su vaso en dirección a los últimos resquicios de resistencia de la clientela del local, que se han atrincherado sobre el escenario usando sillas como armas defensivas. Como si dichos resquicios pudieran ofrecer alguna clase de apoyo a lo que está diciendo—. Por eso mandaste a Bob Marley a su casa. Para sacarlo de circulación. Me refiero a Cruz. Porque sabías que tarde o temprano encontraría al pequeñín o el pequeñín lo encontraría a él. Y de todas maneras me parece que no es la primera vez que lo intentas. —Hace una mueca teatralmente intrigada. Como si no acertara a recordar algo con precisión—. ¿No hubo una historia con una bomba o algo así? ¿En los setenta?

El último resquicio de resistencia de la clientela de El Lado Oscuro de la Luna deja de ofrecer resistencia. Se oyen un par de golpes y un par de gemidos procedentes del escenario. El señor Bocanegra, Empresario del Espectáculo, no parece estar prestando una atención especial a lo que sucede a su alrededor. Aparte del hecho de que las caladas que está dando a su puro son mucho más largas y más profundas que ninguna otra calada que Farina haya visto dar a ningún puro en su vida, el único signo de preocupación que aflora en la cara de Bocanegra es una mueca reconcentrada y difícil de descifrar. No es exactamente esa mueca con el ceño fruncido y la mandíbula fuertemente apretada que caracteriza las caras que esconden una mente acelerada por la preocupación. Tampoco es una de esas muecas impasibles traicionadas únicamente por el gesto ocasional de tragar saliva de una forma ligeramente aparatosa. Se parece más a esa mueca exageradamente impasible y casi paradójicamente distraída con que los grandes depredadores del reino animal esperan agazapados detrás de un matorral el momento de saltar sobre su presa.

Farina le hace una señal con la mano al agente uniformado que parece estar al mando de la operación.

—Esta es una visita de cortesía —dice, dejando la copa todavía intacta sobre la barra—. Puedes decírselo a todos estos señores. Algo puramente rutinario. Estamos velando por su seguridad, podría decirse. Una de esas visitas para asegurarse de que todo sigue bien. Me alegro de ver que todo sigue bien. —Se pone de pie y se alisa el traje con las manos con gesto ausente—. Aunque me temo que voy a tener que cerrarte el local. Al alcalde no le gusta todo esto de traer chicas menores de edad y sin papeles. De todas maneras, ¿quién va a venir después de lo que ha pasado esta noche? Esto es el fin, y tú lo sabes. —Hace una pausa pensativa—. Eso no quiere decir que te quiera mandar a la cárcel. Te puedo librar de ir a la cárcel. Si tú me echas un cablecito, claro. Puedes darme los cuadros ahora. O mejor, darme los cuadros y a Giraut. —Sonríe—. O mejor todavía, me puedes dar la semana que viene los cuadros, a Giraut y al comprador.

Bocanegra observa la espalda de Farina mientras Farina se aleja en dirección a la puerta. La bola de espejos proyecta una serie de formas multicolores infinitesimales en la parte de atrás de su chaqueta.

En la parte de atrás del local, varias empleadas de El Lado Oscuro de la Luna con tanga y varios subordinados municipales se dedican a socorrer al miembro del equipo de gobierno municipal. Que está tendido en el suelo. Parcialmente cubierto con un mantel. Teniendo lo que parece ser una crisis momentánea de hiperventilación.

TRAJEOLÓGÍA

Los haces de luz del sol matinal caen entre los balcones del Barrio Gótico como cascotes del techo sobre los protagonistas en fuga del clímax dramático de una película de acción. De entre las sombras rodeadas de bolsas de basura de uno de los portales asoma la cabeza mugrienta de Juan de la Cruz Saudade. Parcialmente envuelta en humo de cigarrillo. Con los ojos entornados y la barba oscureciéndole la mitad inferior de la cara mugrienta. Su expresión resueltamente amenazadora es de esas expresiones resueltamente amenazadoras que no tienen por qué ir necesariamente ligadas con armas de fuego escondidas dentro de los pantalones, pero que ciertamente abundan entre la gente que tiene un arma de fuego escondida en los pantalones. Tira la colilla de su cigarrillo sobre los adoquines. La pisa con una especie de movimiento circular de la punta del pie y por fin escupe sobre los restos de la colilla. Un perro que está hurgando en las bolsas de basura de la calle se lo queda mirando con expresión vagamente interesada. La forma en que Saudade suele escupir en el suelo y tirar sus colillas al suelo y expulsar el contenido de sus fosas nasales sobre el suelo presionándose las aletas nasales con el dedo sugiere alguna clase de actividad primitiva de delimitación del territorio. El perro arruga el hocico y estira la espalda en una especie de movimiento equivalente a un encogimiento de hombros y se aleja por la calle.

Ahora Saudade asoma la cabeza y un hombro fuera de las sombras del portal. Con ese movimiento suave de torsión corporal que uno asocia con la gente que está parcialmente escondida en portales en las películas de espías. Coloca los dedos en forma de pistola de dedos y dispara una bala invisible acompañada de un ruido labial de disparo en dirección al portal del antiguo palacio ducal donde vive Lucas Giraut. En ese preciso momento la puerta del palacio ducal se abre. Saudade se esconde en las sombras del portal y al cabo de un segundo vuelve a asomar la cabeza con cautela. Del portal de Giraut acaba de salir una mujer. Una de esas mujeres carentes de rasgos sexuales sobresalientes que a Saudade le provocan cierta sensación de abatimiento. Se queda mirando el trasero de la mujer que se aleja. Con los labios fruncidos en una mueca de desaprobación. La ropa de Saudade puede calificarse de decididamente mugrienta. Su cara parece el resultado de coger una cara que no ha dormido ni se ha lavado en cuatro días y pasarle por encima un camión de gran tonelaje.

Cinco minutos más tarde, Saudade cierra la puerta del apartamento de Giraut detrás de su espalda y se guarda su estuche profesional de ganzúas en el bolsillo de atrás de sus pantalones de chándal inverosíblemente mugrientos. Mira a su alrededor. El apartamento de Giraut no tiene ningún recibidor con cortinilla de cuentas o con uno de esos espejos esmerilados. O con uno de esos cubos para que la gente deje los

paraguas mojados. La puerta de entrada da directamente a una sala de estar donde se podría jugar perfectamente un partido de fútbol. Todo hace gala de esa taita de sentido práctico que Saudade asocia con la ausencia de preocupaciones materiales en la vida. En su experiencia, las casas de los ricos se distinguen porque hay demasiado espacio entre las cosas. Es como si no supieran aprovechar debidamente el espacio, o como si quisieran jactarse de que tienen tanto espacio en sus casas que no saben con qué ocuparlo. A una sala tan grande él sí que sabría sacarle partido. Quitaría todas esas alfombritas pijas y los sofás raros y pondría un gimnasio a un lado, un bar con una barra de madera de la buena al otro y una tele de esas gigantescas con un buen tresillo delante. Y aún le sobraría sitio.

Después de una primera inspección de los armarios de la sala, Saudade se acomoda en el sofá con un vaso, una botella de Macallan, una botella de Finlandia, dos latas de Coca-Cola Light y el mando a distancia del televisor. Por alguna razón, desde que hace una semana se quedó sin casa, sin trabajo y sin gasolina para el coche, se siente abrumado por una sensación de intensa vulnerabilidad. De condena inminente. Como si ahora caminara todo el tiempo vestido con los colores de su equipo por las gradas del equipo rival de la ciudad, viendo cómo los seguidores contrarios se acercan con barras de hierro y puños americanos en las manos. En el fondo de su mente confía en que esta sensación de pérdida de la omnipotencia no tenga que ver con la cercanía de los treinta años. Niega con la cabeza tristemente. Da un trago largo que deja en la mitad su vaso de Macallan con Coca-Cola Light y cambia varias veces de canal en el televisor hasta llegar a lo que parece un pase de lencería. Salvo por el hecho de que tiene lugar en un plató de televisión y todo el público consiste en mujeres de la tercera edad que miran a las modelos con desaprobación evidente. ¿Qué le está pasando?, se pregunta en tono amargo. Durante todas sus idas y venidas del mundo del crimen al de la policía y de vuelta a sus orígenes, algo se había mantenido siempre incólume en su vida. Cierta sensación de que el mundo estaba en cierta manera diseñado como circuito de exhibición de su excelencia en el arte de la vida. Y ahora la gente se aleja de él en los transportes públicos y pone cara de asco y se tapa las narices. Contempla con el ceño fruncido la botella vacía de Macallan y la arroja contra la pared que tiene delante. La mancha que queda en la pared blanca tiene forma de estrella de mar aplastada con el pie.

Con la botella de Finlandia en una mano y el mando a distancia del televisor en la otra sube las escaleras de madera sin barnizar y se detiene un momento para contemplar la pared del rellano a la luz de su linterna. Sería una casa la mar de maja si la hubiera decorado alguien con dos dedos de frente. ¿Quién es el cretino que decidió dejar los ladrillos a la vista en toda la escalera? Se encoge de hombros y tira el mando a distancia dentro de la pecera ornamental del rellano. En el piso de arriba se entretiene unos minutos volcando las estanterías y vaciando el contenido de los armarios en el suelo y atacando los cuadros con un pie de lámpara de acero. Incendia la colcha de una cama con su encendedor y al cabo de un minuto cambia de opinión y

se lleva la colcha humeante hecha una pelota y la pone debajo de los grifos de la bañera. De alguna forma todos estos destrozos le hacen sentir bien pero al mismo tiempo le hacen sentir intensamente mal. Los pequeños actos individuales de vandalismo sobre el mobiliario de Giraut le proporcionan dosis abrumadoramente efímeras de satisfacción seguidas de oleadas de abatimiento. Nada parece darle el bienestar que necesita. Orina encima de las almohadas y consigue arrancar el lavabo de la pared. En un armario de la escalera encuentra una caja de herramientas. Emprende una remodelación general del apartamento con un martillo de punta cuadrada y cinco minutos más tarde se encuentra a sí mismo llorando desconsoladamente en el sofá y tapándose la cara con el antebrazo.

¿Cuál es el sentido de tanto esfuerzo? ¿Cuál es el sentido de vivir en un mundo que no premia el trabajo y el mérito personal? Es como ese gilipollas de Giraut, por ejemplo, piensa Saudade mientras vomita sobre el sofá de Giraut. ¿Qué demonios ha hecho para tener todo este apartamento y la colección de trajes pijos del piso de arriba y un cuarto de baño tan hermoso que dan ganas de mudarse a él? ¿Y qué sentido tiene destrozárselo todo? Por mucho que él le destroce ahora el apartamento, aunque se lo destrozara diez veces, el señor Niñato Pijo de Mierda podría venir después con sus tarjetas de crédito y sus cuentas bancarias y volver a reponerlo todo. La verdad, piensa ahora, dejándose caer del sofá sobre la alfombra y gateando en dirección al mueble-bar, es que daría lo que fuera por no haber conocido nunca al capullo cara-de-culo de Giraut. Puede que Giraut no le haya causado todos sus problemas actuales, pero no hay duda de que es un símbolo de los mismos. Un símbolo repeinado y trajeado y odiosamente imperturbable. Con esa estúpida cara mofletuda e impertérrita. Como si el mundo no fuera algo en lo que mereciera la pena pararse a pensar. Saudade se retuerce sobre la alfombra. Con los dientes rechinándole. Extiende un brazo en gesto agónico hacia el mueble-bar. Consigue abrir una portezuela del mismo. Agarra una segunda botella de Finlandia y le quita el tapón con los dientes. Ojalá no hubiera visto nunca esa cara estúpida de puto niño pijo imbécil. En opinión de Saudade, la guerra de clases es algo que tiene lugar fundamentalmente entre la clase unipersonal constituida por Juan de la Cruz Saudade y la clase constituida por todos los putos niños pijos imbéciles que pueblan el mundo. El mecanismo de dicha guerra, en términos generales, es análogo al modo en que alguien avanza entre una multitud abriéndose paso con un hacha. No se puede hablar de ningún egoísmo intencionado en la actitud vital general de Saudade. Tampoco se puede hablar de ninguna agresividad básica. Su actitud se parece más a esa forma en que ciertos animales comen muy deprisa y echando vistazos recelosos por encima del hombro.

Cuando se despierta en calzoncillos dentro de la bañera y abrazado plácidamente a la botella vacía de Finlandia, no tiene ni la menor idea de cuánto tiempo lleva allí. El interior de su cabeza parece haberse convertido en un manojo de nervios inflamados que alguien se dedica a golpear rítmicamente con una guitarra. Vomita dos veces sobre sí mismo antes de conseguir ponerse de pie en la bañera y se da una

ducha helada contemplando cómo los restos del vómito giran en torno al desagüe en el sentido de las agujas del reloj. Se contempla a sí mismo por primera vez en varias semanas en el espejo que hay donde antes estaba el lavabo y descubre que tiene una ceja rota y una serie de extrañas manchas hepáticas debajo de los ojos. Después va al vestidor de Giraut y elige un traje gris marengo. De la colección de trajes de última temporada de Lino Rossi que hay en el vestidor. En el despacho anexo al dormitorio encuentra un talonario nuevo a nombre de Lucas Giraut y media docena de relojes Cartier, Rolex y Tag Heuer en un cajón. Durante un momento se queda contemplando con aire reflexivo el *cartonnier* Luis XV que domina la sala junto a la ventana. Usa el martillo de punta cuadrada para hacer varios agujeros en la madera de palisandro policromado y por fin, parcialmente satisfecho, tira el martillo en la pecera del rellano y baja silbando las escaleras con su botín distribuido entre el bolsillo de la americana y las dos muñecas.

A juzgar por el ronroneo de su estómago, debe de ser ya pasada la hora de comer. Saudade está pensando en talones que pueden comprar comidas calientes en restaurantes caros en el momento en que sale a la calle y alguien le tira bruscamente del brazo y le empuja al interior de un coche. Todo pasa muy deprisa y a través de la pantalla opaca y pegajosa de su dolor de cabeza. El interior del coche al que acaba de ser empujado parece girar en torno a varios ejes al mismo tiempo. Por fin consigue levantar la vista y se ve a sí mismo tirado de costado en el asiento de atrás. A su lado, un tipo de sonrisa repugnante le está apuntando a la cara con una pistola. Por un momento considera la conveniencia de anunciar que tiene tres relojes de lujo en cada muñeca.

—Encantado de conocerle, señor Giraut —dice Leon, apuntándolo con la pistola. Con un acento ruso que dadas las circunstancias eriza todo el vello corporal de Saudade. Con un timbre de voz absurdamente atiplado en relación con sus espaldas gigantescas y su cabeza enorme y en forma de obús. Sin dejar de sonreír, Leon le indica que se coloque en el centro del asiento trasero del automóvil. En medio del tipo de la pistola y de otro individuo enorme con pinta de ruso que es el que le ha empujado dentro del coche. Saudade obedece—. He oído hablar mucho de usted, señor Giraut. Un tipo importante, ¿eh? Parece que últimamente todo el mundo quiere ser amigo de usted, ¿eh? —dice, y hace una pausa como si lo que acabara de decir fuera una broma y estuviera dejando tiempo para las risas. Una de las principales razones de que Leon resulte repugnante es el contraste entre su cuerpo enorme y peludo y su voz absurdamente atiplada. Otra razón es el olor a grasa industrial que parece emanar de su cuerpo. Y que ninguno de los presentes en el coche salvo Saudade parece percibir—. Precisamente yo conozco a alguien que también quiere conocerle. Para intimar con usted. Porque está convencido de que se entenderán perfectamente. Y yo estoy de acuerdo, por supuesto. El nombre de esa persona no le resultará familiar. —Enarca las cejas con gesto vagamente consternado—. Pero puede llamarlo usted el Pato Donald. Es como lo llamamos todos por aquí.

Saudade sigue la mirada de Leon hasta un hombrecillo diminuto que está sentado en el asiento del pasajero del coche. El hombrecillo se da la vuelta y dice algo que efectivamente suena bastante como las cosas que dice el Pato Donald. Su voz sale de uno de esos collarines que lleva la gente operada de las cuerdas vocales. Con un transistor en la parte delantera. Saudade levanta la vista y contempla el cañón de la pistola que le está apuntando a la cara. El coche está tomando uno de los carriles atestados de la vía Laietana. Algo le dice que tiene que pensar a toda prisa. Buscar una forma de salir del atolladero en que se ha metido. En que lo han metido. Salta a la vista que el cabrón de Bob Marley ha vendido a Giraut a los rusos. Pero también parece evidente que intentar convencer a estos cabrones de rusos de que él no es Giraut les va a sonar a los rusos a lo típico que diría Giraut para salvar el pellejo en caso de ser Giraut el que estuviera ahora sentado en ese coche. En la mente dolorida de Saudade el dilema empieza a parecerse siniestramente a un círculo vicioso.

—Escuchad —dice Saudade, en ese tono exageradamente obsequioso con que habla la gente que está teniendo un cuidado extremo de no enfadar a sus interlocutores—. Ya sé que esto es lo típico que diría yo si realmente fuera Giraut y quisiera convencerlos de que no soy Giraut —empieza a decir, con una sonrisa nerviosa. Secándose el sudor de las sienes. Y se detiene. Mirando fijamente la cara en forma de obús de Leon, que lo está mirando fijamente mientras le apunta a la cara con las manos.

Y se da cuenta de que ha sido un paso en falso. A medida que las señales del enfado empiezan a brotar a borbotones en la cara fruncida y paquidérmica y repentinamente roja del tipo que lo está encañonando.

BIOSFERA PARK

Iris Gonzalvo levanta la vista y contempla con sus gafas de sol de Versace las cabezas invertidas de una treintena de personas que avanzan gritando a doscientos kilómetros por hora con las cabezas y los brazos colgando sobre el fondo del cielo despejado del Mediterráneo. Da una calada a su inhalador en forma de cigarrillo de plástico mentolado con cara pensativa. Las gafas de carey de Versace que lleva Iris tienen incrustaciones de aguamarina y puntas de zafiro azul en las patillas. Además de las gafas, lleva un vestido de Versace color vino y guantes negros hasta los codos. Ahora se inclina para mirar por uno de los telescopios del mirador y lo mueve hasta enfocar a Aníbal Manta, que la saluda con una mano enorme desde el otro lado de la valla del Palacio de la Gravedad. Mientras come lo que parece ser una nube rojiza de algodón de azúcar. Iris se incorpora y da otra calada a su cigarrillo de plástico mentolado. Con su diseño parecido a una bobina de alambre desmadejada como resultado de alguna espectacular explosión, la montaña rusa Evolution se recorta contra el cielo por encima de la cúpula ancha y baja del Palacio de la Gravedad. Los gritos de los pasajeros cuyas cabezas y brazos cuelgan de los tramos invertidos de la montaña rusa resuenan a intervalos exactos de veinte segundos.

Iris apoya el trasero en la barandilla del mirador y mira cómo el señor Fleck y el señor Downey se acercan por entre la multitud de familias con cámaras de vídeo digital y grupos escolares. Con sus cabezas rubias y parcialmente alopecicas. Con sus caras idénticamente pecosas que podrían tener cualquier edad entre los treinta y los cuarenta y cinco. El mirador de Biosfera Park es el lugar estipulado para la cita con los dos empleados del señor Travers. Delante de la entrada del Palacio de la Gravedad. En la confluencia de los caminos que llevan a la Amazonia del Pasado y la Amazonia del Futuro.

El señor Fleck y el señor Downey se detienen a un par de metros de Iris y apoyan sus traseros en la misma barandilla donde está apoyado el trasero de ella. Sin mirarla directamente. Sin hacerle ninguna señal ni dirigirse a ella de ninguna forma. La terraza del mirador está abarrotada a mediodía de familias con niños y grupos escolares parcialmente controlados por profesores y profesoras de aspecto desesperado. Al lado de Iris, varios niños pertenecientes a un grupo escolar intentan destruir uno de los telescopios colgándose simultáneamente de su extremo y haciendo presión hacia abajo. Iris repara en que los dos hombres de Travers están chupando inhaladores de plástico mentolado en forma de cigarrillo idénticos al de ella.

—Este no nos parece un lugar seguro para el intercambio, señorita DeMink — dice en tono suave el señor Fleck o tal vez el señor Downey. Da una calada a su inhalador y mira de reojo a Iris Gonzalvo.

Iris se encoge de hombros. La idea de reunirse con los hombres de Travers en el mirador del Biosfera Park de la Costa Dorada parecía responder inicialmente a su naturaleza de lugar concurrido. O por lo menos eso es lo que supuso Iris al recibir sus instrucciones. La misma razón por la cual siempre ha supuesto que los intercambios de microfilmes y rehenes de las películas tenían lugar en parques de atracciones. Ahora una mujer con un niño cogido de cada mano se detiene con cara de furia delante de Iris y gesticula en dirección a su cigarrillo de plástico y después en dirección a un letrero gigante que avisa a los visitantes que no se puede fumar dentro del parque. El letrero muestra el dibujo de un koala con los ojos desorbitados que se está asfixiando en medio de una nube de humo. El koala, de acuerdo con lo que ha leído Iris en un folleto promocional, responde al nombre de Kooky y representa los valores de compromiso con la educación científica y el medio ambiente a los que está dedicado el parque. Allí donde uno mire, puede ver a Kooky. En gigantescas vallas publicitarias donde Kooky pide a los visitantes que apaguen sus teléfonos móviles durante los espectáculos educativos para grupos. Con una servilleta anudada al cuello en la entrada de todos los restaurantes de comida rápida. Hay individuos caminando por entre la multitud con disfraces de Kooky repartiendo vales descuento para las franquicias de McDonald's, y Starbucks y Dunkin' Donuts que hay dentro del parque. Iris se guarda su inhalador mentolado en el bolso.

—Por favor —dice el señor Fleck, o tal vez el señor Downey. Con esa forma indirecta y más bien implícita de dirigirse a Iris—. Reúnase con nosotros al otro lado de la valla.

Seguidos a cierta distancia de Iris, los dos empleados del señor Travers se suman al río de gente que avanza hacia las vallas del Palacio de la Gravedad. El camino pasa por un puente que domina los recintos de la Amazonia del Pasado y la Amazonia del Futuro. A su derecha, Iris puede ver la selva frondosa de la Amazonia del Pasado con sus docenas de especies animales y vegetales meticulosamente encerradas y etiquetadas. A su izquierda, la Amazonia del Futuro es un páramo negro y humeante lleno de cadáveres de animales y matorrales de aspecto mutante por entre los que se pasean actores caracterizados como zombis. Junto a la salida de la Amazonia del Futuro hay una caseta con un equipo médico que atiende permanentemente a las docenas de niños a los que la visita les produce ataques de nervios.

Cinco minutos más tarde, Iris llega a las puertas del Palacio de la Gravedad. La Atracción Estelar Indiscutible del parque. Un empleado postadolescente con el uniforme corporativo de Biosfera Park y expresión intensamente deprimida lee el código de barras de la entrada de Iris con un aparato vagamente parecido a una pistola y le desea una feliz visita con el mismo tono de voz con que la gente suele desearle a otra gente que se mueran de una forma infinitamente horrible. Al otro lado de las vallas, Iris se detiene bajo el arco de entrada del palacio. El letrero de la entrada dice «palacio de la gravedad» con letras enormes y muy redondas y a su lado hay un dibujo de Kooky el koala volando por los aires con un globo cogido en una de

sus pezuñas delanteras. Iris inclina la cabeza hacia abajo para mirar por encima de sus gafas de Versace y examina el lugar. A pocos metros de ella está Aníbal Manta, terminando de comerse su algodón de azúcar y mirándola con disimulo por encima de un tebeo de superhéroes. Un poco más allá, en la cola para entrar, están los hombres de Travers. Sin mirar a ninguna parte. Indistinguibles con sus trajes idénticos. Chupando sus inhaladores de mentol. Iris suspira y se suma a la cola.

El interior del Palacio de la Gravedad recuerda por alguna razón a una pista cubierta de patinaje sobre hielo. Salvo por el hecho de que todos sus ocupantes están flotando en el aire. Tal como explican los plafones educativos de la entrada, la pista central rodeada de gradas replica las condiciones gravitatorias de los vuelos espaciales. O de los alunizajes. Las condiciones universalmente conocidas como Gravedad Cero. Por el precio de la entrada más un suplemento los visitantes pueden alquilar unos arneses especiales unidos por una cuerda especial no abrasiva a la zona de monitorización y seguridad y lanzarse a flotar de forma antigraavitatoria durante bloques de tiempo de treinta minutos. Para los más pequeños y los menos valientes existe la opción de echar a flotar cogido de la mano de uno de los monitores. Iris camina hasta la barandilla del perímetro de seguridad de la pista de Gravedad Cero y se queda mirando a los grupos de gente que flota. Muchos hacen piruetas y cabriolas a cámara lenta en el aire. Otros llevan a cabo el equivalente antigraavitatorio de esa posición flotante de los bañistas conocida como «hacer el muerto». Algunos parecen desconcertados y solamente muy pocos parecen estar sufriendo momentos de pánico. Uno de los visitantes flotantes parece estar persiguiendo su billetera por el aire.

El señor Fleck y el señor Downey se apoyan en la barandilla del perímetro de seguridad junto a Iris. Uno de ellos deja un sobre encima de la barandilla. A medio camino entre el sitio donde están ellos y el sitio donde está Iris. Iris recoge el sobre y se lo guarda en el bolso.

—Taquilla número cincuenta y dos —dice el señor Fleck o bien el señor Downey—. Zona de Recogida de Objetos Personales.

Iris finge que está contemplando a la gente que flota por la zona antigraavitatoria mientras busca con la mirada a Aníbal Manta. El sistema de megafonía avisa a los visitantes de que está estrictamente prohibido entrar en la zona de Gravedad Cero sin estar atado a la zona de seguridad mediante el arnés protector. El parque avisa de que denunciará a los que infrinjan esta norma básica de seguridad. Manta está sentado en una de las gradas bajas del palacio. Con el tebeo de superhéroes enrollado dentro de uno de los bolsillos de su abrigo. Mirando fijamente a Iris. O eso le parece a Iris. Es difícil saberlo con toda la gente que hay flotando por medio. Por fin Iris busca en su bolso y saca otro sobre de aspecto muy parecido al primer sobre. Lo deja encima de la barandilla. Cerca de los dos hombres de Travers.

—Aparcamiento tres —dice—. Fila doce. Plaza número ochenta. Es una furgoneta blanca. —Hace una pausa y su mirada vuelve a deambular hasta la grada donde está sentado Manta. El tebeo enrollado que le sobresale del bolsillo del abrigo

da la impresión de ser algo parecido a una antena. Manta no la saluda. Iris se vuelve hacia los hombres de Travers—. Disfruten de su visita —les dice.

El señor Fleck y el señor Downey se la quedan mirando con cara inexpresiva. Con sus inhaladores de plástico mentolado en los labios. A Iris le da la sensación repentina de que hay algo en la estructura general de sus caras que parece a punto de desintegrarse. Como si ese algo hubiera aguantado precariamente a lo largo de todas las negociaciones y encuentros en lugares seguros y solamente tuviera la bastante resistencia ontológica como para aguantar hasta el final del intercambio. Como si los dos empleados de Travers a los que conoció en el palacio de París no fueran más que alguna clase de identidad transitoria circunscrita a esta venta. Iris se queda mirando las caras de los dos hombres mientras uno de ellos recoge su sobre y se lo guarda en el bolsillo de la americana. Ciertamente sus caras parecen mucho más pecosas que la primera vez que las vio. Su pelo parece más rubio y más escaso. Sus párpados parecen temblar como resultado de alguna clase de avería del sistema nervioso. Iris se los queda mirando a través de sus gafas Versace mientras se alejan en dirección a la salida. El sistema de megafonía solicita a los padres de un niño que ha excedido su tiempo de flotación en la pista del palacio que pasen a buscarlo por la zona de seguridad. Iris saca el inhalador de mentol de su bolso y le da una calada pensativa. Después echa a andar hacia la salida.

Cuando ya se está acercando a las colas de la salida nota la presión suave pero firme de una mano enorme en el brazo. Levanta la vista. Su mirada recorre el camino largo y principalmente trajeado que va desde la mano enorme y peluda hasta la cara de Aníbal Manta. Que la está mirando con el ceño fruncido. Con todos los rasgos arrugados en esa mueca de intenso esfuerzo intelectual que pone cuando tiene delante a alguien que despierta de él alguna clase de recelo. Como si estuviera viendo por televisión imágenes reales de algún procedimiento quirúrgico. O como si llevara demasiado tiempo aguantando las ganas de ir al cuarto de baño. Durante una fracción de segundo los dos se limitan a mirarse a los ojos.

—No tan deprisa, bonita. —Manta le suelta el brazo. Carraspea. Mira cómo Iris se lleva una mano al brazo instintivamente para tocarse el lugar donde él la estaba agarrando—. Eso que llevas en el bolso es para mí.

Y entonces sucede. La patada que le da Iris con el zapato de tacón alto de Prada en la rodilla basta para desequilibrar a Aníbal Manta y hacerle encoger la pierna en un gesto reflejo. El empujón que le da a continuación con todo su cuerpo lo proyecta hacia atrás y por encima de la barandilla del perímetro de seguridad. Al que cae de espaldas. Impulsado por su propio peso. Y por supuesto, sin oportunidad de extender los brazos para protegerse de la caída debido a que se está agarrando la pierna recién golpeada con las dos manos. El ruido bucal que hace al golpear con la espalda el suelo del perímetro de seguridad de la zona gravitatoria es algo a medio camino entre un jadeo y el soplido de un caballo. Algo parecido al ruido de una cámara de aire al vaciarse de golpe.

Manta permanece un momento tendido de espaldas en el suelo, con la cara muy roja. Y de pronto, antes de que tenga tiempo de levantarse o incluso de recuperar el aliento, su trasero ya no está en contacto con el suelo. Sus zapatos ya no están en contacto con el suelo. La mayor parte de su espalda ya no está en contacto con el suelo del perímetro de seguridad de la zona de Gravedad Cero. Un monitor del Palacio de la Gravedad empieza a tocar su silbato a modo de alarma. Iris Gonzalvo permanece un momento contemplando con los ojos muy abiertos cómo Aníbal Manta se eleva flotando lentamente por encima de su cabeza. Mirándola con una expresión donde se mezclan la cólera con el horror. Con los faldones del abrigo elevándose como dos alas flácidas a su alrededor. El tebeo de superhéroes se desprende del bolsillo de su abrigo y emprende un vuelo completamente independiente. Iris Gonzalvo echa a correr.

Mientras sale del Palacio de la Gravedad y echa a correr por entre la multitud de visitantes del parque, bajo el tibio sol invernal, Iris piensa en todas las escenas culminantes de películas ambientadas en parques de atracciones que ha visto en su vida. Esas escenas de intercambios adrenalínicos de rehenes y de maletines llenos de billetes. Donde villanos con muecas malignas ponen pistolas en las sienes de mujeres y niños inocentes. En cierta forma ya no se siente como si fuera ella misma. En cierta forma tiene la sensación de que es otra persona la que corre por entre la multitud golpeando a la gente y derribando a los visitantes con los que choca a su paso. No es una sensación de transformación interior. Tampoco es una sensación de desdoblamiento, aunque es cierto que una parte de su cerebro está imaginando su carrera por el parque desde fuera de su cabeza. Como se supone que imaginan las cosas los directores de cine. En una panorámica de corte épico. O tal vez en una vista aérea. Ahora pasa por delante del Pabellón de los Cultivos Sostenibles donde varios grupos de niños están tirando piedras y latas de refrescos a unos actores caracterizados de labriegos tradicionales. La silueta de la Caseta de Recogida de Objetos Personales aparece en su campo visual. Todavía diminuta pero ya fabulosa. Resplandeciendo a lo lejos como alguna clase de palacio fabuloso. En cierta forma, Iris siente que sus pasos por entre la multitud la están llevando por el camino que siempre quiso recorrer pero nunca pudo encontrar.

En el interior de la caseta, con el pelo sudoroso y pegado a la frente, Iris rasga el sobre e introduce la llave que hay dentro en la taquilla número cincuenta y dos. El maletín que hay dentro de la taquilla no es ningún maletín. Es una bolsa de deporte Puma de color verde botella. La abre y echa un vistazo al interior y después mete dentro sus zapatos de tacón alto antes de girar sobre sí misma y echar a correr en dirección al aparcamiento. La cámara que tiene dentro de la cabeza la sigue desde un punto cinematográfico situado en algún lugar por encima de los tejados de las atracciones. Tal vez desde el cénit de la montaña rusa Evolution.

En el aparcamiento, Iris corre descalza por entre las hileras aparentemente infinitas de automóviles aparcados. Con la bolsa de deporte Puma colgada del

hombro. Deteniéndose de vez en cuando para apartarse el pelo de la cara y mirar a su alrededor y consultar los planos impresos en plafones informativos distribuidos a intervalos irregulares por todo el aparcamiento. Después de muchos desvíos y rectificaciones imaginariamente filmados desde cámaras aéreas a bordo de helicópteros, por fin alcanza a ver su deportivo Alfa Romeo de color rojo ladrillo encajonado entre varias hileras de coches familiares. Ya está junto a la portezuela del mismo, buscando a tientas las llaves del coche dentro de su bolso, cuando comprende que las llaves no están en el bolso. Que las llaves debieron de quedarse en el bolsillo de Manta después de que Manta aparcara el coche y se metiera las llaves en el bolsillo de los pantalones. Desesperada, mira a su alrededor. Su desesperación es imaginariamente filmada por una grúa circular que da vueltas en torno a su figura esbelta y desesperada. Y entonces lo ve. Cojeando a lo lejos. Con una mueca de furia. Manta se acerca cojeando por entre las hileras de coches aparcados. Iris permanece paralizada junto a su coche, incapaz de moverse. Algunos visitantes del parque se han detenido también para observar con el ceño fruncido la figura de Aníbal Manta que se acerca con expresión furiosa y la cara roja por entre los coches aparcados. Como un mamífero de gran tamaño bramando en busca de venganza.

Iris retrocede, asustada. Allí donde uno mire, en todas direcciones, no hay más que cientos y más cientos de coches aparcados. Coches hasta el horizonte. Filmados épicamente por cámaras instaladas a bordo de avionetas. Manta ya está lo bastante cerca como para que Iris pueda ver sus puños fuertemente cerrados y sus nudillos blancos. Su pelo despeinado y cayéndole en mechones desquiciados sobre la frente. El blanco ligeramente enrojecido de sus ojos. Y en ese preciso momento, uno de los coches aparcados arranca de repente y embiste a Manta. Manta sale volando y aterriza en el capó de un coche familiar aparcado en la hilera de delante. Disparando la alarma del coche.

El coche que acaba de embestir a Manta da un golpe de volante. Hace un giro en forma de U golpeando con el guardabarros a varios coches aparcados y se detiene con un frenazo que hace chirriar los neumáticos al lado de Iris. Iris reconoce la maniobra como algo que le vio hacer a Eric Yanel en un anuncio de coches hace un año. Uno de esos anuncios en que Eric hacía una maniobra espectacular y luego salía con un casco debajo del brazo y era filmado desde una cámara aérea en compañía de un par de modelos en bikini. La ventanilla del coche se abre. Eric Yanel saca un brazo por la ventanilla abierta.

—Lucas me dijo que a lo mejor te hacía falta un poco de apoyo —dice. Con una sonrisa radiante de anuncio publicitario.

Iris da la vuelta al coche y entra por la portezuela del pasajero. Ante las miradas vagamente alarmadas de las familias y los grupos de escolares que están en el aparcamiento.

BOLA DE PLASMA

El señor Bocanegra pulsa un par de veces el timbre del antiguo palacio ducal conocido en las guías turísticas como Palacio de la Mar Fosca. Con una mano detrás de la espalda. Con un ramo de flores en esa mano. Escondiéndose un ramo de flores detrás de la espalda de esa forma en que uno se esconde detrás de la espalda las cosas que está a punto de presentar a modo de regalo sorpresa. Se peina con una mano grande y peluda el pelo escaso de su cabeza y sonrío. Hay algo intrínsecamente feroz en su sonrisa. Cierta elemento relacionado con el hecho de que sus dientes resultan inverosímilmente grandes y demasiado relucientes para ser los dientes reales de una persona real. Como unos dientes pintados con aerógrafo. La postura en que está esperando delante de la puerta es esa postura con las piernas ligeramente cruzadas y las manos detrás de la espalda en que suelen esperar los niños delante de las puertas.

Un extravagante vehículo de limpieza municipal parece haber colonizado la mayor parte transitable de la calle a primera hora de este lunes por la mañana. Provisto de una manguera enorme parecida a algo vivo y conectada a algo situado debajo del suelo. Los miembros del equipo de limpieza barren los adoquines y mueven la cabeza al ritmo de la música que suena en sus auriculares y de vez en cuando hablan a gritos de esa manera en que habla la gente que está escuchando música por unos auriculares. Salvo uno. Uno de los miembros del equipo de limpieza no parece estar escuchando música ni hablando a gritos con los demás. Tampoco lleva auriculares. El empleado de limpieza divergente se dedica a barrer un rincón poco transitado de la calle desde el que se tiene una perspectiva clara y despejada del portal del palacio conocido como Palacio de la Mar Fosca. Sin levantar la vista. Lo que lleva en lugar de auriculares es uno de esos aparatitos en la oreja a medio camino entre un aparato ortopédico para sordos y un micrófono de diadema. Como esos aparatos que suelen llevar en la oreja los porteros de discoteca. Bocanegra carraspea con un puño delante de la boca. La puerta inscrita dentro de los portones del palacio ducal se abre y en el umbral aparece Marcia Parini. Con una bata de seda de color perla. Con unas zapatillas de estar por casa que tienen la cara de Bugs Bunny en la parte delantera. Aunque no lleva rulos en el pelo ni un cigarrillo colgando de los labios, su cara matinalmente pálida y todavía llena de marcas de la ropa de cama hace pensar en caras con rulos en el pelo y cigarrillos colgando indolentemente de los labios.

—Usted no parece el hombre del transporte de muebles. —Marcia mira a Bocanegra con el ceño fruncido. El traje que lleva Bocanegra este lunes por la mañana de invierno es un traje de color crema con la punta meticulosamente triangular de un pañuelo rojo sobresaliendo del bolsillo de la pechera. Por debajo de

un abrigo de piel que parece completamente diseñado para ser llevado por una mujer. Marcia se abraza a sí misma en un gesto que sugiere que tiene frío. Tanto su respiración como la respiración de su visitante se materializan en medio del aire invernal en forma de nubecillas de vapor. Las nubecillas de vapor de Marcia parecen más pequeñas y de alguna forma menos vigorosas que las nubecillas de vapor del hombre corpulento y con bigote que está de pie delante de la puerta de su casa—. A menos que tenga mi pizarra y el vestidor de caballero y todo lo demás detrás de la espalda.

Bocanegra se queda mirando el ramo de flores que tiene en la mano con expresión de sorpresa teatral. Con esa expresión de sorpresa teatral con que se miran los regalos sorpresa que uno ha estado escondiendo detrás de la espalda mientras esperaba a que abriera la puerta la persona destinataria del regalo. A modo de broma estereotipada. El ramo está envuelto en una especie de papel resplandeciente que cruje cuando uno lo coge. Marcia coge el ramo por su parte inferior crujiente y se lo queda mirando sin ninguna expresión en particular.

—Qué torpe soy, tiene que perdonarme. —Bocanegra se vuelve a peinar el pelo escaso con su mano peluda en un gesto que de alguna forma consigue no sugerir ninguna coquetería. El abrigo extrañamente femenino que lleva encima del traje de color crema no está puesto sino simplemente echado sobre los hombros—. Tendría que haber llamado. Pero la verdad es que no tenía el número de teléfono. Y solamente me quedo un día en la ciudad. Tú debes de ser la novia de mi sobrino. Que por cierto, tiene muy buen gusto. Mi sobrino. Como suele decirse. Soy su tío Oscar. El tío de Lucas. Aunque hace muchos años que no nos vemos. Soy una especie de tío errante. Es por eso por lo que no me conoces. Pero llevo tiempo pensando en llamarle. Y de repente me he dicho: ¿por qué no haces una visita al bueno de Lucas? Aprovechando que estoy de paso en la ciudad y todo eso. Por los viejos tiempos. —Sus ojos se entrecierran un poco mientras examina los ojos ligeramente hinchados de Marcia Parini. La forma en que los ojos de Marcia son castaños es esa forma en que los ojos de cierta gente son castaños de una forma completamente insulsa y carente de elementos idiosincráticos. Como unos ojos instalados por defecto. Como si no hubiera habido tiempo o dinero para pensar en unos ojos de verdad—. La verdad es que no soy exactamente su tío —continúa Bocanegra—. Se puede decir que Lucas y yo somos más bien primos lejanos. Muy lejanos. Tío Oscar es como él me llama. Por la diferencia de edad, supongo. Es una broma. Ya sabes. Como el tío Oscar de los premios Oscar y todo eso. Es una de esas bromas que la gente se hace en las familias. Qué puedo decir. —Se encoge de hombros. Tanto su sonrisa como sus ojos ligeramente entrecerrados encierran ahora matices evidentes de ferocidad—. La familia es lo más importante que hay.

Marcia Parini se abraza a sí misma en un gesto que sugiere frío intenso y también conversaciones imprevistas con desconocidos a primera hora de la mañana y sin la ropa adecuada. Por debajo del extremo inferior de su bata de color perla la piel de sus

piernas aparece cubierta de una erupción uniforme de bultitos provocados por el frío que no carece de cierto atractivo de tipo indefenso. El atractivo de tipo indefenso, por cierto, es probablemente el tipo de atractivo que predomina en Marcia. Su bata es de esas batas de seda fina que no protegen en absoluto del frío. El barrendero que no está moviendo la cabeza rítmicamente ni comunicándose a gritos sigue barriendo de una forma que sugiere que en realidad no está prestando atención a lo que barre ni realmente comprometido con la limpieza del adoquinado. Su cabeza permanece inclinada en un ángulo lateral pronunciado. Como si estuviera escuchando furtivamente algo que sucede al otro lado de una puerta.

Marcia mueve los pies sobre los adoquines en gesto vagamente impaciente.

—No soy la novia de Lucas —dice. Las marcas de la ropa de cama que todavía tiene en la piel de la cara se concentran a un solo lado de su cara—. Digamos que mi madre era la mejor amiga de soltera de su madre. Él vive en el piso de arriba. Yo vivo en el piso de abajo. Siempre nos estamos visitando. Así que a veces todo es un poco confuso. O por lo menos lo era, hasta hace dos semanas. —Las nubecillas de vapor pálidas de Marcia Parini le confieren un atractivo indefenso. La forma en que se abraza por encima de la bata de seda le da un atractivo indefenso. Las marcas de la ropa de cama también le dan un atractivo indefenso. El atractivo de tipo indefenso emana ahora en pequeñas oleadas en dirección a Bocanegra—. Ahora mismo Lucas no está. Pero le puedo invitar a una taza de té. Tenemos muchas clases distintas de té.

Cinco minutos más tarde el señor Bocanegra está sentado en un sofá de piel, con las yemas de los dedos de las manos apoyadas en la superficie de una de esas bolas de plasma llenas de gas cuyo transformador central emite descargas eléctricas de colores cuando uno toca su superficie. Como pequeños relámpagos de colores fantásticos que salen del centro de la bola en dirección a las manos que tocan la bola de plasma. Además de la bola de plasma, sobre la mesa de cristal de la sala de estar de Marcia Parini hay otros objetos como una lámpara de lava, una fuente de la tranquilidad y un tablero de damas chinas. Sin las damas chinas. Aunque la sala de estar de Marcia Parini no es pequeña, el exceso de objetos hace que produzca cierta sensación de falta de aire. También hay barritas de incienso en distintos estados de consunción sobre una cómoda cercana. Bocanegra mueve las manos sobre la superficie de la bola de plasma. Provocando transformaciones en la figura que la electricidad produce al hacer brillar el gas del interior de la bola. Sin quitar la vista de la figura eléctrica. La temperatura en la sala de estar también produce sensación de falta de aire. Como si la casa hubiera pasado toda la noche bajo los efectos de una calefacción excesiva.

—¿Le he dicho que tenemos muchas clases distintas de té? —La voz de Marcia llega de algún sitio invisible situado al otro lado de la obertura en forma de rectángulo horizontal que separa la cocina americana de la sala de estar. La obertura tiene una repisa de madera barnizada cubierta de más frascos de especias y hierbas de los que Bocanegra ha visto juntos en su vida. Incluyendo algo que parecen barritas muy finas de leña. La voz de Marcia llega mezclada con el sonido vagamente

metálico procedente de un transistor o tal vez de un reproductor de discos compactos situado en la cocina—. Es como una afición que tengo desde hace tiempo. Puede usted pedir el que quiera. No hay ninguno que no tenga, creo. También sé hacer mezclas y todo eso. A veces creo que tengo demasiadas clases de té. No sé si me explico. Quiero decir que si me dieran un euro por cada euro que me he gastado en comprar té de todas clases probablemente ahora sería rica. Le digo todo esto para que me pida una taza de té. No tenga miedo. No me va coger fuera de juego.

Bocanegra sigue moviendo las manos sobre la bola de plasma. Contemplando las diferentes configuraciones parecidas a cuerpos celestes que van apareciendo en el interior. Cada movimiento de las manos genera cambios globales de estructura y sistema de colores. No hay dos configuraciones idénticas. Ni siquiera colocando las manos en el mismo sitio.

—¿Tiene una taza de té? —dice en tono distraído. Sin quitar la vista del centro de la bola.

—No se hace así —dice la voz procedente del otro lado de la obertura horizontal que comunica la sala con la cocina americana. En tono paciente—. Tiene que decir algo como: quiero un té con sabor a especias, más bien fuerte, afrutado y que quede bien con el desayuno. Ese tipo de cosas. También le puedo hacer una crepe. Para tomársela con el té. Es mi desayuno favorito. —En la obertura de la cocina americana aparecen la cara y la parte superior del torso de Marcia Parini. Con su bata de seda. Con un vaso largo de Macallan en la mano. Se lleva el vaso a los labios y da un sorbo—. También le puedo poner un whisky, si quiere. No digo que sea lo mejor que uno puede hacer a estas horas. Pero tampoco creo que sea lo peor.

Bocanegra mueve las manos sobre la bola de cristal con esos movimientos manuales circulares y vagamente envolventes con que mueven las manos los individuos que operan bolas de cristal. Esos individuos mayoritariamente provistos de turbantes. Mayoritariamente provistos de barbitas afiladas. Sobre la superficie de la bola, con el fondo de relámpagos de colores y nieblas iluminadas por luces de otro mundo, su propia cara distorsionada lo mira con severidad concentrada. De esa forma abombada y centrípeta en que aparecen reflejadas las caras en las superficies circulares. De la cocina llega un tintineo de vasos y cubitos de hielo. Bocanegra mira la bola con el ceño fruncido y mueve una mano de forma vagamente parecida a un saludo. De esa forma en que uno saluda con la mano para ver saludar a su propio reflejo. Por mucho que le da vueltas al asunto, no consigue encontrar ninguna implicación metafórica en la naturaleza o el funcionamiento de la bola. La bola de plasma parece ser un elemento carente de cualquier metaforicidad. No relacionable con ningún otro elemento del universo. Como un mundo propio. Un mundo relativamente bonito, aburrido y carente de significado. No parece haber ninguna lección aquí, piensa Bocanegra con el equivalente mental de un suspiro. Cruza las piernas y dedica una sonrisa a Marcia, que acaba de aparecer procedente de la cocina con dos vasos largos de Macallan con hielo.

—Sé que esto puede resultar raro —dice Bocanegra. Inclina la mitad superior del cuerpo hacia delante sin descruzar las piernas para coger el vaso de Macallan que le está ofreciendo Marcia. Marcia se sienta delante de él. Con un vaso en la mano que es idéntico al vaso de su invitado salvo porque le faltan un par de sorbos largos de whisky. Por debajo de la bata de seda de Marcia asoman secciones de piel pálida y correctamente hidratada—. Siendo yo prácticamente un desconocido que acaba de llegar sin molestarse siquiera en llamar para avisar. Ya sé que es una pregunta rara y todo eso. Pero dime, querida, ¿has notado algo extraño últimamente en Lucas? ¿Algún cambio de conducta? ¿Algo que te pueda sugerir algo raro? Por ejemplo, gente rara que viene a casa. Gente rara que viene a horas a las que no suelen venir las visitas. Gente con pinta de policía, por ejemplo. Y perdona que la pregunta pueda parecer rara. Pero tal vez hayas visto merodear a alguien por la calle. Por la placita que hay aquí al lado. Gente con pinta de merodear. De disimular. Como alguien leyendo un periódico en una esquina, por ejemplo. A veces llevan esos cacharritos en la oreja. Ya sabes. —Se lleva una manaza grande y peluda a la oreja. Las orejas de Bocanegra son pequeñas. En marcado contraste con el resto de sus rasgos faciales—. Como esos aparatitos que llevan en la oreja los porteros de discoteca.

Marcia Parini lo mira por encima del borde del vaso de Macallan del que está dando un sorbo. Luego lo deja entre los objetos que atiborran la mesa de cristal. La lámpara de lava y la bola de plasma y el tablero de damas chinas y un elefante ganesh y algo que parece ser una de esas fuentes con un motor interno que generan un ruido supuestamente tranquilizador.

—No he visto nada raro —dice—. Lucas no es raro. Mucha gente cree que sí, pero a mí no me lo parece. Es un buen chico. A lo mejor tiene algún que otro problema. Su madre es una mujer difícil. Y parece que su padre también lo era. Quiero decir que era un hombre difícil. Pero a mí no me importa lo que digan. No me importa que digan que hizo cosas con Valentina. No me importa que lo quieran echar de su trabajo. Yo conozco al verdadero Lucas. ¿Sabe que guarda todos los cuadernos que escribió cuando era niño, por ejemplo? Y tiene una habitación secreta en el trabajo. Nunca me lo ha dicho pero me he dado cuenta. —Da un sorbo de whisky con el ceño fruncido. Luego sigue hablando con el vaso en la mano—. Lo que quiero decir es que es un tipo especial. Una persona interesante. Antes yo estaba enamorada de él.

Los gestos de Marcia no resultan exactamente infantiles ni exactamente femeninos ni tampoco exactamente adultos. Hay algo en Marcia Parini que hace que Bocanegra todavía no se haya dado cuenta exactamente de que está casi desnuda delante de él. Algo que parece contradecir el concepto mismo de desnudez. Bocanegra pasa una mano por la parte superior de textura rocosa de la fuente de la tranquilidad que hay sobre la mesa de cristal y se levanta del sofá. Con una agilidad insospechada teniendo en cuenta su envergadura. Camina con las manos detrás de la espalda hasta un perchero que hay junto a la pared y toca un par de abrigos de

hombre que hay colgados con cara pensativa. Como si los abrigos le recordaran algo que no consiguiera ubicar.

—No son de Lucas —dice Marcia—. Son de mi novio. Hace un par de semanas que se ha mudado a vivir conmigo. Por eso estoy esperando que me traigan la pizarra y el vestidor de caballero y esas cosas. Estamos planeando casarnos. Aunque él todavía no conoce a mi hija. Es un buen chico. —Da otro sorbo a su vaso de Macallan y este nuevo sorbo se distingue de los anteriores por cierto matiz nostálgico en la mirada. Un mero instante en que la mirada deja de observar nada de lo que hay en la sala—. No es un buen chico de la misma manera en que Lucas es un buen chico. Digamos que mi novio tiene menos claras las cosas que quiere hacer en la vida y todo eso. A pesar de su edad. —Se encoge de hombros—. Pero supongo que es mi destino. Estar con hombres que no tienen las cosas muy claras. —Se detiene. Se queda mirando el fondo de su vaso medio lleno de whisky con el ceño fruncido. Como si acabara de ver algo dentro del vaso que no debiera de estar ahí—. Oiga, ¿no habrá venido usted por alguna herencia? Quiero decir que no será usted uno de esos tíos que aparecen después de veinte años en Australia para dejar algo en herencia, ¿verdad?

Bocanegra ha dejado de tocar los abrigos del perchero con cara pensativa y ahora está examinando con cara de concentración la colección de fotografías enmarcadas que hay encima de la cómoda de la sala de estar del apartamento de Marcia Parini. Fotografías que son en su mayoría fotografías de Valentina Parini. La forma en que Bocanegra observa las fotografías es: inclinado hacia delante. Con la mitad superior del cuerpo en ángulo recto respecto a las piernas y con las palmas de las manos apoyadas en las rodillas. Al cabo de un momento coge una fotografía en la que aparece Valentina Parini en compañía de Lucas Giraut. Los dos muy serios. Sentados en un jardín. Valentina tiene un libro de Stephen King en las manos. Bocanegra se lleva la fotografía junto a la ventana para verla bajo el resplandor de la luz matinal.

—¿Esta es la niña que decían que se estaba tirando Lucas? —dice. Examinando la fotografía con expresión calculadora—. Parecen muy amigos. —Después mira en dirección a Marcia—. ¿Dónde está la niña ahora? ¿No estaba en alguna clase de hospital?

Marcia no contesta. A través de la superficie reflectante de las fotografías enmarcadas que hay sobre la cómoda, Bocanegra puede ver que Marcia está mirando el interior de su vaso de whisky con expresión indescifrable.

Al otro lado de la ventana, agarrando la escoba municipal ociosamente con una mano, el miembro sin auriculares del equipo de limpieza ya no finge que está barriendo el adoquinado. Ahora tiene la cabeza un poco inclinada hacia un lado y un dedo sobre su aparato auditivo de portero de discoteca y parece estar hablando solo con la vista clavada en el mango de su escoba.

EL DOCTOR ANGELI

Valentina Parini no está tanto sentada como desplomada sobre la silla de ruedas que Lucas Giraut empuja ahora por un pasillo del hospital iluminado con lámparas fluorescentes de neón blanco. Con la mitad superior del cuerpo caído a un lado de la silla y la cabeza colgando de ese lado. Uno de sus brazos prepubescentes alarmanamente flacos cuelga a un lado de la silla de manera que los nudillos le arrastran por el suelo. Recogiendo polvo del suelo del pasillo de hospital. Su boca está entreabierta y aunque no le cuelga un hilo de saliva de la comisura sí que tiene una mancha blanca reseca que indica que en algún momento le ha estado saliendo saliva de la boca. Su estado específico no es catatonía, de acuerdo con la explicación del médico interno que está a cargo de su caso, sino una especie de estado semicatatónico inducido por la medicación que le están suministrando.

Lucas Giraut llega a un recodo del pasillo del reputado centro psiquiátrico infantil del que Valentina está a punto de ser extraída y maniobra con la silla de ruedas para girar en ángulo recto. Lleva un traje de color gris carbón de Lino Rossi y unas gafas sin graduar. A su lado camina una enfermera asombrosamente joven y esbelta en comparación con la idea de las enfermeras de centros psiquiátricos que a Giraut le han infundido las películas de temática psiquiátrica que ha visto a lo largo de su vida. El grupo compuesto por Giraut, la enfermera y la chica semicatatónica en silla de ruedas toma un nuevo pasillo y se detiene de golpe cuando una puerta se abre a su paso. Como resultado del frenazo, Valentina se escora todavía un poco más hacia un lado.

La puerta termina de abrirse y por la misma sale al pasillo el médico interno a cargo del caso de Valentina. Mirando algo que está escrito en una hoja de papel sujeta a una tablilla de plástico con sujetapapeles. Giraut mira al médico interno a través de sus gafas de pasta sin graduar. Unas gafas que en su opinión le dan un estilo paternal. El médico levanta la vista de la tablilla sujetapapeles y mira a Giraut con la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo.

—¿Señor Parini? —pregunta en un tono que consigue no tener absolutamente nada de interrogativo. Un tono que de alguna forma consigue resultar imperioso y tal vez transmitir cierto recelo—. ¿Le importaría que habláramos en privado durante un momento? Si quiere puedo pedir que avisen a su mujer.

Giraut se recoloca las gafas sobre la nariz con el dedo corazón tal como ha visto hacer tantas veces a la gente que está habituada a llevar gafas. Por un momento considera la conveniencia de aclarar que cualquier cosa que le tengan que decir se la pueden decir delante de su hija. Como parte de su interpretación del personaje de padre de Valentina. Es consciente de las miradas abiertamente inquisitivas de la

enfermera asombrosamente esbelta y del médico interno. Por fin se encoge de hombros.

—¿Hay algún problema con los documentos? —dice. Tamborileando con los dedos en la especie de asas anatómicas con las que está empujando la silla de ruedas. Una de las manos de Valentina Parini está completamente desplomada en el suelo—. Supongo que todas las firmas están donde tienen que estar. Ya le he hablado del tipo de asesoramiento legal al que hemos acudido. Yo lo calificaría de asesoramiento plenamente riguroso.

La cara de Valentina Parini está vacía de expresión salvo por una serie de espasmos musculares intermitentes y parecidos a tics que parecen insuflar alguna clase de actividad cerebral entrecortada a sus rasgos. En su cara ya no queda nada infantil. La cara de Valentina es la cara de alguien que ha experimentado de alguna forma indirecta y tortuosa eso que se suele conocer como iniciación en la vida postpubescente. Incluido el añadido de una aureola de sexualidad que no tiene que ver con la aparición de rasgos sexuales secundarios en su cuerpo. El cuerpo alarmantemente flaco e inerte de Valentina no resulta sexual de ninguna forma que se pueda concretar, pero sí ha perdido en algún momento la ausencia de sexualidad de los cuerpos infantiles. El parche sujeto con tiras de esparadrapo que le cubre un ojo está parcialmente despegado. De manera que un par de tiras de esparadrapo le cuelgan a un lado de la cara, como dos pestañas artificiales sobredimensionadas.

—Técnicamente hablando —empieza a decir el médico interno, y en ese momento Giraut puede ver que el médico está evitando de forma intencionada mirarlo directamente a la cara—, todos los documentos son correctos. La orden de transferencia a ese centro en Uruguay parece estar en orden. Aunque ya le he mencionado lo que pienso sobre la falta de claridad en las comunicaciones que hemos recibido de dicho centro. Los informes que han enviado los médicos que se van a hacer cargo de ella parecen perfectamente competentes. Sus opiniones parecen bastante respetables. Nos ha dejado usted muy claro que disponen de enfermeras cualificadas para el transporte. La madre de Valentina estuvo ayer aquí para transmitir su conformidad. Y por supuesto, es natural que quiera usted tener a su hija en el centro que le merezca mayor confianza. —Hace una pausa. Esa pausa que siempre se interpone entre las razones aparentemente concluyentes de una argumentación y el contraargumento que viene a desvirtuar su conclusión—. Y sin embargo...

Otra pausa. El tiempo parece congelarse durante unos segundos bajo las lámparas fluorescentes blancas del pasillo hospitalario.

Lucas Giraut abre y cierra las manos en torno a las asas de la silla de ruedas. Cambia la posición de los pies sobre el suelo de linóleo hospitalario. Las paredes del pasillo están parcialmente cubiertas de esa clase de letreros que se encuentran en los centros médicos y que consisten en listas de recomendaciones y prohibiciones. Un espasmo muscular recorre la cara de Valentina, seguido de otro parecido a una descarga eléctrica de bajo voltaje.

—Y sin embargo —continúa el médico interno. Con la mirada clavada en los papeles que tiene en la mano. Su bata médica no es blanca y larga, sino que es más bien una especie de blusa para hombre. De un color azul que hace pensar en el color azul de ciertas medicinas. En sábanas quirúrgicas que cubren cuerpos abiertos en canal—. Y sin embargo, quiero insistir en lo poco conveniente que es un traslado de centro en este momento del tratamiento que está recibiendo Valentina. Hablamos tal vez de un retroceso de semanas. Tal vez de meses. Hablamos de la posibilidad de perder a su hija en muchos sentidos. Por otra parte... —empieza a decir, y llegado ese punto levanta por primera vez la vista de la tablilla sujetapapeles y mira a su alrededor. Con seriedad profesionalmente consternada. Y con cierta cautela. Como si temiera que pudiera haber alguien escuchando detrás de alguna de las puertas institucionales del pasillo—. Por otra parte, nos consta que no ha mantenido usted ningún contacto con Valentina ni ha hecho ningún intento de hablar con ella durante más de seis años. Ni una sola llamada telefónica.

Un nuevo espasmo muscular anima las facciones de Valentina. Un espasmo que esta vez se transmite por el lado derecho de su cuello y por su hombro derecho hasta llegar al brazo que está tocando el suelo. Se oye un ruido sordo cuando los nudillos de Valentina golpean el suelo de linóleo. Lucas Giraut se vuelve a recolocar las gafas sobre la nariz con el dedo corazón y se peina el pelo largo y lacio con una mano. La hoja de papel que el médico tiene sobre la tablilla no parece ser ninguna clase de documento médico. Parece ser simplemente una hoja de papel en blanco con algunas notas y dibujitos de esos que hace la gente cuando está hablando por teléfono.

—No es mi padre —dice una versión ronca y alarmantemente apagada de la voz de Valentina Parini. Desde la silla de ruedas. Desde la cabeza caída a un lado de la silla de ruedas. Que ahora comienza a erguirse lentamente—. Este hombre. No es mi padre.

Todos miran a Valentina. El silencio del pasillo hospitalario parece cambiar de signo. Parece convertirse en un silencio distinto del mero silencio que resulta de la ausencia de sonidos. Distinto de ese silencio metálico y reverberante que es habitual en los pasillos de hospital. De alguna forma, las palabras de Valentina parecen haber reconfigurado la escena. Parecen haberla dotado de algo intensamente irreal. No como si la frase hubiera desvelado que el hombre que dice ser su padre no es su padre y eso hubiera reconfigurado la red de relaciones entre las cuatro personas que hay en el pasillo. Más bien como si las palabras de Valentina acabaran de desvelar que todos los ocupantes del pasillo no son quienes dicen ser. Como esos momentos teatrales en que los personajes de un escenario se convierten en actores.

—¿Valentina? —pregunta el médico interno. Con el ceño fruncido.

Valentina se medio incorpora con un crujido de huesos y articulaciones agarrotadas. Las diversas partes de su cuerpo se mueven con esos movimientos descompuestos en sus partes constituyentes que son característicos de las marionetas.

O de los muñecos cuyas distintas partes están unidas entre sí con hilos. Por fin levanta el cuello y mira a su alrededor.

—No es mi padre —dice. Y por debajo de su ronquera químicamente inducida, su tono de voz parece adquirir ese matiz de importancia propio de las revelaciones—. Es el doctor Angeli. No se fijan en su forma exterior. —Lleva a cabo una serie de gestos faciales y manuales que parecen corresponderse con alguna clase de código gestual secreto—. El doctor Angeli no tiene una forma real.

Las tres personas adultas que hay de pie en el pasillo hospitalario están mirando ahora a distintos puntos del pasillo, de una forma que sugiere que los tres están evitando cruzar sus miradas o mirarse entre sí. La silla de ruedas de Valentina ocupa un punto ciego en el centro exacto de sus miradas. O de lo que sus miradas parecen estar evitando.

—No se fíen de los disfraces —continúa Valentina—. El doctor Angeli es el doctor Angeli hasta que se demuestre lo contrario. Yo lo conozco bien. Vino a mí cuando yo era muy pequeña. Diciendo que era mi padre. Pero yo lo desenmascaré. Le di un despertador especial para que me lo arreglase y él tuvo que escaparse. Esa era la prueba. Arreglar el despertador. —El labio inferior de Valentina mientras habla resulta ligeramente protuberante, de esa forma en que los labios inferiores de algunos pacientes psiquiátricos resultan ligeramente protuberantes o excesivamente húmedos—. El doctor Angeli se hace pasar a menudo por los padres y las madres de la gente. En realidad, casi todo el mundo que dice ser un padre o una madre es el doctor Angeli.

El médico interno está mirando los dibujos y notas garabateadas en el papel sujeto a su tablilla sujetapapeles. Con el ceño fruncido. Sin molestarse en esconder dichos garabatos. Alguien carraspea. El carraspeo rompe la naturaleza esencialmente elusiva de la escena. La enfermera mira al médico. El médico mira a Giraut. Giraut mira a Valentina y empuja la silla hacia delante. Mientras se aleja por el pasillo, flanqueado a ambos lados por las advertencias médicas de los pósters hospitalarios, oye la voz del médico interno.

—Todavía puede usted cambiar de opinión, señor Parini —dice el médico—. Piense en la niña.

Cinco minutos más tarde, en el aparcamiento de la manzana resguardada del tráfico urbano que alberga la clínica infantil, Giraut empuja la silla hasta la parte trasera del deportivo Alfa Romeo de color rojo ladrillo de Iris Gonzalvo. Ayuda a Valentina a ponerse de pie y a entrar en la parte trasera del deportivo. Valentina hace todo esto sin dar ninguna señal de sorpresa. Iris Gonzalvo le cubre el cuerpo alarmantemente flaco con una manta de viaje. Todo se lleva a cabo con rapidez.

—Hay ropa en el asiento de atrás —le dice Giraut a Valentina después de que el coche salga del aparcamiento. De esa forma en que hablan los conductores con los pasajeros del asiento de atrás. Levantando la vista y mirando a través del reflejo del espejo interior del coche—. No puedes ir vestida con la ropa del hospital. Estamos en

una situación un poco complicada. La ciudad ya no es segura para nosotros. Tenemos que salir del país. En el extranjero nos reuniremos con tu madre y con su novio. Tu madre ha encontrado novio. Se llama Eric.

El coche avanza por la parte alta de la ciudad hasta dejar atrás las últimas casas vetustas y vagamente señoriales de las afueras y se adentra en los túneles que atraviesan las colinas. Sentada en el asiento del pasajero, Iris Gonzalvo mira el espejo retrovisor con preocupación. Lleva un vestido blanco de Kenzo hasta la rodilla con gafas oscuras de Yves Saint Laurent y el pelo peinado con gel y recogido en un moño. El interior de los túneles es de color naranja por culpa de la iluminación. Es de ese color que recuerda al brillo de las calabazas de Halloween con velas dentro. Giraut no parece haber visto todavía lo que sea que hay en el espejo retrovisor que está preocupando a Iris. En el asiento de atrás, Valentina se está poniendo el jersey y los pantalones que le han dejado.

—Somos la gente que no tiene padre y no tiene madre —dice Giraut. Mirando a Valentina a través del espejo interior del coche. Con ambas manos sobre el volante—. El mundo empieza con nosotros.

—El mundo empieza con nosotros —repite Valentina desde el asiento de atrás.

Lucas Giraut sigue la mirada preocupada de Iris hasta el retrovisor. Hay un coche siguiendo de cerca al Alfa Romeo deportivo. Giraut frunce los ojos y distingue la cara del individuo que está conduciendo el coche. Una cara descompuesta por la furia. Con algo en la mano que Giraut confía en que no sea lo que parece. Bajo el resplandor de calabaza de Halloween de los túneles, la cara descompuesta por la furia del conductor del coche que los sigue tiene muy poco de humano. Es una cara mojada y resplandeciente y llena de arrugas y sin pelo. Giraut traga saliva. Es la cara del señor Bocanegra. Y lo que parece que tiene en la mano es una pistola.

En el asiento de atrás, Valentina se gira para mirar a través de la ventanilla trasera.

UNO CON EL UNIVERSO

El entorno hospitalario donde está ingresado Juan de la Cruz Saudade no es ninguna prestigiosa clínica privada situada en una manzana resguardada del tráfico de la ciudad. Es uno de esos paisajes hospitalarios desolados de la sanidad pública. Sin habitaciones individuales. Uno de esos paisajes hospitalarios perpetuamente bañados en olor a lejía y excrementos. Que hacen pensar en hospitales de películas de terror y también en hospitales de películas alegóricas cuyo protagonista parece que está en un hospital pero en realidad está en el infierno. Por todas partes se oyen los gimoteos y el llanto de los pacientes. Tal como se supone que gime y llora la gente que está en el infierno. No es el caso, sin embargo, de Juan de la Cruz Saudade. Saudade no llora ni gime ni jadea ni hace ninguna otra clase de ruido para manifestar su sufrimiento. Su estado es demasiado precario y el hecho de gemir o llorar intensifica el dolor de sus múltiples partes lesionadas.

—Ya sé que estás muy mal y todo eso —dice Hannah Linus, sentada en una silla plegable al lado de la cama de hospital de Saudade—. Y que se supone que no hay que decirles cosas malas a la gente que está en el hospital. Pero hacía tiempo que quería decírtelo. Por eso he venido cuando me has llamado. Porque en cualquier otro momento no me habría atrevido a romper contigo. Pero aquí es distinto. No estás muy seductor que digamos. Estás tan hecho polvo que no me impresionas. Así que ya está. —Hace un gesto feliz, como el gesto de respirar feliz cuando uno se acaba de liberar de una carga pesada—. Ya lo he dicho.

En su cama de hospital, Juan de la Cruz Saudade intenta mover el cuello lo bastante como para poder ver a Hannah Linus. Su aspecto es ese aspecto de los pacientes hospitalarios de las viñetas cómicas y los dibujos animados. Con las dos piernas escayoladas y los dos brazos escayolados y el torso y la cabeza parcialmente cubiertos de vendas. Hasta tiene una pierna levantada y sujeta con un sistema de correas al techo de encima de su cama. Un chasquido seco en la zona de sus vértebras cervicales le disuade de seguir intentando ver a la mujer que hay sentada junto a su cama. Algunas de las partes de su cuerpo que no están cubiertas de vendas o de escayola muestran quemaduras cubiertas de pomada o heridas cosidas con puntos. Con todo, Saudade está bastante satisfecho del resultado de su encuentro con los rusos. Está vivo, y eso es definitivamente un consuelo. A fin de cuentas, consiguió convencerlos de que no era Giraut. Bueno, en realidad fue aquel tipo raro con la placa en la cabeza el que los convenció. El único problema es que después de certificar que no era Giraut, todos parecieron olvidarse de él. Todos menos el hombrecillo que hablaba como el Pato Donald. Saudade se estremece un poco al recordar al hombrecillo y su taladro y el resto de sus herramientas de bricolaje.

—Bueno, supongo que no tengo nada más que decir. —Hannah Linus recoge su bolso. Saca un espejito del mismo y se repinta los labios—. Será mejor que me vaya. Para que empieces a acostumbrarte a no verme nunca más y todo eso.

Hannah Linus cierra el espejito con un «clic» vagamente metálico y lo vuelve a meter en el bolso. Al fondo del pasillo hospitalario donde está la habitación compartida de Saudade se oye un grito aterrado. Uno de esos gritos que resuenan en los hospitales de la sanidad pública española y que hacen pensar en los gritos de las almas condenadas en el infierno. No tanto gritos de dolor como de sufrimiento en estado puro. La habitación de Saudade es una de esas habitaciones compartidas que tienen varias camas separadas entre ellas por cortinas raídas. Saudade mueve un poco la cabeza y deja escapar una especie de graznido flojito e ininteligible.

—¿Cómo dices? —Hannah Linus frunce el ceño.

—Gggggrrl —parece decir Saudade.

Hannah Linus se inclina un poco hacia la cama. Con una mano al lado de la oreja. En ese gesto universal que se hace para indicar que la persona que acaba de hablar tiene que hablar más fuerte o más claro.

—Vas a tener que hablar más claro —dice—. No te entiendo.

Saudade levanta una mano escayolada para indicarle a Hannah Linus que espere un momento. Después carraspea. O algo parecido. Su carraspeo es largo y doloroso y suena como alguien que se estuviera ahogando en su propia flema durante medio minuto. Por fin parpadea.

—Gracias por venir —dice Saudade—. Si algún día necesitas algo, ya tienes mi móvil.

Hannah Linus lo mira con cara de no entender.

—¿Ya está? —dice. Su tono parece ligeramente decepcionado—. ¿Eso es todo? ¿No me vas a amenazar de muerte? ¿Y no vas a venir a mi casa a darme cuatro puñaladas?

Saudade parece considerar la cuestión. Aunque parezca difícil de creer, el mero hecho de pensar hace que le duelan las heridas que tiene en la cabeza. Con el único dedo que tiene fuera de la escayola, pulsa el botón que manda calmantes a su vena. Cierra los ojos y busca en su interior. Y para su sorpresa, todo lo que encuentra le parece bueno. La semilla de la infelicidad, viniera de donde viniera, parece haberse marchitado y muerto en algún momento. Probablemente a causa de los golpes recibidos. Todas las sensaciones asfixiantes de vulnerabilidad y de condena inminente y de pérdida de la omnipotencia se han esfumado. Junto con la sensación doblemente asfixiante y opresiva de vivir en un universo marcado por la injusticia y la falta de sentido cósmico. Joder, se siente de maravilla. Se puede decir que por fin vuelve a ser el que era. La persona completa y plena y llena de vigor que es realmente Juan de la Cruz Saudade. El hecho de estar vivo le llena de un júbilo tranquilo e intensamente maduro. Casi se puede decir que siente afecto por sus semejantes. Por supuesto, sabe que la idea misma de sentir afecto por los demás es una idea que solamente puede

haber sido inducida de forma antinatural en su cerebro por los calmantes y los fármacos que le están suministrando. Pero es cierto que no está enfadado con Hannah Linus. De hecho, Saudade no acaba de entender a la gente que se enfada con las mujeres. Lo cierto es que nunca se ha acabado de creer eso de que las mujeres sean personas de verdad. Es verdad que hablan y todo eso, pero nunca se le ha pasado por la cabeza el pararse a escuchar lo que dicen.

—Estoy bien. —Saudade levanta la mano escayolada y hace una especie de gesto de levantar el pulgar con el único dedo que no tiene dentro de la escayola—. No te preocupes por mí. Que te vaya bien con la galería.

Hannah Linus se lo queda mirando sin decir nada. Su cara se frunce en una mueca de disgusto y poco a poco el disgusto se transforma en furia. Una mueca furiosa con la boca fruncida y la frente temblorosa.

—¿Y ya está? —dice, levantando la voz—. ¿Te parece una manera de terminar nuestra relación? ¿Ni siquiera piensas protestar? —Ahora los gritos de Hannah Linus resuenan por toda la habitación y probablemente por el resto de habitaciones del pasillo hospitalario—. ¿Eso es lo que yo significo para ti? ¿Así es como me valoras?

Tumbado en su cama hospitalaria con los dos brazos y las dos piernas escayoladas y el sistema de correas y arneses sujetando su pierna múltiplemente fracturada al techo, Saudade lucha por levantar el cuello para mirar a Hannah Linus. De pronto se produce un cambio en la intensidad lumínica de la habitación. Por un momento Saudade tiene la impresión de que se ha ido la luz. Después comprende que no. Que simplemente algo muy grande se ha interpuesto entre la luz del techo y la lámpara. Algo del tamaño de un animal antediluviano que tenía que ser cazado por varios cazadores antediluvianos. La pupila de su ojo que ha sufrido menos derrames se mueve hacia abajo hasta localizar la parte superior de la mole de Aníbal Manta. Con su pelo al rape y su pendiente de aro y su cabeza y su cuello de mamut. Y con su camiseta favorita de los X-Men. La que tiene la formación original del grupo.

—¿Aníbal? —dice Saudade. En ese tono vagamente lloroso de la gente que se emociona al ver a un viejo amigo o a un familiar al que se creía perdido para siempre.

Aníbal Manta mira a Hannah Linus. Con expresión un poco incómoda.

—Oh, no se preocupe por mí —le dice Hannah Linus. Mientras se pone su abrigo—. Yo ya me iba. Está claro que no tengo nada más que hacer aquí. Está claro que no tendría que haber venido. —Echa un último vistazo a la cama de hospital donde está Saudade—. ¿Para qué? A este *hijo de puta* no le importa si yo sigo viva o me muero.

Aníbal Manta se queda mirando cómo Hannah Linus sale dando zancadas de la habitación de hospital. Después se vuelve para mirar a Saudade. Con su expresión clásica de esfuerzo intelectual. Con una cara de esfuerzo intelectual que podría indicar que está planeando algo o que ha venido con algo en mente.

—Mi viejo amigo —dice Saudade, lloroso. Hace una pausa para soltar un gargajo feliz de flema pulmonar—. ¿Cómo van las cosas? ¿Cómo ha ido el asunto de los

cuadros? Me alegro mucho de verte —dice con los ojos bañados en lágrimas, y descubre con sorpresa que es casi verdad.

Aníbal Manta no dice nada. Se dirige a la cortina raída que separa la cama de Saudade de la cama del paciente de al lado. El paciente de al lado parece estar muerto o en las fases inmediatamente previas a la muerte. Manta agarra un extremo de la cortina raída y tira de ella hasta correrla del todo. Separando *de facto* la habitación de Saudade del resto de la habitación compartida. Además de oler a una mezcla de lejía con excrementos, la habitación hospitalaria tiene varios cubos y palanganas en el suelo allí donde caen goteras del techo. Juan de la Cruz Saudade mira con atención cómo Manta cierra la cortina y vuelve a los pies de la cama. Se puede decir que frunciría el ceño si todavía le quedara ceño que fruncir.

—¿Aníbal? —repite Saudade en tono receloso.

—Las cosas han ido mal —dice Manta—. El Lado Oscuro de la Luna ya no existe. Lo ha cerrado la policía. El dinero de la venta lo han robado Giraut y la *puta* esa que nos trajo. Y también se han quedado los cuadros. La furgoneta donde se suponía que tenían que estar estaba vacía. O sea que ahora el comprador va a ir a por nosotros. Bocanegra ha desaparecido. Giraut ha desaparecido. Y yo me largo esta noche del país.

Saudade se queda pensando en lo que Manta le acaba de decir. Es curioso, pero nada de ello le produce ninguna clase de dolor ni de estrés emocional. Nada parece capaz de enturbiar su nuevo estado de renacimiento anímico. Bocanegra se puede ir al mismo infierno. Hasta Giraut ha dejado de preocuparle. Que se atragante con sus putos millones. Y sin embargo, hay algo que no le cuadra. Frunce lo que le queda de ceño. Algo relacionado con la situación que está viviendo. Tarda un momento en comprender de qué se trata. Cuando por fin lo entiende, abre mucho los ojos.

—Un momento —dice—. ¿Qué haces tú aquí? ¿Por qué has venido a visitarme?

Pero antes misino de terminar de formular la pregunta ya conoce la respuesta. Le sobreviene un instante limpio y luminoso de iluminación. Y en ese mismo instante entiende también la gravedad de la situación. Completamente inmovilizado en una cama de hospital. Mueve el único de sus ojos que conserva cierta visión hasta ver la cara de Aníbal Manta. Y allí, en los ojos de su compañero profesional de muchos años, lo ve todo. Los años interminables de humillación y de estrés emocional y de dolor intenso y profundo. Un dolor y un estrés emocional que se remontan a la época de la escuela primaria de Aníbal Manta y a las burlas continuadas y los apodosos hirientes. A la vergüenza interiorizada por su aspecto físico. A los juegos del patio de la escuela que siempre tenían como objetivo torturar a ese niño absurdamente sobredimensionado. A un estrés emocional que sobrevivió intacto al tránsito a la vida adulta. Provocando una historia crónica de inadaptación. Provocando problemas sexuales. Provocando una incapacidad crónica para conseguir erecciones satisfactorias y para finalizar con éxito las pocas erecciones no satisfactorias que conseguía. Provocando que su mujer empezara a visitar cada vez con más asiduidad

los pisos de los vecinos. Provocando una vida de terapia psicológica infructuosa. Todo eso lo puede ver ahora con total claridad Saudade en los ojos de Aníbal Manta. Que parece haberse transformado ante sus ojos. Que parece haberse vuelto más grande si cabe de lo que es normalmente. Más grande y más formidable. Más parecido que nunca a La Cosa de los Cuatro Fantásticos. Sus brazos son brazos de superhéroe nacido mediante sobreexposiciones mutagénicas a la radiación. Por explosiones de plutonio. Por rayos de científicos locos. Y su cara.

La cara de Aníbal Manta también ha cambiado. Saudade nunca había visto la sonrisa que hay ahora en esa cara.

Una sonrisa enorme. Una sonrisa que habla de retribución. De leyes sagradas de la retribución que afectan a todas las historias y que son más fuertes que el más fuerte de los personajes. Porque pertenecen a la esfera del Destino.

—¡Espera un momento! —chilla Saudade—. ¡Piensa, cojones, Aníbal! ¡Piensa!

Aníbal Manta se saca una barra de hierro de la pernera de los pantalones. Su cara transmite algo más que alegría feroz ante la inminencia de la retribución. Algo que aterra todavía más a Saudade. Una especie de paz interior. Saudade comprende que Aníbal Manta ha pasado a ser uno con el universo. Y su grito aterrado se oye por toda la planta del hospital de la sanidad pública.

BOLA DE FUEGO

El Alfa Romeo deportivo color rojo ladrillo de Iris Gonzalvo avanza a una velocidad cercana al máximo de velocidad permitida por una autopista de cuatro carriles que se aleja de Barcelona. Hacia el norte. Hacia las costas rocosas del Ampurdán. Seguido de cerca por el Jaguar biplaza descapotable que los ha estado siguiendo desde que salieron de la ciudad. Probablemente desde que salieron de la clínica psiquiátrica infantil. Ahora nadie habla en el interior del Alfa Romeo. Ni Lucas Giraut ni Iris Gonzalvo dicen nada ni se miran entre ellos ni hacen otra cosa que mirar con el ceño fruncido la imagen del Jaguar reflejada en los espejos retrovisores. Y en el centro de la imagen, una cara desencajada por la furia. Arrodillada en el asiento de atrás, Valentina Parini está llevando a cabo una serie de signos manuales indescifrables y de aspecto místico en dirección al conductor del Jaguar.

—Esto no tendría que estar pasando —dice Iris Gonzalvo. Casi para sí misma. Con una inflexión muy sutil en su tono abatido que podría indicar algo parecido a la sorna. Se estira del dobladillo del vestido blanco y ajustado de Kenzo hasta cubrirse las rodillas y parece sumergirse en un nivel más profundo de sus pensamientos—. Lo teníamos todo planeado. ¿Qué se supone que tenemos que hacer ahora? ¿Tenemos que matarlo? Supongo que no tendrás una pistola.

La expresión de Lucas Giraut mientras conduce por la autopista de cuatro carriles en dirección al norte es la misma expresión vagamente estólida reforzada por su cara lampiña y sus cejas delgadas y rubias. Un mechón de pelo de color castaño pálido que se ha separado de la ondulación general de su pelo y que ahora le cae oblicuamente sobre la frente es el único elemento discordante de su aspecto. Lo único que podría indicar que Giraut está viviendo una de esas situaciones dramáticamente concluyentes que marcan el final de una historia. Una de esas situaciones que generalmente implican una persecución que conduce a una confrontación concluyente.

En el exterior del coche, en la autopista de cuatro carriles desde la que ahora se pueden vislumbrar las formaciones rocosas del Ampurdán en el horizonte, es esa hora en que el cielo todavía no está oscuro pero las farolas ya han empezado a brillar con una luz tenue y parpadeante. Esa hora que no produce exactamente una sensación de transición o de provisionalidad, sino más bien la sensación de estarse adentrando en un estado ontológico distinto. Un estado bañado en esa luz neblinosa y melancólica de los finales de las historias. De las apoteosis románticas o de los episodios de contactos con especies alienígenas. En el asiento de atrás, Valentina Parini se ha quitado el jersey y se lo está enrollando en la cabeza como si fuera un turbante. O

como si fuera una de esas toallas que muchas mujeres se enrollan en la cabeza cuando salen de la ducha con el pelo mojado.

Giraut contempla la cara desencajada por la furia del señor Bocanegra, Empresario del Espectáculo y Mejor Amigo de Juventud de Lorenzo Giraut, convertida en una mueca arrugada y resplandeciente por el sudor. En el centro del espejo retrovisor. Definitivamente, y bajo la luz vagamente crepuscular pero todavía no lo bastante crepuscular como para que se empiecen a difuminar los contornos, lo que Bocanegra tiene en la mano parece ser una pistola. Una pistola que no para de agitar por encima de su cabeza y con cuya culata golpea ahora rabiosamente la guantera del Jaguar. Con esos gestos inanes de la furia en estado puro. Es posible que una mancha diminuta que Giraut ve en el espejo a la altura de la boca de Bocanegra sea espuma que le está saliendo de la boca. Únicamente posible.

—Hay un mancha negra muy grande en el cielo encima de nosotros. —Valentina tiene las dos manos apoyadas en el respaldo del asiento de atrás y está asomada al cristal trasero del Alfa Romeo. Mirando el cielo de encima del coche. La autopista a la hora del crepúsculo parece estar vacía de coches salvo por el Alfa Romeo y el Jaguar que los sigue—. Creo que se está moviendo. Puede significar varias cosas. Puede ser una zona de radiaciones. Ellos pueden oír mejor en esas zonas. Aunque también pueden oír peor. Es difícil saberlo. —Se levanta el reborde del jersey que tiene anudado a modo de turbante para ver mejor y pega la cara al cristal—. Aunque también podrían ser ellos. Ahora ya se manifiestan. Cientos de ellos. Miles. Volando juntos. Tantos miles de ellos que vistos de lejos parecen una nube negra o una mancha.

Lucas Giraut e Iris Gonzalvo escrutan el cielo en busca de manchas negras. Al oeste, a la izquierda del coche, el cielo crepuscular empieza a teñirse de color rojo sucio.

—No podemos destruirlos —continúa Valentina, con la voz ligeramente distorsionada por el hecho de que tiene la cara pegada al cristal—. Pero tampoco podemos vivir con ellos. No nos quieren. Quieren que seamos como ellos. Pero somos distintos, claro. Porque somos inmunes a su control y todo eso. —Se gira un momento para mirar a los otros dos ocupantes del coche. No exactamente como si buscara su aprobación. Más bien con actitud de estar asegurándose de que nadie se opone a sus palabras—. Lo mejor es buscar un refugio. Es lo que se suele hacer en estas situaciones. Puede ser una isla desierta. O encima de una montaña muy alta. Un sitio adonde ellos no puedan llegar. Donde no puedan oírnos. Allí podemos esperar a que se marchen o a que los maten los microbios del aire. En cualquier caso... —Hace una pausa. Las tiras de esparadrapo le cuelgan ahora de un lado de la cara y el parche también le cuelga a medias, dejando al descubierto un ojo que no mira en ninguna dirección cercana a la dirección en que mira el otro ojo—. En cualquier caso, ahora tenemos que empezar el mundo.

—¡Valentina! —grita Iris Gonzalvo, mirando por encima de la cabeza de Valentina.

Extiende el brazo por encima del respaldo de su asiento y empuja la cabeza de Valentina hacia abajo, obligándola a tumbarse sobre el asiento trasero en el mismo momento en que Bocanegra saca un brazo fuera del coche y dispara dos veces en dirección al Alfa Romeo. Los disparos se oyen amortiguados desde el interior del coche.

Giraut mira por el retrovisor. Bocanegra está conduciendo con una mano mientras con la otra apunta a la parte trasera del Alfa Romeo. La mueca de furia de su cara parece haberse transformado en una mueca cruel. Hay otro disparo y esta vez los tres pueden oír cómo la bala se incrusta en la carrocería del coche de Iris.

—¡Hijo de puta! —Iris trepa por el respaldo de su asiento—. ¡Ahora sí que te voy a matar! —Da un salto por entre los asientos hasta la parte trasera donde Valentina está recolocándose su jersey en forma de turbante sobre la cabeza. Apoya la palma de la mano en el cristal trasero y se pone a gesticular en dirección al Jaguar—. ¡Te voy a enseñar a pegarle un tiro a mi coche, hijo de la gran puta!

La atmósfera de la autopista de cuatro carriles por la que el coche de Iris Gonzalvo circula bajo la luz crepuscular se está convirtiendo rápidamente en esa atmósfera característica de los finales de las historias. Con persecuciones y disparos entre automóviles y expectativas de confrontaciones inminentes. Con farolas que emiten su luz tenue y parpadeante bajo un cielo cada vez más rojizo. Con el asfalto de la autopista tiñéndose de un color cercano al color del óxido. Sin apenas coches que pasen esporádicamente por los carriles de la autopista de cuatro carriles. Con Valentina Parini haciendo extraños gestos manuales de aspecto místico en el asiento trasero. Parecidos a esos gestos manuales esotéricos con que uno intenta protegerse de alguna amenaza de naturaleza mística. Lucas Giraut mira alternativamente al frente en dirección a la autopista del color del óxido y a un lado en dirección al espejo retrovisor y pisa a fondo el acelerador para intentar eludir los acercamientos del Jaguar de Bocanegra.

Iris continúa gesticulando furiosa en dirección al Jaguar. Algo se materializa en el horizonte, a un lado de la autopista. Una estructura que todavía está demasiado lejos para que los ocupantes del coche la vean bien bajo la luz crepuscular.

—Creo que ahora tienes que darle con tu coche al de él —grita Iris—. O sea, con mi coche. A ver si puedes sacarlo de la carretera. —Frunce el ceño y parece pensar un momento—. Pero intenta no cargarte mi coche.

En ese momento Bocanegra vuelve a asomar el brazo que sostiene la pistola fuera del coche. Iris y Valentina se tiran sobre el asiento trasero.

Se oye un disparo y el estallido de un neumático. El Alfa Romeo derrapa lateralmente y Giraut tarda un segundo en recuperar el control.

—Allí —dice Valentina. Señalando a un punto situado delante del automóvil.

Lucas e Iris miran en la dirección que Valentina está señalando. Se trata de la estructura que hay a un lado de la autopista, y que ahora empieza a distinguirse bajo la luz crepuscular. Parece ser un área de servicio abandonada de la autopista. Aparentemente desierta y sin luces encendidas. La cualidad rojiza y oxidada que tiene el cielo ahora resulta perfectamente adecuada al final de una historia. Lucas Giraut conduce el Alfa Romeo por la salida lateral de la autopista que lleva a la estructura. Seguido de cerca por el Jaguar de Bocanegra. Por fin embiste la barrera que precinta el área de servicio en desuso y la hace estallar a su paso. Seguido a pocos metros de distancia por el Jaguar.

Giraut se adentra unos metros en el aparcamiento del área de servicio y pisa el freno. Antes de que Iris pueda impedirlo, Valentina abre la portezuela trasera y sale corriendo del Alfa Romeo. El jersey que lleva anudado en la cabeza cae al suelo detrás de ella. El Jaguar embiste el Alfa Romeo por detrás. Provocando otro grito furioso de Iris.

Unos segundos más tarde la escena se ha reconfigurado de forma decisiva. Giraut e Iris están fuera del Alfa Romeo con los brazos en alto y encañonados por el arma de Bocanegra. Varios mechones de pelo de Iris se han separado de su meticuloso peinado con gel y le cuelgan dramáticamente sobre la expresión malhumorada de su cara. Giraut sostiene la bolsa de deporte Puma de color verde botella con el dinero de la venta de las Tablas de San Kieran en una de sus manos en alto. Vista de cerca, la cara de Bocanegra no es tanto una máscara arrugada y sudorosa de furia como una versión ostensiblemente más arrugada y sudorosa de la cara de Bocanegra. Con una horrible sonrisa cruel debajo de su bigote sudado. El análisis trajeológico que Giraut lleva a cabo rápidamente del traje a medida de color hueso de Bocanegra indica: comodidad con las situaciones de poder; sadismo explícito; conciencia de que el mundo nunca jamás evolucionará hacia un estado mejor de las cosas. A menos, claro, que la persona que lleva puesto el traje quiera que evolucione.

—Menúda estampa familiar —dice Bocanegra con un gruñido que tiene algo del ronroneo cruelmente divertido con que un gato juguetea con una presa acorralada—. Y eso que yo soy un gran amante de la familia. No os preocupéis por la niña. —Hace un gesto lateral con su pistola en dirección al lugar por donde se ha ido corriendo Valentina Parini—. A ella no le voy a hacer nada. ¿Para qué? Total, la pobre ya está completamente chiflada. Solamente hay que verla.

Valentina Parini ha dejado de correr y ahora está contemplando la escena desde una distancia segura. Estira de su camiseta hacia arriba y la usa para cubrirse la cabeza con ella sin quitársela. Dejando ver su vientre y su pecho prepubescentes y alarmantemente flacos. Bajo la luz crepuscular se puede ver que tiene muchos signos y dibujos de naturaleza mística trazados con bolígrafo sobre la piel del vientre y el pecho.

El área de servicio en desuso en que se encuentran tiene un edificio de dos plantas que en algún momento fue un restaurante. También unas casetas con lavabos

precintados y un parque infantil y unas mesas con bancos para celebrar pícnicos al aire libre. El escenario parece ser perfectamente conveniente para que allí tenga lugar la escena final de una historia. Los colores son los adecuados. La luz es conveniente. El mismo hecho de que el lugar esté abandonado parece haber sido ideado específicamente para que allí tenga lugar alguna clase de confrontación de esas que tienen lugar al final de las historias. Y sin embargo, hay algo que falla. Es como si faltara algo en el escenario para que el final de la historia fuera verdaderamente concluyente. Y de alguna forma difícil de precisar, las caras de los cuatro protagonistas de la escena parecen reflejar este fallo. Esta falta de conclusión.

Bocanegra suelta un gruñido cruelmente jovial y se dirige a las dos figuras que están con los brazos levantados bajo el cielo concluyentemente rojizo.

—Tú —dice, y mueve ligeramente el cañón de su pistola para señalar con ella a Lucas Giraut—. De todos los mierdecillas traidores del mundo, tú eres el peor. El Rey de los Mierdecillas Traidores. Tú sabías que yo no tengo hijos. Aunque dudo mucho que alguna vez te haya importado. A la vista de las circunstancias. Después de todas aquellas conversaciones sobre lo que yo sentía por tu padre y lo que sentía por ti como el hijo que jamás tuve, y todas las demás cosas que te conté sobre lo difícil que es ser quien soy y tener todo lo que tengo. A la vista del dolor. El dolor de aquí dentro. —Se da un par de golpes con la pistola en el pecho—. Las cosas que yo sentía por lo que tú representas para mí. Las cosas que nunca hicimos y todo eso. —La mueca de rabia feliz se ha borrado de la expresión de Bocanegra. Su cara empieza a parecerse a la cara de un hombre aprisionado por la furia y la crueldad. A la cara de esos hombres cuya furia y cuya crueldad está a punto de hacer implosionar violentamente el mundo que los rodea—. Los domingos en el parque. Los malditos domingos en el parque. Todas esas cosas que no puedo hacer con esos monstruos repugnantes y avariciosos de mis sobrinos. Regalarte un cachorro y ver la cara que pones. Llévate conmigo al fútbol. A las carreras. A lo que sea que les guste a los niños. Sentarnos los dos en la playa y ponerte una mano en el hombro y hablar como hablan los padres con sus hijos. De cosas serias. En ese tono grave, ya sabes. Diciendo cosas del tipo: «Hijo, ya es hora de que sepas tal y cual». Enseñarte lo que sé y ver cómo progresas. Enseñarte a hacer las cosas que yo hago. Sé hacer muchas cosas. Soy un hombre de oficio. Joder, casi se puede decir que el oficio lo inventé yo. Soy lo que se llama un hombre de oficio sin nadie a quien transmitir el oficio. Sin nadie con quien hablar en tono grave en la playa mientras miramos la *puta* puesta de sol. Y todas esas cosas que ponen orgullosos a los padres. Verte triunfar en el mundo con esa cara de felicidad de los padres. ¿Conoces esa cara de felicidad? Esa cara cansada pero feliz.

El color del cielo podría llamarse dramático. Las colinas rocosas del Ampurdán que se levantan sobre el horizonte no son especialmente majestuosas pero podrían ser confundidas con colinas majestuosas bajo ciertos tonos de luz. Iris Gonzalvo pone los ojos en blanco. Sin bajar las manos.

—Me aburro —dice—. ¿Puedes matarnos ya, por favor?

Bocanegra se lleva a la frente la mano que está sosteniendo la pistola. Su expresión de furia y de crueldad ha empezado a descomponerle los rasgos de esa forma en que ciertos sentimientos muy extremos pueden coger unos rasgos y descomponerlos de forma que sigan siendo exactamente los mismos rasgos pero pierdan por completo su familiaridad. La frente se le arruga como el plástico en el momento previo a arder. La piel se le crispa sobre los tendones y los labios se le repliegan sobre los dientes en una mueca de crueldad sin límites.

—¿Por qué nadie entiende el dolor del hombre sin hijos? —dice. Ninguno de sus rasgos se ha movido del sitio y sin embargo la disposición de los mismos se ha vuelto fundamentalmente distinta. Su boca ya no se parece exactamente a una boca humana, o por lo menos no produce la misma sensación—. No es como si te clavaran cuchillos en el pecho. Ya sé que es lo que dice la gente, pero no es así. No es como una puñalada en la espalda ni nada de eso. Es como tener fuego aquí dentro —se toca el vientre y el pecho con la pistola—. Es como un fuego que crece y crece con los días y con los años y que al final se convierte en una bola de fuego. En una bola de fuego que me da ganas de romper cosas y de ponerme a disparar a la gente. —Ahora Giraut puede oír literalmente cómo a Bocanegra le rechinan los dientes. Con un ruido parecido a dos piezas de metal que se rozan en el interior de un mecanismo. Como ese ruidito que hace que los conductores frunzan el ceño y escuchen con cara concentrada el ruidito que sale de alguna parte de su coche—. Y ahora quiero disparar a alguien, joder. —Mira fijamente a Giraut. Avanzando lentamente en su dirección. Con algo en el resplandor de sus ojos y en el temblor de su cara que evoca el momento inmediatamente previo a una implosión violenta y generalizada del mundo a su alrededor—. ¿De verdad preferías irte con esa *puta* en lugar de quedarte conmigo? ¿Después de todas las cosas que te prometí? ¿Después de que te prometiera divertirnos juntos y hacer miles de cosas y ser socios en los negocios igual que tu padre era mi socio y tal vez ser algún día el heredero de todo lo que tengo? Pero nunca tenéis suficiente, ¿verdad? —Levanta el cañón de su arma muy despacio en dirección a Giraut—. Es por eso por lo que ya no me puedo aguantar las ganas de disparar. Porque nunca tenéis suficiente. Nadie nunca tiene suficiente y eso me pone triste y me cabrea.

Iris Gonzalvo ha dejado de prestar atención a Bocanegra y está mirando algo que se acerca por la autopista más allá de la estructura abandonada del restaurante y del parque de juegos infantiles.

—Será mejor que te des prisa y dispares ya —dice. Y se aparta los mechones de pelo que le caen sobre la frente pálida—. Porque parece que este sitio se está volviendo popular.

Las tres figuras que protagonizan la escena más la figura un poco apartada de Valentina miran en la dirección que está señalando Iris. En dirección a los tres coches de alquiler con los cristales tintados que se están acercando por la autopista y que ya

han tomado la salida que lleva al área de servicios en desuso. Ninguno de los cuatro parece sorprendido por la aparición de los tres coches. Como si de alguna forma todos los hubieran estado esperando en alguna parte de sus mentes. Como si de alguna forma todos hubieran sido conscientes todo el tiempo de que faltaba alguna clase de pieza o elemento dramático para que la escena fuera satisfactoriamente concluyente como pieza narrativa final. Y como si de hecho hubieran estado postergando el desenlace y haciendo tiempo con sus discursos hasta que llegara este nuevo elemento dramático a la escena. Que llega en este preciso momento. Conduciendo en fila india hasta el aparcamiento del área de servicios abandonada. El primer coche de alquiler de la fila de tres coches de alquiler pasa por encima de los restos de la valla rota y embiste con el morro la parte trasera del Jaguar. Desplazando varios metros al Jaguar y provocando una pequeña lluvia de cristales por el aparcamiento.

Iris Gonzalvo se cruza de brazos. Suelta un soplido.

—Pero ¿desde cuándo los coches se aparcan cargándose al de delante? —dice—. Porque os juro que yo no me había enterado.

Varios individuos de envergadura superior a la media y rasgos eslavos salen de los coches. Algunos llevan armas automáticas y uno lleva un subfusil de asalto de fabricación soviética. Por fin se abren las portezuelas del tercer coche de la fila de coches de alquiler y una cabeza en forma de obús precede a la figura pesada de Leon. La última figura en salir del último coche se toma un momento para salir. Primero aparece una pierna enfundada en un pantalón negro con raya diplomática de color burdeos y luego la otra. Por fin aparece el resto del cuerpo exquisitamente vestido y una cabeza con un parche tapándole un ojo y una placa metálica que ocupa el sitio donde un día estuvo la sien derecha. Koldo Cruz se yergue junto a su coche y se estira de las solapas de la americana con un gesto inconsciente de vanidad mayestática. El análisis trajeológico que Giraut lleva a cabo de Koldo Cruz en su primer encuentro oficial con este arroja los siguientes resultados: una elegancia demasiado exquisita para ser de este mundo y también esa melancolía que acompaña a algunos emperadores de la Historia que han llegado al cénit de su poder imperial y ahora experimentan en sus carnes la soledad del que lo tiene todo.

—Tú. —Bocanegra se queda mirando a Koldo Cruz. Con los ojos muy abiertos. Con esa cara que se reserva a las apariciones de personajes supuestamente muertos en las películas en que aparecen al final personajes supuestamente muertos. Con esa cara con que los miembros de tribus precivilizadas contemplan la llegada de exploradores de civilizaciones tecnológicamente avanzadas—. Tú. Aquí.

Se oye el ruido metálico de media docena de armas automáticas y un subfusil de asalto amartillándose al unísono. Bocanegra tira su arma al suelo y levanta las manos. Sin parpadear. Sin dejar de mirar fijamente a Cruz.

KINGSTON, JAMAICA

Esta es una historia de gente que empieza el mundo. De gente que no tiene padre y no tiene madre. Esto no debe entenderse en sentido metafórico. Esta es la historia literal de la gente que empezó el mundo.

Pavel sale de la terminal de llegadas del Aeropuerto Internacional Norman Manley de Kingston, Jamaica. Y se queda un momento de pie al otro lado de las puertas automáticas. Simplemente de pie. Mirando a su alrededor. Con su macuto del servicio militar echado al hombro y las rastas meciéndose suavemente bajo la brisa marina. El cielo es un cielo más grande que ningún cielo que haya visto nunca. El océano que se ve detrás de los tejados y las autopistas es mucho más grande que el mar que hay en Barcelona. Y el aeropuerto. Pavel nunca había visto un aeropuerto tan grande. Extendiéndose en todas direcciones hasta donde alcanza la vista. Más grande que muchos pueblos en los que él ha estado. Nada parecido a sus fantasías de pequeños aeródromos con palmeras e individuos vestidos de blanco con manchas de sudor debajo de las axilas dándose aire con abanicos de mimbre. Aquí nadie parece tener manchas de sudor debajo de las axilas. Hay bastantes hombres con traje y la mayoría de la gente cae dentro de lo que Pavel considera la normalidad indumentaria no jamaicana.

Pavel carraspea y escupe en el suelo. Los últimos vestigios de fluido europeo de sus pulmones. El esputo queda desparramado a sus pies. Pavel lo contempla con curiosidad desapasionada. Es un esputo extraño. Extrañamente oscuro. Como una especie de fluido negro y espeso que no le recuerda a nada que haya salido nunca de sus pulmones. Se encoge de hombros y decide que este es un momento tan bueno como cualquier otro para encender un cigarrillo.

En la cola para coger un taxi rumbo al centro de la ciudad, Pavel es por lo menos treinta centímetros más alto y muchísimo más blanco que el resto de la gente que espera en la cola. La gente que lo mira levanta la cabeza para mirarlo y lo escruta solamente un segundo antes de volver a sus asuntos. El sol es más grande y da más calor que ningún sol que Pavel haya sentido antes. Por alguna razón, parece ser verano en lugar de invierno. Cuando le llega el turno, Pavel se mete en un taxi conducido por un individuo con una cicatriz en la parte de atrás del cuello y trata de explicar que quiere ir al centro de la ciudad. Saca un mapa de su bolsillo y señala un punto. El taxista asiente y arranca. El Aeropuerto Internacional Normal Manley de Jamaica ocupa una pequeña península rodeada de una extensión interminable de océano azul oscuro justo al sur de Kingston, Jamaica. El taxi avanza cinco minutos por una carretera maltrecha y rodeada de barracas y se detiene en un descampado donde el sol parece haber quemado por completo la vegetación. Pavel espera. El

taxista se da media vuelta y lo encañona con una pistola de nueve milímetros. Un modelo extraño y mucho más antiguo que ninguno que Pavel haya visto nunca.

Treinta minutos más tarde, Pavel aparca el taxi en una calle del centro de Kingston y tira la llave del contacto encima del cuerpo inconsciente del taxista en el asiento de atrás. Se guarda la pistola debajo de la cintura de los pantalones y sale del coche dando un portazo jovial. Las calles del centro de Kingston también son mucho más grandes y atestadas de lo que Pavel había imaginado. Avenidas amplias y rodeadas de edificios mayoritariamente ruinosos. Pavel se echa el macuto al hombro. Echa a andar calle abajo.

Después de caminar varias manzanas, Pavel se sienta en la acera para contar sus dólares y echar un vistazo a la gente. Un grupo bastante nutrido de niños lleva ya un rato siguiéndolo y ahora parecen estar al mismo tiempo pidiéndole monedas y burlándose de su aspecto. Uno de los niños lleva a cabo lo que parece ser una imitación de Pavel, caminando de puntillas y mordiéndose el interior de las mejillas y poniendo los ojos en blanco. Pavel da varias vueltas a su mapa en un intento de localizar la playa. Al cabo de un rato decide tirar una piedra al grupo de niños y estos se ponen a gritarle con gesto amenazador y a dispararle con pistolas de dedos.

Llegar a la playa le lleva cierto tiempo. Cuando se cansa de deambular detiene otro taxi y esta vez decide ponerle la pistola en la sien al taxista al mismo tiempo que le enseña el mapa. Esto lo lleva a una playa bastante amplia y bonita, con palmeras de distintos tamaños y casetas con música muy alta que sirven bebidas de colores en vasos de plástico.

Pavel tira su macuto sobre la arena y se sienta abrazándose las rodillas. A pocos metros de las olas. El sol está alto a pesar de que según los cálculos de Pavel ya debe de ser media tarde. O tal vez media mañana. No lo tiene muy claro. La playa está ocupada en su mayoría por grupos de gente joven con botellas y equipos de estéreo portátiles. Algunos bailan con un estilo extraño que Pavel no reconoce y se pasan entre ellos cigarrillos de marihuana. Nadie parece llevar más ropa que un bañador y una gorra.

Al cabo de pocos minutos se despereza y decide darse un baño. Se quita toda la ropa salvo los calzoncillos y echa a correr hacia las olas altas y lujuriosamente espumosas.

El agua está caliente y Pavel se sumerge y disfruta de la sensación de notar todo su cuerpo envuelto en las aguas cálidas del Caribe. La sensación no es exactamente uterina pero tiene ciertos elementos muy uterinos. Por fin sale a la superficie. Flota un momento de espaldas sobre la superficie bamboleante y sacude sus rastas hacia atrás de esa forma en que sacude el pelo hacia atrás la gente que está disfrutando de una experiencia marítima satisfactoria. El agua del Caribe también parece más salada que el agua de los mares que ha conocido previamente. Ahora contempla la playa desde lo alto de una ola. Un grupo de niños negros se aleja corriendo por la playa con su ropa y su macuto. Pavel piensa en ello. No se siente especialmente contrariado.

Vuelve a sumergirse. El hecho de estar debajo del agua le infunde una sensación bastante peculiar de poder. El poder de las criaturas poderosas que viven debajo del mar. Decide que es un tiburón. Se pone a bucear sintiendo su cuerpo como el de un tiburón. Pegando los brazos a los costados y moviéndose como imagina que se debe de mover un tiburón. Definitivamente es lo más divertido que ha hecho en mucho tiempo.

—Soy un tiburón —intenta decir debajo del agua.

Pero lo único que se oye es un borboteo incomprensible.

BOLA DE FUEGO (2)

En opinión del señor Bocanegra, Empresario Barcelonés del Espectáculo y Figura Central con Rasgos Decididamente No Paternos de esta historia, el Universo es una estación de servicio abandonada junto a la carretera. Una de esas estaciones de servicio parcialmente ruinosas y a merced de los elementos. Abandonadas por las administraciones viarias y las cadenas de establecimientos franquiciados de atención al viajero. Con las ventanas rotas y las paredes resquebrajadas y cubiertas de manchas de humedad. Con viejos letreros descoloridos. Con esos letreros incompletos y descoloridos que los fotógrafos suelen retratar a modo de representaciones del paso implacable del tiempo. Por supuesto, ninguna de esas ideas ha pasado nunca como tal por la cabeza del señor Bocanegra. No es que Bocanegra haya pensado conscientemente estas asociaciones y haya decidido que puede establecerse una analogía satisfactoria entre el Universo y una estación de servicio. Es que para él, en el fondo de su mente, el Universo es una estación de servicio.

El cielo dramáticamente crepuscular se refleja en las colinas circundantes y en los edificios de la estación de servicio igual que determinados cielos del Caribe se reflejan en las aguas cristalinas de las playas paradisíacas. Hablando estrictamente, este no es un momento de la historia. Los personajes de la escena concluyente están inmóviles de esa forma en que los personajes de algunas películas de acción se quedan congelados como grupos escultóricos en medio de una escena de acción. Con la cámara girando vertiginosamente en torno a ellos a lo largo de un eje imposible. Valentina Parini está paralizada en medio de un salto extático en el aire. Con los brazos y las piernas extendidos.

Y el universo es un hotel abandonado. Una casa encantada. Uno de esos edificios enormes con las ventanas rotas y tapadas con tablones. Con el interior lleno de basura y de ratas y animales asilvestrados. Con pasillos largos y llenos de ruidos extraños al final de los cuales hay ventanas donde los jirones de las cortinas se mecen movidos por ráfagas de viento fantasma.

Y el señor Bocanegra, Empresario del Espectáculo, dueño del recién clausurado local de ocio El Lado Oscuro de la Luna, está en medio del grupo de personas que hay de pie en el aparcamiento de la estación de servicio abandonada. Con los brazos todavía en alto. Con la boca muy abierta y los ojos muy abiertos y las palmas de las manos orientadas en la dirección general del grupo de individuos eslavos que acaba de bajarse de los coches recién llegados.

—Hace una semana que le pusimos un trasto de esos a tu coche. —Koldo Cruz se encoge de hombros y mira a su alrededor—. Cada vez que coges el coche para ir a cagar, hay un satélite que nos dice que el memo de Bocanegra ha ido a cagar.

En opinión de Bocanegra, los sobrinos diabólicos son sin duda los principales pobladores del Universo. Correteando por los pasillos a oscuras y semiderruidos de esa forma en que corretean los niños diabólicos en las películas. Levantando mucho las rodillas. Canturreando cancioncillas infantiles en tono diabólico. Con pantaloncitos cortos y vestiditos de encaje y otras prendas estereotipadamente infantiles. Con sonrisas diabólicas y las barbillas manchadas de sangre. Con el pelo revuelto y heridas mortales abiertas en el cráneo. Pero hay algo más. Algo que no se ve a simple vista. Algo que una vez estuvo ahí, sonriendo de forma mucho menos diabólica cuando el universo todavía no era una casa encantada. En los tiempos felices en que la cafetería de la estación de servicio estaba iluminada con esa luz espesa de las cafeterías, y entre sus paredes sonaba una radio fórmula musical, y había gente haciendo cola con bandejas llenas de comida frente a las cajas registradoras. Algo suave y cálido y casi olvidado.

Valentina Parini se lleva las dos manos al pecho y hace un ruido que suena parecido a «jjjjj» y saca la lengua de esa forma en que sacan la lengua los niños cuando fingen que han recibido un disparo en el pecho o han sufrido un ataque al corazón. Los recién llegados miran con curiosidad a la figura bajita y alarmantemente flaca que parece estar mirándolos con la cara tapada por la camiseta y el torso cubierto de dibujos a bolígrafo. A varios metros de donde está teniendo lugar la escena. Valentina echa mucho la cabeza hacia atrás y extiende los brazos en un gesto de agonía lenta. Y cae con las rodillas infantiles desnudas sobre el suelo de hormigón y continúa representando su muerte a cámara lenta, con la lengua fuera y los ojos en blanco.

¿Qué puede haber quedado olvidado entre los muros resquebrajados del hotel abandonado? Como esas cosas que quedan olvidadas de forma inexplicable en los sueños: tareas por hacer o exámenes pendientes o bebés envueltos en mantas infantiles. Al Señor Bocanegra no le pasa la vida entera por la cabeza en un segundo, en forma de simultaneidad de instantes temporales. De alguna forma, lo que le pasa por la cabeza en ese único instante es una simultaneidad de coordenadas espaciales. El universo reducido a un lugar. La vida reducida a un escenario. Y sin que nada de todo esto sea consciente como tal ni sea una representación mental que él pueda reconocer, el señor Bocanegra se encuentra dentro de ese lugar. Dentro de esa casa encantada. Que a su vez se encuentra dentro de su mente. Y trasladado mágicamente al pie de una escalera de hormigón cubierta por los restos desmigajados de una moqueta, Bocanegra toca la barandilla carcomida con el ceño fruncido y se mira las yemas de la mano. Con una mueca incierta de reconocimiento. Y sube las escaleras cubiertas de restos de moqueta y recorre un pasillo oscuro esquivando a los sobrinos diabólicos que pasan correteando y llega por fin a un espejo de pie cubierto por una sábana que está en el lugar donde debería estar la ventana con jirones de cortina. Y aparta la sábana.

—Bla, bla, bla —dice Valentina, en algún lugar del pasillo. Con la cara cubierta por la camiseta. Juntando las yemas de los dedos rítmicamente con la yemas de los pulgares como hacen los niños cuando quieren indicar que alguien está hablando mucho—. Bla, bla, bla, bla.

Y en alguna parte de la casa deben de encontrarse todas esas cosas que se perdieron. La época de las colas con bandejas en la cafetería y de las tiendas de souvenirs baratos. La historia de los tres amigos y la mujer de la cara furiosa y las promesas hechas en pubs atestados de Tottenham Court Road. Y también el resto, claro. Las empresas fantasma y los encuentros a bordo de barcos. Los encuentros en cubierta de barcos, con ambas partes vestidas con abrigos de lana y gorros de lana. La llamada desde una comisaría inglesa después de que a Lorenzo Giraut lo detuvieran en Camber Sands. El dinero acumulándose en cuentas suizas y en capital activo de empresas ubicadas en archipiélagos fiscalmente convenientes. Y las llamadas apresuradas y las reuniones secretas. Y la explosión de la casa de Koldo Cruz. La primera casa llamada Ummagumma. Y «The Fletcher Memorial Home». La canción que suena en la casa abandonada es «The Fletcher Memorial Home» de Pink Floyd. Con los trozos en llamas de la casa de Koldo Cruz lloviendo sobre las calles de Pedralbes. Y todo deteriorándose un poco más con cada año que pasa. Todo resquebrajándose y hundiéndose y llenándose de manchas de humedad. A medida que las cuentas suizas se llenaban de dinero.

—Bla, bla, bla —sigue diciendo Valentina. Fingiendo su muerte a cámara lenta. Un poco alejada del grupo de hombres eslavos liderados por Koldo Cruz y Leon que están encañonando al grupo inicial compuesto por Bocanegra, Lucas e Iris.

Esto es lo que puede verse si uno contempla con atención a Valentina Parini, con la camiseta sobre la cabeza y el vientre ya no infantil cubierto de dibujos místicos: el inicio de una ausencia. La sombra de una ausencia. Algo todavía demasiado sutil para poder definirse pero que indica claramente el inicio de un proceso. Un primer indicio de que Valentina ya está empezando a pasar al otro lado de la historia.

Bocanegra se acerca a Koldo Cruz. Sin dejar de mirarlo. En su expresión se combinan la furia y la crueldad con un elemento nuevo: una especie de vacilación fundamental. Su cara sigue temblando. Las arrugas de su frente siguen redefiniéndose y reorganizándose de una forma que algunos podrían definir como tectónica. Trazando intrincados diseños fractales de carne replegada. Su boca sigue siendo una mueca horrible. Su mano se levanta, temblorosa, para señalar a Cruz. Uno de los sicarios eslavos se agacha para recoger el arma que ha dejado caer.

—Muy bien —dice—. Precioso. Una entrada de lo más triunfal. Con tus amiguitos rusos y todo. —Hace una mueca de asco—. Con tu traje impecable y tu parche y todo lo demás. —Se agarra los faldones del abrigo absurdamente femenino de marta cibelina o de astracán y da un par de pasitos envarados y ridículos. Moviendo mucho el trasero. A modo de parodia enfática de alguien que camina pavoneándose con pasitos envarados y ridículos. Luego se detiene. Mira a Cruz con

los ojos inflamados de furia—. Y me imagino que ahora tengo que ponerme de rodillas y pedir perdón por todos estos años. Y temblar y pedir que no me mates. Y supongo que a todo el mundo —y hace un gesto amplio con el brazo a su alrededor— le parece muy bien y muy oportuno. Pues yo. —Se golpea el pecho con la mano. Soltando una cascada de gotitas de saliva cuya trayectoria es discernible dependiendo de la posición relativa del sol poniente—. Yo estoy contento. Y para qué me voy a arrepentir y suplicar si estoy feliz y contento.

Nadie dice nada. Los sicarios esclavos de envergadura ostensiblemente mayor a la media de la población se limitan a mirar hacia delante de una forma que no permite adivinar si han entendido o no las palabras de Bocanegra. Valentina pone los ojos en blanco y se agarra la garganta, a varios metros de allí. Lucas Giraut e Iris Gonzalvo tienen los brazos todavía levantados pero parcialmente caídos, un poco a la manera de la gente que hasta hace poco tenía los brazos levantados pero que han descubierto que en realidad ya nadie les está prestando atención. En cierta forma, todo parece estar en su lugar. Los elementos de la escena se han reconfigurado de tal manera que prácticamente se puede decir que ya son los elementos esenciales para dar una conclusión satisfactoria a la escena. Únicamente faltan algunos detalles. Detalles menores. Esos detalles menores que distinguen a una conclusión perfectamente cerrada.

Koldo Cruz se mete las manos en los bolsillos del pantalón de su traje trajeológicamente impecable de raya diplomática. Ahora que Lucas lo tiene delante puede fijarse en que Cruz resplandece de una forma indefinible. No tiene que ver exclusivamente con su traje impecable, ni con cierta belleza extraña y mutilada, ni tampoco con el aura de majestad que ciertamente proyecta. Es un resplandor parecido al resplandor que Giraut captó en la sala del tribunal durante su juicio: algo que hace girar la cabeza y mirar insistentemente en su dirección. Una especie de destello poderoso generado por la placa de su frente. Como la luz de un faro.

—Tú eres el hijo de Giraut. —Koldo Cruz mira a Lucas Giraut de reojo con su único ojo. Mientras camina por entre sus sicarios esclavos de envergadura superior a la media. Con las manos cómodamente enfundadas en los bolsillos. El tono en que habla no es interrogativo. Tampoco es exactamente un tono derivado de la curiosidad. Sus palabras son lentas y parecen muy medidas—. Entiendo por qué estás aquí. Entiendo lo de quedarte el dinero de la venta y salir corriendo. Aunque te has equivocado de persona. —Se encoge de hombros. Señala a Bocanegra con una mano abierta—. Él no lo hizo. No vendió a tu padre. Bocanegra quería quedarse con tu padre. Para él solo. Por eso puso la bomba en mi casa. —Hace una pausa—. Fue ella, claro. En caso de que te interese. Fue tu madre. Tu madre y el abogado.

De acuerdo con una de esas antiguas leyendas de transmisión oral, los hombres sin hijos no se reflejan en los espejos. La leyenda dice que es porque ya han empezado a desaparecer o porque en cierta forma ya están muertos. Como esa gente que en cierta forma ya ha empezado a desaparecer de una historia. De forma

parecida, aunque a la inversa, la gente que no tiene padre y no tiene madre contempla el mundo como si estuviera al otro lado de un espejo frente al cual no hay nadie. La gente que no tiene padre y no tiene madre, como dicta la lógica más elemental, es el negativo de los hombres sin hijos.

—Hacía tiempo que esperábamos algo así de ella. —La parte de la cara de Koldo Cruz que no está cubierta por el parche y la placa metálica de su frente adopta una expresión pensativa—. Había empezado a hacer cosas extrañas. A cambiarse la cara y esas cosas. —Se encoge de hombros. Su aura parece palpitar de esa forma en que palpitan las cosas hermosas o encontradas después de mucho tiempo.

—Fue ella quien organizó la emboscada y avisó a la policía. Fue ella quien se hizo pasar por el comprador y mandó a tu padre a aquel hotel de mala muerte en Camber Sands. Después de comprar al abogado, claro. —Se pone un puño delante de la boca y carraspea—. Supongo que le ofreció ser parte del negocio cuando tu padre estuviera en la cárcel.

Cruz deja de pasear entre los sicarios esclavos con sus armas desenfundadas. Se detiene. Con las manos en los bolsillos. Mira a Lucas Giraut:

—Supongo que es una triste noticia —dice—. Teniendo en cuenta que es tu madre y todo eso. —Señala con su cabeza parcialmente metálica la bolsa de deporte Puma de color verde botella que Giraut sigue sosteniendo en la mano a medio levantar—. Por lo que a mí respecta puedes llevarte el dinero. Tal como yo lo veo, es el dinero de tu padre. El dinero que se habría llevado aquella noche en Camber Sands.

Giraut mira a Iris. Iris mira a Giraut. Los dos miran en dirección al sitio donde hasta hace un momento estaba Valentina. El sol ya se ha puesto sobre el horizonte de las colinas rocosas del Ampurdán y Valentina Parini ya no es más que una silueta borrosa a lo lejos. Que se aleja correteando en dirección a las colinas. Un poco al estilo sobrino diabólico. Con la cabeza tapada por la camiseta y levantando mucho las rodillas y dando unos brincos joviales que parecen una parodia diabólica de los brincos con que corren los niños felices.

Bocanegra se la queda mirando un momento antes de que desaparezca en el horizonte. Después se seca la frente con un pañuelo meticulosamente doblado y señala con el pañuelo tembloroso a los sicarios que le están apuntando con sus armas. Con expresión desafiante.

—Estoy extremadamente orgulloso de todo lo que he hecho —les dice. Enseñando los dientes blancos y grandes. En una mueca final de crueldad—. Esa es la clave de mi éxito en este mundo.

Nadie hace o dice nada que parezca ser una respuesta inmediata a las palabras de Bocanegra. Desde donde está, en el margen del grupo de gente que ocupa el aparcamiento, a Lucas Giraut le da la impresión de que Iris ha puesto los ojos en blanco o incluso ha murmurado un comentario malicioso por lo bajo.

Hace mucho tiempo, un joven corrió por primera vez todas las cortinas de su habitación y cerró todos los postigos y se sentó a disfrutar de la paz que

proporcionaba la falta de luz natural. Hace mucho tiempo, una mujer se quitó los vendajes de la cara por primera vez y comprobó que las líneas de furia habían desaparecido de su cara.

Giraut e Iris se alejan del aparcamiento del área de servicios. Sin mirar atrás. Sin caminar especialmente deprisa ni especialmente despacio. El cielo ya no es rojo. El cielo ha oscurecido y la noche está cayendo a toda prisa sobre el área de servicio. Como alguien que estuviera apagando las luces de un escenario. Un apagado de luces dramáticamente concluyente, por así decirlo. Giraut e Iris caminan cogidos de la mano en dirección a las luces de la autopista.

Hace mucho, un niño tiró una piedra al agua de una bahía del Ampurdán. Después se tapó los ojos para no ver salir al monstruo del mar.

NOTA DEL AUTOR

Esta novela ha sido escrita por el fantasma de Charles Dickens, invocado e interrogado mediante el sistema de magia enochiana que crearon John Dee y Edward Kelley. Durante el proceso de su concepción y su escritura, Stephen King ha publicado las siguientes obras: *La Torre Oscura V. Lobos del Calla*, *La Torre Oscura VI. Caución de Susannah*, *La Torre Oscura VII. La Torre Oscura*, *Colorado Kid*, *Cell* y *La historia de Lisey*. Que este humilde libro mío sirva de homenaje al Genio Más Perdurable de Nuestra Era.



El autor da las gracias de todo corazón a los verdaderos integrantes del Club *No Nos Gusta El Sol*: Miguel Aguilar, Toño Angulo, Robert Juan Cantavella, Mónica Carmona, Francisco Casavella, Eva Cuenca, Marga Dura, Isidre Estévez, Beatriz Fluxá, Rodrigo Fresán, Marc Godessart, Roger Gual, Josan Hatero, Andreu Jaume, Carola Kunkel, Claudio López Lamadrid, Mónica Martín, Gabi Martínez, Ignacio Martínez de Pisón, Nikki Murphy, Iván de la Nuez, Patricia Núñez, Lucas Quejido, Diego Salazar, Patrick Salvador, Michael Slagle, Manel Soler, Mercedes Vaquero. Y por encima de todos, sentada en una casa sin sol, Mara Faye Lethem.

Esta novela trata de todos y cada uno de ellos.

*The Word of Sin is Restriction. There is no
bond that can unite the divided but love:
all else is a curse. Accurséd! Accurséd be it
to the aeons! Hell.*

MASTER THERION LIBERAL VEL LEGIS

FIN



JAVIER CALVO Perales es un escritor y traductor, nacido en Barcelona (España) en 1973. Autor de las novelas *El dios reflectante* (2003), *Mundo maravilloso* (2007, finalista del VII Premio de Novela Fundación José Manuel Lara), *Corona de flores* (2010, Premio Memorial Silverio Cañada de la Semana Negra de Gijón) y *El jardín colgante* (Premio Biblioteca Breve 2012). Estas dos últimas son los volúmenes primero y segundo respectivamente de la Trilogía de la Muerte.

También ha escrito los libros de narrativa breve *Risas enlatadas* (2001), *Los ríos perdidos de Londres* (2005) y *Suomenlinna* (2010). Colabora ocasionalmente con los periódicos *El País* y *La Vanguardia*. Trabaja desde hace dos décadas como traductor literario.

Su trayectoria literaria le ha consolidado como «uno de los narradores que de forma más rotunda ha añadido una nueva dimensión a nuestra narrativa», J. A. Masoliver Ródenas, *La Vanguardia*. Su obra se ha traducido al inglés, al francés, al alemán y al italiano.